

• CAROLINA INVERNIZIO •



de

• UN CRIMEN  
EN AUTOMOVIL •



Lectulandia

*Un crimen en automóvil* narra una serie de enredos pasionales y criminales entre unos personajes de la aristocracia decadente turinés, y otros relacionados con una banda internacional de delincuentes. El automóvil del título es importante para el desarrollo de la trama del texto, pues en 1905 en que fue publicado el libro era una novedad muy llamativa que aún no se popularizaba en Turín.

Este es un título más, compartido en exclusiva para epublibre.org, rescatado de los polvosos fondos digitales de la Biblioteca Nacional de España.

**Lectulandia**

Carolina Invernizio

# **Un crimen en automóvil**

ePub r1.0

Titivillus 14.06.2018

Título original: *Un assassinio in automobile*

Carolina Invernizio, 1905

Traducción: Javier Godo

Digitalización original perteneciente a los fondos de la Biblioteca Nacional de España y distribuida bajo licencia CC-BY-NC-SA

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

LA MENDIGA. UNA PÁGINA DE AMOR

## I

Aquel anochecer era oscuro y glacial en extremo.

El conde Pedro De Malin, pícaro calavera empedernido, de 30 años, y millonario, enfundado el cuerpo en la pelliza y con las enguantadas manos en los bolsillos regresaba a su casa, un palacete, pequeña joya arquitectónica que en Lungo Pó hizo construir. Venturoso él, pre gustaba el placer de un saloncito caliente y perfumado y presaboreaba, también, una exquisita comida, cuando una suave voz de mujer, interrumpiendo su pensamiento, le detuvo en el camino.

—Señorito tenga piedad de mí... Me estoy muriendo de hambre y de frío... Y mi hijita también...

Frente a Pedro se presentó una escuálida silueta de mujer, con el rostro mitad cubierto con un mantón negro, que envolvía, también, las espaldas, y llevando en brazos un pequeño fardo, que no podía adivinarse, a simple vista, si era una, criaturita humana o un envoltorio de trapos.

Pedro se sintió piadoso. Era un hombre de corazón. Por ello repuso con presteza:

—Seguidme... Esta noche tendréis que comer y donde dormir... Mañana ya veremos lo que se hace.

—¡Oh, señorito! que Dios bendiga a usted y a todos los suyos.

Pedro no contestó. Echóse a andar resueltamente; mediaba poca distancia entre su palacete y el paraje en donde aquella mujer le había salido al paso; aquella pobre mujer pálida que parecía mentira pudiera sostenerse en pie y menos en aquellos instantes en que el más desalmado de los hombres no hubiese dejado en mitad de la calle a un miserable can por temor de que pereciera de frío.

El conde De Malin era algo original, pero la exquisita bondad de su carácter hacía perdonar sus defectos. Apenas llegó a conocer a su padre, muerto trágicamente en un siniestro ferroviario, pero había adorado a su madre: una criatura angélica a quien hubiese matado el horrible fin de su marido a no conservar su hijito, y sino se hubiera convencido de que aún le quedaba una augusta misión por cumplir.

En su hijo concentró la condesa todo el amor: creíale digno de ella y del nombre que ostentaba. Mas en el momento en que iba a ver realizada su última ilusión, casándole con la señorita Blanca Palma, única hija de una de sus amigas, una jovencita de quince años, colegiala aún, la desventurada señora falleció repentinamente casi, a consecuencia de una parálisis cardíaca.

El golpe fue tremendo para Pedro y entonces juró que ninguna mujer ocuparía en su casa el puesto que su madre había dejado vacante. Él ignoraba los propósitos que ella tuvo para con la señorita Blanca y si la señora Palma los conocía nunca hizo de ellos la más pequeña mención por delicadeza.

El conde Pedro viajó durante algunos años, pero acabó por sentir la nostalgia del

país nativo y al regresar a Turín hizo construir el palacete de Longo Pó, consagrando todas sus horas a aquella ocupación, y haciendo transportar a sus estancias todo cuanto le evocaba el recuerdo de la madre idolatrada.

Casi un año llevaba ya de residencia en aquel palacete, en compañía de la anciana camarera de la condesa y de otros tres domésticos que le eran completamente fieles.

Había, Pedro, reanudado antiguas relaciones y creado otras nuevas y comenzado una existencia de placeres y locuras, pero no le satisfacía del todo; tanto, que aquella misma noche, al regresar a su casa, se preguntaba cómo se podían cometer locuras por Rebecca, la primera bailarina del teatro Regio, la hermosa hebrea cuyo amor todos se disputaban, o cómo se podían malgastar centenares de miles de francos en un caballo de carrera, mientras tantísimos seres humanos perecían de miseria.

Por ello sentía con mayor intensidad el goce de la buena acción que iba a realizar, conduciendo a su propia morada a aquella mendiga, aterida por el frío y casi agonizante de hambre, y a su hijita.

Apenas pisó el vestíbulo iluminado por gas e hizo girar la manilla de la alta puerta de cristales, el portero acudió, quedando estupefacto al ver que la mendiga seguía al señorito y pronto a rechazarla a la menor indicación.

Pero el conde le dijo:

—Esta mujer va conmigo.

Entonces el portero se inclinó como hubiera podido hacerlo ante la más empiringotada dama.

La mendiga seguía los pasos de su bienhechor: el fardo que llevaba en brazos no daba la menor señal de vida.

Pedro abrió la puerta de acceso a las habitaciones de la planta baja de su palacio y mientras hacía entrar a la mendicante en el comedor, apareció Ghita, la anciana camarera.

Esta quedó aturdida, también, al ver una mujer de aquel aspecto. Pero el conde no le dio tiempo de ahondar en sus reflexiones.

—Ghita —dijo— a esta mujer y a su criatura les hallé muriendo de hambre y de frío. Dale de comer y colócales en una habitación comfortable. Luego iré yo personalmente a ver si carecen de algo.

—¡Oh, señor, cuánta bondad!... Que Dios le premie tan buenas acciones — exclamó con voz trémula y conmovida la mendiga.

—Id, id —repuso el conde casi bruscamente.

Y después encaminose hacia sus habitaciones para mudar de vestido.

Cuando regresó al comedor encontró a Ghita que ya le aguardaba.

—¿Qué tal aquella infeliz? —preguntó el conde sentándose a la preparada mesa.

—Está en la cocina, comiendo ella y haciendo comer a su hija —replicó Ghita—. ¡Oh, señorito cuánta hambre y cuánta miseria! Yo estoy convencida de que aquella es una mujer honrada, porque tan joven y tan linda, si quisiera, no le faltaría ocasión para vivir espléndidamente.

—¿Has procurado interrogarla?

—Sí; me contestó que era muy desgraciada; que lo era más que nadie... después no hay quien le arranque una palabra...

—¡Bien está!... Ahora dame un poco de comida y luego la conducirás aquí...

—Pero señorito, si es un puro andrajo, si apesta...

—¿Y no tendrás alguna ropa blanca para darle, ni ningún vestido de camarera? Mañana mismo ordenaré que se le compre cuanto necesite.

—Sí, señor conde.

Pero Ghita no estaba contenta: conocíasele en la contracción de sus labios. Ello no obstante, la anciana camarera no era una egoísta.

El conde comió con mucho apetito: bien fuera por el frío pasado aquella tarde o por la buena acción realizada, lo positivo era que jamás había experimentado tan dulce bienestar como en aquellos momentos.

«Esta noche no saldré de casa —dijo para sí mismo—. Esa mendiga me interesa; quiero saber quién es y si merece mi protección; si así es le ayudaré a vivir honradamente a ella y a su pequeña. Si Ghita la juzga hermosa verdaderamente lo será; en la calle, yo, apenas la he mirado de soslayo y solo pude darme cuenta de su rostro pálido y de dos grandes ojos suplicantes. ¡Cómo se reirían mis amigos, principalmente Clary, si supieran que permanezco en casa por una mísera mendicante!».

Ghita que le había servido silenciosa, luego de haberle escanciado el café, díjole:

—Si desea ver aquella mujer la haré venir aquí, pero debo advertirle que está muy cansada y necesita reposo.

—No la entretendré mucho: luego la acompañarás a su dormitorio.

Ghita le miró con fijeza, algo turbada.

—Supongo que no querrá darle la habitación destinada a los forasteros.

El conde sonrió.

—Esto no tendría nada de extraordinario —contestó—. Al fin y a la postre, ella es upa forastera, y como es pobre requiere una mayor consideración. Empero confío en tu buen juicio.

—¡Gracias a Dios! Le he destinado el recuarto inmediato a mi estancia; así podré vigilarla. La habitación es limpia y en ella no falta una buena cama que mandaré calefactar y allí estará como una princesa: le parecerá que se encuentra en el paraíso.

—Muy bien. Ve a llamarla.

Ghita se fue más satisfecha, y un instante después compareció con la joven mendiga, quien tenía en brazos a su niña, no retornada del todo en sus sentidos, pero despierta y mirando con curiosidad infantil cuantos objetos veía en torno suyo.

El conde casi no reconocía a la infeliz mendicante.

Esta se había quitado el mantón, lavado, peinado y vestía un traje de Ghita, que encima de ella adquiriría una apariencia casi elegante.

La camarera no había mentido.



Aquella joven mujer era bellísima y cuando sus mejillas recobraran el tinte rosáceo y sus ojos el nativo esplendor, tenía que aparecer maravillosa.

Apenas contaría veinte años de edad, y cuando soltara la apretada haz de sus negros cabellos como ensortijada y abundosa cascada caerían sobre sus espaldas; los ojos, negros también y grandes y rasgados, tenían el lánguido sesgueo de las andaluzas miradas; el cuerpecito no era alto, pero de proporciones exquisitas, y al sonreír mostraba una doble hilera de blancas perlas encerradas en chiquirrito marco de labios purpurinos.

La chiquilla con el cabello de un color blondo rojizo y los ojos de un azul oscuro, semejava una de esas cabecitas de cera que se adoran en los altares.

¿Por qué aglomeración de desventuras, por qué oculto drama, veíanse aquella mujer y su hija, reducidas a tan precaria situación?

Pedro ansiaba saberlo.

—Señor conde —dijo la pobre al entrar—, yo no sé cómo agradecerle su bondad, ni la de esta generosa señora que acaba de regalarme este vestido.

—Yo no soy una señora —interrumpió Ghita—, yo soy la camarera del conde.

—Quiere decir mi segunda madre —repuso Pedro dulcemente, volviendo el rostro hacia la vieja, que se sintió conmovida hasta el punto de lagrimear.

Luego, mirando a la mendiga:

—Nada tenéis que agradecerme —añadió—. Pareceríame que soy un ingrato para con la Providencia, que me ha prodigado sus favores, si yo no los hiciera a los pobres. Me siento contentísimo de haberos hallado en mi camino y de poder acudir en socorro vuestro; ni yo, ni Ghita nos limitaremos a lo poco que hicimos esta noche; yo deseo asegurar vuestra existencia y la de vuestra hija. Por ello os pido que seáis sincera conmigo; decidme por qué siendo tan joven y linda, os encontráis en situación tan miserable.

—Yo no he de engañar a usted, señor conde —replicó con voz trémula la mendicante mientras fijaba en él sus ojos humedecidos por el llanto—. Mas en cuanto haya hablado me arrojará de su casa, como de la suya me arrojaron mis padres, y mis parientes y mis amigos. ¿No ha oído usted hablar, señor conde, o no ha leído en los periódicos, el ocurrido con un tal Vicente Bracco, condenado a muerte por el Tribunal de los Assises de Francia y cuya sentencia fue cumplida dos meses ha?

El conde se estremeció.

—Sí, me acuerdo y ¿qué?

—Pues bien, aquel era mi marido.

## II

Siguió un momento de silencio penoso, Ghita; hizo una mueca de desprecio y de horror, alejándose instintivamente algunos pasos de aquella desgraciada que sonrió con amargura.

Pero la voz del conde De Malin vibró, voz conmovida, llena de indulgencia.

—Ghita, acércale una butaca para que descanse ella con la niña. Y si queréis relatarme vuestras desventuras, yo estoy pronto a escucharos: nada temáis de mí. Yo no os desprecio.

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de la mendicante.

—Señor conde, usted es tan bueno como el mismo Dios; y si desde este momento se me exigiera verter, gota a gota, toda mi sangre para probar mi gratitud, lo haría sin titubear.

—Lo creo. ¿Estaréis, quizás, demasiado fatigada para hablar?

—Mi cansancio ya pasó, señor conde, y no me acostaré hasta que os lo haya referido todo; lo mismo que diría al confesor si me hallara en el lecho de muerte.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Ghita, en cuyo fuero interno combatían la curiosidad con el miedo y una inconsciente aversión para aquella mujer que había entrado en la casa, interesando al conde.

—Sí —replicó la mendicante—, si el señor conde lo permite.

—Lo he dicho y lo repito —exclamó Pedro—, Ghita es para mí una segunda madre, y entre ella y yo no existen secretos.

La anciana camarera le dirigió una profunda mirada de agradecimiento y sintió que se apaciguaba su antipatía por la mendiga.

La niña, que había permanecido silenciosa, comenzaba a entornar los párpados rindiéndose al sueño. Ghita propuso acostarla en un diván. El conde volvió el sillón encarándose con la joven mujer, cerca de la que había tomado asiento la vieja camarera.

En el exterior, habíase desencadenado un duro viento de tramontana que al azotar los árboles del jardín, dejaba oír un prolongado silbido.

—Si usted no hubiese tenido compasión de mí —dijo la mendicante—, hoy hubiera muerto con mi hijita. ¡Esta noche recuerda la horrible que precedió a la guillotina de mi Vital!

Al verla de aquella suerte, en aquella *pose* que hubiese reproducido un pintor al querer retratar la Belleza sufriente, el conde Pedro la contemplaba admirado. Y su piedad se acrecentaba mezclándose con una conmoción intensa.

—Yo nací en Turín —dijo la joven después de un breve silencio—, y mi familia si bien no era rica, gozaba de cómoda posición que le permitía hacerme estudiar lo bastante para asegurar mi porvenir.

»Mi nombre de infancia es el de Natalia Salvia. Mi padre fue un recto y laborioso empleado; mi madre de origen francés, daba lecciones de su idioma nativo, para coadyuvar a lo menester en la casa. Yo era la mayor de tres hermanas y la más mimada; esta fue la causa principal de mi desgracia.

»Tenía catorce años cuando conocí a Vital. Fue al salir de la escuela, al atravesar un grupo de estudiantes, que trataban de cerrarme el paso.

»Uno, más impertinente que los otros, me agarró de un brazo.

Luego quedó pensativa un instante. Con la cabeza reclinada en la mano derecha, y el codo apoyado en el brazo del sillón.

«“Por aquí no pases si antes no me das un beso”, dijo.

»Era un muchacho delgado, nervioso, de rostro repugnante, un tipo vicioso.

»Lancé un grito y le rechacé con desdén. Mas a la fuerza hubiese conseguido su propósito si un potente bofetón no le hiciera rodar por el suelo, mandándole a algunos pasos de distancia, a tiempo que una voz fuerte y vibrante, que sacudió todas las fibras de mi corazón, exclamaba:

«“Aprende a respetar a las niñas hermosas; tiene usted el paso libre, señorita”.

»“¡Muy bien, Vital! ¡Viva Vital!”, gritaron los demás estudiantes, mientras el caído se levantaba humillado, lanzándome una mirada de odio, que jamás olvidaré.

»Apresuré el paso para alejarme de allí; no sin antes dirigir una sonrisa de gratitud a Vital.

»A la sazón tenía él dieciocho años y era un gallardo mancebo, de rubios cabellos, cutis blanquísimo: era igual que mi niña.

»Desde aquella fecha nos encontrábamos cada día, y de las sonrisas nos pasamos a los diálogos y a las mutuas declaraciones y confidencias.

»Vital Bracco era hijo único de una pobre viuda, que a pesar de su naturaleza enfermiza, trabajaba noche y día para dar a su hijo una sólida instrucción y los medios para no desmerecer a los ojos de sus compañeros.

»Vital tenía un corazón de oro, pero también un genio testarudo y violento, con grandes ansias de libertad y una mayor sed de placeres y riquezas.

»Me juró que me adoraba con locura, que me quería hacer suya a toda costa, pero cuando, inducido por mí, se presentó a mis padres para pedirles mi mano, se burlaron a sus barbas, y le echaron la puerta por la cara.

»“Vuelve cuando tengas bigote, juicio y sepas ganarte la vida”, le dijo mi madre.

»Yo fui víctima de una repulsa inacabable y ya desde aquel día me prohibieron que saliera sola de mi hogar.

»La humillación sufrida, y el enojo por no poder acercarse a mí, excitaron su pasión hasta el delirio; y a mí me ocurría lo propio.

»Seguramente si a él le hubieran tratado, los míos, de mejor manera y a mí me hubieran hecho comprender la insensatez de nuestros proyectos o si, quizá, nos hubieran dado una vaga esperanza para el porvenir, no hubieran sucedido las cosas como hasta hoy han ocurrido.

»Pero aquellas risas insultantes, que todos los días se renovaban recordando a Vital; las continuas alusiones que a él se hacían, el desprecio con que de él hablaban, produjeron un efecto antitético al que apetecían.

»No pudiendo vernos, ni hablarnos, recurrimos a la correspondencia y a los subterfugios; una compañera de estudios ejercía el cargo de mensajera. ¡Ah, señor conde, si poseyera aquellas cartas que me fueron arrebatadas para figurar en el proceso, vería cuánto nos amábamos y como Vital no era el criminal, ni el vicioso que todos creían!

»Un día me hizo saber que su madre había muerto: lloré como si hubiese perdido la mía.

»Una semana después, Vital, me remitió una carta que aún recuerdo palabra por palabra. Decía: “Si verdaderamente me amas, Natalia, ha llegado el momento de probármelo. Yo abandono Turín, tal vez para no volver: ¿quieres venirte conmigo? Decide. A las cuatro parte un tren para Francia: yo estaré en la estación aguardándote. Si no te veo, será señal de que todo habrá terminado entre los dos para siempre”.

»Puede usted imaginarse el efecto que aquella carta tenía que producir a una niña de quince años, apasionada y para quien Vital era personificación de la belleza y del talento; de cuanto pueda haber de excelso en el mundo.

»¿No verle más? Era lo mismo que condenarme a morir.

»No me acordé de nada: ni de la vida que hasta entonces había llevado, ni de la vergüenza que me esperaba y menos aún del daño que cometía abandonando padres, y hermanas y patria.

»Antes de las cuatro estaba ya en la estación: tenía dos horas de tiempo antes de que mi madre se diera cuenta de mi fuga, porque, generalmente, salía de la escuela a las seis.

»Vital, apenas me vio, abrazome llorando y murmuró: “¡Gracias!”. Y creo que me hubiese transportado en brazos al vagón, sino hubiera temido llamar la atención de los otros viajeros.

»Pero ninguno reparó en nosotros. Vital llevaba consigo una valija y había adquirido dos billetes de tercera clase: yo no tenía más equipaje que la ropa puesta; ropa, por cierto, asaz modesta. Nadie, aun fijándose en nosotros, hubiese adivinado nuestra condición de enamorados; mejor nos hubiesen creído hermano y hermana.

»Nos sentamos en un ángulo del vagón y Vital me habló de sus proyectos. Me dijo que apenas llegásemos a Francia nos casaríamos, haciendo bendecir por un sacerdote nuestra unión.

»Añadió que de su madre había heredado quinientos francos, que unidos a lo recaudado con la venta de los muebles, le proporcionaban lo bastante para escapar conmigo de Turín, y esperar, a la toma de posesión de un magnífico empleo en Beauvais, cerca de Lión, donde nos estableceríamos.

»“Y en cuanto seamos ricos”, agregó “ya verás cómo no ha de fallarnos la bendición de tus padres”.

»Tenía ciega fe en él y en sus promesas. Parecíame que siempre había vivido a su lado, y ahogaba todos mis remordimientos en su, amor ardiente, exclusivo, todo para mí sola.

»Vital cumplió su promesa; yo no sé cómo se arregló la combinación, ni cómo pudo convencer a un anciano cura, pero el hecho fue que se nos casó secretamente, dándonos la bendición en una humilde parroquia de los alrededores de Lión, y que desde aquel instante yo podía considerarme la legítima esposa de Vital.

»Y ya unida a él pensé que no estaba sola en el mundo, que nada tenía que desear, y que solo existía para ser de Vital.

»Señor conde, bien sé que le fastidio con la relación de todos estos detalles, pero aquellos fueron los únicos días felices de mi vida y no puedo olvidarlos.

Las lágrimas escapaban de los ojos de la mendiga. Llevándose el pañuelo a la boca ahogó un sollozo.

—Proseguid, contádmelo todo —exclamó el conde—. Os escucho con el mayor interés.

Ghita nada dijo, pero su mirada no se apartaba ni un instante del pálido rostro de Natalia.

### III

La mendiga descansó un minuto para rehacerse de sus emociones, y luego prosiguió con voz dulcísima y melancólica.

—Pasaron algunos meses como un sueño; residíamos siempre en Lión y mi marido estaba contentísimo de vivir allí. Habíamos alquilado un modesto cuarto en uno de los barrios más solitarios de la ciudad, no recibíamos a nadie, ni con ninguno quería Vital, que hablase.

»Yo me cuidaba de los quehaceres de la casa; él salía en busca de provisiones: luego me dijo que tenía que aceptar un empleo provisional en casa de un negociante en sedas y permanecía largas horas fuera de casa. Pero como cuando regresaba siempre mostró buen humor y para mí no tenía más que palabras cariñosas, yo me consideraba enteramente feliz.

»¡Ah!, si no hubiera sido tan crédula, ni tan confiada, hubiese procurado averiguar cuál era la ocupación de Vital, y descubriendo sus mentiras le hubiera evitado el aciago fin que tuvo; pero yo entonces desconocía la existencia del mal y creía en mi esposo tanto como en Dios.

»Una tarde, Vital, vino a casa acompañado de un señor muy elegante y bastante joven. Su aspecto hubiérame parecido bello si sus ojos de un pálido azul turquí, vivos y brillantes no hubiesen tenido una expresión falsa, singular, inquieta, que daba a su rostro un tinte especial de nerviosismo y de movilidad repulsiva.

»Vital me lo presentó como su principal.

»“A él deberé mi destino en Beauvais, a donde iremos, para restablecernos el mes próximo”, dijo.

»“Allí estarán mejor que aquí”, añadió aquel señor. “El pueblo es pequeño pero lindo y encontrarán una buena sociedad que usted, señora, podrá frecuentar”.

»Ruborizándome bajo la acción de su mirada que me producía inusitada turbación le di las gracias.

»“Mi mujer es algo montaraz”, repuso Vital “y no está acostumbrada al trato social”.

»“Usted la acostumbrará”, dijo el principal a mi marido que nada contestó. “Su esposa es muy niña aún y usted podrá sin esfuerzo amoldarla a sus caprichos”.

»Por vez primera Vital frunció el entrecejo.

»“Yo de ella solo deseo que me ame”.

»Y cambió de conversación súbitamente.

»Cuando aquel señor hubo partido; Vital preguntó qué me parecía.

»“No sé”, contesté tímidamente, “no me gusta: su mirada me infunde miedo”.

»“Tontuela: precisamente a él debemos nuestro bienestar”, repuso.

»“Será buenísimo”, añadí “lo admito, pero repito que no me gusta”.

»Un mes después estábamos establecidos en Beauvais, en una linda casa con jardín y sorprendiéndome, mi marido me compró trajes elegantísimos y aun me instaba para que a mi servicio contratase una camarera.

»“¿Y ganarás bastante dinero para atender a todo eso?”, pregunté.

»“Estoy en camino de hacerme rico”, me repuso abrazándome. “Y quiero que nada falte para convertirte en un modelo de gracia y de distinción que te permita igualar a una duquesa auténtica”.

»Su alegría, su buen humor me hacían feliz; ¡ah! si hubiera sabido.

»Yo estaba a punto de convertirme en madre, por ello salía rara vez de casa; mi marido, en cambio, salía muchísimo y permanecía ausente hasta altas horas de la noche.

»“Los negocios me absorben el tiempo”, me decía.

»Nació esta niña y me sorprendí al ver que mi marido lloraba al besarla por primera vez.

»“Pobre amor mío”, decía, “¿cuál será tu suerte en este mundo?”.

»“Nosotros la amaremos siempre y si tú continúas trabajando y la fortuna te acompaña como hasta ahora, su destino será felicísimo...”, repuse.

»No replicó, pero sus miradas fijas en mí adquirieron una expresión singular: parecían mezcladas de angustia y de pavor a un tiempo; luego dejó la niña junto a mí y se marchó rápidamente.

»A poca distancia de nuestra casita se levantaba un palacio, con las persianas constantemente cerradas, y que parecía deshabitado.

»Simultáneamente tenía aquel palacio solitario, un aspecto misterioso capaz de excitar a una imaginación, aunque no fuera tan exaltada como la mía.

»“¿Quién será el *Barba azul* que lo habita?”, sonriendo pregunté un día a Vital. “De fijo que tendrá encerrada alguna princesa, como en los cuentos de hadas”.

»“En todas partes ves misterios”, me contestó. “En aquella casa habita una vieja boba, la criatura menos poética de este mundo, pero millonaria; millones de los que goza bien poco, pues su avaricia es proverbial”.

»“¿Y vive sola?”, interrogué con viva curiosidad.

»“Sí, completamente sola. Sale todas las mañanas para ir a misa y a comprar la comida, luego se esconde en su casa, y no reaparece hasta el día siguiente. ¡Lleva ya muchísimos años haciendo esta vida!”.

»“Si yo estuviera en su lugar, tendría miedo de que un día u otro me asesinaran. ¿Te acuerdas de aquella vieja adinerada y avara, que en Lión, apareció estrangulada en su propio lecho, sin que el asesino haya sido descubierto? Pero ¿qué tienes? ¿Estás indispuerto?”.

»Hice estas preguntas con extrema ansiedad porque el rostro de mi marido se cubrió de mortal palidez.

»“¿Yo?”, dijo con turbado acento y nervioso. “¡Estás loca! ¿Yo?, ¡nada!...”.

»Bastó aquel incidente para que ya no habláramos más de la vieja.

»Los meses transcurrían. En Beauvais todos nos conocíamos y saludábamos con gran respeto, y, mi esposo estaba orgulloso de mí porque decían que era yo la más bella y gentil señora de la población.

»Perdóneme, señor conde, estas palabras que podrían hacerme aparecer vanidosa; no las repetiría si aquello que llamaban mi gracia y mi hermosura no hubiesen desaparecido para siempre.

»Yo continuaba ignorando cuál era el verdadero empleo de mi marido. A una pregunta mía, contestó que era corresponsal de los negocios comerciales de aquel señor que me había hecho conocer, y que le facilitaba medios para gozar una vida tan regalada que yo no la hubiera soñado nunca.

»El invierno se presentaba muy rígido aquel año y yo me sentía aislada en aquel país, donde no había contraído amistades, aunque todos sus habitantes me fueran conocidos.

»El misterioso palacio seguía cerrado como siempre, y yo nunca había visto a su vieja propietaria.

»Una noche, Vital llegó a casa con su principal recién llegado, y me ordenó que preparase la cena y una habitación porque aquel señor pernoctaría con nosotros.

»Aquel hombre me produjo la misma exacta impresión que cuando le conocí.

»Empero, quise mostrarme afable con él.

»“Se conoce, señora”, díjome, “que los aires de este país le prueban a maravilla. Yo la dejé hecha un capullo casi marchito, y hoy la encuentro convertida en una rosa fresca y lozana, en todo el esplendor de su belleza”.

»No puede usted imaginarse cuánto me sobresaltaron aquellas palabras, una oleada de sangre enrojeció mis mejillas: estas ardían. Creí que tampoco gustaron a mi marido porque le veía asaz triste y preocupado.

»Vital habló poco durante la cena: el otro no acababa nunca de referir anécdotas galantes, procurando arrancarme una sonrisa, pero inútilmente. Lo que me parecía un poco raro era el invencible sueño que sentía; a duras penas podía entreabrir los ojos.

»Otras dos veces me había ocurrido lo mismo en Lión y luego de haber dormido de un tirón toda la noche, con ensueños extraños y fantásticos, me despertaba a la mañana siguiente con el cuerpo dolorido y la cabeza enturbiada de una manera atroz.

»Y tanto me había preocupado este fenómeno que quería consultar a un médico. Pero mi marido reía de mi aprensión y luego ya no se hablaba más del asunto.

La mendicante calló un momento. Todo su cuerpo grácil y nervioso parecía temblar:

—Pueden imaginarse —añadió con voz apagada y ronca por el esfuerzo que hacía—, que aquel sueño no era natural, que me lo procuraba mi propio esposo aquellas noches en que tenía que realizar alguna siniestra acción, inspirada por aquel monstruo, que no era más que el capitán de una terrible asociación internacional de asesinos y ladrones, y que tiene adeptos pertenecientes a honradas y aristocráticas familias; jóvenes cargados de deudas y sedientos de placeres, que se abandonan en



cuerpo y alma a aquel miserable que ha labrado su riqueza con los vicios ajenos, cimentándola en la debilidad humana y amasado con la sangre de inocentes víctimas y que siempre ha escapado impune.

El conde hizo un gesto de sorpresa y de desconfianza.

—Si sabíais quien era y él fue la causa de vuestras desventuras, ¿por qué no le denunciasteis?

—¿Y cree usted que no lo hice? —exclamó Natalia—. Pero yo no conocía, como aún no conozco su nombre; no sabía dónde habitaba; solo podía dar vagos indicios sobre su persona, y los jueces se echaron a reír creyendo que mi acusación solo tenía por objeto salvar a mi marido. El más compasivo de todos se limitó a decir a los demás que yo había perdido el juicio, y a mí que si me exaltaba, se verían obligados a quitarme la niña y a encerrarme en un manicomio. ¡Ah, si Dios es justo, no les habrá olvidado!

Y de nuevo ocultó el rostro entre las manos y algunas lágrimas corrieron a lo largo de los dedos.

—¡Pobre mujer! —exclamó Ghita profundamente conmovida.

Pedro también lo estaba.

—Descansad un momento —dijo con voz en extremo dulce y piadosa—. Estos recuerdos os agitan y os dañan. ¿Queréis dejar para mañana la continuación del relato?

La mendiga mostró la faz bañada en llanto.

—No, no —recuso vivamente—. Ahora que ya he empezado, quiero decirlo todo; mañana quizás no tendría fuerza para ello o tal vez callaría alguna verdad. En estos momentos, succédame lo que me suceda, nada ocultaré.

## IV

Natalia pidió un vaso de agua, pues tenía la garganta irritada, seca.

Luego continuó:

—Igual aquella noche, que las otras en que me había ocurrido lo mismo, me encontré en la cama ignorando por qué la dormí de un tirón, con un sueño pesante, atiborrado de pesadillas.

»Cuando desperté, el sol inundaba mi habitación, y vi a mi esposo sentado junto al lecho y la niña en brazos.

»“¿Has descansado bien?”, me preguntó.

»“Oh, no”, contesté. “Tengo un mareo atroz. He pasado una de aquellas noches que tanto me asustan... ¡Ni siquiera recuerdo cuándo me acosté!”.

»“Amor mío, anoche te hicimos beber demasiado y el vino se te subió a la cabeza. Yo mismo te metí en cama”, replicó Vital.

»Me ruboricé.

»“¿Y tu principal se enteró de mi estado?”, balbuceé.

»“No, él había salido para fumar un cigarro y tomar un poco el aire, y esta mañana me pidió que le excusara por no poder aguardar a que te levantas para saludarte; forzosamente tenía que partir”.

»“Que tenga buen viaje”, exclamé. “Por mí le perdono todo cumplido”.

»Repentinamente me pareció sentirme mejor, agarré mi niña y jugué con ella haciéndola sonreír, acariciándola.

»El día transcurrió tranquilo. Mi marido no salió de casa y nunca se había mostrado para conmigo tan gentil y afable; yo me creía la mujer más feliz del mundo.

»La mañana siguiente, Vital se hallaba escribiendo en su cuarto oficina, la niña dormía y yo me encaminé a la cocina, a donde acababa de llegar la sirvienta, de regreso del mercado.

»La fámula presentaba una cara de horror. Le pregunté:

»“¿Qué tienes?”.

»“¿No sabe usted, señorita?”, balbuceó temblando. “Han asesinado a la vieja propietaria del la Casa Rosa”.

»Así era denominado el palacio de la vieja boba, por elevarse encima de su tejado, un mirador, pintado de color de rosa.

»Mis piernas flaquearon.

»“¿Pero es cierto?”, murmuré. “¿Cómo lo has sabido?”.

»“Todos hablan de lo mismo y si observa usted desde la ventana, verá la muchedumbre estacionada ante el palacio: los gendarmes son impotentes para detenerla, han telegrafiado a Lión y dentro de poco llegará la justicia”.

»“¿Y cuándo la han asesinado?”.

»“Anteanoche. Ayer nadie la vio salir, pero no hicieron caso; mas como hoy tampoco salió para comprar la comida, comenzose a sospechar que le había ocurrido algo. Repetidas veces llamaron a la puerta sin obtener contestación alguna. Entonces se avisó a los gendarmes; un herrero abrió la puerta y hubo no pocas dificultades para entrar en la casa: la puerta estaba sólidamente cerrada y lo mismo todas las ventanas”.

»“Si así es, ¿por dónde entraron los asesinos?”.

»“Se ignora aún, pero lo cierto es que la señora fue asesinada. La han hallado en su lecho, con una fuerte soga rodeando el cuello y con gran número de heridas en el cuerpo. Parece que, sorprendida en el sueño; al sentir que se ahogaba despertó, defendiéndose desesperadamente”.

»Mientras la sirvienta me hacía este relato, que yo escuchaba aterrorizada, mi marido apareció en la puerta.

»“¿Te acuerdas”, exclamé yo, “que muchas veces te había dicho que la dueña de ese palacio moriría asesinada? ¡Bien lo presentía!”.

»“¡No digas bobadas!”, replicó Vital con aspereza. “Y usted”, añadió dirigiéndose a la criada, “no venga dando sustos a la señorita. ¡Bastante impresionable es ella, para que le cuenten historias de crímenes!”.

»“Pero es verdad...”, observó la fámula.

»“Aunque lo sea” repuso Vital, “no hay que incurrir en exageraciones. Por lo demás todas esas viejas avaras y egoístas, incapaces de desprenderse de un céntimo, ni aun para salvaguardar su propia vida, no inspiran ninguna lástima”.

»“El señorito tiene razón”, dijo la sirvienta.

»“Pero es horrible”, añadí yo.

»Pero ante la mirada, casi amenazadora de mi marido ya no dije más.

»De momento me prohibió que me asomara a la ventana, pero él se echó a la calle, para averiguar lo que hubiese de realidad en el relato de la criada.

»No regresó hasta la hora del almuerzo. Estaba palidísimo, no pronunció una palabra, ni yo me atreví a preguntarle.

»Luego de almorzar me dijo:

»“Mañana saldremos para París; si continuáramos aquí ya no vivirías tranquila, teniendo siempre a la vista ese palacio en donde fue asesinada la vieja”.

»“¿Así pues ha sido asesinada?”, interrogué.

»“Sí”.

»“¿Y el móvil?”.

»“Se comprende: el robo”.

»“¿La has visto?”.

»“Sí”.

»“Sería horrible ¿verdad?”.

»“No me hables”.

»Violentas sacudidas nerviosas le agitaban; la palidez de su cara era cadavérica.

»“¿Quién habrá podido cometer el crimen?”, pregunté.

»La contracción amenazadora que se dibujó en su rostro me causó pavor.

»“¿Cómo quieres que lo sepa?”, exclamó. “¿Crees tú que conocía las costumbres de la vieja, ni a quien recibía en su casa?”.

»“¿No se sospecha de nadie?”.

»“Basta de esa historia, ¡comprendes!... Me fastidia”.

»Desde, aquel momento ya no hablamos más.

»Lo que me sorprendió fue la febril actividad con que hizo los preparativos del viaje y al día siguiente salimos para París.

»Nadie reparó en nuestra salida, porque el asesinato de la vieja preocupaba la atención de todos. A la sirvienta le dijo que el telegrama de la muerte de un pariente le obligaba a abandonar precipitadamente a Beauvais.

»Ya en París, Vital me condujo a una fonda, donde permanecimos dos días; en el tercero alquilamos una linda habitación amueblada, situada en los alrededores de Notre-Dame.

»Vital comenzó nuevamente a ausentarse de casa durante largas horas, especialmente a la noche; pero yo me dejaba engañar por las explicaciones que me daba acerca de sus negocios, que en París, decía, se presentaban más difíciles.

»Tenía tanta confianza en él que, durante sus ausencias, me juzgaba feliz con la niña.

»Una mañana, mientras la criada se hallaba en el mercado y mi marido estaba ausente, un fuerte campanillazo dado en la puerta de mi casa, resonó.

»“¿Qué desean? ¿Por quién preguntan?”, dije con voz algo temblorosa.

»“Buscamos a la mujer de cierto Vital Bracco”, contestó uno de los dos señores que iban vestidos con traje negro.

»“Soy yo”.

»“Entonces, señora, le rogamos que nos deje entrar en su casa, pues tenemos necesidad de hablar con usted. Yo soy el comisario de policía y ese señor un compañero; los otros dos que nos siguen dos guardias”.

»Sentí que las fuerzas me faltaban. Ni siquiera podía sostenerme de pie.

»“Pero yo nada tengo que ver con la policía”, balbuceé. “Vuelvan ustedes cuando mi marido esté aquí”.

»“Él es quien nos manda”, dijo con viveza el comisario.

»Mentía, pero yo le creí y ningún otro obstáculo opuse a su entrada.

»Les hice pasar al saloncillo y allí les pregunté qué querían de mí.

»“Enviado por su marido, vengo a rogarle que tenga la bondad de enseñarme sus joyas”.

»¿Mis joyas? Por un momento creí que había caído en un engaño y que aquellos hombres eran ladrones.

»En mi cara debería revelarse un gran miedo porque aquellos dos hombres cambiaron entre sí una significativa mirada, que me pareció de triunfo, y repitieron con mayor dureza.

»“¿A qué aguarda usted?”.

»El sonido de aquellas voces roncadas y ásperas despertó a la niña que comenzó a llorar.

»Mi temor aumentó: quería pedir auxilio pero no tenía alientos para ello.

»Y además, ¿qué podía hacer yo, débil mujer, contra cuatro hombres, que en aquel momento adquirirían a mi vista un aspecto aterrador?

»Me asaltó el recuerdo de la vieja asesinada.

»“Tomad, tomad todo lo que queráis”, balbuceé, “todo os lo doy, pero no me matéis”.

»El hombre que primeramente habló, se encaró con los otros que escuchaban.

»“Es extraño”, dijo. “¿Nos cree colegas de su marido? ¿Pero en verdad lo ignora usted todo, o está representando una comedia?”.

»Y mirándome fijamente, añadió con más cortesía:

»“Esté usted segura de que no queremos hacerle ningún daño: tenga la bondad de mostrarnos sus joyas”.

»Más tranquila, entré en mi cuarto de dormir: aquellos hombres me siguieron.

»A la niña, que había cesado de llorar, la coloqué en su cunita; abrí un cajón de la cómoda y de él saqué una arquilla de madera.

»“Todas mis joyas están aquí”, dije abriéndola. “Este reloj con su cadena me lo regaló mi esposo algunos meses después de nuestro matrimonio en Lyon; y pocos meses más tarde esa sortija, con dos perlas; finalmente ha pocos días me compró esa cruz de brillantes que pienso colgar del cuello de la niña. He aquí todo”.

»Aquellos hombres examinaban todos los objetos con avidez.

»—“No hay duda”, exclamó el comisario, “son las mismas joyas que buscamos. ¿Y usted quiere hacer creer que ignora de dónde provenían?”.

»“Ya se lo dije: son regalos de mi esposo”.

»“¿Le pregunto a usted si conocía su procedencia?”.

»Yo perdía la cabeza.

»“¿Por qué tengo que ignorarla? ¡De casa de algún joyero!”.

»“Atienda usted bien señora y conteste: ¿el regalo de estas joyas no fue algunos días después de haberse cometido en Beauvais un horrible crimen?”.

»Aquellas palabras pronunciadas por el comisario en tono casi trágico, con la mirada fija en mí, hicieron que un sudor helado invadiera mi frente y que por mi cerebro cruzara un terrible pensamiento.

»“¡Dios mío!”, grité. “¿Sospecháis que mi Vital sea capaz de haberse aprovechado de aquel hurto y que sea un cómplice de los ladrones?”.

»“No un cómplice, sino el autor principal, el único”, replicó brutalmente. “Además, él mismo ha confesado el delito”.

»“¡Él! ¡Él!”.

»Quise gritar que no era cierto, que mentían, suplicar piedad, misericordia; pero de mi garganta no pudo salir el menor sonido; un denso velo oscureció mi vista, y

antes de que llegaran a tiempo de sostenerme caía desplomada en el suelo.

—¡Pobre madre! ¡Pobre infeliz! —dijo el conde Pedro profundamente conmovido por aquella relación—. Era un golpe terrible para vos aquel descubrimiento. Pero ¿era cierto que Vital había confesado su crimen?

—Sí —contestó Natalia sonriendo desgarradoramente y temblando de cabeza a pies—. Y leí su confesión porque todos los periódicos la publicaron.

»Vital dijo que había nacido honrado pero absolutamente pobre, que se había enamorado de mí con locura, que me había raptado de mi hogar, y que a toda costa quería verme rica y feliz fuere cual fuere el medio de que se valiera para conseguir sus propósitos.

»De esta suerte, ¡oh el atolondrado! me invulneraba en su infamia mientras yo lo ignoraba todo, y que si me hubiera participado sus deseos, le hubiera demostrado que toda mi felicidad consistía en ser amada por él, en trabajar y en ser ambos honrados. Y si no me hubiera escuchado, aun a riesgo de morir de dolor, le hubiese abandonado para siempre.

»Vital añadía que su fatal estrella le hizo conocer a un hombre que le prometió satisfacer sus deseos, colmándole de riquezas, consideraciones e impunidad.

»¡Fue *aquel* quien le dio medios para que me alejara de la patria y de los míos; *él* quien le procuró el sacerdote que bendijo nuestra unión; *él* quien hizo desaparecer todas las huellas de nuestra fuga; *él* el perverso genio, el infernal Mefistófeles, de quien no supo decir el nombre y que los jueces creyeron un personaje de pura invención!

»Y aquel miserable era aquel mismo individuo que mi esposo me presentó como a principal suyo, y el mismo que solo comparecía en el momento oportuno, para ser la mano preparadora y directora de los crímenes que los otros tenían que ejecutar.

»Yo también hablé a los jueces de aquel hombre, cuyo nombre ignoraba y cuya condición desconocía, pero a quien instintivamente odiaba por el dominio que parecía ejercer sobre mi marido, porque su presencia ponía a Vital en alto grado excitable, nervioso y de mal humor.

»Pero tampoco yo fui creída y mi declaración sirvió para empeorar mi estado, porque desde aquel momento se me juzgó cómplice de mi marido.

»Vital, luego, ya no ocultó ninguno de sus crímenes y lo relataba con tal lujo de detalles, que no sé cómo pude vivir después de leerlos. La vieja de Beauvais sorprendida, como las otras, durante el sueño aún tuvo energías para defenderse. Y Vital, loco, furioso ante el temor de verse descubierto, tiró de un cuchillo y con él asestó repetidos golpes a su víctima sin compasión de clase alguna. Aquel era el cuchillo que fue hallado junto al cadáver y que sirvió de pista para dar con el criminal.

»Vital confesó también que de la parte que le correspondía del botín de los robos guardaba una joya para mí, con la superstición de que había de proporcionarme fortuna. Esto debiera haber demostrado que carecía de juicio al cometer aquellos execrables delitos, ya que con el producto de ellos intentaba adornar a la mujer que amaba, a su propia esposa.

»No puede usted figurarse, señor conde, el susto y el horror que me produjeron aquellas macabras descripciones. ¡Era aquel el hombre a quien tanto adoré y por quien me había perdido! ¡Y era él el padre de aquella inocente criatura, estigmatizada ya a los ojos de todos!

»Ello no obstante no me sentí con fuerzas para desconocerle, ni maldecirle, porque Vital, aun en medio de sus horrendas confesiones, me apartaba de toda complicidad y suplicaba al juez instructor que tuviera compasión de mí, que me dejara en libertad, porque yo era inocente de aquellos delitos, porque yo todo lo ignoraba.

»A pesar de todo esto, fui recluida en la cárcel y sometida a inauditos tormentos para que confesara ser la cómplice de Vital. Mas ¿cómo podía hacerlo? Si hubiera sido por mi solo interés, no hubiese vacilado en seguir la suerte por horrible e infamante que fuera. Pero el deber de madre me imponía la obligación de defenderme, porque de mi salvación dependía la de mi hija.

»Todavía me esperaban dos meses de cárcel y si no me separaron de mi niña fue porque el día que lo intentaron me convertí en una leona mal herida de muerte, y dije que antes que cederla le estrellaría el cráneo contra la pared. ¿Se compadecieron o tuvieron miedo? No lo sé, pero el hecho está en que desde aquel día no intentaron ya separarla de mí y Nida fue mi ángel consolador.

»Una mañana me notificaron que era libre y que podía ir a donde quisiera con mi niña: no resultaron pruebas en contra mía y les pareció inútil seguir reteniéndome, pero me advirtieron que quedaba sometida a la vigilancia de la policía.

»Regresé a la pequeña habitación amueblada en donde había dejado todos mis efectos. Los porteros apenas me vieron comenzaron a insultarme, añadiendo que todas mis ropas habían sido embargadas, que ya no tenía nada mío y que me marchara enseguida, porque la mujer de un ladrón y asesino no podía traspasar el umbral de una casa decente.

»Y como yo protestara, firme en mi inocencia, alzaron la voz haciendo que comparecieran los vecinos y todos me trataron con desprecio en cuanto supieron que era la esposa del asesino Vital. En poco estuvo que no llegaran a maltratarme con las manos; ni uno solo tuvo compasión de la infeliz criatura que yo estrechaba contra mi pecho. Algunos me escupieron a la cara.

»Entonces eché de menos la cárcel, donde siquiera tenía abrigo y comida, y en donde también disfrutaba algunas horas de tranquilidad.

»Desde aquel instante comenzó mi calvario. Careciendo de todo y rechazada por aquellos a quienes me aventuraba a pedir auxilio o trabajo, tenía que hacerlo



tendiendo la mano y ocultándome entre las sombras de la noche, junto al quicio de una puerta, o en los ángulos más oscuros de las calles. A veces hacíanme impúdicas proposiciones que yo rechazaba con indignación, decidida, antes que aceptarlas, a morir de hambre con mi hija; otras veces me pasaba días enteros sin probar bocado para no privar a mi niña del poco alimento que podía darle; unas ocasiones era algún borracho quien pretendía atropellarme a viva fuerza; otras la policía quien me detenía por vagabunda, ingresando en un asilo, del que a las pocas horas salía para ser nuevamente arrojada al arroyo.

»No, nunca podrá usted forjarse, ni una remota idea de lo muchísimo que he sufrido.

»Llegó el día de la vista del proceso de Vital y yo fui llamada como testigo. Me había convertido en una sombra, y recuerdo que cuando penetré en la Sala, con Nida entre los brazos, arrojó un grito de desesperación y locura; por vez primera, quizás, me compadeció.

»¡Cómo había cambiado mi Vital!... ¡Con qué mirada tan desgarradora me hizo estremecer! ¿Podía yo agravar su estado, desconociendo la loca pasión que por mí había sentido?

»Referí mi historia con sencillez. Hablé de mis amores con Vital, de mi ignorancia respecto de sus medios de vivir; de aquel principal que yo creía honrado comerciante, pero cuya vista me era odiosa; en resumen nada oculté, abriendo enteramente mi corazón ante aquella muchedumbre tumultuosa, que unas veces me aplaudía, y otras reía y otras amenazaba, como si tuviera ante sus ojos una artista dramática que recitara un pasaje, ora odioso, ora conmovedor. Solo cuando alcé a Nida ante el delincuente, ella reconociéndole, gritó con alegría:

»“¡Papá!, ¡papá!...”.

»Se produjo una ovación, muchas señoras lloraban y el presidente amenazó con hacer despejar la sala.

»La vista del proceso duró dos días y terminó con una sentencia de muerte.

»No hubo gracia para Vital: la sentencia tuvo que cumplirse dentro de breve plazo. ¿Comprende mi dolor, mi desesperación?

»Me fue concedido ver a mi esposo la víspera de su ejecución.

»Estaba resignado con su suerte, y quería morir como un valiente.

»“He matado y merezco mi sentencia”, dijo. “Pero ¿qué será de ti, amor mío, y de nuestra Nida?”.

»Se arrodilló a mis pies, implorando mi perdón: yo le levanté con mis brazos y sus lágrimas se confundieron con las mías.

»Luego Vital me susurró al oído:

»“Valor y si algún día encuentras a *aquel* que me ha perdido, ¡venganza!”.

»“¡Lo juro!”, exclamé con energía.

»“Yo no sé su verdadero nombre”, añadió, “pero le conocí en Turín, y allí le escribí muchas veces bajo el seudónimo: Ginepro 24, Lista de Correos”.

»Me estremecí bruscamente.

»“¿Por qué no se lo decías al juez?”, pregunté con viveza.

»“Ya lo hice y se dirigió una carta con aquella dirección, apostando policía en la Casa de Correos, pero *aquel* no se dejó prender, es más listo que un demonio, y debe cambiar de nombres, como de trajes y fisonomías. Y el juez se afirmó en la idea de que yo mentía, y de que *aquel* era un personaje inventado por mí para excusar mis crímenes”.

»“Tampoco yo fui creída”, repliqué. “Pero si Dios es justo, hará que un día u otro le encuentre”.

»No me detengo, señor conde, en narrar otros detalles, porque aquellos instantes fueron para mí los más horribles. No sé cómo no caí muerta al separarme de Vital para siempre; me pidió que asistiera a su ejecución y se lo prometí.

—¡Desventurada! —murmuró el conde, mientras Ghita cerró los ojos aterrorizada —, ¿y fuisteis allí con la niña?

—¿A quién podía confiarla si no conocía a nadie? —replicó Natalia mientras palidecía por momentos—. Durante toda la noche que precedió a aquel día terrible, estuve acurrucada en el ángulo de la plaza en donde habían levantado la guillotina. El viento soplaba huracanado como esta noche, el tiempo era tempestuoso pero yo permanecía insensible a todo. Mi Nida se calentaba apretada contra mi pecho y envuelta con mi mantón; yo tenía los ojos fijos en aquella máquina monstruosa que se levantaba a pocos pasos. Ya carecía de lágrimas; parecíame que mi propio corazón se había petrificado. La gente iba y venía por delante de mí, sin mirarme, ni darse cuenta de mi presencia en aquel sitio. Yo tampoco veía a nadie. Aquellas horas fueron atroces y no puedo describirlas, sin comprender cómo tuve fuerzas para resistirlas.

»Al amanecer, la muchedumbre empezó a agolparse, y yo tuve que levantarme porque me privaba la vista de todo. Estaba obstinada en ver.

»La niña se despertó, balbuceando:

»“¡Tengo hambre!”.

»Yo no hubiera podido tragarme una miga de pan, pero Nida sentía la necesidad de comer.

»Tenía algunos céntimos en el bolsillo, dados por una piadosa señora a quien extendí la mano: entré en una hostería que había permanecido abierta toda la noche y pedí una escudilla de caldo y pan. El hostelero, impresionado quizás por mi figura espectral, se apresuró a servirme. No podía resistir: bebí unos sorbos de caldo y luego confeccioné unas sopas para Nida que las devoró con avidez.

»“¿También vos habéis venido para presenciar la ejecución?”, me preguntó el hostelero.

»“Sí”, contesté.

»“Será un hermoso espectáculo”, añadió el hostelero. “Ese merecía que le despellejaran lentamente, haciéndole sufrir un poco, ya que él también hizo sufrir a sus víctimas. ¡A los asesinos hay que matarles!”:

»Otros parroquianos se hicieron de los mismos sentimientos, y yo escapé para la plaza sustrayéndome de aquellas voces que me traspasaban el alma.

»Pero también la muchedumbre estacionada en la plaza insultaba al criminal. Yo apenas podía andar, por doquiera recibía empujones de los que no acertaba a defenderme. Cuando se advirtió la llegada de la carreta con el reo, un bramido resonó en la plaza, un aullido tan amenazador, tan intenso que Nida comenzó a temblar, y a mí a castañearme los dientes como si tuviera calentura.

»Yo le vi a mi desventurado Vital; pero él no podía distinguirme entre aquella muchedumbre ondulante que al abrir camino al paso del reo, le cruzaba los oídos con insultos, amenazas y maldiciones.

»Vital tenía el rostro cadavérico pero tranquilo; de cuando en cuando acercaba sus labios al crucifijo que un sacerdote acompañante le presentaba.

»¿Qué sucedió después? No sé nada, porque mi pobre corazón no pudo resistir a tantas y violentas emociones: me desvanecí antes de que aquella pobre cabeza cayese en la cesta, cortada por el agudo filo de la guillotina.

Durante algunos minutos la voz de Natalia apenas era perceptible; sus labios temblaban convulsivamente.

—Reposad un poco —dijo con dulzura el conde—. Y tú, Ghita, dale un vaso de marsala para que recobre ánimo.

## VI

La mendiga se reanimó algo y un poco de color apareció en sus mejillas.

—Ahora puedo continuar —murmuró—, y tanto más cuanto me queda poco por decir.

»Cuando recobré el conocimiento me hallé en una cama del hospital; un cariñoso rostro de hermana de caridad se inclinaba sobre el mío.

»Lo recordé todo e irguiéndome impetuosa.

»«¡Mi hija!», grité con terror, “¡mi hija!”.

»“Está aquí”, dijo la monja, “no tengáis cuidado... Se halla comiendo”.

»Me la trajeron cuando aún tenía en las manos unos bizcochos y reía dichosa con la inconsciencia de los niños.

»Llore de alegría y de gratitud. Supe entonces que había caído desvanecida entre la multitud, casi a los pies de la guillotina, estrechando convulsivamente a Nida con los brazos: fui arrollada y pisoteada antes de que pudieran levantarme y socorrerme. La niña gritaba desesperadamente, agarrada a mi cuello y sin que nadie pudiera separarla de mí. Fui conducida a una hostería, pero como no recobraba el conocimiento, me trasladaron en un carruaje al hospital. No llevando encima ningún documento que sirviera para identificarme, nadie supo quién era yo.

»Por esta razón me preguntaron quién era.

»«¡Soy la viuda del guillotinado”, contesté con sencillez, “pero juro ante Dios que soy inocente!”.

»La monja tuvo para mí palabras de consuelo y de piedad; mas en la sala cundió la noticia de quién era y pocos me compadecieron.

»“Era una cómplice de su marido”, decían, “y la han dejado libre porque es joven y guapa”.

»Permanecí una semana en el hospital. Antes de salir, la monja me dijo que había rogado a Dios por mí, y dejó resbalar entre las manos de la niña un napoleón de oro, añadiendo que cumplía el encargo de una caritativa señora, que, habiendo leído en los periódicos lo que me había pasado, se había compadecido de la niña y de mí. También el director me entregó una suma de doscientas liras producto de una suscripción realizada a mi favor.

»¡Aún existían, pues, almas buenas y generosas que no sentían por mí horror y desprecio! Hubiese querido mostrar mi gratitud a todos mis incógnitos bienhechores, que me facilitaban medios para que no muriésemos de hambre, en mitad de la calle, a mi hijita y a mí, pero no conociéndoles solo pude rogar a Dios que les concediera la merecida recompensa.

»Pareciome que en mis bolsillos tenía un tesoro inacabable y aun bendije la existencia.

»Pero no eran mis deseos permanecer en Francia: quería cumplir la promesa hecha a mi marido; encontrar a *aquel* que nos había arrojado al deshonor y a la infamia.

»Fui repatriada por mediación de la policía, mas llegada a Turín, no tuve valor bastante para presentarme a mi familia.

»No obstante mi padre fue llamado a la Inspección, porque deseaban entregarme a él.

»Mi padre acudió; yo no le reconocía; hallábase encorvado, envejecido, achacoso, pero en cuanto me vio, irguióse con fiereza.

»“Esta no es mi hija”, exclamó, “ni nunca podrá poner los pies en mi hogar. La joven que abandona el domicilio de sus padres para seguir a un malhechor; la amante, la cómplice de un ladrón, de un asesino, de un ajusticiado, no puede ser una criatura de mi sangre: yo no la reconozco, la rechazo con horror, la maldigo: y si de nuevo se presentara a mi vista la mataría, a ella y a esa pequeña víbora que llama su hija...”.

»No pude pronunciar una palabra de defensa ¡solo podía llorar! ¡Otros parientes, mandados comparecer, también me rechazaron, hasta que en un raptó de orgullo dije que, si todos me despreciaban, si para todos había muerto, yo buscaría el modo de ganarme la vida trabajando, con la plena convicción de no haber cometido más culpa que amar mucho y haber puesto fe ciega en un hombre que por el mismo amor, nos había perdido a entrambos!

»Dueña de mí misma, porque había cumplido los veinte años, pensé que no era cosa difícil hallar una ocupación que me facilitase medios para vivir con mi hijita. No carezco de instrucción, poseo perfectamente el idioma francés, la música, el dibujo, el bordado y creía que era cosa fácil encontrar lecciones, ocultando, naturalmente, mi nombre.

»¡Cuánto me ilusionaba! Con el dinero de mis incógnitos bienhechores alquilé una mezquina buhardilla, compré algunos muebles y me dispuse, animosamente, a buscar trabajo.

»No quería confiar mi niña a nadie y creí que así, presentándome con Nida en los brazos, sería escuchada más favorablemente.

»Los niños siempre inspiran compasión.

»Me dirigí a una agencia, y allí me facilitaron algunas direcciones. ¡Ah, señor conde, si supiera cómo me acogieron en todas partes! Algunas señoras me miraron de cabeza a pies, preguntándome si verdaderamente era viuda, y reclamando la presentación del certificado de matrimonio y el de la defunción de mi esposo; otras querían que encerrara a mi hija en un hospicio si pretendía dar lecciones; por doquiera, en suma, excusas, humillaciones, veladas injurias.

»Desistí de seguir presentándome en casas privadas y busqué un empleo como camarera o ama de llaves, pero recibí tales proposiciones de cuantos me presenté, que me alejé con horror, pensando que el mundo está lleno de gentes perversas, disolutas e infames.

»Yo me había abandonado apasionadamente, con la conciencia tranquila, a mi primer amor; pero ante las ofertas recibidas mi honradez se revelaba, mi conciencia sentía asco. No, yo no he nacido para semejante vida; antes la muerte que arrastrar la abyecta existencia de una cortesana.

»Si yo hubiera sido sola me hubiese consagrado a Dios, pero ¿podía abandonar a mi criaturita, el único ser inocente que me amaba, uniéndome a la vida?

»Lo que sufrí durante aquellos dos meses es indescriptible. Por fin llegó un día en que no tenía pan que dar a Nida y entonces comencé a vender mis pocos muebles.

»Puede imaginarse mi angustiada situación.

»Tres noches ha que jadeante me dirigía a mi mísero alojamiento, donde solo tenía el mísero jergón donde me acuesto. Aquella noche había sido afortunada, pues conseguí reunir quince sueldos, con los cuales compré un poco de leña para encender lumbre, un retazo de carne para hacer un poco de caldo en un viejo puchero que me quedaba, y pan.

»Mientras pasaba frente a la portería, apareció la portera y me dijo:

»“Tened en cuenta que si mañana no os ponéis al corriente en el pago del alquiler de vuestra habitación, esta misma semana seréis arrojada a la calle”.

»“Si pudiese encontrar trabajo os pagaría enseguida”, repuse, “pero apenas tengo con que comprar un pedazo de pan para mi hija”.

»“Cuando se tiene una carita como la vuestra no se hacen tantas pamplinas como vos hacéis, nunca faltan ni trabajo, ni dinero”.

»Mi rostro se encendió; iba a replicar enérgicamente que yo no comía de aquel pan, pero, a tiempo, me acordé de que aquella mujer o no me entendería o aquella misma noche sería echada de la casa; por ello enmudecí, apresurándome a subir rápidamente los peldaños de la escalera.

»Cerca de una hora llevaría en mi buhardilla donde, después de tantos días fríos y oscuros, brillaban una bujía y un poco de lumbre, alegrando a mi hija, cuando vi que llamaban a la puerta.

»“¿Quién es?”, pregunté sin abrir.

»“Un amigo”, me contestó una apagada voz de hombre.

»El corazón me palpitaba: tenía miedo porque sabía que las buhardillas vecinas a la mía estaban por alquilar y que la casa no gozaba de buena fama.

»Intenté cobrar ánimo y añadí:

»“Yo no tengo amigos, ni conozco ninguno; seguid vuestro camino”.

»“Soy policía”, replicó la voz cambiando de tono, “y tengo absoluta necesidad de hablaros”.

»Creíle y abrí. Entró un hombre envuelto en una capa y ostentando un ancho sombrero que le ocultaba la parte superior del rostro. Él mismo cerró la puerta y se colocó frente a mí.

»“¿Siempre seréis tan miedosa?”, díjome en lengua francesa y quitándose bruscamente el sombrero.

»Lancé un grito y agarré a Nida estrechándola contra mi pecho.

»Había reconocido al principal de mi esposo; al hombre que le convirtió en ladrón y asesino; al hombre que le impulsó a la guillotina.

»Mi mente recordó cuanto Vital me había dicho e irguiéndome furiosa:

»“¡Vos! ¡Vos!”, exclamé en el propio idioma. “¡Ah! esta vez no me dirán que era una visionaria y una cómplice de mi marido; que el infame, que nos había perdido, solo existía en nuestra fantasía, porque yo pediré auxilio y os mandaré detener”.

»“¡Pobre loca!”, repuso él fríamente, sin descomponerse. “Por poco que alcéis la voz mandaré a vuestra hija al infierno a que haga compañía a su padre, y haré creer que vos la habéis matado para libraros de ella. No es una mujer como vos quién para atreverse a luchar conmigo”.

»Y me miraba irónicamente, mostrándome un puñal que se había sacado del bolsillo, mientras yo reconociendo mi impotencia, comprendiendo que me hallaba sola, indefensa ante aquel canalla sin corazón y audaz, temiendo por mi hija, abatida caí sentada sobre el cajón que me servía de lecho, llorando silenciosamente.

»Nida, tan asustada como yo, se apretaba contra mi pecho sin decir palabra, pero mirando fieramente a aquel hombre, que luego de haberla privado de padre, amenazaba a ella misma y a su madre.

»Siguió un minuto de silencio; un minuto de angustia horrible.

»Él había ocultado ya el puñal y quitándose la capa, permaneció de pie, cruzados los brazos y desafiándome con aquella mirada abrumadora que me producía estremecimientos de repulsión.

»“Yo estoy aquí para alegraros”, dijo con lentitud. “Vos me acusáis de haber perdido a vuestro esposo y él mismo fue quien se puso en mis manos; él mismo quien se perdió por causa vuestra”.

»Cruzaba sus labios una sonrisa feroz.

»“¡Oh, cuánta infamia!”, balbuceé. “¿No os basta con haberle cubierto de ignominia; con haberle empujado a la guillotina? ¿Queréis ahora acusarme a mí de haberos ayudado en vuestra obra vil?”.

»“Sí, os acuso porque es verdad”.

»Me estremecí y el espanto dilató mis ojos.

»“Yo no le busqué”; añadió el miserable, “pero él se hizo presentar a mí por uno de los afiliados a mi secta, esparcida en todo el mundo, y que cada año produce infinidad de millones a nuestra casa...”.

»“¡A costa de la sangre de tantos inocentes!”, exclamé horrorizada.

»“Nada se conquista sin lucha y sin víctimas”, continuó él con acento cínico y audaz. “¿No ha ocurrido así siempre desde los tiempos de Adán? ¿Caín no mató a su hermano para arrebatarse el puesto? ¿Y aún hoy mismo no es siempre el más fuerte quien impera?”.

»“Es cierto”, repliqué con acento indignado, “mas ¡para todos llegará el día del castigo! ¡Podéis luchar y vencer con las débiles criaturas humanas, pero con Dios no!”

Él es Invencible y en otro mundo más allá os espera: ¡intentad engañarle a Él, no lo conseguiréis!”.

»Le vi palidecer y pasar una mano por la frente. Luego con voz honda, dijo:

»“Esas son palabrerías de mujeres. Yo en nada creo, ni nada temo... pero hablemos de Vital, porque solo esto debe importaros; mi conciencia es negocio mío que no os interesa; dejadla en paz. Vital, pues, se hizo presentar a mí. Él os amaba, deseaba haceros suya, pero no tenía los medios para raptaros y obteneros; al propio tiempo era una naturaleza ardiente, amante de vivir bien... ¡y de tener dinero!; para conseguirlo decía estar pronto a todo. Yo busco siempre jóvenes hábiles, audaces y aventureros a quienes nada les arredra, y que pueda doblegar a mi antojo; entre ellos nunca se encuentran traidores, ni nunca han despotricado contra mí cuando les ha fallido a partida, porque ellos mismos la han buscado... ¡Y siempre han sido las mujeres quienes han contribuido a perderles! Yo no engaño a nadie; manifesté a Vital cuáles eran las ventajas y cuáles los peligros de nuestra Sociedad; nada le oculté acerca de nuestra organización y del papel que correspondía a cada afiliado. Él lo aceptó todo a ojos cerrados, no pensaba más que en vos, y firmó un pacto que le ligaba a mí durante diez años, después de los cuales quedaba libre recibiendo una suma de doscientas mil liras. Durante los diez años que trabajara por mi cuenta, yo debía entregarle diez mil liras anuales y en caso de contraer alguna deuda me encargaba de pagarla yo. Pero él no debía, ni podía, como los demás, tocar la más mínima parte del dinero o de los objetos robados: todo tenía que ser consignado íntegramente: en caso de traición le esperaba la muerte. Ahora bien, Vital, no hizo traición a la Sociedad, pero no mantenía fielmente el pacto. En toda empresa que realizaba siempre sustraía alguna joya para regalárosla. ¡Insensato! Si él me lo hubiese dicho, yo mismo le habría ofrecido brillantes y oro que no provenían del despojo de las víctimas”.

»“Vuestros regalos me hubiesen causado horror”, grité. “¡Aún tiemblo al acordarme de haber ostentado los que me hizo mi marido!”.

»Se encogió de espaldas.

»“Os lo repito una vez más. Vital se ha perdido por vos; os amaba demasiado y cometió tonterías. Tenía una inteligencia admirable, audacia y sangre fría, pero cuando se acordaba de vos perdía la cabeza, especialmente ante el temor de que se descubriera la verdad. Por ello la última vez procedió como un niño y se dejó prender”.

»“¡Basta!”, exclamé. “Acabad con todas esas descripciones de infamias dirigidas e ideadas por vos. ¡Ah, si no fuera por mi hijita no saldríais vivo de aquí!”.

»Soltó una carcajada estrepitosa.

»“¿Creéis que si llamarais a los guardias se atreverían a tocar el menor de mis cabellos?”, dijo con ironía. “Por el contrario, les veríais inclinarse a mi presencia y vos resultaríais la única víctima”.

»Le miraba aterrorizada.



»“¿Quién sois pues?”, balbuceé.

»En sus ojos brilló un extraño fulgor y contrajo sus labios una sarcástica sonrisa que dejó entrever unos dientes que a mí me parecían de hiena.

»“¿Os parecerá que yo soy una especie de demonio? ¡Pues no os equivocáis!”, exclamó. “Yo puedo pulverizaros hasta lo más ínfimo, o convertiros en la mujer más rica y poderosa de la ciudad: ¡elegid!”.

»“De vos nada quiero: ¡idos infame, maldito!”, grite.

»Él continuó sin moverse.

»“No seáis tonta, especialmente si amáis a vuestra hijita. Yo estoy aquí para alegraros; estáis reducida a la más cruenta miseria, dentro de poco no tendréis ni cama, ni un pedazo de pan que comer y no es justo que os abandone cuando Vital había trabajado para mí sin obtener recompensa. Yo os daré cuanto tenía que darle a él...”.

»“No quiero nada... no quiero nada”, repuso levantándose impetuosa. “Vuestro dinero me causa horror... preferiría morir de hambre con mi niña, antes que aceptar un sueldo de ese dinero maldito”.

»“Ahora estáis desesperada”, dijo tranquilamente, “y no podéis comprenderme; pero cuando hayáis recobrado la calma os daréis cuenta de que vuestro rehúso es una insensatez, tanto más cuanto ese es dinero que os debo y ni vuestro orgullo, ni vuestra susceptibilidad tienen razón de subsistir, después de haber vivido durante cinco años de este oro mismo...”.

»“¡Yo ignoraba, entonces, su procedencia!”, exclamé.

»“Decid mejor que no cuidabais de averiguar su procedencia; y esto es tan cierto, que jamás intentasteis saber a ciencia cierta cuál era la profesión de vuestro esposo... y con vuestra inteligencia poco os hubiera bastado para conocerla”.

»Mis mejillas se colorearon como si las hubiese cruzado un insulto, mientras en mi interior sentíame culpable de excesiva buena fe.

»Pero esto solo sirvió para exasperarme más.

»“¡Ladrón! ¡Asesino!”, grité. “¡Idos, idos! ¡Yo no quiero nada... nada!”.

»Yo me había aproximado a él casi desafiándole; Nida, que hasta aquel momento había permanecido silenciosa repitió como un eco:

»“Ladrón, asesino, vete; no queremos nada...”.

»Y le escupió a la cara.

»¡Oh, señor conde! no olvidaré nunca la expresión horrible que contrajo la fisonomía de aquel bandido; aún no acierto a explicarme cómo Nida y yo escapamos vivas de sus manos.

»Hizo una acción como si quisiera arrojar sobre la niña para destrozarla.

»Yo di un paso atrás, apretándola contra mi pecho, y murmurando inconscientemente:

»“¡Matadnos juntas!, ¡matadnos a la vez!”.

»Pero él se había calmado ya y con un pañuelo se secaba el rostro.

»“Lo mereceríais”, dijo, “si no os considerara loca... ¡Pues bien, sabed que a las locas se les encierra en un manicomio! En cuanto a vuestra pequeña víbora fácil me será aplastarla en cuanto quiera. ¡Hasta más ver!”.

»Y fuese dando un portazo, en tanto yo estrechando a mi hija sobre el corazón, sollozante caía sobre el cajón que me servía de lecho.

»“Mamá, no llores...”, dijo Nida besándome. “Aquel maldito ya marchó... Si vuelve le arañaré...”.

»Y en su angelical carita con tanta intensidad se revelaba la firmeza de su resolución que me sentí fortalecida, pensando que había encontrado un auxilio en mi criaturita, el odio que yo alentaba contra aquel monstruo a quien debía todas mis desventuras.

»Pasé toda la noche reflexionando. ¿Era mi obligación denunciarle a la policía? Se me hubiesen reído a la cara, como la otra vez. ¿Conocía yo el nombre de aquel canalla? ¿Tenía testimonios de nuestro diálogo? ¿Y si hubiese insistido en acusar a un desconocido, no me hubieran juzgado loca y separado de mi hija? No, no, mejor era callar y alejarme al día siguiente de aquella casa y no volver a ella, haciéndole así perder las huellas de mi camino.

»Si no encontraba manera de satisfacer mi hambre y la de mi hijita, ambas moriríamos a la vez.

»Esto decidí.

»Esta noche, cuando Dios hizo que le encontrara a usted, me dirigía al Pó para hallar en el fondo de sus aguas mi reposo y el de mi niña.

»¿Quién me impulsó a tenderle la mano, implorando auxilio? No lo sé.

»Indudablemente en aquel momento algún buen ángel velaba por mí.

»Y ahora que todo lo he dicho, señor conde, a usted le corresponde decidir mi suerte. Y cualquiera que sea esta, yo solo podré bendecirle por la caridad que me ha demostrado, y por el consuelo que ha dado a mi corazón, permitiendo que desahogase mi dolor, abriéndole mi alma entera.

—Hicisteis bien —dijo con gravedad el conde Pedro—. Vuestra sinceridad, porque yo estoy convencido de que habéis sido sincera conmigo, me ha conmovido profundamente y ha preparado mi corazón a toda su indulgencia para con vos, que, si habéis cometido una culpa de amor, la habéis expiado con tantos sufrimientos, que bien merecéis la compasión y el perdón de todos.

Natalia fijó en el magnate sus ojos dulces y grandes, ruborizándose vivamente.

—¿De veras? —balbuceó—. ¿Usted no me cree merecedora del desprecio? ¿Opina que puedo vivir aún y refugiarme en una casa honrada?

—Sí —contestó el conde con firmeza—. Y en prueba de ello, es que yo os retengo en mi casa. Vos no tenéis el derecho de suicidaros con vuestra hija, porque la muerte, recordadlo, no nos pertenece. Pero no es este el momento oportuno para ocuparnos en lo que deberéis hacer: ya os lo diré. Estáis cansada y deseo que vayáis a reposar: mañana ya decidiremos algo.

Natalia cayó de rodillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... Cómo agradecerle... —balbuceó sollozando—. ¡Ah, señor conde, si un día necesitara mi vida o la de mi hija, tuyas son! ¡No lo olvide!

El magnate hacía esfuerzos para ocultar su emoción, sin conseguirlo.

—No lo olvidaré, id —dijo con voz alterada y extendiendo una mano que la mendiga cubrió de besos y de lágrimas—. Ghita —añadió luego dirigiéndose a la anciana camarera—, cuando la hayas acompañado a su habitación a ella y a la niña, vuelve aquí, porque tenemos que discurrir un poco.

La buena mujer asintió con un movimiento de cabeza.

El conde Pedro y Ghita se acostaron a las dos de la madrugada.

Cuando el caritativo prócer hubo entrado en su dormitorio, se arrodilló, como todas las noches, frente al retrato de su madre y le dijo:

—¿Estás contenta de mí?

Y parecióle que los ojos de su madre se animaban y que su gentil boca sonreía, para contestarle:

—Sí, hijo mío. Te bendigo.

Y el conde se alzó con el rostro radiante de alegría, y pocos minutos después, acostado en su cama, dormía un sueño profundo, tranquilo, feliz.

\* \* \*

Habían transcurrido algunos días desde la anterior escena, cuando los periódicos turinenses publicaron una noticia *de sensación*. Decíase que en las orillas del Pó se habían encontrado algunas ropas femeninas asaz harapientas, en las que aparecía cosido un pliego de papel conteniendo el siguiente escrito:

Abrumada, aborrecida de todos, en lucha con la miseria y la deshonra, me mato juntamente con mi hija, para librarla de la triste suerte que la esperaba si la dejase vivir. Pido perdón a Dios que, más clemente que los hombres, no me rechazará cuando me presentaré ante su trono con mi niña. No maldigo, ni increpo a nadie a pesar de haber recibido tantos daños: Dios juzgará a mí y a los demás. *Natalia Bracco*.

Los periódicos añadían:

Esta era la viuda de aquel Vital, guillotinado ha pocos meses en Francia, por haber resultado autor de diversos robos y asesinatos. Era un criminal por temperamento y uno de los más feroces. Sospechábase que su mujer había sido su cómplice, pero no existiendo pruebas que justificaran la sospecha, fue puesta en libertad y repatriada porque había nacido en Turín. Llegada aquí, su familia muy estimada y respetable, nada quiso saber de aquella que abandonó la casa paterna para huir con un malhechor. Los males, las privaciones y la desesperación quizás perturbaron su razón, pues solo así se explica su extraño suicidio con la niña. La desgraciada, en paños menores y con la niña atada al pecho, se arrojó al Pó en estos días en que sus aguas corrían impetuosas y abundantes. Los cadáveres no han sido hallados, pero aquellos que conocen las condiciones de nuestro río, saben que esta no es la primera vez que ocurre lo mismo; puede darse el caso de que hayan caído en una de esas grietas profundas de las que nunca más se vuelve a la superficie, y así la infeliz y su hija habrán hallado en aquellos insondables fondos el reposo que anhelaban. Más vale así.

Un mes había transcurrido. Nadie se acordaba, ya del nombre de la suicida, ni nadie se preocupó de buscar su cadáver en el río, porque, luego de las lluvias torrenciales, había caído una extraordinaria, excepcional cantidad de nieve que se heló. El río Pó ofrecía el aspecto de un ancho espejo reluciente, bajo el que todo dormía.

Una noche ante el palacio del conde de Malin se detuvo un carruaje de alquiler, en cuyo pescante, junto al cochero, aparecía un gran baúl.

El portero apresurose a abrir la portezuela y al ver a Ghita que descendía le preguntó respetuosamente:

—¿Ha llegado su sobrina?

—Sí, aquí está Jaime —contestó la anciana dando la mano a una joven rubia, vestida elegantemente de luto, que luego de saltar a tierra se aproximó al coche para bajar una niña, también enlutada—. Y ha tenido un feliz viaje. Jaime, cuidado del baúl.

—Sí, señora Ghita: ¿lo haré subir a su habitación?

—No, colócalo en la inmediata. ¿Está en casa el conde?

—Sí, señora Ghita, y les aguarda con impaciencia.

Mientras esto decía observaba a la sobrina, quien parecía no hacer de él el menor caso, y pensaba que era demasiado bella para quedar de ropera, como aseguraba la voz pública, en casa de un hombre tan apuesto, gentil, alegre y millonario como era el conde, su señorito.

—¡Esa viudita hará perder el juicio a más de cuatro! —murmuraba para sí—. ¡Milagro será que no sea una manzana de la discordia!

La anciana tomó a la niña de la mano y subió la primera la escalerilla del vestíbulo; la joven rubia las seguía en silencio.

El conde Pedro las esperaba en su saloncillo particular.

Cuando Sandro, uno de los criados, levantando el *portier*, advirtióle que Ghita y sus sobrinas habían llegado, el conde, procurando dominar la emoción que le embargaba, replicó:

—Muy bien: díles que vengan aquí.

Ghita compareció acompañada de la joven mujer y de la niña.

En los ojos de la anciana fulguró un rayo de alegría.

—Señor conde —dijo al entrar en el gabinete—, ¿me permite que le presente a mi sobrina Lia y a su hija?

El *portier* había sido bajado nuevamente y la puerta de la habitación cerrada.

Entonces la anciana varió el tono de la voz y acercándose al conde:

—Todo fue a pedir de boca —añadió—. ¿Vea usted si la reconoce? ¡Y un solo mes ha bastado para realizar la transformación!

La joven se quitó una especie de capuchón negro que llevaba en la cabeza, y apareció una abundosa cabellera blanca que daba una expresión extraña y fascinante

a un rostro de blancura láctea, animado por unos ojos grandes y rasgados, unas cejas finas, negras y arqueadas y unos labios coralinos que, en aquel instante, sonreían.

El conde Pedro la miró extasiado; luego le tendió ambas manos.

—No... no os habría reconocido —dijo con vivacidad—. Estos cabellos teñidos de rubio cambian de tal suerte la expresión de vuestra fisonomía, que nadie es capaz de establecer la menor identidad entre vos y la mendiga Natalia, la pobre suicida.

La joven se ruborizó.

—El corazón empero no ha variado —repuso con su más dulce voz—. Y mi gratitud para usted y para Ghita será eterna.

—Ahora soy yo la que te ha de estar agradecida —dijo Ghita mirándola afectuosamente—. Porque en este mes que hemos pasado juntas en aquella aislada casa, propiedad del señorito, he tenido ocasión de apreciar tus dotes morales, tu bondad, y de tal modo me he encariñado contigo y con tu hija, que, verdaderamente, me parecéis de mi propia familia, y celebro haber podido estar en condiciones de hacerte comparecer en el mundo en sustitución de mi verdadera sobrina, procurándole así un nuevo estado civil.

—¿Y si aquella Ana Malvan vuelve, un día, con su hija? —preguntó la joven con voz algo temblorosa.

—No temas —replicó Ghita—, esto no sucederá. Hace dos años que quedé viuda en el Congo y como ya te dije escribí que no quería abandonar nunca más aquellos países donde yacen los restos de su esposo. Luego, otro día, recibí una carta suya en la que me decía que no volvería a verla más porque su hija, atacada por las fiebres, se hallaba moribunda y que si la perdía, pensaba encerrarse en un claustro para aguardar el instante en que Dios la llamara a reunirse con los suyos. Desde aquella fecha ya no ha escrito más, ni nada más de ella hemos sabido; el señor conde quiso procurarse informes de nuestro cónsul en aquellas regiones y se le contestó: «Desconocida, perdidas sus huellas». Por tanto, si no ha muerto se ha retirado del mundo. Pero aun en la suposición de que mañana regresara, no por ello variará nada, de lo que yo he dispuesto, ni me desmentirá, porque su temperamento es generoso y leal.

—Como el vuestro —interrumpió la joven profundamente conmovida y abrazándola con efusión.

La niña hasta entonces quieta y silenciosa tiró con fuerza de las faldas de Ghita.

—Tííta, un besito también a mí —dijo—, yo también te quiero.

Y cuando estuvo en los brazos de la anciana, volvió el rostro hacia el conde y con la gracia y la ingenuidad inexplicable de la inocencia:

—Lo quiero tanto como a ti —añadió—, y como te quiere mamá, que todas las noches me hace pedir al Señor que te conserve sano y te haga feliz, muy feliz.

En los ojos del conde asomaban las lágrimas.

—Nadie lo es más que yo en este momento —dijo atrayéndola a sí y estrechándola contra su pecho—. ¡Gracias Dios mío!

\* \* \*

Al siguiente día los familiares de la casa sabían que la sobrina de la señorita Ghita, que en la casa era considerada como una dueña, la viuda Ana Malvan, había tomado posesión del cargo de guardarropa y la pequeña Teresa, su hija, sería colocada por el conde en uno de aquellos institutos de beneficencia de los que era presidente, en el que, además de la instrucción del espíritu y educación de los sentimientos, recibiría la enseñanza de una profesión que le proporcionara los medios de más tarde, poderse ganar la vida honradamente.

Ninguno reconoció en la viuda rubia a la morena mendiga que una noche fue recibida junto con su hija en el palacio y que, misteriosamente, desapareció al amanecer siguiente. Tampoco nadie había hecho el menor caso de que Ghita hubiese partido aquel mismo día, en dirección a su país nativo con objeto de arreglar varios asuntos de intereses y traerse consigo, para que le sirviera de auxiliar, a una sobrina que había quedado viuda con una niña.

Natalia la mendiga, la viuda del guillotinado, yacía, para todos, con su hija sepultada en el fondo del Pó; Ana y su hija tomaban la plaza que les correspondía en el mundo.

FIN DEL PRÓLOGO

# PARTE PRIMERA

## HONOR Y RIQUEZA

## I

Una noche de carnaval, diez años antes de la época en que se desarrolló el anterior prólogo, mientras en las calles, bajo los pórticos de Turín, la muchedumbre se agitaba como embriagada, y las máscaras ensordecían con sus estridentes gritos, en una elegante habitación de un palacio situado en la vía del Hospital un hombre se suicidaba disparándose dos tiros de revólver, sobre el pecho, sentado en un sillón frente a un espejo, como si quisiera contemplar los espasmos de su propia agonía.

Aquel hombre era el industrial Alberto Palma, de cincuenta años, casado y con una única hija, una niña que a la sazón tendría poco más de diez años.

Alberto Palma ha vivido una existencia extremadamente aventurera y en cuanto a su vida privada tenía no pocas cosas de que arrepentirse. Pero en los negocios había observado siempre una conducta irreprochable, y había sido un enamorado esposo de su mujer Elena Palma, un ángel de gracia y de ternura, con quien se había casado, dio por amor, aunque todos creyeran que el matrimonio era interesado, porque Elena le aportó en dote cerca de un millón y la esperanza de poder heredar otro tanto.

Alberto, en cambio, no tocó un sueldo de la fortuna de su mujer y cuando sus negocios se terciaron mal, cuando se encontró cargado de deudas y en vísperas de no poder pagar algunas crecidas sumas, en vez de confiarse a Elena, a quien siempre había dejado ignorante de su situación financiera, impulsado por el orgullo decidió suicidarse.

Este fue su mayor delito.

Elena Palma era una de aquellas nobles criaturas nacidas para el deber y el sacrificio.

Ella había recompensado la adoración de su Alberto, con toda la pasión y ternura de un alma afectuosa, y le agradecía constantemente la felicidad de haberla convertido en madre de una niña que era la propia imagen de su esposo, así en lo físico como en lo moral. Muchos extremos del carácter de su esposo se le habían escapado; así como tampoco pudo conseguir nunca entablar con él una conversación acerca de las cuestiones de los intereses de su hacienda.

Alberto le cerraba la purpurina boca con un beso, diciéndole:

—Deja para mí el cuidado de los negocios: tú no tienes que pensar más que en amarme mucho y en procurarte una vida placentera: eres riquísima, puedes satisfacer todos tus caprichos, sin ocasionarme el menor perjuicio.

—Pero si yo no tengo caprichos —contestaba Elena sonriendo—. Amo el lujo porque te gusta a ti.

—Las mujeres son nacidas para agradar.

Desviaba de tal manera el diálogo, que este terminaba siempre con el ofrecimiento de alguna nueva joya, o satisfaciendo un deseo, por la joven esposa,



ingenuamente expresado.

Pero algunas nubes tenían que empañar el cielo de su dicha: el nacimiento de Blanca no hizo más que aumentar la actividad del padre y la hermosura de la madre.

¿Cómo podía la feliz mujer prever el doloroso drama que para siempre había de perturbar su vida?

Alberto jamás, frente a su mujer, mostró las angustias de que era víctima, y mucho menos le dio a conocer la ruina inminente que aguardaba a su buen nombre y a su fortuna.

Aquella misma noche había, personalmente, acompañado a su esposa y a su hija al baile infantil que se celebraba en el Instituto a donde concurría Blanca. Solo un momento antes de que descendieran del coche besó a una y otra repetidas veces, ocultando con un sobrehumano esfuerzo de voluntad la emoción que le embargaba.

—Divertiros mucho —les dijo—, entretanto yo me acordaré de vosotras.

—¿Por qué no vienes tú también, papá? —preguntó Blanca, aún abrazada a su cuello.

—Porque a los bailes de los angelitos como tú, solo pueden asistir las mamás —replicó Alberto procurando sonreír.

—¿Pero vendrás a buscarnos, eh? —añadió Elena.

—No puedo prometértelo; pues tengo ineludibles ocupaciones —contestó el industrial—, pero haré los posibles.

Elena dormía en una habitación separada de la de su esposo. Por esto al regresar aquella noche a su casa nada supo de la aventura ocurrida.

Nadie se había apercibido de la detonación de los disparos.

Alberto había dado permiso a su ayuda de cámara para que pasase la noche fuera de casa, previniéndole que no le molestara hasta el siguiente día.

Elena se había levantado ya, y ocupábase en arreglar los negros rizos de su niña, cuando la camarera se precipitó nerviosa y acongojada en el cuarto tocador.

—¡Dios mío, señora! —balbuceó.

—¿Qué ocurre?... ¿Hay fuego? —preguntó asustada Elena.

—No, no... el señor...

—¿Qué?

—¡Ay, Dios mío! no se...

Elena sin escuchar más se encaminó hacia las habitaciones de su esposo, seguida de Blanca.

Querían impedirle la entrada al gabinete, pero ella gritó con acento desesperado:

—¡Quiero verle! ¡Quiero saber lo que sucede!

Y rechazando al ayuda de cámara y al secretario de Alberto, entró.

Renunciamos a describir la escena que entonces ocurrió.

Elena cayó de rodillas junto al sillón, sollozando y retorciendo los brazos de dolor.

—¿Por qué? ¿Por qué? —preguntábase.

Blanca, mientras, se había abrazado al cadáver, chillando.

—Papá, papá mío ¿qué has hecho? ¡Mirame! ¡Contéstame!

Pero él ya no podía oírla, ni ser testimonio de aquel dolor desesperado.

—Pero ¿por qué?, pero ¿por qué? —continuaba balbuceando la viuda.

Una carta que el suicida había dejado escrita se lo explicó todo.

—¡Oh, Dios mío, ha desconfiado de mí! Pero ¿acaso no sabía que yo hubiese preferido la mayor pobreza con él, que no verlo muerto de esta manera terrible?

Cuando se repuso de aquella dolorosa postración, surgió otra.

Ella quiso conocer todo cuanto afectaba a los negocios de su marido; hacer frente a todos los compromisos por él contraídos, liquidar saldos y deudas, satisfacer giros, de modo que ninguna mancha quedara sobre el nombre del suicida, y así su inesperada acción quedó atribuida a un momentáneo acceso de locura.

Todo liquidado, aún quedó a la viuda una renta de diez mil liras anuales, sin contar la herencia de un millón que percibiría a la muerte de su padre.

Este pasaba la mayor parte del año en el campo y tenía un carácter tan montaraz, que a nadie quería recibir ni siquiera a su hija, ni a su nietecilla a quienes veía una sola vez al año.

Pero después de la muerte de su yerno ofreció a la hija que se fuera a vivir con él.

Elena aceptó y tanto más cuanto había decidido encerrar a Blanca en un colegio. Como queda dicho, la niña era el vivo retrato de su padre física y moralmente. Alta, morena, nerviosa, con grandes ojos azules, desde la infancia daba a entender que sería bellísima. Tenía además un gran corazón, pero unido a su genio obstinado y a una altivez impropios de su edad. Blanca sentía un verdadero culto, una adoración apasionada por su madre, y esta circunstancia velaba a los ojos de Elena cualquier defecto de su hija.

La niña se separó con bastante mal agrado de la compañía de su madre para ingresar en el colegio, pero su orgullo le impidió manifestar, francamente, su dolor. Durante dos años viéronse pocas voces, porque el padre de Elena, herido por una parálisis en las piernas, no quería que su hija se apartase un momento de su lado y de tal modo se convirtió en irascible, que era menester toda la paciencia de Elena para soportar las recriminaciones y violencias del anciano.

La noble hija cumplió hasta lo último su deber, y solo cuando hubo cerrado para siempre los ojos de su padre pensó en su propia niña, y por ella decidió establecerse nuevamente en Torino, readquiriendo el palacio en donde vivía con su marido, palacio que si bien tenía para ella una dolorosa memoria, tenía en cambio muchos otros recuerdos agradables a su corazón de esposa, siempre fiel al hombre amado y redivivo en la persona de su hija.

Elena solo tenía una verdadera amiga a quien se confiaba sinceramente. Era la condesa De Malin, la madre de Pedro.

Ambas mujeres habían nacido para comprenderse; ambas tenían el alma hermosa y una sola aspiración: la de hacer felices a sus hijos. Entrambas habían sentido en el

corazón la puñalada de perder el marido, y ni la sociedad, ni los placeres mundanos pudieron nunca cicatrizar aquella herida.

Repetidas veces cuando Elena iba al colegio a visitar a su hija, la condesa De Malin la acompañaba. Y entre la aristocrática dama y la joven niña se había establecido cierta intimidad graciosa, tanto que, un día, la condesa hubo de decir a su amiga:

—Yo no quisiera otra esposa para mi hijo más que tu Blanca; la amo ya como a una hija y sería la más magnífica y deliciosa condesa que cabe imaginar.

También Pedro había acompañado una vez a su madre en sus visitas a la niña. Blanca era aún una chiquilla; él un gallardo, mancebo y ambos charlaron juntos alegremente, comiendo pasteles y bombones, regalo de la condesa.

Desde aquel día Blanca no soñó más que a Pedro. Él, en cambio, cuando su madre le preguntó qué le parecía la niña, contestó riendo:

—Que es muy golosa.

—Pero yo te hablo de su rostro, de su genio.

Pedro no cesó de reír.

—A esta edad todas las niñas son lindas —añadió—, y, como las monas, no hacen más que imitar los gestos y las acciones de las mayores.

—¿No te gustaría una mujer así?

—Sí, porque podría llevarla en brazos. Mas por ahora, mamá querida, no tengo ganas de casarme.

—Pero ya las tendrás más tarde; y yo sería muy feliz si, antes de morirme, puedo sentar sobre mis rodillas algún nietecillo.

Mas, como ya sabemos, la ilusión de la condesa no había de realizarse. La muerte la desvaneció.

Con motivo de la pérdida de su amiga, Elena sufrió tanto como cuando la muerte de su esposo, y aplicó al hijo que aquella había dejado toda su ternura de madre.

Pedro le agradecía aquel sincero afecto, pero apenado cruelmente por aquella muerte abandonó Torino y durante algunos años ni Elena, ni su hija oyeron hablar de él.

Cuando regresó, Blanca había salido ya del colegio y, como daba a prometer la niña, era una bellísima joven, con la arrogancia seria y majestuosa de una reina.

Ella acogió al conde con sincera emoción. En sus castos sueños de jovencilla había imaginado como era: digno del nombre que llevaba, y una loca esperanza hacía palpar su corazón.

Mas Pedro, aun cuando admirase a la joven y sintiera por ella un afecto fraternal, no parecía dispuesto a secundar las ilusiones de su madre.

Al principio se mostró asiduo concurrente a la casa de Elena, pero luego, entre las ocupaciones que le originaba la construcción de su palacete, del que él mismo había trazado los planos, entre los nuevos conocimientos y sobre todo por sus relaciones con Clary, una estrella de *café-chantaut*, que a los dieciséis años era más disoluta que

la más refinada cortesana, olvidó a la buena señora y a su hija.

Por ello rara vez se veían y solo en casa de algún común amigo.

Que Blanca sufría atrocamente nadie lo hubiese adivinado: el orgullo impedíale demostrar su dolor; solo se notó en ella que se tornaba más seria y que en sus grandes ojos de azul turquesa, sombreados por negras y largas pestañas, fulguraban con frecuencia relámpagos de cólera, de despecho, de celos, de pasión.

Elena le dijo un día:

—Oye Blanca, yo temo haberte causado un daño, no dando a conocer a Pedro cuáles eran los deseos de su madre.

La joven mirole fijamente sin contestar palabra.

Luego preguntó:

—¿Qué deseos?

—Los de que se casara contigo.

—Hiciste muy bien en no hablarle —repuso Blanca fríamente—, porque yo no soy una joven para ofrecida. Si el conde me amase, no sería menester el recuerdo de su madre para demostrármelo. El amor no se impone, y por mi parte te aseguro que su persona me interesa muy poco.

Elena movió dulcemente la cabeza: no sabía leer en el corazón de su hija.

—Es un verdadero pecado —exclamó—, que no os hayáis puesto de acuerdo: parecíais nacidos el uno para el otro.

—Mamá, tú sueñas; mejor es no hablar más de este asunto.

Elena calló; pero cuando contemplaba a Blanca, cuyos ojos sabían animar con imperiosas miradas sus palabras, sin por ello perder la exquisita corrección de las actitudes corporales, graciosas y altaneras a un tiempo, no cesaba de repetir la frase de su difunta amiga:

—¡Qué magnífica condesa sería!

Habían transcurrido casi dos años desde que el conde Pedro De Malin comenzara a habitar su palacio y ni durante el estío, ni el otoño, Elena le había vuelto a ver, ni Blanca a recordar.

Al empezar el invierno, un día de diciembre, poco antes del de Navidad, la señora Palma se hallaba de visita en casa de la baronesa Riva, cuando entró la bella señora De Rosa, a quien sus amigas apellidaban la *gacetilla mundana*, porque conocía todas las trapisondas, las intrigas y secretos íntimos de la sociedad elegante y ser ella siempre quien primeramente divulgaba las primeras noticias de esponsalicios, matrimonios, relaciones y rompimientos.

Por esto su aparición fue saludada con exclamaciones de contento y de simpatía.

Era la De Rosa una figurita sutil, rubia, cuya seducción principal estaba en el colorido admirable de su cutis y en la frescura de la sonrisa, y en la vivacidad de la persona. Vestía un traje azul oscuro, con adornos de piel de marta, que hacían resaltar su belleza rubia.

Saludó en derredor con graciosa sonrisa, estrechó afablemente la mano de la

señora de la casa y sentose en un sillón de alto respaldo.

—¿Y qué contaban ustedes de nuevo? —preguntó con voz acariciadora.

—Que hace mucho frío y vamos a tener un invierno muy riguroso —contestó la baronesa—. Las noticias mundanas aguardamos a que usted las diga.

La De Rosa sonrió como una niña.

—Tengo una noticia —exclamó—, que las dejará estupefactas.

—Oigamos.

—Dígala pronto, no se haga desear.

—¿Recuerdan ustedes que el conde Pedro De Malin no se deja ver en sociedad, que durante el otoño no ha celebrado ninguna fiesta en su magnífico palacio como antes solía, que durante el estío tampoco se le ha visto en ningún balneario, ni en ninguna playa, ni en ninguna colonia veraniega, y que a pesar de estar ya en el invierno aún no ha comenzado a visitar a los amigos?

—Sí, sí, ya sabemos todo eso —interrumpió la baronesa—. Y de esto mismo se habló ayer, precisamente, en casa de Sopranzi, haciéndose los más variados comentarios. ¿Y usted conoce los motivos que han determinado su retiro del mundo?

—Sí, los sé.

La señora Palma había permanecido silenciosa; Blanca palideció ligeramente y se mordía los labios, pero nadie se apercibió de su emoción porque todos los ojos estaban puestos en la De Rosa, y todas esperaban con ansiedad la estrepitosa noticia.

—Siga, siga —exclamaron impacientemente distintas voces.

La De Rosa dirigió en torno suyo una ojeada maliciosa y triunfante y añadió:

—El conde De Malin se ha enamorado de su camarera y se susurra que se casa con ella.

Surgió un coro de protestas, resonaron exclamaciones de horror; solo la señora Palma permaneció silenciosa.

—No es posible.

—No, no le han contado a usted una mentira.

—El más calavera de nuestros elegantes pero el más aristócrata, no se rebajará nunca de este modo.

—A menos que de ella quiera hacer una querida.

—Clary se lo impediría; Clary sería muy capaz de triturar a su rival.

La De Rosa dejó pasar tranquilamente aquella borrasca y cuando las protestas y las exclamaciones se apagaron, reanudó la charla.

—La noticia la he bebido en buena fuente y pronto será la comidilla de nuestros salones. Ustedes saben que la condesa De Malin tenía una camarera fidelísima, una de aquellas camareras de antiguo estilo que se encariñaban con una casa y no la abandonaban nunca.

—Porque eran más listas de lo que nos figuramos —dijo una voz—. No me hable de fidelidad sino de intereses y entonces le creeré.

—Quizás tenga usted razón —añadió la De Rosa—, pero el hecho está en que,

luego del fallecimiento de la condesa De Malin, la camarera, continuó junto al conde, quien la estima como una segunda madre y que ella era la única mujer que tenía a su lado.

—¿Es vieja o joven? —preguntó alguna.

—De una edad respetable —replicó la De Rosa sonriendo encantadoramente—. Su edad oscila entre los cincuenta y sesenta. Pero, en compensación, tiene una sobrina que dicen que es guapísima y que a los veinte años quedó viuda con una niña. Pues bien, gracias a las recomendaciones de la anciana, el conde hizo ingresar en un colegio a la niña y se quedó con la madre en casa como auxiliar de la tía.

—¿Y es de esta sedicente sobrina —observó una de las señoras—, por qué podría ser fruto de algún antiguo desliz de la vieja, de quien se ha enamorado el conde?

—Parece que sí.

La voz que primeramente se hizo oír y que era la de la marquesa Bari, una aristócrata muy cáustica y maliciosa, resonó de nuevo.

—¿Y me hablaba de la fidelidad y del cariño de aquella vieja tunante? —exclamó—. Sospecho que desde largo tiempo había madurado el plan de hacer entrar a su sobrina en la casa del conde o hija viuda, para que se convirtiera en dueña de todo.

—¿Pero es posible que De Malin se deje cazar de esta manera?

—¡Un hombre tan avisado como él, sería una locura!

—Es necesario abrirle los ojos.

—Y si de veras se casara con ella hay que darle con las puertas en la cara.

—¡Qué escándalo dará!

Y así continuaron discutiendo acerca de aquel asunto que para Blanca y su madre constituía un cruel tormento, sin poder escapar de oír los comentarios.

De regreso a su casa, Blanca, sin decir palabra, pasó súbitamente a su gabinete para variar de traje, pero rechazó a la camarera que quería ayudarle.

—Déjame, ya me arreglaré yo —dijo bruscamente—. Puedes retirarte.

Y apenas quedó sola quitose, casi con rabia, los guantes, el sombrero y el abrigo, murmurando entre dientes:

—¡Una camarera!... ¿Y ella será quien me robe el puesto que a mí me esperaba? ¿Y será a ella a quien ame el conde Pedro?

Lágrimas de dolor y de despecho se deslizaban sobre sus mejillas, pero al oír en una habitación inmediata los pasos de su madre, se apresuró a secarlas.

Elena, empero, al entrar vio en el altivo y casi impasible rostro de su hija las huellas de una emoción profunda.

Comprendiendo la causa, se acercó a abrazarla.

—¡Pobrecita Blanca mía! —le dijo con dulzura—. Confiéstrate conmigo, dime la verdad. ¡Hoy tú has sufrido por charlatanerías de la De Rosa!... ¡Cuánto he sufrido yo también!

—Pues bien, mamá, sí —repuso—, lo has adivinado... y tanto más por cuanto aquellas habladurías, estoy segura, tienen una base de realidad. ¡Y yo que vivía de

ilusiones, yo que he despreciado a todos, para acordarme de él únicamente!

Y apretada una contra otra sus manitas encrespadas, mientras sus labios palidecían y de sus ojos brotaban rayos de cólera.

La pobre madre vaciló ante el estremecimiento interno que le causaba aquella revelación.

—¿Tú le amabas, pues? —preguntó.

—Lo amaba desde mi niñez, desde cuando con su madre venía a visitarme al colegio y conocí los proyectos formados por la condesa y por ti —repuso dejándose caer sobre un diván como abatida, y mostrando sinceramente su corazón por vez primera.

Elena se sentó a su lado.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —murmuró—. ¿Por qué te mostraste fría e indiferente cuando él comenzó a separarse de nosotras?

—¿Crees tú que yo soy una joven de esas que se humilla a mendigar el amor de un hombre, sea él quien fuere? —dijo altivamente—. ¡Antes moriré que dejar que él comprenda mis sentimientos!... Y luego ¿a qué me vería obligada? ¡A llorar, quizás, a ser compadecida, a quejarme! ¡Oh, yo no soporto tales humillaciones, nunca, jamás!

—Pero si tú hubieras tenido confianza en mí, yo hubiese recordado al conde las promesas de su madre, promesas que yo tengo por escrito, porque la condesa me hablaba de sus deseos en sus últimas cartas.

—Hiciste bien en callar —interrumpió Blanca, con ímpetu—. Si el conde no ha hablado nunca de la voluntad de su madre, prueba que nunca ha querido saber nada de mí, por tanto te prohíbo que le muestres esas cartas. ¡Me las darás!

Elena la miró asustada.

—¿Qué harás de ellas?

—Nada; conservarlas. Quiero tenerlas en mi poder.

—¿Y si las habladurías de la De Rosa no fueran verdad? La gente prontamente calumnia; yo no creo que el conde sea capaz de efectuar un matrimonio tan disparatado, con una viuda, madre de una niña. Él ya sabe de antemano que una unión así sublevaría contra él a la opinión pública, que indignaría a todos sus amigos y conocidos.

—El conde, lo sabes tú mejor que yo, tiene fama de excéntrico, por lo tanto le importan poco la opinión del mundo y el enojo de sus conocidos. Ya viste como no tenía ningún escrúpulo en llevar a los lugares más frecuentados aquella cantante de café-concierto que mantenía.

Elena estaba confusa.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, mamá! Tengo buenos ojos para ver y buenos oídos para escuchar: en nuestra sociedad, aunque parezca recatada, no se tiene el menor reparo en repetir en alta voz la crónica mundana más escandalosa. Todavía te diré más: aun cuando me

interesaba conocer la vida observada por el conde Pedro, el relato de sus devaneos me dejaba indiferente, pues yo misma me decía que el día que me comprendiera y amara, entonces sería mío, únicamente mío.

Su hermoso rostro se había reanimado y sus ojos resplandecían y aparecía tan admirable, que su madre, al contemplarla sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Hoy todo mi ensueño está destruido —prosiguió Blanca—, pero no sucumbiré sin lucha.

Y como si tomara una improvisada resolución, añadió:

—Mamá ¿y si fuéramos a visitar al conde? A nosotras nos está permitido, y además yo quiero pedirle el favor de que me deje copiar el dibujo de la mampara que ante la chimenea de su gabinete tenía la difunta condesa. Mamá, dime que sí.

Y convirtiéndose en acariciadora, abrazó a su madre con efusión.

Elena, luego, de hacerse rogar un poco, acabó por complacer a su hija.

—Pues bien, sea —dijo—, mañana iremos.



## II

Ni la De Rosa, ni los demás conocían la verdad de cuanto ocurría en el palacete del conde Pedro, ni del martirio sufrido por dos corazones nobles al luchar entre el deber y el amor.

Los primeros días en que Ana Malvan, nombre con el cual designaremos de ahora en adelante a Natalia, así como llamaremos Teresa a su hija Nida, se estableció en el palacio en calidad de *ropera*; casi nunca salía de su habitación ocupándose en preparar el equipo de su hija que pronto debía ingresar en un colegio.

La niña parecía comprender la gravedad de su situación, esto es, lo que ella y su madre debían al conde y la necesidad de guardar en silencio cuanto afectaba al recuerdo de los tristes días pasados. Al ver los cabellos de su madre, antes negros, transformados en una haz de rubias hebras, dijo con la franqueza propia de la infancia:

—Mamita, estás más guapa así; me pareces otra.

—Esto es lo que deseo, querida —repuso la joven mujer sentando la niña sobre sus rodillas—, porque, recuérdalo bien, la mamá de antes, la pobre mendiga Natalia murió hace un mes junto con su pequeña hija: yo soy ahora Ana Malvan, al servicio del conde Pedro, y tú eres mi hijita Teresa y la señora Ghita es nuestra tía. ¿Me entiendes, bien?

La niña abrió sus ojos azules y tan llenos de inteligencia y vida, que recordaban los ojos de su padre.

—Sí, mamá —repuso—, comprendo que no hay necesidad de decir nunca a nadie quiénes somos, porque aquel mal hombre que te hizo llorar y quería robarme ya no nos encuentre más.

—Sí, esto es —añadió Ana abrazando efusivamente a su hija—. Además hay que obedecer en todo al señor conde que es nuestro bienhechor y amarle mucho.

—¡Oh, yo ya le quiero mucho, mamita!

—A él le parece conveniente encerrarte en un colegio donde encontrarás a otras muchas niñas de tu edad, allí te enseñarán a leer, a escribir y a hacer labores que algún día podrán servirte para auxiliar a tu mamita. Por más que tu separación me sea dolorosa...

No pudo proseguir: la emoción la ahogaba; el llanto escapaba de sus ojos.

Teresa la abrazó, besándola repetidas veces y moviendo gravemente la cabeza dijo:

—No hay por qué llorar, mamá, ya que el conde desea esto. Verás cómo yo seré buena y estudiaré mucho acordándome de ti. ¿Vendrás a verme al colegio?

—Sí, alma mía —replicó la joven mujer—. Ahora eres tú quien me infunde el valor que yo debería tener. Sí, iré a verte todos los domingos y cuando lleguen las

vacaciones, el conde me ha prometido que tú, la tía y yo iremos al campo.

—¡Oh, qué placer! Ríe, mamá, ríe, yo estoy muy contenta.

El día que la niña entró en el colegio Ana hizo un gran esfuerzo para no revelar su tristeza, mientras que Ghita lloró a moco tendido, ¡tanto se había encariñado con su sobrinilla!

Teresa, en cambio, se mostraba alegrísima, hasta el extremo de que el conde le dijo:

—Eres una verdadera mujercita y estoy seguro de que serás un modelo en el colegio, haciéndote digna de mi protección, y convirtiéndote más tarde en el apoyo de tu madre y de Ghita.

—Sí, seré muy buena y me aplicaré, porque yo les quiero mucho.

Aquella noche, por vez primera desde su regreso, Ana, después de la comida, fue llamada por el conde.

Ella entró en el gabinete, ruborizada, confusa. Estaba adorable con aquella sencillez de su vestido negro, únicamente adornado con un cuello de encaje por ella misma laborado.

Aparecía un poco pálida, pero tranquila.

—Venid y ayudadme a auxiliar a Ghita —dijo el conde con dulzura—, que no sabe lo que le pasa al no ver a Teresa entre sus piernas.

—¡Era tan linda y me acompañaba tanto! —murmuró Ghita.

—Ya te acompañará más tarde y aun te ayudará cuando no estés en edad de seguir trabajando —añadió el conde—. Aquella pequeñuela tiene mucho corazón y mucho juicio, y entre todos procuraremos hacerla feliz.

—¡Oh, cuán bueno es usted, señor conde y cómo le adorará mi Teresa cuando esté en condiciones de comprender toda la gratitud que le debe!

—De esto no hablemos más: ya sabéis que me disgusta. Mejor prefiero que me digáis si os gusta vuestra nueva posición.

—¡Oh, señor conde! —replicó Ana uniendo las manos con un gesto de emoción—. Paréceme haber padecido un sueño horrible y que al despertar me encontré en el paraíso; y a su lado nada tengo que temer pues para mí es usted tan bueno como Dios...

Pedro se hallaba muy conmovido pero no quería darlo a entender.

—Vos me aduláis demasiado, Ana, y me atribuíis méritos que no tengo —repuso—. Si alguien debe estar agradecido soy yo, pues habéis despertado en mí más nobles sentimientos, y me facilitáis la manera de poder realizar la augusta misión que me encomendó mi santa madre: la de no rechazar nunca a los desventurados y acudir en su auxilio no solo con los medios de que disponga, sino con la influencia moral que, a veces, vale y aprovecha más que el dinero.

—La señora condesa sería un ángel —dijo Ana con franqueza—. Y si desde el cielo, donde está, ve cuanto usted ha hecho por mi hija y por mí, debe sentirse orgullosa de su hijo, como también debe bendecir a Ghita que fielmente imita tan

generoso ejemplo.

Todos tenían lágrimas en los ojos. El conde fue el primero en secar el llanto y dijo alegremente:

—¿De modo qué estáis contenta?

—¡Oh!, sí, sí.

—No creáis, empero, que yo quiera teneros encerrada todos los días en mi guardarropas; impedir que salgáis...

—Oh señor conde, mi felicidad está en permanecer aquí retirada, aguardando las fiestas para ir a ver a mi Teresa, acompañada de Ghita.

—Muy bien; pero el trabajo a que os dedicáis no puede ofreceros bastante distracción y esparcimiento del espíritu, por tanto yo desearía que continuarais cultivando la música y el dibujo, artes para las que, según me dijisteis, tenéis gran predisposición y las noches que permanezca en casa yo mismo os daré algunas lecciones.

Ana hubiese querido excusarse pero no se atrevió.

Desde aquel momento pasaba parte de los días ocupada en coser y en auxiliar a Ghita, y la otra en estudiar la música y el dibujo, sin salir más que los domingos acompañada de la vieja, para ir por la mañana a misa y por la tarde al colegio, en donde encontraban a Teresa siempre alegre y expansiva y mereciendo grandes elogios de las maestras por su aplicación, y buen comportamiento.

El conde Pedro, a su vez, también salía poquísimas noches de su casa, dedicándose por completo a su discípula que, verdaderamente, realizaba grandes progresos. Ella amaba la música con pasión y era su mayor placer que el conde le aplaudiera, cosa que ocurría casi siempre.

—Tú has traído la alegría a esta casa —le decía Ghita—. Y la condesa debe bendecirte desde el cielo, porque ve que gracias a ti su hijo abandona las malas compañías, difícilmente pasa las noches fuera de casa, y observa la misma conducta que cuando ella vivía.

Y le contaba todas las fases de la existencia del conde, a quien amaba como un hijo, sin ocultarle tampoco las relaciones que sostuvo con aquella cantante de café-concierto, que un día tuvo la audacia de atreverse de ir a buscarle a su propia casa.

—Pero yo la traté según se merecía —añadió Ghita encolerizada aún por el recuerdo—, y como el conde no estaba en casa, luego de haberle reñido ásperamente, la puse de patitas en la calle. Oh, estoy segura de que no le habrán quedado ganas de volver por acá.

Ana sintió que su corazón palpitaba dolorosamente; ¡el conde que tan alto lugar ocupaba en su entendimiento tampoco estaba exento de las debilidades humanas!

—Y dime, ¿no te riñó porque te tomaste la libertad de tratarla así? —preguntó débilmente.

Ghita poniendo los brazos en jarras, exclamó:

—¿Reñirme a mí? ¡Hubiese querido ver si era capaz de ello! Al contrario, aun me

pidió perdón por lo que había hecho aquella loca, y luego añadió que había obrado como debía.

El invierno transcurrió como un rayo para Ana y aun para el aristócrata, a pesar de haber prescindido de la sociedad, que antes tanto amaba.

Al llegar la primavera propuso trasladarse a la espléndida villa que en el collado de Moncalieri poseía, pues necesitaba efectuar en ella algunas restauraciones y retocar las pinturas que adornaban un vastísimo salón.

—Así se fortalecerá vuestra salud —dijo a Ana—, y Ghita será completamente feliz porque ella es en el campo donde mejor se halla; además, todas las fiestas podréis venir a Torino para ver a Teresa y en cuanto lleguen las vacaciones, ella se unirá a nosotros. ¿Os parece bien? ¿Aprobáis mi plan?

—Completamente.

Él había ocultado a sus amigos su partida y el lugar de refugio; a Clary le había regalado una cartera acompañada de una bonita suma y diciéndole que quedaba en libertad completa.

La hermosa cantante se mordió los labios despechada.

—¿Te casas? —le preguntó esforzándose en sonreír.

—Quizás...

—Procura que viva en paz con tu camarera, sino esta le arrancará los ojos.

El conde no se dignó contestarle.

Al mes de estar instalados en la villa la salud de Ana se había centuplicado y su belleza aparecía tan maravillosa que León, cierto joven pintor llamado para la restauración del salón, se enamoró locamente de ella, y sin dárselo a comprender, conocedor de la situación de la joven viuda en la casa, decidió hablar al conde, que tan generoso se mostraba con ella, para que le ayudara en que aquella fascinante mujer se convirtiera en su esposa.

Una mañana el conde subió al andamio que el pintor había levantado en el salón.

Después de haber discurrido un poco acerca de las bellísimas pinturas que estaban casi ultimadas, León, en el momento que el conde iba a abandonarle y había puesto ya el pie en el primer peldaño de la escalera para descender, le llamó con voz emocionada:

—Señor conde...

Pedro se volvió.

—¿Qué queréis, León?

El pintor permanecía de pie, con la paleta en las manos: parecía que no tuviese valor para hablar.

La luz de un ventanal caía sobre el joven pintor y el conde pensó en aquel momento que León podía servir de modelo para un Apolo.

Era bellísimo, y la palidez de su rostro rodeado de negros y encrespados cabellos, le daba un aspecto más seductor aún.

—Perdone usted, señor conde, quería hacerle Una petición pero no me atrevo —

dijo.

Pedro sonrió indulgentemente.

—Comprendo —repuso—, y debía acordarme de ello: cuando bajéis yo estaré en mi gabinete de estudio y os daré cuantos anticipos deseéis, pues estoy muy satisfecho de vos.

El rostro del joven enrojeció.

—No es esto, señor conde, no necesito dinero.

Pedro soltó una carcajada:

—Perdonad —exclamó—, no quería ofenderos, pero estoy tan acostumbrado con los demás artistas a pagarles las obras por adelantado, que vos resultáis una excepción. Decidme, pues, ¿qué de seáis de mí?

—Quisiera —balbuceó León—, preguntarle si la señora Ana, su ropera, la sobrina de la señora Ghita, es verdaderamente libre y si usted tan bueno y generoso con todos, querría decirle alguna palabra en favor mío.

Notábase que el pintor se hallaba profundamente conmovido.

A Pedro le pareció que todo ennegrecía ante su vista.

—¿Una palabra?, ¿por qué? —preguntó nervioso.

León hizo un esfuerzo y contestó con franqueza.

—Porque la amo y sería el hombre más feliz de la tierra si consintiera en ser mi esposa.

Oyose un fuerte ruido, y acompañado de un grito agudísimo, lacerante.

El conde había perdido el equilibrio, y aunque intentó agarrarse a un palo de los que sostenían el andamio no lo consiguió, cayendo al suelo desde una altura de casi seis metros.

El pintor, como todos, acudió en su auxilio, creyendo que el accidente era debido a un repentino vértigo.

León se condolía y lloraba por haber entretenido al conde, sin explicarse, empero, la razón de su caída.

En aquellas circunstancias quien probó mayor sangre fría fue Ana, aun cuando su corazón se desgarrara de dolor.

La fatalidad no cesaba de perseguirla. ¿Qué sería de ella si el conde moría?

Ella ayudó a levantar a Pedro, luego de haber constatado que su corazón palpitaba, y ayudó a los demás a trasladarle a su cama; dio órdenes para que se fuera rápidamente en busca de un médico y auxiliada por Ghita le acostó, no sin palidecer a cada gemido que exhalaba el paciente mientras le desnudaban.

Lo que podía deducirse de un examen superficial era que el conde se había roto una pierna y herido en la cabeza.

Ana vendó la pierna y lavó las heridas de la cabeza ínterin llegaba el médico. Ghita admiraba la energía de aquella joven, que a todos y aun a ella misma, infundía valor.

Hubo un momento en que el conde abrió los ojos y al ver aquel pálido y lindo

rostro inclinado sobre él, con angustiosa expectación, intentó sonreír, murmurando débilmente:

—No es nada, nada...

Y se desvaneció de nuevo.

Llegaron un médico cirujano de Moncalieri y un su colega turinés que se encontraba allí en ocasión de una consulta, y trayendo todo lo necesario en aquellas circunstancias, pues por el doméstico sabían lo ocurrido.

La pierna fue curada y sujeta por medio de un aparato; la herida de la cabeza medicada y los doctores declararon que, si no sobrevenían complicaciones, el conde luego de un mes o poco más de cama, estaría sano.

Pedro había recobrado el conocimiento.

Entonces explicó que la desgracia le había ocurrido por su culpa. Mientras hablaba con León, desasíó la mano del palo en que se apoyaba, hizo un falso movimiento, perdió el equilibrio y cayó.

—Pobre León, qué susto se habrá llevado —añadió.

Luego pidió a los médicos que nada dijeran de lo que le había sucedido, para que el hecho no se hiciera público en Turín, alarmando a amigos y conocidos, que se apresurarían a visitarle, turbando así la agradable soledad en que vivía, e impidiendo su rápida curación.

Los médicos prometieron guardar silencio.

Ghita y Ana no quisieron confiar a nadie el cuidado del herido.

Ghita le asistía durante el día, Ana durante la noche. El conde sufrió algunos días de fiebre y de delirio y la joven mujer, curvada, sobre la cama, con el rostro bañado en lágrimas, escuchaba aquellas divagaciones que revelaban los secretos del corazón del aristócrata. Él la amaba, pero jamás se lo hubiera manifestado temeroso de ofenderla y alejarla de su lado; pero cuando León le participó que se había enamorado y que confiaba en él para que abogara en su favor con objeto de casarse con ella, el conde, asustado ante la idea de que Ana correspondiera al amor del joven pintor, sintió que la vida le faltaba, cayendo al suelo.

Ana, en medio de su desesperación, sintió una alegría infinita al verse amada de aquella suerte y tan respetada por el hombre a quien le debía todo.

Pero ¿hubiese podido corresponderle nunca y curar aquella herida abierta en su corazón? No, nunca, jamás: ella tenía que renunciar para siempre al amor y a la felicidad. Si llevaba el nombre de Ana Malvan, por la generosidad de una anciana sirviente y de un aristócrata, que se habían compadecido de ella; si el mundo podía ofrecerle un nuevo estado civil, ella en cambio no olvidaba haber amado y haber sido la esposa de un asesino, de un guillotinado. Ella no podía pensar más que en su hija, a esta sí que debía procurar hacerla feliz, renunciando a todo ensueño de dicha para sí propia.

Y sobre todo debía impedir que nadie trasluciese el doloroso secreto de su corazón y el del conde.

Así pues, luego de una breve lucha consigo misma, Ana recobró la calma y su tranquilidad y firmeza junto al lecho del herido, no se desmintieron nunca.

El conde, aún en medio de la fiebre y de las alucinaciones, veía el pálido rostro de Ana inclinado ansiosamente sobre él y esto tal vez bastaba para sosegarle.

Una noche el herido la llamó:

—Ana...

Ella se inclinó para observarle.

—Aquí estoy, señor conde.

—¡Oh! lo sé; vos habéis sido mi ángel custodio: mi ángel salvador durante estos días; gracias.

Y se adormeció sonriendo.

A la mañana siguiente no tenía calentura, y cuando le visitó el médico pudo hablar con él, autorizándole para que tomara un poco de alimento.

Ghita se lo sirvió.

—¿Y Ana? —preguntó débilmente el conde.

—Ha velado toda la noche y ahora descansa —repuso la vieja—. Pero si usted quiere verla la llamaré.

—No, no, déjala descansar —dijo el herido—. ¡Pobre Ana, cuán agradecido le estoy por sus cuidados! Me recompensa sobradamente todo lo que yo he hecho por ella.

—Es un alma pura; grande como la de la señora condesa —murmuró Ghita con gravedad.

El conde calló un instante; luego preguntó:

—¿Y León?

—El pintor casi ha terminado sus trabajos —repuso Ghita—. ¡Qué buen chico es! ¡Si supiera cuánto le ha dolido su desgracia! A lo menos viene tres o cuatro veces diarias a preguntar cómo sigue usted.

Pedro volvió a callar un momento y luego añadió:

—¿No ha hablado nunca con Ana?

—Nunca —replicó Ghita—. Bien sabe usted que Ana nunca habla con los extraños.

Un hondo suspiro escapó del pecho del conde, que enmudeció y parecía amodorrarse.

Por la noche, cuando la joven mujer se sentó a la cabecera de la cama, Pedro pasó algunos instantes observándola con los párpados semicerrados; luego murmuró:

—Ana ¿estáis aquí?

—Sí, señor conde.

—Os perjudicará velar toda la noche.

—No, señor conde: yo estoy muy bien y soy feliz al ver que los cuidados de que todos le han rodeado han conseguido su efecto; dentro de pocos días podrá usted levantarse ya.

—Gracias a vos.

—Yo solo he contribuido en pequeñísima parte a su curación.

El conde permaneció silencioso, pero siguió observándola.

La joven para no permanecer ociosa durante las largas horas de vela, se entretenía haciendo ganchillo, a la tenue luz de la lamparilla que ardía en el dormitorio del enfermo.

Él veía de ella la abundante masa de cabellos un día negros, y ahora de un rubio subido, provocante; el perfil correctísimo; la nitidez del cutis y se decía que pocas mujeres le eran comparables y que si Ana hubiese querido, no le hubieran faltado millonarios y títulos dispuestos a arruinarse y a enloquecer por ella.

Las tan ponderadas Rebecca y Clary a su lado resultaban nada.

Pero Ana era honrada, Ana no conocía el hechizo de su propia hermosura y de sus propios atractivos y prefería una existencia modesta y oscura no acordándose más que de su hija.

De improviso, por uno de aquellos impulsos buenos y generosos que revelaban su carácter extraño, el conde la llamó de nuevo.

—Ana.

Ella volvió los ojos hacia él.

—Señor conde, ¿necesita algo?

—He de hablarte seriamente, quiero hacerte una pregunta muy grave.

Ana palideció.

—Señor conde, a usted le precisa el reposo.

—No, no podría reposar con este peso sobre el corazón. Ana, un hombre honrado, un hombre honrado que os ama, me ha pedido vuestra mano.

Los ojos de la joven mujer habían adquirido casi una expresión de espanto.

—¿Mi mano? —preguntó atónita—. ¿Casarme de nuevo yo? ¿Sabe aquel hombre quién soy?

—Sabe que sois la sobrina de Ghita y que nadie mejor que vos, merece su cariño.

Ana movió la cabeza.

—¡Yo engañaría, pues, a un hombre honrado, haciéndole creer que soy otra, otra que quizás vive aún, y de la cual he usurpado el nombre! Señor conde, usted mismo ya no me estimaría si aceptase, si fuera capaz de tamaña mistificación en perjuicio de un hombre de bien. ¡No, no, jamás!

—Pero ¿y si ese hombre os amara lo bastante que se casara con vos, aún después de saber quién sois?

—Tampoco le aceptaría.

El conde la miraba fija y ardientemente.

—¿No preguntáis siquiera el nombre de ese hombre?

—¿Qué me importa saberlo si no quiero casarme con él?

—Procurad al menos conocerlo: pudiera darse el caso de que un día vos misma le amarais...



—¡No, no puede ser... no será! —exclamó Ana con vehemencia—. En mi corazón no caben ya más que mi afecto para mi hija y mi gratitud para con usted y Ghita...

El conde se obstinaba.

—Vos sois muy joven y muy hermosa para permanecer sola, aislada... y León sería uno de aquellos maridos de los que cualesquiera mujer puede sentirse orgullosa.

Ana se sobresaltó.

—¿Se trata, pues, de León el pintor?

—Sí.

—¿Y él ha pedido mi mano?

—Y me rogó que abogara en su favor, revelándome el amor que os profesa. ¡Pobre León, precisamente en el momento en que me lo decía, fue cuando caí! ¡Cuántas veces quizás se habrá apenado de haberme entretenido en el andamio!

—Yo sé que estaba inconsolable por la desgracia ocurrida y los días en que la vida de usted corría peligro, León no cesaba de llorar como un niño, no acertando siquiera a trabajar.

El conde se hallaba conmovido.

—¡Qué buen corazón! ¡Oh, es un gran muchacho León, y vos hacéis mal, muy mal, rechazándole!

—Yo no le amo —dijo gravemente Ana—, y si algún día llegase a ocurrir que mi corazón aún palpitase por un hombre, fuera quien fuese, también le rechazaría. Señor conde, repita francamente a León, mis palabras: yo no volveré a casarme nunca, soy demasiado feliz en mi posición y a menos que usted se cansara de verme en su casa, yo siempre permaneceré en ella.

El conde la contemplaba como en éxtasis.

—¿Cansarme de vos, Ana? ¿De vos que embellecéis mi existencia, que a cada instante me recordáis con vuestros actos los actos de mi santa madre? Si os alejarais de mí, me moriría.

Una sonrisa angelical iluminó el rostro de Ana.

—Ahora ve usted bien, señor conde —exclamó con gracia insuperable—, que no puedo casarme con León, ni con nadie.

Pedro le tomó una mano y la acercó a sus labios besándola.

—Cúmplase vuestra voluntad —murmuró—. ¡Pobre León!

—Ya se consolará con otra: es joven y no tardará mucho en olvidarme.

El conde sonrió silenciosamente y cerró los ojos.

Desde aquel momento su espíritu se reanimó y la curación fue rápida.

Su alma generosa, si Ana hubiese confesado que amaba a León, sentíase capaz de sacrificar la pasión que lo devoraba, para hacerles dichosos.

Pero Ana no amaba al pintor, quería permanecer al lado de su bienhechor y Pedro no la hubiese cedido a nadie, contentándose con tenerla a su lado, sin revelar su secreto, confiado en que la joven nunca lo averiguaría.

Ana, a su vez, segura ya y encerrado en lo más recóndito del corazón su secreto, sintiose venturosa, casi alegre.

León al recibir la contestación a sus deseos por boca del conde, palideció intensamente y pareció desvanecerse.

—Había forjado una ilusión dorada y se ha desvanecido —dijo—. ¡Paciencia! Dígale que no le guardo rencor, que la adoraré siempre, y que siempre también rogaré a Dios para que la haga feliz.

El conde Pedro pasó el estío y el otoño en el campo, sin dejar que nadie supiera dónde se hallaba. No quería que turbaran su felicidad.

Solo, al comenzar el invierno, regresó a su palacio de Turín, pero sin reanudar su vida alocada y placentera de los años anteriores.

Todo su mundo lo había concentrado en la compañía de Ana y de Ghita.

Y para él las horas se deslizaban rápidas y dichosas, sin preocuparse de los comentarios que la gente hacía a propósito de su aislamiento; gozoso con la paz de su conciencia y con el bienestar del deber cumplido.

### III

Cuando Blanca Palma con su madre descendieron del carruaje frente al palacete de Pedro y oyó cómo el portero decía que el conde se hallaba en casa, toda la sangre le afluyó al corazón; pero, serenándose inmediatamente, llamó a la puerta de diestra a piso llano, donde el aristócrata tenía su sala de recibo.

Ghita en persona abrió, lanzando una exclamación de alegría.

La buena mujer sentía una verdadera adoración por la amiga de su difunta señora, y aunque no conociera los proyectos de esta, pues solo los había confiado a Elena, sentía por ella un vivísimo interés así como por su hija Blanca, que le parecía un ángel como la madre.

—¿Usted? ¿Usted, señora? —exclamó con voz conmovida—. ¡Qué sorpresa! ¡Qué contento estará el conde! —añadió mientras las conducía a un pequeño saloncito azul que era el predilecto de la difunta condesa—. Yo no hubiese reconocido ya a la señorita; ¡ha crecido tanto y se ha vuelto tan guapa!

Blanca sonriendo se ruborizó, mientras la señora Palma, preguntaba:

—¿Está en casa el conde?

—Sí, sí; ahora difícilmente sale y menos luego de la desgracia que aún le impide andar con soltura.

Blanca había palidecido; su madre preguntó con viveza:

—¿Qué desgracia? Nosotras no sabemos una palabra y esto esta muy mal hecho, porque Pedro no debería olvidar que yo le quiero como a un hijo.

—Y el señor conde la venera a usted como a una segunda madre —añadió Ghita—. Pero el señorito no quiso asustarla, y prohibió que se participara a nadie lo ocurrido y tampoco quiere que ni a él mismo se le hable, pero a usted, señora, puedo decírselo.

Y en dos palabras explicó lo sucedido que conmovió profundamente a Elena, haciendo asomar lágrimas en los ojos de Blanca.

—He aquí por qué vive tan retirado —pensaba—. ¡Pobre Pedro... y yo que le acusaba de aquellas trapisondas que contó la De Rosa!

—¡Ah, si lo hubiéramos sabido! —exclamó la señora Palma—. A pesar de su prohibición Blanca y yo hubiésemos venido para asistirle, y buscado el modo de hacerle menos penosas las horas. ¡Sabe Dios cuánto habrá sufrido en completa soledad durante tantos meses!

Ghita, un verdadero corazón de oro, un alma recia, no podía tener ninguna desconfianza.

Repuso con ingenuidad.

—Mas no, el señor conde no se ha lamentado nunca; a pesar de su desgracia siempre ha estado de buen humor; una sobrina mía que desde hace un año está aquí

como *ropera*, y que considera al conde como a su bienhechor, porque acudió en auxilio de ella y de su hija cuando la desgracia quiso que quedara viuda, ha sido para él una enfermera insuperable, han de saber, que Ana está muy instruida: estudiaba para institutriz; por ello habla muy bien, toca el piano, dibuja, borda.

—¿Y con tan preciosas cualidades —interrumpió Blanca con una sutil ironía que escapó a Ghita—, se contenta con el modesto empleo de *ropera*?

—Le diré, señorita —repuso Ghita bondadosamente—. Ana aceptó para estar a mi lado y porque el señor conde se encargó de encerrarle la niña en un colegio, en donde permiten verla todas las semanas. Imagínense, pues, si estará agradecida al señorito: por no separarse de él creo que aceptaría los más humildes servicios...

—¡Lo creo! —exclamó Blanca con una singular sonrisa que no fue comprendida por la buena mujer.

Mas la señora Palma, temiendo alguna imprudencia de su hija, se apresuró a decir:

—Os agradecería Ghita, que participarais al conde nuestra visita, pues no podemos entretenernos mucho...

—Enseguida, señora, y perdonen que las haya entretenido; pero estaba tan contenta de volverlas a ver, después de tanto tiempo.

Y salió dejándolas solas.

Blanca que se había aproximado a la ventana y con los enguantados dedos golpeaba los cristales se volvió hacia su madre.

—¿Has oído? —dijo—. Y yo que ya estaba por compadecerle y creer que era víctima de una calumnia. Estamos, pues, en una plena novela, ¡en un perfecto idilio! Él sufriendo por la rotura de la pierna, tendido en el lecho; ella sentadita junto a él, leyendo, dibujando, bordando... ¡Ah!, ¡ah!

La señora Palma sufría ante aquella nerviosa exaltación de su hija.

—¡Blanca, por caridad no cometas imprudencias! —suplicó.

La joven se encogió de espaldas.

—No conoces a tu hija si la crees capaz de hacer traición a sus secretos —dijo—, o de comprometerse por una mujer que tan inferior es a mí. Mas ya que estamos solas, puedo desahogarme y disponerme a combatir por un puesto que es mío.

Blanca no pudo decir una palabra más.

Un portier había sido levantado y Pedro se precipitaba presuroso en el saloncito.

—¿Usted? ¿Usted querida señora? —dijo estrechando con las suyas entrambas manos de Elena que había ido a su encuentro—. ¡Oh, qué sorpresa tan agradable!

Luego de besar las manos que había estrechado, miró a Blanca con cierto estupor, saludándola algo confuso.

No acertaba a reconocer en aquella bellísima y altiva joven aquella misma Blanca que, hasta el año anterior, siempre había tratado como una niña.

Ella había llegado a su completo desarrollo y aparecía encantadora.

Con un prodigioso esfuerzo de voluntad había recuperado su sangre fría y sus

ojos y sonrisas brillaban luminosos, radiantes.

—Pero... señorita —dijo Pedro—, ¿sabe usted que ya no me atrevo a tratarla de tú?

—¡Quisiera ver como no lo hace! —exclamó Blanca con gracia fascinadora y tendiéndole, la primera, una mano—. Yo no he cambiado: para usted sigo siendo la misma: Blanca la de siempre.

Pedro no comprendió la alusión, pero contestó emocionado:

—Siempre me he acordado de usted, Blanca.

La joven le amenazó con un dedo, y el conde prosiguió, ligeramente ruborizado:

—Perdona, no me siento con valor para tutearte, como cuando iba con mamá a verte...

—Y amigablemente nos repartíamos dulces y bombones...

—Sí, cuando yo observe que la señorita Blanca era muy golosa...

—Y el conde Pedro, para no serlo menos, me imitaba...

Uno y otro soltaron una carcajada.

Luego el conde exclamó:

—¡Oh, qué hermosos tiempos aquellos!

Blanca se estremeció.

—¿También usted los recuerda?

—Sí, porque hacen revivir en mí la memoria de mi madre adorada.

—Adorada porque le adoraba —dijo Elena—. ¡Pobre amiga mía! Siempre tenía el pensamiento fijo en usted y no quería morir para no dejarle solo.

Todos se hallaban vivamente emocionados; habíanse sentado uno cerca de otro, y efusivamente se estrechaban las manos mientras furtivo llanto pugnaba para escapar de sus ojos.

Después de breve silencio continuó el diálogo.

El conde explicó el desgraciado suceso que le había tenido separado del mundo por durante casi un año, mas por cierto rubor, o por cierto espíritu de reserva, no habló de la enfermera que le había asistido.

La señora Palma observó:

—¿Por qué no nos participaste enseguida lo ocurrido? Comprendo que tal hicieras para con los demás a fin de que te dejaran tranquilo; pero a mí debías avisármelo, pues ya sabes que para ti soy una segunda madre y Blanca una hermana, y nos hubiésemos sentido dichosas de haber podido acudir a tu lado, acompañándote en la enojosa soledad.

—Sí, hice mal —repuso el conde con dulzura—; pero temía causarles pena. Además ahora espero que algún día tendré el placer de verlas.

—¡Oh, no faltaremos! —exclamó Blanca con viveza—. Y más, porque yo deseo copiar el dibujo de aquella mampara que bordó su mamá y que tan bonita es.

—Mi palacio y cuanto en él se contiene está por completo a tu disposición —dijo Pedro con afabilidad y galantería—. Y si quieres, hermanita mía, te facilitaré una guía

para la copia, que en cuanto a dibujo y bordado es una verdadera maestra.

El rostro de Blanca solamente expresó curiosidad y alegría.

—¿De veras? ¿Quién es? —preguntó.

La señora Palma permanecía silenciosa.

—Es una sobrina de Ghita —repuso el conde con acento natural y sin revelar la menor turbación—, que quedó viuda, sin bienes de fortuna y con una niña de cinco años. Si hubiera quedado sola hubiese intentado colocarla de institutriz en alguna buena casa, pero ella no consentía en separarse totalmente de la hijita que adora, ni en renunciar a verla todas las semanas. El vivir sola y dar lecciones no me pareció conveniente, ni por su juventud, ni por el escaso provecho que le había de producir. Por otra parte, consideré que Ghita comenzaba a envejecer y tenía necesidad de un buen auxilio. Ofrecí, pues, a su sobrina un lugar en mi casa para que ayudara a su tía en el desempeño de sus funciones, y en cuanto a la niña determiné encerrarla en un colegio en donde su madre pudiera verla todas las semanas y llevarla consigo durante las vacaciones. Ella aceptó con gratitud: hállase bien junto a su tía, pues la quiere mucho, y yo estoy contento de haber prestado un consuelo a la pobre anciana que me hizo de madre y al propio tiempo durante mi larga convalecencia encontré una magnífica compañía en aquella viuda tan seria, honrada e instruida.

A Blanca, mientras el conde hablaba, se le revolvían en el cerebro todas las suposiciones hechas, pensando que quizás solo eran producto de su imaginación calenturienta y de la de la De Rosa. Pedro, aunque de carácter bastante extraño, poseía empero un gran corazón, y podía muy bien suceder que hubiese amparado a la joven viuda por solo un impulso de piedad unido a otro de agradecimiento para con Ghita, que siempre había permanecido fiel a la condesa. Por ello, cuanto él había dicho era muy posible. Ciertamente que durante su enfermedad y convalecencia se había complacido en aquella compañía, pero esto no implicaba enamoramiento alguno de la viuda y menos afán de casarse con ella. ¿Y si entre ambos hubieran existido relaciones, acaso no hubiese procurado honrarla, poniéndola en contacto con el mundo, dándola a conocer?

Por ello, cuando el conde terminó la joven exclamó con viveza:

—Lo reconozco: siempre ha sido el mismo, magnánimo y generoso como su madre. Me gustaría mucho que me presentara su protegida.

—Y tanto más, por cuanto es sobrina de Ghita —añadió Elena—, una de aquellas sirvientes de cuya clase no se encuentra en el día ni un ejemplar por excepción.

—Con mucho gusto —repuso el conde—. ¿Quieres, Blanca, que la haga venir aquí, o quieres ir conmigo a sorprenderla en su gabinete de labor?

Había tanta franqueza, tal sencillez en aquella pregunta que Blanca, serena ya por completo, contestó sonriendo:

—Sí, sí. Vayamos mamá.

—Y cuando hayan hablado de sus dibujos y bordados —agregó Pedro—, les mostraré el jardín de invierno, que acabo de hacer reconstruir según un modelo

original y que les gustará.

El conde parecía muy contento y a Blanca se le desvanecieron todas las sospechas.

Atravesaron diversas bellísimas estancias y luego de haber subido algunos peldaños, el conde con la mano llamó a una puerta preguntando:

—¿Se puede pasar?

—Adelante —replicó una voz fresca y armoniosa que hizo sobresaltar el corazón de Blanca.

El conde abrió la puerta y se encontraron en un gabinete que conducía a una vasta sala de labores. Allí al lado de una mesa, llena de ropa blanca, estaba en pie Ana, bella, con una belleza maravillosa que hacía resaltar más aún la sencilla bata que vestía. Su continente era tan digno, tan correcto y al mismo tiempo tan altivo, que Blanca sintió que despertaban de nuevo sus aprensiones, y experimentó una dolorosa y celosa angustia. En los ojos de su madre también brilló un relámpago de sorpresa, de admiración.

Pedro la presentó a las dos señoras diciendo:

—La sobrina de Ghita, Ana Malvan, mi abnegada enfermera durante los pasados días en que he estado obligado a permanecer tendido e inmóvil.

Ana inclinó el bello rostro cubierto de un ligero rubor, mientras el conde agregaba:

—La señora Palma y su hija Blanca deseaban conoceros, especialmente porque mi querida hermanita —y Pedro sonrió a la joven que se puso roja—, sabiendo por mí que sois maestra en dibujo y en bordado, desea ver alguna de vuestras labores.

—Es cierto —agregó Blanca recobrando su desenvoltura—, tanto más, cuanto podréis darme un buen consejo acerca de un dibujo que quiero copiar, y que Pedro tiene en gran estima.

La joven recalcó familiarmente el nombre de pila del conde, pero Ana no demostró la menor sorpresa.

—Es una labor que hizo mi madre —pronunció muy conmovido Pedro—, y me es en efecto carísima.

—Estoy pronta a ponerme a disposición de la señorita —dijo Ana con aquella gracia que fascinaba—. Y en cuanto a mis trabajos, os aseguro que no son ni mucho menos, los de una maestra, antes bien los de una humilde discípula. Esto no obstante si desea ver alguno, se lo enseñaré gustosísima.

Ana abrió un armario y sacó un pañuelo que parecía pintado, tal era la finura del bordado; una maravilla.

La señora Palma y su hija habrían sido muy injustas no admirándolo.

Blanca parecía entusiasmada.

—¡Oh! ¡Qué belleza! —exclamó—. Enseñame a mí a hacer estos primores. Pedro lo permitirá.

—Cierto querida hermanita —dijo el conde—, tanto más cuanto ni tú ni la mamá

sois extrañas para Ana. Dígale usted cuántas veces he hablado de la señora Palma, la única amiga de mi madre y de su hija Blanca.

—En efecto —dijo Ana—, y yo creía a la señorita aún niña. El señor conde recordaba cuando iba a verla al colegio, y cuando él ya un joven bachiller devoraba con ella dulces y golosinas.

—Para mí —interrumpió el conde—, Blanca es siempre la niña de entonces, aunque ya vista de largo y tenga una figura de reina y un rostro capaz de trastornar muchos cerebros.

Blanca parecía muy turbada.

—¡Oh, Pedro! —murmuró conmovida.

—Mi Blanca —dijo Elena—, conserva siempre sus sentimientos como la amistad de otras épocas. Para mí también es siempre una niña. Usted Ana que es madre, me comprenderá.

La sonrisa de Ana deslumbró a las dos señoras.

—¡Oh! sí lo comprendo —dijo—. También mi Teresa será siempre para mí la niña que era cuando jugaba sobre mis rodillas y se cogía a mi cuello para besarme. Y mi hija es bella, muy bella también aunque su belleza es distinta de la señorita. Mi Teresa es rubia.

—Como usted —observó Blanca.

Ana se ruborizó, pero las dos señoras no podían comprender la causa de aquel rubor.

—Sí —respondió débilmente—, pero sus ojos son azules como el cielo. Ella es todo mi tesoro, mi alegría, mi adoración.

Se expresaba Ana con tal sinceridad que logró conmovier a Elena e impresionar a Blanca.

—Es usted una buena madre, y su hija será digna de usted —dijo la señora Palma.

Después volviéndose al conde:

—Me has prometido Pedro, enseñarnos tu jardín de invierno —agregó—. Podemos ir ahora a verlo.

—Ve tú con el conde, mamá —dijo Blanca vivamente—. Yo me quedo con Ana; iremos a ver el dibujo que voy a copiar.

—¡Estoy a sus órdenes señorita! —exclamó Ana.

El conde ofreció el brazo a Elena.

—Vamos, pues, nosotros dos solos —dijo—. Usted, como mi madre, prefiere las flores a los bordados.

Y riendo salió de la estancia con la señora Palma.

El jardín de invierno del conde era verdaderamente una maravilla.

De él se hablaba en todos los salones, porque era difícil encontrar una variedad de flores más raras.

Elena, perfecta conocedora de las plantas, las examinó con entusiasmo y elogió la armonía con que estaban colocadas, y la belleza de la nueva construcción. Después



sentándose en un banco rústico a la sombra de un bambú, dijo con voz conmovida:

—Si mi querida amiga, tu pobre mamá viviese aún, estaría entusiasmada. Has cultivado todas las plantas que ella prefería.

—Es verdad —respondió Pedro sentándose al lado de la buena señora, en cuya inflexión de voz, en cuyas débiles miradas le parecía encontrar algo de su difunta madre—. Yo conservo sagrado el culto de los recuerdos.

—Eso es muy loable —agregó Elena—. Sobre todo en un tiempo en que todo se olvida.

Transcurridos algunos segundos la señora añadió:

—He venido haciéndome acompañar de Blanca, con un pretexto, solo por el fin de hablar un instante sola contigo. Por esto te propuse visitar tu jardín de invierno, y he dejado a mi hija con la sobrina de Ghita.

La anciana hablaba con tal seriedad que Pedro se sorprendió.

—¿Qué tiene que decirme? —preguntó entre turbado y sorprendido.

—Quiero decirte lo que se habla de ti en los salones; habladurías que a mí me han molestado mucho y han atormentado a mi Blanca —dijo con franqueza la señora Palma.

—¿Habladurías? —exclamó con desdén el conde—. ¿Y quién hace caso de ellas? Yo soy superior a todo lo que se pueda decir de mí.

—Tú sí, hijo mío —agregó Elena—. Pero sufren mucho los que te aman, y especialmente yo, que pienso cuánto sufriría con esos chismes tu mamá si viviera.

La señora Palma escrutaba el rostro del joven para ver la impresión que causaban a este sus palabras.

El joven que había palidecido y tenía las cejas fruncidas, preguntó bruscamente:

—¿Qué se dice, pues, de mí?

Elena estaba conmovida, enternecida.

—Son muchos —respondió—, los que este año se han sorprendido por tu ausencia de los salones y de los balnearios de moda, y quieren averiguar lo que te retrae de la sociedad.

Los ojos de Pedro relampaguearon.

—La causa ya la sabe usted: una desgracia acaecida; mi caída del andamio de un pintor.

—Esto lo sé hoy. Pero tú me lo ocultaste celosamente, cuando yo habría con ello hacer un arma para tu defensa —agregó Elena.

—Sí, hice mal en ocultárselo a usted —respondió Pedro—. Pero ¿a qué turbarla y turbar a Blanca, enterándoles de mi desgracia?

La condesa sacudió ligeramente la cabeza.

—¿No pensaste cuánto nos habría consolado venir a asistirte, hacerte menos penosos los largos meses de convalecencia? ¿Sin contar con que nadie habría podido encontrar extraña nuestra presencia aquí, conociendo la íntima amistad que me unía con tu madre?

Pedro experimentaba una extraña emoción que no se traslucía en su rostro.

—Estoy cierto de todo lo que dice —respondió tratando de sonreír—. Y lo repito: me arrepiento de no haberles avisado. ¿Quizás han encontrado ustedes extraño que me haya hecho asistir por una enfermera, para todos desconocida? Confiésemelo pronto la verdad. ¿Es la presencia de Ana aquí, lo que ha dado margen a tantas habladurías?

Elena había enrojecido.

—Es verdad —respondió.

El conde rio alegremente.

—No comprendo cómo la gente está tan bien enterada de mis cosas —exclamó.

Elena estaba algo turbada.

—Ha sido la De Rosa...

—La *Gaceta mundana* —agregó riendo aún el conde—. Pero ella debe tener cómplices. En resumen; ¿qué se dice de mí y de la sobrina de Ghita que ignora todas estas intrigas, la maldad del mundo? No tema decírmelo todo, aunque ello sea una infamia.

El joven había fijado en la anciana su mirada límpida y ella era incapaz de recurrir a la mentira.

—Pues bien, se dice que estás locamente enamorado de la joven, que la ocultas a todas las miradas por temor a que se te la lleven... y en fin, que has formado proyectos de matrimonio con ella.

Pedro permanecía impasible.

—Y usted que ha escuchado esas habladurías, ¿qué ha respondido? —preguntó dulcemente.

—No podía responder —dijo Elena—, porque no conocía a la sobrina de Ghita, ni sabía siquiera que existiese. Solo dije que tú no habrías renegado de los principios de tu madre, la cual no permitiría un matrimonio tan desigual.

El conde se estremeció y una nube veló sus ojos.

Sin embargo respondió:

—Si mi madre viviese y conociera íntimamente a Ana, estoy seguro de que no desdenaría llamarla hija. No obstante, yo le juro señora que no he pensado nunca en tal matrimonio. He respetado siempre a Ana como se merece, y he visto solo en ella a la sobrina de la mujer que me ha criado y ha sido para mí una segunda madre.

Elena experimentó un verdadero alivio al escuchar aquellas palabras.

—¡Te creo, hijo mío, te creo! —exclamó vivamente—. Pero el mundo es malo y se fija solo en las apariencias... Y como Ana es tan bella...

—Su alma es más bella aún que su rostro y Dios quiera que la honrada joven no sepa nunca cuán injusta y cruel ha sido la sociedad con ella.

—De ti depende que lo ignore siempre —dijo la señora Palma.

—¿Cómo?

Elena fue derecha al fin.

—Alejándola de ti —respondió—. Una viuda joven y bella, no puede permanecer

mucho tiempo en la casa de un hombre soltero sin que sufra su reputación. Si esa joven no te interesa, encontrarás justo lo que te digo. Yo estoy dispuesta a ayudarte, acogiendo a la sobrina de Ghita en mi casa, donde por parte nuestra no le faltarán cuidados.

El conde se levantó bruscamente palidísimo.

—Su consejo es bueno —dijo—, y lo acepto; esta noche hablaré de ello con Ghita.

Elena que también se había levantado sonreía feliz.

—Entretanto no diré nada a nadie —respondió.

Regresaron a la sala de labores, donde encontraron a Ana entretenida en enseñar a Blanca un dibujo y el modo de copiarlo.

—Es un trabajo largo y para el que se necesita mucha paciencia —decía Ana—, pero si me lo permite la ayudaré.

—Le estaré muy reconocida; quería yo pedirselo... —respondió la joven.

En el tiempo que estuvieron solas, Blanca se guardó bien de interrogar a la viuda sobre el conde.

La habló solo de la amistad que había unido a sus madres, de la familiaridad con que siempre se habían tratado, a pesar de la diferencia de edades, y de la fascinación que Pedro ejercía sobre ella como sobre todos los que le trataban.

—Es algo original, pero tiene mucho corazón y yo le amo bastante —concluyó con aparente ingenuidad.

—Ámelo porque lo merece —respondió gravemente la viuda—. Para mí ha sido un Dios, y a él deberé que mi hija se instruya y se ponga en situación de ganarse honradamente la vida.

Y la joven continuó hablando de su Teresa y de Ghita, sin que de su conversación se trasluciese nada que pudiera afectar el secreto que guardaba.

También Blanca se convenció de que no tenían fundamento las habladurías de la De Rosa, así es que cuando el conde y su madre regresaron exclamó alegremente:

—Se han cansado de aguardarme, ¿verdad? Les había olvidado. Ana es encantadora y quisiera estar siempre escuchándola.

—Ella es un ángel y sabe compadecerme —respondió vivamente Ana ruborizándose.

El conde estaba agitado, nervioso, pero Blanca no se percató de ello.

—Y ahora —dijo la joven—, si Pedro quiere llevarme al jardín estoy pronta.

—Es demasiado tarde hoy, Blanca —exclamó Elena—. Lo verás otro día, ya que ahora vendremos con más frecuencia; ¿verdad, Pedro?

—Ciertamente. Ya pueden ustedes imaginarse cuánto lo deseo.

Pero el conde no las detuvo, ni Blanca insistió en permanecer más tiempo. La joven deseaba salir con su madre, porque había leído en los ojos de esta una alegría precursora de una buena noticia.

Cuando subieron al carruaje que había de volverlas a casa, dijo, Elena:

—Ahora si oyera hablar mal de Pedro, sabría qué responder.

—¿Qué responderías mamá? —preguntó Blanca ansiosa.

—Que todo lo que se dice es una vil calumnia. El conde no se cuida de Ana ni ha pensado nunca en casarse con ella, tanto es así, que habiéndole yo pedido que nos la cediera como institutriz, él accedió enseguida sin poner reparos. Aún no he perdido la esperanza de que el conde un día u otro me pida tu mano.

—¡Oh, si fuera verdad, mamá! —exclamó la joven abrazando y besando a la buena señora.

## IV

El conde Pedro, apenas partieron las dos señoras se encerró en su despacho. La emoción le ahogaba. Se hablaba de Ana como se había hablado de Clary; el nombre de la honrada mujer corría por los salones entre comentarios y carcajadas. ¿Y él para salvar la reputación de la joven consentía en separarse de ella?

Pero ¿aquel mundo a quien odiaba en aquellos instantes, merecía tal sacrificio? ¿Y podría él vivir sin aquella bellísima criatura que le había hecho conocer la poesía embriagadora del amor puro, sin locos deseos, ni culpables aspiraciones? ¿Podría olvidar las largas noches que Ana había pasado a la cabecera de su lecho, siempre en vela, pronta y serena, cuidándolo como una madre, sin cansarse nunca, sin que le abandonase su energía? ¿Y los días en que trataba de distraerlo, ora leyéndole algún buen libro, ya ejecutando alguna composición al piano, o, escuchando tranquilo y feliz sus frases y sus lecciones, podrían borrarse de su memoria?

¿Debía renunciar a todo esto y reanudar la vida febril de antes, que le cansaba y repugnaba?

Pedro fue presa de una tristeza repentina, irresistible, nerviosa que llenó sus ojos de lágrimas y angustió su corazón de una manera indecible.

Aquella tarde, cuando Ghita llamó a la puerta de su despacho, para decirle que la comida estaba dispuesta, el conde respondió:

—No voy, no tengo apetito...

Después pensando en la angustia que experimentaría la infeliz anciana al escuchar aquella respuesta, abrió la puerta agregando dulcemente:

—No me encuentro bien; tráeme un poco de caldo, no más...

—¡Dios mío! ¿Está enfermo? ¿Quiere que llamen al médico, que advierta a Ana, que ya está inquieta porque se ha apercebido de que usted no se encuentra hoy como los demás días?

Pedro sintió que el corazón se le oprimía.

—No es nada —dijo—. Esto es nervioso y pasará enseguida.

—Entonces siga mi consejo y venga a comer; a los nervios se les domina con la nutrición.

—Quizás tengas razón —exclamó resuelto el conde al que no podía luchar contra el cariño de Ghita—. Voy.

En el comedor estaba Ana que salió presurosa al encuentro del conde. Estaba muy pálida pero sonreía.

—Me he asustado —dijo—, creí que estaba usted enfermo.

—Me dolía un poco la cabeza pero ya estoy bien.

—Es preciso que se cuide; pasa demasiadas horas en su despacho y eso le fatiga.

Y comprendiendo con aquella intuición propia de la mujer que el malestar del

conde no era solamente físico sino también moral, trató alegrarle y se quedó en el comedor. Se animó a comer, le sonrió, le habló de varios proyectos que él había hecho para el carnaval y por último, logró disipar toda su turbación y tristeza.

—¿Y yo voy a privarme de tal mujer? —se preguntó Pedro—. ¡Jamás!

Y recobró su habitual alegría consolando a Ghita y haciendo brillar los ojos de Ana, a la cual Pedro no había encontrado nunca tan encantadora como aquella noche.

Ghita solía acompañar al conde a su alcoba para encenderle la lámpara y prepararle la limonada para la noche.

Aquella noche cumplida su misión Ghita iba a retirarse cuando Pedro la detuvo.

—Ghita, deseo hablar contigo.

Ella le miró sorprendida pero respondió con sencillez.

—Estoy a sus órdenes, conde.

Pedro le rogó se sentase a su lado, y después de algunos segundos de silencio le dijo:

—Has de saber que la señora Palma me ha pedido que le ceda a Ana.

Ghita experimentó un brusco sobresalto.

—¿Como camarera?

—Sí.

La anciana sacudió la cabeza y después miró ansiosa al conde.

—¿Y usted ha accedido?

—Sí, es necesario...

—¿Necesario, por qué?

—Porque padece la reputación de Ana. Se habla mal de ella, de mí y de ti.

—¡Oh, los malvados!... —exclamó indignada Ghita—. ¿Qué pueden decir? Ana es la más honrada de las mujeres...

—Su juventud, su belleza dan margen a la calumnia. Se la tacha de vivir al lado de un soltero que nada tiene de virtuoso.

—Pero usted ha sido siempre superior a los juicios del mundo.

—Si no se tratase más que de mí, puedes estar cierta de que me reiría de todo. Pero se trata de Ana y no quiero que la pobre mujer, tan perseguida ya por la desgracia, tenga que ser víctima de infames calumnias. Y como antes te he dicho, también se habla mal de ti: se dice que tú has puesto a mi lado a tu sobrina para que se convierta en dueña absoluta de la casa.

Ghita levantó las manos con ademán de espanto.

—¡Santa Virgen, qué gente tan malvada! —exclamó—. ¡Y así se recompensa una buena acción! Pero por mí, que soy ya vieja poco me importa lo que puedan pensar; lo siento por Ana que es buena, generosa, desinteresada. Y crea que sufro mucho ante la idea de separarme de ella; a mi verdadera sobrina no la habría amado nunca como a ella. Y aunque la señora Palma sea una excelente persona, no es su casa el lugar que conviene a Ana.

—¿Por qué?

—¿Quiere que se lo diga?

—Adelante.

—Porque la señorita Blanca que es muy orgullosa, una vez que Ana esté a su servicio, la tratará de superior a inferior, y la pobre joven sufrirá mucho aunque sin lamentarse. Ana no ha nacido para servir a nadie; es demasiado instruida, demasiado bella. Además, ella ha abierto a usted su alma entera, usted conoce hasta sus más nimios pensamientos, y la desgraciada sin avergonzarse puede hablar de sus recuerdos, de su hija y abandonarse al dulce sueño de tener esta a su lado durante las vacaciones. En otra casa esto sería bien distinto.

Pedro que estaba palidísimo se pasó una mano por la frente.

—Así pues, ¿qué harías tú? —preguntó en tono brusco para ocultar su emoción.

—¿Yo?, ¿yo?... No sé... —balbuceó Ghita con voz ahogada por los sollozos.

—No pueden continuar las cosas como están. Si dijese a la señora Palma que no quiero alejar a Ana de mi lado, después de haber accedido en principio, confirmaría todas las calumnias. Por otra parte, lo confieso, me disgusta mucho que se separe de nuestro lado: estoy muy habituado a su compañía, a sus cuidados; privado de ella me parecería que me faltaba la parte mejor de la vida, y creo, más bien dicho estoy seguro de que para olvidarla, conduciría una vida peor que la de antes.

—¡Virgen santa! ¡No lo diga! ¡Por caridad!

El conde se cruzó de brazos y permaneció algunos minutos, sombrío y pensativo. Después como si de repente tomase una resolución, asió una de las manos de la anciana exclamando:

—¿Qué dirías Ghita, si me casase con ella?

La buena mujer permaneció con la boca abierta sin responder.

—¿Te sorprende? ¿Lo crees una insensatez?

—No, no digo eso —balbuceó Ghita—. Pero piense, reflexione, usted sabe quién es Ana...

—Una infeliz...

—Pero es siempre la viuda de un ajusticiado...

—Se casaría bajo el nombre que tú le has dado, y aun admitiendo que tu sobrina viviese y regresare cualquier día, siempre quedaba el recurso de comprar su silencio con un centenar de miles de francos.

—Mi sobrina no volverá ya; por esta parte estoy tranquila —respondió Ghita—. Además, amo tanto a Ana que no me negaría a ser cómplice de una obra poco correcta, pero que en el fondo es una obra buena. Sin embargo, no sé por qué, ese matrimonio me produce una extraña sensación de miedo; casi el presentimiento de una desgracia...

—Tonterías, supersticiones...

—¡Oh! sí, será eso. Crea usted que mi mayor alegría será verlo feliz. ¿Pero ha intentado usted explorar el ánimo de Ana?

—No; ella ignora mis proyectos y yo quisiera que fueras tú misma la que la

pusiese en autos.

—¡Virgen santa! ¿También tendré qué hacer eso?

—Si me amas y amas a Ana, no te será difícil. Tú encontrarás más palabras que yo para conmoverla, para probarle que yo sería, muy infeliz si me rechazase...

Pedro calló; su voz temblaba.

Las lágrimas brotaban de los ojos de Ghita.

—Siempre acabo por hacer todo lo que usted quiere —balbuceó—. Nunca he podido negarle nada. Pues bien, le hablaré, porque yo también sentiría mucho que Ana tuviese que dejarnos.

El siguiente día el conde estaba sorprendido de no haber visto aún a Ana a la hora del almuerzo.

Preguntó por ella a Ghita que estaba de pésimo humor.

—Ana está arreglando su baúl —dijo la anciana—. Hoy mismo nos dejará.

El conde se puso lívido y dio un terrible puñetazo en la mesa.

—¿No le has dicho?...

—Sí, pero Ana rehúsa y quiere irse...

Pedro corrió a la habitación de la joven y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz alterada.

Ana estaba haciendo los preparativos para su partida.

Su rostro tenía una palidez cadavérica y sus ojos conservaban huellas de reciente llanto.

Al ver al conde, tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla para no caer al suelo.

Pedro se acercó a ella.

—¿Es verdad Ana que quiere dejarnos?

La joven se estremeció y bajó la cabeza.

—Es necesario conde.

—¿Y adónde irá usted?

—No lo sé, conde, no lo sé; pero debo alejarme de aquí.

—Huye usted de mí, ¿verdad? Sin duda porque después de mi declaración le doy miedo, me odia...

—¿Odiarle yo? —dijo Ana vivamente.

Y en sus ojos brilló un relámpago de pasión, que fue una revelación para Pedro.

EL conde avanzó dos pasos y le asió una mano.

—¡Ana, Ana! —murmuró con voz conmovida—, ¿por qué, si no me odia me rechaza, se niega a ser mi esposa?

—¡Su esposa! —repitió Ana con voz angustiada intentando en vano desasir su mano de la de él—. ¡Es imposible! Entonces el mundo tendría razón para creerme una intrigante; piense señor conde lo que soy...

—Para mí es usted la mujer más honrada y más amada de todas las que conozco —respondió con arrebató el conde—. ¿Qué puede importarnos el juicio del mundo?



Bástenos nuestra conciencia...

Ana sacudía la rubia cabeza.

—Es mi conciencia la que me dice que no obraría como una mujer honrada, permaneciendo aquí, siendo su esposa.

El conde no escuchaba razones; rogó, suplicó largamente usando las palabras más convincentes que pueden brotar de labios de un hombre enamorado.

Un temblor nervioso agitaba a Ana de pies a cabeza; sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero la joven se mantenía firme en su decisión.

—No, no quiero, no puedo —repitió por último.

Pedro que estaba de rodillas ante ella de un salto se puso de pie.

—Pues bien, sea —dijo con voz áspera y resuelta—. Váyase, olvídeme, sea feliz. En cuanto a mí, cuando usted haya traspuesto el umbral de mi casa me saltaré los sesos.

El conde hablaba seriamente; se descubría en las arrugas de su frente y en el brillo de sus ojos.

—¡Pedro! —gritó Ana aterrada.

—Váyase, váyase le digo; sea usted el ser que he salvado, el que me dé la muerte.

Dio un paso para alejarse, pero enseguida rodearon su cuello dos brazos mórbidos amorosos, mientras la voz de Ana, que nunca le había parecido al conde tan melodiosa, le susurraba al oído:

—No; ¡vive para mí Pedro, que te amo y te amaré siempre! ¡Accedo a todo, a todo! ¡Haz de mí lo que quieras, soy tuya!

La señora Palma y Blanca aguardaban vivamente la llegada de Ana, cuando Elena recibió una carta del conde concebida en estos términos:

Mi buena amiga: En el momento de separarme de Ana he comprendido que la separación no era posible. Yo no sabía que la amaba; era feliz con su compañía y no me preguntaba nada más. Las palabras de usted han hecho surgir la verdad del fondo de mi alma, y como respeto demasiado a la sobrina de Ghita para convertirla en mi amante, he procurado vencer su resistencia y sus negativas, y en breve me casaré con ella. Así tengo el gusto de notificárselo a ustedes. Estoy seguro de que usted, querida señora, y mi amable hermanita, serán las primeras en alegrarse con mi determinación y no desdeñarán acoger a la nueva condesa De Malin que sabrá ocupar noblemente el lugar de mi madre. Le beso las manos,

*Pedro*

Blanca que había escuchado la lectura de aquella carta se puso roja, encendida.

—Ya ves el efecto que han producido tus palabras —dijo a su madre con áspera ironía—. Puedes estar satisfecha con tu triunfo. El conde se casará con ella y una mujer del pueblo, una viuda intrigante se llevará el nombre y la corona que estaban destinados a mí.

Elena miró a su hija con los ojos velados por las lágrimas.

—Si te parece —murmuró tímidamente—, veré al conde y le enseñaré las cartas de su madre.

—¡Jamás! —interrumpió con violencia Blanca irguiéndose altanera—. Yo no soy mujer que mendigue el amor de nadie, y menos el de Pedro: las cartas permanecerán en mis manos, y algún día el conde llorará el haberme creído una niña.

La señora Palma temblaba; ella, con un carácter tan dulce no podía comprender la exaltación de su hija. Ante una desgracia se habría mostrado enérgica; para reparar un mal no habría retrocedido ante nada; pero frente a la cólera, a la rebelión de Blanca, se sentía débil, impotente.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Nada —respondió desdeñosamente Blanca—. Los hechos se desarrollarán naturalmente, sin que yo intervenga en ellos. Y ahora mamá, responde a Pedro que estamos muy satisfechas de su elección.

—¿Cómo? ¿Tú quieres?...

—Sí; él no debe sospechar lo que en mi interior ha pasado; debe creerme contentísima. Y para que esté convencido de que no he pensado nunca en él más que como un hermano, le anunciarás a tu vez mis relaciones con el duque Mauro de Valman.

La señora Palma lanzó un ligero grito de alegría.

—¿Cómo? ¿Accedes finalmente a casarte con el duque?

Blanca levantó la cabeza con ademán altanero.

—¿Por qué no? —respondió—. Tiene algunos años más que Pedro, pero es mucho más guapo que él, sus riquezas son incalculables, y sobre todo me ama como el conde no habría llegado nunca a amarme.

—¡Si no querías ni oír hablar de él!... Lo tratabas siempre con tal aspereza...

—Porque era una loca y vivía de ilusiones; pero ahora que estoy en mi completo juicio, creo que una corona de duquesa estará mejor en mi cabeza que en la de una camarera, la de condesa.

Elena estaba desconcertada.

—Escúchame Blanca; toma algún tiempo para reflexionar.

—Ya he reflexionado bastante mamá. Escribiré a Mauro que aguardo la pieza musical que me ha prometido. Cuando venga me dejas obrar a mí; tú no tienes que hacer más que secundarme.

Elena se entristeció; en la fiereza, en la obstinación de su hija ella veía su infelicidad futura. Además, si bien no le disgustaba el duque Mauro de Vulman que era citado como el mejor, y el más caritativo y espléndido de los hombres, algunos puntos oscuros de su vida la dejaban perpleja.

El duque Mauro de Vulman, descendiente de una noble raza germánica, privado de su padre en su niñez, se había establecido con su madre que era italiana, en Torino. Allí comenzó a conducir enseguida una vida bastante libre que la debilidad de su madre favorecía. Amaba con locura los placeres y tenía un talento excepcional que habría bastado para asegurar el porvenir de un pobre joven. En cuanto a su parte moral, nadie había podido juzgarlo porque ninguno había leído en su alma, ni aun su madre. Con la misma facilidad hacía la fortuna de un mendigo que castigaba despiadadamente a un criado por la más ligera falta.

En pocos años Mauro de Vulman había dilapidado el patrimonio paterno, pero bien pocas personas lo supieron porque el joven no era hombre que confiase a nadie sus cosas. Solo una vez corrió la voz de que el duque había heredado en Alemania una cuantiosa fortuna que le obligaba a ausentarse por algunos meses. A su regreso adquirió un espléndido palacio, o más bien dicho una grandiosa quinta, con jardín, parque y bosque, sobre la colina de San Vito, y allí se estableció con su madre, una señora siempre enfermiza que le idolatraba.

Desde entonces sus gastos no se contaron ya. Pero en medio de su grandeza no olvidaba a los pobres, y los desgraciados que recurrían a él no se iban con las manos vacías; formaba parte de todos los comités de beneficencia, y se había hecho popular por la afabilidad con que trataba a todo el mundo. Si hubiese querido ser diputado, no habría tenido más que decirlo; pero la política no le atraía y prefería la vida libre, independiente.

De vez en cuando desaparecía durante unas semanas, y se decía que reposaba en su quinta, cansado de la vida agitada que conducía. Y cuando reaparecía, estaba más dispuesto que nunca a reanudar su existencia de aventuras.

Aventuras, especialmente amorosas tenía muchas, pero si él realmente había

amado a alguna mujer, nadie lo sabía.

Muchas nobles señoras le habían deseado para yerno. Pero él se había mostrado siempre enemigo del matrimonio, hasta el día en que conoció a Blanca Palma. Le bastó verla para enamorarse y le hizo una corte asidua viéndola frecuentemente en sociedad. La joven aunque acogía amablemente sus homenajes, permanecía indiferente o su amado.

Blanca amaba al conde, aunque este no era físicamente tan bello como el duque. Pero además, la joven había descubierto bajo el esplendor de la mirada de Mauro cierta dureza cruel, y en su sonrisa, *algo* de irónico de malignidad.

«El duque engaña al mundo —pensaba la altanera muchacha—. No es, ni puede ser el hombre leal, el hombre bueno que todos admiran y yo no podría amarlo, ni tener confianza en él».

Pero todas aquellas resoluciones se desvanecieron, queriendo vengarse de la indiferencia de Pedro, de la humillación, del ultraje que le infligía posponiéndola a una viuda de oscuro nacimiento, a una mujer tan inferior a ella.

—¿No me respondes, mamá? —dijo Blanca irritada por el silencio y la tristeza de su madre.

—Haré cuanto desees —respondió suspirando la señora Palma—. Pero me parece que con mi consentimiento me hago cómplice de una acción que te reportará desgracias.

## VI

En un saloncito que era una verdadera joya artística, de una rara elegancia, reclinada sobre un sofá estaba la más encantadora criatura que nadie puede imaginarse.

Era Clary, o más bien dicho Mugheta como la llamaban sus adoradores, la examante del conde De Malin.

Mugheta no tenía aún los dieciocho años y parecía la muchacha más ingenua e inocente de este mundo, con los rosados labios siempre abiertos a la sonrisa y los ojos siempre brillantes de placer. En realidad era un demonio, de una perfidia consumada, de una refinada crueldad que lo mismo habría dado un beso que una puñalada, sin demostrar la menor emoción.

En pie apoyado en una butaca, enfrente de ella fumando un cigarrillo estaba un joven de unos treinta años, quizás más que menos rubio con ojos azules, bigote fino y rizado, tez blanca, cuerpo flexible y vigoroso al mismo tiempo y aire aristocrático y gentil.

Era el duque Mauro de Vulman.

—Te aseguro —decía el joven continuando una conversación ya comenzada con una sonrisa, que ponía al descubierto sus blanquísimos dientes—, que la noticia es oficial. Pedro De Malin se casará con una viuda sobrina de una antigua doméstica de su casa, y será difícil que tú le puedas atrapar como esperabas...

Mugheta se encogió de hombros.

—No tengo motivos ahora para deplorarlo —respondió con una sonrisa provocativa—, puesto que me quedas tú.

—¡Oh! yo no soy hombre que esté siempre ligado, ya te lo he dicho muchas veces, y si mañana otro bello rostro me sedujese, no gastaría contigo muchos cumplimientos.

Mugheta se mordió los rosados labios.

—Ya sé que eres un feroz egoísta y que en tus manos la mujer se convierte en un juguete que arrojas cuando te cansas de él. Pero contra mis previsiones me he enamorado de ti... ¿Y sabes qué quiere decir esto?

—Que te habré de abandonar enseguida.

—No; quiere decir que te retendré con todas mis fuerzas y por todos los medios.

—Mugheta no hagas la trágica, que nada has de ganar conmigo. Tú no eres la mujer que pueda hacerme cometer una locura, ni yo la busco en tu esfera.

—¡Y yo creía que nuestras almas estaban hechas para entenderse!

—Te has engañado. Pero basta de esto: definamos la cuestión ya discutida. Tú deseas que compre para ti esta quinta, con cuanto contiene, y lo haré.

Mugheta, de un salto se levantó del sofá y se arrojó al cuello del joven.

—¿De verdad que lo harás?

Mauro se desasíó de ella echándola sobre el sofá.

—Nada de tonterías —exclamó mientras en sus ojos brillaba un relámpago de ferocidad—. Ya sabes que no me gustan las comedias; escúchame un momento seriamente.

Los ojos de Mugheta también revistieron una cruel expresión, mientras la joven decía con voz dulcísima:

—Perdóname: te escucho.

Y se incorporó un poco y fijó la vista en su amante.

—Sí, lo haré pero con una condición; que si cualquier día dejas de verme más, no me buscarás ni desarrollarás las escenas que con Pedro.

—En conclusión; quieres dejarme y me darás la píldora regalándome la quinta que me habrá de servir para recibir a otros.

—Esto es asunto tuyo: por otra parte, no tengo intención de dejarte ahora; pero repito, si eso tuviese que suceder que no se te ocurra buscarme, porque resultarías perjudicada.

Mugheta rio forzadamente.

—¡Persona avisada está medio salvada! —exclamó—. Pero aunque no me creas, te aseguro que la idea de tu abandono conmueve todas las fibras de mi alma. Eres un hombre distinto de los demás; un enigma para mí.

—Como para todos —interrumpió Mauro sonriendo irónicamente—. Pero ni tú ni nadie lo descifrareis; adiós.

Se puso los guantes y el sombrero y se marchó sin que Mugheta tratase de detenerlo. En la antecámara la camarera se apresuró a ponerle el abrigo y Mauro la recompensó con una caricia y un napoleón de oro.

Cuando estuvo en la calle, el joven aspiró el aire frío, con voluptuosidad.

«También se pone insípida esa muchacha —pensó—. No hay cosa peor que una mujer del género de Mugheta cuando quiere aparecer sentimental. No es de tales mujeres de las que quiero ser amado. Si aquella desgraciada no hubiese preferido la miseria, y el suicidio con su hija a entregármeme, yo la habría adorado de rodillas, habría creído en el amor».

Una nube oscureció el rostro del joven que apresuró el paso como si quisiera sustraerse a alguna visión importuna.

Después prosiguió el curso de sus ideas.

«Existe una muchacha ahora a la que deseo con locura, porque se parece a la *otra* en su indiferencia y altivez. ¿Pero llegaré a conseguirla? Blanca no me querrá y con todo mi poder, no lograre vencerla».

Embebido en sus pensamientos iba por el *corso de Vinzaglio* cuando un cupé tirado por dos caballos, se detuvo ante una quinta, a pocos pasos de él y dos señoras descendieron del vehículo. Mauro se estremeció de alegría al reconocer a Blanca y a su madre.

También las dos señoras le vieron y se pararon. El duque corrió presuroso a su

encuentro; su fisonomía se había transformado; un rayo de alegría iluminaba su rostro.

—¿Me está permitido saludarlas? —preguntó vivamente, mientras el rostro de Blanca se cubría de un repentino rubor.

—¡Ya lo creo! —respondió con desenvoltura la señora Palma—, tanto más cuanto quería preguntarle, duque, si había recibido mi carta.

—¿Una carta de usted? ¡No, señora! ¿Y cuándo me la envió?

—Entonces no la recibiré hasta esta noche, y si se trata de alguna cosa importante...

Blanca intervino:

—Soy yo —dijo con aquella preciosa altivez que a los ojos de Mauro la hacía tan seductora—, la que rogué a mamá que le escribiera, recordándole aquella pieza musical que me prometió, y que no he podido encontrar en ningún almacén.

Mauro sentía una viva alegría.

—¡Oh, señorita! —balbuceó—. ¿Cómo podré lograr que perdone usted mi olvido?

Blanca sonrió de una manera fascinadora.

—Trayéndome usted mismo la composición esta noche —respondió con cierta audacia—. Pero si tiene alguna ocupación...

—¿Qué no dejaría yo por complacerla?... —dijo el duque mientras sus ojos azules envolvían en una apasionada mirada el bello rostro de Blanca, que parecía muy conmovida.

Se cambiaron otros cumplidos y después de estrecharse las manos, las dos señoras entraron en su quinta mientras Mauro reanudaba su camino.

Pero no era ya el hombre de antes. Una expresión de triunfo iluminaba sus ojos. ¿Habría llegado a herir el corazón de Blanca?

Un casamiento con aquella muchacha era su ideal. Blanca era bellísima y sabría llevar soberbiamente la corona de duquesa; era también una muchacha generalmente amada y respetada sin contar con que tenía un millón de dote.

Mauro subió a un carruaje para llegar más pronto a su casa. Tenía necesidad de confiar a su madre su adoración, sus esfuerzos, su felicidad.

Cuando llegó a su casa era ya dueño de sí.

—¿No hay nada nuevo? —preguntó a un criado que salió a su encuentro.

—Nada, señor duque.

—¿Ha llegado el correo?

—Sí, señor, allí están los periódicos y dos cartas para usted.

El duque subió a sus habitaciones donde su ayuda de cámara le aguardaba.

—Avisa a mi madre de que he regresado, y dentro de pocos minutos iré a verla —dijo.

El doméstico salió enseguida. Mauro entró en su despacho, donde estaba la correspondencia.

La bandeja de plata estaba llena de periódicos, encima de los cuales había dos cartas.

Una era la de la señora Palma, y como el duque conocía ya su contenido la puso aparte y abrió la otra.

A medida que iba leyendo su semblante se oscurecía y una profunda arruga surcaba su frente.

—¿Partiré ahora? —murmuró—. Y sin embargo, es preciso.

La carta procedía de Londres, estaba escrita en inglés, en un lenguaje enigmático y decía:

Urge su presencia; todo está dispuesto según el plan convenido; los negocios marchan admirablemente; el último balance superará a todos los deseos; se le aguarda también para arreglar las cuentas.

Mauro hizo añicos la carta y arrojó los pedacitos al fuego de la chimenea.

—Partiré mañana —murmuró—. Esta noche quiero gozar de una hora de felicidad.

Se cambió de ropa y pasó a las habitaciones de su madre.

Aquellas habitaciones estaban amuebladas con un lujo verdaderamente extravagante.

En un saloncito todo oro y celeste, tendida sobre una poltrona larga y baja estaba la duquesa. Al ver a la noble señora se sentía la necesidad de admirarla; conociéndola se comprendía la adoración que inspiraba a su hijo.

Era una criatura diáfana, etérea; se diría que vivía por milagro. Su rústro de virgen ornado de rubios cabellos, era la reproducción exacta del rostro de Mauro. Pero en los ojos de la duquesa había una luz purísima que mostraba la belleza del alma; en su sonrisa una bondad, una resignación que conmovían.

Mauro besó las manos de su madre y le dirigió una mirada que expresaba su inmenso amor, su adoración.

—No te he visto al despertar —dijo ella con voz debilísima posando su mano de cera sobre la frente de su hijo—. Y no he sufrido, porque sabía que estabas aquí...

—Querida mamá —respondió Mauro—, tu camarera me dijo esta mañana que habías reposado poco durante la noche, y por eso no quería turbar tu sueño.

El joven se sentó en un escabel a los pies de su madre, que agregó:

—Tú siempre ocupado en negocios Mauro. Y no obstante, después de la herencia que recogiste, bien podrías reposar.

Mauro bajó la cabeza para ocultar el relámpago que despidieron sus ojos; después la levantó.

—Mamá, si no me ocupase en algo —dijo—, mi vida estaría acabada. Sin embargo, te prometo que esto no durará mucho, porque he resuelto casarme.

Los ojos de la pálida señora brillaron de contento.

—¡Al fin realizas mi sueño! —exclamó—. ¡Tener una nuera buena y bella a quien llamar hija, y unos nietos que alegren mis últimos días! Dime sobre quién ha recaído



tu elección. Esa joven seguramente será digna de ti y del nombre que tan gloriosamente llevas.

Si la tierna madre, hubiese contemplado en aquel momento el rostro de su hijo, se habría asustado viéndolo contraído y lívido, con dos lágrimas en los ojos.

Pero él había inclinado la cabeza, y la paciente señora se contentó con acariciar sus rubios cabellos mientras aguardaba una respuesta.

Mauro se repuso enseguida; las emociones no le duraban mucho tiempo.

—La joven que yo he elegido, no se ha separado nunca del lado de su madre —respondió—, y aunque no ostenta ningún título nobiliario nadie más digna que ella de ser duquesa. Su madre es viuda y es millonaria, pero una parte de sus riquezas lo emplea en obras de caridad. Es una de las señoras más estimadas en Torino.

—Si el alma de la madre es tan bella, la de la hija debe asemejársele —respondió la duquesa—. ¿Y tú la amas mucho?

El duque se estremeció.

—Sí —murmuró—, porque Blanca me recuerda un caro sueño desvanecido.

—Que tú no me relataste nunca.

—No quería que me recriminases.

—Querido Mauro, no puedo ni podía recriminarte por nada. Siempre has sido para mí un hijo amoroso, y eres incapaz de cometer una acción que pudiese disgustarme o avergonzarme.

El joven sonrió tristemente.

—Sin embargo, no habrías aprobado mi amor —dijo—. Porque la mujer que yo amaba estaba ligada a otro.

La duquesa hizo un ademán de espanto.

—¿Y ella te correspondía? —preguntó.

—No —respondió vivamente Mauro—, era una mujer honrada y sobre todo altiva: no la conmovieron ni mis lágrimas ni mis ruegos.

La pálida señora se había puesto seria.

—No la habrías amado si ella se te entrega.

—Quizás tengas razón, mamá.

—Ni yo habría podido estimarla aunque hubiese labrado tu felicidad. ¿Y renunciaste a aquella loca pasión?

—Por fuerza; no podía luchar con la muerte.

—¿Ha muerto?

—Sí.

Después de algunos minutos de silencio el duque continuó:

—Amo a Blanca, la deseo porque me recuerda a aquella mujer, si no en las facciones, en su altivez y castidad. Lo repito; es digna de ti y del nombre que ha de llevar.

Los ojos de la señora se iluminaron de alegría.

—¡Cuánto deseo conocerla!

—La conocerás muy pronto, si ella no rechaza mi demanda.

—Así, pues, aún no hay nada en concreto —dijo la duquesa desanimada—. Yo creía que ya estabais entendidos; que ella te amaba.

—La verdad es que siempre creí lo contrario, pero hoy puedo esperar...

Madre e hijo permanecieron largo rato juntos, hablando de Blanca y haciendo mil proyectos para lo porvenir.

Cuando el duque se presentó en casa de la señora Palma, fue acogido por esta y su hija con una alegría y una confianza, que lo conmovieron y abrieron su corazón a la esperanza.

Mauro había llevado la pieza musical a Blanca y esta se sentó al piano para ejecutarla.

Nunca había estado la joven tan seductora como en aquel momento. Llevaba un vestido de lana blanca que hacía resaltar la hermosura de su cuerpo esbelto, flexible. Sus ojos azules brillaban y todo su cuerpo nervioso parecía vibrar.

El duque perdía la cabeza.

La joven era una verdadera profesora en música y ejecutó brillantemente la composición deseada. Al sonar la última nota entró una camarera para decir a Elena que dos señoras del sagrado corazón deseaban hablarle.

—Dispense un momento —dijo la anciana.

Apenas salió del saloncito, el duque se arrodilló a los pies de Blanca y le cogió una mano.

—¡No me haga enloquecer Blanca! —murmuró con voz apasionada—. ¡Si supiese cuánto la amo! No me desdeñe... una palabra, una palabra sola; permítame esperar su consentimiento para pedir su mano.

Ella le miró un instante, le vio pálido, tembloroso, comprendió que la amaba verdaderamente y sin desasir su mano de la de él, le dijo con calma:

—Escúcheme duque: me gusta usted, pero no le amo como quizás desea. No obstante esto, si quiere pedir mi mano a mi madre, se lo permito.

Mauro lanzó un grito de triunfo, y besó con pasión la mano que tenía entre las suyas.

Una sonrisa singular, pero llena de gracia se dibujó en los labios de Blanca.

—No se alegre tan pronto duque —dijo—. Levántese y escuche. Pudiera ser que cuando yo hable todo su entusiasmo desaparezca.

—No es posible Blanca —dijo Mauro con aire respetuoso, sentándose en la butaca que ella le indicaba—. Cualquiera cosa que sea lo que me diga, mi entusiasmo será siempre el mismo como mis palabras. La amo, la deseo, la quiero. Porque sé que nada puede decirme que empañe su honor.

Un vivo rubor coloreó las mejillas de Blanca.

—No, duque —exclamó—. Mi honor está intacto; mi blanco vestido de virgen no tiene mácula: puedo mirarle de frente sin temblar, sin inclinar la cabeza... Sin embargo, me creo indigna de usted porque mi corazón ha latido por otro...

El joven se puso pálido como un muerto, pero aquella pulidez fue pasajera.

—¿Y ese otro lo sabe? —preguntó con voz ligeramente alterada.

—No —respondió fríamente Blanca repitiendo lo que ya había dicho a su madre—. Yo no soy mujer que revele los secretos de mi corazón a quien no sabe corresponderlos, como no sé callar con quien se muestra leal conmigo. El hombre de quien os hablo, no escudriñó nunca en el fondo de mi alma, me trató siempre como a una niña, y ahora va a casarse con una mujer de quien está locamente enamorado. Ya ve que no le oculto nada.

—Blanca, es usted un ángel. Sus manifestaciones revelan la firmeza de su carácter y acrecientan mi deseo de poseerlo. Sin embargo, quiero hacerle una pregunta: ¿ama usted aún a ese hombre?

Blanca sostuvo la mirada de su interlocutor, sin pestañear.

—No —respondió pausadamente—, se lo juro.

Mauro le cogió de nuevo una mano y se la llevó a los labios.

—Pero entonces, Blanca mía, su secreto se reduce a una niñada, de la cual creo no está exento ninguna joven. El primer hombre que les dirige una mirada, o susurra una galantería, se convierte en un ideal...

—Se engaña; yo no soy una muchacha como las demás. Precisamente porque aquel hombre no se cuidaba de mí, su imagen ocupó tan largo tiempo mi fantasía y mi corazón.

—Blanca, podemos darnos la mano; su sinceridad despierta la mía; también yo entregué mi corazón a una mujer que no me amaba. Y si viviese, se lo confieso Blanca, no me habría enamorado de usted...

—¿Así pues, ha muerto?

—Sí, y no puede usted estar celosa Blanca, porque cuando la vi comencé a amarla y desapareció de mi mente la imagen de aquella mujer, y yo espero poder borrar del alma de usted las sombras que pudieran quedar del amor pasado. La rodearé de tanta ternura, de tanto cariño, que acabará usted por amarme como yo la amo. Mi madre a quien ya he hablado de usted, la adorará.

Al pronunciar el nombre de su madre Mauro se conmovió.

El joven habló largamente de ella, de su adoración por aquella frágil criatura, casi siempre enferma, pero tan bella y de una inteligencia y una virtud elevadas, que vivía únicamente para él, para amarlo.

—¡Qué feliz será abrazando a usted, llamándola hija!

Blanca poco a poco se había dejado vencer por aquella apasionada elocuencia. ¿El duque era sincero o representaba una farsa? No, no mentía, por lo menos en lo que concernía a su madre. Además el consentimiento estaba dado; ella sería su esposa. Así respondió con un arrebató que conquistó enteramente a Mauro.

—¡Oh! también yo seré feliz conociéndola, haciéndome amar por ella.

La señora Palma regresaba.

El duque se levantó y salió gravemente a su encuentro.

—Señora —dijo inclinándose ante ella—, con el permiso de su hija, tengo el honor de pedirle su mano.

## VII

El anuncio oficial del matrimonio de Blanca Palma con el duque Mauro de Vulman, coincidió con el de Ana Malvan con el conde De Malin. Solo que mientras se hacían preparativos regios para la boda de los primeros y Blanca presa de una especie de embriaguez no se daba reposo y corría de un almacén de modas a otros seguida de su madre, a la que aquella fiebre impresionaba, Pedro y Ana aguardaban su unión en una calma e intimidad deliciosas.

Con su delicadísimo tacto la joven viuda comprendía las exigencias de la nueva condición social en que se encontraba colocada, y con rectitud de juicio reguló los gastos de ajuar, de forma que sin ser este pomposo, no desmerecía del que correspondía a una duquesa, llenando de estupor al conde que no comprendía cómo su amada con tan pocos miles de liras, había podido comprar todos aquellos objetos de tan buen gusto. El conde la daría como regalo de bodas las joyas de su madre, que Ana aceptó llorando.

—¡Es demasiado!, ¡es demasiado! —murmuraba presa de una viva emoción.

Él la estrechó apasionadamente contra su pecho.

—No te pagaré nunca la felicidad que me proporcionas —le dijo con dulzura—. ¡Cuánto te adoro! me parece que no he vivido hasta ahora.

Varios amigos y conocidos habían visitado a Pedro con el fin de conocer a la *intrigante* que según decían ellos, había sabido apoderarse del corazón y de la voluntad del conde De Malin.

Pero, su curiosidad no se dio por satisfecha. Pedro recibió a todos con afabilidad, pero cuando alguno hizo alusión a su próximo enlace, él respondió con una sonrisa dulce y altiva al mismo tiempo:

—Me disgusta haberlo pensado tarde, porque he perdido un año de felicidad. La joven con quien me caso es digna de mí y de mi nombre: ustedes mismos se convencerán de ello cuando Ana Malvan sea mi esposa.

El conde De Malin recibió varias cartas anónimas insultantes unas y amenazadoras otras. Las leyó y después de sonreír despreciativamente las arrojó al fuego, guardándose de que Ana se enterase para que no sufriera la menor contrariedad. En cuanto a él aquellas injurias anónimas solo le inspiraban desprecio.

El conde experimentó una gran satisfacción cuando supo que Blanca se comprometía con el duque de Vulman.

—¡Ah, la traviesa! no me ha confiado nada —dijo a Ana—. Y la verdad es que me place ese enlace, porque el duque es uno de mis mejores amigos, un perfecto caballero, alemán de nacimiento y naturalizado en Italia, un hombre algo extraño, pero con un corazón de ángel. No tiene más familia que su madre, y el cariño que le tiene me ha conmovido más de una vez. Blanca será feliz con él.

El conde fue en persona a dar el parabién a Blanca, y observó a esta que había hecho mal no advirtiéndole antes.

Un ligero rubor asomó al rostro de la muchacha.

—¿Y usted —arguyó—, no me ocultó sus proyectos de matrimonio con Ana?

—Yo no los tenía —respondió con sencillez el conde—. Tu madre me hizo comprender que el mundo no respetaba a la honrada mujer que vivía a mi lado, y que era preciso que la alejase de mi casa. No he podido hacerlo y he decidido casarme, teniendo que vencer muchas resistencias, porque Ana aunque me amaba, no quería ser mi esposa temiendo que se le juzgase mal. Ana tenía ya hechos los preparativos para huir de mi lado, pero en el momento de irse yo se lo impedí. Dios me perdone, pero si ella me abandona, me habría suicidado.

Blanca sonrió irónicamente.

—¡Qué pasión tan trágica! —exclamó.

—Niña mía, cuando se llega a amar a mi edad las pasiones son violentas. Pregunta a tu Mauro si no habría hecho lo mismo si le hubieses despreciado.

—No lo sé aún porque no he tenido tiempo de estudiar sus sentimientos; hace poco que le amo —dijo la muchacha.

—Cuando le conozcas a fondo le amarás más aún. Espero te dirá que yo soy uno de sus mejores amigos; nuestra amistad se consolidará también con el nuevo vínculo que contrae.

—El duque habría ya ido a verte —dijo Elena—, pero a causa de sus intereses ha tenido que ausentarse por una semana, y a su regreso hemos tenido tantas ocupaciones...

—Lo comprendo —exclamó Pedro—, y tiempo habrá para todo. ¡Qué contenta estará la duquesa! ¡Ella que deseaba tanto que su hijo se casase!

Por primera vez la voz de Blanca apareció conmovida.

—Sí, muy contenta —respondió—. Y yo le confieso que si no amase a Mauro me casaría con él, por complacer a su madre. ¡Qué señora, tan noble y tan buena! Estoy segura de que la adoraré, como no olvidaré tampoco la acogida que me dispensó.

—Y usted, señora Elena ¿qué hará cuando Blanca se case? —preguntó el conde—. Porque no creo que el duque deje a su madre.

—No, no. Aunque amo mucho a mi hija, no viviría al lado de ella en el palacio del duque. Él es bueno, me ama como un hijo, y con la condesa marchó de acuerdo; pero yo amo mucho la libertad. Tengo que visitar a mis pobres y recibir a mis amigas, sin contar con que será para mí una cara ocupación ir todos los días a ver a mi Blanca.

—Creo que obra usted con aquella prudencia e inteligencia que ha demostrado siempre, en todas ocasiones. Y creo que no me olvidará usted a mí, que si no me caso con una muchacha rica y aristócrata, me uno a una mujer no indigna de mí ni de la sociedad en que va a entrar.

—No olvido que he sido la amiga íntima de tu madre —dijo con dignidad Elena

—. Y aunque ella hubiese soñado para ti otra mujer, yo acogeré con la misma deferencia a la que tú has escogido...

—Gracias.

El conde algunos días después, envió una espléndida joya a Blanca como regalo de bodas. Ana fue también obsequiada por Elena con una joya.

El matrimonio de Blanca se celebró con una pompa extraordinaria. Toda la *creme* de Tarín estaba presente, y al *lunch* que se celebró en el palacio Palma, asistió un número extraordinario de invitados. Las salas llenas de flores, parecían jardines; los armarios estaban atestados de regalos enviados por los amigos y conocidos.

El matrimonio del conde De Malin se efectuó en silencio, en la intimidad de la familia. No hubo ningún invitado; dos íntimos amigos del conde, el coronel Serauzi, y el ingeniero Veldocchi fueron los testigos. La esposa iba acompañada de Ghita que vestía un tocado negro que le daba cierto aire de dignidad y elegancia.

Nadie vio nunca una pareja tan sonriente y feliz. Ana con el sencillo vestido color plata, que llevaba parecía no tener más de veinte años, y estaba tan bella, tan encantadora, que los testigos admirados no cesaban de felicitar a su amigo. El conde parecía rejuvenecido y Ghita se decía que si la condesa hubiese vuelto al mundo, no habría podido menos que bendecir a la joven que tan feliz hacía a su hijo.

Pocos días antes del casamiento, el conde y Ana fueron al colegio donde estaba Teresa y donde ya se sabía que la madre de la niña se casaba con el aristócrata.

Teresa después de besar repetidas veces a su madre, presentó con gravedad la frente a Pedro, mientras le decía con sencillez:

—¿Es verdad que serás mi padre?

—Sí —respondió conmovido el conde—. ¿Te disgusta?

—No —agregó Teresa—, porque tú eres bueno, no la harás llorar, la protegerás contra los malos y me querrás a mí también.

—¡Oh, sí! niña mía; te quiero mucho. Y cuando terminados los estudios de este año vuelvas a casa, te quedarás en ella para siempre. Así la mamá estará más contenta.

Ana dirigió una mirada de gratitud al hombre amado.

Y estrechando contra el corazón a su hija, murmuró a su oído:

—¿No estás disgustada conmigo porque te doy otro padre?

—No —respondió a su vez la niña—, y el que está en el cielo se hallará tan contento como yo al ver que el conde nos ha salvado la vida.

El conde Pedro había resuelto pasar la luna de miel en la quinta misma, donde había ocasión de conocer y apreciar a Ana. Su elección había recaído en aquella quinta, porque se hallaba poco distante de Torino, y Ana podría ir de vez en cuando a abrazar a su hija.

La joven se mostró gozosa con la resolución de Pedro. Después de la cena, Ana pasó a su alcoba para ordenar algunos objetos que quería meter en la maleta, y el conde a su vez, entró en la suya para cambiar de ropa.

Pedro halló sobre el velador un cofrecito con una carta; seguramente era un regalo que le había enviado aquella mañana algún amigo.

Rasgó el sobre y miró la firma del escrito: era de Blanca.

—¡Querida niña! —murmuró Pedro—. Se ha acordado de mí también esta mañana.

Y leyó:

Mi buen amigo: Porque siempre será tal para mí, creo hacerle el más agradable de los regalos, en este día solemne de su vida, enviándole algunas cartas que su madre le escribía a la mía, y en las cuales solo se ocupaban de usted. Por ellas verá que muchas cosas que se sueñan son bien distintas de las reales, y como los votos de las madres, no siempre son cumplidos. Pero usted es feliz como yo lo soy, y así sin rencor podemos vernos y estrecharnos la mano.

Su pequeña y amada,

*Blanca.*

El conde permaneció algunos segundos pensativo. Era extraño que aquella joven a la que él había tenido de niño sobre sus rodillas, desempeñase en aquel momento un cometido de prudente consejera, y le recordase su madre y los sueños que esta había tenido y él no conocía.

Abrió el cofrecito y vio un paquetito de cartas ligadas con una cinta negra.

El conde cogió al azar una de las cartas y tembló al desdoblarla, reconociendo la letra de su madre.

Pero no tuvo tiempo de leerla.

Oyó los pasos de Ana, y arrojó de nuevo la carta en el cofrecito con la misiva de Blanca.

Y olvidando todo salió al encuentro de su adorada.

Una hora después la feliz pareja partía en carruaje para la quinta, y el cofrecito permanecía en la alcoba del conde, cuya puerta este cerró con llave que se llevó consigo.

Blanca segura de que el conde había recibido las cartas, partió contentísima porque el viaje de novios la alejaría de Torino por un par de meses.

El duque Mauro hubiese querido saludar al amigo y conocer a la esposa, pero Blanca se lo impidió.

—La conocerás más tarde, cuando estemos de vuelta y la pasión del conde esté calmada —le dijo—. Ahora él no quiere que sea vista y la oculta celoso a todos.

El duque se echó a reír.

—¡Pobre Pedro, también se ha casado él! —exclamó—. ¡Y eso que parecía refractario del amor! ¿Será muy hermosa aquella mujer?

Blanca se encogió de hombros con aire de desprecio.

—Un tipo de aventurera —repuso con aire de inocente—. Yo la creo sobre todo una intrigante.

—Si así no fuera, no hubiera venido a hacerse dueña del corazón de Pedro y a ceñirse una corona de condesa. Ya hay bastante de ella y del conde hablemos un poco



de nosotros, ángel mío.

## VIII

Cuando el joven pintor León se enteró del casamiento de Ana con el conde De Malin, sufrió mucho. Entonces comprendió el motivo de la caída del aristócrata en el momento en que él le hacía su demanda. Ana y el conde ya se amaban entonces y tenían relaciones ilícitas. Este pensamiento derribó de su pedestal al bello ídolo hasta entonces adorado.

León se desahogó con su madre, una buena y honrada mujer de su casa, que no tenía más que aquel hijo y no veía nada más bello, más grande ni más bueno en la tierra que él.

Ella trató de consolarle.

—Yo —dijo—, había presentido que aquella mujer no te convenía. Dejando aparte que fuese viuda y que trajese a casa una hija; si la elección era buena yo lo hubiese permitido, porque quiero tu felicidad lo primero de todo. Pero cuando supe que vivía junto al conde De Malin, que tú mismo me habías pintado como un hombre de corazón, pero disoluto y amante de las mujeres, experimenté una mala impresión.

—Sin embargo, mamá, si conocieses a Ana —repuso León—, también tú quedarías encantada. Además de la hermosura, tiene una gracia, una dulzura que encanta.

—Entonces debiste comprender enseguida que el conde estaba también encantado.

—¿Qué se ha de hacer? Sabía que Ana era sobrina de Ghita, a la que el conde considera como una madre, me parecía imposible que el aristócrata pudiese faltarle al respeto.

—Tú eres aún inocente como un niño —respondió la madre—. ¿No comprendes que habrá sido ella misma la primera en tender la red? Y el haber descubierto tu amor ha contribuido a acrecentar más aún la pasión del conde.

—Por poco no deja la piel.

—Si eso hubiese sucedido, quizás entonces la bella viuda no habría desdeñado al pintor León. Pero halló la ocasión de hacerse estimar del conde como enfermera, y no la dejó escapar.

El joven permanecía sombrío, pensativo, con la cabeza entre las manos. Su madre le besó dulcemente.

—¡Vaya! no pienses más en esa mujer, que no lo merece. Si quieres la felicidad la tienes cerca de ti.

León levantó la cabeza y miró a su madre.

—¿Quieres hablarme de Gemma Salvia?

—Sí —respondió la buena mujer—. Ella sería la joven que yo quisiera para ti. Ya ves que vida tan fatigosa conduce, sin lamentarse nunca, cuidando a su pobre padre

paralítico con una abnegación sin límites, y trabajando día y noche para atender a los gastos de la casa. Esa es la mujer que te conviene.

León sonrió tristemente y sacudió la cabeza.

—¿No lo crees? —insistió su madre.

—Sí, Gemma es un ángel; pero no puedo olvidar que es la hermana de aquella desgraciada, que está sepultada con su hija en las aguas del Pó.

—Ya ha muerto y no debemos juzgarla —dijo gravemente la anciana—. Si cometió un delito, lo ha pagado amargamente. Piensa en su desesperación, en su vergüenza, cuando supo que el hombre por quien había abandonado su familia era un asesino. Ya ves que no ha querido que su hija llevase un nombre infamante, y para sustraerla a la triste suerte que la aguardaba, la arrastró consigo a las aguas del río.

—Ha hecho mal —rebató León—, ella no tenía el derecho de quitarse la vida: nadie habría rechazado a la inocente niña, ni aun sabiendo que era hija de un ajusticiado.

—Sí, tú le dijiste todo esto a la señora Salvia cuando dio con la puerta en las narices a su hija y renegó de ella —rebató tristemente la madre—, pero también la pobre señora ha purgado su dureza de corazón, porque al fin y a la postre Natalia era siempre su hija. Y así el remordimiento por la muerte de ella y de la niña la llevó a la tumba; el señor Salvia fue presa de una parálisis que le ha convertido en un niño; la segunda hermana de Natalia ha abandonado también su casa diciendo que no había nacido para llorar y sufrir las consecuencias de las culpas ajenas.

—Es una buena pieza esa joven —exclamó León—. Ha venido varias veces a mi estudio pero yo siempre la he tratado fríamente. Bajo el nombre de Clary se presta a todo... ¡Hermosa cuñada quería usted darme!

—Tú no tienes necesidad de cuidarte de ella, máxime cuando ha dejado el nombre de su familia y ha tomado otro de batalla. ¿Y quieres hacer responsable a aquella pobre e inocente criatura de las culpas y caprichos de su hermana? Gemma no tiene nada de común con ella: yo la conozco a fondo como conocí todos los sacrificios que se impuso para que nada faltase a su padre. Ella te ama, pero estoy segura de que moriría antes que confesarte su amor, porque se cree indigna de ti...

—¡Pobre Gemma! yo la estimo mucho pero amarla no; no podría. Ana ha destruido en mí toda fe en el amor.

La madre no habló más.

León además de ser un buen pintor de frescos, también había pintado varios cuadros al óleo de mucho precio y mucho mérito, que encontraron enseguida comprador.

Tenía su estudio poco distante, y aquel día después de la triste discusión con su madre, se había levantado para ir al estudio, cuando llamaron a la puerta de la casa y poco después entraba Gemma en el comedor precedida de su madre.

Si León la hubiese examinado minuciosamente, habría encontrado en las facciones de la joven mucho parecido con las de Ana.

Pero él veía a Ana rubia, mientras Gemma tenía los cabellos negrísimos. Los ojos de Ana eran negros, y los de Gemma de un azul claro. Ana era alta y robusta; Gemma pequeña y grácil. Y en su rostro purísimo se leían la bondad y una firmeza poco común en una muchacha.

Gemma al ver a León se ruborizó.

—Esta querida niña me ha traído un trabajo que le encargué —dijo la madre de León—, son dos camisas para ti hijo mío. Míralas y dime si te gustan.

—Mamá —respondió León con alguna sequedad porque comprendía que aquello era un pretexto para detenerle—. Ya sabes que no soy difícil de contentar, y las labores de la señorita suelen ser siempre perfectas.

—Señor León, yo quisiera saber trabajar mucho mejor aún —dijo la joven—. No merezco sus elogios y los atribuyo a su excesiva galantería.

Gemma había puesto las camisas sobre la mesa, y León distraído ni siquiera les dirigió una mirada. Pero la joven sin mostrarse ofendida, continuó:

—Perdóneme si he venido a importunarle.

—Al contrario, Gemma —dijo con dulzura la anciana—. Hablábamos precisamente de usted.

León estaba en ascuas.

—Y se decía —agregó vivamente—, que es usted la mejor, la más buena de las hijas.

Y cogiendo el sombrero, añadió:

—Perdóneme que la deje, pero me aguardan en el estudio.

Besó a su madre que le había dirigido una mirada de triste recriminación, estrechó la mano a Gemma y se fue.

Iba irritado consigo mismo.

—Soy un estúpido —se decía—. Entristezco a mi madre y huyo de la felicidad, todo por una mujer que no me ha amado nunca y que se ríe de mí entre los brazos de otro. Sin embargo, no puedo olvidarla ni amar a otra. Y si me casase con Gemma la haría desgraciada.

León estaba cerca de su estudio. Había mentido diciendo que le aguardaban. Ansiaba llegar para estar solo, porque dibujaba una cabeza de mujer que escondía celosamente a todas las miradas.

Era la cabeza de Ana como él la veía en su fantasía, con aquella abundantísima cabellera admirable, ojos y cejas negrísimos, carnes de leche y rosa, nariz perfilada, boca seria, perfecta.

León no estaba nunca contento de aquel retrato y todos los días le hacía un retoque. Después dejaba los pinceles y pasaba las horas ocioso mirando aquella hermosísima cabeza, y entregándose a sueños extravagantes, imposibles, insensatos.

Tenía muchos encargos de frescos y cuadros, también del fuera de Torino, pero retardaba siempre el cumplirlos; estaba en una época de desanimación.

Su madre, tenía razón. Él debía buscar un nuevo aliciente a su existencia; una

mujer que le amara e hiciese feliz. Pero Gemma, tímida como él, sin aquellos arranques de ternura con que el joven soñaba, no podía reavivar la llama divina que le había invadido al lado de Ana.

También aquel día León preparó la paleta y los pinceles, y se disponía a abrir un armarito donde ocultaba celosamente el retrato de Ana y otros trabajos que deseaba no fuesen vistos por nadie, cuando una voz fresca, juvenil gritó desde fuera:

—¿Se puede entrar?

«¡No me faltaba más que ella!...», pensó León de pésimo humor.

Pero respondió en alta voz:

—Adelante.

Era Clary, o más bien dicho Mugheta, con un tocado elegantísimo, pero bastante serio, para una muchacha de su género.

Entró con aire resuelto, riendo y tendiendo la mano al pintor.

—León, he venido a consolarme un poco con usted: soy muy desgraciada la...

El pintor sonrió y estrechó la enguantada mano de la joven.

—¿Es posible? —exclamó—. ¿Con esa carita tan fresca y esos ojos brillantes de alegría sufre usted?

—Las apariencias engañan; quisiera que viese usted mi corazón...

Se quitó el abrigo y se arrellanó en un sofá bajo, agregando:

—No quiero distraerle de su trabajo, León; continúe pues, que hablaremos lo mismo.

—Hoy no tengo ganas de trabajar —dijo el pintor—. Con que así, desahóguese todo lo que quiera, que la escucharé con gusto.

Mientras hablaba, el joven se sentaba en una butaca y encendía un cigarrillo.

Mugheta le contemplaba con los ojos semicerrados: León era el mejor de todos los hombres que había conocido. Por lo menos era sincero.

—Diga León, ¿es una mujer la que le atormenta? Hace algún tiempo que le veo muy serio y preocupado.

—No —respondió el pintor con cierta aspereza—. Las mujeres no me han preocupado nunca.

—Lo cual no es nada lisonjero para la que se haya enamorado de usted.

—Ninguna mujer se ha enamorado de mí, ni yo soy hombre de aventuras.

Mugheta se puso seria.

—Es verdad —dijo—. Usted se ha educado al lado de una madre demasiado buena para cometer locuras. A propósito: ¿cómo está mi padre?

—En el mismo estado. Tiene algunas veces furiosas crisis, que cada vez van presentándose más de tarde en tarde, pero sus fuerzas como su inteligencia desaparecen de día en día. Reconoce a duras penas a las personas que le rodean y únicamente Gemma logra hacerse escuchar de él. Su hermana es una santa.

—Lo cual quiere decir que yo soy un demonio. Aceptado. Pero ¿de quién es la culpa? Yo también había nacido para ser buena y honrada, pero...

Se interrumpió porque León reía.

—¿No me cree? —exclamó furiosa Clary.

—No —respondió dulcemente el pintor—. El instinto no se cambia: se puede modificar el carácter con la educación, sobre todo cuando a pesar de los defectos se tiene mucho corazón; pero si falta este soberano elemento, si su instinto la arrastra al mal, no hay nada que la detenga. Usted me repetirá como en otras ocasiones, que la causa de su descarriamiento es la desgracia de su hermana Natalia. No es verdad. Su hermana obró mal abandonando su casa para huir con el hombre que amaba, con el hombre que había de dejar sobre ella una mancha indeleble. Pero obró impulsada por el amor y siguió a aquel hombre por el camino del calvario hasta caer exhausta, vencida. Mas usted ha procedido de peor manera, abandonando a su familia en las circunstancias más tristes, para seguir al primero que le ha ofrecido una vida de placeres, de riqueza; pasando después al segundo, al tercero... y así sucesivamente.

Clary no hizo ningún ademán de protesta, al escuchar aquella cruda verdad.

Solamente dijo:

—Es usted inexorable, León; aunque yo no quiero aparecer mejor de lo que soy. Pero, dígame, ¿cómo habría podido resistir en mi casa escuchando continuos lamentos, oyéndome llamar la cuñada del ajusticiado, siendo rechazada por todos?...

—Bien ha resistido su hermana Gemma, y nadie ni aun los más malvados osaron dirigirla una frase que no fuese correcta. Todos se inclinan respetuosamente ante ella y muchas madres la quisieran para nuera.

Mugheta se mordió los rosados labios.

—Gemma es una infeliz, y tiene pasta de monja. En vez de sangre corre por sus venas agua bendita.

León sacudió la cabeza.

—No: ha nacido verdaderamente honrada y así será siempre. Es de aquellas criaturas privilegiadas, carne de mártires.

—¿Así usted me cree una corrompida, León?

—No, pero su destino es ser lo que es. Aunque nada hubiese turbado la paz y el honor de su familia, usted también se habría convertido en la cortesana Clary o Mugheta, como más plazca llamarle a sus adoradores. Una sola cosa aplaudo de usted: el pudor de dejar su nombre de familia.

La joven se puso encendida.

—¿Cree que lo he hecho por consideración a mi familia? Se engaña —exclamó cínicamente—. Me apresuré a tomar un nombre de batalla porque el de Catalina, que me dio mi madre es demasiado vulgar, y se habrían reído de él mis amigos. Pero es usted muy despiadado.

—¿Por qué viene entonces a verme?

—Porque sus recriminaciones me son más gratas que muchas lisonjas, porque cuando estoy cansada de la vida siento deseos de ser moralmente atormentada.

—¿El oro y los brillantes no bastan para satisfacerla? —preguntó León riendo.

—No; porque adornan mi cuerpo pero me dejan el corazón vacío. Y yo tengo necesidad de ocuparlo. Deme un cigarrillo, León.

El pintor se apresuró a complacerla.

Mugheta arrojó dos o tres bocanadas de humo y dijo:

—Dos veces he creído poder amar y habría verdaderamente amado, pero mi elección recayó sobre dos hombres que no han permanecido a mi lado mucho tiempo. A uno le conoce usted León, porque ha trabajado para él.

El artista frunció ligeramente el entrecejo.

—Si no me dice el nombre, no sé de quién se trata.

—Del conde Pedro De Malin.

León hizo un brusco movimiento.

—¡Ah!, ¿ha sido su amante? —dijo con tono desdeñoso.

La joven arrojó otra bocanada de humo.

—¿No lo sabía? Durante seis meses Pedro hizo locuras por mí, y aunque era muy original y frecuentemente me reñía por la cosa más nimia, es generoso e instruido, y las horas pasaban veloces a su lado. Pero una mujer más lista que yo le ha conquistado y le ha obligado a casarse con ella... Pero ¿qué tiene León?

El joven había palidecido mortalmente, pero ante la pregunta de su interlocutora se repuso y contestó fríamente.

—Nada... es el pésimo tabaco que fumo... Me produce náuseas y sin embargo, no puedo prescindir de él... Pero continúe, sus confidencias me interesan... Así pues, ¿el conde la ha dejado por otra?

—Precisamente, y usted debe conocerla; una viuda que tenía en su casa.

—¡Ah, sí!... —dijo con indiferencia León—. Una rubia admirable.

—¿Más hermosa que yo?

—Según los gustos.

—Yo la odio, y llegará el momento de mi desquite.

León se encogió de hombros.

—¿Qué desquite quiere tomar si el conde la ama y es su mujer?

Los ojos de Mugheta brillaron.

—Esto es lo que me irrita y me hace odiarla. Porque no puedo creer que se haya casado con Pedro por amor... y un día u otro caerá también ella. Entonces seré yo quien abra los ojos al conde y le haga arrepentirse de la pretensión que ha sufrido.

—Yo creo que se engaña juzgando a esa mujer: es una joven honrada y será una casta esposa.

—Todas lo son cuando tienen sus miras particulares y quieren conseguir un objeto, pero después la imagen del marido se borra de su mente...

León hizo un gesto de indignación.

—¡No quiero oírle hablar así! —dijo—. Usted juzga a las demás por usted misma. Mugheta en vez de alterarse soltó una carcajada irónica.

—¿Es que la bella rubia también ha hecho presa en usted, que presume de

esquivo con las mujeres?

—¡Basta! —interrumpió furioso León levantándose bruscamente.

El joven experimentaba un extraño sufrimiento con aquella verdad pronunciada con tanta audacia por Clary. Ana había rechazado su puro y casto amor, porque había puesto sus miras en el conde. ¿Podía él competir con el rico aristócrata? Pero si el pintor León no era bueno para marido, quizás no fuese despreciado como amante.

Con este pensamiento toda la sangre le afluyó al rostro que se puso encendido, pero se calmó enseguida y desechó violentamente aquella idea. No, no; Ana no podía ser capaz de tan monstruoso cálculo, de semejante infamia. Únicamente un ser despreciable como Mugheta podía lanzar tal acusación como la cosa más natural del mundo.

Clary seguía con sus crueles miradas al pintor que se paseaba nerviosamente por el despacho, sin cuidarse de ella.

¿Había dado en el clavo sin quererlo?

¿León estaba también enamorado de la bella y pícara viuda? Pues bien, esto convenía a ella, porque el joven sin saberlo, le serviría para su venganza de la odiada rival.

Pero era preciso obrar con prudencia.

Clary dio a su fisonomía una expresión de arrepentimiento y dijo con dulzura:

—Perdone, León; yo no quería ofenderle. Le juro que no le hablaré más del conde ni de su esposa.

Al pasar el pintor por su lado, la joven le asió una mano y se la besó humedeciéndosela, hábilmente, con una lágrima.

León sonrió; estaba vencido.

—No estoy enfadado con usted —dijo—, y la creo más loca que malvada. Por mi parte le juro que no he pensado nunca en tratar de que aquella mujer falte a sus deberes, porque, lo repito, la creo una mujer firmemente honrada.

—Quizás tenga usted razón; perdóneme y no hablemos más de ella.

—Es lo mejor.

—¿Somos otra vez buenos amigos?

—Con todo el corazón.

—Siéntese entonces y deje que complete mis confesiones. Si la traición del conde me ha herido, el sufrimiento no ha sido nada comparado con el que me produjo el abandono del duque de Vulman.

León rio a su pesar y volvió a sentarse en una butaca.

—¿El guapo duque alemán también ha sido su amante?

—Sí —respondió Mugheta—, él sustituyó al conde.

—A pesar del dolor de usted.

—Tenía necesidad de buscar consuelo... pero escogí mal, porque el duque es uno de aquellos amantes, a los cuales una mujer como yo no resiste: me enamoré de él, y esto fue lo que le cansó.



—¡Bellísimo!

—Cuanto más tierna me mostraba yo, más frío estaba él. Si le hablaba con dulzura me respondía mordaz; si lloraba yo, mordía él. Sin embargo, yo no osaba rebelarme y mandarlo enhoramala. ¡Era espléndido! Figúrese que me regaló la quinta donde habito con contrata a mi nombre en plena regla.

—¡Caracoles! ¿Y dice que no la amaba?

—No; es pródigo por naturaleza y muy voluble; un día dejé de verlo y después supe que también se había casado.

—¿Libre y dueña de una quinta, no está contenta aún? Es usted una ingrata para con la fortuna, que le sonrío. Su hermana se quita la vida trabajando día y noche para atender a los gastos de la casa y asistir a su padre manteniéndose honrada... Hay días en que pasa hambre, y sin embargo, da gracias a Dios que le presta fuerza y salud para resistir.

—Si Gemma y mi padre vivieran conmigo, no les faltaría nada.

León la miró despreciativamente.

—No habla seriamente ¿verdad? Gemma no comerá nunca el pan que usted le dé y su padre preferiría la muerte a traspasar los umbrales de su quinta. Yo les estimo y admiro, y juro a usted que si tuviese que casarme, en su hermana recaería mi elección.

Mugheta se mordió los labios.

—¿Es cierto? —exclamó en tono entre rabioso e irónico—. ¿Y a mí, no me aceptaría como amiga?

—No, porque las mujeres como usted, son demasiado peligrosas. Además, yo no tengo quintas que ofrecerle.

—¿Y si de usted no desease más que el corazón?

León prorrumpió en una estridente carcajada.

—Quería usted hacerme reír y lo ha logrado: se lo agradezco. Y ahora como sus confesiones me parecen terminadas, y mi cigarrillo está apurado voy a reanudar mi trabajo.

Mugheta se levantó y un relámpago de cólera brilló en sus ojos.

—Que es como decirme: aquí está usted de más —exclamó—. Pues bien, me voy y no volveré por ahora, pero esté seguro de que me acordaré de usted.

León entretenido con la paleta, fingió no haber oído las anteriores palabras y permaneció mudo.

Pero cuando Mugheta salió del estudio, el joven lanzó un suspiro de satisfacción.

Después murmuró pensativo:

—¿Es posible que Clary sea hermana de Gemma? Si la señora Salvia no hubiese sido una mujer honradísima habría para pensar mal. Dios crea tales desigualdades en las familias. De padres y madres malvados, vienen al mundo flores de virtud y de padres modelo de probidad y de honradez nacen seres viciosos, ladrones y disolutos.

Cogió el retrato de Ana y lo contempló largo rato murmurando:

—¿Y tú de quién fuiste hija? ¿Tu honradez es verdadera y has merecido el amor del conde?

El enigma de aquella mujer cuya imagen no podía desechar, le resultaba indescifrable.

Pero pensando en ella, admirando la pura y celestial belleza que tan exactamente había reproducido sobre la tela, León olvidó a Clary, a Gemma y todo cuanto le rodeaba.

## IX

Tanto el conde De Malin como el duque de Vulman, habían regresado ya de su viaje de novios. Mauro con la posesión de Blanca había sentido disminuir su pasión, pero era demasiado caballero para demostrarlo, tanto más cuanto la joven duquesa hacía honor a su nombre, se conducía como una alta dama, y tenía para su madre un trato y una ternura que en algunas ocasiones lo conmovían. Blanca tan soberbia y orgullosa, se convertía en una niña cariñosa y buena al lado de aquella angelical criatura cuya vida parecía pendiente de un hilo, y que había dedicado a su nuera una parte de la adoración que sentía por su hijo.

El conde De Malin que todo su viaje lo había reducido a trasladarse a la quinta que tantos recuerdos tenía para él, y que Ana había preferido también para no estar muy lejos de su hija, volvió a tomar posesión de su palacio más enamorado que nunca de su esposa. Y en honor de ella quiso celebrar en sus salones un baile que hiciera época.

A la fiesta asistieron un centenar de invitados entre los cuales se encontraban el duque Mauro y Blanca. En esta venció la curiosidad al desprecio que sentía hacia la esposa de Pedro, y fue una de las primeras en aceptar la invitación.

Ana, en el salón del palacio, al lado de su marido recibía a los invitados con una gracia exquisita, incomparable. Estaba espléndidamente con su sencillo tocado de un gusto artístico refinado. No ostentaba otras joyas que dos maravillosos solitarios en las orejas y un ramo de fresquísimas violetas en el pecho.

Una duquesa de nacimiento, no habría tenido un aire tan digno como el de ella, así es que la joven conquistó enseguida todas las simpatías y todos los corazones.

Ana fue enseguida el objeto de todas las miradas, de todas las atenciones y los jóvenes decían entre ellos:

—¡Qué suerte tiene Pedro!

—Ha encontrado una perla en el fango.

—Se comprende que le haya trastornado la cabeza.

—¡Es espléndida!

—¡Admirable!

—Una cara de ángel y un aire de reina.

Y así sucesivamente.

La duquesa Blanca de Vulman llegó de las últimas con su madre y su marido. La joven esposa lucía un tocado blanco, con perlas al cuello entre los cabellos y estaba seductora. El duque en traje de etiqueta parecía bastante más joven.

El conde apenas les vio corrió a su encuentro, besó en la frente a Blanca y estrechó la mano a su amigo y a la señora Palma.

Blanca se sorprendía de que Pedro no mostrase ningún embarazo después de la

lectura de las cartas de su madre. Pero el conde absorto en su felicidad había olvidado aquellas cartas. A su regreso del campo encontró el cofre en su alcoba y lo guardó en el escritorio sin mirar siquiera el contenido. Así pues, Blanca seguía siendo para él la niña de antes.

—Os aguardaba con ansiedad —exclamó alegremente Pedro—. Mauro, tú no conoces aún a mi esposa y voy a tener el gusto de presentártela.

Ana había ya sonreído desde lejos a la duquesa y a su madre, lanzando una mirada distraída sobre el duque.

Pero mientras besaba a las dos señoras, se sintió conmovida por la voz de Mauro que pronunciaba estas palabras:

—Mi querido amigo, también yo ardía en deseos de verte y de conocer a tu linda esposa.

Ana levantó los rasgados ojos, temblorosa, y sus miradas se cruzaron con las del duque. La joven necesitó de toda su fuerza de voluntad para no lanzar un grito mientras Mauro retrocedía ligeramente pálido.

A Ana le pareció ver en su presencia al hombre que llevó al patíbulo a su marido; el duque experimentó una impresión de sorpresa, parecida a la alegría que inspira la vista de una persona querida y buscada mucho tiempo.

Pero la escena tuvo la duración de un relámpago y las personas que les rodeaban, no notaron su recíproca emoción.

Se hizo la presentación. Ana saludó con gracia admirable sin mirar ya al duque; él se inclinó profundamente como ante una reina.

Pero aunque Ana se había repuesto enseguida de su emoción y conservaba en apariencia su presencia de ánimo atendiendo a sus invitados y teniendo por todos una palabra dulce, en su cerebro se desencadenaba una tempestad.

¿Era posible que dos hombres tuviesen una semejanza tan singular? ¿La misma figura, igual mirada, idéntico sonido de voz?

Además, ¿era admisible que el hombre que llevaba el título de duque de Vulman, que era amigo de su esposo, respetado por la sociedad, esposo de una de las más buenas y lindas muchachas de la alta burguesía, tuviese algo de común con un jefe de ladrones, de asesinos, organizador de delitos atroces, cabeza de aquella terrible asociación a la cual su pobre Vital había pertenecido?

Era víctima de una alucinación; estaba loca.

Por su parte el duque se decía que soñaba.

Aquella mujer que tenía los ojos y el perfil de Natalia no podía ser ella: era absurdo pensarlo. Es verdad que no habría sido difícil cambiar el negro de los cabellos de la esposa de Vital en un rubio como el de Ana; pero ¿podía ella también cambiar su estado civil y casarse con el conde bajo un nombre falso, con la complicidad de Ghita?

¡No, no! Sus ojos se habían engañado por una extraña semejanza.

El duque trató de recobrar su presencia de ánimo y lo consiguió. Y mientras los

invitados se disponían a bailar, él y el conde se cambiaban sus impresiones de felicidad felicitándose mutuamente, por haber escogido una compañera que encarnaba todos sus ideales.

Blanca y Ana, entretanto, se confiaban las alegrías de su feliz luna de miel.

Blanca queriendo examinar el corazón de su interlocutora, le preguntó por qué había deseado pasar en la soledad del campo aquellos dos meses de matrimonio.

Ana sonrió respondiendo:

—¿Qué necesidad tenía de diversiones teniendo a Pedro a mi lado? Además, él me concedió permiso para ver a mi hija cuantas veces quisiera, y yo no deseaba nada más. Quizás si hubiese estado siempre como usted al gran mundo, a la sociedad, la soledad me habría sido pesada. Pero yo viví una vida pobre y atormentada hasta que conocí a Pedro.

—¿Y se casó usted con su primer marido por amor? —preguntó Blanca curiosa.

Una dolorosa sombra veló un segundo el rostro de Ana.

—Sí —respondió con voz débil—, pero entonces era casi una niña y no comprendía toda la fuerza de un hondo cariño... Además, tuve la desgracia de perderlo demasiado pronto.

—¿De qué murió?

Ana se estremeció, pero respondió con bastante calma:

—De una rápida enfermedad.

—Estaban en el Congo si no me engaño...

—Sí.

Hubo un instante de silencio. Después Ana preguntó a su vez.

—Usted también ha hecho un matrimonio de amor ¿verdad?

Blanca sonrió de una manera singular.

—No digo que no —respondió—. Pero lo que más me ha seducido del duque ha sido su nombre, la consideración de que le veía rodeado, y sobre todo la idolatría que siente por su madre. Ya ve que soy sincera. De niña había tenido otros sueños que no se han realizado. ¡Paciencia! Ahora creo que no tendré que envidiar la felicidad de nadie...

—Yo también lo creo así, duquesa.

La orquesta comenzaba a tocar. Pedro se apresuró a invitar a Blanca y el duque tendió su mano a Ana que aceptó, a su pesar, porque aunque creyese absurdo suponer que el marido de Blanca tuviera alguna analogía con el «principal» del pobre guillotinado, no podía reprimir cierto malestar cuando se hallaba en presencia de un hombre que se le parecía.

Durante el baile el duque le habló de su amigo Pedro, y de la felicidad que se merecía; después le preguntó:

—¿Usted no es de Torino, verdad?

—No, señor duque —respondió con naturalidad Ana—. No había visto esta ciudad hasta principios de mi viudez.

—¿Usted debió casarse muy joven la primera vez?

—Aún no tenía dieciséis años.

—¿Y quedó viuda muy pronto?

—Tres años después de mi matrimonio.

—¿Se hallaba en Italia?

—No, duque; me encontraba con mi marido en el Congo.

Permanecieron en silencio; aquel baile estaba para concluir.

Mauro le hizo la última pregunta.

—Pedro me ha dicho que tenía una hija de su primer marido.

—Sí, duque —respondió con sencillez—. Una niña de cinco años que es mi tesoro, y que mi marido adora.

El duque la observaba fijamente, con la cabeza ofuscada por negros pensamientos. Ana encontró otra vez su mirada y le pareció ver de nuevo el mal genio de su marido. Sí, aquel hombre nefasto tenía la misma mirada fría y siniestra del duque, las mismas pupilas de un cerúleo clarísimo. Ana era presa de tristes pensamientos. Aunque el duque no tuviese nada de común con aquel hombre, le parecía su presencia de mal agüero.

Pedro y Blanca al acercarse a ella se apercibieron de su preocupación.

—¿Qué tienes? —le preguntó con ansia el conde—. Me parece que te has puesto triste.

—Y muy pálida —agregó Blanca—. ¿Se encuentra mal?

Ana haciendo un esfuerzo sobrehumano, sonrió.

—No, no, tranquilícense —respondió—. Es que como no estoy acostumbrada a bailar, he sentido un ligero vértigo. Así pues, pido a ustedes permiso para ausentarme un momento. Duquesa, usted me suplirá dispensando los honores de la casa.

—Con mucho gusto.

Pedro quería acompañar a su esposa, pero esta, con un gracioso ademán le detuvo.

—No es nada —dijo—, y dentro de cinco minutos estaré de regreso. Y tú, amigo mío, debes procurar que los invitados no noten mi ausencia.

Ana inclinó ligeramente la cabeza al pasar por delante del duque que devolvió el saludo respetuosamente, y luego se puso a hablar con su amigo y con Blanca.

Ana que se sentía sofocada, apenas entró en su alcoba se dejó caer sobre una butaca casi desvanecida.

—¡Era demasiado feliz! —murmuraba—, ¡demasiado!

Un temblor convulsivo la sacudía y un malestar inexplicable hacía presa de su ser.

La parecía ver ante sí la sombra del desgraciado condenado a muerte y oír su voz que repetía:

—«Si encuentras al hombre que me ha perdido ¡véngame, véngame! No sé su nombre, pero lo conocí en Torino y allí le escribía bajo el seudónimo de *Ginepro 24*. Acuérdate de que ese hombre es más malo que un demonio... Sé prudente, pero

cuando estés segura de que tratas con él, hiérole, hiérole sin piedad».

Ana arrojó un ligero grito y miró espantada a su alrededor.

Estaba sola, sola en su alcoba, adonde llegaban los apagados rumores de la lejana orquesta.

¿Soñaba o tenía miedo? Nada justificaba sus aprensiones. ¿Bastaba una simple semejanza, una voz igual, para que creyese ver al hombre que buscaba, al que había causado y tal vez causaba aún numerosas víctimas?

¡No! Pero la presencia del duque bastaba para evocar su horrible pasado, y recordarle la promesa de vengarlo que hizo al infeliz guillotinado.

Ella había olvidado aquella promesa como había olvidado también al difunto.

—He cometido un delito casándome con el conde y Dios me castiga —murmuró Ana con profundo desaliento.

Mas no tardó en reponerse. No, Dios no será tan injusto con ella, que había sufrido tanto: ella había obrado así buscando el bienestar de su hija, y no engañó al hombre que le dio su apellido.

Y por Pedro no revelaría su secreto aunque se encontrase en presencia del hombre que llevó a Vital al patíbulo. Sería para este Ana de Malvan o mejor dicho la condesa De Malin; pero esto no le impediría mantener la promesa hecha al difunto, cuando llegase el momento oportuno de la venganza.

Tomada esta resolución se sintió tranquila, y cuando reapareció en el salón no se notaban en ella huellas algunas de disgusto o malestar. Sus espléndidos ojos negros brillaban, y en sus rosados labios se dibujaba una divina sonrisa.

Al miedo sucedió la tranquilidad. Ahora afrontaría las miradas y las preguntas del duque sin experimentar ninguna emoción.

Pero Mauro no se le acercó.

Pedro en cambio, en cuanto la vio corrió presuroso a su encuentro; los ojos del conde expresaban la más intensa pasión.

—¿Cómo te encuentras, querida mía? —le preguntó ansioso estrechándole una mano.

Ana sonrió dirigiéndole una mirada llena de amor.

—Me he repuesto completamente —respondió—, y espero que no volveré a indisponerme.

—¡Querida, si supieses cuánto he sufrido temiendo que tu malestar se prolongase! ... Habría ido a tu lado, pero Blanca me tranquilizó asegurándome que tu indisposición era efecto del calor.

—La duquesa tenía razón.

Desde aquel momento Ana recobró su alegría, una alegría natural. Y a la madrugada cuando se abrieron los comedores, sentada a una mesa con el duque, su esposa, Pedro y la señora Palma, hizo honor a las exquisitas viandas.

Blanca la contemplaba, presa de un secreto odio, pareciéndole que Ana no tenía nada que envidiar ni a ella ni a las señoras de la más elevada sociedad. También la

enfurecían las miradas tiernas que el conde dirigía a su rival y la turbación del duque que había perdido su habitual serenidad.

—¿Me robará el marido, después de haberme birlado el novio? —pensaba Blanca—. ¡Ah! esto no sucederá: se las habrá conmigo.

El duque permanecía perplejo, agitado. Unas veces le parecía que la condesa De Malin tenía poca semejanza con Natalia Bracco: la voz no era la misma y el aire era distinto. Otras Natalia revivía en Ana con la dulzura de su sonrisa, la gravedad de sus miradas y el semblante divinamente bello.

Era presa de una alucinación. Pero ¿por qué se turbó ella a sus preguntas?, ¿por qué aquel temblor que agitaba su mano que él tenía entre las suyas, y aquel repentino malestar?

El duque, mientras que por una parte habría deseado que aquella noche fuera eterna para estar al lado de la mujer que le recordaba su único amor, por otra se repetía que estaba loco, loco de atar, suponiendo que fuese la condesa la viuda de Vital.

El duque y su esposa condujeron en su carruaje a la señora Palma a su casa, y luego se dirigieron a su quinta que Mauro no abandonaba ni aun en el invierno.

Eran las cinco de la mañana.

Blanca envuelta en un abrigo blanco, cuya capucha apenas dejaba al descubierto una parte de su rostro, iba recostada en uno de los ángulos del carruaje con los ojos entornados.

El duque, cubierto con su abrigo de pieles y recostado en otro ángulo del carruaje permanecía mudo, como adormecido.

Blanca interrumpió aquel silencio.

—¿Te has divertido? —preguntó.

—Ya te respondí cuando me lo preguntaste en presencia de tu madre —contestó el duque—. Bastante; el conde hace las cosas espléndidamente y la condesa lleva dignamente su título, y después de ti, era la más bella de la fiesta.

Blanca hizo un mohín de desdén.

—Y antes de mí también. ¿Crees que no he notado las miradas incendiarias que le dirigías como igualmente que la seguías a todas las salas?

El duque se echó a reír e hizo ademán de cogerle la mano que Blanca se apresuró a retirar.

Mauro frunció las cejas ligeramente.

—¿Estás celosa de la condesa?

—No puedo estar celosa de una mujer del vulgo que con sus picardías ha conquistado su actual posición, pero no me gusta que en mi presencia te cuides de ella.

—Creo haber obrado con ella con la misma corrección que con las demás.

—¿Confiesa que la encuentras bellísima?

—¿Por qué voy a decir lo contrario? ¿Y tú misma no eres de mi parecer?



—¡Yo no modifico mi juicio! Es una aventurera disfrazada de gran señora.

El duque hizo un gesto de disgusto.

—Lo admito; pero no digas que no es fascinadora.

Blanca se mordió los labios hasta brotar la sangre.

—¡Ah! ¿Conque te ha fascinado? —dijo entre dientes con rabioso acento.

—No hablo por mí. ¿Cómo podría ocuparme de la condesa, esposa de mi mejor amigo, teniendo a mi lado una mujercita como tú, bella entre las bellas, y la más elegante y adorable?

Y a pesar de la resistencia de Blanca, la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca agregando:

—Estate tranquila. Si quieres, no pondré más los pies en casa del conde.

—Eso no lo quiero —exclamó Blanca permaneciendo ya al lado de su marido—. Creería entonces que tú tenías miedo de enamorarte. Además, me ha parecido que ella se ha demostrado bastante seria contigo.

—No lo he notado, porque a pesar de tus suposiciones no la he mirado con atención, o por lo menos mientras miraba a ella pensaba en otra cosa.

Los ojos de Blanca brillaron.

—¿Dices la verdad?

—¿Por qué había de mentir?

El sonido de la voz fue tan duro al pronunciar aquellas palabras, que Blanca a pesar de su audacia le echó los brazos al cuello diciéndole con gracia:

—¡Perdóname! Te amo tanto que dudo también de ti.

Mauro no respondió, pero la estrechó contra su pecho: la paz estaba hecha.

El duque de Vulman había propuesto y Blanca lo aceptó calurosamente, que sus habitaciones estuviesen separadas, para gozar ambos de mayor libertad y poder ir y venir sin importunarse recíprocamente.

Las habitaciones de Blanca estaban contiguas a las de la anciana duquesa, y las de Mauro se encontraban al lado opuesto de la casa. Para llegar a estas era preciso atravesar dos largas galerías, a menos que se entrase por el parque donde había una puertecita cuya llave llevaba siempre en el bolsillo Mauro.

El duque después de acompañar a Blanca a sus habitaciones, le dijo antes de dejarla:

—Tú te vas a acostar, ¿verdad, querida mía?

—Sí —respondió Blanca—, me encuentro cansada y no me levantaré hasta el mediodía. ¿Y tú?

—Yo tomaré un baño y enseguida me encerraré en mi despacho; tengo un trabajo que me urge, un artículo de *sport* que tengo que enviar a un periódico alemán; nos veremos a la hora de comer y pasaremos la tarde con la mamá.

—Aprobado.

Se cambiaron un beso y después el duque se dirigió a sus habitaciones.

Su criado de confianza, un joven de rostro inteligente que se había aficionado a su

dueño lo siguió.

El joven no hablaba más lengua que la alemana.

—¿Se ha divertido el señor duque? —preguntó respetuosamente.

—Muchísimo, Franz; estoy contento de haber ido. ¿El baño está preparado?

—Sí, señor duque.

—Cuando salga de él, me pondré el traje de caza.

—¿El señor duque no se acuesta?

—No puedo dormir de día.

—El señor duque también reposa poco de noche.

Mauro sonrió mostrando sus blanquísimos dientes.

—No obstante ello —respondió—, estoy sanísimo.

El duque pasó al cuarto de baño y continuó conversando con su fiel criado.

—¿No ha llegado ningún telegrama para mí?

—Ninguno; y el correo solo ha traído periódicos que encontrará usted en su despacho.

—Perfectamente.

—Dick ha ido a recogerlo; creo que ha llegado su hijo.

Mauro se estremeció, pero demasiado prudente para no dominarse, respondió con sencillez:

—Lo veré más tarde.

Restaurado con un baño caliente, después de ponerse el traje de caza sorbió una taza de humeante chocolate y un par de huevos, se colgó la escopeta y salió por la puerta del parque diciendo a Franz:

—Voy a dar un largo paseo y si encuentro alguna liebre en el camino la mataré. Si la duquesa preguntase por mí, dices que reposo; la veré a la tarde.

El duque se alejó silbando. El frío era intenso; la tierra dura, helada, y los árboles desnudos de hojas, permitían ver desde lejos. En el parque no se veía alma viviente, la soledad era completa. Al extremo, casi adosada al muro, erguía una casita de un solo piso, que no tenía ventanas al campo y cuya pared maestra desde fuera se confundía con el viejo y alto murallón del parque.

Aquella casita estaba habitada por Dick, un antiguo guardabosque inglés que hacía cinco años que estaba al servicio del duque, como guarda del parque, y vivía allí con su esposa en completa tranquilidad. Dick tenía un solo hijo que habitaba en Londres, de cuya policía formaba parte, que dos o tres veces al año, iba a ver a sus padres y llevaba noticias de aquella ciudad.

El duque dirigía sus pasos hacia aquella casita, pero no silbaba ya y sus facciones se contraían de vez en cuando, como bajo la influencia de un espasmo nervioso.

El trayecto era bastante largo, pero no sentía frío y caminaba con lentitud. De lejos vio brillar a través de una ventana una luz.

«Jack está levantado y seguramente me aguarda», pensó el duque.

Lanzó un prolongado silbido y casi enseguida la puerta se abrió; una alta sombra

apareció en el umbral.

El duque se acercó.

—¿Eres tú, Jack? —preguntó en correcto inglés.

—Yo, mi jefe, llegado esta noche; le aguardaba.

—¿Y los tuyos?

—Duermen aún, y tenemos tiempo de hablar; entre.

Se apartó para dejarle pasar. Mauro experimentó una grata impresión al poner los pies en la estancia, donde había encendido un buen fuego. Una lámpara colgada del techo iluminaba la mesa, sobre la cual había una cajita cuadrada de madera negra, una bandeja con dos vasos y una botella sin descorchar.

El duque después de dejar la escopeta sobre una silla tendió su blanca mano a Jack, preguntándole con voz poco firme.

—¿Buen viaje?

—Buenísimo.

—¿Todo ha ido bien?

—A las mil maravillas.

El duque lanzó un suspiro de satisfacción y su semblante se serenó.

—¡Bravo, mi buen Jack!

Los dos hombres se sentaron junto a la mesa; el duque miraba casi enternecido al agente de policía.

Jack era un hombre de unos treinta años, robustísimo, de tipo enérgico, vulgar que contrastaba singularmente con la aristocrática figura del duque.

Pero mientras en los ojos de Mauro brillaban a intervalos relámpagos siniestros, feroces, los del coloso no expresaban su energía, ni ninguna malignidad; eran los ojos de un perro de aguas, de mirada melancólica, solo dispuestos a iluminarse a una buena palabra, a un apretón de manos del dueño.

—Ante todo, le daré cuenta del balance anual y del reparto hecho —dijo Jack—. Helo aquí.

Sacó del bolsillo de la americana una voluminosa cartera negra, extrajo un pequeño cuaderno de pocas hojas y se lo entregó al duque.

Este se puso a examinarlo ávidamente, sin pestañear siquiera.

Por algunos minutos reinó en la estancia un sombrío silencio.

Jack miraba fijamente a su jefe y no perdía ningún movimiento de su fisonomía. Así su rostro se iluminó cuando vio que Mauro levantaba la cabeza sonriendo.

—El activo ha superado a mis previsiones —dijo el duque—. La anualidad ha sido buena, y seguramente ninguno se habrá lamentado.

—Ninguno; se lo aseguro.

—Estoy contento también de que no haya habido necesidad de derramar sangre como en otras ocasiones...

Su rostro volvió a oscurecerse.

—¿Le atormenta alguna cosa, mi jefe?

—No, nada —respondió el duque—. Solo quisiera tener en cada nación un alma como la tuya; solo tú me conoces y sabes quién soy.

—Su confianza está bien depositada, mi jefe; podrían atenacearme, someterme a cualquier tormento sin que yo le descubriese. Recuerde el día que me presenté a usted, cuando fui encargado de buscar al jefe de su terrible banda. Le dije: «Yo podría entregarle al verdugo porque le conozco, pero en vez de eso vengo a colocarme en sus filas, bajo sus órdenes. Hace varios años que sirvo fielmente a la policía y en premio a mi fidelidad me hicieron una gran injusticia por la cual no ascenderé nunca. Además, mi mismo jefe a quien yo honraba y por el cual habría dado toda mi sangre, deshonoró a mi única hermana y la hizo encerrar en una casa de pésima fama donde murió de espanto y de dolor. Yo pedí justicia y se rieron de mí. También por causa de ese hombre funesto, mi padre ha sido despedido de la casa donde estaba y se halla a punto de morir. Así yo tiro este uniforme que me quema el cuerpo y que oculta más bribones que hay en la banda de usted; haga usted de mí lo que quiera».

El duque que le había escuchado sin interrumpirle, cuando Jack terminó dijo:

—Y yo te respondí, estrechándote la mano: «Tú eres desde este instante para mí, no un afiliado a mi banda, sino un amigo: permanece en tu actual puesto que en él podrás servirme bastante mejor y vengarte de los que te causaron daño, sin verter sangre; tu padre y tu madre vendrán conmigo, yo aseguraré su suerte, y no tendrán que temer por el porvenir, suceda lo que suceda». Luego te di instrucciones que fueron por ti puntualmente seguidas, y desde entonces no tuve un amigo más querido que tú.

—Y agregue, más devoto. Puede estar seguro de que suceda lo que quiera, ni los compañeros ni nadie sabrán nunca ni el nombre ni la condición de usted. Y lo que son las cosas de la vida: ahora que traiciono a la policía, me tienen consideraciones que no me tenían cuando la servía fielmente. Y de vez en cuando puedo abrazar a mis viejos padres, que viven felices y estimados al lado de usted.

—Sin contar con que dentro de un año —dijo el duque—, yo me retiraré de los negocios y tú harás otro tanto, permaneciendo al lado de tus padres y al mío, para no dejarnos más.

—¡Oh, mi jefe, qué felicidad! ¿Y está usted verdaderamente decidido a retirarse?

—Sí; ahora tengo mujer y frecuentemente siento escrúpulos y temores. Una vez libre de todo empeño, el jefe misterioso de nuestra terrible asociación, personificado en nombres diversos, creído ora francés, ora alemán, ora inglés o italiano, será solo el duque de Vulman al que todos saludan y respetan, y Jack el temido polizonte, será mi hombre de confianza, cuya honradez nadie pondrá nunca en duda.

El duque aparecía casi conmovido; Jack estaba entusiasmado.

Mauro dio una nueva ojeada al pequeño cuaderno y de repente dijo:

—¿Cómo es que no veo tu nombre en el reparto del dinero?

Jack se ruborizó como un niño.

—Ya sabe usted que yo no trabajo por esto.

—Pero no es justo que te prives de tu parte. Si no lo aceptas de los otros, lo aceptarás de mí.

—De usted, acepto lo que quiera. Una buena cantidad de dinero es útil en todas ocasiones.

—¡En buena hora! ¿Está en aquella cajita el dinero?

—Sí, el de usted, y puede mirar si la cuenta está exacta; hay trescientas mil liras en oro y billetes.

—Pues bien, treinta mil te pertenecen a ti y yo mismo los convertiré en créditos al portador.

Siguió un breve silencio.

—He de decirle otra cosa —dijo después Jack.

El duque lo miró fijamente.

—Veamos.

—Que he obtenido un mes de licencia.

Mauro hizo un movimiento de alegría.

—Sí.

—¡Oh! esta es para mí una noticia excelente, porque precisamente buscaba a mi alrededor un corazón devoto, fiel, y una cabeza inteligente; un hombre como tú en fin, para encargarle una misión completamente particular que me interesa mucho y en la cual habrá que emplear algunos días.

—Puede disponer enteramente de mí. ¿De qué se trata?

—De informarse sobre una tal Ana Malvan, y conocer todos los detalles de su vida. Actualmente la mujer, de que te hablo, está casada con un conde, pero no es su presente el que me interesa, sino su pasado y su fotografía si es posible. Ya te daré detalles sobre el lugar de su nacimiento y su parentela.

Jack escuchaba atentamente, con mucha curiosidad; sus ojos se habían animado.

—Mi jefe —exclamó—. La misión que me encarga es de las que mejor sé desempeñar, y en las cuales me distinguí siempre en mi carrera. Seguir las huellas de una persona desde su nacimiento hasta el presente, es una de mis especialidades.

—Lo sé —interrumpió el duque sonriendo—. Sin eso quizás no nos habríamos conocido nunca, pues cuando tú te me presentaste, sabías de mí cuanto podía saber yo mismo.

También Jack sonrió lisonjeado.

—Es verdad —respondió—. Así soy ahora el hombre que le conviene.

—Lo mismo creo.

El duque permaneció aún un cuarto de hora con Jack regresando a su casa.

—Si mis ojos no me han engañado —pensaba Mauro—, si la condesa De Malin es Natalia Bracco, yo la tendré en mis manos y no se me escapará ya.

Y sus ojos brillaban siniestramente y su rostro tomaba una expresión cínica, espantosa, que descubría en él al indómito rebelde, al jefe de la terrible asociación de ladrones y asesinos que infestaba la Europa desde hacía algunos años.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## PARTE SEGUNDA

### EL ASESINATO

Ana estaba en su sala de labores continuando un bordado que debía servir para su Teresa. El conde había salido en compañía del duque, que sabedor de que su amigo deseaba comprar un automóvil, había ido a buscarle para proponerle una visita a una exposición de autos.

Mauro tenía dos de estos vehículos, que guiaba él mismo con rara habilidad, siendo un apasionado de este género de *sport*.

Ana estaba serena y tranquila. Ella se decía que la noche del baile había sido víctima de una alucinación y que se había descompuesto demasiado pronto, creyendo ver en el duque el fatal genio de Vital y haber sido reconocida.

Frecuentando con su marido, la casa del duque, había entablado conocimiento con la anciana duquesa e intimado con Blanca. Y como por todas partes oía glosar a Mauro por su bondadoso carácter, generosidad y cariño a su madre, Ana se convenció de que había sido víctima de su fantasía, y que no era seguramente en la sociedad que frecuentaba ahora en la que se encontraría con aquel hombre.

Además, el duque desde aquella noche se mostraba tan correcto y tan reservado con ella, que sus siniestras impresiones desaparecieron. Ciertamente que entre los dos hombres existía gran semejanza: los ojos eran del mismo color y el sonido de la voz idéntico, pero esto se debía a una casualidad y nada más.

Así pues, no quiso pensar más en aquello que era indigno de ella y con lo cual infería una ofensa al duque, que seguramente no se creía comparado con un capitán de bandidos.

Pero a su pesar aquellas ideas continuamente acudían a su mente.

—¡Qué tonta soy! —se decía aquel día Ana mientras bordaba primorosamente—, me torturo el alma sin razón, siendo el duque como es el más honrado de los hombres; me lo repetía también esta mañana mi esposo. ¡Pobre Pedro! Que él no sospeche nunca lo que ha pasado por mi mente a propósito de su amigo; me llamaría con razón loca, visionaria.

Sonrió y sacó del justillo un medallón con el retrato de su hija y lo contempló ávidamente.

Estaba embebida en su contemplación, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Ana ocultando el retrato.

Era Ghita, que a pesar de los ruegos del conde y de Ana, no había querido abandonar su puesto al lado de ellos.

—Le serviré como antes —dijo a Pedro—. Solo que ahora tendré una amita más.

—Pero esta amita es tu sobrina —observó el conde.

—Mejor; así estaré segura de no sufrir recriminaciones. Déjeme a mí administrar la casa; ustedes estarán contentos, y yo habré logrado todos mis deseos.



Fue preciso complacerla.

Ghita entró y acercándose a Ana que parecía algo contrariada, dijo:

—Hay una visita para ti.

—¿Una visita para mí? —exclamó Ana sorprendida—. ¿No he dicho que hoy no es día de recepción?

—¡Oh! no es una visita de etiqueta.

—¿De quién se trata pues?

—De un hombre que parece forastero y dice tener que hablarte de cosas importantes. Yo no quería hacerle pasar, pero agregé, con un acento que me espantó, que te arrepentirías si no lo recibías.

Ana se estremeció.

—Debiste preguntarle el nombre.

—Ya lo hice, y me respondió que te era desconocido, pero que lo que tenía que decirte, te demostraría la necesidad de recibirle.

—Pues bien, hazle pasar; me parece que se sirve de un pretexto para solicitar un socorro...

Y trató de reír aunque experimentaba un angustioso presentimiento. Pero cuando Ghita compareció en compañía del desconocido, Ana se tranquilizó. No era el individuo que sospechaba.

El visitante no pudo contener un movimiento de admiración al ver a la condesa, la cual le miraba a su vez más sorprendida que aterrorizada, porque aunque tenía el aspecto de un coloso, su rostro era franco, y sus ojos no expresaban maldad.

—¿Es a mí, a quien desea hablar? —preguntó cortésmente Ana.

—Sí, a usted, a usted sola —respondió en francés el coloso haciendo palidecer a Ana—. Creo que usted conoce perfectamente este idioma y hablando en él, tenemos la ventaja de que la vieja no nos entienda.

Ana se ruborizó ligeramente al escuchar esta última observación, y dijo con dulzura a Ghita:

—Si quieres volver allá, vuelve; así podrás avisarme si viene Pedro. Si necesito alguna cosa llamaré.

Ghita contuvo un ademán de descontento y salió sin replicar.

Sola con el forastero, Ana le miró de pies a cabeza, con expresión altiva y de marcado desprecio.

—Y ahora dígame el motivo de su visita, caballero —exclamó la condesa en francés también y dirigiendo a su interlocutor una severa mirada.

—Comprenderá el motivo de mi visita —respondió el coloso—, cuando le diga quien soy.

—¿Quién es usted?

—Soy el marido de Ana Malvan.

Un rayo caído a sus pies, no habría causado a la condesa tanto efecto como aquellas palabras.

Dirigió a aquel hombre una mirada de terror imposible de describir: estaba como atontada.

Pero de repente se repuso y exclamó convulsamente:

—¡No, no es verdad, usted miente! Ghita le habría reconocido: el marido de Ana Malvan ha muerto.

El desconocido no perdía la calma.

—En efecto, todos lo han creído así, pero no es verdad desde el momento que me ve aquí. Los años, los sufrimientos pasados me han desfigurado, pero bastará que yo muestre a Ghita el retrato de mi mujer y le recuerde las circunstancias de la vida pasada, para que no conserve duda sobre mi identidad.

Y sacando del bolsillo una fotografía se la entregó a la condesa, sonriendo irónicamente.

Ana más lívida que un espectro cogió el retrato y lo contempló ávidamente.

Era una figura vulgar muy distinta de la suya; morena, gruesa, y con alguna semejanza con Ghita.

No había duda: era la verdadera Ana Malvan y su marido resurgía para su condena.

—¿Y aún vive su mujer? —preguntó Ana con voz casi imperceptible.

—Sí —respondió—, aún.

Siguieron algunos minutos de terrible silencio.

El hombre tomó primero la palabra.

—Escúcheme —dijo—. Mi mujer y yo íbamos a regresar a Italia, cuando por una casualidad que podría llamarse providencial, supimos una terrible verdad. Una mujer, una desconocida, había usurpado el estado civil de mi mujer, desaparecida conmigo, para casarse con el conde Pedro De Malin, al lado del cual Ghita vive hace muchos años. ¿La pobre vieja era cómplice y había sido pagada por representar un papel innoble u obraba de buena fe reconociendo a una sobrina que no era la suya? Todas estas ideas acudieron a nuestras mentes. Habríamos podido dirigirnos a los tribunales que la habrían desenmascarado. Pero nos disgustaba dar un escándalo en perjuicio del conde De Malin que quizás lo ignora todo. Así pues, decidimos que yo hablara con usted dispuestos a denunciarla si usted me rechazaba y negaba su delito.

Ana estaba aniquilada por la vergüenza y el dolor.

No pensaba tanto en sí, como en su marido, en su hija y en Ghita.

Ellos habían creído salvarla haciéndole usurpar un nombre, y se habían perdido todos.

¡Qué escándalo tan terrible se daría haciendo pública la noticia de que ella era la esposa del guillotinado Vital, que había usurpado un nuevo estado civil para casarse con el conde! El matrimonio era nulo.

Pedro desesperado quizás se mataría para evitar un proceso vergonzoso.

¿Y el porvenir soñado para su hija?

Presa de la más profunda desesperación, del tormento más cruel que corazón

humano pueda soportar, Ana levantó el rostro terriblemente descompuesto, tan descompuesto, que en los ojos del hombre que la miraba fulguró un relámpago de piedad.

—Caballero —balbuceó la condesa con voz conmovedora, cruzando las convulsas manos—, sí, he cometido un delito usurpando un nombre, no lo niego; pero si conociese las horribles circunstancias que me han impulsado a una acción tan odiosa e insensata, me compadecería. Usted no puede imaginarse lo que en mi vida pasada he sufrido por la maldad de un hombre. El conde no lo ignora, y Ghita testigo de mis dolores sabiendo que no me quedaba otro recurso que matarme y conociendo el amor que su dueño sentía por mí, creyó salvarme proponiéndome el cambio de mi nombre por el de una sobrina suya, de la cual no pudo tener noticias a pesar de cuantas indagaciones hizo, y cuyo esposo había muerto hacía largo tiempo dejando una hija que no tardó en seguir a su padre a la tumba. La pobre mujer estaba segura también de que su sobrina si algún día reaparecía, guardaría silencio. Yo aún rechacé la proposición, resistí... pero los ruegos del conde me vencieron. ¡Ah, Dios mío, Dios mío, es cierto que no hay culpa sin castigo! Pero yo le pido caballero, que recaiga todo sobre mí... que respeten al conde, a Ghita y a mi pobre hija. ¿Quiere que muera? Estoy pronta: mi vida por la tranquilidad de ellos, por que el mundo nada sospeche y el nombre de Pedro quede puro, respetado.

La desventurada no sabía ya lo que se decía.

Con el rostro encendido asió una mano del coloso y se la llevó a los labios, bañándola en lágrimas.

Él, que estaba profundamente conmovido, retiró la mano, a tiempo que sus ojos expresaban una dulzura conmovedora.

—Señora —le dijo afablemente—, cálmese, que yo no quiero causarle ningún mal, ni soy tan cruel que desee su muerte. Deseaba entenderme con usted antes de presentarme al conde o a Ghita. Pero el relato es largo y pudiera sorprendernos su esposo. Escúcheme, procure si le es posible salir mañana por la tarde, sola. Le daré la dirección de mi casa, donde mi esposa se encuentra enferma por el golpe recibido, al enterarse de que otra mujer había tomado su nombre, engañando, como cree, a su tía, de la cual esperaba mucha ayuda, a nuestro regreso a Italia. Mas, mi esposa no es mala, como ya se lo dijo a usted Ghita, y como yo, no querrá hacerle daño alguno. Así todo se arreglará y nosotros abandonaremos Torino, sin despertar sospechas. ¿Irá?

Ana había escuchado ansiosamente; un rayo de esperanza disipaba las tinieblas de su mente.

—Iré —respondió haciendo un violento esfuerzo—. Mañana es precisamente un día en que tengo que hacer muchas visitas, a las cuales mi marido no me acompaña; deme su dirección.

—Quizás no sea a usted fácil encontrarla, porque está lejos de la Barrera de Piacenza. Nos detuvimos en casa de unos parientes míos porque mi mujer no se

sentía ya con ánimo para llegar a la ciudad.

—¿Dónde habitan sus parientes?

—Son labradores al servicio de un caballero, el cual ahora no está en la quinta... Puede usted ir en tranvía hasta la Barrera; yo estaré allí aguardándola; tomaremos un carruaje de alquiler y en un cuarto de hora estaremos al lado de mi mujer.

Ana no tenía motivos para desconfiar de aquel hombre que le hablaba tranquilamente sin vacilaciones. ¿Qué podía haber para ella, peor que aquella angustia mortal que atormentaba su alma? Además, ella siempre había tenido el presentimiento de que llegaría la hora en que daría cuenta de su debilidad aceptando un nombre que no era el suyo. Y era ya una fortuna que aquel hombre y su esposa se aviniesen a pactar con ella, sin molestar ni al conde ni a Ghita.

—Mañana a las tres de la tarde estaré en la Barrera —dijo Ana levantándose porque ya deseaba que el hombre se marchase, por miedo a que se encontrara con el conde.

—Hasta mañana, condesa —respondió el coloso que parecía estar también sobre ascuas.

Ana llamó compareciendo Ghita.

—Acompaña al caballero —dijo la condesa.

Un momento después, Ghita entraba de nuevo en el saloncito. Ana con un poderoso esfuerzo de voluntad había recobrado la calma y se había puesto a trabajar.

—Y bien, ¿qué quería aquel tipo? —pregunto la anciana—. Te aseguro que me ha dado miedo y no me he movido de la habitación vecina, esperando a cada momento que me llamasen. ¿Qué quería, pues de ti? Le he oído hablar, pero no he comprendido nada de lo que decía.

Ana sonrió pero aquella sonrisa era más dolorosa que un sollozo. Ghita no podía comprender su significado.

—Aquel hombre venía a solicitar un socorro, no atreviéndose a presentarse al conde —respondió la joven—. Yo lo adiviné enseguida; dijo que tenía cosas importantes que decirme para que le recibiera.

—¡Ah, el bergante! Si me lo llego a imaginar llamo a Sandro y a Lena.

—Mejor es que no lo hayas hecho —agregó la condesa—, porque se habría dado un escándalo alarmando a Pedro. Además, aquel hombre no es un malvado, sino un desgraciado: el relato de sus desventuras me ha conmovido y le he dado un socorro y le he prometido recomendarlo a las Congregaciones de Beneficencia. Por ahora es inútil hablar de ello al conde, porque mi obra de misericordia no tendría ya mérito.

Haciendo un esfuerzo volvió a sonreír, dejando a Ghita completamente tranquila.

—Sí, sí, tienes razón —dijo Ghita—, es inútil molestar al conde, ahora que es tan feliz.

Aquellas palabras de la buena mujer, afirmaron a Ana en su idea de sufrir cualquier tormento antes que turbar la dulce calma de Pedro.

El conde no tardó en regresar a su casa; iba solo y estaba radiante.

Besó con ternura a Ana, diciéndole con acento de júbilo:

—Hoy me dirás que he cometido una locura costosa, pero es una locura de la que no me arrepiento porque realiza uno de tus deseos.

Ana sonrió.

—¿Tengo yo algún deseo que no sea también el tuyo? —preguntó.

Pedro la besó de nuevo.

—Y lo era en efecto, querida mía. Se trata de la compra de un soberbio automóvil igual al del duque. Y Mauro me ha prometido enseñarme a guiarlo, porque dice que no hay una diversión más grande ni una emoción mayor.

Se interrumpió porque Ana había palidecido y temblaba.

—¿Qué tienes? —le preguntó Pedro estrechándola contra su pecho.

Ana prorrumpió en sollozos que no trataba de contener: su corazón se desbordaba.

Pedro se asustó.

—Pero, Dios mío, ¿qué te ha sucedido?

—Nada —balbuceó Ana—, que soy demasiado feliz, demasiado.

—¡Qué niña eres! ¿Y por eso lloras? Nosotros seremos siempre felices, porque nuestro amor será eterno.

Pedro recobraba su jovialidad; Ana sonrió y pareció olvidarlo todo al lado de su marido.

Pero aquella noche la joven durmió muy poco; en su imaginación febril se atropellaban mil pensamientos diversos. Se repetía el diálogo sostenido con el coloso, y se preguntaba si aquel hombre y su esposa aceptarían dinero a condición de callar y abandonar Italia dejando tranquila a ella, y sin despertar las sospechas de Ghita ni las del conde.

Dinero no le faltaba: Pedro quiso que Ana tuviese una segunda llave de la caja de caudales para que gastase lo que se le antojara, sin consultar con él. Ella sabía que en aquella caja, además de muchos títulos nominales, obligaciones, etcétera, había una gran cantidad de títulos al portador representando una suma de más de un millón. Así pues, nada más fácil que apoderarse de algunos para salvar el honor de su marido y para de sí y de su hija todo peligro.

Mientras hablaba con su marido habló a este de las varias visitas que tenía que hacer por la tarde y que la entretendrían hasta la noche.

Por su parte Pedro dijo que tenía que asistir a dos reuniones de cuya asistencia no podía eximirse por tratarse de intereses vitales de algunas obras pías que él presidía.

A las tres de la tarde, después de marcharse el conde, Ana vestida con un traje color gris un soberbio abrigo negro, y una graciosa capota de la cual pendía un tul finísimo que ocultaba su rostro, salía del palacio a pie diciendo que tenía ganas de caminar a pesar de estar el día frío y nubloso. Se dirigió hacia la plaza de la Gran Madre de Dios, y subió al tranvía que había de conducirla a la Barrera de Piacenza, sin experimentar la más mínima emoción. De la lucha que había sostenido consigo

misma toda la noche no quedaban ya vestigios. Estaba convencida de que cumplía con su deber, y de que su marido la perdonaría si algún día conocía lo sucedido.

Ella obraba por él, por Ghita y por la niña; quería apartar todo peligro de la cabeza inocente de esta.

La niebla era cada vez más espesa hacia la Barrera. Sin embargo, cuando llegó al sitio convenido, conoció enseguida al hombre que la aguardaba.

—Ha sido usted puntual, condesa —díjole el coloso en francés—. Le doy las gracias; mi mujer la aguarda; ya he tomado el coche que ha de conducirnos a mi albergue.

E hizo una seña a un rústico que estaba a pocos pasos de ellos y que ya había descendido del pescante para abrir la portezuela del carruaje.

Al subir al coche Ana vaciló; pero aquella vacilación tuvo la duración de un relámpago. Miró al coloso y vio en su rostro un aire de bondad y dulzura que la tranquilizó.

Ana se sentó en un extremo del carruaje creyendo que aquel hombre ocuparía un lugar a su lado.

Pero el coloso cerró la portezuela diciendo:

—Yo subo al pescante con el cochero para indicarle la dirección que ha de seguir.

Ana se alegró de quedar sola; así podía reflexionar libremente, y mirar hacia fuera. Pero la niebla era tan espesa, que no se veía a dos pasos de distancia. Y el caballo del coche avanzaba penosamente, alentado por la voz del auriga que se dejaba oír de vez en cuando.

Ana había recorrido en otra ocasión en carruaje cerrado y con su esposo, aquel camino, para visitar a la condesa de Vulman; pero entretenida en conversar con el hombre amado, no se había fijado en nada. Además, la imagen del duque, no pasaba en aquel momento por su mente; tenía otras cosas en que pensar.

Cierto que la sobrina de Ghita habría recibido una brusca sorpresa al saber que otra mujer había tomado su nombre, su estado civil para casarse con el conde De Malín. Pero era muy extraño que la joven hubiese escrito desde el Congo a su tía, dos años antes, diciéndole que había perdido a su esposo y a su hija y que iba a encerrarse en el claustro. ¿Por qué había mentido? ¿Era posible que aquello lo hubiese inventado Ghita, para que ella aceptase el nombre que Pedro le ofrecía?

Ana no sabía encontrar respuesta a tal pregunta ni le habría sido posible tampoco.

El carruaje continuaba caminando lentamente a causa de la niebla y Ana cada vez se entristecía más.

¿Irían muy lejos? ¿Regresaría demasiado tarde? ¿Qué respondería a Pedro cuando este la preguntase por sus visitas? No, por nada del mundo le revelaría lo ocurrido. Después de todo, ella no cometía ninguna mala acción yendo a ver a la sobrina de Ghita. Aquella mujer tenía en sus manos el honor del conde, y su vida, y a toda costa era preciso evitar que hablara.

Ana se sintió presa de un vértigo y le pareció que se ahogaba. Pero no tardó en

recobrar su energía.

Sacó el reloj para mirar la hora y respiró: no eran aún las cuatro.

El carruaje se había detenido y el cochero descendía del pescante para encender los faroles, porque la niebla era cada vez más densa.

Ana se asomó a la ventanilla del coche.

—¿Falta mucho aún para llegar? —preguntó.

—Muy poco; unos cinco minutos —respondió el coloso—; ya habríamos llegado sin esta niebla maldita: parece que estamos en Londres.

Ana cerró la ventanilla porque sentía frío.

El carruaje comenzó a caminar más rápidamente: los faroles arrojaban una luz fuerte, que permitían ver de vez en cuando un trozo de camino.

Los cinco minutos pasaron; el carruaje se detuvo y el coloso saltando a tierra abrió la portezuela.

Ana apenas descendió dijo al cochero:

—Me aguarda usted, ¿no es cierto?

—Sí, señora, no me muevo de aquí; vaya, vaya.

Ana tenía que ir al lado del coloso porque no veía nada a causa de la niebla. Pero él se detuvo casi enseguida para abrir una puertecita que parecía incrustada en el muro.

Después se hizo atrás un poco diciendo a la joven:

—Pase, ya estamos.

Ana obedeció sin vacilar y sin el más ligero temor: su acompañante entró detrás de ella, volvió a cerrar la puerta y le dijo:

—Aquí es donde mi pariente nos ha albergado. Venga, venga.

Jack, puesto que era él, introdujo a la condesa en la casita que habitaban sus padres, en el mismo saloncito donde había recibido al duque.

Cuando estuvieron allí, agregó:

—Voy a avisar a mi esposa: perdone que la deje sola.

La condesa cuando salió el coloso se levantó el velo y miró a su alrededor sin desconfianza.

Aquella salita modestísima, pero limpia la conmovió, recordándole aquella donde su madre solía recibir cuando ella era niña.

La lámpara estaba encendida porque por la ventana entraba muy poca luz y la niebla era cada vez más espesa.

Mientras la condesa contemplaba un retrato de mujer que pendía de la pared, preguntándose si era aquella Ana Malvan cuyo nombre había tomado, la puerta se abrió silenciosamente y un hombre entró en la habitación volviendo a cerrar la puerta con llave.

Ana se volvió; tenía al duque en su presencia.

## II

Siguió un momento de terrible silencio.

Mauro a pesar de su audacia estaba palidísimo y conmovido. Ana después del primer movimiento de terror, había levantado la cabeza dirigiendo al duque una profunda mirada.

—No era a usted a quien aguardaba —dijo audazmente—. ¿Así pues, me ha sido tendido un lazo? ¿Con qué objeto?

—Con el fin de ver confirmado lo que ya sabía —respondió el duque recobrando su cinismo—. Que bajo las ropas de Ana Malvan, se oculta otra mujer que ha abusado de la buena fe de mi mejor amigo.

Aunque Ana sentía una rabia sorda, mezclada con un intenso dolor viendo confirmarse sus tristes presentimientos, aún no perdía en apariencia su calma.

—Yo no he engañado a nadie —exclamó—. Pruebe que yo no soy Ana Malvan, la sobrina de Ghita.

—¡Vaya si lo probaré! —dijo el duque con frialdad—. ¿Cree que cuando yo obro no lo hago con toda clase de seguridades?

—¿Y usted me cree mujer capaz de introducirme en una casa como la de mi marido, ocultando mi nombre y mi vida pasada?

Estaba tan bella, tan sincera hablando de tal modo, que el duque fascinado se acercó a ella y en voz baja exclamó:

—¿Se lo ha confesado todo a Pedro? ¿Le ha dicho que es la viuda de Vital el guillotinado?

Ana retrocedió bruscamente con los ojos que despedían chispas.

—¿Qué nombre ha pronunciado? ¿Mis ojos y mi corazón no me han engañado? ¿Usted es el infame jefe de ladrones y asesinos que llevó al patíbulo a mi pobre Vital? ¿Y la policía cree un mito la existencia de usted?

El duque levantó la cabeza con cierto orgullo y sonrió cínicamente.

—¡Y lo creerá siempre! —exclamó—. Pruebe a denunciarme, pruebe a decir quién es el duque Mauro de Vulman, el caballero respetado por todos, el amigo de su actual esposo, y Pedro será el primero en reírse de usted llamándola loca. Si hacen una minuciosa información sobre mi vida, sobre mis costumbres, sobre la fuente de mis riquezas, no se encontrará nada, ¿comprende?, ¡nada! Yo lo puedo todo contra usted, y usted nada puede contra mí. Y si es verdad que el conde conoce su identidad, si él por avergonzarse de su nombre, y Ghita por el lucro, han usurpado el nombre y el estado civil de una mujer, que aún vive, serán envueltos con usted en el escándalo que yo mismo promoveré.

Ana se sentía enloquecer y solo por un milagro se mantenía en pie, tranquila en apariencia.



—¿No le basta, pues —dijo—, haber hecho guillotinar a Vital echando sobre mi nombre tal mancha que avergonzase a mi familia? ¿Le pareció poco condenarme a la miseria con mi hija? ¿Y ahora que un hombre generoso me ha tendido la mano, salvándome cuando yo estaba decidida a suicidarme con mi Teresa? ¿Quiere perderlo por causa mía? ¿Qué le falta a usted para ser poderoso y feliz?

—¿Qué me falta Natalia? Déjeme llamarla así porque es un nombre muy grato a mi corazón. Me falta usted, usted sola a la que deseé con locura en otros tiempos y a la que ahora amo con todas las fuerzas de mi alma.

—¡Cállese miserable! —interrumpió Ana frenética—. ¡Que yo no escuche más de su boca esa infame palabra! Si siquiera le hubiese yo inspirado alguna piedad no me habría perseguido como lo ha hecho.

Estaba lívida, temblando de ira.

Mauro movió la cabeza tristemente.

—¿Dice usted que la he perseguido? La primera vez que la vi y era usted una niña ya me interesó. Vital la amaba, habría cometido una locura por poseerla, pero le faltaban los medios. Fui en su ayuda para que pudiese conseguirla sin ocultarle que ligándose a mí, formando parte de la terrible Sociedad, los peligros a correr eran muchos en correspondencia con los beneficios. No le obligué a ser lo que fue, porque en mi vida he engañado a nadie. Si él hubiese dicho lo contrario, habría mentido. En aquellos días me llamaba su bienhechor, su amigo y me besaba las manos. La había obtenido y del camino emprendido ya nadie le hacía retroceder. Si Vital hubiese prestado oído a mis consejos no se hubiese perdido. Pero él obraba a su antojo sin calcular las consecuencias. Yo temía por usted, se lo juro, y cuando la veía tan bella, tan segura, tan altiva al lado de aquel hombre, que si la amaba no sabía apreciarla como usted merecía, sentía la sangre afluirme al corazón y al cerebro, y habría dado toda mi sangre, toda mi vida, por que me perteneciese a mí solo.

—Basta, basta —interrumpió con horror Ana que se había dejado caer en el diván y ocultaba el rostro entre las manos—. Ya me dijo usted eso en otra ocasión.

—Y se lo repito, porque es la expresión de la verdad. Hace mucho tiempo que lucho contra este amor que se ha apoderado de todo mi ser, y del cual no puedo desprenderme.

—¡Es una infamia! —murmuró Ana.

—Yo también lo creo así —rebatía el duque—. Pero algo más fuerte que yo me impulsa a obrar. Su imagen está grabada en mi alma y no puedo desecharla a pesar de todos mis esfuerzos. La amaba, pero siempre la respeté porque era la esposa de Vital. No traicioné nunca a los hombres que confiaron en mí, y por esta causa me son todos devotos. Pero después de su muerte no tuve más deseo que encontrarla, borrar de usted la impresión siniestra que le había producido y darle a usted y a su hija una posición cual nunca habrían soñado. ¿Cree que yo, el duque de Vulman, descendiente de una familia principesca, que tiene tradiciones de valor, de honradez y de rectitud, habría vacilado en casarse con usted bajo el nombre de Natalia Bracco? ¡Y el mundo

que ama la audacia, lo raro se habría inclinado ante mí y me habría aplaudido! Pero ¿recuerda el acogimiento que me dispensó cuando al encontrarla sola, pobre, rechazada por todos le regué que confiase en mí? Me llamó ladrón y asesino, me amenazó con denunciarme... y su hija me escupió al rostro. Si hubiese recibido tal afrenta de otra criatura cualquiera, no habría respetado ni por un minuto su vida. Sin embargo, la respeté, no causé ningún daño a la niña y me retiré esperando mejores días. Después leí en los periódicos la noticia de su suicidio. Lo crea o no, le juro Natalia que yo, que no había llorado en mi vida, lloré aquel día.

Mauro calló; estaba muy conmovido.

Ana clavó en él sus ojos centelleantes de desprecio.

—El cocodrilo que llora sobre sus víctimas —exclamó—. ¡Me causa náuseas, horror!

—¡Natalia!

Mauro no pudo pronunciar otra palabra, pero apretó nerviosamente los dientes como si experimentase un atroz dolor. Después sus ojos brillaron de tal manera, que otra mirada cualquiera se habría inclinado ante la suya. Pero Ana siguió mirándolo sin mostrarse turbada: la habría matado en aquel momento, y ella no habría retrocedido, al contrario, le hubiese escupido al rostro como en cierta ocasión hizo su hija.

Mauro se pasó la mano por la frente y prosiguió:

—¿No me cree? Tanto peor para usted. Me quiere malo, cruel, implacable: lo seré. ¡Y pensar que usted podría convertirme en un hombre bueno!... Me casé sin amor, solo porque la mujer que me propusieron tenía en sí algo que me recordaba la soberbia figura de usted; pero la noche que la vi como esposa del conde De Malin, creí enloquecer. ¿Era usted, o me engañaba? Sus cabellos rubios desfiguraban su fisonomía, pero los ojos, la boca, la sonrisa, todo me recordaba a Natalia. Y el amor sepultado en el fondo de mi alma, resurgió más potente que nunca. ¡Ah!, ¿por qué estaba ligado a una mujer que me es casi indiferente? Guardé aún silencio porque en algunos instantes me creía preso de una alucinación. Un agente mío hizo después pesquisas sobre el pasado de Ana Malvan, obtuvo un retrato suyo... y lo supe todo; la verdadera Ana Malvan no tenía nada de común con usted, que le usurpó el nombre y se sirvió de todos sus documentos para borrar las huellas de Natalia, y casarse con el conde De Malin. Entonces decidí pactar con usted.

Ana se irguió mostrando una seguridad que en el fondo no sentía: estaba en aquel instante maravillosa, con los ojos centelleantes y la boca entreabierta en ademán de desprecio.

—¿Y ese pacto?... Explíquese, acabe ya que ha comenzado.

Ana pronunció esta frase duramente, con los ojos fijos en él.

—Me explicaré —respondió lentamente el duque—. O usted me ama y corresponde a la llama que arde en mi pecho...

—¡Jamás! ¡Téngalo bien presente! —interrumpió Ana—. ¡Jamás! ¡Preferiría

matarme a pertenecerle!

—No se matará, porque su muerte no salvará al conde del escándalo, del deshonor como no salvará a su hija, a la cual tendré yo en mis manos.

—¡Es usted un miserable, un vil!

—La amo.

—Y yo le odio, le odio a muerte.

—Su odio, ante mi pasión acabará por desaparecer. Porque me verá siempre a su lado, como su sombra, repitiéndole que la adoro. Reflexione Natalia... vea que yo soy quien suplica humildemente en vez de mandar... Podría hacerla mía con un ademán, pero no es la posesión de su cuerpo lo que ansío, es su alma lo que quiero, como quiero dominar su orgullo y oír de sus labios siquiera una vez: «¡Te amo yo también, Mauro!».

—¡Jamás! —repitió—, no lo espere.

—Y yo quiero esperar aún. Le doy un mes da tiempo para reflexionar; durante este plazo me verá frecuentemente a su lado, en su casa, pero yo no le dirigiré ninguna palabra de amor, se lo prometo. Si pasado el mes continúa usted despreciativa como ahora, rechazando mi amor, le juro que la perderé con su marido y su hija, sin piedad. No se atraviesa nadie impunemente en mi camino; no me quiere ángel, pues me tendrá demonio.

—¿Es esta su última resolución? —preguntó casi altaneramente Ana.

El duque respondió con igual altanería:

—Sí.

—Está bien; y yo le diré la mía dentro de un mes. Así, como ya nada tengo que hacer aquí, le ruego que me abra la puerta para que pueda marcharme.

Él obedeció sin vacilar.

—Pase, condesa —dijo inclinándose con la cortesía del perfecta caballero—. Pero permítame que la acompañe hasta el carruaje, porque no conoce usted la salida.

Ana no respondió: había salido de la casita notando con terror que la niebla era tan densa que le impendía ver a dos pasos de distancia.

—No tenga miedo, condesa —dijo el duque acercándose a ella.

Ana se encogió de hombros desdeñosamente.

—No tengo miedo —respondió—, trato de orientarme.

—Deme el brazo y déjese conducir por mí.

—No —dijo con acento resuelto Ana.

Mauro no insistió.

—Sea —contestó fríamente—. Entonces, sígame.

Era preciso soportar aún su compañía. Ana le siguió en silencio; le vio abrir la puertecita adosada al muro, y proceder tranquilo con gran calma.

Aquel imperio que él tenía sobre sí mismo, la asustaba más que la amenaza.

Aquel hombre era temible: iba derecho a su objeto, apartando los obstáculos que encontraba en su camino, sin temblar ni palidecer.

Ana vio su porvenir, el de su hija y el de Pedro destruidos por aquel hombre. Y el odio que anidaba en su corazón aumentó. No, no, ella no sería vencida. No, aquel miserable no cantarí victoria.

Se divisaban los dos faroles del coche como dos puntos amarillentos.

Ana respiró.

El cochero estaba en el pescante pero al oír los pasos de los que llegaban, descendió enseguida.

—¡Qué tarde tan infame! —dijo abriendo la portezuela—. Está oscuro como boca de lobo.

Se interrumpió porque reconoció al duque que se acercaba a él.

Después se quitó el sombrero agregando:

—Señor duque, no tema, conozco el camino, conduciré el caballo a mano y no ocurrirá nada.

—Yo no salgo —dijo Mauro—, pero te confío a la señora y me responderás de ella.

Ana que había ya subido, al coche, temblaba pero no decía palabra.

—Esté tranquilo —respondió el cochero en cuyas manos el duque había deslizado algunos billetes de banco sin que Ana lo notase—. ¿Adónde conduciré a la señora?

—A donde me ha tomado.

—A la Barrera; muy bien. Confíe en mí.

—Hasta la vista, condesa —dijo el duque saludándola profundamente.

Ana no respondió. Cerrada la portezuela, el cochero aseguró al duque que la señora descendería sana y salva como había subido, asió la brida del caballo con la diestra, y comenzó a andar lentamente.

Cuando la figura del duque desapareció a sus ojos, Ana, la pobre Ana se puso a llorar en silencio. No podía más; ansiaba aquel desahogo. ¡Qué pronto había sido truncada su felicidad! Y por causa de aquel monstruo, a quien su mismo marido, creía el más bueno, el mejor de los caballeros.

Y nadie, nadie excepto ella conocía el terrible secreto de su vida. Pero si el duque no se lo había ocultado, si no había procurado que ella no le reconociese, es porque estaba seguro de su poder, seguro de que una denuncia no podía herirle. ¿Era posible que la duquesa madre ignorase la secreta conducta de su hijo, la fuente de sus riquezas? Blanca, seguramente lo ignoraba todo y estaba orgullosa de su marido y de su título. ¿Le creería si ella le hablase? ¿Qué pruebas tenía contra él, cuando él las tenía todas contra ella? ¿No oía ensalzar por todos la honradez, la generosidad y el buen corazón del duque? ¿No era el mismo Pedro, uno de sus más ardientes admiradores?

Por ninguna parte encontraba salida. Tenía la cabeza a punto de estallar y le parecía que le perforaban el corazón con un hierro candente.

—¿Entregarme a él para no perderme ni perder a los otros?

Apenas se formuló esta pregunta un estremecimiento la agitó de cabeza a pies y el

color de la vergüenza asomó a su rostro.

—¡Ah, no, no! ¡Esto nunca, antes la muerte!

Pero con su muerte no evitaría el escándalo y el duque triunfaría también. A él, a él era a quien había que herir. ¿No le había dicho y repetido el pobre Vital: «¡Véngame, véngame!»?

Ana repitió casi en voz alta aquellas dos palabras con un acento tan extraño que si alguien la hubiese escuchado, la habría creído loca.

El carruaje se detuvo un momento mientras el cochero subía al pescante. El camino era más llano y a pesar de la niebla no ofrecía ya muchos peligros.

Bastó aquella breve parada del vehículo para cambiar las ideas de Ana, para que la reflexión sucediese a la cólera y al dolor.

Tenía absoluta necesidad de permanecer tranquila. Durante el mes de plazo, tenía tiempo para reflexionar y madurar algún plan que salvase su situación. Entretanto era preciso evitar que ni el conde ni nadie sospechase lo que sucedía.

Bastó aquella idea para reponerla, para hacerla volver en sí. Cuando llegó a la Barrera, descendió del carruaje y quiso pagar al cochero. Este sonrió maliciosamente y respondió:

—Le doy las gracias, señora condesa, pero no puedo aceptar nada... Todo está ya pagado. El duque no hace las cosas a medias.

Ana experimentó una sensación como si la abofeteasen.

¿Qué pensaba aquel cochero? Seguramente que ella había acudido a una cita amorosa con el duque. Y el hombre que se había hecho pasar por el marido de Ana era un asalariado de Mauro y estaba de acuerdo con aquel cochero. Pero ¿podía Ana rebajarse a interrogar a aquel hombre, para demostrarle que le engañaban las apariencias?

El cochero no le creería y se reiría pensando que la condesa tenía miedo de él.

Así Ana se alejó sin pronunciar ni una palabra, con el corazón oprimido, angustiado.

De regreso en su casa experimentó un verdadero alivio, al saber que Pedro no había vuelto aún.

—Es una imprudencia estar en la calle con esta niebla —observó Ghita—. Has hecho mal en salir a pie.

Ana sonrió haciendo un violento esfuerzo.

—Como ves, no me he perdido en las tinieblas, pero he renunciado a las visitas y me he entretenido en casa de la modista.

—Has hecho muy bien.

Una vez pronunciada la primera mentira, Ana tenía que seguir mintiendo, sonriendo a su marido con el alma destrozada, acogiendo al duque como si nada hubiese sucedido, e inventando pretextos con Pedro que quería llevarse a Teresa al lado de su madre. Ana temía que su hija reconociese al infame que llevó a Vital al patíbulo, y promoviese algún escándalo que a toda costa era preciso evitar.

—Teresa no está aún en edad de tomar parte en las fiestas, en las diversiones — dijo al conde y a Ghita—. Y no es conveniente distraerla ahora de sus estudios, tanto más cuando se muestra tan diligente que las maestras están contentísimas de ella. La llevaremos al campo este otoño.

Los días pasaban. Ana tomaba parte en todas las fiestas, asistía a los teatros, a los conciertos, hacía y recibía visitas, despertando la admiración de todos con su espléndida belleza, su espíritu delicado, su instrucción refinada. Pero nadie, incluso el duque, notaba su febrilidad constante, su profunda preocupación.

Pedro, que estaba cada vez más enamorado de ella, daba largos paseos en automóvil con el duque.

Ya se acercaba el día en que la condesa había de dar una respuesta decisiva al duque. Faltaban tres días para la terminación del plazo, cuando una mañana que Ana permanecía en su alcoba pensativa, sombría, tratando de desechar los tristes pensamientos que se atropellaban en su mente, entró Ghita para decirle que habían llegado el duque y Blanca para proponerle un paseo en automóvil.

—Es imposible hoy —dijo Ana—, no me encuentro bien. ¿Y Pedro?

—Está acabando de vestirse.

—Entonces llevaré yo misma la respuesta a la duquesa —dijo Ana.

Se dirigió a la sala con la bata de casa, una bata blanca que la envolvía como en una nube y parecía aumentar su maravillosa belleza.

La duquesa y Mauro tenían puestos los abrigos de pieles y solo se habían quitado el antifaz de automovilistas.

Mauro al ver a Ana tan divina, experimentó un ligero vértigo. Blanca notó el relámpago que brilló en los ojos de su marido y se mordió los labios.

No obstante, salió al encuentro de Ana diciéndole jovialmente:

—¿No vienes?

—No; te agradezco la invitación, pero me siento ligeramente indispuesta; poca cosa, pero que bastará para privarme de la diversión. Será otra vez.

Mauro no le quitaba los ojos de encima.

Ana estaba en ascuas.

Entró Pedro también envuelto en su abrigo de pieles y dispuesto para la marcha. Al ver a su esposa en bata hizo un movimiento de sorpresa.

—¿No te ha avisado Ghita? ¿No vienes con nosotros?

—No, caro mío, dispénsame; tengo un poco de jaqueca.

—Entonces me quedo en casa contigo —dijo vivamente Pedro.

—Me darías un verdadero disgusto si lo hicieses —agregó Ana—. Yo desde mi alcoba te seguiré con el pensamiento, con el corazón; un poco de reposo, de silencio, de oscuridad y mañana estaré bien.

El duque se había acercado.

—A mí y a Blanca nos disgusta muchísimo tener que privarnos de su amable compañía —dijo—. Pero paciencia, será otra vez. Y a propósito; para dentro de tres

días habíamos resuelto Pedro y yo ir a Aglié a probar nuestros automóviles. Las señoras podrán tomar parte en la gira; Pedro se encarga de conducir a mi esposa y yo con su permiso, conduciré a usted.

—Irás mucho mejor que conmigo —interrumpió riendo el conde—. Con él, puedes ir tranquila.

—¿Y usted abriga la intención de hacerme romper la cabeza? —exclamó alegremente Blanca—. Pues bien, yo le manifiesto que no tengo miedo y que cuando usted esté cansado de guiar o haya algún peligro, ocuparé su puesto.

Todos rieron incluso Ana, que llevaba la muerte en el corazón. La infeliz comprendía que la invitación del duque no tenía otro objeto que el de encontrarse solo con ella para saber su resolución.

¡Y no poder rehusar!

—Aceptado, ¿no es cierto? —preguntó Blanca a la condesa—. De aquí al sábado ya habrá pasado tu jaqueca. A propósito, conde, yo no he visto aún su automóvil, y ha de saber que soy muy curiosa; así pues, no me iré sin verlo.

—Tú eres una niña grande, una locuela —dijo Pedro dándole el brazo.

Después dirigiéndose al duque, agregó el conde:

—Mauro, presta compañía por un momento a mi esposa, mientras regreso con la tuya.

Ana no tuvo valor para gritar a su marido que se quedase. ¿Por qué? ¿Qué pretexto dar?

Apenas habían salido el conde y Blanca, cuando el duque asió con violencia a Ana balbuceando:

—¡La amo, la amo, me vuelve loco!, ¡ay de usted si no me escucha!

Ana no gritó: no habría podido. Pero se desasíó con violencia de él que la miraba ardiente de pasión, de deseo...

Y lívida, trágica, terrible dijo con voz sofocada:

—¡Vil!... ¡miserable! —dijo con voz ahogada—. Yo no le temo, repito, y le odio tanto, como se puede odiar a criatura humana. El sábado no iré con Usted... ¡no, no!

—La desafío: tengo en mis manos el honor de su marido y la vida de su hija.

Ana rechinó los dientes para no gritar y dijo:

—¿No les respetaría si mi cadáver se interpusiese entre usted y ellos?

—No... ¡se lo juro!

Ana no dijo nada más y se alejó dejándolo solo, sin que él hiciese el más ligero ademán para detenerla.

El conde regresó poco después con Blanca, la cual se sorprendió no viendo allí a la condesa.

—¿Y Ana? —preguntó Pedro.

—He comprendido que permanecía aquí solo por cumplimiento, que su malestar continuaba, y la obligué a volver a sus habitaciones.

—Has hecho bien —dijo Pedro—. No la importunemos; creo también yo que el

mejor remedio para el dolor de cabeza, es el reposo, la oscuridad, el silencio.

Blanca sonrió al conde como aprobando lo que decía, dirigió a su marido una mirada extraña, indefinible, pero no pronunció palabra.

Y salieron los tres juntos.



### III

Mugheta estaba irritada contra el mundo entero. Hacía ya dos días que no quería recibir a nadie y dejaba traslucir sus propósitos de suicidarse por estar cansada de la vida. No podía perdonarse el hecho de haber dejado escapar a dos hombres, que además de ponerla sobre un pedestal de oro, podían darle una posición honrosa y noble en la sociedad. ¿Por ventura la mujer que se había casado con el conde valía más que ella? Una camarera, o mejor dicho una intrigante viuda sabe Dios de quién, con un pasado oscuro y quizás peor que el suyo. Y ahora todos la saludaban, la trataban como si fuese de sangre noble, y la llamaban condesa. Y la otra que se había casado con el duque ¿era un partido mejor? Su padre acosado por los acreedores se había suicidado. Las riquezas de su madre no debían tener un origen muy limpio cuando su marido decidió matarse a hacer uso de ellas. ¡Aquellas dos mujeres, podían enseñar a ella el modo de atrapar a un hombre, una fortuna!

Pero no triunfarían mucho tiempo: ella destruiría su felicidad. Estaba, sobre todo, irritada contra Ana porque León había tomado su defensa, y la había llamado mujer honrada. Una mujer verdaderamente honrada, joven y bella no va a servir a un soltero, amante del bello sexo, pródigo y disoluto.

Todo esto pasaba por el cerebro de Mugheta que se hallaba en su salita, todos cuyos objetos le recordaban los dones del duque o de Pedro.

—Perder a entrambos sería demasiado —se dijo de repente golpeando el suelo con el pie y mordiéndose los labios.

Sonó la campanilla de la puerta.

Mugheta frunció el entrecejo y cuando la camarera compareció se puso a gritar antes de que ella abriese la boca:

—No recibo a nadie, no quiero ver a nadie.

—Pero, señora...

—Vete, te digo; si no obedeces abandonas mi servicio.

La camarera iba a retirarse, cuando una cabeza de hombre apareció detrás de ella.

—Señorita, si quiere me voy —dijo con voz meliflua—. Pero como me había usted recomendado tanto que si sabía algo...

El rostro de Mugheta se iluminó súbitamente.

—¿Eres tú, Cicala?

Y volviéndose a la camarera, añadió:

—Pero no estoy para nadie más; vete y cierra la puerta.

Cicala sonreía dando vueltas al sombrero entre las manos.

Era el cochero que había conducido a Ana a la quinta del duque, el cual servía a Mauro frecuentemente.

Cicala no tenía unos antecedentes muy limpios, pero sabía dar a su rostro un aire

de beatitud que conquistaba la confianza de todos.

Cicala, de simple mozo de cuadra que era pocos años antes, se había convertido en dueño de tres coches; pero soñaba con prosperar más aún, o sea en hacerse conducir más o menos tarde, en carruaje a sus fincas, y a la casita de su pueblo natal, donde tenía una numerosa familia.

—Hay que saber vivir —decía—, y no dejar escapar ninguna ocasión para ganar dinero.

Que las «ocasiones» fueran poco limpias, era cosa que no le importaba: no tenía escrúpulos; había visto tantas cosas en su vida de cochero...

¡Ah, si hubiese sabido escribir, qué argumentos tan interesantes le habrían suministrado sus clientes! Pero Cicala aunque era un lince para sus negocios, apenas sabía firmar.

Mugheta era una de sus clientas preferidas y le servía desde hacía un año: ella conversaba gustosa con él, no le regateaba las propinas y Cicala la tenía al corriente de los pasos del duque y del conde De Malin. Pero desde que los dos aristócratas se habían casado, ni él ni sus dependientes tuvieron ocasión de conducir a Pedro ni a Mauro a ninguna cita galante. Por lo tanto, Cicala no había podido suministrar ninguna noticia más a Mugheta aunque esta le dijo:

—Si descubres algo que les concierna házmelo saber, y serás bien pagado. Ellos me han abandonado por hacer un matrimonio de amor, pero barrunto que antes de un mes serán peores que antes.

Cicala había ido aquel día a casa de la bella pecadora para darle una noticia estrepitosa. El duque faltaba a su esposa, tenía una nueva amante.

Esto fue lo primero que respondió el cochero a la pregunta de Mugheta.

Y continuó sentado sobre la silla que la joven le había ofrecido.

—Para venir a referírsele he encargado mi carruaje a un mozo.

Mugheta estaba encendida; sus ojos relampagueaban.

¿Sabes quién es ella? Habla, habla pronto.

—No, señorita, porque no me ha sido posible verle el rostro que llevaba cubierto con un tul espesísimo. Lo que puedo decirle es que se trata de una rubia; he visto su cabello lucir como oro debajo del sombrero: pero voy a relatarle lo que ha pasado.

—Adelante —prorrumpió impaciente Mugheta presa de una viva curiosidad.

Pero Cicala quería hacer su relato con lentitud.

—Ayer, señorita, cuando había aquella niebla tan densísima...

—Maldita niebla; por poco no caigo bajo un tranvía en la plaza Castello — interrumpió Mugheta.

Cicala sonrió y prosiguió:

—Yo estaba en la parada renegando contra el tiempo, envuelto en mi impermeable para defenderme de la humedad, cuando un hombre me interpeló. Figúrese una especie de gigante, alto y grueso que hablaba con acento extranjero y en tono de mando.

»“¿Estás libre?”, me dijo.

»“Sí, señor”.

»“Entonces no te comprometas con nadie, y aguárdame aquí”.

»“Sí, caballero”.

»Se alejó algunos pasos y se colocó junto a la Barrera, como si aguardase a alguien.

»En aquel momento llegó el tranvía y descendió de él una señora alta, muy elegante que se acercó al hombre y cambió con él algunas palabras. Después los dos se dirigieron a mi coche. La señora subió sola, y el hombre se sentó en el pescante conmigo, preguntándome si sabía dónde estaba el parque del duque de Vulman.

»“Sí”, respondí.

»“¡Pues bien, condúcenos a él; se te pagará muy bien, pero ve con cuidado no ocurra alguna desgracia!”.

»“Esté tranquilo; sé mi oficio”, le dije.

»Nos pusimos en marcha; el hombre no habló más y a mis preguntas respondía con un sí o un no.

»Detuve el coche después para encender los faroles; entonces la señora abrió la ventanilla y me preguntó con voz dulcísima si faltaba mucho para llegar.

»Respondió por mí aquel hombre en francés, así es que solo comprendí que la tranquilizaba diciéndole que llegaríamos pronto, y que se tardaba a causa de la niebla.

»La señora volvió a cerrar la ventanilla y nos pusimos de nuevo en marcha.

Mugheta no interrumpió al cochero: aquel relato le interesaba muchísimo y no perdía de él palabra.

A la pausa de Cicala dijo:

—¿Y después?

—Llegamos al confín del parque; detuve el carruaje; el hombre se apresuró a abrir la portezuela y la señora apenas descendió del vehículo me recomendó que la aguardase.

»“Descuide, señora”, respondí, “de aquí no me moveré”.

»Oí abrir la puertecita adosada al muro; después reinó un profundo silencio.

»Me hicieron aguardar casi una hora, cosa no muy deliciosa con aquella niebla. Finalmente reapareció la señora acompañada del mismo duque.

—¡Ah, el bergante! —interrumpió Mugheta ciega de rabia porque no podía comprender que el duque engañase a su esposa con otra mujer que no fuese ella. Podía perdonarle su matrimonio, pero no que tuviese otra amante—. ¿Y la acompañó él en tu coche a su casa?

—No, no, la señora subió sola y el duque debía de estar muy contento porque me puso en la mano dos billetes de veinticinco liras, y me recomendó que fuese con cuidado no ocurriese una desgracia, de la cual me haría responsable.

—¡Imbécil! —exclamó Mugheta.

—¿Me lo dice a mí? —preguntó Cicala tratando de sonreír.

—No, ¡estúpido! Hablo de él que se ha dejado engatusar por alguna pécora. Supongo que ella te daría la dirección para que la condujeses a su casa...

—Lo aguardaba; pero la señora me dijo que la llevase a la Barrera. Quería pagarme, pero yo por cumplimiento le respondí que el señor duque no hacía las cosas a medias, y que ya me había pagado. Yo creía, que a pesar de eso me daría una buena propina, pero casi se marchó sin darme las gracias siquiera. Estas grandes señoras ya acostumbran a portarse así...

—¿Cómo sabes que es una gran señora cuando antes me has afirmado que no la conocías?

Cicala guiñó un ojo y sonrió maliciosamente.

—En efecto —dijo—, yo me había quedado con las ganas de conocerla. Pero al marcharse ella llegaron dos señoras que querían hacerse conducir a la estación; abrí la portezuela del carruaje para que subieran y vi una cosa blanca sobre el asiento: la cojo enseguida...

—¿Qué era? —preguntó anhelante Mugheta.

Cicala sacó de la americana un paquetito.

—Helo aquí —respondió entregándolo a la joven que lo deshizo rápidamente.

Era un pañolito de batista, en uno de cuyos extremos había bordado el nombre de Ana con una corona condal encima.

—¿Una condesa? ¿Llamada Ana? ¿Y rubia? Entonces se trata de la esposa de Pedro De Malin —prorrumpió Mugheta—. ¡Ah!

Estaba poseída de una loca alegría y habría abrazado y besado al cochero.

—¿Cree haberlo adivinado? —preguntó Cicala con aire de descontento temiendo haber cometido una grave imprudencia.

—¿Si lo creo? Estoy segura. ¡Ah! Ahora veremos quién lleva el gato al agua.

—Le advierto —balbuceó Cicala cada vez más temeroso—, que he traído este pañolito para enseñárselo, para que vea que no olvido mi promesa; pero no quiero escenas violentas ni escándalos.

Mugheta se encogió de hombros despreciativamente.

—¡Nada de escándalos! —repitió—. ¿Crees que voy a meterle el pañuelo por las narices al conde diciéndole: «¿Es de tu mujer?»? No temas, no soy una loca.

Cicala se rascó la oreja.

—Lo comprendo —respondió—. Pero mi intención es llevar el pañuelo al duque, que me lo pagaría a buen precio.

—¿Y crees que yo no soy capaz de pagártelo? Tú has venido aquí para ver si yo adivinaba quién era la dueña del pañuelo. Y ahora que lo sabes, quieres aprovecharte. Pero conmigo querido, no se juega; el pañolito está en mis manos y de ellas no saldrá. Antes se lo devolvería yo misma a la condesa.

Cicala hizo un ademán de descontento.

—No nos enfademos... Comprenda también que yo soy un pobre diablo y trato de beneficiarme... Usted debiera estar satisfecha de la prisa que me he dado en venir.

—Te estoy reconocidísima —dijo Mugheta—, y no quiero que pierdas el viaje. Veamos. ¿Cuánto crees que te habría dado el duque por el pañuelo?

—No lo sé... Como no es el valor del pañuelo sino...

—¿Quinientas liras te parecen pocas?

Cicala sintió un estremecimiento que casi le hizo perder el equilibrio.

Enseguida formuló una serie de observaciones terminando:

—Deme un billete de mil liras y asunto concluido.

Mugheta sin responderle se levantó y pasó a la estancia vecina, llevando consigo el pañuelo.

Algunos minutos después regresaba con un billete en la mano.

—Aquí lo tienes —dijo—. Y puedes estar seguro de que nada de lo que suceda podrá comprometerte. Cuando tengas alguna noticia del duque o del otro, no me olvides.

—Puede estar tranquila.

Cicala se apresuró a guardar el billete en su mugrienta cartera y a marcharse.

Apenas hubo salido, Mugheta lanzó una exclamación de triunfo. Cuando menos lo aguardaba había encontrado el medio de vengarse del duque y de Pedro al mismo tiempo.

Aquel billete le produciría un centenar de miles de liras.

Pero era preciso que preparase su plan de batalla con prudencia, para no comprometerse y para que no se sospechase de dónde había salido el golpe.

Mugheta había encontrado un remedio a su aburrimiento, a su irritación.

Ana que no se había apercebido de la pérdida del pañolito, no podía imaginarse nunca que aquel lino sutil pudiera enredarla en una trama de la cual ya no le sería posible desenredarse.

La duquesa Blanca entretanto, ya había notado que algo anormal ocurría a su marido.

Porque con ella el duque se mostraba, tierno y solícito, Blanca comprendía que no era sincero. Pero un día que se atrevió a hacerle observaciones, Mauro la miró de una manera tan terrible, que la hizo palidecer.

Blanca no se había engañado en sus juicios de soltera. El duque bajo una apariencia dulce, tranquila, en algunos momentos casi femenina debía de ocultar uno de aquellos caracteres prontos a todas las violencias, y que una vez arrastrados a los extremos, no se sabe dónde puedan detenerse.

No obstante ello en aquella ocasión, Mauro se dominó enseguida y conociendo el terror de su mujer, le dijo con calma:

—Es la segunda vez que me tratas de embustero; espero que no llegará la tercera y que te convencerás de que no te engaño, ni a ti ni a nadie.

Blanca no replicó porque en el fondo se sentía más culpable que él. Se quejaba por creer ofendido su orgullo; no por celos, puesto que no amaba a su marido. Todos sus pensamientos eran para Pedro. A pesar de sus esfuerzos no podía desechar de su

mente la imagen de Pedro, como tampoco comprendía su indiferencia y tranquilidad después de la lectura de las cartas de su madre.

Una mañana que se atormentaba como siempre, con estos pensamientos, la camarera le entregó con la correspondencia una carta cuya letra no conoció.

Blanca rasgó vivamente el sobre, sacó el escrito y leyó:

Si quiere tener una prueba de que le engaña su marido, reciba hoy a una joven que se presentará como enviada de la baronesa de San Vito a enseñarle unas muestras parisinas de sedas de terciopelo bordados. Es inútil recomendarle el secreto para con el duque y su madre, porque el interés de usted es callar.

Este escrito no llevaba ni dirección ni firma, y la primera idea de Blanca, que temblaba de cólera y de disgusto fue echarlo al fuego; pero después de leer por vez segunda el anónimo, la joven se sintió presa de una gran curiosidad. ¿Qué prueba de la traición de su marido le llevaría aquella joven? ¿Quién era su rival?

Blanca se conmovió a la idea de que el duque tuviese una amante, porque se sentía herida en su orgullo viéndose tan pronto desdeñada por él. Y sin embargo, pocas señoras de la alta sociedad podían competir con ella en belleza y gracia. Le bastaba hacer un signo para ver a todos los hombres a sus pies.

Y el duque mismo, ¿no la había cortejado apasionadamente diciéndole que la rodearía de tanto cariño que ella llegaría a amarle como él la amaba? ¿Mentía entonces como ahora? ¿Había ya olvidado sus juramentos? ¿Era su vida un continuo engaño?

Quizás obró mal confesándole con franqueza que había amado a otro... Pero ella aborreció siempre la mentira y habría preferido verse despreciada a no revelar la verdad.

Pero ahora era preciso que obrase con prudencia si quería descubrir el fondo de su marido. Cuando lo descubriera obraría como creyese conveniente.

Dominada por este pensamiento arrojó la carta al fuego; enseguida tocó el timbre. La camarera se presentó.

—¿Desea algo la señora duquesa?

Blanca respondió tranquilamente:

—Hoy vendrá una joven de parte de la baronesa de San Vito a enseñarme unas muestras. Si yo estuviese entonces con mi marido o con mi madre, introdúcela en mi salita de labores y ruégale que aguarde. Para avisarme no has de hacer más que preguntarme si necesito algo.

—Muy bien, señora duquesa.

Blanca, aquella linda criatura, que en el fondo no era mala, sino susceptible del mal como del bien, acabó su tocado matinal y descendió a las habitaciones de su suegra.

Al lado de la duquesa madre estaba sentado el duque, quien al ver a su mujer, se levantó para abrazarla.

—Precisamente hablábamos de ti —le dijo—. La mamá se maravillaba de no

verte aún.

La anciana sonrió angelicalmente.

—Estoy tan acostumbrada a tus visitas matinales —exclamó—, que sufro cuando tardas.

Blanca se conmovió y acercándose a la duquesa la besó efusivamente.

—Querida mamá —dijo—, perdóname la tardanza; esta mañana me he despertado más tarde que de costumbre.

—Feliz tú, querida, que puedes dormir. Para mí ya es bastante conciliar el sueño un par de horas diarias.

Blanca se había sentado en un escabel al lado de ella.

—Ahora que está aquí Blanca, te dejo mamá —dijo el duque—. Nos veremos a la hora de comer.

Después Mauro preguntó a su esposa:

—¿Piensas salir hoy?

—No —respondió Blanca—. Aguardo a la modista. ¿Y tú?

—Yo daré un paseo con Pedro en automóvil.

—Sé prudente, Mauro —exclamó la duquesa madre—, cuando vas en automóvil, estoy intranquila.

—No abrigues ningún temor, sé guiarlo muy bien y tengo frenos potentísimos. Tú también mamá, debieras acostumbrarte a pasear en automóvil. ¡Es tan delicioso eso de correr como el viento!... ¿No es verdad, Blanca, que se experimenta una sensación verdaderamente agradable, extraordinaria?

—Ciertísimo; pero yo prefiero mi *landeau* con dos caballos.

—¡Bravo, Blanca! —exclamó la duquesa—, piensas como yo. Nosotras somos aún de las retrógradas; pero toda esta electricidad que en la actualidad nos rodea, debe de influir no solo en lo físico de las personas sino también en lo moral.

—¿Te parece que he cambiado desde que voy en automóvil? —exclamó el duque riendo.

—No, no —respondió vivamente la anciana—. Pero lo repito; la sociedad estaba mejor cuando había menos progreso. Creo que sería útil volver a lo antiguo, hasta en medicina; los remedios sencillos de antes, valían más que los remedios estrepitosos de hoy...

—La mamá tiene razón, y opino igual que ella —dijo Blanca besando la mano de la duquesa.

La joven sentía verdadera adoración por su madre política, y al lado de ella parecía volverse más buena. Había tanta pureza sobre aquella pálida frente de enferma, tanta lealtad en su mirada, tal dulzura en su sonrisa, que no se podía menos que adorarla.

Mauro se marchó dejando juntas a las dos señoras. La duquesa madre preguntó a su nuera, como todos los días, noticias sobre aquella sociedad que ella ya no podía frecuentar.

Así transcurrió distraídamente para Blanca la mañana. Charlando alegremente para reanimar el espíritu de la duquesa, la joven olvidó la carta anónima.

Por la tarde mientras la duquesa madre reposaba como hacía diariamente a aquella hora, Blanca, que estaba en su tocador, recibió aviso de que había llegado la joven a quien aguardaba.

—Voy enseguida —dijo Blanca con desenvoltura a la camarera que le avisó.

Se miró al espejo y se estremeció al verse palidísima. No, no quería que aquella desconocida se apercibiese de su emoción.

Se pasó ligeramente por las mejillas una esponjita encarnada que bastó para dar color a su rostro, y con la cabeza alta y la mirada dura, centelleante, se dirigió a su salita de labores.

La visitante que aguardaba inmóvil al lado de un veladorito donde había colocada una cajita de cartón, al entrar la duquesa hizo una ligera inclinación de cabeza.

Blanca contuvo un movimiento de sorpresa. Bajo las ropas de una sencilla menestrala, había reconocido a la cortesana con quien Mauro tuvo relaciones antes de casarse. La joven duquesa la conocía por habérsela mostrado sus amigas en los paseos, donde Mugheta se exhibía frecuentemente en una soberbia carroza y con los tocados más originales.

Blanca se guardó bien de demostrar su impresión, y midiendo a Mugheta de arriba abajo con una mirada desdeñosa, preguntó:

—¿Es usted la que pretende traerme pruebas de la infidelidad del duque?

Mugheta permanecía erguida ante ella, sin inclinar la vista.

—Sí, yo soy, duquesa —contestó con frío cinismo—. ¿Quizás tenga el honor de que usted me conozca?

—No la conozco más que por lo que ha escrito, y me pregunto qué móvil ha impulsado a usted a dar tal paso.

Mugheta rio ferozmente.

—¿Qué móvil? —exclamó—. Se lo explicaré enseguida duquesa. Yo he sido la amante del duque como fui antes la amante del conde De Malin; este me abandonó para casarse con una aventurera peor que yo; y el otro díjome para casarse con usted porque se había enamorado y no podía conseguirla de otra manera. Y yo juré vengarme de entrambos.

Al escuchar aquella frases cínicas, audaces, Blanca sintió deseo de tocar el timbre para que sus criados arrojasen a la calle a Mugheta, pero la curiosidad se había apoderado de ella y la dominó.

—Y para vengarse del duque —dijo con desprecio e ironía—, ante todo trata de herirme a mí. Pero le advierto, que si trata de herirme en el corazón y en el orgullo se engaña; me estimo demasiado para rebajarme hasta el punto de estar celosa de una amante de mi marido. Yo tendré siempre el derecho de humillarla, de escupirle al rostro, yo, la mujer legítima.

Blanca estaba tan bella, tan espléndida en aquel momento, que Mugheta la



contempló con verdadera admiración.

Sin embargo, la cortesana preguntó a su interlocutora con cierta ironía:

—Entonces, si la infidelidad del duque le es indiferente, ¿por qué me ha recibido?

—Porque es bueno conocer a los enemigos ocultos con quienes hay que luchar.

—Está usted muy segura de sí misma —respondió Mugheta—. Y no me he engañado viniendo aquí: ya presentía yo que encontraría una señora con la que podría tratar de igual a igual por la energía y firmeza de voluntad.

—¡Insolente!

—¡Oh! no se ofenda, que no he tenido intención de molestarla. Creo como usted dice, que no se rebajaría hasta el punto de estar celosa de una mujer como yo y que perteneciese a mi clase; pero ¿la dejaría indiferente si le diese la prueba de que su marido la engaña con la esposa de su mejor amigo?

Blanca contuvo un estremecimiento y dijo fríamente:

—El duque tiene muchos amigos y no sé a quién se refiere usted...

—Pues a mí me parece que usted ya ha adivinado que se trata de la condesa De Malin.

Blanca se mordió los labios para no gritar, pero no pudo ocultar su palidez ni el extravío de su mirada.

No obstante, como su voluntad era muy poderosa, recobró enseguida su sangre fría y asiendo de un brazo a Mugheta dijo:

—¡Miente usted! Conozco a la condesa De Malin. No sé lo que haya podido ser en su pasado, pero ahora es una mujer honrada.

—Una mujer honrada —respondió con tono sereno Mugheta—, no tiene entrevistas secretas con el duque.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Si se lo digo, no me creerá; pero puedo darle una prueba decisiva, palpable.

Blanca no se contenía ya.

—¡Acabe! —exclamó—, ¿no ve que tengo bastante?

Mugheta sin perder nada de su audacia, abrió tranquilamente la cajita que estaba sobre el velador y sacó un pañolito de batista delicadamente doblado.

—Aquí está la prueba —dijo enseñándolo a la duquesa por la parte donde estaba el bordado.

Blanca no pudo reprimirse y se lo arrebató de la mano con violencia.

—¿Dónde ha encontrado este pañuelo? —preguntó entre dientes.

—En un coche de alquiler, en el cual ha ido la condesa a una cita con el duque.

—¿Y cómo lo ha sabido usted? ¿De qué manera se ha apoderado de este objeto?

—Me lo entregó un hombre a quien pagaba por que siguiera los pasos de usted y los de la condesa.

Blanca se puso encendida.

—¿Cómo? ¿Tuvo usted la audacia de hacerme espiar?

—Lo confieso; tanto más cuanto, no ha sido posible descubrirle nada que pudiera

sonrojarla —respondió con calma Mugheta—. Era mi intención probar tanto al duque como al conde, que sus mujeres no valían la amante abandonada. Pero en presencia de usted, duquesa, debo declararme vencida; no así de la otra. Mas, en vez de dirigirme al conde De Malin que me habría arrojado de su casa, me decidí a ver a usted matando, como vulgarmente se dice, dos pájaros de un tiro. Ya ve que soy franca, sincera. ¡Ah! me cuesta mucho dinero triunfar, pero estoy satisfecha.

—Le pagaré lo que ha gastado y algo más —dijo Blanca—. Pero aún no me ha explicado como el duque se ha visto con la condesa; siéntese y dígame todo.

Mugheta que no cabía en sí de gozo se arrellanó en una butaca, y con la audacia de una mujer segura de lo que decía, relató lo dicho por Cicala modificándolo en varios puntos y especialmente al final.

A este agregó que cuando Ana salió en compañía del duque, y antes de subir ella al coche su amante la besó, recomendándole tranquilidad.

Blanca temblaba de ira y de celos. Mugheta notó con verdadera satisfacción, su palidez, su temblor nervioso, la dureza de sus miradas, todos los indicios de una gran emoción interna.

—¿Y la ha recibido en esta quinta? —preguntó Blanca con voz ronca—. No, no puede ser. Mauro insultaría con ello también a su madre...

—No, señora duquesa, no ha sido en la quinta —rebató Mugheta—. Pero ¿usted no sabe que al fondo del parque, a un kilómetro o más de aquí, hay una casita que era el lugar de placeres del duque cuando soltero? Así no molestaba ni a su madre ni a nadie, porque hay una salida por aquella parte.

Blanca se puso en pie asqueada: su bellísimo rostro estaba contraído.

—¿No tiene nada más que decirme? —exclamó con cierta violencia—. Entonces aguarde un momento.

Y salió del saloncito dejando a Mugheta sola.

«La he tocado en lo vivo» pensó la cortesana. «Muy bien; me parece que de esta no se reirá la mujer de Pedro».

Blanca regresaba llevando en las manos un fajo de billetes de banco.

—Aquí hay diez mil liras para usted, a cambio de ese pañuelo —dijo fríamente—. No creo que lo haya usted pagado tan caro. Además, puede estar segura de que no la comprometeré.

Y antes de que Mugheta pudiera responder, tocó el timbre.

Acudió la camarera.

Entonces Blanca agregó con desenvoltura dirigiéndose a la cortesana:

—Dé las gracias de mi parte a la señora de San Vito, y dígame que otra vez será.

Mugheta que había guardado los billetes en la cajita, se inclinó profundamente.

—Siempre a sus órdenes, duquesa —respondió—. Hasta la vista.

Blanca cuando quedó sola lanzó un gemido sordo, y se dejó caer sobre una butaca. Tenía los nervios crispados, la faz descompuesta, los ojos desencajados.

—¡Miserables!, ¡miserables! —balbuceó entre dientes—. ¡Ya me figuraba yo que

aquella mujer era una aventurera; pero no, no podía creer que traicionase al conde! ¡Y Pedro que la ama locamente, que no cesa de elogiarnosla! ¡Ah! ¡Quisiera que sufriese tanto como yo sufro en este momento, él que me ha despreciado!... Pero ahora tengo en mis manos con que vengarme.

Blanca iba recobrando el imperio sobre sí misma.

—Que mi madre y mi suegra no se enteren de nada —murmuró.

De repente como si tomase una resolución tocó el timbre, diciendo a la camarera que acudió.

—Tráeme el abrigo de pieles; quiero dar un paseo por el parque.

—¿Sola, señora condesa?

—¿He de correr algunos peligros? —preguntó Blanca sonriendo.

—No; lo decía solamente porque el parque es muy grande y pudiera perderse. No obstante, si sigue el paseo central, puede llegar hasta el final del parque sin extraviarse.

—Seguiré tu consejo.

El día era frío pero bellísimo y seco. No había nadie en el parque y Blanca caminaba apresuradamente, como si alguien la siguiese.

A lo lejos divisó la casita, rodeada de hiedra, y se mordió los labios hasta que brotó la sangre; hasta entonces había abrigado la esperanza de que Mugheta mintiese. ¿Y era en aquella casita donde Mauro recibía a sus amantes? ¿Y allí se había entrevistado con Ana? ¡Oh, cómo odiaba a aquella mujer que después de quitarle el hombre que ella amó desde niña, ahora le robaba el marido!...

¡Y Pedro nada sospechaba! Pero ¡había llegado la hora del desquite, de la venganza!

Mas era preciso obrar con la misma destreza con que habían obrado los dos enamorados.

Blanca no diría nada a su marido, segura de que él se reiría y negaría sus relaciones con Ana.

No, no, ella quería evitar una escena innoble, una escena de melodrama. Tampoco diría nada a la duquesa madre.

¿A qué turbar a la pobre y querida enferma revelándole la falta de su hijo?

Además, ¿le creería aquella señora tan débil y tan orgullosa de su hijo al que adoraba? Le contestaría que se engañaba, que el duque no era capaz de semejante infamia, en perjuicio de su esposa y de su mejor amigo.

Así fantaseando, Blanca había llegado a la casita. El rumor de sus pasos aunque ligero, fue escuchado porque la puerta se abrió y apareció Jack.

—Señora duquesa... —dijo en inglés quitándose respetuosamente el sombrero.

Blanca conocía perfectamente aquel idioma, como el alemán, y dirigiendo al coloso una profunda mirada, exclamó como sorprendida:

—¿Dónde me encuentro? ¿A quién pertenece esta casita?

—Al señor duque —respondió Jack—, y está habitada por mis padres que son

guardas del parque.

—Es extraño que mi marido no me haya hablado nunca de este edificio. Pero veo allí en la pared una puertecita; ¿tiene una salida el parque por este lado?

—Sí, señora, y nosotros la utilizamos para salir y entrar sin pasar por la quinta —respondió Jack—. Pero ¿la señora duquesa nos hará el honor de reposar un instante en casa?

—Acepto gustosa, porque me encuentro cansada.

Jack se apresuró a franquearle la entrada, precediéndola.

Dick y su mujer avisados corrieron a obsequiar a su joven dueña.

La madre de Jack era el retrato de su hijo; en los ojos, en la sonrisa, en el rostro, tenía la misma expresión de bondad, de perro fiel.

La buena mujer ofreció enseguida una taza de té que Blanca rehusó, mientras miraba curiosamente a aquellas tres personas que permanecían obsequiosas en pie ante ella, que estaba sentada.

¿Era posible que fuesen cómplices del duque y le auxiliasen en sus intrigas amorosas?

—¿No vienen nunca a la quinta? —preguntó Blanca después de un momento de silencio.

—Hemos estado varias veces, entre ellas el día de su matrimonio —respondió la mujer—, pero la señora duquesa no podía fijarse en nosotros.

—¿Mi marido viene aquí frecuentemente?

—Antes de su matrimonio sí, duquesa —respondió Dick—, porque el señor duque cazaba conmigo. Nosotros somos ingleses, señora duquesa, y debemos nuestra posición al señor duque, a quien veneramos como a Dios. Ningún caballero tiene un corazón tan grande como el suyo, ni inteligencia tan elevada, ni mayor generosidad.

—Esta casita —dijo Blanca que había escuchado tranquilamente—, debe de haber servido para algo más que para citas de caza.

—Sí —respondió con sencillez la mujer—. El señor duque antes de su casamiento, recibía aquí a sus amigas para que no molestasen a su señora madre.

—Y con los amigos naturalmente, vendrían sus señoras —agregó Blanca.

—No, señora duquesa —dijo Dick—, ninguna señora nos había hecho hasta ahora el honor de entrar aquí.

—No hablo de señoras —rebató secamente Blanca—. ¡Ah! no finjan, que no hay por qué. Mi marido era entonces libre de recibir a quien le pareciera.

—No comprendemos lo que quiere decir la señora duquesa —exclamó Dick levantando con altivez el arrugado rostro.

—Seré más precisa y más clara —dijo a su vez altaneramente y con cierto desprecio Blanca—. Además de sus amigos, Mauro recibía aquí a sus amantes.

—¡Señora duquesa!

Una expresión de justo resentimiento revistió el rostro del viejo Dick y el de su mujer. Jack permaneció silencioso.

—Perdóneme si me excedo —prosiguió el anciano—. Pero usted nos está ofendiendo en el único sentimiento que aunque pobres, conservamos sagrado: en el honor. Nosotros habríamos preferido morirnos de hambre a consentir que se convirtiera esta casa en lugar de citas galantes. Le juro que desde que nosotros estamos aquí, ninguna mujer extraña ha pisado estos suelos.

Blanca no sabía qué hacer. Estaba a punto de responder: «Miente usted, y tengo las pruebas de ello».

Pero si aquellas personas eran fieles a su marido, negarían siempre. Sin embargo había en el acento de aquel hombre algo que la imponía, que parecía sincero.

En aquel momento la mujer agregó:

—Tú no puedes jurar Dick, porque algunas veces, aunque pocas, el señor duque nos ha enviado a hacer compras en Torino y él ha quedado aquí aguardándonos. Y pudiera darse el caso de que entonces...

—No, no —interrumpió en aquel instante bruscamente Jack—, el duque no tenía necesidad de valerse de esos medios, y yo mismo puedo jurar que él no ha recibido nunca ocultamente a ninguna mujer, ni ha profanado la casa donde habita su madre y donde usted reina, señora duquesa.

Era inútil insistir: Blanca lo comprendió así, y su rostro cambió enseguida de expresión.

—Lo creo —dijo jovialmente—, he querido solo probarles y ahora estoy al menos segura de que mi marido se halla rodeado de personas no solamente fieles, sino que sienten altamente el sentimiento del honor.

Jack se puso encarnado, pero la duquesa que miraba en aquel momento a Dick cuya fisonomía no se alteró, sin notarlo continuó:

—Les agradezco la defensa que de él han hecho; pero no necesitaba de ella para estar segura de la fidelidad de mi Mauro, como de su amor.

Hablando así se levantó para irse.

Jack y su madre se ofrecieron a acompañarla.

—No se molesten —dijo la joven sonriendo—, ahora conozco el camino.

Al regresar a la quinta, Blanca murmuraba entre sí:

—Estoy cierta de que me engañan. El duque es más fuerte que yo, y está rodeado de personas que se dejarían matar antes que venderle. Pero yo tengo la convicción última y, sabré encontrar el medio de desenmascararle junto con mi audaz rival, vengándome de ambos.

Blanca se guardó bien de inspirar sospechas a nadie sobre su descubrimiento, sobre todo a Ana que estaba bien lejos de imaginarse el peligro que corría, preocupada a su vez con la imposición del duque. Así Blanca no se había mostrado nunca tan afable con ella. La belleza de la joven duquesa tomaba un carácter nuevo, extraño, fascinador: sus ojos azules, profundos habían adquirido una nueva expresión, y en ocasiones dejaba escapar relámpagos que habrían dado que pensar al duque si los hubiese observado.

Pero Mauro no pensaba más que en Ana; solo en ella soñaba.

Así llegó el día en que debía efectuarse aquella gira en automóvil propuesta por el duque y por Blanca, y aceptada por el conde con entusiasmo.

## IV

Aquella mañana Ana al levantarse sintió una especie de desvanecimiento que la obligó a apoyarse en el lecho para no caer a tierra.

Ghita que estaba en la alcoba se sorprendió de la palidez de la joven, aunque se hallaba lejos de sospechar lo que sucedía en aquel corazón torturado.

—¿No te encuentras bien? —preguntó vivamente.

—He sentido un vahído —respondió Ana esforzándose para sonreír— pero ya ha pasado.

—Es un poco de debilidad —agregó Ghita—. Desde hace unos días comes muy poco y yo creo...

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de la anciana, pero Ana no se apercibió.

—¿Qué crees? —preguntó la joven mientras se ponía una bata de franela y metía los pies desnudos en dos zapatillas de terciopelo bordado.

—Que estás en situación de aumentar la felicidad del conde dándole un heredero.

Ana miró a la anciana con ojos de espanto.

—¡No me lo digas, no me lo digas! —balbuceó con acento tan triste que impresionó a Ghita.

—¿Por qué? —exclamó esta—. ¿No te alegrarías de ser madre otra vez? ¿Temes que el conde, al ser padre retire su cariño a tu Teresa? ¡Vaya! tú conoces lo bastante a Pedro para saber que él no establecerá diferencia alguna entre tu hija y el heredero que llevara su nombre.

Ana se estremeció.

—Tienes razón —dijo—. Pedro es el mejor, el más generoso de los hombres y no sé cómo demostrarle mi reconocimiento, todo mi amor.

Y cogiendo las manos de la anciana, agregó:

—¿Crees que si yo muriese Pedro no abandonaría a Teresa?

Ghita tosió para disimular su emoción.

—¿Por qué hablas de muerte ahora? Estás en la flor de la juventud, de la fuerza.

—La muerte no respeta a nadie y no se puede predecir el porvenir. Pues bien, admitiendo el caso de que yo faltase, acuérdate de que he amado mucho a Pedro y a ti, de que he sufrido mucho en la vida sin tener nada que reprocharme, y de que a vosotros os confío mi hija.

Ghita se puso seria y mientras su enjugaba bruscamente una lágrima exclamó:

—¿Pero qué tonterías son esas? ¿Se te ha metido en la cabeza hacerme llorar esta mañana? ¿Has tenido alguna pesadilla esta noche?

—Sí, sueños muy pesados.

—¿Y tú das fe a los sueños? Te ruego que no digas nada a Pedro; se afligiría

demasiado. Precisamente ahora está contentísimo, preparándose para la gira en automóvil. Y tú también debieras estar contenta. A mí no me gustan esas máquinas infernales que corren como el viento y que dicen que son peligrosas, pero el conde asegura que no hay nada que temer, y tú que estabas tan entusiasmada con la compra del automóvil no debes de tener miedo.

—En efecto, no lo tengo —dijo Ana que iba recobrando su serenidad, su sangre fría.

La joven pasó después a su tocador, para que Ghita la peinase.

—Procura que el peinado sea muy alto —dijo a Ghita—, para que pueda taparse con la gorra de pelo.

La anciana que había recobrado su buen humor se echó a reír.

—Una señora no podrá nunca lucir su belleza en el automóvil —exclamó—. Con esas gafas que cubren los ojos, con la gorra de pelo, con el abrigo de pieles se está horroroso... ¿A qué hora vendrá el duque a buscarte?

—A las nueve —respondió maquinalmente Ana cuyo pensamiento estaba en otra parte.

—Abrígate bien el pecho para guardarlo del frío; la mañana es linda pero fría.

—Estate tranquila.

—¿Tú irás en automóvil con el duque?

—Sí.

—Este es uno que vale lo que tu marido. Yo le conozco desde hace varios años, y estoy segura de que después de Pedro, no hay otro hombre tan bueno, tan noble... ¡Si supieses qué caritativo es!...

Ana levantó bruscamente la cabeza y exclamó con violencia:

—¡Yo le encuentro odioso! Lo soporto sólo por amor a Pedro.

—No se lo digas al conde que le darías un disgusto —agregó Ghita bastante seria—. Esta mañana lo ves todo negro. ¿Qué encuentras en el duque de odioso?

—Que se asemeja mucho al hombre que en otros tiempos me causó tanto daño...

—¡Vaya, no digas eso! —exclamó en tono de recriminación Ghita—. ¿Comparas a un asesino con el duque? No digo que no haya alguna semejanza física entre ellos, pero serías injusta haciendo cargos por ello al amigo de tu marido y a un hombre amado por todos...

Ana guardó silencio. Si ella hubiese gritado: «El duque mismo me ha confesado que era él el hombre a quien la policía buscó en vano», Ghita y Pedro la habrían creído loca.

¿Tenía alguna prueba contra aquel miserable? ¡No; él triunfaría siempre!

La pobre joven apretó los dientes para no gritar.

—Tienes razón —dijo enseguida levantándose para abrazar a Ghita—, esta mañana soy mala para todos; perdóname y no hablemos más de ello. Ve a decir a Pedro que dentro de poco estaré dispuesta, y hazme preparar una taza de leche con cognac.



—¡Así me gusta! Sobre todo, cuando pacas mujeres hay en la tierra tan amadas como tú.

Y la vieja después de besarla afectuosamente abandonó la estancia.

Entonces Ana se dejó caer sobre una butaca y lloró.

Pero aquel llanto no duró mucho. Había de jugar una terrible partida aquel día y necesitaba de toda su fuerza de ánimo.

Se vistió febrilmente y ocultó en el bolsillo interior del abrigo un afilado puñal que había tomado el día antes de la sala de armas del duque. En aquel momento llamaron a la puerta del cuarto tocador.

Era Pedro.

—¿Estás ya completamente vestida? —dijo él estrechándola contra su pecho y besándola en la boca—. ¿No almuerzas conmigo?

—Beberé solamente una taza de leche —respondió Ana devolviendo el beso a su marido.

—Es poco, querida. Y aunque para el trayecto preparé *sandwichs*, te aconsejo sin embargo, que tomes ahora también un par de huevos.

—Lo haré por complacerte.

—¡Qué espléndido día hace y qué contento estoy de este proyecto de paseo! ¿Y tú?

—Lo estaría si fuese en tu compañía.

—Prefiero que vayas con Mauro que es mejor *chauffeur* que yo.

—¿Y qué me importa? Me habría sido más grato ir a tu lado.

—Yo también te preferiría a ti a la locuela de Blanca, pero hay conveniencias sociales de las que no se puede prescindir, sin exponerse al ridículo.

Ana dominó su emoción.

—Tienes razón como siempre —dijo con dulzura—. Perdóname, y ten presente que mi pensamiento es para ti.

—¡Como el mío no te abandonará nunca!

Se abrazaron tiernamente y bajaron unidos al comedor porque el conde al levantarse almorzaba fuertemente.

Ana había recobrado su alegría: en sus ojos centelleantes había una expresión de audacia, de resolución no habitual en ella.

Se puso a hablar atolondradamente; y después rodeando con sus brazos el cuello de su marido, besó a este con efusión.

—¡Te amo! —le susurró con voz vibrante—. Acuérdate de que ninguna mujer te ha amado tanto como yo.

Una alegre carcajada interrumpió aquel desahogo de Ana, que se separó de su marido pálida, agitada por un estremecimiento nervioso.

En la sala había entrado Blanca seguida de su marido.

—¡Bravo!, ¡bravo! —exclamó la duquesa batiendo palmas—. Les sorprendemos en pleno idilio... Mauro y yo no estamos tan expansivos ¿verdad?

—Me calumnias, Blanca —respondió su marido sonriendo—, y te calumnias tú misma. Pero dejemos esto, he examinado tu automóvil Pedro, y está perfectamente.

—¿Te fías de mí, Blanca? —preguntó riendo el conde que se había levantado de la mesa—. ¿No te disgusta separarte de tu marido por algunas horas?

Blanca reía al par de él.

—¡Oh! yo no soy tan sentimental como Ana —respondió—. Amo a Mauro, pero no tengo para él zalamerías. Es verdad que no siempre las mujeres que miman a su marido son las más fieles. Y no te aludo a ti, Ana, porque tú eres una excepción de la regla.

Ana sentía sus nervios crisparse pero aparentemente estaba tranquila.

—Te agradezco —dijo sonriendo—, la buena opinión que has formado de mí, y la cual te juro no es inmerecida.

El duque estaba en ascuas: si con la mirada hubiese podido matar a Blanca, lo habría hecho sin titubear.

—El tiempo pasa —dijo—, y ya es hora de marchar.

—Sí, sí, vamos a acabarnos de arreglar —exclamó Pedro saliendo del comedor seguido de Ana.

Cuando quedaron solos, ni el duque ni su mujer se dirigieron la palabra.

Mauro se acercó a la ventana para mirar los automóviles ya preparados ante la quinta, y Blanca se puso la máscara de automovilista, canturreando entre dientes.

Ana y su marido comparecieron enseguida. Cinco minutos después la condesa ocupaba un asiento en el automóvil del duque, a la vez que Blanca subía al del conde.

—Nosotros vamos delante según lo concertado, Pedro —gritó Mauro que había recobrado su habitual buen humor—. Recuerda nuestra apuesta.

—No la olvido —respondió Pedro—, aunque estoy seguro de perderla; adiós, Ana.

—Adiós, Pedro.

El automóvil del duque se alejó un centenar de metros, sin que el del conde se pusiese aún en marcha.

Ana envuelta en su abrigo, pálida como una muerta, bajo la máscara, guardaba silencio, pero sus ojos miraban con tan dura expresión, con tanto odio al duque, que de notarlo este, habría comprendido que era vana toda esperanza de poseer a aquella mujer.

El automóvil del duque corría como el viento, obligando a saltar a tierra a los cocheros para sujetar a los caballos espantados, y haciendo renegar a los labriegos y a los carreteros que seguían a la poderosa máquina con una mirada de indignación apretando los puños.

Ana se volvió varias veces para ver si el otro automóvil les seguía, pero no vio nada.

Habían llegado a un larguísimo camino flanqueado de bosques, cuyos árboles casi todos desnudos, daban un aspecto triste al paisaje.

El duque que había acortado la marcha del automóvil, volviéndose hacia Ana por primera vez habló:

—¿Qué ha decidido Natalia? —dijo con voz conmovida.

—He decidido morir —respondió Ana con firme acento.

Mauro se estremeció.

—¿Morir antes que pertenecerme? —exclamó—. ¿Así pues, le doy horror?

—Sí, me inspira horror —repitió con calma Ana—, y creo que si sus labios rozasen no más los míos, caería como herida por un rayo. Pero prefiero matarme yo, esperando que mi muerte baste para satisfacerle y respete a mi marido y a mi hija que no le han causado ningún daño, que son inocentes.

El automóvil había llegado a una amplia explanada, desierta, desde la cual se dominaba la pendiente rapidísima que formaba el camino. Al final de la pendiente, en una curva había una alta pared que servía de cerca a un vedado.

El duque detuvo el automóvil y se quitó la máscara imitando a Ana.

Su rostro aparecía cadavérico, pero los ojos centelleaban en sus órbitas profundas.

—Natalia —agregó gravemente—, su muerte no haría más que destruir el último sentimiento de piedad que queda en mi alma... Natalia, usted ha sido el único sueño que he acariciado en mi vida. Ni los años transcurridos, ni sus otros amores, ni sus desdenes han podido calmar mi pasión terrible, gigante, capaz de vencer todos los obstáculos. He luchado, se lo juro, para olvidarla: no lo he conseguido. Pero se lo repito: no quiero poseerla por la fuerza; quiero que se me entregue por amor... Deme una palabra de esperanza, dígame que algún día pondrá fin a mi martirio, entregándoseme confiada... y yo le juro que no intentaré nunca nada ni contra usted, ni contra los suyos...

—No prometo lo que no puedo cumplir —dijo sombríamente Ana—. Cuando le miro me parece ver a sus espaldas, a mi pobre Vital, guillotinado por su causa, y entonces me pregunto cómo Dios le deja vivir triunfante... Nunca, óigalo, bien, nunca mis manos puras se unirán con las tuyas; pero si su monstruoso amor por mí es verdadero, tome en holocausto mi vida, no mi honor, y respete a los otros.

Ana quedó aterrada al ver la expresión de las miradas del duque.

—¡Insensata, no lo espere! —dijo este—. Si se mata haré público su nombre, arrastraré a su marido al banco de los acusados, por complicidad en una usurpación de estado civil, y me apoderaré de su hija, de Teresa para dentro de algunos años convertirla en mi amante.

Ana creía enloquecer. El miserable triunfaría siempre, mientras sembraba a su alrededor desastres, escándalos, ruinas.

No, no, era demasiado, no podía permitirlo. Su mano derecha buscó el mango del puñal que llevaba oculto en el abrigo. Lo empuñó frenéticamente y se puso en pie.

El duque la miró estupefacto.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Trato de ver al otro automóvil.

—No lo verá; Pedro ha seguido otra dirección; hemos hecho una apuesta. Vuélvase a sentar y, respóndame Natalia: ¿me quiere ángel o demonio?

—¡Le quiero matar, vengando a todas sus víctimas!

Mauro hizo un movimiento hacia ella y el abrigo de pieles se abrió dejando al descubierto la malla de lana negra que le cubría el pecho.

Y antes de que tuviese tiempo de descubrir el puñal que Ana tenía en las manos y de ponerse a la defensiva, se sintió herido de muerte. Lanzó un rugido espantoso y cayó contra la rueda de la máquina vomitando sangre.

Ana no perdió su sangre fría: puso el automóvil en marcha imprimiéndole toda la velocidad que alcanzar podía, sin frenar en la pendiente y con una tranquilidad pasmosa.

Y mientras la poderosa máquina se precipitaba por la pendiente e iba a estrellarse contra la pared del vedado, Ana gemía desgarradoramente:

—¡Dios mío, perdóname! ¡Dios mío, ten piedad de mi alma!

## VI

El automóvil del conde partió a menor velocidad que el primero.

—¿No seguimos su camino? —preguntó Blanca alegremente al ver que tomaban una dirección distinta a la seguida por el automóvil de su marido.

—No —respondió con igual jovialidad el conde—. Hemos hecho una apuesta Mauro y yo: él me ha dejado a mí el camino más corto asegurando que aun llevando mi automóvil a la misma velocidad que el suyo, él llegará antes al punto convenido.

—Mauro se burla de nosotros y a menos que nos suceda algún percance en el camino, llegaremos antes que ellos.

El conde conducía el automóvil con suma prudencia, pues no estaba muy seguro de sí mismo como *chauffeur* y no quería atropellar a nadie. Durante unos minutos Blanca y Pedro guardaron silencio, pero de repente la duquesa exclamó con gravedad:

—Ha de saber Pedro, que hace mucho tiempo que soñaba con una ocasión como esta para que hablásemos sin testigos.

El conde miró sorprendido a su interlocutora.

—Blanca, niña mía —dijo paternalmente—, ¿qué cosa tan grave tienes que decirme, que no pueden conocerlas ni el duque ni tu madre?

—Quiero ante todo hacerle una pregunta —dijo la joven mirando fijamente al conde—. ¿Ha leído las cartas de su madre que yo le envié el día de su matrimonio?

El conde se ruborizó como un muchacho pero era incapaz de mentir.

—Perdóname, Blanca —respondió—, el hombre feliz es un completo egoísta. En la embriaguez del momento no di a tu don el valor que tenía: las cartas están aún guardadas intactas en el cofrecito.

—¡Me lo había imaginado! —exclamó Blanca—. Por aquella mujer se olvidó usted hasta de su madre.

La frase impresionó de tal modo al conde, que esto paró el automóvil bruscamente.

Se encontraban entonces a pocos pasos de una de esas ventas del campo que en el invierno están casi siempre desiertas.

—Blanca —dijo Pedro conmovido—, ¿eres tú la que hablas en esa forma, haciéndome recriminaciones tan injustas?

—Pedro, ha llegado la hora de las explicaciones —exclamó la duquesa—. Pero no podemos hablar aquí, en medio del camino. Descendamos en esa venta y pidamos una habitación para conversar libremente.

Blanca hablaba con tal firmeza, que el conde se desconcertó y por toda respuesta dirigió el automóvil a la puerta, del establecimiento cuya dueña había salido de la venta atraída por el ruido de la máquina.

—Descendamos —dijo Pedro con tono resuelto.

Blanca no se lo hizo repetir y saltó apresuradamente a tierra.

Él la imitó y dirigiéndose al ventero, dijo:

—Queremos descansar un cuarto de hora. ¿Puede poner en lugar seguro el automóvil?

—Déjelo donde está, que ya cuidará mi hija de que no se le acerque nadie —respondió el ventero saludando profundamente—. ¿Quieren una alcoba, o una salita?

—Una salita —respondió vivamente el conde—. Y tráiganos una botella de Jerez y unos bizcochos.

—Muy bien; vengan conmigo.

El ventero les condujo a una salita del primer piso cuya estufa fue a encender.

—No la encienda —exclamó Blanca—, con estas pieles no sentimos el frío.

El conde se había quitado la gorra y su bello y varonil rostro aparecía bastante contraído.

Mientras Blanca se sentaba a una mesita, Pedro se acercó a la ventana e hizo como si mirase al campo.

Pero en realidad no veía nada.

La extraña conducta de Blanca le tenía hondamente preocupado.

El ventero llevó el Jerez y los bizcochos y enseguida se retiró cerrando tras sí la puerta.

Entonces el conde sentose al lado de Blanca y con voz alterada dijo:

—Ya estamos solos. ¿Quieres explicarte?

—Estoy pronta —respondió Blanca levantando su encendido rostro—. Si hubiese leído usted las cartas de su madre, yo no tendría que sonrojarme en este momento haciéndole una confesión, pero esta es necesaria, porque le hará comprender el interés que me tomo por todo lo que a usted concierne. Pedro, usted ha sido mi primero, mi único amor.

Aquel hombre tan fuerte, tan animoso tembló como un niño.

—¿Blanca, tú?

—Sí, yo le he amado desde que iba al colegio a visitarme —exclamó con ardor la joven—. Y mi amor por usted aumentó al conocer los proyectos de su madre que deseaba nuestra unión.

—Mi madre no me habló nunca de ello.

—Es verdad: aguardaba a que yo estuviese en edad de tomar estado, pero entretanto escribía a mi madre no hablándole más que de mí, como si yo fuese ya su nuera y llevase su nombre.

Pedro turbado, apoyaba el codo en la mesita y la frente en la mano.

Blanca siguió impetuosa:

—El querido y puro sueño de mi juventud se desvaneció para siempre. Su madre murió y la mía no tuvo valor para revelarles francamente la verdad. Yo era demasiado orgullosa para mendigar amor y aguardaba a que usted me comprendiese.

—Siempre te he mirado como si hubieses sido mi hija y nunca pude soñar que tu corazón tan joven, tan fresco, pudiese latir de amor por mí.

—Mi corazón solo palpitaba por usted. Yo soñaba con ser su amante apasionada, su idolatrada esposa. Por las noches, cuando estaba despierta, en la penumbra de mi dormitorio veía aparecer su imagen, tan bella, tan leal y me decía con orgullo que usted sería mi marido y yo haría honor a su nombre. Así se fue engrandeciendo el sueño que truncó usted de un golpe con el anuncio de su matrimonio. Sin embargo, en presencia de usted no vertí ni una lágrima y ni mi madre siquiera se apercibió de la herida profunda que yo tenía en el alma. Accedí a casarme con el duque al que entonces no amaba y ahora odio, para que usted no notase mi decepción y mi única venganza fue enviarle las cartas de su madre.

Pedro gimió dolorosamente.

—Blanca, ¿por qué me dices hoy todo esto? —murmuró.

La duquesa acercó su silla a la de él, y dirigiéndole una mirada tan intensa, tan apasionada que le hizo estremecer, respondió:

—Porque hoy tengo la prueba de que la mujer que ha ocupado mi puesto, aquella por quien desdeñome, le engaña.

—¡Mientes, Blanca! —gritó el conde.

La joven se puso lívida como una muerta.

—Su madre —dijo—, no me habría insultado así. Ella me conocía lo bastante para saber que mis labios no se han manchado nunca con una mentira. Pero si usted no me cree callaré... y aquella mujer que es indigna de llevar su nombre, seguirá faltándole impunemente.

Pedro exclamó con violencia.

—¡Las pruebas... las pruebas de tus acusaciones!...

—Aquí están —dijo Blanca poniendo sobre la mesa el pañuelo y una esquelita—. Esta la he encontrado en uno de los bolsillos de la americana de mi marido, y el otro fue hallado en el carruaje que llevó a Ana a una cita con el duque.

Pedro cogió la esquila con mano temblorosa y conoció la letra de su mujer.

Se puso lívido, se sintió morir, pero conservó en apariencia su calma y leyó:

El sábado iré: es usted siempre el más fuerte, y me ha vencido una vez más. En nuestra entrevista le diré lo que he resuelto para acabar con esta situación, que a los dos nos es odiosa. Hasta la vista.

Blanca contemplaba el rostro de Pedro que iba descomponiéndose a pesar de los esfuerzos que él hacía por permanecer tranquilo.

De repente la joven le echó los brazos al cuello y con voz llorosa le dijo:

—¡Perdóneme, perdóneme! Hubiera debido callar: no son los celos los que me obligaron a obrar de esta manera; ¡sufría mucho al verle engañado, yo que hubiera querido que fuese tan feliz!...

Una lágrima escapó de los negros ojos del conde; pero aquel hombre recto, inflexible en cuestiones de deber y de honor, recobró enseguida el dominio que tenía

sobre sí mismo, y acercando sus labios a la frente de la duquesa le dijo:

—Blanca, hija mía, yo no estoy enfadado contigo, muy al contrario, te agradezco con toda el alma el haberme abiertos los ojos, sobre la traición que estaba lejos de aguardar y cuya revelación me ha herido de muerte por un momento. Pero la fuerza del dolor ya pasó, y puedo hablar contigo que eres mi compañera en la desgracia. Si tú no amas al duque, llevas su nombre y has sabido respetarlo, con la fuerza de voluntad que has heredado de tu madre, y tenías derecho a que Mauro te fuese fiel. En cuanto a aquella mujer, tuve la debilidad de amarla, después de haberla salvado con la vida la honra, y escuchando la voz del corazón le he dado mi nombre... y ella me ha recompensado con la más vil y la más infame de las traiciones. Si me hubiese dejado guiar por el odio que hierve dentro de mí, los hubiese matado, pero el escándalo nos envolvería a los dos, mi pobre Blanca; y yo quiero evitar, sobre todo por ti, el ridículo y la vergüenza. Seamos fuertes querida niña, y busquemos el medio de vengarnos sin ruido y sin despertar en ellos ninguna sospecha hasta el momento oportuno, en que podremos herirles sin compasión. ¿Me apruebas?

—Yo haré todo lo que usted quiera: ahora no son secretos mis sentimientos: usted es lo que amo más en el mundo, y si debiera morir con usted, lo haría sin vacilar sintiéndome feliz.

El conde sentía calmarse su dolor frente a aquella confesión ingenua que creía era sincera.

Y pensaba que él había mirado a Blanca como una niña, y no se había cuidado nunca de ella ni de sus sentimientos.

Pedro le estrechó la mano con fuerza.

—Gracias —dijo con dulzura—, tus palabras me producen un gran consuelo, y el recuerdo de tu cariño me sostendrá en la lucha que está para empezar: energía Blanca; te lo repito otra vez: procuremos no atraer hacia nosotros la mirada de aquellos dos miserables: cuando llegue el momento de herir, te avisaré. Por ahora obra tú como yo: es preciso fingir y dejar que se engañen, pues así de un momento a otro ellos mismos confesarán su culpa y su vileza.

—Usted da las órdenes, yo lo obedeceré.

El conde se había levantado.

—Ahora vamos a su encuentro y déjame a mí la carta y el pañuelo.

—Son de usted.

Se miraron tristemente; después Blanca se arrojó otra vez en sus brazos.

—Repítame —dijo convulsivamente—, que no está enfadado conmigo.

—No, Blanca no, puedes estar segura —respondió Pedro con suma dulzura—. Puedes confiar en mi corazón, que aunque desgarrado, aún conserva ternura para ti.

Blanca le besó con una pasión que lo conmovió.

Pocos minutos después subían al automóvil con la cara cubierta.

Durante el viaje se pusieron de acuerdo, adoptando un plan de conducta para lo sucesivo, y cuando llegaron al sitio de destino, estaban perfectamente serenos, y en



condiciones de poder afrontar cualquier investigación de Mauro y de Ana.

Aún no había llegado el automóvil del duque.

—Veo que les hemos precedido —dijo Blanca vivamente.

—Se habrán detenido en algún hotel —dijo con una sonrisa dolorosa Pedro.

—¿Qué debemos hacer?

—Esperarlos.

Aún no habían parado el automóvil, cuando vieron un jovencito que corría velozmente en una bicicleta en dirección a ellos.

Cuando estuvo junto al automóvil se paró.

—Dispéñense —dijo—. ¿Sabrían indicarme la casita más próxima de los «carabinieri»?

—Lo ignoro —respondió Pedro—. ¿Ha sucedido alguna desgracia?

—Un automóvil igual al vuestro, ha chocado contra un muro y se ha destrozado. Parece que hay dos muertos.

Pedro y Blanca lanzaron un grito.

—¿Un automóvil destrozado? ¿Dos muertos? —repitió despavorido el conde—. ¿Dónde ha sucedido la desgracia?

El joven indicoles el sitio; y el conde y la duquesa cambiaron una mirada.

—Vamos a verlos —dijo Pedro.

Apenas el automóvil se puso en marcha, añadió gravemente:

—¡Si son ellos, si la justicia divina les ha castigado antes que nosotros, juro que los perdonaré!

—Y yo también —dijo Blanca conmovida.

Cuando llegaron al lugar de la catástrofe, se estacionaba ya en él una multitud de aldeanos que miraban los pedazos del automóvil, el aceite y la bencina esparcidos por el suelo, y una larga mancha de sangre, entregándose a miles de comentarios.

Blanca y el conde descendieron y se enteraron de que las dos personas que se hallaban en el vehículo, habían sido transportadas sin conocimiento y ensangrentadas a la quinta del comerciante Rinetto que habiendo ido por géneros, y a tiempo de subir en el coche para regresar a la ciudad, había sido espectador de la desgracia sin poderla evitar.

Después puso toda la quinta a disposición de las víctimas; pero como cuando fue transportado el hombre vio que este tenía una herida en el pecho, no producida por una caída, sino por un puñal que encontraron entre el abrigo de pieles, lo que hacía suponer que en vez de una desgracia casual, se trataba de un crimen, mandó aviso a la autoridad.

—¿Pero el hombre está muerto? —dijo el conde.

—Unos dicen que sí y otros que no —le respondieron.

—¿Y la mujer? —dijo a su vez Blanca.

—Ella dicen que aún vive.

La duquesa y Pedro, dejaron su automóvil custodiado y se dirigieron a la quinta.

Antes se levantaron el antifaz.

—¿Qué le parece Pedro? —murmuró Blanca apoyándose en su brazo porque se sentía desfallecer.

—No comprendo nada. ¿Quién habrá cometido el delito? ¿A quién culpo?

—En breve lo sabremos: ¿piensa guardar el incógnito?

—No, porque es preciso por ahora obrar como si ignorásemos las relaciones de los dos culpables.

—Lo mismo pensaba yo.

Blanca y Pedro sentían la más viva ansiedad conforme se iban acercando a la quinta.

Junto a la puerta había dos hombres empleados de la casa, para impedir la entrada a los curiosos.

—¿Está el señor Rinetto? —dijo el conde acercándose.

—No, señor —respondió uno de los hombres—. El amo ha marchado en su coche a buscar un médico.

—No obstante, desearíamos entrar a ver a los dos heridos —dijo el conde—, porque, por los restos del automóvil abrigo la seguridad de que se trata de mi esposa.

—Y de mi marido —agregó Blanca—, que debíamos juntarnos en Aglié.

Después de un ligero conciliábulo, uno de los hombres acompañó al conde y a la joven duquesa al interior de la quinta.

El duque estaba tendido sobre un bajo y largo diván de un saloncito encantador, de la planta baja, casi a la entrada de la casa.

Le habían desabrochado la ropa para contener la sangre del pecho: y aunque el corazón latía, el duque permanecía con los ojos cerrados, inmóvil como un muerto.

—¡Es él, es él! ¡Mauro, Mauro! —exclamó Blanca inclinándose sobre aquel cuerpo ensangrentado—. ¿Es posible que te vea así, cuando esta mañana estabas lleno de vida y de alegría?

Mientras la joven se desahogaba así, entre los murmullos de piedad de algunas mujeres que les habían seguido hasta el salón, el conde acompañado del criado, subía a la alcoba donde estaba Ana. Era una habitación elegantísima y el lecho ancho y bajo, estaba forrado de raso celeste.

También le habían sido desabrochadas las ropas a Ana pero no la habían desnudado. Con la frente vendada, se quejaba, sin abrir los ojos, ni hacer ningún movimiento.

Pedro tenía un temperamento fuerte: no dio un solo grito; declaró que la señora era su esposa y permaneció junto al lecho, triste y meditabundo. Cuando supo que había llegado el señor Rinetto, que precedió al médico, fue a su encuentro para presentarse, dándole las gracias por la hospitalidad.

—No hubiese querido hacerlo en tales circunstancias —respondió conmovido el comerciante—. De todos modos, mi casa y mis dependientes están a su disposición.

Llegaron al mismo tiempo que el médico, el juez, el escribano un oficial de

«carabinieri», y dos militares.

Primero examinaron al duque, y se confirmó la existencia de la herida de puñal en el pecho.

—Esta lesión fue producida antes de la catástrofe —dijo el médico—. Pero si el duque ha sido herido por sí mismo o por mano ajena, esto no podemos saberlo más que por él.

El conde había reconocido el puñal; pero permaneció mudo y dejó que lo guardasen.

La duquesa miraba con ojos de espanto al médico.

—¿Cómo podría un asesino herirle en el automóvil? —balbuceó—. Y por otra parte, ¿cómo mi marido habría intentado suicidarse?

El médico no podía responder a punto fijo.

Desnudo el duque, se vio que tenía una fuerte contusión en el costado derecho y otra en el muslo del mismo lado; nada más.

—El mal no es grave por la caída —dijo el médico—, pero temo que la herida sea mortal: la sangre perdida le hace delirar y aunque vuelva en sí, no se encontrará por ahora en disposición de dar ninguna explicación.

—¿No será posible llevarle a casa? —dijo la duquesa.

—No, sería demasiado peligroso moverlo en este momento; recetaré la medicina que se le ha de administrar y recomiendo mucho silencio a su alrededor; bastará una sola persona en la habitación.

—Estaré yo —dijo la duquesa.

El conde hubiese querido intervenir para sustraer a la joven a aquel doloroso espectáculo y a la curiosidad de los presentes, pero una mirada de Blanca le hizo desistir.

Pedro salió para ver a la condesa. Ana presentaba una gran herida en la frente, y la pierna derecha fracturada. Además, el médico temía una lesión interna.

No era allí posible en aquel momento, saber por ella los particulares de lo sucedido que se hallaban envueltos en el más profundo misterio, como asimismo transportarla a otro punto.

El conde y la duquesa interrogados por el juez, hicieron la misma declaración.

Hacía días que habían proyectado aquella gira en automóvil haciendo una apuesta.

La condesa iría en el automóvil guiado por el duque, que había escogido el camino más largo para llegar al sitio convenido; la duquesa iría en el automóvil guiado por el conde que seguiría el camino más corto. Los dos automóviles eran de la misma fábrica y de la misma fuerza, pero el duque aseguraba que aunque hubiese doble camino llegarían al mismo tiempo. Y por eso se separaron.

El conde y la duquesa, aseguraron que los dos heridos estaban alegres al separarse de ellos, y no sabían explicarse la causa de la catástrofe imprevista y mucho menos, la herida del duque.

Presentáronles el puñal todavía ensangrentado; el conde lo tomó en su mano para examinarlo, y fingiendo un movimiento de sorpresa dijo:

—Pero este puñal es mío; le vi ayer en mi sala de armas y esto me parece inexplicable.

Era necesario procurar que los heridos recobraran el conocimiento; pero ni el duque ni Ana volvían en sí, no hallándose en estado de hablar.

Ana era presa de una fuerte fiebre acompañada de delirio, tanto que impedía colocarle un aparato en la pierna, y habían sido llamadas dos enfermeras y una monja para asistirle.

El duque había tratado de pronunciar algunas palabras, pero una oleada de sangre que afluyó a su garganta hizo temer durante un instante por su vida.

El juez y el escribano, después de haber hecho su información, fueron a ponerse de acuerdo con la autoridad de Torino sobre lo que había de hacerse.

El conde hizo llamar a su médico y le advirtió que permanecería en la quinta, limitándose a enviar un recado a Ghita para advertirle de su ausencia y de la de Ana por algunos días, sin decirle lo ocurrido.

El automóvil destrozado del duque y el del conde, fueron retirados por el señor Rinetto.

Blanca decidió marchar a su casa para avisar a su madre política con las debidas precauciones.

Mientras arreglaban el coche que debía conducirla, tuvo una entrevista con Pedro pues deseaba ponerse de acuerdo con él, sobre lo que había de hacerse.

—¿Qué piensa de lo que ha ocurrido? —dijo la joven duquesa al conde.

—No comprendo nada —respondió Pedro—. ¿Quién ha herido a Mauro? ¿Cómo ha ido el automóvil a estrellarse contra aquella pared? ¿Qué drama se ha desarrollado entre mi esposa y tu marido? Por ahora es todo un misterio...

—Un misterio —agregó Blanca—, que debe probarnos las relaciones que existían entre ellos; pero por la honra de nuestra casa, por mi madre, por la del duque, nosotros seguiremos fingiendo que lo ignoramos todo.

—Hasta que lo sepamos y castigemos —interrumpió el conde—. Y aun cuando el estado de Ana me infunda piedad y el del duque me conmueva, si vivieran, sabría vengarme sin recurrir a la justicia de los hombres.

—¿Y si ellos mismos buscaran el escándalo?

—¡Lo habría! En lo sucesivo nada me arredrará; tú me has prometido imitarme.

—Mi voluntad es la suya, y yo sufro por usted.

Pedro le dirigió una mirada paternal, y besándola en la frente, le dijo:

—¡Gracias, hija mía! Tu cariño es mi único consuelo en este momento, lo único que me presta energía y me ayuda a soportar la existencia.

## VII

A Mugheta que no comprendía lo infame de su conducta, ni aun le pasó por el pensamiento que su revelación a la joven duquesa, pudiera producir una catástrofe. Ella se decía que Blanca era demasiado orgullosa para dar un escándalo y que se habría limitado a humillar a su rival, devolviéndole el pañuelo encontrado en el coche, y que le había costado muy caro.

La cortesana se afirmó en su opinión, al ver que pasaban los días y nada anormal ocurría en la casa del duque de Vulman ni en la del conde De Malin, porque los había visto dos veces juntos en el automóvil en la más perfecta armonía. Y la perversa criatura, sin conciencia, se hubiese decidido a no pensar más en lo pasado, satisfecha de su venganza por una parte y por otra porque en aquellos días tenía relaciones con un elegante y rico joven americano, que hacía ostentación de espléndidas joyas, al cual había conocido una tarde en el teatro *Alfieri*, si una mañana a las once cuando aún se hallaba en el lecho, después de haberse bebido una taza de café con dos huevos batidos, no hubiese leído en un diario esta ruidosa noticia:

### UN ASESINATO EN AUTOMÓVIL *Un drama sensacional en la alta sociedad*

No hay en Torino quien no conozca al duque de Vulman y al conde De Malin, los apasionados *sportmens*, los audaces automovilistas, los benéficos aristócratas acérrimos administradores de diferentes Juntas de beneficencia que tanta estimación y simpatía habían conquistado en esta ciudad. Los dos amigos —porque de muchos años los dos aristócratas se han demostrado una franca y fraternal amistad— salieron anteayer, cada uno en su automóvil; pero con el duque iba la condesa De Malin, y con el conde la duquesa Blanca. Los dos habían decidido llegar hasta Aglié por diferentes caminos, y el duque había apostado que, aun cuando escogiese el camino más largo llegaría al mismo tiempo que su amigo.

Pero cuando la duquesa y el conde llegaron al lugar destinado no los hallaron, y en tanto que esperaban la llegada de los otros, fueron a advertirles de que el automóvil del duque, en una bajada rápida había ido a estrellarse contra un muro, y que la condesa De Malin y el duque de Vulman, habían sido recogidos en la quinta del conocido y rico comerciante señor Rinetto, gravemente heridos, tanto que esperaban de un momento a otro que falleciesen.

Esta es la primera versión.

Más tarde se supo, con profundo estupor, que el duque, además de las contusiones producidas por la caída, tenía en el pecho una herida mortal, producida por una puñalada. ¿Por quién había sido herido? ¿Qué drama se había desarrollado en el automóvil del duque? Es el argumento de una verdadera novela moderna y nosotros lo relatamos tal como lo hemos sabido y con todos los detalles recogidos por nuestro habilísimo *reporter*.

Cierto que nuestros lectores no habrán olvidado la conmovedora historia, relatada por nosotros hace dos años, sobre cierta Natalia Bracco, viuda de un ajusticiado, torinense de nacimiento, que rechazada por su familia, en lucha con la miseria y presa de la desesperación, había buscado la muerte en las aguas del Pó con su hija, dejando una carta sobre los motivos de su muerte, y a la que todos dieron fe, si bien no fueron hallados los cadáveres.

Aquella mujer no se había suicidado con su hija, y había querido simplemente despistar a su familia y a la autoridad.

Conviene notar que cuando Natalia Bracco llegó a Torino, con su hija, tuvo ocasión de conocer al duque de Vulman, quien se interesaba mucho por la desgraciada, y después de socorrerla con dinero, le entregó una carta de recomendación para el conde De Malin de quien esperaba la escuchase en su deseo, de meter en un

asilo a su hija y recomendar a ella a una dama caritativa para que le buscara trabajo.

El duque de Vulman supo por su amigo, que ninguna mujer se había presentado a él con su carta y los diarios publicaron después la noticia del suicidio de su recomendada con la niña. Al duque le parecía extraño que no se hubiesen hallado en el Pó los restos de las dos desgraciadas pero acabó por creer en el suicidio, porque la mujer y la niña, habían desaparecido misteriosamente.

Pasó un año. El duque de Vulman que había olvidado por completo aquel episodio se había ausentado de Torino para arreglar unos asuntos, pues como es sabido, su madre posee muchas haciendas en Alemania. A su regreso supo que el conde De Malin se había retirado de la sociedad, enamorado perdidamente de una joven viuda madre de una niña y sobrina de una vieja criada de su casa.

La viuda había sido admitida en casa del conde en calidad de camarera y la niña fue puesta en un colegio. El duque trató de ver a su amigo por conocer también a la mujer que lo había fascinado, pero no pudo conseguirlo: el conde no recibía a nadie.

Entretanto el duque se comprometía con la señorita Palma; y esta a la que el conde De Malin, amaba como a una hija porque la había manoseado desde chiquita, habló a su prometido con gran entusiasmo de la *belleza rubia* de Ana Malvan, a la que ella y su madre habían conocido en casa del conde.

La boda del duque tuvo lugar al tiempo de la del conde: los dos amigos cambiaron los regalos con las respectivas prometidas; pero no pudieron verse hasta algunos meses después del matrimonio. Cuando el conde se decidió a abrir los salones de su espléndido hotel, donde presentó a su esposa en sociedad.

La condesa De Malin obtuvo un triunfo extraordinario por su hermosura, su carácter, y su gracia; pero cuando le fue presentado el duque, no pudo sostener su mirada, y alegando un ligero malestar se retiró por algunos momentos a sus habitaciones. El duque de Vulman a primera vista había reconocido en la condesa, a la fingida suicida, la desaparecida Natalia, a pesar de que ella se había cambiado el color de su cabellera y estuviese más gruesa.

Pero el duque se guardó bien de hablar, antes de estar verdaderamente convencido de que no se engañaba por una rara semejanza no acertando a comprender cómo aquella mujer había podido casarse bajo el nombre de Ana Malvan.

La ocasión no se hizo esperar. Hallándose solo con ella, que siempre le había esquivado, el duque le dijo en tono amenazador:

—Usted es Natalia Bracco; no lo niegue, porque será peor para usted.

La condesa viéndose descubierta, cayó de rodillas delante del duque, le suplicó que callase y le dijo que a él revelaría la verdad.

En consecuencia acordaron más tarde encontrarse en la hacienda del aristócrata en la casita del guardacaza, cuyo hijo que está afiliado a la policía de Londres, se hallaba allí con permiso, y había conocido a Natalia Bracco en Londres, donde ella había estado algún tiempo con su marido. El duque quería que el hábil policía asistiese a la confesión de la condesa, para depurar la verdad, no pudiendo soportar la idea de que su más estimado amigo fuese víctima de una audaz aventurera.

La condesa fue al lugar convenido y sola con el duque empleó todos los medios de seducción para conquistarlo antes de hacer la confesión prometida. Pero el duque indignado, la obligó a revelar sus detestables intrigas, urdidas para hacerse pasar por sobrina de la vieja criada del conde y casarse bajo el nombre de Ana Malvan.

La condesa procurando sofocar su rabia, explicó con voz convulsa cómo había conocido a Ana Malvan, la cual le dijo que muerto su marido y una niña que tenía y ella tísica, en vez de trasladarse al país natal había preferido dirigirse a Torino donde tenía una tía sirviendo al conde De Malin; dándole en fin todos los detalles de su vida íntima. La condesa agregó que estaban en la misma casa, en la misma habitación, y que a la noche Ana fue presa de una hemorragia que la ahogó en pocos minutos. Antes de pedir ayuda, Natalia robó los papeles de la desgraciada; después corrió a decir a la pupilera, que su compañera a la cual no conocía ni aun de nombre, debía de estar enferma porque la había oído quejarse. La pupilera tampoco conocía el nombre de la desgraciada Ana porque no se lo había preguntado por la noche cuando llegó, ignorando también el de Natalia.

La pupilera avisó a un guardia quien llegó junto con un médico que certificó la defunción de la infeliz mujer. Le registraron sus ropas y el baúl, pero no se halló cosa alguna que pudiese identificarla. Natalia interrogada, dio falsas indicaciones de su compañera de pocas horas sobre el nombre y país que la había oído pronunciar, y en cuanto a sí, declaró audazmente llamarse Ana Malvan, viuda con una niña; quiso presentar documentos pero no le revisaron ninguno. Así la verdadera Ana Malvan, fue enterrada como una desconocida de quien nadie hizo averiguaciones, y Natalia cambiando de vivienda, alteró el color de su cabellera y se presentó a la vieja Ghita como sobrina. La honrada mujer no dudó al oír hablar de su país y de ciertos particulares de la vida pasada que una extraña no podía saber, acogiendo a la viuda y a la niña con los brazos

abiertos.

En tal forma se había insinuado Ana junto al conde, con quien había logrado casarse.

El duque después de haber oído fríamente el relato, le dijo que no quería ser cómplice de semejante engaño.

—Confiéselo todo a Pedro —agregó—. Si él la perdona, yo le juro callar.

Natalia no quería prestar oído a sus manifestaciones y el duque la amenazó con descubrirlo todo.

Ella sabía que hablando el duque se vería despreciada, deshonrada de nuevo en el arroyo con su niña, y buscó el medio de evitar su ruina y su vergüenza.

Pidió tiempo para reflexionar, y el duque se lo concedió. Interinamente el conde y el duque habían combinado una gira en automóvil: la condesa fingió aceptar de mala gana la compañía del duque, pero ya había escrito a este diciéndole que se declaraba vencida y que verbalmente le diría lo que pensaba hacer.

El duque escogió a propósito el camino más largo para tener tiempo de hablar con ella, pero a las primeras palabras de la condesa comprendió que esta le había engañado, y estaba dispuesta a cualquier cosa, antes de decir la verdad a su marido.

El duque le repitió que, si ella no hablaba, habría de hablar él. Se hallaban en aquel momento con el automóvil en una breve explanada que dominaba una bajada rapidísima y peligrosa. La condesa a las frases del duque se había puesto en pie; él se corrió un poco a la izquierda preguntándole qué hacía, pero en aquel mismo momento se sintió herido en el pecho y un repentino pensamiento le hizo comprender que si él moría, la malvada habría triunfado. Entonces haciendo un supremo esfuerzo lanzó el automóvil en la pendiente a toda velocidad, con el intento de castigar a la malvada, para que no continuase haciendo daño.

Natalia al chocar contra la pared el automóvil resultó con una herida grave en la cabeza y fracturada una pierna, pero es probable que se salve.

También al duque herido mortalmente y con algunas contusiones, hay algunas esperanzas de salvarle.

La mujer en su delirio, ha confesado que había asesinado al duque «para que no hablase más»; pero recobrado un instante el conocimiento, dijo que había tratado de matarle, para impedir que hiciese otras víctimas. El duque relató todos los particulares que sabemos.

Pueden figurarse el estado del conde De Malin, cuando supo quién era la mujer que había convertido en su esposa, también la criada Ghita fue presa de un doloroso estupor y no sabía persuadirse de que fue atrozmente engañada. Si la condesa sobrevive seguramente el matrimonio será anulado por el cambio de persona y de nombre, y la audaz aventurera será procesada y condenada. Hoy se le traslada al Hospital a una sala de pago.

Mugheta permanecía atónita con la lectura de aquellos sucesos imprevistos, y se preguntaba si había leído bien o era víctima de una pesadilla.

—¡Es mi hermana, mi hermana Natalia! —gritó de repente—. ¿Y soy yo misma quién la ha denunciado a la duquesa? ¡Ah!, ¡si antes lo hubiese sabido! Si la historia relatada es verídica, mi hermana vale más que yo; y nosotras unidas podremos vengarnos del duque, y hacer una conquista mejor que la del conde De Malin: me enteraré en qué hospital se halla e iré a verla.

Saltó del lecho, tomó un baño se hizo un tocado serio, y se disponía a salir de casa, cuando la camarera entró a decirle, que el joven americano deseaba saludarla.

—Hoy no recibo a nadie; tengo mucho qué hacer —dijo la cortesana—, despídale.

—¿Y si hablase de volver?

—Dígale que por algunos días estaré ocupada en asuntos de familia —respondió dignamente Mugheta.

Cuando se hubo marchado salió a su vez, y subiendo a un coche de plaza se hizo conducir a la Jefatura de policía.





## VIII

¿Habían los periódicos relatado la verdad?

Sí; la declaración del duque era la relatada, pero él le había agregado a Pedro.

—Otra confesión me resta para ti, que he callado a los demás. Natalia ha sido mi amante antes que tuya; se me ofreció ella misma y la tuve por una pequeña suma, pero no podía soportar el disgusto al saber de quién era viuda y la abandoné dándole una carta de recomendación. Cuando la reconocí bajo las ropas de la condesa De Malin, Natalia me dijo que tú no ignorabas nada de su vida pasada: no le creí porque tú no podías ser cómplice de semejante engaño hacia la sociedad y hacia Ghita; entonces me pidió una cita diciéndome que me relataría todo; y apenas sola conmigo se arrojó en mis brazos, diciéndome que me amaba a mí solo, representando en suma tal comedia de pasión, que cualquier otro le hubiese creído. Pero como la rechacé indignado y dije que te advertiría de lo que sucedía, me juró un odio a muerte... y ha sostenido su juramento.

Los labios de Pedro se crisparon dolorosamente.

—En todo lo que sucede —respondió a su amigo—, hay muchos puntos oscuros, que con el tiempo podremos aclarar. Puedes estar seguro de que de todos modos, se hará justicia.

Pedro había tenido una secreta entrevista con Ghita y después de ella, fue cuando declararon que habían sido engañados creyendo de buena fe que se tratase de Ana Malvan, no sospechando nunca ser víctimas de una traición.

Natalia que se había reanimado algo al ser interrogada sobre lo ocurrido, sostuvo su declaración: dijo que hirió al duque para impedir que hiciese otras víctimas como la hizo a ella.

Le rogaron que se explique y permaneció muda.

Pero cuando supo que el duque no había muerto de la herida y la acusación que pesaba sobre ella, tuvo un ligero estremecimiento y en sus negros ojos se expresó el miedo.

—¿Mi marido lo sabe? —balbuceó—. ¿El duque ha acusado también a él?

—¿Quiere usted hacer creer con estas palabras que el conde fuese cómplice del engaño de usted a la sociedad y a la pobre Ghita, usurpando el nombre de Ana Malvan? —dijo severamente el juez instructor.

Una viva alegría embargó el corazón de la desgraciada.

—No, no —dijo con pasión—. Mi marido y Ghita todo lo ignoraban: ¡son inocentes, inocentes! —repitió.

—Esto lo sabíamos —dijo el juez—. Y aunque le acusase nadie la creería; un aristócrata como el conde no se habría casado con usted bajo un nombre que no es el vuestro, por muy enamorado que estuviese.

Natalia sentía un extraño sufrimiento, como si comprendiese que el corazón del conde se separaba del suyo despreciándola.

—¿Dónde está el conde? —dijo—. ¿No puedo verlo?

—Lo veréis dentro de poco; está disponiéndolo todo para vuestro traslado al hospital.

—¿Al hospital?... —repitió convulsa.

¿Era posible? ¿Perdía la cabeza? ¿Su marido no la quería en su casa? ¿No quería reconocerla?

Desde aquel momento no respondió a las demás preguntas: quería ver a Pedro y se preocupaba sobre lo que sería de ella y de su niña si el conde las abandonaba.

El recuerdo de su hija infundió a la desgraciada las fuerzas que estaban para faltarle.

Cuando el conde entró en la habitación dando orden que no le molestasen, pues quería estar solo con su esposa, Natalia sintió un frío espantoso.

No reconocía a su marido: parecía que habían pasado por él dos lustros: su semblante estaba irritado, su expresión era dura, casi feroz, y su mirada fija en la de ella, no demostraba ninguna compasión.

—Dentro de una hora —dijo lentamente—. Un coche vendrá a recogerla para conducirla al hospital, donde ya está todo dispuesto para recibirla y donde permanecerá bajo la vigilancia de la Jefatura de policía: recuerde que está inscrita con su verdadero nombre que es el que tiene derecho a llevar.

Natalia, aquella criatura buena, aquella alma delicada, generosa, a tanta injusticia por parte del hombre amado, por quien era criminal tratando de salvarle de las amenazas de un miserable tuvo un instante de rebelión.

Levantándose cuanto pudo sobre el lecho, gritó con violencia:

—¿Que no sabía quién era yo? ¿No le supliqué de rodillas que me dejase alejarme?... ¿Y usted no amenazó con suicidarse si no consentía en ser su esposa?

Pedro se volvió hacia ella con los ojos brillantes de indignación.

—¡No lo niego! —repuso—. Entonces, ¿por qué quiere sostener que hirió al duque, para que no me revelase lo que ya sabía yo? Si el duque la hubiese verdaderamente amenazado, usted me habría dicho lo que sucedía, y entonces no hubiese sido con usted, sino conmigo con el que se entendiese Mauro. Pero usted calló y premeditó el delito, porque temía que el duque me añadiese que había sido su amante; que usted fue a su parque a pedirle que callase ofreciéndose a él impudicamente a cambio de su silencio... Y en fin, que porque la rechazó intentó usted matarlo.

El golpe era demasiado fuerte para que la pobre mujer pudiese resistirlo: Natalia no se halló con fuerzas para defenderse ni gritarle:

—No, Pedro soy inocente: es el duque el miserable, el infame que quería herirte a costa de mi honra, y al que he tratado de castigar.

La pobre mujer extendió los brazos con un gesto de espanto, de horror, lanzó un

gemido angustioso y cayó sobre la almohada desmayada.

Aquel desmayo fue para el conde, como la confesión de la culpa. Aquel desmayo, debía provenir del terror que le produjo verse descubierta, vencida.

Pedro alzó el puño sobre aquella cabeza adorada, como si quisiese aplastarla, pero arrepentido de su acción, murmuró:

—Perdón, madre mía; yo no seré asesino por una mujer indigna, que desprecio; ella misma tendrá el castigo que se merezca.

Y sin mirarla más, salió de la habitación.

Natalia no recobró el sentido hasta después de hallarse en el lecho del hospital y cuando volvió en sí no conoció lo que había a su alrededor; había sido presa de una fuerte fiebre, que de nuevo puso en peligro su existencia. Cuando ya más aliviada abrió los ojos, vio inclinado hacia ella el simpático rostro de una jovencita que la miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién eres tú, que lloras por mí? —dijo extraviada Natalia.

Y una voz tímida suave la respondió:

—¿No me conoces? Soy Gemma, tu hermana que dejaste niña aún.

—¡Gemma!

Fue un grito inexplicable de alegría, de consuelo.

Y por largo tiempo se besaron tiernamente.

¡Oh, qué alivio para la desgraciada en aquellos momentos de desesperación, de abandono!

Las dos hermanas se miraban profundamente conmovidas encantadas. Natalia reconoció en su hermana algunas cosas que le recordaban a su madre, particularmente los ojos. Gemma la veía más bella que antes, con rostro abatido, y los ojos iluminados por un rayo de alegría.

—¿Cómo... estás tú aquí? ¿No me desprecias? ¿Me crees culpable? —dijo Natalia.

—No; yo creo que tú eres una desgraciada y que la fatalidad ha pesado siempre sobre ti: Por los periódicos supe lo ocurrido, y cuando leí que estabas en el hospital, busqué y obtuve un permiso para verte. Yo te he amado siempre y te he compadecido; ahora te amo aún más, y si puedo hacer alguna cosa por ti estoy pronta.

—¡Oh! Dios es bueno, porque me envía en estos momentos un ángel —murmuró Natalia.

Y atrayendo hacia sí la cabeza de su hermana, la besó de nuevo, cubriéndola de lágrimas.

Pero aquella crisis fue de breve duración.

Calmada Natalia pidió noticias de todos los suyos y Gemma le dijo la verdad. Su pobre madre había muerto bendiciéndola, perdonándola; su padre atacado de una parálisis estaba lo mismo que un niño; su hermana Catalina se había fugado de casa convirtiéndose en una cortesana; ella no había abandonado a su anciano padre y trabajaba día y noche para sostener la casa.

—El trabajo no hace daño —dijo con una sonrisa que iluminó toda su fisonomía —, mi salud es buenísima, y no comprendo cómo se puede vivir sin trabajar perteneciendo a un hombre que no se ama, aunque fuese el hijo de un rey.

—Porque tú eres un ángel —respondió Natalia—. Pero si algún día puedo referirte mi vida, comprenderás que no soy indigna de tu cariño, ni de tu piedad. Si tú quisieras, podrías hacerme un gran favor.

—Habla, habla; la enfermera creyendo que dormías me ha dejado sola a tu cuidado.

—¿No viste que hay también un guardia destinado a vigilarme? —dijo amargamente Natalia—. Sé que he cometido un delito.

Gemma le acarició con dulzura la frente.

—Si lo hiciste, tendrías motivos muy graves para ello —repuso—. Puedes estar tranquila, yo no he visto guardia alguno. Además no pueden temer, puesto que tienes que permanecer inmóvil, con la pierna enyesada.

—Es una fortuna en la desgracia, ya que puedo hablar libremente contigo —dijo vivamente Natalia.

Y bajo, muy bajo, temiendo que las paredes pudiesen oírla, dijo:

—Yo cuento contigo para salvar a mi hija. Estoy segura de que aprovechándose de mi impotencia, querrán apoderarse de ella; y yo quiero impedirlo.

—Dime lo que tengo que hacer, y te juro por la memoria de nuestra querida madre, que lo haré aunque haya de correr algún peligro grave.

—Gracias, querida hermana, gracias; mira yo he pedido mi hija; he suplicado que me la dejasen ver, y me han respondido que me lo concederían cuando me hallase mejor: ahora preguntaré quién es el encargado de traerla y así la verás también tú y pediré que te sea confiada. Si no acceden a esto, será preciso buscar un medio para sustraerla del colegio. Mi hija corre un peligro de muerte, y yo no estoy en estado de defenderla ni de salvarla.

—No temas; yo la defenderé por ti, y un hombre bueno, noble que te compadece y te cree igual que yo, víctima de alguna abominable intriga, me ayudará a salvarla.

Natalia miró entre sorprendida y desconfiada a su hermana.

—¿Un hombre noble, bueno que me compadece? —balbuceó—. ¿Quién es?

—El pintor León —respondió Gemma enrojeciendo vivamente—. Tú debes conocerlo, porque me dijo que ha tenido ocasión de estar cerca de ti y de apreciar tus méritos, cuando se hallaba trabajando en la quinta del conde De Malin.

Natalia permaneció un instante en silencio con los ojos entornados. Veía al joven pintor, enamorado de ella, pero respetuoso tímido, incapaz de ofenderla con un gesto, con una palabra.

Fue la revelación de sus amores de él, lo que por poco mata al conde, haciéndole caer del andamio sobre el cual trabajaba el pintor, y desde aquel momento ella había comprendido a su vez el amor de Pedro y su corazón, se había inclinado a su favor. ¿No era pues sincero el amor del conde, si después de haber hecho tantas locuras para

obtenerla, ahora la despreciaba como una adúltera, como una mujer perversa e infame, creyéndola amante de aquel miserable duque? Ella no tenía medio de defenderse, de rechazar aquella acusación. Ningún pensamiento de venganza la animaba contra Pedro.

Este la creía culpable: sería porque a él no le había hecho ningún daño. En cuanto al duque si Dios era justo, sería algún día desenmascarado y tendría el castigo merecido. ¿Y debía ella rechazar el ofrecimiento de un corazón amigo, generoso, que le había permanecido fiel, rechazado por ella?

Todos estos pensamientos cruzaron con la rapidez del rayo, por la mente de Natalia, que miró fijamente a su hermana respondiendo:

—Sí, lo recuerdo; pero ¿tú cómo lo conoces? ¿Dónde le has encontrado?

—Vive en el piso, inmediato al nuestro —respondió Gemma con pasión e ingenuidad a un tiempo—. Su madre asistió a la nuestra en sus últimos momentos, y ha sido para mí una segunda madre. Su hijo la adora y es digno de ella: tiene el mismo corazón, grande, generoso y yo lo considero como un hermano.

Natalia no cesaba de mirarla y sonreír.

Gemma prosiguió:

—Cuando publicaron los periódicos lo que te había sucedido dando a conocer tu historia y tu verdadero nombre, cuando supimos que no habías muerto, pero que se te acusaba de un crimen, León tomó tu defensa. «No, vuestra hermana no puede ser culpable», dijo, «y si lo es, un motivo grave y poderoso la habrá impulsado a obrar». Y cuando yo le manifesté que si todos te abandonaban yo estaba dispuesta a recogerte en mi casa con tu hija, me estrechó la mano con emoción, agregando: «Usted es muy buena, Gemma: tiene razón mi madre para asegurarlo». Cuando supo que vendría a buscarte al hospital, me dijo con mucha dulzura: «Decidle a vuestra hermana que si necesita un hombre de honor y de corazón, pronto a verter por ella toda mi sangre, a darle la vida, aquí estoy yo». Creelo, Natalia; hubiese saltado a su cuello y le habría besado; tal fue la alegría que me produjeron sus palabras. Yo siempre temí que León despreciase a nuestra familia, porque hablaba con desprecio de nuestra hermana Catalina y me aconsejaba que no me acercara a ella. Sufrí mucho, pensando que su corazón también me despreciase a mí, pero ya ves qué conducta tan distinta ha seguido ese noble joven.

Natalia asió una mano de su hermana y la estrechó en las suyas.

—Claro, querida Gemma —murmuró—. León no hubiera podido verte sin apreciarte y sin amarte. ¿Tú le amas, no es verdad?

—Sí —respondió sencillamente la joven—, le he amado siempre; desde que le vi tan cariñoso con su madre; no sé si él también me ama, pero se muestra muy cariñoso y galante conmigo, y su madre dice que yo sola podría hacerlo feliz.

—También lo creo así, querida hermana. Pues bien, yo confío en ti y en él para salvar a mi hija.

Natalia guardó silencio, porque entraba la enfermera seguida de una joven

elegantísima que iba muy agitada y conmovida. Gemma la conoció enseguida, pero Natalia la miraba con cierta sorpresa, en tanto que aquella se acercaba a su lecho.

Mugheta, porque era ella la nueva visitante, hizo un ligero mohín al ver a Gemma.

—¿También tú aquí? —dijo—. ¿En dónde has obtenido el permiso para ver primero que yo a *nuestra* hermana?

—¿Cómo?, ¿eres tú, Catalina? —dijo Natalia fijando sus negros ojos en la joven que se volvió hacia ella sonriendo.

—Sí, yo soy —respondió—, que creía hallarte moribunda después de lo que me han dicho; pero veo con placer que estás mejor.

—¡Oh, sí! —interrumpió Natalia—, y si no fuese por la inmovilidad que me impone la pierna fracturada, casi me sentiría con fuerzas para levantarme.

—¡Oh! señora, se cansa usted —dijo la enfermera—. Hasta ayer ha estado en peligro con una fuerte fiebre; hoy se halla mejor, pero no debe abusar ni hablar demasiado. De lo contrario, me veré precisada a hacer salir de la estancia a las señoras.

—Yo la dejo; volveré mañana —dijo Gemma.

Y besando cariñosamente a Natalia, la dijo muy bajo:

—Quedamos entendidas; permanece tranquila, que se vela por ti.

Y en voz alta exclamó:

—Marcho más contenta, porque he visto a Catalina.

Sonrió a esta, le estrechó una mano, y se retiró.

Mugheta ocupó el sitio de ella junto a la cabecera de Natalia.

Y sin cuidarse de la enfermera, dijo en francés:

—En verdad, si no supiese que eres mi hermana, tardaría en reconocerte. Cuando abandonaste Torino, estabas delgada, pálida, demacrada; ahora estás espléndida y tan bella, que trastornas la cabeza de cualquier hombre.

Natalia sonrió tristemente.

—¿Has venido aquí solamente para decirme eso? —murmuró.

Mugheta se ruborizó y respondió vivamente.

—No; he venido porque de todo lo que te sucede, tengo yo la culpa.

—¿Tú? No te comprendo.

—Yo era tu rival sin saberlo —prosiguió Mugheta—. El duque y el conde han sido mis amantes, antes que lo fueran tuyos.

Natalia se puso roja.

—Te ruego creas que el duque no ha sido nunca mi amante.

Mugheta se encogió de hombros sonriendo.

—Mira; yo no quiero ofenderte ni enfadarme contigo ahora que te vuelvo a ver. Tengo bastante que hacerme perdonar de ti. Yo fui quien celosa al saber que otra más bribona que yo se había casado con el conde, la hice seguir y supe su cita con el duque. Cierto que tú no pensarías que el cochero que te condujo a la quinta de Mauro,

era un espía mío, que recogió un pañuelo que te olvidaste en el coche y que yo entregué a la duquesa.

Natalia permaneció silenciosa. Ahora comprendía las sospechas de Pedro sobre ella. ¿Su marido había sido amante de Catalina? ¿El conde sabía que se trataba de su hermana? ¡Ah!, ¡cuánta vergüenza, cuánta infamia a su alrededor! Pero ¿no era ella la primera causante de todo? ¿Podía recriminar la conducta inmoral de su hermana, habiendo sido ella la primera en darle el mal ejemplo, huyendo de su casa con el hombre que amaba, no cuidándose del dolor de sus padres, de sus improperios ni de sus maldiciones? Su madre la había perdonado en su lecho de muerte, pero ¿podía perdonarse a sí misma? ¿Y su hija no sufriría la pena de su primera culpa, por cuanto había nacido a consecuencia del delito cometido?

Mugheta sorprendida por su silencio dijo:

—Estoy segura de que no me perdonas el mal que involuntariamente te he causado. ¡Ah! si hubiese sabido que la esposa de Pedro era mi hermana, no habría obrado así: entonces me hubiese presentado a ti para que me enseñases con qué arte logras fascinar a los hombres puesto que hiciste al uno subir al patíbulo y al otro sacrificar sus prejuicios para casarse contigo.

Natalia movió la cabeza melancólicamente.

—¡Pobre hermana! —dijo—, tú crees hallarte delante de una audaz y célebre aventurera. Desengáñate, yo soy simplemente una mujer, una Gemma, yo no he usado nunca artes para atraer a nadie, y no es por causa mía si me hallo envuelta en una red nefanda de culpas y delitos.

—Verdaderamente —respondió Mugheta—, el modo con que has obrado con el conde no me prueba tu ingenuidad; sin embargo, procuraré creer lo que me dices. Pero, dime, ¿con toda tu inocencia, sabes la suerte que te espera? Serás procesada y condenada.

Natalia dirigió a su hermana una mirada que hubiese enternecido a cualquiera.

—Sufriré mi condena —dijo—, la vergüenza de un proceso, esperando la hora de la justicia.

—Tendrás que esperar mucho tiempo y sería mejor que te confesases a mí, y me relatases la verdad de todo cuanto te ha sucedido.

—La verdad es la que he dicho.

—Pero hay un punto muy oscuro que tú sola puedes aclarar. Yo puedo serte útil, si, sobreviviendo el duque a la herida, quieres algún día vengarte de él.

Natalia se estremeció vivamente y fue a responder; pero la enfermera que no había podido entender una palabra de las que las dos hermanas hablaban, intervino diciendo:

—Basta ya: yo soy la responsable de lo que pueda suceder a la señora, que se ha cansado demasiado. El médico acabará por ordenar que no entre nadie.

Mugheta no se dignó responder a la enfermera; pero levantándose enseguida dijo a su hermana:

—Tiempo tendremos de hablar de todo con más libertad: yo trabajaré por ti, y te haré salir bien de esta triste situación; los amigos poderosos me ayudarán. Adiós.

Se inclinó a besarla y se marchó.

Natalia se hallaba muy fatigada, pero una alegría inesperada había invadido su alma: su hermana Gemma, la pobre joven le había prometido salvar a su hija. Catalina, la audaz cortesana, era la única que podía ayudarla a desenmascarar al duque y a probar su inocencia. No estaba abandonada, velaban por ella. En un transporte de infinito reconocimiento, Natalia se llevó a los labios una medalla bendita que llevaba al cuello; después cerrando los ojos se durmió plácidamente.



## IX

Quien no había podido dormir en aquellos días era el conde Pedro De Malin. Dotado de una prodigiosa fuerza de voluntad, acostumbrado a dominar sus pasiones y sus instintos, ni el juez instructor ni nadie se dieron cuenta de la lucha que sostenía en su alma. Había respondido en los interrogatorios con mucha calma, diciendo que tanto él como Ghita no tuvieron sospecha alguna de Natalia, cuando esta se presentó bajo el nombre de Ana Malvan. Que la apariencia modesta de ella, su belleza, las desgracias relatadas de su vida abrieron una brecha en su corazón hasta entonces insensible al amor; y que aun cuando Ana era de una clase muy inferior a la suya, conociendo la honradez de la familia a que pertenecía, de la cual también formaba parte Ghita, a la que él amaba como una madre no había tenido inconveniente en casarse con la joven viuda. Añadió que la conducta de Natalia no había dado nunca motivo de sospecha; pero que al recogerse los indicios de la catástrofe, estos habían contribuido a despertar sus dudas, haciéndole creer que la declaración del duque era lo cierto.

El conde sostenía su declaración, pero solo en su despacho hundido en una butaca pensaba de diferente manera.

Un misterio encontraba en aquel crimen. Pedro recordaba en aquel momento la profunda turbación de Natalia cuando le fue presentado el duque. ¿Su repentino malestar no era una prueba de que quería sustraerse a sus miradas para que no comprendiese que un vínculo secreto existía entre ella y Mauro? ¿No coincidía esto con las declaraciones de su amigo?

Recordaba aquella noche en que Natalia con las ropas destrozadas con la niña estrechada contra el pecho, había implorado su piedad. ¿Por qué fingía no conocerlo si tenía una carta de presentación del duque? ¿Desarrolló aquella escena de desesperación y de miseria para ser admitida en su casa, e irse apoderando poco a poco de su corazón y de su voluntad como había hecho? ¿Era posible que él, el aristócrata hubiese estado de acuerdo con ella para la usurpación de un estado civil? No, no, él habría sido víctima de una terrible sugestión y ahora que se hallaba en posesión de sí mismo, por su dignidad, por el honor de su nombre, y sobre todo por castigar a la culpable debía continuar asegurando que había sido engañado por aquella miserable.

Entretanto se hacía un juramento: buscar la verdad, y cuando la descubriese castigar aunque fuera a su mejor amigo.

El conde Pedro se hallaba en esta disposición de ánimo solo en su habitación, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo con voz sorda el conde.

Era Ghita, pero muy cambiada; tanto que apenas se la reconocía. Su rostro había perdido el color y su cuerpo se había encorvado.

—¿No quiere el señor tomar alguna cosa? —dijo acercándose a Pedro.

—No, Ghita, más tarde; ahora no tengo apetito. ¿Y tú, no comes mi pobre vieja? Ella se dejó caer un una silla llorando.

—No puedo —repuso—, los bocados se me atascan en la garganta, ha sido un golpe demasiado fuerte para mí. Y no obstante ello aun cuando los hechos sean evidentes, no puedo creer a Ana culpable.

—Ana no existe, solo queda Natalia y esta no ha negado el crimen ni su delito.

—Yo pierdo la cabeza; no puedo comprender nada. He obedecido a usted, declarando lo que ha querido y no me desmentiré; pero aquella pobre mujer me da compasión. Recuerdo que la mañana misma del suceso, me hizo llorar con sus ideas lúgubres; me repitió que el duque le era odioso, porque se parecía a un hombre que le había causado mucho daño en otros tiempos. Yo la reprendí por sus razonamientos bien lejos de imaginarme lo que había de ocurrir.

—Lo cual te prueba que Natalia había premeditado el crimen. Y el no confiarse a mí, quiere decir que se sentía culpable.

—Pero ¿qué será de su hija?

—Por ahora permanecerá en el colegio: pero he accedido a la petición que me ha hecho el juez instructor de dejarla ver a su madre. A la niña le hemos dicho que Natalia se había caído del automóvil y se había partido una pierna, por lo cual se le había trasladado al hospital; lo demás lo ignora, y conviene que siga ignorándolo. Tú misma irás a buscarla mañana para llevarla al hospital a que la vea su madre.

Ghita temblaba.

—No tendré valor para soportar las miradas de la joven —balbuceó—. Porque si ella es culpable, lo soy yo también, por haberle permitido servirse del nombre y de los documentos de mi sobrina.

—Tú lo hiciste por mí —interrumpió el conde—, y por cariño a mí tendrás que sostener frente a ella que lo ignorabas todo... ¿Quieres que por aquella mujer, que me ha herido más cruelmente que si me hubiese golpeado con un puñal, yo quede deshonorado y sometido a un proceso?

—¡Oh! no, no —dijo precipitadamente la vieja—, estad seguro de que sabré guardar el secreto aunque ella sea inocente.

—¿Crees tú —dijo amargamente el conde—, que me hubiese importado sufrir con ella la vergüenza de un proceso, estando seguro de su amor, y si ella con la conciencia limpia de toda culpa, se hubiese arrojado en mis brazos diciéndome: «Me han reconocido, y quieren denunciarme»? Le habría respondido: «No temas, estoy yo para defenderte; si te denuncian, declararemos la verdad, y si los jueces nos condenaran, tendríamos de nuestra parte la conciencia pública, y la seguridad de no haber hecho daño a nadie». Si me hubiese dicho el nombre del denunciante, le habría yo castigado sin cometer un asesinato. Pero Natalia calló porque se sentía culpable. Sí; aquella mujer que yo idolatraba, que había hecho soberana de mi corazón, de mi casa, que me ha engañado traidoramente, no merece mi piedad; el duque mismo, al

cual había entregado toda mi amistad me ha traicionado; pero es necesario que con él finja; así de un momento a otro, descubriré su pensamiento y sabré si lo debo castigar o perdonar.

Ghita permaneció silenciosa, pero su fisonomía expresaba un dolor intenso.

Aunque la vieja amaba a Pedro como una madre, se había encariñado tanto con Natalia que le parecía imposible que no tuviese su misma sangre.

Su corazón no podía creerla culpable; sabía que el amor de la joven viuda al conde era sincero, y lo ocurrido lo encontraba incomprensible.

Ghita no comprendía cómo Natalia había declarado aquella historia relatada por los periódicos, y que el duque aseguraba ser veraz del hurto de los documentos de una presunta Ana Malvan, muerta en un pobre albergue.

¿Qué enredo era aquel? Natalia había perdido la razón cuando inventaba aquella mentira.

La vieja adoraba tanto a la hija de Natalia, que si no hubiese podido verla más, habría muerto. Le parecía amarla más después de aquella desgracia. Al día siguiente después de una noche de insomnio, Ghita vestida de negro, se presentó en el colegio donde se hallaba Teresa. Las monjas advertidas, habían preparado a la niña para la visita que tenía que hacer. Cuando Teresa se vio al lado de la vieja rompió en llanto y exclamó:

—¡Oh, pobre mamita mía!, ¡pobre mamita mía!

Ghita sentía herido su corazón disimulando su dolor, besó a la niña y le dijo con dulzura:

—Mira, no te inquietes así; la mamá está mucho mejor; solo que no puede moverse para venir por ti.

—¿Y el papá está junto a ella?

—Sí; pero acuérdate de que delante de la mamá no has de mostrarte tan afligida.

—Perdóname tía; iré, seré fuerte: dame un beso para confortarme.

Teresa poseía una belleza maravillosa, si bien muy diferente de la de su madre. Los abundantes cabellos dorados, los ojos profundamente azules, el color opaco, los labios rojos y carnosos, los dientes finos y blancos, el cuerpo flexible, todo hacía adivinar en ella para la edad del desarrollo, una de las criaturas más perfectas y seductoras del mundo.

Su inteligencia igualaba a su hermosura, como se notaba en sus miradas, en su sonrisa. Demostraba una firmeza poco común y una audacia que sería asombrosa si no estuviese velada por una expresión de bondad.

Con su sencillo vestido del colegio y con la cabeza cubierta con un sombrero de anchas alas, Teresa pasaba inadvertida. Durante el largo trayecto seguido para ir al hospital, iba fuertemente asida del brazo de Ghita haciéndole miles de preguntas sobre su mamá y acerca de lo ocurrido.

—De lo que ha pasado a mamá —decía—, en el colegio se hablaba con reticencia. Yo no he podido oír ninguna conversación sobre ello, porque cuando yo

entraba callaban todos. Por esto creía que la mamita estaba moribunda.

—No, querida mía, te lo repito: está mucho mejor.

—Pero ¿cómo ha podido caerse del automóvil? ¿Estaba sola?

Ghita se hallaba turbada y no sabía qué contestar.

—No —dijo con pena—, estaba con un criado: parece que el automóvil chocó contra un árbol.

—¿Entonces fue en el campo?

—No, en un camino.

—¿Y por qué no han conducido la mamita a casa?

—Porque la casa estaba muy lejos y el hospital estaba a pocos pasos. Después dijeron al papá que no la movieran del lecho, porque le habían enyesado la pierna. Además, la mamita ocupa una hermosa habitación.

—¿Qué disgusto habrá sufrido el papá!

—¿Figúrate!

—¿Por qué no ha venido él a avisarme?

—Porque no podía.

La conversación embarazaba cada vez más a Ghita que pedía con el corazón a todos los santos, que aquel suplicio terminase.

En el hospital, habían preparado a Natalia para la visita de su hija.

La pobre madre había tenido otra conversación con Gemma, que se hallaba junto a ella y esperaba a su sobrina para conocerla.

Natalia aguardaba impaciente aquella visita; a cada instante dirigía una mirada de congoja hacia la puerta. Cuando la pequeña educanda apareció en el umbral lanzó un grito y abrió los brazos.

Teresa se halló casi al instante junto a su seno besándola apasionadamente.

—¡Oh!, ¡amor mío, mi tesoro!

—Mamita, no puedes imaginarte lo que he llorado y sufrido cuando supe que te habías lesionado.

—¡Pobre ángel!

—Yo habría huido del colegio si no me hubiesen dicho que mi huida, en vez de alegrarte habría agravado tu estado.

—Es verdad —respondió entre besos Natalia—, también lo dijeron los médicos, cuando yo supliqué que fueran a buscarte; pero ahora estás aquí al amor de tu madre y lo olvido todo, todo.

Se besaron de nuevo como si hubiesen estado solas.

Después de aquel desahogo Natalia se fijó en la presencia de Ghita, y le tendió una mano conmovida.

—Gracias por la visita —dijo—. Deseaba tanto ver a usted...

—¿Cómo, mamita, le hablas de usted a la tía?

Natalia sonrió de una manera tan desgarradora, que Ghita se apresuró a responder.

—La mamita lo ha hecho sin apercibirse.

—Es verdad —repuso Natalia envolviendo a la vieja en una mirada de profundo reconocimiento.

Ghita prosiguió:

—Pero aún no me has dicho cómo estás.

—La cabeza bien, ha desaparecido la fiebre —respondió Natalia—, pero el cuerpo tendrá que permanecer inmóvil más de un mes. Sin embargo, no me lamento porque he tenido ocasión de conocer muchos corazones sinceros. He recibido también la inesperada alegría de abrazar a mi hermana Gemma, la cual está presente aquí porque deseo que mi hija conozca a su tía.

La adorable confusión de Gemma, su hermoso rostro de virgen, causó una buena impresión a Ghita y entusiasmó a la niña.

—Mamita, ¿es otra tía mía? —preguntó esta.

—Sí, querida —repuso enseguida Gemma—, ¿quieres darme un beso?

—Y ciento; parece que debe usted de ser muy buena.

—Y Teresa no se engaña nunca, en sus juicios —agregó Ghita—. Permíteme que yo también la abrace.

—Con todo el corazón —respondió Gemma con sencillez.

—¿Por qué no ha venido antes a ver a la mamita en su hermoso palacio? —dijo la pequeñuela.

—Porque —respondió avergonzada Gemma—, he llegado a Torino hace pocos días.

—¿Y a mi padre lo conoce?

—Todavía no, querida.

La niña se volvió hacia su madre.

—¿Por qué no está aquí el papá?

Un ligero rubor asomó al rostro de Natalia.

—Se ha marchado hace un momento —respondió.

—Y nosotras iremos a buscarle a casa —agregó Ghita.

—Y tú, tía, vendrás con nosotras —dijo Teresa volviéndose hacia Gemma—, así lo conocerás.

Natalia deseaba hablar con Ghita sin la presencia de la niña, y para conseguirlo rogó a su hermana que llevase a Teresa a dar un paseo en coche.

Cuando se halló sola con la anciana, Natalia dijo con la mayor dulzura:

—¿Me crees, Ghita, capaz de traicionar a Pedro?

La vieja tembló.

—¡Yo no sé qué pensar —balbuceó—, estoy para perder la cabeza!

—¡Pobre Ghita! no, tú no lo crees porque has tenido tiempo de conocerme. Aunque todas las pruebas están contra mí, te juro que he amado a Pedro y le he sido fiel. Algún día conocerá la verdad y será el primero en pedirme perdón por haberme despreciado y ultrajado. Pero entretanto suceda lo que quiera, no me defenderé, dejaré que me acusen y sufriré mi condena. Yo abrigaba un solo temor: que aquel

miserable acusase a Pedro y a ti de complicidad conmigo en la usurpación del nombre; pero afortunadamente el conde renegando de mí, ha sostenido que fue víctima de un engaño. Tú también afirmaste lo mismo. Muy bien; es el único medio de hacer creer a aquel miserable al que algún día desenmascararé que vosotros me abandonáis a mi adverso destino. Ya debes comprender Ghita, que todo lo que hago, es por el bien de Pedro, por el tuyo, y por mi rehabilitación futura.

Ghita que escuchaba con lágrimas en los ojos, en un arrebato de emoción abrazó a Natalia.

—Óyeme —dijo—, yo no puedo, no quiero creerte culpable de una traición: oigo en mi interior una voz que me dice que eres inocente, y que tu delito no tenía el fin, por el cual te acusan. Cierto que el conde, con la situación creada por tu silencio, y con la declaración de su amigo, no puede tener fe en tu inocencia, ni quiere oír hablar de ti; pero puedes estar segura Ana, de que para mí, eres siempre mi Ana, como tu hija, es mi adorada Teresa. No solo no tienes que temer nada por parte mía, sino que si necesitas de mí, estoy pronta a ayudarte secretamente para que puedas rehabilitarte a la faz del mundo, y vuelvas a hacer feliz a Pedro.

Natalia con lágrimas en los ojos, estrechó a la vieja contra su corazón.

—Gracias, gracias por el consuelo que me dan tus palabras —murmuró—. Sí; tú puedes serme muy útil si quieres.

—Sí quiero; habla, habla.

—Has de saber que un gran peligro amenaza a Teresa, de la que tratarán de apoderarse para tenerme sujeta, y yo no me hallo en estado de defenderla.

—La defenderé yo —prorrumpió la vieja—. Tu hija nos ha sido confiada a mí y al conde, y él no hará pesar sobre la inocente el desprecio que le inspiras tú. Pedro me ha dicho que dejará a Teresa en el colegio, y yo seré la única persona que irá a buscarla los domingos.

Natalia movió la cabeza negativamente.

—No estoy tranquila: tú no sabes el poder que tiene el malvado a quien quise matar. Apenas curado pondrá en práctica sus amenazas; se apoderará de mi hija haciéndolo en forma que nadie sospeche de él.

Ghita estaba asustada.

—¿Qué haremos entonces? —dijo vivamente.

Natalia acercó sus labios al oído de Ghita, y le habló muy quedamente temiendo que fuese escuchada alguna de sus palabras.

La vieja hizo primero un movimiento de sorpresa, mas luego su fisonomía se fue serenando, y cuando la joven terminó su relato, le dijo besándola:

—Sí, te apruebo, y te secundaré en todo jurándote sobre la cabeza de aquella criatura que adoro, que ni el conde, ni nadie conocerá este secreto que yo tendré sepultado en el fondo de mi corazón.

La niña volvió con Gemma y una enfermera. Teresa aún estuvo un rato junto a su madre, la que después de su conversación con Ghita no deseaba hablar nada con su

hija.

Cuando la niña se hubo marchado en compañía de sus dos tías, Natalia sacó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello, se lo acercó a los labios, y con acento conmovedor murmuró:

—¡Y ahora Dios mío, hágase vuestra voluntad!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

## PARTE TERCERA

### EL PRINCIPIO DE LA VENGANZA



## I

La duquesa madre cuando supo lo ocurrido a su hijo fue presa de un delirio, que hizo temer por su vida a Blanca, que la cuidaba.

Pero con los besos y las solicitudes de su nuera, recobró pronto el conocimiento, siendo sus primeras palabras las de que la llevasen al lado de su hijo.

—Ya lo verás mañana, mamá —le dijo Blanca—. Te acompañaré yo misma a su lecho. Ahora dejémosle reposar tranquilo ya que el traslado se hizo con toda felicidad y el médico espera salvarle si no sobrevienen complicaciones. Mauro ha declarado que no quiere junto a él más que a Jack, y a mí no me deja permanecer junto a su lecho más que algunos minutos.

—¿Por qué no me dijiste enseguida la verdad? —exclamó con acento de reconvención la duquesa—. ¿Por qué hacerme creer que mi hijo se hallaba de viaje?

—Porque tú no habrías tenido fuerza para ir a la casa en que estaba, ni habrías podido soportar el dolor que te causase el verlo herido. Y a mí me es necesaria tu vida, ante todo, porque ella precisa a tu hijo, ya que eres tú la única que tienes poder sobre él.

La duquesa fijó sus ojos lánguidos y abatidos en su nuera, y la vio pálida y con el rostro contraído. Conmovida la anciana la atrajo hacia sí, diciéndole con voz trémula:

—¿Por qué hablas así? ¿Qué quejas tienes de mi hijo? ¿Es algo referente a lo ocurrido? Habla, no me ocultes nada. Si yo adoro a Mauro, también te quiero a ti como si fueses hija, y doy gracias a Dios todos los días por haberte concedido para esposa de él.

—Yo no puedo agradecerlo, mamá —dijo entre dientes y con tono seco Blanca—, y si no fuese por ti, créelo, no estaría ya aquí.

La duquesa hizo un movimiento de sorpresa.

—Pero ¿qué es lo que ha ocurrido entre Mauro y tú? —exclamó.

—En apariencia nada, en realidad todo. Nosotros estamos ligados con la misma cadena, sabemos vencer nuestros sentimientos, mostrarnos delante del mundo como una pareja feliz, una pareja modelo; pero nuestros corazones están bien lejos el uno del otro y nuestras almas no se comprenden. Te he dicho el móvil del crimen según lo que Mauro ha declarado y Natalia ha confesado, pero él ha mentado como miente ella. Mauro está ciegamente enamorado, y si la ataca sin piedad, no es por miramiento a su amigo, te lo aseguro. Además, el odio de ella debe tener un origen muy diferente del que dicen, porque no es el temor de ver descubierta su identidad lo que ha impulsado al crimen a aquella mujer.

La pobre madre escuchaba aturdida, con el pecho agitado por la fatiga.

—¡Blanca, me espantas —murmuró—, Mauro pertenece a una raza que no miente ni se degrada!

—En la vida de tu hijo hay un misterio —respondió Blanca—. Pero no es a mí a quien lo revelará; únicamente a ti, repito, que tienes poder sobre él...

—Pues bien —exclamó con energía la duquesa—, ¡me lo dirá!

Blanca guardó silencio. La joven había rehuido siempre estas explicaciones, para no torturar el corazón de aquella criatura noble a la que amaba como a su madre. Pero la mentira no manchó nunca sus labios y estaba para decir: «Yo quisiera saberlo solo por curiosidad, ya que si Mauro no se fía de mí, no me ama, yo nunca le he amado, ni él me ha inspirado confianza alguna». Pero la idea de agravar la enfermedad de la duquesa la contuvo y le hizo guardar silencio.

Si lo ocurrido la desconcertaba no le quitaba su presencia de ánimo, y la joven no se arrepentía de su confesión al conde, creyendo que en lo sucesivo sería sagrada para el altivo aristócrata tan duramente herido en el corazón.

Blanca no podía temer nada de él, porque ningún pensamiento culpable había en ella. Pero aquel amor puro elevado, bastaba para conservarle su energía en la lucha que sostenía en aquellos momentos.

Entre Blanca y su marido no hubo ninguna explicación, mas el duque comprendió por una mirada de su esposa, que esta no le creía y que su estado no le inspiraba ningún dolor, ninguna compasión.

Cuando Mauro quiso hablarle, Blanca le cerró con su mano la boca.

—El medico ha recomendado el silencio —le dijo—, obedece. Tú debes vivir para tu madre; no me digas nada, no quiero saber nada, ni obligarte a mentir.

—¡Blanca!

Otra mirada desdeñosa de la joven le hizo callar.

La joven duquesa replicó:

—Piensa en tu madre, yo no me ocupo más que de ella.

El duque transportado a su quinta y ya en sus habitaciones, quiso ante todo ver a Jack y estar a solas con él.

El fiel agente poseía un temperamento fuerte, mas cuando vio a su jefe abatido y ensangrentado, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Ah, la malvada! —dijo—. Con aquella cara de virgen, tiene los instintos sanguinarios de su marido, y una fuerza que me ha asombrado.

—Es verdad —respondió el duque—, un centímetro más, y habría yo sucumbido triunfando Natalia. Pero ahora puedo yo vengarme.

Jack no conocía la verdad de aquella horrible aventura; había creído de buena fe todo lo relatado por su amo, que para él no sería nunca culpable de nada, y al cual estaba siempre dispuesto a defender y a sostener.

—Sí; le vengaremos —repitió.

Una sonrisa iluminó el rostro de Mauro que tendió una mano a Jack.

—Cuento contigo —dijo.

—Puede contar.

—Tu permiso va a terminar, Jack; pues bien, partirás para Londres llevando

instrucciones a mis adictos. Después pedirás por asuntos de familia una nueva licencia. Si no te la conceden, presentas enseguida la dimisión, porque me es absolutamente necesario tenerte a mi lado.

—Yo no quisiera ya dejarle, mi jefe.

—Muy bien, estamos de acuerdo. Aquella mujer no se me puede escapar porque tiene para dos meses de cama y como yo me restableceré antes, podremos entre los dos obrar. Lo primero de todo, es que condenen a Natalia.

—Será condenada.

—Que el conde la crea culpable.

—La creerá.

—Que la hija de Natalia, venga a mi poder.

—La tendrá.

Jack se hallaba junto al lecho, esperando nuevas órdenes.

La habitación del duque estaba adornada con cierta seriedad: la tapicería era de terciopelo oscuro. El retrato de su padre había sido puesto sobre la chimenea, de cara al lecho y el noble caballero parecía mirar a su hijo con aire austero.

Mauro habría querido quitar de allí aquel retrato, mas temiendo disgustar a su madre no lo hizo. Pero apartaba los ojos de él, mientras hablaba a su fiel Jack.

—Pasa a la derecha de la chimenea —dijo el duque—, alza el tapiz, palpa a la pared hallarás un botón metálico: aprieta este fuertemente y verás abrirse un pequeño armario.

Jack siguió con mucha habilidad las órdenes del jefe. El armario al nivel de la pared se abrió, dejando ver un profundo hueco.

—Ya está —dijo el agente—. ¿Qué tomo de aquí?

—La cajita de hierro que está ahí escondida.

Jack obedeció y llevó la cajita cerrada al duque.

—Incorpórame un poco sobre las almohadas —dijo este—, después trae de mi escritorio un tintero y una pluma.

Mientras Jack ejecutaba sus órdenes, el duque sacando una llave que llevaba al cuello engarzada en un cordoncito de oro, abrió la cajita. Esta contenía diversos paquetes de cartas, rollos de cartulinas y cuadernos.

El duque desenvolvió una cartulina que estaba a medio escribir y trazó algunas líneas rápidamente. Después puso al final algunos signos cabalísticos y metiéndola en un sobre la entregó a Jack.

—Estas son mis instrucciones, las que te confío, porque estoy seguro de que están en buenas manos —dijo—. Parte lo más pronto posible.

—Mañana si quiere.

—Sea mañana; ¿necesitas dinero?

—Tengo suficiente.

—El dinero nunca sobra. Esconde esta cajita en la cual hay para mandar al patíbulo a una docena de personas, incluso yo, y coge mi cartera que hallarás también

en el escondite.

El duque entregó algunos billetes de mil liras a su fiel agente, cerró el escondite, dio algún otro consejo a Jack, y después se dejó caer rendido en la cama.

—Ahora basta —dijo—, no puedo más, pero estoy contento. Lo he previsto todo, ningún peligro me amenaza, y Natalia está en mis manos. Jack puedes dejarme; necesito reposar.

—Velaré silencioso junto a usted.

—Haz lo que quieras.

El duque cerró los ojos, parecía aletargado, pero su pensamiento no dormía y su cerebro trabajaba. Le parecía ver en su presencia a Natalia, trágica, terrible, amenazándole con los puños cerrados diciéndole: «¡No me poseerás!». Y detrás de ella la cabeza sanguinolenta de Vital y otras aparecían bailando una danza fantástica, espantosa, con los rostros siniestros y contraídos.

El sudor corría por la frente del duque que respiraba fuertemente.

Jack le oyó gemir y asustado se inclinó hacia él llamándole.

—Jefe, jefe...

El duque suspiró, abrió los ojos, miró a su fiel agente y sonrió.

—Tuve un mal sueño —murmuró—. Te agradezco que me hayas llamado: dame de beber, no quiero dormir más.

Al día siguiente el duque estaba mejor, pero Jack retrasó la partida.

A la tarde se hallaban solos los dos hombres, cuando se oyó murmullo de voces y aparecieron en el dintel de la puerta la anciana duquesa, Blanca y una camarista.

Habían ido a ver a Mauro sin avisarle. La duquesa pálida como una muerta, iba en un sillón con ruedas que los otros empujaban.

El duque al ver a su madre creyó morir de emoción: sus ojos se enturbiaron, su boca se contrajo y sin pronunciar una palabra tendió los brazos.

La duquesa cuando estuvo junto al lecho, se dejó caer sobre el pecho de Mauro sollozando.

—¡Ah, malo, mal hijo!, ¿querías hacerme morir de dolor?

Mauro también lloraba: sus ojos expresaban un dolor infinito.

—¡Perdón mamá, perdón!...

Estuvieron abrazados algunos minutos. La duquesa fue la primera en romper el silencio.

—Estás mejor, ¿verdad? —dijo acariciándole la frente con su mano.

—Sí, mamá, mucho mejor —dijo el duque—. No temas —agregó con una sonrisa—, los seres malos como yo, tienen la piel dura.

—No exageres así, me haces daño; ahora seré yo, quien vele junto a ti, como tú has velado tantas veces a mi cabecera; yo duermo poco, particularmente por las noches. Además, hoy mi velada tiene un objeto. Blanca, da un beso a Mauro y déjanos. Hace algunos días que no has visto a tu madre y tendrás deseos de verla; ve, me basto yo sola; si hubiese necesidad de alguna cosa, Jack y Luisa podrán servirme.

—Nosotros no nos moveremos de aquí, duquesa —respondieron Jack y la camarista.

—No, no: quiero estar sola con mi hijo; si es necesario, llamaré.

Blanca se acercó a su marido, besándole ligeramente en la frente. La joven no quería despertar sospechas. Después salió con los dos sirvientes entornando la puerta.

La duquesa acercó su sillón a la cabecera del lecho de su hijo.

—Mauro —pronunció ella en alemán—, ¿no aciertas a comprender?

—No, mamá.

—Puede que la debilidad...

—Mi debilidad ya pasó, querida mamá, me siento mucho mejor, y tu presencia y tus palabras son un bálsamo para mí.

El rostro de la duquesa se iluminó.

—Mírame, hijo mío —dijo.

El joven volvió hacia ella sus ojos de un azul perláceo y su mirada tomó una expresión cariñosa.

—Te miro mamá —susurró—. ¿Tienes alguna cosa que preguntarme, y temiendo que no te diga la verdad, quieres leer en mi pensamiento y en mis ojos, como cuando era niño?

—Me has comprendido, Mauro —dijo dulcemente la duquesa—. Sí, la verdad es lo que quiero de ti. Mira también tu padre que nos ve y nos escucha. ¿Por qué te ha herido aquella mujer? ¿Has confesado la verdad al juez instructor?

Al hacer estas preguntas, la madre había recobrado su energía: estrechaba entre sus manos delicadas y débiles una mano de su hijo, y dirigía sus miradas expresivas hacia el retrato del difunto marido.

Mauro entornó los párpados y permaneció en silencio.

—Habla, di, responde —agregó la anciana—. ¿En quién quieres tener confianza, si no la tienes en tu madre, que te ha dado la vida, y que después de la muerte de tu padre no ha tenido un pensamiento que no haya sido para ti?

El duque abrió los ojos; se había transportado; su mirada era brillante, casi feroz.

—Mamá, no quiero mentir contigo —dijo con voz vibrante—. No, no he dicho la verdad al juez: aquella mujer me ha herido porque la he amenazado con perderla en compañía del conde, a quien ama. Me ha suplicado que respetase a su marido, ofreciéndome en cambio su vida: el puñal era para matarse ella; pero cuando yo le dije que su muerte no calmaría mi pasión ni mi deseo de venganza, y que solo su amor podría redimirme, hacerme bueno, me dijo que le daba horror y me hirió. No fui yo quien lanzó el automóvil contra el muro, fue ella, porque esperaba de esta manera hacerse justicia a sí misma. La muerte nos ha respetado: yo me he vengado.

La duquesa miraba a su hijo con ojos extraviados: sus delicadas sienes se habían contraído.

—Tú deliras Mauro, tienes fiebre; mi hijo no habría cometido semejante infamia.

El joven no había cerrado los ojos y la duquesa vio en su mirada una malignidad

que nunca había sospechado en él.

El corazón de la infeliz madre estaba quebrantado, pero esta tuvo aún fuerzas para ocultar su dolor y su indignación.

—Sí, la he cometido mamá, y no me arrepiento —dijo Mauro—. Tú no conoces la fuerza de una pasión como la mía, que no admite obstáculos y que destroza todo lo que encuentra en su camino. ¿No te hablé antes de casarme con Blanca de un desesperado amor a una mujer ligada a otro?

—Sí, lo recuerdo —respondió la duquesa—. Y me dijiste que aquella mujer había muerto.

—Mentía, ella había perdido a su marido guillotinado en París.

La duquesa se cubrió el rostro con sus manos de cera.

—Pero ¡es horroroso! —exclamó—. ¿Tú, el descendiente de una raza pura, honrada, enamorarte de tal mujer?

—Ella era irrefutable, madre mía; ignoraba los crímenes de su marido, y aunque reducida a la más espantosa miseria no quiso aceptar ningún socorro mío a cambio de mi amor.

—Cumplía con su deber, tú debiste cumplir con el tuyo, respetándola, alejándote de ella.

—¡La amaba! —repitió en un tono casi salvaje el duque—. ¡Y la quiero! No accedió a mi deseo y desapareció sin que yo pudiese saber su paradero; después supe que se había suicidado. Natalia quería que perdiesen sus huellas; el conde la recogió en su casa y más tarde enamorado de ella, le dio su nombre cambiando el de la viuda con la complicidad de la mujer que le ha educado y le ha servido de madre. La encontré casada con el conde, más hermosa que antes, más deseable que nunca... y mi tortura renació; habría cometido un crimen por poseerla, pagando con mi vida una palabra suya de amor, un minuto de felicidad. Me rechazó otra vez, siempre... e hice... lo que he hecho.

La voz del duque era trémula, entrecortada.

Su madre le miraba horrorizada. ¿Era su Mauro, su ídolo, su querido niño de aspecto femenino, todo ternura para ella, aquel hombre de frente encrespada, de pupilas centelleantes, de rayos malvados y siniestros?

Pero en su amor materno, la débil aristócrata tuvo fuerzas para rehacerse y levantarse fieramente delante de él, pálida como una muerta, pero serena:

—Lo que has hecho, aún puedes deshacerlo; tu venganza es injusta, como tu castigo merecido —dijo con voz resuelta—. No, no es justo que aquella honrada mujer sea condenada; si tú no relatas la verdad, si tú no la defiendes, la defenderé yo.

Mauro movió la cabeza.

—Es demasiado tarde, mamá: yo no retiraré una sola palabra de mi acusación... y si tú dijese lo contrario, me saltaría los sesos, confirmando antes por escrito mi declaración.

La duquesa había caído sobre su asiento.

—¡Desgraciado! —murmuró con voz de espanto—. ¡Y yo que tenía tanta confianza en ti, en tu honor!... No, no es posible, que tú hayas cambiado así, que olvides los nobles ejemplos de tu padre. Mauro, tú deliras, repito. Piensa en tu mujer tan buena, tan cariñosa, que no merece ser herida así...

—Blanca no me ama, no me ha amado nunca; ha aceptado mi nombre por orgullo, por vanidad.

—¡No es verdad! Blanca es una honrada joven, una esposa fiel: sé que ella no ha tenido nunca en sus ojos, el velo que oscurece la luz de los míos; ella comprende que hay un misterio en tu existencia, pero no me habló nunca de eso por no torturarme. Mauro, escucha a tu pobre madre, que te ha amado mucho y a la que tus revelaciones matan; cesa de perseguir a aquella mujer tan desventurada; salva con su honor el tuyo.

—No, no quiero; si ella no es mía, no pertenecerá tampoco a otro.

La duquesa se levantó rígida y tendió la mana hacia el timbre.

Mauro la miró temblando.

—¿Qué haces, mamá?

—Quiero que me lleven de aquí, no quiero reconocer a mi hijo, no quiero sufrir la afrenta de que me crean cómplice de él en una infamia. Lo que tú no quieres hacer, lo haré yo.

Las sienas de Mauro palpitaban con violencia; el joven lo veía todo rojo delante de sí.

—¡Te lo prohíbo, mamá! —gritó.

La duquesa no respondió; en la habitación entraron Jack y la camarera acudiendo al llamamiento.

La noble señora mostró en aquel momento una energía sobrehumana.

—Deseo volver a mi aposento —dijo—, mi hijo necesita reposo. Hasta más ver, Mauro; reflexiona sobre mi consejo.

—Ya he reflexionado, no modificaré mi plan.

—Tampoco yo.

Cuando estuvo en su habitación la pobre madre, se llevó ambas manos al corazón como para contener sus violentos latidos.

¿Era posible que su hijo, su Mauro, olvidase todas las leyes del honor, los ejemplos de su padre y tratase de humillar de tal modo a una mujer que no había cometido otro delito, que el de no corresponder a su insensata pasión, queriendo permanecer honrada? ¿Y amenazada de él, había preferido matar y matarse, antes que ser vencida?

Todas sus ilusiones en el hijo adorado se desvanecían en un momento: su cariño profundo, idólatra por él, recibía un golpe terrible, mortal... ¿Debía ella secundarlo, dejarle obrar, vengarse?

No, no; la duquesa, era mujer para perderse antes a sí misma y a su hijo, que dejar consumir una vil traición, que ver cometida una ignominia. Se revelaban su dignidad,

su orgullo y su sentimiento de honor.

Blanca tenía razón; su hijo era indigno de ella: había mentido siempre.

En sus ojos azules, cariñosos, en su sonrisa, en la cual antes leía una ternura ardiente, sin límites, no veía ahora más que una hipocresía llena de perversidad.

La duquesa quería escribir al juez instructor antes de que Blanca volviese.

—Mañana podría arrepentirme —decía entre sí, con desesperada amargura—, y no se sabe lo que puede suceder.

No llamó a nadie; procuró levantarse e ir sola al escritorio. Dio algunos pasos tambaleándose, agarrándose a los muebles, abriendo los labios para buscar el aire que faltaba a su pecho oprimido. Pero un vértigo enturbió sus ojos, dobló sus rodillas, y la infeliz madre lanzando un gemido angustioso, cayó tendida sobre la alfombra.

La camarista la halló así media hora después, y dio la voz de alarma. La duquesa fue desnudada, metida en el lecho, mientras se avisaba el médico; pero cuando este llegó, solo pudo certificar la muerte de la anciana por ruptura de un aneurisma.

Dios había sido poderoso con la pobre madre, porque moría ignorando la parte peor de la existencia de su hijo.

Cuando volvió a casa Blanca se encontró con la confusión, el aturdimiento y el desorden que suceden a una desgracia imprevista.

La joven no quiso creer aquella muerte, hasta que vio el cuerpo rígido de la duquesa sobre el lecho, tocó su frente fría como el mármol y contempló sus pupilas inmóviles y vidriosas.

¿Qué había sucedido? ¿Era Mauro la causa de aquella muerte? ¿Había sido él, quien con una imprevista y espantosa revelación, había matado a su madre?

Interrogó a Jack y a la camarera inútilmente. Ellos no habían oído nada de la conversación sostenida por la duquesa y su hijo; solo la camarera dijo que cuando la duquesa los llamó para que la trasladasen a sus habitaciones, llegó a sus oídos la voz irritada del duque, que decía en alemán:

«Te lo prohíbo, mamá».

Pero cuando entraron, hallaron a ambos tranquilos, y la duquesa dejó a su hijo, cambiando con él en voz baja algunas palabras que no se oyeron.

—¿Ha sido avisado el duque de esta muerte? —dijo Blanca tratando de recobrar su presencia de ánimo.

—No —respondió Jack—. Se esperaba su regreso para seguir su consejo.

—Habéis hecho bien, hablaré yo misma a mi marido; no hacerle por ahora sospechar nada.

—Puede estar segura de que nos guardaremos bien de ello; el golpe podría serle fatal.

«¡Así fuese!», pensó Blanca.

Pero su rostro no expresó el pensamiento.

Después la joven oró de rodillas junto a la muerta a la cual había amado tiernamente.



¿Qué misterio ocultaba aquel imprevisto fin? ¿Qué había prohibido el duque a su madre? ¿Qué revelaciones había hecho?

—¡Pobre y santa criatura! —murmuraba Blanca—. Tú sola aquí merecías mi cariño. Ahora nada me liga a esta casa, porque odio a mi marido y a sus criados que me inspiran aversión, temor.

Después que mandó aviso a su madre y al conde Pedro de lo que había ocurrido, Blanca se dirigió a las habitaciones de su marido.

El duque dormía. Blanca no quiso despertarlo y dejando a su cuidado a Jack, descendió a las habitaciones de la muerta.

Pedro llegó poco después. Se estrecharon las manos en silencio, y luego el aristócrata dijo:

—¡Es una gran desgracia! Mauro no podrá soportarla; adoraba a su madre.

La duquesa se encogió ligeramente de hombros.

—Mentía con ella, como con todos —respondió—. Ese hombre, se lo aseguro Pedro, es una vergüenza viviente; pero ninguno llegará a descubrir su secreto.

—¡Oh! llegará el día en que él mismo se descubrirá.

—No lo espero. Mas no nos ocupemos de él. ¿Ha visto a... aquella mujer?

Pedro tuvo un ligero estremecimiento que pasó inadvertido para Blanca.

—No —respondió—. Ha muerto para mí.

—Pero tendrá que verse delante de ella, el día del juicio.

—Cierto que sí; pero yo no agregaré una palabra más a cuanto he dicho.

—¿Y la hija de Natalia?

—Esta no debe sufrir la pena de la culpa de su madre: permanecerá en el colegio, hasta recoger su título de profesora, que la proporcionará el medio de ganarse el sustento.

—¿Y si no le gustase el estudio, el trabajo?

—Cuando sea mayor de edad, la dejaré en libertad de hacer lo que quiera.

Fueron interrumpidos por la entrada de la señora Palma, que se echó en brazos de su hija llorando.

—Blanca, ¿es verdad, es verdad? ¿La duquesa que estaba buena cuando tú fuiste a verme, ha muerto de repente?

—Cierto, mamá: estaba muy delicada y hacía muchos años que sufría del corazón, pero se esperaba un fin tan rápido.

Madre e hija mezclaron sus lágrimas y hablaron de la virtud de la difunta, del cariño, de la veneración que había sabido inspirar a todos...

El conde Pedro se puso a disposición de ellas para todo lo que pudiese ocurrir en aquellas tristes circunstancias.

Cuando Jack palidísimo, anunció que el duque se había despertado, Pedro se ofreció a darle con precauciones la fatal noticia.

—No: se lo agradezco —dijo la joven—, es para mí, este doloroso encargo.

La señora Palma quiso oponerse.

—Pero, hija mía, ¿tendrás suficiente valor?

—Lo tendré, mamá —dijo Blanca abrazándola—. Estate tranquila.

Y la joven se dirigió resuelta hacia la alcoba de su marido.

## II

Cuando Gemma llorando con voz tímida relató a León y a su madre la historia de su mísera hermana Natalia, las desventuras de que esta había sido víctima y la acusación terrible que pesaba sobre ella, el artista dijo en un arranque irreflexivo de pasión.

—No, la culpable no es ella, y si es verdad que ha intentado matar al duque, un motivo bien grave y poderoso debe de haberla impulsado a hacerlo.

—Yo creo que ha sido el temor de verse descubierta y despreciada otra vez —dijo la madre—. Esto también parece que ella lo ha confesado.

León movió la cabeza negativamente.

—No, no puedo absolutamente creerlo; es un misterio que solo el tiempo llegará a descubrir. Entretanto, ¿qué piensas hacer Gemma?

—Iré al hospital a verla, si me dan permiso para entrar —dijo, con dulzura.

—El permiso se lo daré yo hoy mismo, por medio de un médico amigo mío.

—¡Cuánto se lo agradezco, y cuánto deseo ver y abrazar a mi hermana! —agregó la jovencita—. Mi madre me dijo siempre que Natalia no era mala. ¿Y ahora que todos la abandonan, debo abandonarla también yo, renegando de ella?

Fue entonces cuando León le dijo:

—Usted es muy buena, Gemma: tiene razón al decirlo mi madre.

Esta también aprobó la idea de la joven y le prometió que durante su ausencia cuidaría a su padre que ¡pobre hombre! estaba alelado.

León era aquellos días presa del deseo febril que Ana —en su corazón la llamaba aún así— había despertado en él.

Solo en su estudio, frente al retrato de la mujer amada hecho por él con perfección suma, León se decía que no era posible que Ana con aquellos ojos tan dulces, tan tristes, aquella expresión de honradez que tenía toda su fisonomía fuese una vulgar aventurera, que hubiese intrigado tan indignamente para casarse con el conde De Malin.

No, no quería creerlo... no podía.

—Y aunque tú fueses culpable —decía casi delirando—, ¿podría yo odiarte, Ana? No, no, mentía cuando quería hacerme creer a mí mismo que te despreciaba, que eras indigna de mi cariño que no merecías mis suspiros ni mis lágrimas. Creía con eso ahogar mi amor y lo he acrecentado: paso horas enteras delante de tu retrato, olvidando los otros trabajos y no puedo decidirme a alejarte de mí. Esta última desgracia me ha acercado más a ti. Cuando sepa que eres feliz, huiré de ti por no verme tentado a cometer alguna locura; ahora que todos quieren perderte, humillarte, estoy yo dispuesto a defenderte, y si es necesario verter toda mi sangre por ti, la verteré.

León no salía de casa por la tarde por esperar a Gemma y saber por ella, noticias

sobre la situación de Ana.

La primera semana, Natalia con la fiebre y el delirio, no había reconocido a su hermana, y la pobre joven no sabía más que llorar hablando de ella.

—¡Pobre, pobre mujer! —murmuraba la madre de León.

El artista no hablaba, pero era preso de mortal angustia y apretaba los dientes para no gritar, y cerraba los ojos, como si tuviese miedo de expresar sus íntimos pensamientos.

Durante el día mientras su mano trabajaba febrilmente, su pensamiento le llevaba al lado de la desgraciada, y la veía agitarse febrilmente, la oía suplicar, desesperarse. Y entonces los ojos del joven centelleaban y su mente acariciaba la idea del suicidio.

Sí; si Ana moría la seguiría a la tumba.

Finalmente una tarde Gemma apareció transfigurada.

—Me ha reconocido y besado y está salvada —dijo entrando en el comedor donde León y su madre habían acabado de cenar.

En el colmo de la alegría, el joven se levantó para abrazarla.

—¡Ah!, ¡qué buena nueva ha traído! —exclamó—. ¡Cómo participamos de su alegría!

Gemma se puso encarnada, confusa. Aquel abrazo que no se esperaba en presencia de la madre de él abrió su corazón a la más dulce esperanza: no se había sentido nunca tan feliz como en aquel instante.

Sentada entre madre e hijo, Gemma relató todos los detalles de la jornada. Habló de la emoción de su hermana cuando la reconoció, y dijo que había llorado entre sus brazos. Repitió las palabras de Natalia: «Si algún día puedo relatarte mi vida, sabrás que no soy indigna de tu cariño, de tu piedad». Añadió que la hija de Natalia corría un grave peligro y que esta contaba con ella para salvarla.

—Yo le juré —agregó Gemma con un vivo rubor—, hacer todo lo que quisiera y hasta me permití decirle que usted, León, me ayudaría.

Él sintió que le faltaba la respiración y se puso palidísimo.

—¡Ah!, ¿le habló de mí? ¿Qué respondió?

—Que aceptaba su apoyo y que lo agradecía con toda el alma. ¿He ido demasiado lejos ofreciéndole el apoyo de usted?

Él le sonrió con dulzura y procurando dar firmeza a su voz respondió:

—No, Gemma. Se trata de su hermana a la que yo creo inocente, y repito delante de mi madre que estoy pronto a todo por defenderla y por salvar a su hija.

Gemma rompió en llanto que no trató de contener.

Pero aquellas lágrimas eran de alegría. Cuando se calmó, volvió sus ojos llenos de reconocimiento hacia León y balbuceó:

—¡Cuán bueno es usted! ¡Gracias, gracias!

León experimentó un ligero estremecimiento, comprendió que engañaba a aquella pobre joven sobre el motivo que le impulsaba a obrar.

—No tiene por qué agradecermelo, Gemma —dijo—, cualquier otro hombre de

corazón y de honor que le tuviese afecto, que hubiera conocido por un instante a su hermana haría lo mismo. ¿Qué más dijo Natalia?

—No pudo decir más, porque llegó en aquel instante Catalina.

León frunció las cejas.

—Esto me disgusta —exclamó—. Cierto estoy de que Mugheta no ha ido al hospital obedeciendo a un sentimiento fraternal, sino en forma de reclamo.

—La juzgas muy mal, León —observó dulcemente su madre—. Catalina es verdad que conduce una vida muy irregular, pero no la creo privada de corazón.

—Pues yo la juzgo mala, y sé lo que me digo —rebatía León—. Estoy cierto que Mugheta habrá representado en su presencia Gemma, una escena dramática. ¿Qué dijo a Natalia?

—No puedo responderle, León, porque yo me marché apenas ella entró, pero Natalia me lo dirá mañana.

Al día siguiente Natalia nada dijo de Catalina y solo habló de su hija, dando de ella mil detalles y formando proyectos para sustraerla del colegio y ocultarla en un sitio donde el duque no pudiese dar con ella.

Gemma lo refirió todo a León, que estaba pronto a obrar cuando Ana lo ordenase.

El día que Gemma se halló con Teresa y Ghita y salió con ellas para ir a casa del conde Pedro, como deseaba la niña, durante el trayecto corrido en coche, la vieja dijo a la joven.

—Su hermana me ha dicho que usted lo sabe todo, y que está pronta a secundarme.

—Sí, señora.

—La niña es muy inteligente y lo comprenderá.

—¿Qué debo comprender, tía?

Ghita la puso sobre sus rodillas, la besó y mirándola con fijeza la preguntó:

—¿Eres capaz de guardar un secreto?

Los ojos de la niña brillaron.

—¡Oh, sí! —exclamó.

—¿Tienes confianza en mí? ¿Crees que yo no quiero hacerte daño?

Teresa le echó los brazos al cuello, besándola repetidas veces.

La niña, Teresa, no se cansaba de demostrar a la señora su agradecimiento.

—Tú eres buena, como la mamá y papá —dijo—, yo creo en ti, como en ellos.

—Querido ángel: ahora escúchame bien. Y usted también, señorita Gemma. Ana me ha dicho que un hombre malvado, que en otros tiempos la hizo sufrir mucho, ha encontrado sus huellas, y sabiendo que no puede moverse del lecho, le ha jurado quitarle a Teresa.

La niña que había escuchado con atención, se puso densamente pálida, como si una horrible visión tuviese ante sus ojos.

—¿El hombre malo ha vuelto?... —dijo—. ¿Quieren llevarme con él?... Pero yo no iré... no le tengo miedo... gritaré... le escupiré al rostro... le morderé...

—La mamá quiere evitarte todo esto y tú debes obedecerla: ¿me lo prometes?

Teresa puso su diminuta mano en la de Ghita y con seriedad dijo:

—Te lo prometo. Puedes decirlo a la mamá: ella no debe llorar, ni sufrir por mí.

Gemma estaba conmovida; la vieja estrechó a la niña contra su pecho.

—¡Bravo, Teresa! —dijo con sencillez—. Si tú obedeces a la mamá, curará más pronto; y un día u otro el hombre malvado, será castigado, y nosotras volveremos a ser felices. Eso es lo que mamá quiere: tú te irás con la tía Gemma, que debe ocultarte en lugar seguro, donde el malvado no te pueda encontrar.

—¡Oh, no! —interrumpió Gemma—, se velará por ti, día y noche.

—¿No volveré más al colegio? —dijo la niña a Ghita.

—No.

—¿Y tú, vienes con nosotras?

—No; fingiré no saber dónde tú estás. Ahora bajaremos del coche y vosotras dos, marcharéis por un sitio y yo por otro; en vez de ir a casa, iré al colegio diciendo que a pocos pasos del hospital mientras hablaba con una amiga que había encontrado, te alejaste de mi lado sin que yo lo advirtiese, y que no me ha sido posible encontrarte. Que entonces supuse que cansada de esperarme, te habías vuelto sola al colegio.

Teresa la miraba con mucha atención.

—¿Y al papá Pedro qué le dirás?

—Lo mismo.

—¿Tampoco debe saber dónde estoy?

—No; la mamá no quiere, y confía en ti, en tu silencio.

—Puede confiar —repitió gravemente la niña—. Pero ¿yo no veré más a la mamá?

—Vendrá a verte apenas esté sana... y acuérdate que si tú cometes alguna imprudencia pones en peligro su vida y la tuya...

—Lo recordaré.

—La mamá te dará noticias tuyas y mías; no te faltará el cariño de tu tía Gemma...

—Yo también la amaré mucho —dijo la niña tendiendo sus brazos a la joven que la besó llorando—. Y estaréis todas contentas de mí...

Un momento después, Ghita hacía parar el coche en una calle desierta, y se separaba de Gemma y Teresa.

Nadie miraba a la joven y a la niña, que andaban tranquilamente agarradas de la mano, sin pronunciar ni una palabra.

Gemma pensaba que había llegado al fin el momento de ayudar a su hermana, y de probar hasta dónde llegaba el cariño de León por ella.

Teresa reflexionaba sobre lo que Ghita la había dicho, comprendiendo vagamente que la resolución de su madre decidía su suerte, presente y venidera. ¿Por qué el conde tan bueno, no debía saber nada, ni estaba junto al lecho de su madre? ¿Era por causa del hombre malvado que la perseguía? ¿Por qué?

En vez de dirigirse a su casa, Gemma condujo la niña al estudio de León. Este se hallaba por fortuna solo.

Cuando vio a Gemma con la niña, comprendió lo que sucedía.

Poco tuvieron que hablar para entenderse, y se hicieron cargo de la muchacha.

Aquella tarde, cuando se acostó con la madre de León, la niña estuvo largo tiempo sin dormir, pensando en todo lo ocurrido aquel día y en el cambio de su vida.

No lloró, porque tenía un alma fuerte, pero oró en silencio por sí, por su madre, por todos los que la querían bien y trataban de salvarla del hombre malvado. Teresa recordaba siempre a aquel que había hecho llorar a su mamita y al cual escupió el rostro. ¿Por qué Dios no lo castigaba cómo se merecía? ¿Por qué continuaba persiguiéndolas?

La niña se durmió pensando en él, y su sueño era agitado. De repente empezó a gritar.

—Dejarme... no quiero... no... no... socorro.

La señora Concepción la movió dulcemente; Teresa abrió los ojos espantados.

—¿Qué tienes? —dijo la buena mujer—. ¿Tenías mal sueño?

—¡Oh! sí —murmuró la niña acercándose a ella—, soñaba que el hombre malvado me llevaba.

—No temas, no puede entrar aquí, no entrará: duerme, duerme tranquila.

La abrazó estrechamente y la niña apoyando la cabeza en el pecho de ella, volvió a cerrar los ojos plácidamente.

### III

El exceso de emociones sufridas durante el coloquio con su madre habían sumergido al duque en un pesado letargo, que Jack creía un confortable reposo. Pero aunque el cuerpo permanecía inmóvil, como muerto y los ojos estaban cerrados, el cerebro continuaba trabajando.

Por Natalia había roto el único vínculo de cariño que tenía.

Su madre había sido todo para él; su culto, su consuelo, su adoración. El único temor de su existencia, era que la duquesa descubriese algún día sus misterios, sus terribles intrigas, la fuente de sus riquezas y muriese de dolor, por haber dado la vida a un monstruo. Pero creía que por su excesivo amor en esta ocasión su madre le absolvería. Por el contrario, la duquesa había tomado la defensa de Natalia y quería obligarle a desmentir su acusación, a confesar la verdad y ante su negativa se había indignado, le había despreciado con horror, diciéndole enérgicamente: «¡Si no lo haces tú, lo haré yo!».

No, su madre no lo habría hecho; él lo hubiese impedido a costa de todo; en cuanto a Natalia la odiaba aún más, acusándola de haber herido el alma de la duquesa que hasta ahora había sido enteramente para él.

En aquella hora de letargo tuvo el duque la visión de un terrible desastre en su casa, de un gran dolor que le hería en el alma, haciéndole aún más malvado de lo que era.

Todo su cuerpo fue presa de un estremecimiento ante aquella horrible visión, y sus ojos se abrieron espantados. Pero al hallarse en su alcoba y al cuidado de su fiel Jack, trató de sonreír.

—¡Qué mal he dormido! —dijo—. ¡Qué terrible sueño! ¿Y mi madre?

No advirtió la emoción del agente.

—No sé —respondió Jack.

—Ve a buscar una limonada que tengo mucha sed, y de paso te informas de lo que hace mi madre.

—Sí, duque.

Fue entonces cuando Jack avisó a la duquesa, quien quiso ir a dar la triste noticia al herido, a pesar de los esfuerzos que el conde De Malin y la señora Palma hicieron para retenerla.

—¡Es mi deber! —había respondido.

Blanca estaba palidísima; sus ojos brillaban sombríamente; todo su cuerpo vibraba y una ligera arruga surcaba su frente; sus narices palpitaban nerviosamente.

Cuando entró en la alcoba de su marido, Mauro tenía los ojos fijos en el retrato de su padre; pero al *frou frou* del vestido, volvió vivamente la cabeza.

Blanca se acercó llevando en la mano un vaso de plata con limonada.



—He querido traértela yo misma —dijo—, porque deseo hablar contigo o propósito de tu madre.

—¿Dónde está? —preguntó vivamente Mauro al levantarse para beber, fijando sus ojos abatidos en su esposa.

—En su alcoba —respondió fríamente Blanca—. ¡Reposa! Le era tan necesario, ¡pobre mamá! Sería un crimen despertarla.

—¿Por qué hablas así? ¿Qué sucede?

—Yo te pregunto. ¿Qué dijiste a tu madre, para que apareciese delante de mí, con el rostro descompuesto y presa de una angustia espantosa? —dijo la joven que tenía fijos en él sus ojos centelleantes—. Yo le pregunté qué había sabido; ¿sabes lo que me respondió?

—¿Qué te dijo?

—«No, no creía que pudiese llegar para mí, la hora de maldecir a mi hijo, y de ser herida de muerte por él».

Una angustiosa contracción reprimida enseguida, apareció en el rostro de Mauro, quien después fue presa de una furia loca.

—¡Tú mientes, Blanca! —exclamó—. ¡Mientes!

—Creo hablarte a ti mismo —respondió la joven fríamente—. Como tu vida es una continua mentira, quieres juzgar a los demás por ti. Levántate si tienes fuerzas, ven ante el cadáver de tu madre, y pregúntale quién la ha matado.

Mauro se incorporó en el lecho dando un grito terrible.

—¿El cadáver de mi madre? —dijo con voz estrangulada, ronca—. Blanca, Blanca, no me hagas sufrir... tú quieres ponerme a prueba; yo te he hecho por un momento sufrir y te vengas... Blanca, yo te lo suplico habla... dime que todo esto es un sueño...

La miraba con ojos dilatados retorciéndose las manos.

Ella permaneció grave, impasible.

—No, Mauro, es la realidad —respondió—. Yo no sé lo que tú habrás dicho a tu madre... ella no me lo ha repetido, lo que yo sé... es que tú eres su asesino.

Mauro no parecía comprenderla; un miedo vil y horrible le invadía.

—¿Muerta? ¿Muerta?... Gracia... piedad, no me mates, ¡quiero vivir!

Y pronunciando estas palabras se desvaneció.

Blanca lo miró un instante con profundo desprecio. Si antes no amaba a Mauro, ahora le odiaba.

¡Qué caro pagaba su afán de ser esposa de un duque!

¡Y pensar que estaba ligada a él para siempre!

Una nube oscureció los ojos de Blanca, pero esta pronto venció su emoción, e inclinándose hacia el pecho de su marido observó que su corazón aún latía y que Mauro solo estaba desvanecido.

Entonces abandonó la habitación.

El duque fue poco a poco volviendo en sí, pero su pensamiento estaba extraviado,

y su mirada vagaba en su alrededor sin fijarse en nada.

Repetía maquinalmente estas palabras, con los labios blancos, convulsos:

—¡Muerta... muerta... muerta!

Después volvió algo a la realidad y, pronunció en voz alta:

—¡Asesino!

Un estremecimiento le invadió de cabeza a pies, ante aquel insulto a sí mismo. Pero de repente un cambio de ideas le hizo acordarse de Natalia.

—¡Aun ella! —murmuró—. ¡Cuán caro me lo ha de pagar!

Y agregó enseguida:

—¿Por qué mi madre ha querido saberlo? Si no hubiese muerto, habría dificultado mi marcha, defendiendo en contra mía a aquella mujer.

Todo el egoísmo feroz que había en su fondo malvado resurgía acallando su desesperación.

—También Blanca me ha adivinado y me desprecia —pensó también—. ¡Qué loco fui al casarme! ¿Es que la amaba?... Ella no me ha amado nunca: ha sido mi esposa por orgullo. ¿Cómo podría deshacerme de ella?

Después volvió su recuerdo hacia su madre, y se conmovió de nuevo por un instante. ¿Dónde volvería a encontrar aquella ternura, siempre viva, siempre constante, aquel cariño que le hacía olvidar su tristeza, su miedo? Su madre no había sospechado nunca su terrible secreto: no conocía el lado peor, siniestro, de su vida, teniéndolo por un modelo de hombres, y de hijos.

¿No era mejor que hubiese muerto sin descubrir la cruel verdad? ¿Qué era la culpable de su pasión, ante los ojos de ella, en comparación con el resto?

Un rumor de pasos y de voces le distrajo de su pensamiento. Jack entraba en la alcoba con el médico; el fiel agente no tenía valor para volver los ojos hacia su jefe.

Mauro tenía alterada la fisonomía por un dolor desesperado.

—Doctor, doctor —dijo—, déjeme morir. ¿Qué me importa la existencia, ahora que no tengo madre?

—Valor, duque —respondió el médico—. Usted no está solo en el mundo para hablar así. La señora duquesa hacía muchos años que sufría; usted ha buscado el auxilio del médico para prolongar todo lo posible su vida; ha cumplido su deber de hijo hasta el último instante y esto debe ser consuelo para usted. Yo creo que su repentino fin ha tenido por causa el dolor sufrido al saber que estaba usted herido; ha sido una imprudencia enterarla antes que estuviese usted curado.

El duque callaba y escuchaba, no mostrando en su semblante más que un profundo abatimiento, aunque en aquel momento inundaba su alma un rayo de alegría.

¡El doctor no concebía sospecha alguna, sobre la verdadera causa de la muerte de su madre!

¡Era Blanca la que había querido herirle por odio, maldad, tal vez esperando por este medio librarse de él! El efecto fue contraproducente y lo ocurrido le ligaba aún

más a la vida. En lo sucesivo nadie le impediría cumplir su voluntad aunque tuviese que jugarse la cabeza.

El médico después de reconocerlo lo encontró mejor de lo que esperaba, y le ordenó un absoluto reposo.

Apenas se marchó el galeno, el duque se volvió a Jack que permanecía mudo y conmovido, diciéndole en tono resuelto:

—Quiero ver a mi madre.

Jack se estremeció.

—Pero señor, usted no tiene fuerzas.

—Quiero verla, te repito; tú me sostendrás. No llames a nadie para que te ayude: tú solo me bastas. Saca del armario mi traje de caza; prepárame también una copa de Jerez; pero enseguida.

Jack se apresuró a cumplir sus órdenes. Cuando se levantó envuelto en una bata y metidos los pies en unas zapatillas, le pareció que el suelo se hundía ante sí, y experimentó la sensación de la caída. La debilidad durole un instante. Después de haber apurado la copa de Jerez se sintió más fuerte y apoyándose en el brazo de Jack dijo a este:

—Vamos.

Sus pasos no se oyeron en la galería, ni en la alcoba de la duquesa madre, por las espesas alfombras.

En su camino no encontraron a nadie ni oyeron rumor alguno como si el palacio estuviese desierto.

En el momento en que iban a entrar en el saloncito que precedía a la habitación de la duquesa, el duque se detuvo estrechando nerviosamente el brazo de Jack.

Detrás del portier corrido, había oído la voz de su esposa.

Esta decía:

—¡Ah! créelo, Pedro: si no fuese por tu amor que me sostiene y es mi única fuerza, habría roto la cadena que me liga al hombre que detesto.

La voz grave del conde respondió:

—Ten paciencia, Blanca, y piensa que yo sufro al par que tú.

Jack, turbado por aquellas frases que le revelaban la traición de la joven duquesa y del conde, quiso arrastrar de allí a su señor.

Pero el duque con una mirada imperiosa le contuvo. Las sienes de Mauro latían con violencia y su cabeza ardía, mas con un poderoso esfuerzo venció su emoción y en vez de pasar por el saloncito, cruzó las habitaciones de su esposa, que se comunicaban por medio de otra sala, con la habitación de su madre.

Y dijo a Jack con voz silbante:

—¡Que nadie sospeche lo que hemos oído los dos!

En la habitación de la difunta, arrodillada junto al lecho fúnebre, estaba la señora Palma que ignoraba el drama que se había desarrollado en aquella casa, donde creía que su hija mandaba como soberana, siendo el único amor del duque.

Al entrar Mauro, antes de fijar sus ojos en el cadáver de la madre los fijó en su suegra pensando.

—¡Tal vez sea ella también cómplice de Blanca y del conde! ¡A todos les llegará su vez!

Después miró a la muerta, que parecía dormir plácidamente con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, los ojos cerrados y la boca dispuesta a sonreír. No había nada en aquel semblante demacrado, delicado, del color de la cera, que indicase los horribles sufrimientos morales que habían precedido a la muerte. Mauro podía creer que en su último momento el corazón de la madre que tanto le amó, se había abierto a la indulgencia, al perdón.

Entonces sintió una especie de voluptuosidad ensimismándose en su dolor, dando desahogo al tormento de su alma. Y retirando a Jack, se precipitó dando un grito sobre el cadáver de su madre, cubriéndola de besos, llamándola con espasmos de desesperación.

La señora Palma se puso enseguida en pie; Pedro y Blanca acudieron del saloncito inmediato y sorprendidos a la vista del duque, y ante aquella trágica escena, intentaron alejarlo del lecho.

Pero él con mirada de loco, con ojos feroces gritó:

—¡Atrás! dejadme; ¡mi sitio es este y nadie podrá arrancarme de aquí!

La señora Palma lloraba; el dolor desesperado de aquel hijo mostraba el cariño que tenía a su difunta madre.

Blanca estaba palidísima, pero tranquila; en su interior pensaba: «¡Comediante!».

Pedro no podía desconocer aquella desesperación filial que creía sincera, pareciéndole imposible, que pudiera fingirse hasta tal punto, delante de una madre muerta.

Jack estaba conmovido, y miraba con ojos torvos a la joven y al conde, pareciéndole una profanación su presencia en aquella habitación, junto al lecho de la difunta duquesa.

Mauro continuaba inclinado sobre el cadáver, murmurando palabras insensatas: pero en el momento en que intentó levantarse, se sintió como sujeto por la mano helada de la muerta. No notó que un cordón de su bata se había enredado entre los dedos helados y el crucifijo ornado de piedras preciosas que habíase puesto sobre el pecho de la duquesa. Y le pareció que su madre quería arrastrarlo a la tumba para impedirle que cumpliera su malvada obra. Y fue tan grande su sensación, tan violenta, que se desvaneció.

Cuando recobró el conocimiento se encontró en su habitación, y vio junto al lecho a la señora Palma y al conde Pedro.

Enseguida comprendió la realidad de la situación y mientras reconquistaba su sangre fría, su pálido rostro expresaba una profunda angustia.

—No he soñado, ¿verdad? —dijo con extraña dulzura—. Mi madre está muerta, y yo he querido verla, besarla otra vez...

—Llora, desahógate, hijo mío —contestó con gran emoción la señora Palma—, pero prométeme que no te moverás más del lecho, porque el médico mismo ha dicho que una recaída sería peligrosa para ti.

—¿Y tendré que renunciar a rendir los últimos tributos a mi madre? —prorrumpió excitado el duque—. No, no, es imposible: ¿cuándo se harán los funerales?

—Mañana —respondió Pedro—, y no tengas cuidado, que entre Blanca y yo hemos dado todas las órdenes oportunas.

—Está bien, os lo agradezco; asistiré también yo, y será inútil que insistan en lo contrario. Ahora déjenme, tengo necesidad de reposo. Jack bastará para velarme.

La señora Palma y el conde obedecieron retirándose en silencio.

Entonces el duque se volvió al fiel agente.

—¿Has oído? —le dijo arrojando la máscara de dolor tenida hasta ahora en su rostro, y con una expresión de odio intenso—. El hombre que se llama mi amigo, es el amante y su esposa, por poco no me ha matado; quiero castigar a la una y a los otros, pero sin escándalo; aquí es necesario fingir, dejarles creer que yo lo ignoro todo. Tú me ayudarás en mis proyectos.

—Yo soy cosa de usted, ya lo sabe y me sacrificaría gustoso por vengarle —respondió Jack—. Si usted hubiese matado a ambos, habría estado en su derecho y yo no hubiera alzado una mano para defenderlos.

—Morir no es sufrir, y yo quiero que ellos sufran, como debiera sufrir aquella desgraciada que me ha herido. Celebrados los funerales de mi madre partirás enseguida con la misión que te he impuesto... y a tu regreso es preciso a toda costa, apoderarse de la hija de Natalia. Además, debes hallarte aquí para el acto de juicio donde atestiguarás que Natalia estuvo en casa de tu padre relatando todos los particulares que ya te he expuesto.

—No tema, no me contradiré ni un solo momento —agregó Jack—, y en cuanto a la pequeña, déjeme obrar a mí: estudiaré el medio de alejarla del colegio, sin que se pueda sospechar quién lo ha hecho.

—Gracias, Jack; tú solo me eres fiel, tú solo me quedas, y ayudado por ti tomaré mi venganza sobre todos.

Mauro trataba de desechar con aquellos proyectos, el horrible espanto sentido cuando se creía sujeto por la muerta.

Acudiéndole de nuevo aquel pensamiento se decidió a preguntar:

—¿He estado desvanecido sobre el cadáver de mi madre?

—Sí —respondió Jack—, y le he levantado yo mismo para traerle aquí. Pero tuvieron que intervenir el conde y la señora Palma para ayudarme, porque el cordón de su bata se había enredado en el crucifijo y entre los dedos de la pobre duquesa.

—¡Ah!

Fue un suspiro de consuelo. Cuando había estado a punto de creer que la muerta quería llevárselo, para impedir su venganza.

Los muertos son menos crueles que los vivos: dejan en paz a sus matadores y no

se interesan ya por lo que pueda ocurrir en el mundo.

Una sonrisa extraña, una sonrisa atroz se dibujó en los labios del duque.

—Ahora nadie me privará de mi venganza —dijo.

Y pensando en la traición de Blanca y del conde, agregó:

—¡Ah!, ¡si hubiese sabido!...

El recuerdo de la muerta, estaba amortiguado en su mente.

## IV

La muerte imprevista de la duquesa madre que todos atribuyeron al dolor que le causó la desgracia ocurrida a su hijo, produjo profunda impresión en la alta sociedad torinense, la cual dio una muestra de simpatía, de cariño a Mauro. A los funerales concurrió un gentío inmenso y todos tuvieron una palabra de piedad para el hombre tan cruelmente herido y otra de indignación para aquella que yacía sobre su lecho del hospital en espera de su condena.

La noticia dada por los periódicos pusieron la opinión pública a favor de Mauro, y nunca el miserable había triunfado tanto como en aquellos días: todos le creían víctima de una infame y vulgar aventurera. Así se compadecía también al conde De Malin que con su solicitud para su amigo, demostraba haber arrojado de su corazón como de su casa a la mujer que le había tan audazmente burlado.

La duquesa Blanca se mostró perfectamente correcta en aquellas dolorosas circunstancias, y nadie tuvo la más mínima sospecha de lo que pasaba en su alma.

Después de los funerales la joven rogó a su madre que permaneciese junto a ella, no queriendo hallarse sola en aquella quinta con Mauro enfermo y el recuerdo de la difunta.

Y delante de su madre dijo al duque:

—Creo que cuando estés restablecido, vendrás a vivir en Torino, en el palacio de mamá, porque deseo no separarme de ella, ahora que me falta tu santa madre.

Mauro respondió presurosamente:

—Yo no dejaré esta quinta que mi pobre madre quería tanto, y aunque tu deseo es muy justo, espero no me dejarás solo aquí. Si la mamá no quiere quedarse con nosotros, podrá venir a verte a su placer.

Blanca conoció bajo aquel modo de hablar, en apariencia cariñoso, la más sorda hostilidad, la más terrible resistencia a su deseo; pero era demasiado orgullosa para descender a meterse en discusiones especialmente en presencia de su madre, que tenía plena confianza en el duque, al cual amaba como un hijo.

Solo se limitó a responder:

—Bueno, veremos: puede ser que cuando estés curado, cambies de idea.

—No lo creo —agregó dulcemente el duque—. Para mí es sagrado el culto de los muertos, como sé respetar a los vivos.

Blanca fue presa de un acceso de ira, de desprecio, de profundo odio contra aquel hombre que mentía la piedad como el amor, que había engañado siempre a su madre como a ella; que era un verdadero enigma viviente.

¡Oh, si ella hubiese podido leer un solo instante en aquella alma indescifrable! Pero ¡en él no se traducía nunca nada, ni en el arranque más fuerte de cólera, de dolor, de desesperación!

Entretanto se había esparcido la voz de la desaparición de la hija de Natalia. Los periódicos relataron lo que Ghita había dicho a la directora del colegio y al conde: que mientras se hallaba en la calle hablando con una persona que le había hecho una pregunta, la niña se alejó sin ser vista. Que Ghita creyó que Teresa impaciente por la conversación se habría marchado sola al colegio, pero que nadie la había visto, y que tampoco en el palacio del conde sabían nada de ella.

Pedro avisó a la Jefatura y se hicieron indagaciones especiales sobre las hermanas de Natalia, sin resultado alguno. Una de ellas conocida en el mundo galante bajo los nombres de Clary y de Mugheta, había demostrado claramente que no tenía conocimiento del paradero de su sobrina ni cariño a esta. La otra una buena y honrada muchacha que vivía de su trabajo cuidando a su padre paralítico, se extrañó de aquella desaparición mostrándose muy apesadumbrada. De modo que no se podía tener duda de su sinceridad máxime cuando los vecinos y porteros declararon que no habían visto ninguna niña con ella, de la que hacía toda suerte de elogios.

El duque Mauro supo por el conde Pedro estos detalles, pero aun cuando en su interior sentía una profunda rabia, su semblante no mostró ninguna emoción.

—¿A dónde puede haber ido aquella pobre niña? —dijo como hablando consigo mismo—. Por más que no será difícil encontrarla, porque no puede haber pasado inadvertida con el uniforme del colegio.

—Es lo que yo he pensado también —respondió el conde—, pero todas las indagaciones hechas no han dado ningún resultado.

—¿Quién podía pensar que Natalia fuese hermana de Mugheta? —agregó el duque—. ¿Y estás seguro de que aquel demonio nada sabe de la niña?

—Esto es lo que dicen —exclamó el conde fríamente—, porque yo no tengo ninguna intención de acercarme a aquella joven.

El duque en cambio pensaba a su vez, que apenas estuviese en estado de salir iría a verla.

Durante la ausencia de Jack se maduraron en su imaginación miles de infernales proyectos, que ansiaba poner en práctica.

Natalia fue advertida de la desaparición de Teresa; pero la previsor madre ya sabía por su hermana que la niña estaba en salvo junto a León.

Natalia se cubrió un instante el rostro con las manos para no dar a comprender nada al médico ni a la monja, que eran los encargados de darle la triste noticia.

Tan solo la oyeron murmurar:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿no basta aún?

—¡Señora, valor! —dijo el médico con dulzura—. La niña aparecerá; no debe entregarse a la desesperación; puede ser que su hija se haya alejado de la sirvienta y queriendo ir sola al colegio se haya extraviado. Quizás alguna buena persona la haya recogido y la devuelva.

Natalia descubrió su rostro palidísimo, mostrando los ojos abatidos pero secos.

—Yo no creo que se haya extraviado —dijo—. Conozco a mi hija: ha huido para



no depender del hombre que su madre ha engañado y que no es nada para ella; yo no he querido mentir con Teresa, y Dios me ha castigado otra vez alejándola de mí.

No agregó otra cosa, ni habló más de la niña.

Las diligencias por el intento de asesinato del duque, y el engaño del conde De Malin y de Ghita por Natalia Bracco, continuaban rápidamente.

En vista de la mejoría de la joven a la que pronto le quitarían el aparato y la enyesadura de la pierna, le prometieron dejarla levantarse algunos ratos, mientras continuaban los interrogatorios, sin que se contradijese nunca, y sin que de su boca saliese una palabra que pudiese comprometer al conde o a Ghita.

—Sí, soy culpable —decía—. Lo repito: he robado los documentos de Ana Malvan, me he presentado a Ghita como su sobrina, introduciéndome de esta forma en casa del conde De Malin, pero solo por la espontaneidad de mi amor, por el amor único exclusivo, ardiente, que no desaparecerá jamás, me decidí a ser su esposa. Cuando niña hui de mi casa con el hombre que debía ser más tarde guillotinado mas no conocía el amor. Tampoco conocí hasta el día de su arresto su infame obra. Al seguir a Vital obedecí más a mi mente que a mi corazón. Sin embargo, le fui fiel hasta el fin no abandonándole hasta el pie del patíbulo. El amor del conde Pedro fue para mí una revelación, y me devolvía la fe y la confianza en mí misma. ¿Creen que me casé con él por su título, por sus riquezas? No, no amaba más que a él, y no habría temido la miseria en su compañía. ¿Y el duque quería quitarme la sola alegría de mi vida, separarme de aquellos brazos adorados, revelando mi verdadero nombre? ¡Ah!, ¡no! Rogué, supliqué; no quiso ceder; herí. Pero desmiento la acusación de seducción en que me envuelve, desmiento la infame calumnia de que yo haya sido su amante... Yo odio al hombre que ha procurado hacerme tanto daño, que ha destruido mi vida, y no me arrepiento más que de una cosa: de no haberle muerto.

El juez instructor la reconvenía por su hostilidad contra el duque, tan bueno, tan humano, tan justiciero para todos, solo inflexible con el deber y el honor.

Natalia lo miraba con sus ojos negros brillantes, sonriendo con desdén.

—¿El deber, el honor, la justicia por parte suya? —respondía—. ¡Qué atroz ironía! Pero algún día desaparecerá la oscuridad y brillará la luz.

—Sus respuestas son muy extrañas —decía el juez—. Explíquese mejor, especifique su acusación contra el duque.

Natalia se encogía de hombros.

—¿De qué me serviría? Un día acusé a un hombre de haber llevado a mi marido por el camino del crimen, de haberlo arrastrado al patíbulo: se rieron en mi cara, me dijeron que era hábil para inventar historias y defender al verdadero culpable; me repitieron que aquel individuo del cual no sabía el nombre y podía designar vagamente, no existía más que en mi imaginación. ¿Si hoy dijese que aquel genio del mal tiene un gran parecido con el duque de Vulman, qué me respondería usted?

—La compadecería —respondió el magistrado—, porque acusa a un hombre por el solo parecido con otro que su imaginación le hace odioso, malvado, sin tratar de

conocer las cualidades morales del duque que le convierten en un ser superior, al que todos estimamos y apreciamos altamente, empezando por el conde De Malin, su íntimo amigo, que lo cuida con un cariño de hermano. Además, señora, ¡cuántos asesinos hay con cara de caballeros! ¡Cuántas mujeres con aire de virgen no son más que vulgares aventureras, vulgares delincuentes!

—Esta respuesta me está bien empleada —agregó Natalia—, porque he querido probar hasta dónde llega la ciega confianza de los hombres, comprendidos los magistrados; pero no hablemos más; me interrogásteis cien veces y no cambiaré una sola frase de lo que he dicho.

Los días pasaban. Natalia que estaba ya en estado de levantarse y de caminar algunos pasos, iba a ser trasladada a la enfermería de la cárcel, donde sus hermanas no podrían verla más que pocos minutos y en presencia de otros.

Mugheta había podido solamente decirle que trabajaba por ella; Gemma que estuviese tranquila por la suerte de Teresa.

Natalia no vio más al conde ni a Ghita ni preguntó por ellos; parecía resignada a todo y no se lamentaba nunca. Todas las apariencias estaban en contra de ella, y su misma firmeza al declararse culpable, no dejaban duda alguna sobre el fallo que dictaría el tribunal que la juzgase.

El abogado escogido para su defensa, después de algunos coloquios con ella, se convenció de que un misterio se ocultaba bajo aquel engaño, misterio que no acertaba a adivinar.

—Creo —le dijo un día—, que si usted quisiera podría salvarse.

Natalia le miró con sus ojos dulces, cariñosos, impregnados de tristeza en aquel momento.

—¿Qué debo hacer? —dijo.

—Revelarme toda la verdad.

—La verdad ya la he dicho.

El abogado movió la cabeza.

—No —respondió—. En su declaración veo muchos puntos oscuros que importaría aclarar. Por ejemplo: ¿por qué no quiere dar la dirección de la casa donde pasó una noche con la verdadera Ana Malvan, muerta entre sus brazos y a la cual robó usted los documentos? La policía no puede descubrirla, ni se comprende su silencio, si todo esto es verdad.

Natalia palideció y apartó su mirada de los ojos del abogado.

—Yo no agregaré una sola palabra a cuanto he dicho —respondió gravemente—. Repito otra vez que soy culpable; los que piden justicia en mí la tendrán y yo no me rebelaré cualquiera que fuese mi condena.

—¿No tiene deseo de estar en libertad, para poder ver a su hija?

Natalia se sobresaltó, pero respondió con calma:

—Si el destino quiere que la encuentre, lo mismo me da ahora, que más tarde. Mejor la quiero errante por el mundo, que en manos de aquellos que la han privado

de padre.

Ni el abogado pudo obtener otras declaraciones, ni fue más afortunado que el juez instructor.

Transcurrieron otros dos meses. Natalia no tenía necesidad de ningún apoyo para andar: solo cojeaba ligeramente. Su belleza se había idealizado aún más durante su permanencia en la cárcel y todos, incluso las monjas, la amaban por su gran dulzura, su bondad, su devoción.

Parecía imposible que Natalia fuese culpable, si los hechos no fuesen evidentes.

Gemma le llevaba todos los días la comida, a la que Mugheta agregaba siempre algún otro plato y dulces, que Natalia repartía entre las otras presas.

La vista del juicio era esperada con gran ansiedad por el público, dado también el misterio que lo envolvía todo: la demanda de tarjetas para asistir al acto era grandísima y el día que se abrieron para Natalia las puertas de la Audiencia, hubo una lucha indescriptible para lograr un sitio. La gente se apretaba en los corredores, en la escalera, en los pórticos del palacio. Entre el gentío se hallaban muchas señoras de la aristocracia y era muy notada Mugheta, la hermana de la culpable.

La entrada del jurado no despertó ninguna emoción, pero cuando apareció el duque de Vulman en compañía del conde De Malin y de Ghita, las víctimas de la aventurera como se las llamaba en los autos del proceso, hubo un murmullo de curiosidad, de respeto, de emoción.

El duque se apoyaba en el brazo de su amigo: estaba palidísimo, pero aparecía muy tranquilo y dirigía a su alrededor sus ojos azules con cierta expresión de tristeza que conquistaban las simpatías del público, especialmente la de las señoras.

El conde y él se sentaron juntos en el lugar que tenían destinado, y un instante después apareció la acusada.

Hubo en aquel momento un verdadero barullo en la sala; todos se ponían en pie para verla mejor costando un trabajo inmenso restablecer el silencio.

Natalia vestía de negro, llevaba un sombrero negro también que orlaba su bellissimo rostro, enteramente descubierto. Estaba pálida, pero no mostraba vergüenza ni confusión.

Tenía la cabeza alta y su mirada llena de dulzura produjo un efecto indescriptible.

No se oía más que repetir:

—¡Qué ángel!

—¡Qué hermosa!

—¿Cómo puede haber tenido fuerza para herir a un hombre?

—¿Cómo su mente ha podido idear, concebir, un engaño y un crimen?

Natalia había encontrado la mirada severa, conmovida de su marido y la de ternura de Ghita y su rostro pareció iluminarse por una alegría sobrehumana; una sonrisa dulce, inefable, se dibujó en sus labios y un suspiro se escapó de su pecho.

Pero al ver al duque sentado junto a Pedro, de sus ojos brillantes de felicidad, brotó un rayo de odio y su rostro tomó una expresión de soberbio desprecio.

Todos estos particulares no pasaron inadvertidos para el público, como tampoco para el conde y el duque.

El primero se conmovió visiblemente; el segundo se puso pálido como un muerto, pero sin perder en apariencia la calma.

Después de algunas preguntas preliminares, el fiscal leyó el acta de acusación que estaba hecha a la perfección y demostraba que la acusada era un monstruo de doblez, de hipocresía, de perversidad. Escapada de su casa seducida, se había unido a un pésimo sujeto que para sostener el lujo de su compañera y el suyo, no teniendo empleo ni otros medios de subsistencia, se había dedicado primero a la estafa y después al asesinato de viejas solas y adineradas, hasta que descubierto y condenado a muerte fue guillotinado. Los autos procedentes de aquel proceso demostraban, que si la esposa no era cómplice, sabía que las joyas que su marido le regalaba y el lujo en que vivían, no procedían de un honrado negocio. Viuda con una hija la acusada en Francia, vino a Torino, empezando enseguida a demostrar que era una digna compañera de su difunto marido.

En este punto el acta de acusación rehacía la historia que nosotros ya sabemos y que era en parte invención del duque de Vulman.

Después el fiscal habló del motivo del odio de Natalia al duque, y del modo que había sido premeditado y puesto en práctica el intento de asesinato.

Durante aquella lectura, se oyeron muchos murmullos en la sala y no pocas señales de emoción. Solo la acusada permanecía tranquila, lo que hizo creer a la gente que llenaba la sala que aquel rostro de virgen encerraba un alma cínica, malvada. Y las simpatías que Natalia despertó al entrar se desvanecieron como por encanto.

Un movimiento general de atención se produjo en el auditorio, cuando el presidente ordenó a la acusada que se levantara.

Natalia lo hizo sin ninguna ostentación, respondiendo a las preguntas, con voz clara y vibrante.

—Lo que he dicho en las instrucciones aquí lo repito. Soy culpable de haber engañado al conde De Malin y a Ghita. Quería un hombre honrado para mí y para mi hija y amé al noble y leal caballero, cuando viviendo a su lado conocí todas sus dotes morales. No fue la riqueza lo que me atrajo, lo juro; yo no soñaba más que con poseer un corazón como el de Pedro para mí, y un padre como él para mi hija. Desmiento la acusación hecha por el duque: yo no fui nunca su amante; desde el primer día que lo conocí le odié, porque comprendí que me había de hacer mucho daño; no sé de qué modo descubrió quién yo era, pero lo cierto es que me amenazó con revelarlo todo a mi marido, y sus amenazas no eran vanas. Entonces perdí la cabeza. ¿Había de volver otra vez a la miseria, perdiendo el amor del único hombre que había verdaderamente amado, dejando expuesta a nuevas desgracias a mi hija? No, no lo quería. Rogué, supliqué que me respetase: fue implacable. Entonces le herí para hacerlo callar.

Natalia había hablado con una vehemencia extraña: una oleada de sangre le había

subido a rostro, acrecentando el fulgor de su belleza maravillosa.

Una parte del auditorio estaba fuertemente conmovido; las señoras se llevaron los pañuelos a los ojos, otros espectadores murmuraban entre sí con señales evidentes de compasión; pero otra parte permanecía hostil a la acusada, y lo hacía comprender con frecuentes murmullos.

El presidente le hizo otras preguntas, pero Natalia no respondió más que con monosílabos y acabó por repetir como impacientada.

—¡Pero si confieso ser culpable! ¿No basta aún? ¿Qué quieren más? Yo no pido indulgencia; castíguenme, soportaré mi condena con resignación, pero déjenme tranquila.

Algunos aplaudieron, otros sisearon. El presidente amenazó con hacer despejar la sala, si el público se entregaba a semejantes manifestaciones. La audiencia fue suspendida por algunos minutos, hasta que restablecido el silencio, empezó el interrogatorio del conde De Malin.

Con voz clara, firme, sin mirar a Natalia, el conde dijo que, cuando Ghita le había presentado como su sobrina a aquella joven viuda que llevaba audazmente el nombre de Ana Malvan, no concibió sospecha alguna sobre su personalidad.

La belleza de la joven, su exquisita inteligencia, la gracia de sus modales y sobre todo la ternura tenida para él durante varios meses de enfermedad, conmovió su corazón, concluyendo por suplicarle que fuese su esposa.

El conde no ocultó que Natalia se había negado primeramente a ello, accediendo después para asegurar el porvenir de su niña. También dijo que no tuvo nunca motivos para quejarse de ella, que lo había hecho feliz, hasta que el drama ocurrido, le descubrió el engaño de que había sido víctima.

El conde agregó que aunque repudió a la madre, no habría abandonado a la hija si esta no hubiese desaparecido misteriosamente, sin que se encontrasen sus huellas.

Y se mostró extrañado como todos de la indiferencia de la madre ante la desaparición de aquella criaturita a la que parecía adorar y cuya suerte se ignoraba.

—Cualquiera que sea su suerte —interrumpió en este punto la acusada—, será siempre mejor que la de hallarse a merced de quien me ha hecho tanto daño y quisiera hacerme más aún.

Las palabras de Natalia, levantaron un murmullo de protesta.

El conde no rebatió sus palabras; el duque permaneció sereno y el presidente, después de haber recomendado al público que no interrumpiera con señales ni signos de aprobación ni de desaprobación el juicio, pasó a interrogar a Ghita.

La vieja, después de dirigir una larga y cariñosa mirada de simpatía a la acusada, dijo con voz firme:

—Yo no agregaré nada a lo que ha dicho mi amo; fui engañada al par de él, habiendo dado fe al relato de la joven que se titulaba mi sobrina; pero juro que si yo hubiese sospechado algo sobre su identidad, me habría guardado muy bien de exteriorizarlo, porque una «verdadera sobrina» no habría sido para mí, más cariñosa,

querida, y devota que Natalia, ni yo la habría amado con mayor transporte, como la amo aún. Ella se confiesa culpable y yo, nada diré en contra; pero condenada o absuelta, no dejaré de quererla, pronta a abrirle los brazos, a ofrecerle mi apoyo, cuando todos la abandonen.

Una salva de aplausos estalló en la sala y Natalia profundamente conmovida, con lágrimas en los ojos, envió con la punta de los dedos un beso a la generosa vieja, que sin comprometer ni descubrir a su amo, la defendía enérgicamente, levantaba su ánimo, y la hacía apreciar hasta de los más indiferentes.

La deposición del duque acalló el entusiasmo despertado por la buena Ghita.

Sin agravar la posición de la acusada, con voz conmovida y en un estilo fácil, elevado, conmovedor, Mauro hizo el relato del hecho, como lo había expuesto al juez instructor, insistiendo sobre el dolor sentido al ver engañado a su amigo de la infancia, demostrando que él hubiese callado o perdonado si Natalia hubiera sido merecedora del amor que el conde sentía por ella.

Agregó que él mismo le había rogado que lo confesase todo a Pedro, pero que ella no había querido. Confirmó, que gravemente herido y ante el temor del daño que Natalia podía aún causar al conde y a la sociedad, con un supremo esfuerzo lanzó el automóvil a estrellarse contra el muro esperando que la malvada no sobreviviese al desastre. Pero que Dios había querido conservarles la vida a ambos para que se hiciese justicia.

Continuó hablando con acento dulce que daba una fascinación extraña a sus palabras y a su figura de víctima, conquistando las simpatías de todos.

Un solo espectador, desde que el duque hablaba, seguía todas sus frases, todos sus movimientos con señales de vivísimo estupor.

Era un guapo joven, de aspecto audaz e inteligente, que se hallaba sentado junto a la hermana de Natalia; era el americano, que hacía algunas semanas había conquistado Mugheta el cual gastaba mucho dinero con ella.

Se llamaba Moran.

—Dime, querida mía —preguntó en inglés a Mugheta que hablaba discretamente esta lengua—, ¿estás segura de que ese hombre sea un duque?

Mugheta a pesar de la gravedad de la situación se puso a reír.

—¿Crees que se trata de un golfo —respondió—, porque maltrata a mi hermana? Yo odio a ese bufón comediante, con aire de trovador que quiere conmover y cautivar al auditorio; pero puedo asegurarte que se trata de un duque auténtico, que sus pergaminos de nobleza son verdaderos y que su familia antigua y riquísima, está ligada con las primeras familias europeas.

—Entonces me he engañado —agregó Moran.

—¿Engañado? ¿En qué? —preguntó vivamente Mugheta.

—Me parecía haberme hallado con ese duque alguna otra vez; pero es inútil ahora discutir; escuchemos.

La deposición del duque había terminado. Este se dejó caer en su asiento como

extenuado por el esfuerzo hecho y como si fuese a desvanecerse.

Esto bastó para que la muchedumbre estuviese de parte de él, admirando la bondad, la dulzura de su alma, y sus elevadas dotes morales.

—Es un bienhechor del pueblo —decían—, y no ama ni las intrigas ni los embustes; es generoso con los humildes, los inocentes, e implacable con los culpables, con los embusteros.

El juicio terminó por aquel día; al siguiente el gentío aumentó aún.

El examen de testigos no reveló nada de importante ni de nuevo. La acusación del Ministerio Público fue aplastante para la desgraciada, porque, buscando todos sus antecedentes, la presentó como una joven viciosa, amante de placeres, del lujo; extendiéndose sobre su fuga con Vital haciéndola aparecer como cómplice de su marido y capaz de todas las falsedades, de todos los delitos.

El abogado defensor, a pesar de su poderosa oratoria, no deshizo el efecto producido por la acusación, y cuando pidió la absolución de Natalia, se levantó un murmullo de desaprobación.

La joven no se mostró conmovida y mantuvo su serenidad; solo dirigió una mirada de reconocimiento a su defensor y otra de resignación a Ghita que lloraba.

Los jurados se retiraron a deliberar, estando ausentes más de una hora.

Su veredicto fue el que se esperaba: Natalia culpable de intento de asesinato del duque de Vulmau y engaño del conde y de Ghita, debía ser condenada. Pero se reconocía a su favor circunstancias atenuantes.

El tribunal, oído el veredicto de los jurados, pidió para Natalia Bracco, la pena de tres años de prisión. La sentencia confirmada fue acogida entre silbidos y aplausos.

Natalia permaneció perfectamente tranquila, y cuando el abogado se acercó a ella para estrecharle la mano y dirigirle algunas palabras de consuelo, la joven respondió con una conmovedora sonrisa:

—Estoy consolada, porque creo que no todos me han creído un monstruo. He querido hacerme justicia a mí misma; he cometido una mala acción y sufriré resignada la pena. Pero dentro de tres años, esta misma gente que aplaude mi condena, pedirá la muerte del que hoy pasa por víctima.

—Usted continúa siendo para mí un indescifrable enigma.

—Lo seré hasta el día en que pueda descifrarlo delante del mundo entero.

—Le advierto que puede apelar.

—Así lo haré: cuanto menos sea la pena más pronto se hará justicia. De todos modos, mis amigos no me abandonarán.

El conde De Malin le había dirigido una sola mirada, en el momento en que fue pronunciada la sentencia, pero bastó para que una llama repentina iluminase el pálido rostro de Natalia. Aquella mirada no tenía la expresión del odio, de la severidad, sino que reflejaba la ternura, el dolor y aun le pareció que también el perdón.

El duque Mauro, más lívido que la condenada, no había vuelto la cabeza hacia ella.

Natalia fue conducida a la prisión, pero tuvo la alegría de abrazar durante un instante a sus hermanas y a Ghita y oír de ellas palabras que servían para infundirle nuevo valor, y hacerle mirar sin tristeza el porvenir.

—Si Dios es justo, tendré una recompensa por todo lo que he sufrido —dijo cambiando con Gemma y Mugheta una mirada de inteligencia velada por algunas lágrimas—. Hermanas mías, rogad por mí.



Mauro volvió a la quinta de pésimo humor, después de haberse despedido con un frío apretón de manos de su amigo.

No podía olvidar las palabras de odio, de desprecio, pronunciadas por Natalia, y se preguntaba por qué esta había guardado el secreto de la vida de él cuando podía serle un argumento de válida defensa. Pero ¿quién habría creído en las deposiciones de la joven? ¿Qué fuerza tenía Natalia en sí misma, para asistir casi impasible a la sentencia que la separaba del mundo durante tres años?

Mauro pensaba que Natalia tenía protectores muy valiosos, que habían puesto en salvo a Teresa. No, no creía absolutamente que la niña hubiese desaparecido, porque de ser así, Natalia no se habría mostrado resignada, tranquila. Por Mugheta no había podido saber nada; pero la cortesana le había prometido informarle, si descubría alguna cosa. No tenía a nadie a quien confiarse, ahora que Jack estaba lejos y sentía necesidad de un desahogo.

La señora Palma esperaba el regreso del duque con impaciencia, pero Blanca no mostraba ninguna prisa por saber el éxito del proceso, al cual se había negado a asistir.

Su madre le había reprochado.

—Piensa —la dijo—, que por causa de aquella mujer, por poco no quedas viuda.

—No habría sido un gran mal —respondió Blanca con cierta aspereza.

La señora Palma se conmovió al escuchar aquella respuesta.

—Blanca —agregó débilmente—, me causan un gran dolor tus palabras. No reconozco en ti a mi hija, tan buena, tan generosa.

—Lo soy siempre con quien se lo merece, madre mía.

—¿Mauro es indigno de tu consideración?

—No sé, pero me es completamente indiferente.

—Me asustas; le amabas tanto... eres tú quien lo has querido...

—Es verdad —respondió audazmente Blanca—. Con todo esto no puedo afirmar que lo ame aún.

—Ten siquiera para él, las consideraciones que merece.

—Sé como debo obrar, mamá; no temas, que sabré sostener hasta el último momento mi papel, y permanecer dignamente en mi puesto.

La señora Palma no había replicado, pero cuando su yerno entró en el saloncito donde ella estaba conversando con su hija, se levantó precipitadamente, para salir a su encuentro.

—¿Y bien? —preguntó anhelante.

—Condenada... al mínimum de la pena: tres años de prisión —respondió el duque sentándose en una silla frente a su mujer, que no se había movido y continuaba

un bordado.

—¿Te parece poco? —dijo la joven con mucha calma, levantando los bellísimos ojos hasta su marido.

—¿Y a ti te parece mucho? —replicó el duque vivamente.

—Según como uno lo piense y juzgue —rebatía Blanca—. Cierto que atendiendo a tu deposición, merecía cadena perpetua.

—Yo he hecho lo que debía —interrumpió ásperamente el duque—. Además, tú debes alegrarte, porque la condena de Natalia, es la libertad de Pedro. Su matrimonio será anulado.

Un ligero rubor asomó a las mejillas de Blanca que no respondió.

La señora Palma tomó la palabra por ella.

—Verdaderamente esto es una fortuna para el conde, tanto más cuanto la indignidad de aquella aventurera ha desvanecido completamente su amor.

—Yo creo que no la había amado nunca —dijo el duque mirando fijamente a su esposa que tenía los ojos sobre la labor.

—¿Por qué se había casado entonces? —preguntó la señora Palma.

—Porque Natalia ha sido más bribona que las otras: ha sabido dominarlo a su voluntad; lo ha sugestionado por mejor decir. Pero pasada la sugestión el conde ha vuelto a sus antiguos amores: pero ¿qué tienes, Blanca?, ¿no te sientes bien?

La joven se había repuesto.

—Me encuentro buenísima —respondió con una sonrisa sardónica—. Eres muy bueno cuando te interesas en estos momentos por mí: continúa hablando que me diviertes.

Mauro se mordió los labios hasta hacerse sangre para no contestar delante de su suegra; pero levantándose dijo:

—Me disgusta no poder prolongar tu diversión; estoy muy causado y tengo necesidad de reposo. Adiós.

El duque se encaminó a sus habitaciones murmurando entre dientes una amenaza contra su esposa. Pero una nueva reflexión distrajo su pensamiento de Blanca, la cual espantada, se preguntaba en aquel momento si el duque había descubierto su amor a Pedro y lo que ocurriría.

La misma noche a las nueve, salió el duque en un coche y se hizo conducir a casa de Mugheta.

La señora Palma y su hija no salieron.

Mauro quería tener una entrevista decisiva con Natalia. Sabía que Mugheta era muy venal y contaba con la oferta de una cuantiosa suma para tenerla completamente en sus manos.

Cuando llamó a la puerta de la casa de Mugheta, la mano de Mauro temblaba.

Una camarera que el duque no conocía, abrióle la puerta.

—¿Quién busca el señor?

—La señorita Mugheta.

—No sé si recibe: hágame el favor de decirme su nombre, voy a preguntarle.

—Dile que el duque de Vulman, desea hablarle.

—Muy bien, tenga la bondad de esperar.

La joven camarera, sin mostrarse sorprendida ni embarazada, entornó la puerta, dejando a Mauro en el rellano de la escalera.

En otros momentos, el duque se habría irritado o habría hecho algún gesto de impaciencia, pero en el estado de ánimo en que se hallaba, se contentó con sonreír y encogerse de hombros.

La camarera tardó unos cinco minutos en volver.

Cuando abrió de nuevo la puerta, dijo con perfecta desenvoltura:

—Me dispensará si le he hecho esperar, pero la señora estaba en el lecho y he tenido que ayudarla a vestirse; pase.

—¿La señorita Mugheta está indispuesta? —dijo el duque en tanto que seguía a la camarera a un elegantísimo salón de la quinta que él mismo había regalado a la joven.

Mugheta con una bata blanca llena de blondas y de encajes de seda, salió a su encuentro tendiéndole la mano.

—Pero ¿es usted? No quería creer a Bettina, y había dado orden de no recibir a nadie; después de tantas emociones, sentía necesidad de soledad, de reposo.

—Me arrepiento de haber venido a turbarte —respondió Mauro con inusitada dulzura, cambiando un apretón de mano con ella—, pero no he podido por menos que venir; he tardado mucho, y no fue por culpa mía.

Quitose el abrigo y se sentó en una silla, tomando una postura llena de abandono, de abatimiento.

Mugheta se sentó en un diván que la cortina del portier cubría por un aparte y miró al duque fijamente, con singular insistencia.

Hubo una breve pausa.

—A ti te parecerá —dijo Mauro—, que yo he sido muy cruel con tu hermana Natalia.

—¡Oh! nada absolutamente —respondió Mugheta con una sonrisa franca—. Ella ha intentado matarlo y era justo que usted se vengase a su vez.

El duque movió la cabeza.

—Yo no tuve nunca la intención de vengarme —dijo—. Como no habría revelado el secreto de su vida, si Natalia hubiese accedido a amarme.

—¿Quiere ahora hacerme creer que los celos le han impulsado a obrar así? —interrumpió Mugheta.

—Es la realidad: yo amaba como un loco a Natalia, como la amo aún y prefiero verla condenada a que esté en manos de otro.

Mugheta se echó a reír.

—¿De veras? no le creía capaz de una pasión volcánica; pero ¿dónde conoció a mi hermana para saber el secreto de su vida, cuando ella a su vuelta de Italia no lo confió a nadie?

El duque permaneció un momento embarazado.

—Acudió a mí para que la socorriera y fue mi amante —murmuró enseguida.

—No, no continúe explicando tal mentira, que aquí no está delante de un juez instructor —respondió Mugheta—, sino con una amiga: ábrame lealmente su corazón, como yo estoy pronta a abrirle el mío, tanto más cuanto yo he sido la causa de todo lo ocurrido.

—¿Tú?

—Yo que tengo muchos agravios que hacerme perdonar y quiero hablarle con toda franqueza. Oiga, Mauro: cuando me dejó para casarse, tuvo un gran rasgo de generosidad conmigo, pero yo no podía acostumbrarme a su abandono y tenía siempre la esperanza de que separándose de la duquesa volvería usted a mí.

—Y ya lo ves que he vuelto.

—No, no divaguemos; usted tiene en el pensamiento otra mujer que no es la pobre Mugheta, y yo no pienso en usted con la ternura de otras veces; tratémos como amigos.

—Tú pones las cosas en su sitio; está bien.

—¿Para qué mentir, cuando nos conocemos y podemos hablar sin rodeos? Lo repito, entonces conservaba aún alguna ilusión en su amor y fui loca hasta el punto de hacerlo espiar. Así supe que existían relaciones entre usted y la condesa De Malin. Ella fue a verle a su parque, perdiendo en el coche que la condujo, un pañuelo que me fue entregado.

El duque escuchaba con la frente arrugada, palidísimo convulso.

—¿Y tú sabías entonces que la condesa De Malin era tu hermana? —preguntó vivamente.

—Si lo hubiese sabido —prorrumpió Mugheta—. Natalia no estaría ahora en la prisión, ni usted habría corrido el peligro de ir al otro mundo. Yo no pensaba en aquellos días más que en mí misma, y me decía que si yo hubiese sido más lista podía hallarme en el lugar de la condesa De Malin. Cuando creí tener la prueba de que la condesa traicionaba a su marido con usted, mi furor no tuvo límites, y sin reflexionar nada, llevé el pañuelo de la condesa a la esposa de usted para despertar sus celos.

Los ojos del duque lanzaron un rayo y su rostro tomó una expresión feroz.

Ahora comprendía el motivo del desprecio de Blanca, su inteligencia con el conde Pedro y la crueldad de este para con la mujer que le había pertenecido. El conde y Blanca creían realmente que Natalia había sido su amante. Y todo aquello era obra de Mugheta. Pues bien, mejor era así. ¿Por qué encolerizarse con la cortesana? Con una joven tan audaz como la que tenía delante, sin escrúpulos, sin temor, él lograría su intento.

—Tú has sido una pérfida —dijo—, pero no te guardo rencor; adelante.

Mugheta sonrió y prosiguió:

—Yo esperaba una escena trágica entre usted y su esposa, un duelo con Pedro, cuando... ¡*pata-trac!*... sucede todo lo contrario; y la condesa que no ha sido nunca

su amante le hiere, y yo descubro en mi rival a mi hermana...

—¿Y fuiste a contarle a ella lo que me dices a mí?

—Sí, por no sentir remordimientos y obtener su perdón.

—¿Te lo ha concedido?

—Enseguida; todavía en muchas cosas no estamos de acuerdo. Natalia ha puesto mayor confianza en su otra hermana; a mí ni siquiera me ha dado a conocer su hija, desaparecida de modo tan misterioso y que yo habría tenido gustosamente conmigo.

Los ojos del duque brillaban.

—¿No sospechas en esa desaparición una complicidad, por parte de tu hermana Gemma?

Mugheta se encogió de hombros.

—Gemma es una estúpida —exclamó—, se habría descubierto; más bien creo que sepa alguna cosa...

—¿Quién? —preguntó anhelante el duque.

—La vieja criada del conde De Malin.

—No es posible, después del engaño de que ha sido víctima.

—Ghita quiere a mi hermana más que si fuese su sobrina. Ghita no la habría nunca denunciado.

—¿Pero la crees capaz de traicionar a su amo?

—No; sin embargo, repito que sospecho de ella.

El duque acercó su silla al diván en que estaba sentada Mugheta.

—Si tú adivinas —dijo—, si puedes descubrir las huellas de aquella niña, tu fortuna está hecha.

Mugheta lo miró con aire de ingenua sorpresa.

—¿Tanto le interesa encontrarla?

—Sí, porque esa niña, puede ayudarme a conseguir a su madre.

—¿Pero usted no piensa duque, que es hija de mi hermana a quien yo no traicionaré por todo el oro del mundo?

—¿Y quién te habla de traicionarla? Tú buscas la niña, la encuentras y tienes derecho a llevarla contigo, pensando en su porvenir. La niña desaparece otra vez, tú no tienes culpa si no se encuentra; pero sabes que está en buenas manos y puedes estar segura de que no le faltará nada, de que su vida me será tan preciosa como la de la madre. ¿Mugheta, quieres aliarte conmigo? Reconozco que antes fui un poco ingrato contigo, que me amabas sinceramente, pero te aseguro que me arrepiento y estoy pronto a volverme un amigo devoto, sincero, que sabrá satisfacer tu voluntad y todos tus caprichos.

—Tanto me dirá, que sería una loca despreciándolo —exclamó Mugheta—. Pero le advierto que no pasaremos de la amistad, porque si usted piensa conquistar en tiempos venideros el amor de mi hermana, yo quiero llegar a tocar el corazón de un hombre que adoro, como no he adorado a ninguno en mi vida y quiero que sea mi marido. Nosotros seremos simplemente amigos o mejor dicho cómplices, teniendo

ambos un deseo por conseguir, y no pediremos nada más el uno al otro.

El duque le tendió sonriendo la mano.

—Aceptado —exclamó.

—Ahora para darme pruebas de alianza, por esta noche retírese; le aseguro que me siento muy necesitada de reposo. Volverá mañana a la noche y podremos explicarnos mejor.

—Te obedezco para demostrarte mi buena voluntad así como que estoy de pleno acuerdo contigo —dijo el duque levantándose.

Mientras se ponía el abrigo, agregó:

—Tú vales tanto oro como pesas; nunca me había fijado en ello como esta tarde.

—¡Caramba! —exclamó con una franca carcajada la joven—. Siempre está a tiempo de colmar la balanza, si no quiere que pierda el equilibrio.

Mugheta acompañó al duque hasta la escalera, como si temiera que no se marchase.

A su vuelta dijo a la camarera:

—Ahora cierra bien la puerta, y aun cuando vuelvan a llamar, no abras a nadie.

—Puede estar tranquila, que no abriré.

—¿Has preparado el Jerez, los bizcochos y los cigarros en mi tocador?

—Sí, señora.

—Entonces puedes ir a acostarte, porque no necesito de ti. Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

Mugheta pasó del saloncito donde había recibido al duque a su alcoba.

Al ligero rumor que hizo al entrar, un joven que se hallaba hundido en un sillón, se levantó.

Era el americano Moran.

—¿Se ha marchado? —preguntó bruscamente.

—Sí —respondió Mugheta acercándose a él, aturdida por la alteración de su voz—. ¿Le has oído? ¿Le has visto?

—No he perdido una sola de sus palabras.

—¿Y bien? —preguntó con ansia Mugheta.

—Creo que no me he engañado: es el hombre que yo busco.

—¿Me revelarás ahora tu secreto? ¿Me crees digna? ¿Estás persuadido de que no te traicionaré?

La voz de la joven era trémula.

Él la miró con dulzura.

—Sí, lo estoy —respondió—. Tú puedes ser ligera, coqueta, pero incapaz de una bajeza, de una vileza. Tengo confianza en ti, en tu corazón.

—¡Oh! puedes tenerla —gritó Mugheta echándole los brazos al cuello—, porque tú eres quien has despertado en mí los sentimientos más generosos. Me parece imposible que yo haya podido ser antes mala y viciosa. Ahora me horrorizo pensando que amé al duque de Vulman.

Él la interrumpió vivamente.

—Te lo he perdonado —dijo—, porque tu capricho puede sernos hoy útil a tu hermana y a mí. Además de agradecer tu cariño que ha dado un poco de alegría, un poco de luz a mi triste vida. Pero ven, vámonos de aquí; y si no estás muy cansada...

Mugheta se separó de él riendo.

—Ahora no lo estoy —exclamó—, y pasaría toda la noche escuchándote. Vamos.

Pasaron al tocador espléndidamente iluminado, donde junto a un diván, había una mesita llena de dulces, golosinas, cigarros y licores.

Moran antes de sentarse se bebió un vasito de Jerez.

Mugheta lo miraba con verdadera emoción, pareciéndole que no le había visto nunca tan guapo, ni había notado jamás en su rostro como ahora la nobleza, la altivez, y la fuerza de voluntad.

Moran se sentó junto a ella, y le tomó una mano que retuvo entre las suyas.

—Vas a oír una triste historia —dijo—, pero estoy dispuesto a no ocultarte nada, tanto más cuanto que nuestras almas deben estar unidas como nuestras inteligencias, para lograr un objeto que considero como sagrado: tú, vengar a tu hermana; yo a mi hermano.

»Mi nombre no es Moran, este lo tomé al venir a Italia para no ser reconocido, y poder obrar con más libertad.

»Yo nací en un pueblo cercano a Marsella, de padres italianos. Mi verdadero nombre es Fausto Dalma y tuve un hermano mayor que yo que se llamaba Enrique.

»Mi madre era mujer de inteligencia y corazón no común, pero tenía un organismo muy débil, tanto que recuerdo su figura pálida, como la visión de un fantasma. Ella corría como una sombra por la casa, no se oía nunca su voz gritar y cuando me estrechaba entre sus brazos, no hacía más que llorar ante el presentimiento de tenerme que dejar muy pronto.

»La muerte imprevista de mi padre acabó por tumbarla en un lecho, de donde no debía levantarse más. Mi padre en vez de cuidar sus tierras y su casa, se metió en arriesgadas especulaciones que según su modo de ver, debían proporcionarnos en breve una riqueza, y que por el contrario devoraron nuestro patrimonio y la dote de mi madre. El dolor que le produjo el haber arruinado a la compañera de su vida a la que adoraba, y haber llevado a la miseria a sus hijos, fue la causa de su muerte repentina.

»Mi hermano Enrique que estaba en Marsella estudiando para ingeniero, vio en un instante truncadas sus esperanzas para el porvenir, y tuvo que regresar a casa. Llegó a tiempo de recoger el último suspiro, la última recomendación de mi madre.

»Tengo siempre presente la escena de aquel día; veo aún la alcoba donde agonizaba la pobre mujer, que hasta el último momento conservó su perfecta lucidez mental. Yo era aún un niño y mi hermano se hallaba en la flor de la juventud, de la fuerza.

»Yo amaba a mi hermano más que había amado a mi padre, porque Enrique sentía

verdadera idolatría por mí; no volvía nunca a casa sin algún regalo, y tenía tal dominio sobre mí, que yo le obedecía en todo.

»Recuerdo que cuando se acercó al lecho de mi madre, junto al cual yo permanecía silencioso, como aturdido, Enrique rompió en sollozos, tendiéndome los brazos. Yo lloré con él, mientras nuestra madre, que había abierto los ojos, nos miraba sonriendo celestialmente.

»“Enrique”, dijo con ímpetu la moribunda, “júrame que muerta yo, tú ocuparás mi puesto junto a Fausto, que serás para él un padre, que lo criarás bueno, honrado, y no permitirás que le falte nada”.

»“Te lo juro”, respondió gravemente Enrique, poniendo una mano sobre mi cabeza—. “Fausto será para mí un hijo, y si tuviese que dar por él mi vida y mi honra, no dudaría un instante”.

»“¡Gracias, Enrique!”, murmuró mi madre. “No dudaba de ti: muero feliz... En el fondo del arca encontrarás cinco mil liras: son todos mis ahorros; pero podrán servirte en la primera necesidad”.

»“¡Gracias, madre mía!”, respondió Enrique. “Lo acepto por mi hermano: yo ganaré trabajando; soy joven y fuerte y espero poder atender a todo”.

»“¡Que Dios te bendiga, hijo mío!, ¡y a ti, Fausto! Besarme...”.

»Nosotros nos echamos sobre ella, cubriendo su pálida frente de besos. Mi madre sonrió, y en aquella sonrisa exhaló su alma pura, cansada de vivir.

»Quince días después me hallaba en Marsella con mi hermano. Yo me dediqué a estudios comerciales por desear Enrique que cursase aquella carrera. Él encontró colocación de encargado en una fábrica.

»Mi hermano había alquilado un pisito que arreglamos con los muebles llevados de casa y teníamos a nuestro servicio una pobre vieja que había servido a mi madre y no nos pedía salario; solo pedía como una gracia vivir junto a nosotros.

»Cinco años transcurrieron como un sueño. Ya había yo entrado en los dieciocho años: estaba para terminar mis estudios, conocía diversas lenguas y en breve podría ser una ayuda para mi hermano para el que hasta entonces solo había un gravamen, pero sin conocer ni imaginar los sacrificios que él hacía por mí.

»La juventud en su fondo es egoísta y ni yo procuraba indagar si el bienestar de que me hallaba rodeado costaba privaciones a mi hermano, ni me pregunté nunca si lo que cobraba de su empleo bastaba para cubrir todas las necesidades.

»Mi hermano no me puso nunca mala cara: aquel joven, hecho hombre maduro, a los veinticinco años, tenía el corazón de un niño y sentía por mí una de aquellas idolatrías apasionadas que tienen frecuentemente los padres por los hijos y que son a veces la causa de su ruina.

»Para completar mi instrucción comercial tenía que viajar un par de años, por los centros principales de Europa. Yo deseaba pasar por América, donde había un pariente de mi padre que poseía un grandioso establecimiento. Es verdad que aquel pariente no se cuidó nunca de nosotros ni respondió a ninguna de nuestras cartas,



pero a pesar de eso, yo deseaba mucho conocerlo.

»Una tarde hablé a mi hermano, y me extendí sobre las ventajas que podían reportarme los viajes: y por primera vez observé con un suspiro de tristeza.

»“Se necesita demasiado dinero y no somos ricos”.

»Enrique Un poco pálido, me miraba fijamente. Me pareció que se turbaba ligeramente, pero reponiéndose enseguida dijo con voz tranquila.

»“Tú no debes pensar en eso; tendrás el dinero. No quiero que por mi causa tengas que desistir de tus propósitos. Recuerda el juramento que hice a nuestra madre”.

Me eché entre los brazos de mi hermano.

»“Y yo te jure que una vez conseguido mi puesto en el mundo”, respondí con voz conmovida, “una vez rico, tú no tendrás que trabajar, ni pensar en tu porvenir; todo lo que yo tenga será tuyo; nosotros viviremos felices”.

»Me estrechó contra su pecho y me besó llorando.

»“Tus palabras me recompensan todo lo que he hecho por ti. Pero suceda lo que suceda, recuerda que tu hermano Enrique, te ha amado mucho y que ha sido fiel a la misión impuesta, no teniendo otra mira que tu bienestar y tu felicidad”.

»Dos días después de esta conversación, mi hermano me entregaba diez mil liras para mi viaje.

»En mi alegría no pensé en preguntarle quién se las había dado, ni con qué medios se las había procurado. No sabía más que darle las gracias y besarlo y Enrique sonreía vagamente ante aquellos besos sin pronunciar palabra.

»Aquella misma tarde condujo a cenar a un caballero para mí desconocido, que me inspiró a primera vista un sentimiento de desconfianza, de repulsión.

»Era un hombre muy joven aún, con lengua barba rubia y cuyos ojos celestes madreperláceos, tenían una mirada que no olvidaré nunca. Aquel hombre sin barba era el retrato del duque de Vulman.

Mugheta, que hasta ahora había permanecido en silencio escuchando ávidamente, dejó escapar un grito.

—¿El duque de Vulman? —repitió—. ¿Y crees que era él?

—Es lo que quiero saber, y tú me ayudarás a descubrir —respondió el joven—. Pero continúo, si no te aburro.

—No puedes imaginarte con cuánto interés te escucho.

Fausto le dirigió una mirada de reconocimiento, se bebió otro vasito de Jerez y prosiguió:

—Mi hermano me presentó a aquel hombre como su *principal*, con el cual había de hablar sobre intereses de la fábrica.

»Cenamos juntos y aquel hombre se puede decir que sostuvo solo la conversación. Yo no pensaba más que en mi viaje y mi hermano se mostraba triste, preocupado, inquieto.

»Apenas terminada la cena, pedí permiso para retirarme con objeto de examinar

mis libros y escoger los que deseaba llevar conmigo.

»El principal de mi hermano me estrechó fuertemente la mano diciéndome con una voz, que resuena aún en mis oídos y tenía la misma inflexión de la del duque.

»“Hasta otra vista, querido joven: buena fortuna. No se preocupe mucho por su hermano, que queda en buenas manos, y si algún día usted también necesita de mí...”.

»En este punto mi hermano que se había levantado de la mesa, vaciló, pálido como un cadáver. Yo no escuché más al otro y me lancé a sostener, a Enrique, preguntándole con angustia.

»“¿Dios mío, qué tienes? ¿Te sientes malo?”.

»“No, no es nada, no te asustes Fausto, yo he sido siempre moralmente débil y el pensamiento de separarme de ti me desconcierta”.

»“Pues no partiré”, exclamé con decisión. “Antes que mi porvenir, es tu salud, tu tranquilidad”.

»“¡Oh! ya estoy tranquilo ahora”, dijo Enrique con una extraña sonrisa, mientras que dos lágrimas resbalaban lentamente por sus mejillas. “Si te quedases aquí, sería mayor mi dolor. No, no, tú partirás querido hermano; ahora, ya ha pasado mi debilidad y no pienso más que en cumplir el último deseo de nuestra querida madre”.

»Sus lágrimas se habían secado: sonreía con una dulzura cariñosa que calmó mi aprensión; después de haberlo besado me retiré olvidando aquella rápida escena de emoción, que presenciaba aquel hombre con una mirada que me parecía de mofa, de burla.

»¡Ah! si me hubiese quedado, si me hubiese imaginado entonces los sacrificios de mi herniado, informándome mejor de quién era aquel principal cuya presencia me había sido casi odiosa, ahora no me encontraría aquí en Italia, bajo un nombre falso, en busca de él, y tantas desgracias como han ocurrido en mi ausencia no habrían sucedido.

»Pero lo repito, entonces razonaba muy poco, pensaba más en mí que en mi hermano; un deseo irresistible de movimiento, me obligaba a viajar, soñaba una vida de actividad febril, soñaba con ser riquísimo, imponerme a la sociedad, atraer la atención del mundo... ¡Pobre insensato!

## VI

El joven se interrumpió, permaneciendo en silencio algunos minutos. Estaba pálido, sus labios se agitaban con temblor imperceptible y su rostro había tomado una expresión severa.

Mugheta fuertemente conmovida e impresionada, llenó un vasito de Jerez y se lo entregó sin pronunciar palabra.

—¡Gracias! —murmuró Fausto.

Agregando dulcemente.

—¿Es verdad que no te aburro con mi relato?

—¿Aburrirme? —repitió con acento casi de reproche Mugheta—. Tú no puedes imaginarte el interés que me inspira. Todo lo que te concierne tiene un eco en mi corazón. Me parece amarte aún más que antes, y quisiera conocer a tu hermano, aquel corazón devoto, generoso.

—Que se ha sacrificado por mí —interrumpió vivamente Fausto—. ¡Maldición! Tu deseo no puede cumplirse: Enrique ha muerto víctima de aquel infame.

Hubo un momento de silencio; después prosiguió el joven.

—No quiero hacerte la descripción de mis viajes, ni de lo útiles que estos me fueron; solo te diré que cuando llegué a América y fui en busca de mi pariente, tuve una acogida que nunca había esperado.

»El señor Moran, que este es su nombre, y el que yo tomé para venir a Italia, es un hombre de una rudeza característica, pero uno de aquellos hombres que se imponer a primera vista y saben juzgar enseguida.

»Había hecho una verdadera fortuna en el comercio, no estaba casado; vivía parcamente con una vieja criada a la que amaba como una madre, hacía muchas obras de caridad, especialmente a favor de los emigrantes italianos; pero si no respondía a los parientes lejanos, era porque no conociéndoles dudaba de que sus solicitudes no tuvieran otro objeto que el interés. Por un corresponsal suyo tuvo noticias de la veracidad de mi relato, que le satisfizo mucho; y por esto me abrió los brazos como un padre no tardando yo en amarle como un hijo.

»Le relaté extensamente la historia de mi vida sin ocultarle la adoración que sentía por mi hermano Enrique, al que le presenté como el hombre más bueno y honrado de la tierra.

»No necesito decirte que yo escribía a mi hermano muy a menudo, y cuando recibía su respuesta me creía el joven más feliz del mundo.

»Enrique nunca me habló de sí; también de lejos solo se ocupaba de su *pequeño* como él me llamaba, dándome consejos que a pesar mío me arrancaban lágrimas.

»Cuando llegué a América, habían transcurrido cerca de dos años desde mi partida de Marsella; había decidido hacer a Nueva York mi última excursión.

»Mi tío Moran, cuando supo lo que yo quería a mi hermano me dijo:

»“Creo que ningún asunto importante retiene a Enrique en Marsella según lo que me dices; pues bien, escríbele que venga: ansío conocerlo, y espero que no nos separaremos nunca más. Yo desconfiaba de vosotros, pero ahora que os conozco os aprecio haciéndoos justicia: tú no tienes necesidad de mis riquezas, porque con tu inteligencia puedes conquistar mucho, especialmente con la ayuda de tu hermano y la mía. Sin embargo me heredaréis y yo cerraré los ojos tranquilo”.

»Le abracé con efusión, y escribí enseguida a Enrique invitándole a partir y hablándole con entusiasmo de nuestro pariente y del espléndido horizonte que se nos abría.

»Aguardaba con ansia la respuesta y como los días pasaban sin noticias de mi hermano, yo supuse que aguardaba el momento de embarcar para telegrafarnos. Con esta idea estaba tranquilo.

»Yo vivía en casa de mi tío al que leía los periódicos todas las noches después de cenar.

»Una noche que examinaba un periódico para ver si había alguna cosa importante que comunicar a mi tío, leí en una correspondencia fechada en Marsella, este titular.

#### »*Un trágico suicidio—Triste descubrimiento*

»“Aquí hay noticias interesantes”, exclamé. “Oiga, tío”.

»“Lee, hijo mío”, me respondió mientras encendía un grueso cigarro, porque el tabaco era su única pasión.

»Recuerdo como si tuviese el periódico delante, palabra por palabra aquella información.

»Comenzaba así:

En la gran fábrica de los hermanos «Malt» estaba colocado desde hace algunos años, como capataz, un italiano llamado Enrique Dalma.

»Al leer este nombre el periódico se me cayó de las manos y lancé un grito de angustia, de terror.

»“¡Dios mío, Dios mío! se trata de mi hermano”, balbuceé.

»Moran tiró el cigarro, recogió el periódico y con voz serena dijo:

»“Ánimo; sé hombre y sobre todo americano. Con gritar y desesperarse no se remedia nada. Leeré yo”.

»La energía de mi tío me devolvió mi presencia de ánimo.

»Él leyó:

Aquel hombre que tenía un carácter sombrío, taciturno, cumplía escrupulosamente con su deber, pero apenas terminado el trabajo desaparecía y nadie volvía a verle hasta el día siguiente. Enrique no tenía amistad con ninguno de sus compañeros, no frecuentaba tabernas ni se le veía en el Barrio Latino. Se dice que tenía un hermano menor que él, el cual abandonó Torino hace dos años ignorándose su paradero. Aquí pocos le han conocido.

El citado Enrique vivía en una casa modesta y tenía a su servicio una antigua criada de sus padres que murió hace unos dos meses. Desde esta fecha, ninguna persona ha entrado en su casa.

Hacía ya tres días que no comparecía por la fábrica y se decía que estaba comprometido en el asesinato de una anciana y riquísima cortesana, asesinato cometido en aquellos días y que había causado una impresión extraordinaria en la ciudad. Se decía también que Dalma había sido visto al entrar en casa de la cortesana y que a los pies del lecho de esta se había encontrado un gemelo de puño de camisa reconocido como perteneciente al italiano. La desaparición de este confirmaba la acusación, y esta mañana un comisario de policía con dos agentes se dirigió a su casa a detenerle. Pero abierta la puerta de la casa presenciaron un lúgubre espectáculo. El italiano se había ahorcado colgándose del pescuezo, y su cadáver aún pendía del techo.

Una mesita derribada bajo el cadáver indicaba que Enrique Dalma se había suicidado; la muerte databa de algunas horas.

—¡Oh! ¡Qué horror! —gritó Mugheta convulsa palidísima, cogiéndose a Fausto—. ¿Cómo pudiste resistir aquella lectura?

—Dios me dio fuerzas, y se lo agradezco, pues si el dolor me hubiese matado en aquel momento, mi hermano no sería vengado y el miserable que le impulsó al suicidio y le deshonró continuaría su vida triunfante.

»El periódico agregaba:

El suicida no ha dejado ningún escrito; tampoco se ha encontrado en su poder ni dinero ni alhajas. Sin embargo, en el puño izquierdo de su camisa se ha encontrado un gemelo igual al hallado en la alcoba de la asesinada, lo cual revela que él ha sido el asesino. Pero ¿cómo se explica el suicidio del italiano? ¿Ha sido por remordimientos o para escapar al castigo? ¿Y dónde ha ocultado el dinero y las alhajas robadas? Es lo que la policía está ávidamente indagando.

»“¡Mi hermano es inocente!”, grité cuando mi tío acabó de leer. “¿Él, tan bueno, con un corazón tan generoso habría matado a una mujer para robarle? ¡No, no es verdad! yo iré a Marsella y lo gritaré delante de todos... y encontraré al ladrón, al asesino...”.

»Mi tío dejó que me desahogara, y cuando los sollozos ahogaron mi voz, dijo con aquella frialdad que para quien no le conocía íntimamente podía pasar por indiferencia o crueldad.

»“Calma, hijo mío, calma. No es con gritos con lo que podrás proclamar la inocencia del pobre Enrique. En todo este drama existe un misterio que hay que descubrir, pero sin gritos ni alarma. Yo también creo inocente a tu hermano, así pues, partiremos juntos a Marsella con el fin de aclarar este asunto y para que Enrique tenga una sepultura honrada”.

»Le eché los brazos al cuello y lloré con él. Al siguiente día estaba yo haciendo los preparativos para la partida, cuando me llevaron una carta que me produjo una emoción violenta; en la dirección del sobre había reconocido la letra de mi hermano.

»Aquella carta que no me ha abandonado nunca es esta.

Y Fausto sacó del bolsillo de la americana un sobre que contenía un pliego doblado y escrito el cual leyó con voz conmovida.

Decía lo siguiente:

Mi querido hermano:

Demasiado tarde, he aquí lo único que puedo responder a tu invitación de que vaya a América. Mi suerte

está echada y prefiero morir por mi mano que perder la cabeza en el patíbulo; prefiero sacrificarme yo a matar a quien ningún daño me ha hecho. ¡Ah! cómo quisiera en este instante tenerte a mi lado, estrecharte contra mi corazón, oírte decir que estás contento de mí, que nuestra madre no se engañó al confiarte a mí y que he cumplido hasta lo último mi misión.

Fausto, hermano mío, perdóname el dolor que te causo, pero quiero revelarte toda la verdad, para que esta te haga amar aún más la memoria de tu pobre hermano. Quizás encuentres deshilvanadas estas líneas, pero tengo la cabeza muy trastornada y las ideas se me confunden. Tú tal vez no recuerdes, querido hermano, que cuando murió nuestra madre, no teníamos más recursos que sus modestos ahorros y mis brazos para trabajar. El amueblamiento de un pisito en Marsella y algunas deudas que teníamos, embobieron nuestros ahorros; no obstante, yo que ya había encontrado trabajo tenía confianza en lo porvenir.

En efecto; parecía que la fortuna nos sonreía con darnos salud: yo encontraba todos los días nuevas fuerzas para mi trabajo; tú estudiabas con mucha energía y con brillantes resultados.

Pero las necesidades aumentaban y con toda mi voluntad, a final de semana no tenía nunca ni un céntimo en el bolsillo y sí una deuda de algunas liras.

Procuraba ocultarte a ti y a nuestra criada Lena lo crítico de nuestra situación, esperando siempre que la Providencia me auxiliase. Había escrito ocultamente a varios parientes para conmooverles a tu favor, porque yo para mí no quería nada; pero ninguno me respondió, ninguno tuvo una buena frase para ti. Y la necesidad era cada vez más imperiosa, porque tú crecías y tus estudios iban siendo más costosos. Un compañero mío de la fábrica notó mi turbación y adivinó su causa, porque una noche me dijo al salir de la fábrica:

—Oye, Enrique, sin cumplimientos; si tienes necesidad de dinero pídemelo.

Me coloreé hasta las orejas.

—Gracias —respondí—, no necesito nada. —Y agregué riendo—. ¿Te has convertido en banquero? ¿Al cuánto por ciento?

—No presto a ningún interés —dijo—. El dinero no es mío, sino de una persona siempre dispuesta a auxiliar a los que se encuentran en apuros, sobre todo si se trata de jóvenes resueltos y de buena voluntad.

—¿Qué quiere en cambio?

—Según la capacidad del individuo así son sus condiciones. Todos forman parte de una gran Sociedad cosmopolita, cuyos miembros pueden darse una buena vida sin riesgos y con poco trabajo. Yo tengo por misión buscar entre mis compañeros de trabajo a los más necesitados y procurarles auxilio sin exigencia alguna.

Me dejé seducir por aquellas frases.

—¿Es un nuevo príncipe Rodolfo ese individuo? —pregunté.

—Una cosa parecida. Nadie conoce su nombre ni su nacionalidad; viene por aquí una vez o dos al año y luego desaparece de nuevo. Pero tiene individuos que obran en su nombre esparcidos por todo el mundo. Si quieres conocerlo, no tienes más que decírmelo, pues precisamente ahora está en Marsella.

No rehusé: la perspectiva de pagar a mis acreedores, y sobre todo la idea de que no te faltase nada y no llegases a conocer nuestro crítico estado me hicieron aceptar. Tú conociste a aquel *principal* que vino una noche a casa y que a ti no te agradó. A mí en cambio, me conquistó enseguida, porque me habló como lo habría hecho un padre, se interesó por ti, me dio delicadamente los medios de satisfacer mis deudas y me abrió tan amplio crédito en casa de uno de sus representantes. Y cuando yo le pregunté cómo correspondería a su generosidad, me respondió sonriendo dulcemente:

—No pienses en ello: tu deber es serme fiel y estar pronto cuando tenga necesidad de ti.

—Yo soy suyo en cuerpo y alma —respondí.

¡Ah! mi pobre Fausto. ¡Si hubiese sabido!...

Cuando partiste, yo recibí del representante de aquella Sociedad la suma de diez mil liras que te envié, suma que me fue entregada sin recibo, sin garantía. Yo me sorprendí de ello y estuve preocupado durante unos días, pero acabé por tranquilizarme pensando que aquel *principal* era un millonario que prodigaba de tal modo sus riquezas.

Habían transcurrido varios meses cuando una noche llegó a casa el *principal*. Le acogí con verdadera alegría. Él me habló de ti, y después de haberme conmovido, enternecido, me dijo con gravedad:

—He venido a Marsella por el balance de nuestra Asociación, que este año ha sido desgraciado. El año próximo será más fructífero porque todos trabajaremos incluso tú.

—Puede contar conmigo —respondí—. ¿Qué tengo que hacer? Yo no soy más que un modesto obrero, y no conozco más labores que las de la fábrica, pero tengo mucha voluntad y aprenderé aquello que ustedes quieran.

—Nuestro trabajo solo requiere fuerza, astucia y prudencia. Me explicaré enseguida, porque ya es inútil el misterio.

¡Ah, hermano mío! tú que como yo viviste en un ambiente honrado, sano, te habrías horrorizado con las explicaciones de aquel monstruo.

¡Sí, monstruo! Aquel a quien yo llamaba el príncipe Rodolfo no es más que el jefe de una banda internacional de ladrones, de asesinos. Si hubieses oído cómo me hacía la apología de su asociación, con qué colores lo pintaba habrías sentido náuseas como sentí yo. Me parecía ver ante mí un demonio. El estupor, el espanto, la desesperación no me permitían interrumpirle; pero cuando exclamó triunfante:

—¿Y bien? ¿Qué me contestas?

—Digo —respondí—, que no seré nunca un ladrón, un asesino.

¡Ah! qué terriblemente furioso se puso entonces, mi *principal*.

Como supo probarme que estaba en sus manos y que mi negativa costaría el honor y la vida no solo a mí, sino a ti, comprendí que había caído en un abismo del cual no podría ya salir, y vertí lágrimas de dolor y de rabia que hicieron reír despreciativamente a aquel miserable.

—¿Olvidas ahora lo que he hecho por ti? —me dijo—. Devuélveme enseguida las veinte mil liras que recibiste de la Sociedad, y estás relevado de todo compromiso.

Yo no tenía ni un céntimo que darle y tampoco podía escribirte lo sucedido, porque aún no habías encontrado a nuestro primo y no podrías hallar aquella suma enorme para nosotros.

Luego vi en mi imaginación tu porvenir destruido, tú, pobre, errante por el mundo, y a nuestra madre mirándome indignada porque no cumplía mi misión después de haber jurado que la cumpliría a costa de mi vida y de mi honor, y me declaré vencido.

El *principal* cuando comprendió que me tenía en sus manos, cambió de tono y me dijo amablemente que era una locura tener escrúpulos en estos días en que todos roban acabando por decir que no pretendía que «trabajase» enseguida sino que estuviera dispuesto para cumplir más adelante sus instrucciones.

Y recibí un día aquellas horribles instrucciones.

Yo tenía que buscar el medio de introducirme en casa de una tal Laclaire, una anciana cortesana que poseía en dinero y joyas cerca de medio millón de liras. Esta con los años se había vuelto avara: vivía en una lujosa casa pero no quería ninguna sirvienta. Solo de vez en cuando tenía alguna debilidad por algún pobre al que recibía en la intimidad de su casa, lo que daba lugar a que dijese muchos, que uno de aquellos galanes improvisados un día u otro la asesinarían. Yo debía intimar con ella, estudiar todas sus costumbres procurarame la llave de la puerta de su casa, aguardar instrucciones para dar el golpe.

Puedes figurarte, hermano mío, mi emoción. Sin embargo, tenía que obrar porque se me vigilaba. Paso por alto cómo logré mi intento: bástate saber que al mes había intimado con la cortesana, de la cual era el amigo más distinguido, y todas las noches después de cenar iba a visitarla. ¡Cómo se engañaba el mundo en nuestras relaciones! La anciana era para mí una madre buena y cariñosa, y yo sentía por ella el cariño de un hijo. Ella me relató su vida y las tristes circunstancias que de honrada obrera la convirtieron en una mundana.

—El mundo me desprecia —agregaba—, pero quizás ninguna de aquellas señoras que me recriminan ejerza la verdadera caridad como yo; como ninguna tuvo jamás deseos más castos que los míos aunque se profanaba mi cuerpo.

¿Y esta anciana a la que yo había llegado a amar iba a morir a mis manos? ¡No, jamás! Cuando recibí la imperiosa orden de obrar tomé una suprema resolución. En aquel mismo día recibí tu carta pero era ya *demasiado tarde*; yo no podía romper mis cadenas y aquel hombre formidable de haber huido yo, te habrías hecho a ti blanco de sus iras. Es terrible aquel hombre, te repito, y tiene agentes y espías por todas partes.

Yo me consideraba ya solo en el mundo porque también nuestra pobre Leunecia, como tú la llamabas cuando niño había muerto. La misma noche que tenía que cometer el crimen fui a casa de la Laclaire: ella estaba en el lecho indispueta. Arrodillado a la cabecera de su cama la enteré de todo agregando que estaba dispuesto a sacrificar mi vida antes que atentar a la suya. No te describo la escena que se desarrolló: ella al principio se asustó, pero después convencida de mi sinceridad y conociendo mi propósito de matarme trató de detenerme a su lado.

Pero yo me desasí de ella y hui. Y así hermano mío renunció a la vida, pero partió a la eternidad con la conciencia tranquila y fuera de toda mancha. Si algún día eres rico, hermano mío, por el amor que me has tenido, busca al miserable que quería deshonorar nuestro nombre. Pero obra con prudencia porque te repito por centésima vez, ese hombre es terrible y tiene instrumentos suyos hasta en la policía. Yo ignoro cuál es su patria: unos dicen que es alemán, otros que inglés, pero sí habla correctamente estas dos lenguas, también domina el francés, el italiano, el español; su fisonomía tú no puedes haberla olvidado porque te causó una triste impresión. Si llegases a desenmascarlo, a castigarlo vengarías a millares de víctimas y sobre todo a tu hermano, que también en este supremo momento no piensa más que en ti, y muere con tu nombre en los labios bendiciéndote.

Sería imposible expresar lo que sentía Mugheta durante aquella lectura. La joven no ocultaba sus lágrimas, sus sollozos.

—¡Pobre, pobre inocente! —murmuró—. Pero ¿quién mató a la mundana, si no fue él?

—Esto es aún un misterio —respondió con angustia Fausto—, y la memoria de mi hermano está todavía infamada porque todas las pruebas se hallaban en contra de él: le vieron entrar en casa de la cortesana y se encontró junto al lecho de esta el gemelo suyo que sin duda perdió cuando la desgraciada vieja trató de detenerle.

—¿Y no podías mostrar esta carta que es una verdadera justificación?

—Cuando mi hermano me la envió por el correo es porque no quería que nadie la leyese. Además, ¿crees que prestarían fe a este escrito, a una acusación contra un individuo desconocido?

»Yo fui a Marsella a hacer unas pesquisas; protesté como mi tío contra la infame acusación dirigida a mi hermano, tratando de demostrar que si hubiese sido culpable no se habría suicidado, y en su poder habrían hallado los valores y las joyas de la asesinada.

»Pues bien; ¿lo creerás? No solo no prestaron fe a nuestras palabras, sino que poco faltó para que no pasásemos por cómplices del ladrón, del asesino. Y si comerciantes honrados, representantes en Francia de mi tío no hubiesen dado fe de nuestra moralidad, de las riquezas acumuladas por la casa Moran durante muchos años de honrado trabajo, no lo habríamos pasado muy bien. Y no te he de ocultar que aún tienen sospechas de mí.

»Con la impetuosidad de mi carácter, habría acabado comprometiéndome; pero el recto juicio y la flema especial de mi tío me impidieron cometer una locura. Pero lo que sucedía espoleó más aún a Moran, quien me manifestó que gastaría toda su fortuna con tal de vengar a mi hermano. Mientras hacíamos mil proyectos sobre la conducta que habíamos de seguir, cayó en mis manos un periódico parisino que llevaba el relato de un proceso contra un italiano, un tal Vital Bracco condenado por asesinato y robo a la pena de muerte.

—Era mi cuñado —interrumpió vivamente Mugheta.

—Lo sé. Escúchame con atención.

»El relato de aquel proceso me impresionó por la declaración del acusado. Este dijo que había nacido honrado pero pobre, y que enamorado locamente de una joven cuya familia no le quería, se había propuesto raptarla y hacerla rica y feliz por cualquier medio a su alcance.

—Así es en efecto —murmuró Mugheta palpitante, conmovida.

—Tu cuñado añadía que su mala estrella le hizo conocer a un hombre que podía ayudarle a realizar su sueño, y que le prometía riquezas considerables.

»Por la descripción que hizo de aquel hombre que le proporcionó los medios para



raptar a la muchacha, que le buscó el sacerdote que bendijo su unión, aquel hombre al que llamaba *principal* que le impulsó al crimen, me pareció reconocer al mal genio de mi pobre hermano.

»Y la misma declaración de tu hermana, la cual habló también de aquel hombre cuyo nombre no conocía, me confirmó más en mi idea. Y me estremecía de coraje al ver que los jueces creían a aquel miserable un personaje inventado por los declarantes.

»Yo estaba seguro de que habían declarado la verdad y lo mismo opinaba mi tío, si bien este más sereno que yo, no quiso que precipitase las cosas, sin hacer informaciones especiales sobre el condenado y su mujer.

»Íbamos a partir ambos para París, cuando un telegrama reclamó nuestra presencia en Nueva York. Una Sociedad de la cual mi tío era uno de los principales accionistas, iba a quebrar. Por fortuna la quiebra fue conjurada, y entonces nuestro pensamiento volvió otra vez a mi hermano.

»Había transcurrido más de un año. Mi tío que se hallaba enfermo y no podía acompañarme me aconsejó que siguiese yo solo las pesquisas, me abrió un crédito ilimitado en casa de sus corresponsales, me entregó varias recomendaciones para personalidades de Francia e Italia, y me propuso que tomase su nombre para viajar tranquilo y no despertar las sospechas de nadie.

»Me dirigí a París y allí, después de muchas pesquisas supe que la viuda del guillotinado había marchado a Torino.

»Partí enseguida para Italia y en Torino me enteré del suicidio de la desgraciada de la cual muy poca gente se acordaba, porque el tiempo la había dado al olvido.

»Mis primeras tentativas eran vanas, sin embargo no perdí el ánimo. Traté de conocer a la familia de la suicida; me dijeron que tú eras hermana de esta y entonces procuré acercarme a ti.

»¿Recuerdas que una noche te pregunté si habías tenido una hermana casada en París?

—Sí, lo recuerdo —exclamó Mugheta—, y te respondí bruscamente que no, y tú no insististe.

—Es verdad; y algunos días después vine aquí y no quisiste recibirme pretextando una indisposición. Era la noche de aquel día en que los periódicos relataban la tentativa de asesinato del duque de Vulman y descubrían la identidad de tu hermana.

—Sí, sí, no olvido nada. Y cuando regresaste me arrojé en tus brazos y te confié el secreto de mi familia. Te dije también, que mi hermana era inocente, y que yo conocía al duque y estaba segura de que su declaración era falsa. Pero mi hermana lo confirmó.

—Tu hermana tenía su objeto al declararse culpable. Yo estudié su fisonomía durante el proceso; vi que miraba al duque con odio intenso y a su marido a pesar de que la acusaba, con una ternura infinita. Además, en el duque me pareció reconocer al

hombre misterioso que busco, al que mi hermano me presentó como su *principal*. Y esta noche, cuando vino aquí a proponerte que fueras su cómplice en una nueva infamia, cual es la de apoderarse de la hija inocente de tu hermana, esperando de tal modo conquistar a la madre, no tuve ya ninguna duda. Y ahora si tú me ayudas a envolver a ese miserable en una inextricable red de la cual le sea imposible librarse, para que llegue el día en que tu hermana y yo podamos desenmascararlo frente al mundo entero, te juro que, olvidaré tu pasado, tus caprichos y me casaré contigo.

Mugheta estaba pálida, descompuesta.

—¿Yo tu mujer? ¿Tu mujer? ¿No es un sueño?

—No; es la realidad —respondió Fausto—. Pero es preciso que me obedezcas en todo ciegamente. ¡Y guay de ti, si se te ocurriera la idea de venderme!...

En los ojos del joven brillaban relámpagos siniestros.

Ella le miró con una humildad de esclava amante.

—Dudas de mí —respondió—, porque no sabes aún lo que te quiero; la idea de perderte me vuelve loca. Y ahora que has presentado a mis ojos un porvenir de felicidad, ahora que tú, honrado y bueno, no solo me tiendes la mano de amigo, sino que me prometes, a mí, indigna de tanto premio, tu nombre, ¿voy yo a traicionarte por aquel monstruo? No, no, te lo juro: antes me mataría.

Mugheta aparecía sincera. Fausto que no le quitaba los ojos de encima, comprendió lo que pasaba en el alma de la joven y lanzando un profundo suspiro de alivio, le tendió los brazos.

## VII

En un *chalet* rústico, pero lindísimo, modestamente amueblado, habitaba desde hacía algunos meses el pintor León, con su madre y su sobrinito que era, como ya se habrán imaginado los lectores, la hija de Natalia.

León tenía el encargo de decorar una vastísima quinta de los alrededores de Torino, quinta antiquísima que un nuevo propietario había hecho restaurar por completo. El *chalet* que ocupaba León pertenecía a la finca aquella, y el pintor pidió permiso para trasladar allí a su madre a la que los médicos habían recomendado los aires puros del campo, y a su huérfano sobrino, al que amaba como a un hijo. El permiso le fue concedido enseguida.

Así el joven pudo alejarse de Torino con su reducida familia, sin que nadie lo notase, tanto más cuanto nadie se imaginaba que él conociese a Natalia y tuviese relación alguna con ella. Se sabía que Gemma frecuentaba la casa del pintor pero a nadie se le ocurrió que aquel muchacho serio e inteligente, tuviese nada de común con la niña que la policía había ido a buscar a casa de la hermana de Natalia.

León no fue nunca al hospital ni hablaba con nadie de la joven acusada de intento de asesinato; así es que cuando se marchó de Torino nadie sospechó de él. Pero el joven recibía frecuentes cartas de Gemma que le daba noticias de su hermana.

Así transcurrieron los días y llegaron los del proceso y el de la condena de Natalia.

León se había puesto aquella mañana a trabajar, pero la angustia de su corazón se lo impedía. El joven sabía que en aquellas horas se decidía la suerte de aquella mujer que le era doblemente querida y sagrada, desde que custodiaba a su hija.

León adoraba a aquella niña tan inteligente, y de carácter tan generoso, y apasionado, que le echaba al cuello los brazos y le pedía que no la abandonara en poder de aquel hombre malvado que quería hacer daño a ella y a su madre.

León acabó aquel día por tirar los pinceles y con el pretexto de comprar pinturas, se cambió de ropa para ir a Torino.

Teresa pareció comprender que el pintor estaba agitado e inquieto y con voz cariñosa le dijo:

—Tío, llévame contigo.

—No puedo, querida mía —respondió León—, pero te prometo volver pronto. Dime: ¿qué quieres que te traiga?

La niña le abrazó, murmurando:

—Quisiera que trajeses a la mamá; pero no aquella pintada... la verdadera...

—Todo fuera posible —dijo el pintor animado por una insensata esperanza.

Si Ana era absuelta seguramente su primer pensamiento sería abrazar a su hija.

Teresa lanzó una exclamación de alegría.

León sonrió:

—No te lo prometo —respondió—, mas lo espero. Tú no digas nada, y permanece tranquila con la abuelita.

—Puedes estar seguro de que te obedeceré —dijo con gravedad la muchacha.

León no quiso decir nada a su madre de lo que pensaba, y partió con el corazón aliviado por aquella insensata esperanza que había concebido.

Cuando llegó a Torino se puso a rondar por los alrededores de la Audiencia, donde se celebraba la vista de la causa.

Por unas comadres que hablaban en voz alta, supo que la causa de Natalia podía considerarse perdida, no solo por la deposición de ella, sino por las declaraciones abrumadoras del duque y las de varios testigos, y por la terrible acusación del Ministerio Fiscal.

Se necesitaba todo el ánimo de León para permanecer indiferente delante de aquellas mujeres sintiendo como sentía el corazón oprimido.

Y de repente fue presa de un deseo irresistible de verla, al menos por un instante.

Con este propósito trató de introducirse en la sala donde se celebraba el juicio, pero la concurrencia era tan enorme que le fue imposible entrar.

Cuando se retiraba desanimado oyó que le llamaban. El joven hizo un movimiento de espanto, pero se repuso enseguida al reconocer al propietario de la quinta.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo jovialmente aquel caballero que era de la mejor pasta que darse puede—. Ha dejado sus trabajos para asistir al juicio ¿eh?

León se puso encarnado.

—No, señor —respondió—. He venido a Torino a comprar colores que me faltan. Al pasar por aquí sentí curiosidad por ver a la acusada, pero no lo he logrado y me marchó.

—¡Pobre muchacho! Ven conmigo y podrás admirar a esa bellísima mujer que tiene el rostro de un ángel y el alma de un demonio. A ver qué juicio te merece como artista.

León estaba tan conmovido que no pudo dar las gracias a su interlocutor, ni habría podido decir más tarde por dónde y cómo entró en la sala y ocupó uno de los asientos reservados.

Al principio León no vio más que una masa de carne humana, pero poco a poco se fue calmando su emoción y pudo distinguir a la acusada que estaba enfrente de él.

Entonces toda su alma se transportó hacia ella.

¡Ana sentada en un banquillo infamante, bajo las miradas irónicas, crueles de una muchedumbre que la era hostil, que la creía culpable!

Pero ella demostraba tanta dignidad en su desventura, tanta inocencia en sus ojos tiernos y brillantes que a León le parecía imposible que la condenasen.

Cuando León entró en la sala estaba hablando el abogado defensor.

Y el artista habría besado con transporte a aquel hombre que hacía aparecer a

Ana, no como culpable sino como víctima. Todos los asistentes estaban pendientes de los labios del fogoso orador y muchas señoras sollozaban.

Ana misma estaba palidísima, conmovida. No había duda; la causa de esta se hallaba ganada y León aguardaba un veredicto de inculpabilidad.

Las horas transcurrían y los jurados se retiraron a deliberar. El pintor respondía maquinalmente a los juicios de su acompañante que acabó por notar su emoción.

—¿Tanto le interesa la acusada? —preguntóle el comerciante ingenuamente—, ustedes los artistas como una mujer sea bella, se lo perdonan todo.

León respondió con voz trémula:

—Ana Malvan, o más bien dicho Natalia, no tiene nada que hacerse perdonar. Yo la conocí cuando trabajaba en el palacio del conde De Malin, y puedo asegurar a usted que es inocente, y que si ha atentado contra la vida del duque ha sido por una causa más poderosa de la que ha declarado; él habrá tratado de seducirla y ella se ha defendido hiriendo...

El comerciante sonrió con indulgencia.

—Si todos los jurados pensarán como usted —dijo—, esa mujer sería absuelta. Yo aunque no estoy convencido de su inocencia me alegraría de que la absolviesen.

León le dirigió una profunda mirada de reconocimiento.

Cuando se pronunció la sentencia que condenaba a Natalia a tres años de prisión, León se levantó sin lanzar ni un grito, sin verter ni una lágrima. Escuchó sin comprender los comentarios del comerciante, los de la gente, y salió de la sala sin saludar ni a su generoso protector.

Llegó a la puerta de su casa sin saber siquiera cómo había ido. Pero antes de entrar en el *chalet* una idea cruzó por su mente y le obligó a detenerse.

¿Qué diría a Teresa que le aguardaba con su madre? En el *chalet* se le aguardaba porque la luz brillaba en el comedor y la esbelta figura de la muchacha se dibujaba detrás de la ventana. De repente Teresa abrió la ventana para escrutar en la oscuridad de la noche, y León oyó la voz de su madre que decía:

—Cierra, Cito, que el aire es muy frío. ¿Quieres que se apague la lámpara?

¿Qué diría él a aquella niña que le aguardaba con tal ansia? ¿Debía contarle la verdad? ¿La comprendería?

Su espíritu sobreexcitado se concentró en aquel pensamiento y le parecía que no había pasado en su vida una hora tan terrible como aquella.

Por último se decidió y llamó a la puerta; le abrió Teresa, que apenas le vio entrar solo le dijo con voz triste e irritada:

—Me has engañado.

León la estrechó en sus brazos cubriéndola de besos y de lágrimas.

—No te he engañado; mamá vendrá pero no ahora. La tía te lo revelará todo más tarde.

—No, no, ahora quiero saberlo; dímelo —exclamó Teresa en cuyo rostro se leía la impaciencia, la cólera, la inquietud.

León después de una corta vacilación habló. Y no ocultó nada a aquella niña bajo cuyo candor, había un temperamento de fuego y la reflexión de un ser superior.

Teresa escuchó atentamente sin interrumpirle sin dar muestras de cansancio ni de sufrimiento.

Cuando el joven muy turbado, terminó su relato, dijo levantando hacia él sus ojos de un azul profundo que parecían casi negros:

—Dentro de tres años la mamá estará libre y entonces la veré. Pues bien, yo sé aguardar y callar. Pero cuando ella vuelva seré yo la que la ayude a vengarse. Entretanto tenme a tu lado.

—Siempre... siempre, niña mía.

Y los ojos de León se llenaron de lágrimas que cayeron sobre la rubia cabecita de Teresa, la única que podía hacerle soportar su dolor y bendecir aún la vida.

FIN DE LA TERCERA PARTE

## CUARTA PARTE

### EL ÚLTIMO SUSPIRO

## I

La noche era oscura y las calles estaban desiertas: una niebla densísima sofocante, cual suele formarse de vez en cuando a fines de noviembre, impedía ver a dos pasos de distancia. Una mujer modestamente vestida, con un chal a la cabeza caminaba con las mayores precauciones a lo largo del Pó, murmurando:

—Creo no haberme equivocado... es aquí.

Había llegado a la verja de una elegante quinta y se detuvo diciendo:

—Debe de ser esta... En fin, no pierdo nada con preguntar...

Avanzó algunos pasos más y descubrió un vestíbulo iluminado a gas y una amplia puerta de cristales a la cual se llegaba por medio de algunos escalones de mármol, cubiertos por una espesa alfombra.

La mujer después de una corta vacilación subió aquellos escalones y tocó el timbre eléctrico que estaba a la derecha de la puerta.

El portero corrió a abrir.

—¿Qué desea? —preguntó mirando con extrañeza a aquella mujer cuyo rostro aparecía lívido, demacrado, haciendo resaltar el tamaño de los ojos, tristes y abatidos.

—¿No sirve aquí una tal Ghita? —preguntó tímidamente la mujer.

—La señora Ghita, querrá decir —observó el portero—. Pero ¿qué desea de ella? ¿A quién he de anunciar?

—Dígale que está aquí una sobrina suya que desea hablarle.

—Aguarde un momento. La señora Ghita está algo indispuesta y hace algunos días que no sale de su alcoba; no sé si podrá recibirla; dígame su nombre.

—Ana Malvan...

Si un rayo hubiese caído a sus pies no habría quedado el portero tan despavorido.

—¿Ana Malvan? —repitió—. ¿Es ese su nombre? ¿Es usted misma?

La mujer sonrió mostrando dos hileras de dientes blanquísimos.

—Yo soy —respondió—. Ya sé que me han hecho pasar por muerta y que otra se apropió de mi nombre y de mis documentos; pero gracias a Dios mi última hora no ha llegado aún, y espero vivir todavía algunos años. Pero anúncieme, se lo ruego; estoy rendida de caminar y no aguardo más que el momento de sentarme.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? —exclamó solícito el portero—. Entre en la portería y tome asiento mientras yo aviso a su tía.

Ana no se hizo rogar; entró en la estancia desierta y se sentó con satisfacción en un diván de muelles, quitándose el chal que cubría su cabeza.

La luz de la lámpara le daba de lleno en el rostro, que en nada se asemejaba al de Natalia. Pero en sus ojos negros había la misma expresión de dulzura, de bondad, de sufrimiento; los cabellos tenían una belleza y una abundancia verdaderamente notables.



El portero después de mirarla de soslayo abandonó la estancia.

La mujer miró a su alrededor suspirando.

—Que suerte ha tenido mi tía —murmuró—. Parece la dueña de esta casa: la llaman señora. Sin embargo, no ha sido nunca bella... Ha sabido conquistar el afecto de los dueños y vive entre el mayor lujo, mientras yo he estado a punto de morir de hambre varias veces.

El portero no tardó en volver.

—Venga, venga —exclamó—. La señora Ghita la aguarda.

—¿Está en casa el conde?

—No; ha salido hace una hora.

—Mejor, mejor; vamos pues.

El portero la acompañó hasta la habitación de Ghita. La vieja estaba sentada en una cómoda poltrona y tenía los pies apoyados en un taburete forrado de terciopelo.

Ghita se conmovió profundamente con la noticia de la llegada de su sobrina, pero ninguna de sus impresiones se reflejó en su rostro y dijo al portero con calma:

—Que pase; la aguardaba. He recibido su carta.

En efecto, su sobrina le había escrito para que el golpe no fuese tan rudo.

Cuando Ana entró en la habitación la vieja la miró atentamente y la reconoció porque aquella se asemejaba mucho a su madre difunta.

—¡Ana! ¡Tú, después de tantos años!... —dijo tendiéndole las manos que su sobrina se apresuró a estrechar—. En verdad que tu carta me dejó sorprendida y disgustada. Sorprendida, porque yo como todo el mundo te creía muerta, y disgustada, porque has llegado demasiado tarde.

Ana se había sentado al lado de su tía.

El portero se había marchado.

—¿Demasiado tarde? —repitió la joven—. ¿Por qué me dice esto?

—Porque si hubieses reaparecido hace siquiera tres años, la desgraciada a quien yo hice tomar tu nombre y entregué tus documentos de identidad, quizás habría sido absuelta. Tú no me habrías desmentido y yo habría dicho que se lo habías cedido todo.

—Yo no cedo a nadie ningún derecho mío —prorrumpió Ana irritada—, y me sorprende que tú lo hayas hecho. ¿Amas tanto a esa mujer que la prefieres a tu verdadera sobrina?

—No te encolerices, que la amarías tú también si la conocieses.

—Pero, entonces, ¿por qué la dejaste condenar?

—El conde y yo teníamos nuestras razones para obrar así. Pero hablemos ahora de ti. ¿Cómo no diste señales de vida a pesar de las pesquisas que se hicieron y de las cartas que te escribí?

Ana se encogió ligeramente de hombros.

—Tus cartas no llegaron a mis manos y no me enteré de nada de lo sucedido, hasta hace dos semanas que al desembarcar en Génova la policía me hizo leer una

copia del proceso de la falsa Ana Malvan. Y no comprendo cómo aquella mujer en vez de defenderse de las acusaciones que se le hacían, inventó aquella historia de una Ana Malvan muerta en un mísero albergue.

—También Natalia tendrá sus razones para ocultar la verdad —dijo Ghita.

Ana no respondió y después de una prolongada pausa que Ghita no quiso interrumpir, dijo:

—Hablemos pues de mí. He pasado una vida de perro rabioso desde la muerte de mi hija; no tenía medios para repatriarme y estaba reducida a la mayor miseria... Pero es inútil que te relata todos los particulares de mi vida. No quiero recordarlos tampoco. Ahora estoy aquí y me parece haber llegado a puerto; tú mandas en esta casa como dueña y no te negarás a tenerme a tu lado.

Ghita hizo un ligero gesto.

—Te has engañado en tus suposiciones —respondió—. El conde De Malin es aquí el único dueño. Claro que si se lo ruego, él no se negará a recogerte aquí durante algún tiempo. Pero no te hagas cuenta de permanecer aquí siempre, porque yo no lo permitiré.

En los ojos de la joven se reflejó la ira.

—Y sin embargo —exclamó—, has permitido que otra ocupase mi puesto y te suplantase en el corazón del dueño.

—No hablemos de la otra; ahora se trata de ti, y no retiro ni una palabra de las pronunciadas —dijo Ghita con impaciencia—. Si te conviene, bien, y si no haces lo que le plazca.

—Ya sé lo que he de hacer —respondió Ana con aspereza—. Presentar una querrela contra aquella mujer para indemnización de daños.

—¡Te lo prohíbo! —gritó Ghita con vehemencia—. Si por tus venas corre mi sangre, que lo dudo aunque tu rostro se asemeje al de tu madre, no promuevas ningún escándalo que a la postre recaería sobre ti... ¿Quién me dice a mí, que durante estos años tu conducta haya sido la de una mujer honrada?

A pesar del imperio que tenía sobre sí misma, Ana se ruborizó hasta las orejas. Sin embargo, habría aún protestado de aquello si Ghita que el recurso no hubiese agregado:

—El juzgado no prestará fe a tus afirmaciones sin conocer antes todos los detalles de tu existencia... y conocidos estos no daría curso a la querrela. Además, Natalia ha cumplido su condena y tú ningún daño puedes hacerle ya. ¿Qué perjuicios te ha causado esa infeliz mujer? ¿Crees que le ha bastado tomar tu nombre para que el conde se enamorase de ella y yo la quisiera como si fuese realmente mi sobrina? No, no, fue su celestial bondad, su angelical belleza, su solicitud para con todos, lo que nos sedujo al conde y a mí. Ahora, si tú en vez de amenazar hubieses pedido sustituirla en mi corazón, yo te habría abierto tiernamente los brazos.

—Y aún estás a tiempo de hacerlo —exclamó Ana que parecía haber cambiado de ideas, con voz conmovida—. Yo no he amenazado a nadie... Perdóname, yo he sido

muy desgraciada, y la idea de que tú me arrojaras de tu lado...

—No ha sido esta mi intención —interrumpió Ghita—. Además, si no pudiera tenerte mucho tiempo a mi lado te buscaría una colocación conveniente, donde pudieras ganarte la vida con un trabajo honrado y poco fatigoso. Por lo pronto, puedes quedarte aquí.

—Tengo que retirar la maleta de una posada donde pasé la noche anterior —dijo Ana después de un instante de vacilación.

—Mandaremos a un criado.

—No, no. Si tú no quieres que sepan quién soy, mejor es que vaya yo. Iré mañana, porque esta noche no me siento con fuerzas.

La anciana se sobresaltó.

—¿Estás aún en ayunas?

—Casi.

—¡Oh, pobre hija mía! ¡Y yo que te entretenía hablando!... Aguarda.

Ghita oprimió el botón del timbre y apareció un criado.

—¿Qué desea, señora? —preguntó respetuosamente.

—Sandro, dile a Julieta que venga.

—Enseguida, señora Ghita.

Julieta era la cocinera y no tardó en presentarse.

—¿Puedo servirle en alguna cosa, señora Ghita?

—Sí, Julia —respondió la anciana—. Dé de comer a esta joven que es mi sobrina, y prepárele la habitación contigua a la mía. Cuando el señor conde venga, ruéguele que pase a verme.

—Muy bien; ¿y usted no necesita nada?

—No, gracias.

Ana siguió en silencio a la cocinera. Ghita cuando estuvo sola se ocultó el rostro entre las manos.

Experimentaba cierto remordimiento por el recibimiento glacial y casi brusco que había hecho a su sobrina. Pero si su primera impresión había sido favorable a Ana, porque la mirada de esta era dulce, tierna, conversando con ella, había creído ver que aquella bondad no era más que aparente.

No, en casa del conde no la tendría mucho tiempo, especialmente ahora que Natalia estaba libre. Aquellos tres años pasados por la joven en una prisión no habían hecho más que aumentar el cariño que le tenía Ghita, la cual había logrado casi convencer al conde de la inocencia de su esposa.

Para Ghita era siempre Natalia la condesa De Malin, aunque su matrimonio con el conde fuese anulado.

La anciana no sentía ninguna satisfacción por la llegada de su verdadera sobrina, y gustosa habría dado todos sus ahorros para que la joven volviese a su país natal y no compareciese más.

Sí, había hecho mal en no proponerle esto enseguida, pero aún estaba a tiempo.

No obstante, era preciso hablar primero de ello al conde. Ghita pensó también que sería más conveniente que fuese ella a las habitaciones del conde cuando este llegase en vez de aguardar a que él pasara a verla. Con este pensamiento, pidió a Sandro que le llevase sus muletas, sin las cuales la pobre anciana se veía ahora imposibilitada de dar ni un paso. Julieta prudentísima como todos los criados del conde, no hizo ninguna pregunta a la sobrina de Ghita; ni le preguntó siquiera su nombre. Se apresuró a servirle y para que estuviese con más libertad cuando le hubo llevado de comer y de beber, se retiró.

Ana devoró con fruición los comestibles, pero su rostro había adquirido una expresión de maldad, y sus ojos despedían tétricos relámpagos.

—¡No me ha recibido con gusto! —murmuró—. La *otra* tiene la culpa... ¡Cuánto la odio! Pero tengo el medio de vengarme.

Comió y bebió hasta saciarse y cuando la cocinera le preguntó si se quería acostar, contestó con un signo afirmativo.

Julia la condujo a la habitación de Ghita. Los ojos de Ana habían adquirido de nuevo una expresión de bondad, de reconocimiento.

—Gracias —dijo a su tía con voz conmovida—. Tenía necesidad de reponerme; ya estoy bastante mejor, y con una noche de reposo estaré completamente bien.

Y se acercó a su tía para abrazarla.

«La había juzgado mal», pensó Ghita para sí.

Y como si experimentase remordimientos la besó varias veces diciéndola afectuosamente:

—Ve, ve, a dormir, Julia te acompañará; mañana hablaremos mejor.

Ghita aguardó a que su sobrina se acostase y después apoyada en las muletas se dirigió a las habitaciones del conde.

El aristócrata que estaba solo en su despacho apenas la vio llegar salió a su encuentro para ayudarla a sentarse.

—Ahora iba yo a dirigirme a tus habitaciones porque Sandro me dijo que deseabas hablarme; pero prefiero que hayas venido tú: eso me prueba que estás mucho mejor —dijo Pedro.

—¡Oh! sí, bastante mejor, y creo que dentro de algunos días no tendré ya necesidad de estos chismes.

El conde se sentó frente a ella. El noble caballero no había envejecido nada; parecía conservar siempre toda su energía moral y su fuerza de voluntad que igualaban a su vigor físico.

Pedro herido en plena felicidad por una catástrofe inaudita, había pasado días de tremenda desesperación, de desgarrador delirio causados por las manifestaciones de Blanca, confirmados por la vil y atroz declaración del duque.

Pero desde el último día en que tuvo lugar la vista del juicio, la luz se había hecho en su cerebro, luz que irradió en su espíritu.

Natalia había rebatido con firmeza la acusación del duque respecto a relaciones

íntimas entre ellos.

¡Mauro había mentido!

Y el conde se propuso consagrar toda su vida, su inteligencia, su fuerza de voluntad al descubrimiento de la verdad y arrancar la máscara al calumniador.

La condena de Natalia le produjo un momento de doloroso remordimiento, pero no estaba ya en su poder perdonarla y se contentó con dirigirle una mirada, que ella debió de comprender, porque su bello rostro se iluminó por una alegría sobrehumana, que confirmó en él la seguridad de su inocencia.

Aquella misma noche a solas con Ghita, el conde asió las manos de la anciana y estrechándola entre las suyas, dijo profundamente conmovido:

—Tú no la crees culpable, ¿verdad? Natalia es incapaz de una traición.

—¡Al fin! —gritó la vieja entre sollozos—. Yo aguardaba este instante que me compensa de todo lo que he sufrido, cuando repudió a aquella pobre criatura y me prohibió recordársela. ¡Si Natalia pudiese ahora oírnos!... Ya puedo leerte una carta que la infeliz joven hizo llegar a mis manos por medio de su hermana Gemma, cuando estaba en el hospital.

—¡Ve por ella! —exclamó el conde.

Ghita corrió a su alcoba y poco después regresaba con una carta manoseada, que se conocía que había sido leída muchas veces.

El conde la leyó temblando y se puso palidísimo. Después permaneció silencioso por algunos minutos, oprimido como si le faltase la voz, como si no tuviese fuerzas para hablar.

La carta decía:

Mi buena Ghita:

En medio de mi desgracia he sentido una gran alegría al ver que no me rechazabas, al oír de tus labios que no me creías la infame mujer que soy en apariencia.

Ghita una vez más te juro sobre la cabeza de mi hija que tú juraste ayudarme a salvar, que el miserable a quien herí no fue nunca mi amante, y que si yo fui una vez a su parque es porque caí en un lazo. ¿Te acuerdas de aquel hombre que parecía un coloso que un día en ausencia del conde te dijo que deseaba hablarme y que me arrepentiría si no le recibía?

Pues aquel hombre se me presentó como el marido de la verdadera *Ana Malvan*, y me dijo que su mujer estaba gravemente enferma en una casa de campo y que deseaba hablarme antes de dirigirse a los tribunales.

Pero puedes imaginarte mi angustia. En aquel momento no pensé más que en el conde y en ti, que seríais envueltos en un proceso conmigo, si se descubría que yo no era tu sobrina. Así pues, acepté la cita que me daba aquel hombre esperando conmover a su mujer y hacerle callar con una fuerte suma de dinero.

Obré mal no diciéndote a ti por lo menos, el objeto de aquella visita, pero temía inquietarte y pensaba que siempre estaba a tiempo de revelártelo. Fui al lugar de la cita donde aquel hombre me aguardaba con un carruaje de alquiler. Nos pusimos en marcha, y sea a causa de la densa niebla que había aquella tarde o de la agitación de que yo era presa, no conocí el camino que seguíamos. Pero cuando descendí del vehículo y fui conducida a aquella casita aislada y me encontré en presencia del duque que me dijo que había caído en un lazo y que me encontraba en su poder, comprendí todo el horror de mi situación y me arrepentí de no haber hablado.

No me desanimé, sin embargo. Si el duque había reconocido en mí a la viuda Bracco, yo reconocí en él al jefe de ladrones y asesinos, que había impulsado a mi marido a la guillotina y había intentado deshonorarme. Y amenacé a mi vez y él se rio. ¿Qué pruebas tenía contra él? Ninguna, mientras yo estaba en sus manos. Me rebajé a rogar, a suplicar: inútil. Únicamente accedió a dejarme un mes de tiempo para reflexionar.

Finido el mes si yo no consentía en ser su amante me perdería junto con mi marido, porque yo al

manifestarle mi amor a Pedro dejé escapar que el conde no ignoraba quién yo era.

Este fue otro de mis errores.

¿Recuerdas Ghita que aquel día en que se desarrolló el suceso, te dije cosas tan tristes que te arrancaron lágrimas? Pues bien, era porque aquel día se decidía mi suerte. Llevaba conmigo el puñal para suicidarme y se lo dije al duque, rogándole que a cambio de mi vida respetase el honor de Pedro. Se rio el infame de mí, y me amenazó con vengarse terriblemente del conde si yo moría. Entonces fue cuando lo herí y creyendo que lo había matado, lancé yo misma el automóvil a toda velocidad por la pendiente.

Tú me preguntarás por qué no he confesado todo esto al juez instructor y a Pedro.

Sencillamente porque no me habrían creído.

Lo repito, no tengo pruebas contra aquel miserable, pero ahora me alegra de que los dos hayamos sobrevivido al accidente.

Aguardo con resignación mi condena que cumpliré sin un lamento; mas una vez libre, consagraré el resto de mi existencia a desenmascarar al infame. Y hasta que no lo haya logrado, me impondré el sacrificio sublime de no aproximarme ni a ti ni a Pedro, como si todo lazo moral entre nosotros estuviese roto. Pero una vez más te lo juro: yo he sido siempre digna del amor de mi marido. El algún día lo comprenderá y se arrepentirá de haberme creído capaz de una traición. En cuanto a ti que no dudaste ni un momento de mi inocencia, que me prometiste ayudar a Gemma a salvar a mi hija, que Dios te devuelva todo bien que me haces y te bendiga como yo te bendigo.

El conde miró fijamente a la anciana con los ojos preñados de lágrimas.

—Así pues, ¿tú has contribuido a la desaparición de Teresa? —dijo con voz trémula.

—Sí —respondió con franqueza Ghita—, y juré que ni a usted ni a nadie revelaría este secreto.

—En efecto, yo no merezco tu confianza ni la de Natalia; yo que la consideré la más inmundada de las criaturas y le deseé la muerte.

Un sollozo escapó de su garganta.

—¿Por qué no me has dado antes a leer esa carta?

—Porque no la habría creído —respondió francamente Ghita—. Acuérdense de cuando la pobre Ana, perdone, pero no puedo menos que llamarla así, le dijo que el duque tenía mucha semejanza con el hombre que había sido su espíritu malo, usted la interrumpió bruscamente y tributó a su amigo los más grandes elogios.

Pedro sintió un gran acceso de ira.

—Si, tienes razón, tienes razón. ¡Ah!, ¡miserable!, ¡miserable!, ¡más temprano o más tarde me las pagará! ¿Y Blanca está ligada a tal hombre? ¡Oh!, ¡es horrible! Mas ¿puedo yo revelarle la verdad? Natalia tiene razón: no tenemos pruebas contra él y ante todo hemos de buscarlas. ¡Ya llegará el día del castigo!

—Y yo estaré pronta a auxiliarle con todas mis fuerzas —exclamó Ghita.

A partir de aquella noche este fue el pensamiento fijo del conde. Ghita se convirtió en su única confidente.

Pocos días después, el conde llamaba a toda su servidumbre, incluso al portero, y les decía que habían de obedecer a Ghita como a su dueña, y que a todo el que fuese a buscarla sin excepción de ningún género le dijese que estaba de viaje. Les prometió doble salario si cumplían su cometido celosamente, no hablando a nadie de nada de lo que ocurría en la casa.

Todos prometieron ejecutar la orden, no solo por las ventajas que les reportaba

sino porque tenían en gran estima tanto a Ghita como al conde.

Cuantos fueron a buscar a Pedro habían sido recibidos por Ghita, excepto Gemma a la que recibió también el conde. Este se conmovió con la presencia de la buena muchacha, en la cual encontró las facciones de su hermana y le dijo que ya estaba convencido de la inocencia de Natalia, pero que se veía obligado a callar porque no bastaba con que él solo se convenciese, sino que era preciso que aquella inocencia fuese públicamente reconocida.

Gemma lloró de alegría al escuchar las palabras del conde y a su vez dijo que Natalia rogaba a todos los que se interesaban por ella, que si la sentencia llegaba confirmada, no trataran de obrar antes de que ella estuviese libre.

—Es necesario que el miserable se crea seguro —había dicho Natalia—, y tener en las manos todas las pruebas de su delito para que brille la luz de la justicia. Así todos mis amigos deben limitarse a vigilarlo, a dejar que él mismo se descubra con alguna imprudencia.

El conde aprobó y prometió seguir el consejo de Natalia.

Blanca, que después de pronunciada la sentencia, fue a casa de Pedro para ver la impresión que la condena de su esposa le había hecho, tuvo una conversación con él que la dejó estupefacta y disgustada.

—Blanca —le dijo el conde—. ¿Tienes fe en mí?

Blanca se arrojó en sus brazos como una niña.

—¡Ya sabes que te amo! —exclamó—. ¡Te amo y quisiera no separarme más de ti!

—Este es un sueño imposible de realizar, Blanca —dijo tristemente el conde—. Yo también te amo como si fueses mi hija... puesto que yo no puedo ser más que un padre para ti... Blanca, tú me prometiste ser fuerte, y lo serás. Eres la esposa del duque.

—Le odio, y él lo sabe; se lo dije.

—Has hecho mal, Blanca; ese hombre es capaz de todo.

—Hace mucho tiempo que lo sé, y por eso Pedro te ruego que me lleves contigo... lejos muy lejos.

—Es imposible, Blanca; peligraría tu honor que es para mí sagrado. Piensa en el escándalo que daríamos, en los comentarios que se harían después de lo que ha sucedido... No, Blanca; sería una locura imperdonable.

Blanca fue presa de una violenta excitación nerviosa.

—Tú no me amas —exclamó—. No piensas más que en aquella mujer que te ha engañado, que se ha burlado de ti.

Él le pasó dulcemente una mano sobre la boca.

—Calla; te equivocas Blanca hablando así, y me causas mucho daño. Nosotros no tenemos derecho a ensañarnos en aquella desgraciada que paga duramente su culpa si fue una culpa la suya.

Blanca se desasíó de él con ímpetu.

—¡La defiendes aún! —exclamó—. Pues bien; sea. Tú no mereces mi confianza ni mi amor...

—Blanca, no seas niña; sé mujer seria y piensa que si algún día necesitases mi auxilio estaría pronto a ayudarte, a socorrerte.

—¡Yo me basto para defenderme!

La duquesa partió irritadísima. El conde creyó que se trataba de una cólera pasajera pero un día encontrola en la calle y Blanca volvió la cabeza para no saludarle.

Pedro experimentó un gran dolor, pero acabó por no pensar más en ello.

El tiempo transcurría; pasaron los tres años. El conde había viajado mucho sin que nadie conociese el objeto ni los resultados de sus viajes.

Ahora, aquella noche Pedro había regresado a su casa con una triste noticia: la señora Palma estaba moribunda.

Pero en aquellos momentos, en su despacho con Ghita se olvidaba de la moribunda.

—¿Qué tenías que decirme? —preguntó por último el conde a Ghita cayendo en la cuenta de que la ida de esta tenía algún otro objeto que el de leerle la carta de Natalia.

—Una cosa que le parecerá inaudita —exclamó la anciana—. Se halla aquí mi verdadera sobrina Ana Malvan.

El conde palideció.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó.

—Esta noche. Por cierto que la recibí bastante fríamente, y hasta tuve intenciones de despedirla como a una intrusa.

—¿Por qué?

Ghita relató al conde la conversación sostenida con su sobrina, sin ocultarle ningún particular.

El conde la escuchó con mucha atención y su enérgico rostro expresaba una grande contrariedad.

—Ha llegado muy inoportunamente —observó—. ¿Y qué piensas hacer?

—Es lo que me pregunto. Mi sobrina quisiera permanecer a mi lado.

Pedro permaneció por un instante taciturno.

—Quizás —dijo después de unos minutos de reflexión—, ese sea el único medio de impedir que perjudique a Natalia.

—Yo había pensado ofrecerle una suma para que regresase a su país. Le aseguraría el pan para toda su vida a condición de que no se acordase más de lo que ha sucedido.

El conde movió la cabeza negativamente.

—¿Y quién te dice que no consuma el dinero y vuelva a atormentarte amenazándote con el escándalo? Antes de tomar una resolución, tengo que verla yo mismo y hablarle.



—Esto es fácil. Mañana no la dejaré ir a buscar su modesto equipaje sin que usted la vea.

—Procura que sea temprano, porque tengo un deber que cumplir por la mañana. He sabido que la señora Palma está moribunda.

Por las mejillas de Ghita corrieron algunas lágrimas.

—¡Pobre señora! tan buena, tan virtuosa... La digna compañera de su madre...

El conde había inclinado la cabeza.

—Yo no la he apreciado todo lo que se merecía —murmuró—, y hasta he sido injusto con su hija. Pero ¿podía vencer el amor que me inspiraba Natalia y unirme a otra mujer? Blanca no supo o no quiso perdonar mi sinceridad y su extraña conducta durante estos tres años me prueba que su pasión por mí no era ni podía ser sincera. Pero volvamos a tu sobrina: yo creo que podemos tenerla aquí a condición de que no revele su nombre.

—El portero está ya enterado.

—Bastará avisarle para que guarde silencio. Mi servidumbre es modelo de prudencia.

—Esto es verdad y se debe a usted que es el mejor de los dueños. Todos los criados se dejarían atormentar antes que causar a usted un disgusto.

Pedro sonrió bondadosamente.

—Sí, todos me estiman —agregó—, y esto es un gran consuelo para mí; pero hablemos de lo otro. Natalia está ya en libertad, y si a mí no me está permitido verla porque el mundo debe creer que la he olvidado, tú puedes hacerlo sin despertar ninguna sospecha.

—Y lo haré dentro de algunos días.

—El duque no se ha descubierto durante estos años; ni yo ni Moran hemos podido recoger todos los elementos que necesitamos para desenmascararlo, mas creo que el instante del desquite no está lejano.

Pedro hablaba con voz sorda pero firme, y había en su acento una expresión tal de odio, de amenaza que hizo estremecer a Ghita.

—¡Que venga ese momento! —exclamó la anciana—. Yo no moriría contenta si no asistiese al triunfo de la inocencia.

El conde y Ghita hablaron aún largo rato.

Al día siguiente la anciana se despertó más tarde que de costumbre, y vio a su sobrina junto a su lecho.

—Buenos días, buenos días —dijo la joven alegremente y sonriendo—, hace más de una hora que aguardo aquí a que te despiertes. Pero no te habría molestado, porque dormías con una tranquilidad... Tampoco me atrevía a ir a buscar mis pobres efectos sin avisarte... ¿Has hablado al conde de mí?

—Le he hablado y accede a que te quedes a mi lado, ayudándome en mis quehaceres.

Un relámpago de alegría brilló en los ojos de la joven.

Una buena comida, una noche de reposo en un soberbio lecho, y un poco de limpieza en su persona, habían bastado para dar a Ana un aspecto bastante mejor que el que la noche anterior tenía.

—¡Oh! ¡Qué dicha! —dijo abrazando a la anciana—. Y tuviste el valor de decirme que no eras poderosa en esta casa, que no ejercías influencia en el espíritu del dueño...

—El dueño es justo y honrado —rebatió Ghita ásperamente—. Y no hay necesidad de ejercer ninguna presión sobre él. Le dije además sencillamente que tú te hallabas pobre y abandonada; me respondió que el pan aquí no te faltaría. Sin embargo, el conde no quiere oír pronunciar tu nombre. Así pues, tomarás el de tu madre y te llamarás Rosa.

—Sea todo lo que queráis, con tal de que pueda permanecer a tu lado y tenga que comer.

Ghita se conmovió con aquellas palabras.

—En lo sucesivo no te faltará ya nada —agregó—. Pero ve Rosa a buscar tus enseres y no tardes; a tu regreso me encontrarás levantada, porque estoy mucho mejor.

La joven no deseaba otra cosa que alejarse, y apenas estuvo fuera de la quinta lanzó un suspiro de satisfacción.

—He logrado entrar en la plaza y la victoria es segura —murmuraba—. Ahora es preciso que sepa obrar, porque Ghita es lista como un demonio. ¡Oh! si fuera una estúpida no se habría apoderado de la voluntad del dueño... Creo que en la casa es ella la que hace y deshace, pero no puedo perdonarle que me posponga a una extraña. ¡Y cómo la defiende! ¡Ni que fuese de su familia!

Se interrumpió porque pasaba un tranvía. Ana hizo señal al conductor de que detuviese el vehículo y subió a este; iba a Porta Palazzo.

—¡Qué impaciente estará Ercole! —pensó—. Él temía que no lograra mi intento.

Aquel hombre a quien ella llamaba Ercole la aguardaba sentado a la mesita de un café del corso Margherite, era Jack el confidente del duque.

El policía había presentado en Londres su dimisión que le fue aceptada, volviendo al lado de Mauro del cual no podía separarse y por el que estaba dispuesto a derramar su sangre gota a gota. El coloso creía al duque, su ídolo, una infeliz víctima de una mujer perversa, engañado por su esposa, traicionado por su mejor amigo, y aunque se preguntaba con qué objeto Mauro se mezclaba en una Sociedad de ladrones y asesinos y con qué fin trataba de tener en sus manos a la hija de Natalia, no habría discutido ninguna de sus órdenes y obedecía sin vacilar a aquella voluntad para él superior.

Durante los tres años transcurridos, el duque había ocultado a su mujer sus proyectos para el porvenir. Había llevado luto a su madre más de un año, estando casi siempre encerrado en su quinta y dejando a su mujer en libertad de obrar como le pluguiese. Después había reanudado su vida mundana con la duquesa y parecía no

recordar ya el pasado, si bien un velo de melancolía se extendía por su rostro.

Jack a pesar de toda su habilidad no había logrado encontrar las huellas de la niña desaparecida: inútilmente había espiado a Mugheta, a Gemma y a Ghita: la niña no aparecía por ninguna parte.

El coloso estaba muy disgustado por ello, tanto más cuanto el duque se lo reprochaba, a pesar de que él tampoco había sido más afortunado y aun contando con el auxilio de Mugheta.

Pero en cambio una casualidad sirvió a Jack para encontrar a la verdadera Ana Malvan.

Una noche transitando por uno de los barrios más inmundos de Torino, el coloso oyó un grito desesperado de mujer seguido de lamentos y de rumor de golpes. Corrió hacia el sitio de donde partían los lamentos, y encontró a una mujer medio desnuda a la que un granuja golpeaba despiadadamente mientras le dirigía toda suerte de insultos.

El coloso asió al granuja por la cintura y lo lanzó contra la pared de enfrente, con tal ímpetu que el desalmado rebotó y cayó al suelo donde quedó sin poder moverse.

Después Jack dijo a la mujer que mascullaba algunas frases de gratitud.

—Este sujeto por esta noche no la molestará... ¿Está herida?

—No, no, caballero —respondió la mujer con voz apagada—, pero no tengo fuerzas ni para moverme.

—¿Dónde habita?

—En el primer piso; estoy sola...

—La ayudaré a subir.

—Gracias, gracias.

Jack la levantó en peso como si fuese una niña, y unos minutos después la colocaba sobre un lecho desecho en una alcoba mísera y desordenada, alumbrada por una lámpara de petróleo.

—¿Quiere que llame a un médico? —preguntó Jack a la mujer.

—No, caballero —respondió aquella incorporándose en el lecho y cubriéndose el pecho amoratado por los golpes con un chal—, haga solamente el favor de darme aquella botella de aguardiente; beberé un sorbo y me reanimaré.

En efecto, después de beber un poco la mujer parecía reanimada.

—¡Ah! caballero, sin usted aquel infame me habría reventado... ¿y sabe por qué? En vez de pagarme, pretendía aún que le diese dinero: yo me enfadé, y él entonces me arrastró a la calle para golpearme.

El coloso sentía náuseas viendo tanta vergüenza, tanta abyección.

Ella se apercibió de lo que pasaba por la mente de él.

—¡Ah! caballero —dijo—, yo no había nacido para esta vida infame. He sido una mujer honrada; he tenido marido y una hija pero murieron ambos y me convertí en lo que ve... Rodé por el mundo mendigando, después entré en una casa de mala vida, de donde hui más tarde para venir a Torino. Aquí tengo una tía que sirve hace muchos

años en casa de un conde, al que usted habrá oído nombrar: el conde De Malin.

Jack lanzó un brusco movimiento.

—¡Vaya si le conozco! ¿Su tía se llama Ghita?

—Sí, sí, caballero —prorrumpió con sorpresa y júbilo la mujer.

—¿Y el nombre de usted cuál es?

—Ana Malvan.

Jack que lo aguardaba no hizo ningún movimiento de sorpresa.

—¿Por qué no ha ido a ver a su tía? —preguntó.

—Porque me da vergüenza —respondió Ana—. Ella es una mujer honrada y me habría rechazado. Hace quince días que estoy en esta habitación amueblada bajo el nombre de Colomba.

—¿Qué diría si le propusiese ir a vivir conmigo a otra habitación que mañana mismo alquilaré?

Ella le miró con desconfianza.

—¿No es usted de la policía?

Jack sonrió.

—No; ¿por qué lo pregunta? ¿La asedia la policía?

—Sí, aunque no he cometido ningún delito; cuando veo un guardia tiemblo.

—No tiemble; yo soy un ciudadano libre, extranjero, y vivo en Torino, soltero y solo. Vea, pues, que podemos ir de acuerdo.

Así se estableció intimidad entre ellos. Una vez juntos Jack la enteró de todo lo ocurrido a causa de la usurpación de su nombre.

La mujer quedó estupefacta al enterarse; ella lo ignoraba todo porque no leía ningún periódico y nunca daba su verdadero nombre.

Jack le propuso entonces que entrara en casa de su tía, explicándole sus propósitos que ella comprendió perfectamente y acogió con entusiasmo.

Y así se introdujo en casa de Ghita de donde iba ahora con el pretexto de recoger sus enseres, a una cita con Jack.

Este pensaba en Ana cuando ella compareció en el café.

Jack se incorporó bruscamente y la miró como si despertase de un sueño.

Ella le sonrió, y después de pedir al camarero una cerveza, se sentó frente al coloso diciéndole:

—Todo marcha perfectamente, y puedes hacerte cuenta de que tienes a la niña en las manos.

### III

La señora Palma estaba moribunda y su hija Blanca que tanto la amaba, había sido la primera causa de sus sufrimientos, de su enfermedad.

Mientras esperó reinar en el corazón de Pedro, la joven duquesa soportó con cierta resignación la soledad que su marido le había impuesto, consolándose con las visitas de su madre o conversando con el conde.

Pero el día de la condena de Natalia, Blanca tuvo que convencerse de que la viuda del guillotinado ocupaba todo el corazón de Pedro, y que ella no sería nunca amada por el conde más que como una hija. Este descubrimiento causó un efecto terrible en aquella naturaleza ardiente, soberbia.

La idea de ser vencida por una mujer culpable y vulgar, la descomponía completamente y la ponía nerviosa, irritada.

No obstante ello, Blanca supo ocultar sus impresiones y no descubrió a nadie la herida atroz recibida; pero cambió repentinamente de carácter, de gustos, y después de soportar con dignidad su papel de mujer fiel, cariñosa, arrojó el antifaz y un día declaró al duque que no pensaba continuar aquella existencia de recluida, y que iba a emanciparse completamente para gozar la vida.

—¿Piensas seguir a tu amante que viaja por esos mundos? —le dijo irónicamente el duque.

Blanca le dirigió una mirada tan insultante que Mauro a pesar de su audacia no pudo sostenerla.

—¿Crees —exclamó la joven con un cinismo inaudito—, que hubiera necesitado tu permiso para irme con él? Afortunadamente para ti, Pedro no es hombre que venda a un amigo y me ha rechazado.

El duque enrojeció de cólera pero conservó su acento irónico.

—¿Tú te has ofrecido a él, tú, una duquesa?

Blanca se encogió de hombros sonriendo.

—¡Qué quieres! las duquesas actualmente están en descenso, desde el momento que sus maridos las posponen a las cortesanas, y yo he querido por gusto ponerme al nivel de estas sin conseguirlo. Tú debes ser el primero en estar persuadido de ello porque ves que te miro al rostro sin enrojecer, mientras que tú no puedes hacer otro tanto.

—¿Quién había de decirme cuando me casé contigo que bajo tu apariencia de ángel se ocultara una víbora, un demonio?

—Nos hemos engañado los dos —respondió tranquilamente Blanca—. Tampoco yo habría creído que el aristócrata en apariencia tan correcto, tan perfecto, al que todos admiraban y respetaban ocultase a un malhechor.

Ea duquesa había pronunciado esta palabra al azar recordando lo que el conde le

había dicho: la semejanza encontrada por Natalia entre el duque y el jefe de la cuadrilla de ladrones y asesinos internacionales.

Cierto que ni Blanca ni el conde podían dar crédito a aquellas palabras de Natalia, pero como la duquesa había adivinado los malos instintos de su marido, y le atribuía la muerte de su madre dejó escapar de sus labios el atroz insulto.

Pero Blanca se arrepintió enseguida de ello al ver el efecto que aquella palabra producía a su marido.

El rostro de Mauro se contrajo horriblemente, un gemido ronco escapó de sus labios, un relámpago siniestro brilló en sus ojos y asiendo un brazo de la joven exclamó rechinando los dientes:

—¿Qué quieres decir? ¡Explícate! ¡Quiero saberlo!

Blanca no se quejó ni se movió, aunque el dolor que sentía en el brazo hizo brotar lágrimas de sus ojos.

Él continuó:

—No trates de desesperarme... ¿Quieres que te mate?

Blanca que se había ya repuesto le dirigió una mirada inconcebible, profunda, respondió:

—No te temo. He tomado mis precauciones y si me ocurriese alguna desgracia, tú serías el responsable.

Mauro soltó el brazo de Blanca pero la envolvió en una mirada que ella no olvidaría ya.

El siguiente día Mauro apareció cambiado. Se acercó sonriente a su esposa y le preguntó:

—¿Estás enfadada conmigo?

Blanca no mostró su estupor.

—¿Por qué he de estarlo? —respondió—. Te dije ayer lo que creía preciso para arreglar nuestra situación, ya para ambos intolerable.

—Tienes razón —agregó gravemente Mauro—. Pero te ruego, siquiera por la memoria de mi madre, a la que tanto amaste que no des un escándalo, ni dejes traslucir lo que pasa en nuestra casa.

—Aprobado. Además, nadie encontrará extraño, después de más de un año de luto, vernos en sociedad. Tampoco podrá escandalizarse nadie de que nosotros vivamos cada uno por su lado, cosa corriente hoy en el gran mundo.

—Conforme.

—Y como a la salida de los teatros y de los bailes no vamos a venir aquí, lugar tan distante de la ciudad, te propongo que nos traslademos al palacio de mi madre. Allí viviremos, excepto la primavera y el otoño.

—Aceptado.

El duque y su mujer parecían estar de perfecto acuerdo. La señora Palma acogió a su hija y a su yerno con entusiasmo, pero la conducta de Blanca no tardó en inspirarle graves temores para lo porvenir. La joven duquesa tenía siempre a su alrededor una

nube de adoradores y se le atribuían diversos amantes. El duque parecía no cuidarse de ello, y esto sorprendía extraordinariamente a la buena y honrada señora, la cual se creyó obligada a recriminar a su hija que le respondió riendo:

—¡Pobre mamá! Te doy horror, ¿verdad? ¡Qué quieres! he buscado la felicidad allí dónde podía encontrarla.

—¿Y eres feliz faltando a todos tus deberes de hija y de esposa?

—¿Acaso cumple Mauro los suyos de esposo? Pero ya poco me importa —agregó con acento indiferente.

—Blanca —observó la señora Palma con angustia—, tú no puedes imaginarte el daño que me causan tus palabras. Ya se comentan poco favorablemente para ti, tus libres modales, tus extraños caprichos y en breve tu reputación estará para siempre manchada.

—¿Qué me importa? No tengo que dar cuenta a nadie de mis acciones.

—¿Y a tu marido?

—Por caridad, mamá, no me hables de él —exclamó Blanca bruscamente—, si no quieres que me ponga de un humor insoportable. Él va por su lado, como yo voy por el mío, y tú pierdes el tiempo queriendo regularizar nuestras vidas.

La señora Palma lloró y suplicó inútilmente.

Las lágrimas de su madre no hacían más que irritar a Blanca, la cual la acusaba de autora de lo que sucedía.

Si ella a la muerte de la madre de Pedro hubiese hablado a este de los deseos, de los sueños de la difunta enseñándole las cartas de ella, el conde habría sido su marido.

Pero no lo hizo, y ella sufría las consecuencias. La satisfacción de ser llamada duquesa desaparecía ante la degradación del hombre que le había dado aquel título. Pedro la había pospuesto a una aventurera... Todas estas consideraciones la tenían siempre irritadísima, presa de una exasperación nerviosa que le hacía cometer mil locuras. Entre la sociedad que frecuentaba se le consideraba una mujer peligrosa, y las gentes compadecían al duque por tener una esposa que no respetaba el honor, el nombre de la familia.

Entretanto la salud de la señora Palma iba empeorando, hasta que una mañana al abandonar el lecho, le pareció a la buena señora que le faltaba la respiración, y cayó hacia atrás desvanecida.

Se le colocó enseguida en la cama y se llamó al médico, el cual ordenó que se avisase a Blanca y al duque, porque a la pobre señora la quedaban pocos días de vida.

Mauro acudió antes que su esposa al lecho de su suegra y allí se echó a llorar como un niño.

Pero entretanto pensaba que la muerte de la señora Palma, convertía a Blanca en dueña de cinco o seis millones. ¿Qué haría él para apoderarse de esa fortuna y desembarazarse de su esposa?

—¿Y Blanca? —preguntó débilmente la enferma mirando a Mauro con inquietud.

El duque se enjugó los ojos y con voz conmovida murmuró:

—Blanca vendrá enseguida. Se ha ido a dormir al amanecer después de pasar la noche en un baile de máscaras de no muy buen tono...

—¿Mi hija ha hecho eso? ¿Es posible, posible? —balbuceó la enferma—. ¡Ah!, ¡ella es la que me mata!

La anciana se puso tan lívida que Mauro se asustó.

—¡Mamá, mamá —exclamó el duque llorando—, perdóname el dolor que te produzco, pero si vieras lo que me hace sufrir la conducta de Blanca!... Gasta el dinero locamente y si le hago alguna observación se ríe de mí.

La señora Palma le escuchaba temblando.

—Aún tengo tiempo de remediarlo —murmuró la enferma entre dientes—. No... no merece que yo deje toda mi fortuna en su poder.

El duque concibió una insensata esperanza. ¡Si su suegra le nombrara a él administrador de los bienes de su esposa!...

Pero no se atrevía a expresar su pensamiento y mientras se libraba en él una violenta lucha, entró Blanca palidísima y convulsa. La joven se acercó al lecho llorando y se inclinó a besar a su madre.

—¡Oh, mamá, mamá! ¿Es cierto lo que me han dicho? —exclamó—. ¿Te sientes muy enferma esta mañana?

La señora Palma le dirigió una severa mirada.

—¿Dónde has pasado la noche? —le preguntó esquivando sus besos.

Blanca se incorporó con las mejillas encendidas y miró al duque despreciativamente.

—¿La ha enterado ya? —preguntó a este con aspereza.

Y enseguida volviéndose hacia su madre dijo con voz tierna:

—Sí, he cometido una locura asistiendo a un baile de máscaras, pero te juro que lo que debía ser mi pérdida ha sido mi salvación: tu hija es siempre digna de ti.

El duque se mordió los labios; temía que Blanca recobrase su imperio sobre su madre que se dejaba convencer con aquellas explicaciones.

—Blanca, Blanca, tu porvenir me asusta —agregó la señora Palma mirando a su hija cariñosamente.

—Tranquilízate mamá, que nada tengo que temer. Dios vela por mí: tuve la prueba anoche.

—Eres una hábil atroz y al fin lograrás convencer a tu madre. Pero a mí no me convencerás —dijo el duque.

—¡No hablo contigo! —respondió Blanca con audaz firmeza.

—Hija mía, hija mía —murmuró la enferma—, ¿ni ante mi lecho de muerte depones tus resentimientos con Mauro, al cual considero como un hijo?

—Yo no merezco nada —dijo con aire compungido el duque—. Pero usted sabe que muerta mi madre es usted la persona que más quiero, y daría gustoso mi vida por salvar la suya.

—¡Hipócrita! —murmuró entre dientes Blanca.



Él la oyó y le dirigió una mirada de odio tan intenso que la hizo temblar.

Pero no quiso exteriorizar su cólera y se limitó a decir sencillamente:

—Más valdría que dejases reposar a tu madre; este es el mejor remedio para ella.

Blanca se sentó a la cabecera del lecho de la enferma y el duque lleno de rabia comprendiendo que nada lograría mientras su esposa estuviera allí, se apresuró a salir de la alcoba.

La señora Palma estuvo amodorrada casi todo el día. A la tarde despertándose murmuró:

—Quiero hablar con Pedro; es necesario.

Blanca se ruborizó, pero respondió enseguida:

—Daré orden de que le avisen.

Era la misma noche que Ghita había recibido a su sobrina.

El conde no compareció hasta la mañana siguiente.

La señora Palma aunque había recibido los Sacramentos estaba en posesión de todas sus facultades. Cuando entró Pedro en la alcoba, estaba Blanca al lado de la moribunda.

El duque cumpliendo los deseos de su suegra había ido a llamar al notario: la anciana quería introducir algunas modificaciones en su testamento.

Blanca apenas vio al conde, corrió a su encuentro y le echó los brazos al cuello llorando.

—Pedro —le susurró al oído—, dígame a mi madre que yo no soy tan culpable como ella cree, impídale cometer un acto insensato que me ligaría al duque por toda la vida, que me dejaría a merced suya.

—Lo haré; te lo prometo, hija mía —respondió el conde con gravedad—. Déjame solo con tu madre y permanece tranquila.

Pedro se acercó al lecho y se sorprendió del aspecto de la enferma: esta tenía pocas horas de vida.

Sin embargo, al ver al conde la señora Palma pareció galvanizarse, e incorporándose sola en el lecho, le tendió las manos.

—Te agradezco infinitamente tu venida —dijo—. Sin verte no habría muerto contenta.

Pedro le besó las manos cubriéndoselas de lágrimas.

—Aún vivirá usted muchos años —respondió.

—No, hijo mío, no me forjo ilusiones; soy una lámpara que se apaga. Dentro de pocas horas llevaré tus besos y tus saludos a tu madre. Pero antes de que me muera, quiero que me prestes un servicio.

—Hable, señora, hable.

—Quiero que me ayudes a reconciliar al duque con mi hija. El duque es digno de todo su amor, de todo su respeto, de él no he tenido nunca queja, mientras que a Blanca debo mi enfermedad.

Pedro estaba palidísimo.

—No acuse a su hija —dijo gravemente—, porque se arrepentiría. Señora, ¿usted me cree un hombre honrado incapaz de mentir?

—Sí.

—Pues bien, le juro por la sagrada memoria de mi madre que el duque es un miserable lleno de vicios y de fango, con el cual quería manchar a la inocente Blanca. Si su hija se aturde en una vida agitada y ruidosa, si busca febrilmente los devaneos... es por causa del duque.

—Pero, Dios, ¿es posible que yo esté engañada?

—Lo está usted, señora.

—Es demasiado tarde para remediarlo —balbuceó la señora Palma retorciéndose las manos—, Blanca es su esposa, está en sus manos.

—Esté tranquila, señora; yo velo por ella. Quiero a Blanca paternalmente y aunque el duque sea capaz de todo, no logrará hacerle daño alguno, porque aquí estoy yo para defenderla. Y si mis asuntos no me hubiesen entretenido fuera de Torino, los disgustos que Blanca le ha causado se habrían evitado. Pero ella la ha amado a usted siempre y ahora quisiera ser perdonada... Puede presentar a usted la frente sin avergonzarse.

Una celestial sonrisa se dibujó en los lívidos labios de la señora Palma.

—¿Eres tú quien me lo asegura? —exclamó juntando las manos—. ¡Gracias, gracias! te creo. ¡Ah!, ¡qué acierto tuve llamándote! Te ruego digas a Blanca que venga; quiero decirle que la perdono y que la amo.

Pocos minutos después, la duquesa estaba en brazos de su madre y las dos mujeres lloraban juntas, bajo la cariñosa mirada del conde.

—Te amaba mucho, te amaba aún cuando te recriminaba... ¡Oh! yo no me podía imaginar la hipocresía del duque ni tu infelicidad —balbuceó la anciana.

—Ahora soy feliz, mamá, querida mamá; ahora que he reconquistado toda tu confianza y puedo desahogarme contigo.

La señora Palma quiso responder, pero la fuerza ficticia que hasta entonces la había sostenido, reanimando su fisonomía, la abandonó de repente.

La pobre madre miró a su hija intensamente, como si quisiera absorber aquella imagen adorada para llevarla a la tumba y exhaló el último suspiro.

Cuando llegó Mauro con el notario encontró a Blanca de rodillas al lado del cadáver; el conde a ruegos de la joven se había retirado.

Mauro sintió una cólera intensa, imposible de describir; la riqueza se le escapaba. Pero como estaba habituado a dominarse, en su rostro solo se reflejó el dolor. Y después de hacer un gesto al notario como para indicarle que habían llegado tarde, se arrodilló al lado de su esposa murmurando:

—¡Pobre mamá! no ha podido manifestar su última voluntad.

Blanca levantó el rostro bañado en lágrimas y con voz serena, por respeto a la muerta que reposaba tranquila, sonriente, dijo:

—Su última voluntad me la ha manifestado a mí, a su hija, y será

escrupulosamente ejecutada.

Y pronunciadas estas palabras, la joven siguió orando y sollozando.

Mil pensamientos se sucedían en la mente de Blanca.

La joven quería trazarse una vida nueva. Le sería imposible un pleno acuerdo con su marido al que no estimaba ya a pesar de no conocer la parte más abyecta de su existencia, pero al mismo tiempo por respeto a la memoria de su madre y a la de la duquesa, no quería dar pasto a la curiosidad del mundo; deseaba evitar el escándalo a su alrededor. Su loca pasión por el conde Pedro estaba vencida y podía tratarle de nuevo como amigo. Mas un sentimiento nuevo dulcísimo había embargado su alma, sentimiento que despertó un hombre a quien conoció en la velada a que asistió la noche anterior, adonde fue con una amiga suya, joven viuda de su misma edad y condición y como ella presa de un loco deseo de inmiscuirse en una sociedad bien diversa de la suya, para aturdirse y olvidar.

Vestían ambas un traje descotado y provocador, y cometieron la imprudencia de ostentar en las orejas y en la garganta joyas preciosísimas que podían descubrir su origen.

Su aparición produjo sorpresa entre los concurrentes, y pronto se vieron rodeadas de individuos algunos de los cuales trataron de abrazarlas. Y a sus oídos llegaron estas frases.

—No pertenecen a la «clase».

—Son princesas disfrazadas.

—¡Qué princesas, ni qué ocho cuartos! Son dos horizontales.

Las dos señoras estaban arrepentidas de su locura y trataban de marcharse, pero les privaban el paso con palabras y con proposiciones que coloreaban sus rostros cubiertos con el antifaz.

Por fortuna la compañera de Blanca reconoció a un joven que pasaba frente a ellas con un amigo, y lo llamó.

—Reol.

Él se acercó presuroso.

—¿Qué quieres bella mascarita? ¿Me conoces?

—Sí, e imploro tu auxilio y el de tu compañero para mí y para mi amiga.

Y acercando su boca al oído de Reol añadió quedamente, pero de manera que lo oyese también el otro joven.

—Soy la condesa Bensa y está conmigo la duquesa de Vulman.

Ambos jóvenes hicieron un brusco movimiento mas Reol añadió con desenvoltura:

—Mascaritas, yo y mi amigo Moran estamos a vuestras órdenes.

Y ofreció el brazo a la condesa mientras su compañero hacía otro tanto con Blanca.

La multitud les abrió paso enseguida.

—¿A dónde he de conducir las condesa? —murmuró Reol.

—A nuestro palco que tiene el número dos —respondió la viuda.

La otra pareja les siguió.

—¡Ah! si hubiese sabido lo que era este baile —dijo con sinceridad Blanca estrechándose contra su acompañante—, no habría venido.

—Estamos en un siglo en que nuestras aristocráticas señoras encuentran divertido descender al cieno... —respondió fríamente Moran.

La observación no solo mortificante, sino inconveniente impresionó a Blanca.

—Pero en el fango o entre la canalla —rebatió—, se encuentran también caballeros que vienen a divertirse.

—¡Quién sabe, duquesa! Cada uno tiene su objeto en la vida, y puede ser también un objeto humanitario el que induzca a un caballero a asistir a un baile donde el indiferente, y el vicioso no ven más que una hora de placer.

—¿Y no podía ser algo por el estilo lo que nos ha traído aquí a mi compañera y a mí?

—No, duquesa, porque habrían escogido un traje menos provocativo, y no se habrían puesto esos brillantes para atraer las miradas.

—Tiene razón, caballero —dijo Blanca con su habitual franqueza—. Nosotras hemos cometido una locura de la cual estamos arrepentidas.

La joven pronunciaba esta frase en el momento en que llegaban al palco.

Su compañera que la oyó se volvió riendo.

—Yo no me arrepiento —exclamó—, porque he encontrado un amigo al que hace mucho tiempo no tenía el gusto de ver, y que me hace olvidar la mala impresión recibida al entrar en el teatro.

Cuando entraron en el palco, la condesa presentó Reol a su amiga y el joven a su vez presentó a ambas su compañero, diciendo:

—Fausto Moran, un americano establecido desde hace algunos años en Torino, un original de primera fuerza, pero lleno de inteligencia y de corazón.

—He aquí una recomendación que seguramente no me conquistará las simpatías de estas señoras ni su amistad —dijo Moran sonriendo.

—Se engaña —exclamó vivamente Blanca—. Yo siento muchas simpatías por los «originales» que me dicen la verdad francamente, y en cuanto a su inteligencia y a su corazón, ya he tenido tiempo de juzgarlos.

—¡Bravísimo! —dijo jovialmente la condesa, de temperamento alegre y siempre dispuesta a divertirse—. Y ahora podemos quitarnos las dos el antifaz.

—No lo creo conveniente —observó Moran—, o por lo menos, lo creo una imprudencia como lo es el permanecer aquí con mi amigo y conmigo. Disfruten desde el palco del espectáculo; nosotros las aguardamos fuera para que nadie venga a molestarlas y estaremos a sus órdenes cuando quieran marcharse.

La condesa Bensa se encogió de hombros riendo.

—¿Qué de malo hay en que permanezcan ustedes con nosotras? —exclamó—. Yo soy viuda y enteramente dueña de mis acciones; Blanca puede decirse que está en

igual situación, porque el duque la deja en libertad para todo. Ninguna de las dos damos importancia a los prejuicios de la sociedad y hemos venido a divertirnos. Así pues, si no tienen otro compromiso, pueden quedarse.

—Es lo que deseamos —dijo Reol dirigiendo una mirada suplicante a su amigo para que asintiese.

Pero Blanca que nunca se había sentido tan conmovida como en aquel momento bajo las miradas casi severas del americano, en vez de sentarse en el sofá, permaneció en pie y, dijo con voz firme:

—Soy del parecer del señor Moran, y como no podría divertirme si permaneciese aquí, propongo que nos marchemos dejando libres a estos caballeros cuando nos hayan acompañado hasta el coche.

Hubo una tempestad de protestas por parte de la condesa y de Reol. Moran permanecía impasible, pero Blanca no se desconcertó y apoyándose en el brazo del americano, dijo:

—Pues bien, nos marcharemos nosotros. Buenas noches, que se diviertan. Y no nos guarden rencor.

Cuando la puerta del palco se cerró detrás de ellos, llegó hasta sus oídos el ruido de una carcajada.

—Usted comete una imprudencia mayor, alejándose sola conmigo —dijo Moran mientras caminaban—. Aún está a tiempo de quedarse.

—No, no, imposible: no podría ya permanecer allí; le pido perdón si le molesto, pero a usted debo el haberme avergonzado de mi conducta. Una dama no ha de perder nunca su dignidad, cualquiera que sea la causa que la impulse a apartarse del camino recto.

—Lo que me dice duquesa, demuestra que su corazón, su voluntad son aún superiores a su debilidad, y yo estoy satisfecho de haber despertado el uno y la otra y de que no esté usted enfadada conmigo.

—¿Enfadada con usted que me ha hecho un bien? No, no lo diga. Recordaré siempre esta noche con gratitud, y espero que no sea la última vez que nos veamos. Yo recibo todos los jueves.

—No hago nunca visitas oficiales, duquesa.

—Recibo a los amigos verdaderos que son pocos, los sábados por la tarde. ¿Quiere contarse entre ellos?

—Con todo el corazón duquesa; gracias.

Blanca sintió una alegría infantil y con tono jovial dijo:

—Acompañeme hasta el carruaje; vuelvo a casa. Y usted vaya al lado de la condesa y de su amigo Reol, para que vean que hemos sido prudentes.

—Conociéndola a usted y conociéndome a mí, ninguno de ellos lo habrá dudado.

Así se separaron.

Y Blanca al lado del cadáver de su madre no podía menos que recordar todos los detalles de lo ocurrido aquella noche. Después el pensamiento de la joven volvía a la

difunta, y se juraba que a costa de todo en lo sucesivo soportaría su cruz con resignación.

—Tú que eres una santa, mamá querida, ruega por mí... —decía.

El duque le aconsejó que saliera de la estancia fúnebre, pero Blanca se negó a ello diciendo que mientras el cuerpo de su madre estuviese allí, no se separaría de él.

El duque que creyó prudente no contradecirla, se encargó de todas las disposiciones para los funerales y para rendir los últimos honores a la difunta.

El ataúd de la señora Palma fue cubierto de violetas, flor predilecta de la difunta.

Blanca manifestó a sus criados que no recibía visitas, exceptuando la del conde De Malin que volvió a la tarde llevando consigo un gran mazo de violetas.

—He de testimoniarte el pésame de un nuevo amigo —dijo Pedro a Blanca en voz baja—, que no se ha atrevido a venir porque aún no ha sido presentado al duque; ¿adivinas quién es?

La joven se ruborizó y su corazón latió con violencia. Sin embargo, respondió con franqueza:

—¿Fausto Moran?

—El mismo.

—¿Lo conoces?

—Sí; es digno de toda consideración.

—¿Cómo debe despreciarme sabiendo que mi madre ha muerto... y que yo, mientras ella estaba gravemente enferma, fui al baile!

—Moran no tiene el derecho de juzgarte.

—Pero lo tengo yo, y me avergüenzo de mi locura.

El conde se acercó conmovido, al cadáver.

—Esta santa te ha perdonado, y en lo sucesivo su recuerdo te preservará de todo...

—¡Oh!, ¡sí, sí!... ¡se lo juro!

Y la joven se arrojó sobre la muerta cubriéndola de besos y murmurando con voz desgarradora:

—¡Mamá, mamá adorada, perdóname!

Una verdadera muchedumbre asistió a los funerales, pero Blanca antes de que llegase la hora del entierro, besó a su madre por vez última, y se retiró a sus habitaciones para dar rienda suelta a su dolor.

«¡Ah!», pensaba, «si no me hubiese apresurado a casarme por puntillo, por vengarme del conde De Malin, ahora sería libre y podría encontrar la felicidad en un amor puro, sincero, apoyarme en el brazo de un hombre verdaderamente honrado...».

El siguiente día se dio lectura al testamento. La señora Palma dejaba algunos legados para obras de beneficencia y para las personas más estimadas de su servidumbre, y nombraba heredera universal de su fortuna que se elevaba a cinco millones, a su hija Blanca. Como ejecutor testamentario había nombrado al duque de Vulman, al cual concernían también las siguientes frases que contenía el testamento.

Mi yerno el duque de Vulman es muy rico y se ofendería si le dejase alguna suma de dinero. Pero con el fin de demostrarle el cariño que me inspira, ruego a Blanca que le entregue la cadena de oro con brillantes y la botonadura de brillantes que pertenecieron a mi padre y que están valorados en cincuenta mil liras.

El duque se mostró reconocido por aquel don, dijo que el testamento no podía ser más justo, y estuvo tan correcto, tan deferente para con las disposiciones de la difunta, que causó la admiración de todos.

Solo con Blanca tampoco modificó su conducta; se congratuló con ella de la enorme fortuna que había heredado.

—Preferiría ser pobre y que viviese mi madre —dijo vivamente Blanca—, así no experimentarían los remordimientos que ahora tengo por los disgustos que le he dado y que han precipitado su fin. Pero ya el mal está hecho, y no tiene remedio, y solo puedo obtener su perdón cumpliendo sus últimas disposiciones.

—¿Se puede saber cuáles son?

—La primera es no dar escándalo alguno y separarnos legalmente, ya que nos engañamos ambos al unirnos.

—Blanca —dijo con voz suplicante el duque—, de ti depende nada más que demos todo al olvido y comencemos una nueva existencia.

Blanca palideció y no pudo contener un movimiento de sorpresa.

—No... ¡esto nunca! —respondió con firme acento—. Hay cosas que ninguno de los dos podemos olvidar. Pero tratemos de llevar nuestra pesada cadena con la dignidad que nos impone nuestra condición, y los últimos votos de mi madre... y de la suya.

Mauro inclinó la cabeza sin contestar.

—Continuaremos viviendo unidos en apariencia —agregó Blanca—, pero en realidad, cada uno de nosotros se conducirá como si el otro no existiese. Puede usted estar seguro por su honor duque; quizás a sus ojos apareceré frívola y ligera, pero mi conciencia nada me reprocha como esposa. Ojalá usted pueda decir otro tanto.

—Lo puedo —dijo el duque con dulzura—, porque si ambos hemos sido víctimas de las pasiones no llegamos a pecar, y los objetos que las inspiraron nos son ahora indiferentes. Y si tú quisieras, podríamos encontrar la felicidad juntos.

—¡Jamás! —respondió Blanca sin vacilar—. Ciertos vínculos morales, una vez rotos no se vuelven a establecer. Viviremos como hasta ahora en este palacio y nuestras habitaciones estarán separadas. Durante un año no haré visitas oficiales ni tomaré parte en ninguna diversión. Después usted se hallará enteramente libre de obrar como le plazca y cuento con su delicadeza para que no trate nunca de traspasar los umbrales de mi alcoba.

Mauro rugía interiormente, pero conservaba su apariencia melancólica, dulce.

—Puede estar segura —respondió—, de que yo no trataré de violar nuestro convenio, hasta el día en que convencida usted de mi sinceridad, y viendo el cambio efectuado en mi vida me lo permita.

Y con una gracia natural, mostrándose conmovido le tomó una mano y se la besó.

Blanca desasíó su mano con un gesto desdeñoso, y sin pronunciar ni una palabra se retiró a sus habitaciones.

Cuando el duque estuvo solo, su fisonomía cambió de expresión. Una violenta ira le hacía temblar: el desprecio de su mujer le mortificaba. Era cierto que Blanca había descubierto algo malo de él; no olvidaba el día que ella le llamó malhechor. Pero no era posible que conociese la verdad entera porque entonces no habría querido vivir a su lado ni llevar su nombre.

«¡Con qué gusto la destrozaría!», pensaba. «Pero antes quiero tener sus millones, sin escándalo, sin comprometerme. Yo que he concebido tantos planes para robos y asesinatos, ¿no concebiré uno ahora para desembarazarme de mi mujer y apoderarme de sus millones? Sí, sí, lo encontraré».

Mientras estos criminales pensamientos invadían su cerebro, Blanca en su alcoba lloraba a su madre y soñaba con el guapo americano que le indicaba la senda honesta y dolorosa que había de recorrer si quería hacerse digna de él.



## IX

Llovía copiosamente cuando el carruaje que conducía a Natalia se detuvo ante una modesta casita enclavada cerca del puente de hierro, casi en la orilla del Pó. Aquella casita de dos pisos, nueva, con un pequeño huerto pertenecía al pintor León que hacía pocos meses que había trasladado allí su estudio y su familia, compuesta de su madre, de su esposa y de Teresa, la cual había dejado las ropas masculinas transformándose en una de las más bellas y maravillosas niñas que se pueden concebir.

¿Cómo se había decidido León a casarse con Gemma reinando en su corazón y en su mente la imagen de Natalia?

La pasión que la madre de Teresa le había inspirado no desaparecía nunca, pero León era sobre todo un hombre honrado. Él sabía que Natalia no le correspondería nunca, porque la desgraciada mujer amaba con toda el alma a su esposo. Una conversación reservada, tenida después con el conde, al que Ghita enterada del proceder de León para salvar a Teresa, lo confirmó en su idea de sacrificarse.

Pedro le había dicho con acento tranquilo pero que ocultaba una angustiosa aprensión.

—León yo le he considerado un hombre de honor: júreme que entre usted y Natalia no ha existido nunca ninguna correspondencia de cariño.

El joven sostuvo con firmeza la mirada de su interlocutor.

—Se lo juro, conde —respondió con voz serena—. Yo amé en otros tiempos a Natalia, pero procuré olvidarla cuando supe que su corazón no era ya libre. Después tuve ocasión de conocer a su hermana Gemma, de admirar las exquisitas dotes morales que la adornan... y a ella pertenecen hoy mis pensamientos.

León mentía en aquel momento, pero su mentira era sublime porque a la vez labraba dos felicidades.

El rostro del conde se había transfigurado.

—¿Es cierto? ¿Ama usted a su hermana? ¿A mi cuñada?

—Sí, señor conde; y precisamente por complacer a Gemma, por su amor, me encargué de proteger, de salvar a la hija de Natalia.

—León, no se puede imaginar la alegría que me da en este instante. Será para mí un orgullo tenerle por cuñado, ya que Natalia continuará siendo mi esposa. Pero no se reunirá ella conmigo cuando salga de la prisión, y en ninguna parte estará mejor oculta que en casa de usted, al lado de su hermana.

—Seguramente.

El matrimonio no se efectuó enseguida porque el padre de Gemma había empeorado, y se comprendía que la catástrofe no se haría esperar.

En efecto, una mañana el pobre paralítico falleció después de un largo sufrimiento y de una cruenta agonía.

Pasados los meses de luto, León para huir de toda tentación, hizo lealmente a la joven su petición en matrimonio.

Gemma creyó morir de felicidad y lágrimas de reconocimiento corrieron por sus mejillas. La madre del pintor también experimentó una grande alegría, que fue para el artista la más bella recompensa por su generosa acción.

Y cuando el joven preguntó a Teresa si le agradaba que se casase con su tía, la niña le besó con transporte diciendo:

—¡Oh! sí, mucho mucho, porque ahora serás mi tío de verdad.

El conde De Malin estaba entonces de viaje, pero cuando supo que aquella boda se celebraba, dio una escapada a Torino pura llevar su regalo a los esposos.

Y aquel regalo era el contrato de venta, que ponía al pintor en posesión de la casita que el aristócrata había comprado a su nombre.

León no podía rehusar aquel regalo ni descubrir lo que debía permanecer sepultado en el fondo de su corazón, como Gemma aceptó la dote en dinero que le entregó el conde diciéndole: «En nombre de tu hermana y para los hijos que nazcan».

El conde volvió a partir después, pero daba frecuentemente a los esposos noticias de Natalia sin que estos supiesen cómo se procuraba Pedro aquellos informes.

León fue en persona a buscar a su cuñada cuando esta recobró la libertad. Los tres años pasados en la cárcel no alteraron la pura belleza de Natalia, antes al contrario, se diría que su fascinación era ahora mayor.

La desventurada mujer estaba enterada del matrimonio de su hermana; en la prisión no le faltaron nunca noticias de su familia, sobre todo de Teresa.

Durante el viaje no hizo Natalia más que hablar de esta a León.

—¡Ah, cuánto le debo! —exclamaba conmovida mirando con reconocimiento a su cuñado, que sentía latir su corazón precipitadamente y permanecía confuso, tímido—. Usted ha sido su salvador. Y dígame, ¿aquel miserable ha tratado de encontrarla?

—Sí, pero inútilmente; no han sospechado nunca que se encontrase a mi lado convertida en un guapo muchacho. Ahora Teresa ha vuelto a vestir sus ropas que la hacen aún más adorable.

—¿Y está siempre sana y valiente?

—Siempre: y tiene un corazón de ángel, como el de usted. Todos la adoramos.

Natalia lanzó un suspiro de satisfacción.

La lluvia era cada vez más copiosa, las calles estaban oscuras, pero ella tenía en aquel momento en su corazón el sol, la alegría.

Cuando el carruaje se detuvo, la puerta de la casita se abrió, y antes de que Natalia descendiese del vehículo ya Teresa le había echado los brazos al cuello y la besaba apasionadamente mientras decía:

—¡Mamá, mamá mía!, ¡al fin!...

Natalia la condujo en brazos a la casa. La desventurada madre no cesaba de exclamar:

—¿Eres tú, Teresa? ¿Eres tú? ¡Qué desarrollada estás, qué bella!

—Y tú, querida mamá, estás aún lo mismo... digo no, no, más bella todavía.

Natalia abrazó a la madre de León que lloraba conmovida, y a su hermana a la que con pena reconoció según estaba la joven de embellecida.

Natalia fue acompañada a su alcoba para que se lavara y cambiase de ropa, pero Teresa no se separó de ella.

—Esta alcoba será también la mía en lo sucesivo, mamá —dijo la niña cuando estuvo sola con madre—, ya no nos separaremos más.

—No, nunca, nunca más.

Y se besaron efusivamente.

—Ya ves —prosiguió Teresa—, la tía Gemma ha puesto las dos camas unidas para que estemos juntas; así podré yo velar por ti...

Natalia sonrió.

—¿Velar tú por mí, ángel mío?

—Yo no tengo miedo a nadie y soy fuerte; el tío León me ha enseñado a manejar los puños y el revólver, y si alguien tratase de hacerte mal, yo te defendería...

Natalia no se cansaba de besarla.

—Apresúrate a arreglarte mamá, que te tengo reservada una sorpresa —dijo la niña riendo.

—¿Cuál, amor mío?

—No te lo diré hasta que no hayas terminado tu tocado.

Natalia a pesar del cansancio que le produjo el viaje, habría estado toda la noche escuchando a su hija.

Pero Teresa deseaba que se arreglara pronto, y ella se apresuró a satisfacer el deseo de la niña.

Cuando terminó su tocado, Teresa le dijo con aire misterioso.

—Ven conmigo.

Y abrió una puerta que conducía a una salita.

Natalia apenas traspasó el umbral lanzó un grito.

Un hombre que la aguardaba allí cayó de rodillas a sus pies.

Era el conde De Malin.

—¿Me perdonas, Natalia? —dijo con profunda humildad.

—Levántate, Pedro, levántate; yo no te he guardado rencor —respondió Natalia confusa—. Todas las pruebas están en contra mía; era imposible no creerme culpable.

—Yo no debí creerlo conociendo tu corazón.

—¡Oh! no recordemos el pasado; este momento me compensa de todo. Pedro, yo tiendo un velo sobre el pasado.

—Yo soy quien ha traído aquí al papá —dijo alegremente Teresa que se había lanzado al cuello de Pedro—. Pensé que os proporcionaría un placer a los dos; ¿me he equivocado?

El conde la cubrió de besos.

—Sin embargo —agregó la niña poniéndose seria—, sé que nadie debe sospechar

que os habéis visto hasta que el hombre malo haya sido castigado.

—Es verdad —dijo Pedro—. Pero habría sufrido mucho no viéndote esta noche, Natalia. He venido ocultamente, y ahora me marcharé de la misma manera.

—¿Y no volverás? —preguntó palpitante Natalia.

—Sí, porque tenemos que ponernos de acuerdo sobre el plan que hemos de desarrollar. He de decirte que en mi casa está la verdadera sobrina de Ghita, Ana Malvan.

Las mejillas de Natalia se encendieron. El conde prosiguió:

—Ghita vendrá a verte y te lo relatará todo. Ana me parece una buena mujer, y se ha prestado a que la llamen Rosa para no despertar las sospechas de nadie. De todos modos, lo mejor es ser prudente con ella.

—Opino lo mismo.

—Adiós, me siento feliz por haber obtenido tu perdón.

—¡Adiós!

Los dos esposos se abrazaron estrechamente.

—¿Me amas aún a pesar de que no lo merezco? —murmuró el conde al oído de Natalia.

—Yo no he cesado ni un instante de amarte —respondió ella—. Tú y Teresa sois parte integrante de mi vida; por ti estoy dispuesta a sufrir más aún de lo que he sufrido.

El conde la besó con lágrimas en los ojos, y desasiéndose violentamente de ella para dominar su emoción, se apresuró a partir acompañado por Teresa hasta la puerta de la calle.

Cuando Natalia bajó con su hija al comedor donde estaba preparada la cena, aparecía tan bella, tan animada, que causó la admiración de todos.

Sentada a la mesa entre Gemma y Teresa y teniendo enfrente a León y a su madre, Natalia pidió noticias de su hermana Catalina.

—No quería entristecerte ahora hablándote de ella —dijo Gemma—. Pero ya que me interrogas, no puedo ocultarte la verdad. Catalina ha cambiado de vida desde hace tres años, merced al cariño que le ha inspirado un joven americano al que tú conocerás por ser amigo del conde De Malin. Es un joven honrado y riquísimo, y le ha dado palabra de casamiento para cuando ultime ciertos asuntos que le han traído a Italia. Puedes imaginarte la felicidad de Catalina que ha cambiado completamente de carácter y está desconocida. El año pasado fue con su amante a Alemania, y en Isvizzera tuvo el capricho de subir a una cordillera nevada. La ascensión, peligrosa la hicieron felizmente, pero al descender fueron sorprendidos por una tormenta y tuvieron que pasar la noche sobre la nieve. Cuando acudieron en su socorro, el americano no podía ya caminar, y llevaba en brazos a Catalina que estaba sin sentido. Conducidos al hotel fueron objeto de los más solícitos cuidados. El americano se repuso enseguida; pero Catalina no dio por muchas horas señales de vida y después fue presa de una violenta fiebre y de vómitos de sangre. Un mes después parecía

curada, pero de regreso en Torino comenzó a toser y a escupir sangre, y ahora está postrada en el lecho; seguramente no tendrá muchos meses de vida.

—¡Pobre Catalina! —dijo Natalia—. ¡Estará desesperada!

—Te engañas; está dando un ejemplo de resignación sublime. Dice que ella sola es la causa de su sufrimiento, y que no merecía ser feliz. Esta noche habría venido a abrazarte pero se sentía muy débil y hemos decidido que mañana vayas tú a verla.

—¡Vaya si iré! —dijo vivamente Natalia.

—Y yo también, mamá —exclamó Teresa.

—No, querida —respondió prontamente Gemma—, disgustarás a la tía.

La niña no insistió.

Natalia se retiró a descansar y se metió en el lecho, luego de besar repetidas veces a Teresa, que no tardó en dormirse. Pero ella a pesar del cansancio, no podía conciliar el sueño. ¡Creía soñar! ¿El acogimiento cordial que le hicieron todos era sincero? ¿No la creían culpable y la ayudarían a tomar el desquite?

Natalia sentía un bienestar indescriptible. Ya estaba entre su familia, en una atmósfera sana y buena, teniendo consigo a su hija... Esto le producía emociones hasta entonces desconocidas.

Oró largo rato por sí y por los suyos, y pidió a Dios que la ayudase a lograr el fin que perseguía y por el cual había soportado con resignación el más tremendo de los sacrificios.

Natalia no concilió el sueño hasta la madrugada.

Teresa cuando despertó corrió al lecho de su madre y vio que esta aún dormía; la niña guardó silencio para no despertarla e hizo una seña, para que no hiciera ruido, a su tía Gemma que en aquel momento entraba en la alcoba.

Cuando Natalia abrió los ojos estaba ya avanzada la mañana.

—Soy una dormilona, ¿verdad? —dijo a su hija que aguardaba su despertar sentada al lado del lecho.

—Estabas tan cansada mamita...

—Ahora estoy perfectamente —dijo Natalia con una alegría extraña abrazando a su hija.

—Y estás bella, tan bella, como tu retrato.

—¿Qué retrato? —preguntó sonriendo Natalia, mientras saltaba del lecho.

—El que tiene el tío León: al principio, no lo dejaba ver a nadie más que a mí, pero cuando se casó lo regaló a la tía Gemma, la cual lo colocó en la alcoba donde yo dormía. Pero ahora he querido que lo pongan en la sala para que lo vean todos.

Natalia escuchaba embargada por una dulce sensación; no se ruborizó al saber que León poseía su retrato: sabía que el amor que en otros tiempos inspiró al pintor, este lo había vertido sobre Gemma que muy pronto sería madre. León era para ella un hermano, al cual no podía menos que bendecir por los cuidados que prodigó a Teresa.

—¿Y se me asemeja aquel retrato? —preguntó jovialmente Natalia.

—Tú misma juzgarás: yo me pasaba horas enteras contemplándolo y le confiaba

todos mis pensamientos; me parecía estar a tu lado. Si no he sido mala nunca, es porque temía que tu bello rostro se entristeciera. «Si la mamá no está contenta de ti, lo verás en su retrato», me dijo el tío León. Pero yo he sido buena, y tú me has sonreído siempre.

—¡Alma mía! —exclamó emocionada Natalia estrechando a su hija contra el pecho.

La mañana pasó como un relámpago. Por la tarde Natalia fue sola, en coche cerrado a casa de Catalina o más bien dicho de Mugheta.

La cortesana no habitaba ya en la quinta que le regaló el duque. Este no pudiendo descubrir por medio de la joven las huellas de la hija de Natalia, tuvo un día con ella una escena violenta, diciéndole que no prodigaba él el dinero por el gusto de ir a visitarla. La joven le respondió que duques de su calaña se encontraban a centenares. Y el siguiente día, Mauro recibía el contrato de venta y la llave de la quinta con una carta que decía:

Le devuelvo su don con intereses, porque todo lo que contiene la quinta lo he comprado con mi dinero. Tengo algo mejor y de procedencia menos oscura.

Mugheta se fue a habitar otra quinta que le regaló Fausto Moran, en la cual nada le recordaba al duque. En aquella quinta, Moran tenía frecuentes entrevistas con el conde De Malin y con el pintor León; los tres hombres estaban unidos por una de esas amistades sinceras que terminan solo con la vida.

Mugheta recibió a Natalia en la alcoba. La pobre joven que estaba sentada en una poltrona, se levantó y quiso salir al encuentro de su hermana, pero habría caído al suelo de no sostenerla Natalia, la cual la ayudó a sentarse mientras la cubría de besos.

La condesa experimentó una dolorosa impresión al ver a Catalina tan envejecida, tan demacrada, tan desfigurada.

—Me encuentras muy cambiada, ¿verdad? —dijo Mugheta con melancólico acento mirando ávidamente a su hermana.

—No, no —respondió Natalia—, estás más delgada y descolorida que antes, pero con el tiempo lograrás reponerte.

—No me forjo ilusiones; pero por lo menos quisiera vivir hasta que tu inocencia sea reconocida y aquel miserable reciba su merecido castigo. Siéntate aquí, a mi lado, para que te pueda ver bien; tú estás aun más bella que antes. Yo he comprendido demasiado tarde que lo que conserva la belleza, la gracia, la juventud en la mujer, es tener la conciencia limpia de toda mancha y conducir una vida honesta, rodeada de afectos sinceros, santos.

La enferma hablaba con voz dulcísima, lenta, que conmovía todas las fibras del corazón de Natalia.

La joven agregó:

—¿Has sufrido mucho en la cárcel?

—No —respondió Natalia—, el pensamiento de mi hija, el de mi marido, el de

todos aquellos que me amaban, me sostenía. Además, era justo que sufriese mi castigo; yo herí a aquel hombre y nadie debe hacerse justicia derramando sangre.

—Pero no querrás perdonar...

—Lo habría hecho y lo haría si aquel hombre no atentase aún contra mí y si no fuese peligroso para la sociedad. Ese hombre merece un castigo. Pero no se lo daremos nosotros; nos bastará con desenmascararle y mostrarle a todos tal cual verdaderamente es.

—Hablas como mi Fausto.

—¿El joven que te ama?

—Sí. ¡Pobre Fausto, él es también una víctima del duque!... Pero por su misma boca lo sabrás todo. No tardará en venir, y traerá consigo al conde. ¡Pobre Pedro! ¡Qué feliz era cuando podía hablar de ti!

Mugheta decía todo esto con calma, sin ruborizarse, olvidando que en otros tiempos tuvo relaciones íntimas con el aristócrata. Es verdad que él no la había amado nunca, pero Natalia experimentaba cierto malestar pensando que Pedro había tenido un capricho por su hermana.

Moran no tardó en llegar acompañado del conde.

Los ojos de Mugheta brillaron de alegría al ver a su prometido. Moran quedó encantado enseguida de la gracia incomparable de Natalia y de su candor que la hacía aparecer como una niña. También halló cierta semejanza entre la condesa y Blanca de Palma.

Hechas las presentaciones el conde De Malin dijo a su esposa:

—Es un aliado para nuestra santa causa. Moran, cuénteles su dolorosa historia que después yo le diré lo que ya hemos hecho y descubierto.

El joven no se hizo rogar y repitió el relato hecho a Gemma. Natalia escuchaba inmóvil, pálida como una muerta, con el corazón oprimido al conocer la vida de Enrique, sus sacrificios por su hermano, la infamia del duque que se sirvió de las mismas armas que empleó para con Vital. Pero este no supo sustraerse con la muerte a su infame destino; sus manos se mancharon con sangre inocente, y aquella sangre pedía venganza no contra el que ya había expiado sus delitos sino contra el duque cuyas infamias estaban aún impunes.

—Es usted mi hermano en el dolor —dijo Natalia a Moran tendiéndole la mano, cuando el joven terminó su relato—. Y ahora doy gracias a Dios que no permitió que el duque muriera cuando yo lo herí; su muerte habría dejado sobre mí, sobre usted y sobre otros inocentes una mancha infamante, mientras que él habría pasado, por víctima. En cambio, así le desenmascararemos frente a la sociedad.

Natalia se había ido animando y en aquellos momentos estaba fascinadora. El conde Pedro la miraba extático y Gemma con una ligera sombra de celos.

Moran había inclinado la cabeza sobre el pecho.

En aquel instante acudió a la mente del joven la imagen de Blanca... de Blanca que se había confiado a él como a un hermano, y que se vería envuelta en la infamia

de su marido. Pero no, también Pedro tenía interés en salvarla, Pedro que la quería como a una hija. Además, ¿no sabía que la duquesa odiaba a su marido, y que ella habría sido la primera en castigarle?

Después le pareció ver a su hermano ahorcado ante él y creyó oír su voz que le decía: «¿No piensas en mí? ¿Quieres que quede una mancha infamante sobre mi memoria?».

Moran levantó altivamente la cabeza y exclamó:

—Tiene usted razón, señora: ese hombre no merece piedad, y yo estoy dispuesto a secundarla en su venganza que será también la mía.



## X

El duque de Vulman regresó a su casa presa de una excitación nerviosa que ponía lívido su rostro y hacía brillar sus ojos más de lo acostumbrado.

En la antecámara encontró a la camarera de la duquesa.

—¿Y mi esposa? —le preguntó bruscamente.

—Como de costumbre, ha ido al cementerio.

—El culto de los muertos es también sagrado para mí y aprecio los delicados pensamientos de Blanca. No obstante ello, debemos evitarle esas tristes emociones que perjudican a su salud.

—Ya le hice esa observación a la señora, pero me respondió que estas visitas al cementerio la consuelan grandemente y que cuando regresa se encuentra mucho mejor.

El duque sin decir nada más, pasó a sus habitaciones. Jack le aguardaba. El coloso se había convertido en ayuda de cámara del duque, el cual tenía en él completa confianza, seguro de que aquel hombre agradecido le sería fiel hasta la muerte.

—¿Has descubierto algo? —preguntó en inglés el duque mientras Jack se apresuraba a quitarle el sombrero y el abrigo.

—Nada —respondió el coloso.

El duque pasó a la salita de fumar, y echándose en una poltrona dijo casi duramente a su siervo que le había seguido:

—Me parece que te has embrutecido. ¿Dónde está aquella habilidad de policía que en otros tiempos demostraste? Hace más de un mes que Natalia salió de la cárcel y aún no has logrado hallar sus huellas.

El rostro de Jack estaba demudado.

—Tiene razón —exclamó este—. Y me rompería la cabeza contra la pared. Ana me asegura que ni Ghita ni el conde De Malin saben nada de ella; no obstante...

—Yo he probado de interrogar al conde —agregó el duque—, y este me respondió: «No me la recuerdes; la he olvidado por completo». «¿Pero no debemos tomar precauciones, por si Natalia tratase de hacernos algún daño?», añadí.

—¿Y qué respondió el conde?

—«No creo que Natalia tenga ganas de volver a la cárcel como tampoco de volver al mundo que la arroja de su seno. Yo la considero muerta; haz tú lo mismo».

—Ya ve que Ana no miente cuando me dice que ni Ghita ni el conde se ocupan de ella. La primera que antes hablaba de Natalia con cariño presentándola como modelo, ahora la tiene olvidada como si no existiese.

El duque permaneció pensativo unos segundos.

—¿Y no te parece extraño todo eso? —preguntó luego.

Jack miró a su jefe como si no le comprendiese.

—No —respondió después—, yo lo encuentro todo muy natural. Ghita ha tomado cariño a su verdadera sobrina y en cuanto al conde, ya sabe usted...

El duque enrojeció y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¡Vamos, continúa! —dijo ásperamente—, ¿tú crees que el conde es el amante de mi mujer?

El coloso quedó con la boca abierta, como si hubiese recibido un golpe inesperado.

El duque prosiguió:

—Pues bien, querido mío, oímos mal. El conde y la duquesa por esta parte no tienen que reprocharse nada. Pedro ama a Blanca como a una hija; la prueba es que la señora Palma ha depositado en él toda su confianza nombrándolo su ejecutor testamentario.

Jack lanzó un profundo suspiro y sus ojos se iluminaron.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó con verdadero ímpetu—. Sufría mucho creyéndole engañado por un amigo y por la duquesa. Pero yo soy un zoquete; debí comprender que me engañaba al ver que el conde seguía frecuentando la amistad de usted, y que durante la ausencia de él de Torino que ha sido de dos años, la duquesa se divertía lo mismo que antes.

—Y precisamente, como estoy seguro de que Pedro no ha deseado nunca a Blanca, he sospechado que continúa enamorado de su mujer... Espiando a él, encontrarás las huellas de Natalia.

—Ya lo he hecho también.

—¿Y qué?

—En una semana el conde no salió más que dos veces por la noche para ir al teatro regresando directamente a su quinta.

—¿Y de día?

—No lo he seguido nunca, pero ahora lo haré. No, no es posible que Natalia se me escape así, a menos que esté desconocida.

—¡De ninguna manera! —dijo el duque entornando los ojos—. Natalia posee una de esas bellezas en las cuales los años no dejan huellas y se reconocen siempre.

Mauro permaneció unos minutos silencioso y después mirando a Jack, dijo bruscamente:

—¿Sabes que mi caja está casi exhausta?

Jack palideció y dijo con vivacidad:

—Tiene la caja de la duquesa; ¿no ha heredado esta de su madre cinco millones?

—Yo no me rebajaré nunca hasta el punto de pedir dinero a mi mujer, que me cree riquísimo, más rico que ella.

—¿Entonces?

—Cuando se me haya acabado todo el dinero, te explicaré el plan que tengo concebido.

—Puede explicármelo ahora.

—No; es inútil. Ahora solo has de pensar en encontrar a esa mujer.

—Haré todo lo posible; se lo aseguro.

El duque y Jack continuaron hablando largo rato, hasta que la campana de la quinta anunció la hora de la cena.

Entonces el duque se hizo un ligero tocado y pasó al comedor, donde entraba en aquel momento la duquesa Blanca.

Esta bella como una estatua, aparecía bastante animada, con los ojos brillantes.

El duque salió a su encuentro presuroso; ante los criados conservaban ambos cierta amabilidad.

—Me he hecho aguardar un poco —dijo Mauro con galantería.

—Nada absolutamente; yo también llegaba ahora.

—Estoy en casa hace más de dos horas y habría querido ir a encontrarte a tu regreso del diario paseo.

—Un paseo que me consuela —dijo Blanca sentándose a la mesa frente a su marido—. Cuando he orado sobre la tumba de mi madre y la de la tuya, cuando les he dejado las flores que ellas tanto amaban, me parece que las dos difuntas sonríen y me dan las gracias y regreso a casa más contenta.

—Pues a mí me sucede lo contrario. Cuando voy al camposanto sufro mucho.

—Cuestión de temperamento; haces bien tú en no ir.

Comieron un rato en silencio. Luego Blanca mirando fijamente a su marido dijo:

—¿Sabes a quién he visto hoy en un soberbio carruaje tirado por dos magníficos caballos?

Mauro la miró a su vez con cierta indiferencia.

—¿A quién? —preguntó con naturalidad.

—A Natalia.

La impresión que experimentó el duque fue terrible. Se puso encarnado primero y pálido después, esforzándose en vano en dominar su emoción.

—¿Ella? ¿En carruaje? —exclamó agitado—. ¿Es posible? No creo que el conde la haya llevado a su casa.

Blanca se encogió de hombros.

—¡Claro! Precisamente hace unos días me dijo el conde que Natalia no había dado señales de vida desde su salida de la prisión. Pero ¿necesita ella al conde para disfrutar de una soberbia posición? El proceso la puso de muestra; fue un reclamo para ella y yo conozco a más de uno que por conseguirla habría sacrificado toda su fortuna. Así no me ha sorprendido verla en carruaje de dos caballos y más bella que antes. Y la prueba de que había alguien que se interesaba por ella, es que Natalia llevaba en el carruaje a su hija, a la que nadie pudo encontrar durante el tiempo de reclusión de la condesa.

El duque la escuchaba con el rostro encendido y los ojos ardientes, loco de ira, de dolor, de celos. Maldecía en su fuero interno, a Jack que no había logrado descubrir nada; a Mugheta que le había despedido insultándolo; y a su mujer que bajo la más

fría apariencia, lo martirizaba con su feroz ironía mientras observaba en su rostro el efecto de aquellas palabras.

De repente Mauro se dejó dominar por la cólera y violento, exaltado, prorrumpiendo en una nerviosa carcajada, exclamó:

—Aún hay un medio de moderar sus triunfos. No se deja en manos de tal madre una criaturita inocente...

Blanca irguió la cabeza sonriendo:

—No hay ninguna ley que obligue a separar a una hija de su madre a menos que esta tenga cuentas pendientes con la justicia Pero como Natalia ha purgado su delito, es dueñísima de conservar a su hija a su lado y de exhibirse por las calles en carruaje si ha encontrado un protector que se lo regale. Además, ¿a ti qué te importa?

Mauro estaba a punto de estallar pero se contuvo; no quería reñir con la duquesa, por temor a quebrantar el pacto hecho con ella.

Así pues, cambiando de modales y de fisonomía dijo:

—Tienes razón; yo no debo ocuparme de ella. Pero al oírte hablar de esa mujer por cuya causa me he enajenado tu corazón no he podido reprimir un movimiento de desdén; perdóname...

Blanca respondió con una mirada de desprecio.

La cena había terminado. El duque respiró, porque deseaba sustraerse a las miradas de su esposa.

Cuando se encontró solo con Jack, Mauro era presa de un violento furor.

—¡Animal!, ¡imbécil! —prorrumpió con los ojos relampagueantes de cólera—. No has sabido encontrar a Natalia, y ella se pasea tranquilamente en carruaje por las calles de Torino en compañía de su hija.

El coloso quedó aturdido y humillado ante las recriminaciones de su jefe; sus ojos se humedecieron. Y dejó que Mauro se desahogase, sin osar interrumpirle.

Por último el duque se dejó caer sobre una butaca y con voz desfallecida balbuceó:

—Jack, yo quiero saber con quién está esa mujer, lo quiero.

Jack se había ido reanimando.

—Yo haré todo lo posible, mi amo. ¿Puedo saber quién la ha visto?

—La duquesa.

—¿Está seguro de que le ha dicho la verdad?

—Sí; porque sabía que esta verdad debía serme dolorosa.

—¿Qué le ha dicho?

—Que Natalia iba en un landó tirado por de soberbios caballos negros.

—He aquí un indicio bastante importante.

—Que llevaba con ella a su hija.

—¿Así pues, sabía Natalia dónde estaba la niña?

—De esto estoy seguro. Quizás ella tenía antes un amante cuya existencia ninguno sospechamos.

—Pudiera ser también. Pero si Natalia se exhibe en los paseos, también asistirá a los teatros y demás sitios de recreo.

—Tienes razón: yo con el luto me veo privado de frecuentar esos lugares...

—Es verdad —interrumpió Jack—, mas no le faltarán disfraces. Es usted para transformarse más hábil que un artista.

El duque sonrió lisonjeado.

—Tienes razón —dijo—. El mal es que no puedo cambiar el color de los ojos que amenazan descubrirme.

—Cúbraselos con unos lentes.

—Es verdad.

Mauro adoptó enseguida una resolución.

Aquella misma noche fue a su quinta y se disfrazó con un traje y una peluca rubia que le hacían parecer un perfecto *gentleman*. Bajo aquel disfraz de *tourista* inglés nadie habría reconocido al duque de Vulman.

Mauro tomó un palco del teatro Cariguano, donde se estrenaba una obra y lo ocupó antes de que comenzase la representación.

La sala estaba atestada de gente. El duque estuvo examinando la multitud sin encontrar lo que buscaba, mas como aún había algunos palcos vacíos esperó.

A poco de comenzar el espectáculo se abrió un palquito enfrente del suyo y comparecieron tres personas; un hombre, una mujer y una niña.

El duque no se fijó al pronto en ellos, pero después miró maquinalmente al palco y poco faltó para que lanzase un grito. Había reconocido a Natalia que tenía a su lado a Teresa, deslumbradoras ambas de belleza.

Enfrente de Natalia estaba sentado un hombre desconocido para el duque, pero que despertó enseguida los feroces celos de este: era Moran.

Cuando terminó el acto Natalia comenzó a hablar en voz baja con su compañero, inclinándose de vez en cuando hacia la niña que parecía tomar parte alegremente en aquella conversación.

El duque con sus potentes gemelos, no perdía ni un detalle de lo que ocurría en aquel palco.

La cabeza le ardía; en su cerebro se desencadenaba una furiosa tempestad.

Una vez que Natalia dirigió sus miradas al palco que ocupaba Mauro, este sufrió tal emoción, que estuvo a punto de dejar caer a la platea los gemelos que tenía en las manos, y disimuladamente se tapó el rostro con la mano derecha. Cierto que Natalia no podía reconocerlo, pero le parecía una imprudencia sostener su mirada.

Natalia no se había fijado en él hasta que Teresa la dijo:

—Mira, mamá, a aquel caballero de enfrente; no aparta los gemelos de nosotras.

Natalia siguió la dirección que le marcaba su hija y se estremeció: el perfil de aquel hombre le recordó el del duque.

—Parece un inglés —observó Moran.

—Deme por un momento sus gemelos, Fausto —dijo con alterado acento Natalia.

La condesa contempló la mano blanca y afilada del duque, uno de cuyos dedos ostentaba el singular anillo recuerdo de su padre.

Y dijo sin vacilar.

—No me engañaba: es él.

—¿Es posible? —exclamó Moran palideciendo.

—Sí, amigo mío, lo reconozco por su perfil, por el anillo que lleva al dedo. Finjamos no aperebirnos de su presencia y procure no dejarlo escapar.

—No tema; no se me escapará.

—Me ha reconocido; estoy cierta. La duquesa le ha dicho que me había visto, y el miserable se ha puesto a buscarme.

Teresa escuchaba atentamente a su madre y a Moran.

—¿Es el hombre malo que tanto nos ha hecho sufrir? —preguntó.

—Sí —respondió Moran—, pero ya no hay que temer nada de él; le tenemos en nuestras manos.

—Yo no abrigo ningún temor —exclamó Teresa con su infantil audacia.

—Y a mí solo me inspira desprecio —agregó Natalia.

—Yo le odio y no estaré contento hasta que le aniquile —dijo Moran—. Pero mire: ya vuelve a observarnos. Voy a hacerle pasar un mal rato.

El joven se levantó de su sitio para aproximarse más a Natalia. Y su bella cabeza, enérgica y altiva, inclinándose un poco rozaba la de Natalia.

—Sí, es cierto —exclamó riendo Natalia—, la cólera debe de ahogarle viéndonos en tal intimidad. Moran dé un beso a mi hija.

Teresa que reía también presentó su sonrosada boca a Moran.

El duque que los contemplaba fijamente no podía dominar su intensa cólera. Sus ojos se inyectaban en sangre, sus labios temblaban y por último tuvo que levantarse y salir del palco para no ceder a su deseo de promover un escándalo.

Moran al verle marchar, cogió su sombrero y se dispuso a salir.

—Prudencia —le dijo Natalia.

—Esté tranquila.

El joven descendió al vestíbulo y buscó inútilmente al falso inglés. Preguntó al portero que repartía las salidas y este le dijo que hacía más de media hora que no había salido ningún espectador. Moran entonces volvió a su palco; el duque había vuelto también al suyo y parecía embebido en la contemplación del espectáculo.

—Reapareció apenas salió usted —dijo Natalia al joven—, mas no ha vuelto a mirar hacia aquí.

—¿Nos habremos engañado? —exclamó Moran ocupando su puesto al lado de Natalia.

—¡Imposible! Ya se convencerá usted cuando salgamos del teatro.

—¿Piensa que nos seguirá?

—Estoy segura.

Moran se echó a reír.

—Será difícil que lo logre —dijo—. Usted subirá a un carruaje con Teresa y regresará a casa. Del inglés yo me cuido.

Los ojos del joven que brillaban de contento se entristecieron de repente.

—Cuando pienso —exclamó—, que la duquesa Blanca está en poder de tal hombre, siento deseos de estrangularlo. Pero pronto llegará la hora del castigo.

—Sí, sí —dijo vivamente Natalia.

Poco antes de que terminase el espectáculo la joven se levantó para marcharse. Moran la ayudó a ponerse el abrigo. Entretanto el inglés desapareció.

—Nos aguarda abajo —dijo el joven.

—¿Ha dicho al cochero que nos aguarde en la plaza Carlo Alberto?

—Sí.

—Entonces vámonos.

Moran le ofreció el brazo y cogió a Teresa de la mano.

Al salir del teatro vieron al inglés al lado de un coche de plaza conversando con el automedonte.

Moran dijo en voz alta:

—Si no tienes frío, querida mía, regresaremos a pie a casa.

—Lo prefiero —contestó Natalia—. ¿Y tú, Teresa?

—A mí me place siempre lo que vosotros disponéis —dijo la niña.

Moran notó que el falso inglés en vez de subir al coche les siguió, y apretó fuertemente el brazo de Natalia para dárselo a entender.

En aquel momento llegó a sus oídos estas frases pronunciadas por el cochero:

—¡Maldita sea su estampa! Después de contratarme se va sin decirme nada: ¡así le diera un dolor miserere!

Moran y sus compañeras se dirigieron hacia la plaza Carlo Alberto seguidos a poca distancia por el duque.

La plaza estaba desierta: solo en un ángulo había un carruaje cerrado cuyo cochero forrado de pieles, parecía dormir en el pescante.

Moran dio lentamente la vuelta a la plaza de modo que el duque no sospechase que el carruaje les aguardaba a ellos. Pero cuando pasaron junto al vehículo Moran abrió la portezuela y Natalia y su hija subieron al coche.

—*Ginepro* —dijo el joven—, enseguida a casa.

El cochero se incorporó y arreó los caballos que partieron como un relámpago.

Todo esto sucedió tan rápidamente, que el duque, a quien aturdió el nombre dado al cochero, cuando pensó darse cuenta de lo que había sucedido, no vio más que a Moran que encendiendo un cigarrillo se dirigía hacia la vía Roma.

«Por lo menos sabré quién es este y adónde va», se dijo Mauro. «Es extraño que aquel cochero lleve tal nombre».

Las más extrañas suposiciones acudían a su mente. ¿Le habría reconocido Natalia? Pero entonces, ¿por qué aquel hombre que debía de ser su amante no la había acompañado?

Mientras fantaseaba así procurando no perder de vista a Moran, un granuja al pasar por su lado corriendo le dio un violento golpe que casi le hizo perder el equilibrio. El duque dominado por la ira, profirió algunas injurias. El granuja no se ofendió y siguió corriendo mientras gritaba:

—¡Inglés de Carnaval!

El duque se mordió los labios temiendo que Moran lo oyese, pero cuando buscó con los ojos a este, no lo encontró. El joven había desaparecido.



## XI

La sobrina de Ghita no hacía más que una semana que estaba en casa del conde, cuando ya pidió permiso a la anciana para salir, para ausentarse por algunas horas. Pero Ghita que tenía orden de vigilarla y de no dejarla salir de casa, le dijo bruscamente:

—¿A dónde quieres ir?

Rosa quedó confusa.

—Voy a casa de una amiga, que vive en Torino con su marido —dijo ruborizándose ligeramente.

Ghita que no la perdió de vista y notó su confusión, agregó:

—¿Sabes dónde habita?

—Sí; me envió su dirección.

—Entonces puedes decirle por un criado que estás aquí, y que yo tendré mucho gusto en conocerla.

Se comprendía que Rosa rugía interiormente.

—Pero mi amiga ha de trabajar y no podrá venir —balbuceó.

—Pues bien; no quiero que vayas a danzar sola por las calles de Torino: te acompañaré yo.

—¿No te duelen ya las piernas?

—No, ahora estoy bien, y ya que el médico me ha ordenado que pasee, he aquí una buena ocasión.

Rosa no pudo excusarse.

—Pues bien, vamos —dijo con acento de disgusto, que Ghita fingió no notar.

En efecto, salieron juntas.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó Ghita.

—En Puerta Palacio.

—Entonces tomaremos el tranvía y llegaremos en pocos minutos.

Cuando llegaron a Puerta Palacio, un joven de unos veinte años, visiblemente gastado por el vicio, y de mirada insolente, se plantó delante de las dos mujeres y con voz ronca dijo sonriendo:

—Mira a quién veo, a Colomba. ¿Cómo estás? ¿Dónde te has escondido?

Rosa se puso primero colorada, después del color de la cera: no pronunció ni una palabra, y dio un paso atrás como atemorizada.

Ghita por el contrario respondió al insolente.

—Si está borracho, joven, márchese.

—Márchese usted, vieja del diablo; Colomba tiene que venir conmigo a tomar un vaso de vino.

Ghita se volvió encolerizada hacia su sobrina.

—¿Y no eres tú buena —exclamó—, para responderle que no eres Colomba, sino mi sobrina Rosa, y que si no se marcha llamaremos a los guardias?

—¿Los guardias para mí, bruja fea? Más bien para su sobrina que debe a madama Pilato ocho liras la cual la ha hecho buscar por todas partes. Di, Colomba, ¿es verdad o no?

Rosa perdió la cabeza: sacó del bolsillo el portamonedas y lo entregó al joven diciéndole:

—Tenga, páguela usted mismo... Tía, volvamos a casa.

Y condujo a la vieja espantada, conmovida, a la parada de un tranvía. El joven quedó plantado, fijando en las dos mujeres una mirada estúpida, burlona.

Cuando llegaron al palacio, Ghita dijo a su sobrina:

—Ven a mi alcoba.

Allí la vieja tomó la palabra.

—Habla ahora y no mientas —dijo entre dientes—. ¿Eres tú, Colomba, eres tú, la que dejas deudas a la pupilera de alguna casa infame, eres tú, la que ha tenido contacto con aquella gentuza?...

—¡Perdón... perdón! —exclamó Ana.

Ghita lanzó un grito desesperado y ocultó el rostro entre las manos: algunas lágrimas se deslizaron por sus dedos.

—¡Desgraciada, desgraciada! —balbuceó—. ¡Y me reprochabas el haber dado tu nombre a otra, el amarla más que a ti!

Y descubriéndose el rostro prorrumpió convulsa:

—La otra es una mujer honrada de la cual puedo estar orgullosa, pero de ti, no; tú no eres mi sobrina, no puedes serlo; mi sobrina no habría hundido su nombre en el fango; fuera de aquí, vete con tu chulo: ¡no te conozco, reniego de ti!

La pobre vieja cayó en una butaca sollozando.

Rosa se arrastró junto a ella: el sudor bañaba su rostro.

—¡Perdón, perdón! —repetía—. Yo he conducido por espacio de algunos años una mala vida; pero ¡si tú supieses cuánto he sufrido antes de ser así!

—No te creo: era el vicio que te atraía, porque sabías que tu tía no te habría abandonado.

—Tenía vergüenza de presentarme a ti.

—Son historias: ¿por qué viniste después a buscarme?

—Porque estaba cansada de la vida que conducía y quería rehabilitarme.

—No te creo; has empezado a mentir conmigo y mentirás siempre. Pero yo sabré encontrar la verdad: la Jefatura de policía debe de conocerte.

—¿Me denunciarás? —balbuceó Rosa, cuyos dientes castañeteaban por el terror.

—Sí que lo haré, porque no estoy segura de que tú seas mi verdadera sobrina Ana, como me hallo cierta de que quieres hacernos daño al conde y a mí y de que alguno te obliga a perjudicarnos.

Rosa se dejó caer sobre una silla rompiendo en sollozos.

Ghita la miraba con desdén.

—¡Tus lágrimas no me conmueven! —exclamó—. Son fingidas como tus palabras, y yo sigo fija en mi idea.

Rosa levantó su rostro descompuesto bañado en lágrimas.

—Pues bien... es verdad... es verdad —dijo convulsa—, he mentido contigo, te he engañado; pero te ruego que no me denuncies; soy tu sobrina; no me pierdas, no me arrojes de esta casa donde puedo encontrar la salvación; ¡yo te lo diré todo, todo!

Ghita era presa de una grande emoción, pero su rostro estaba sombrío, severo.

—¡Mentirás aún!...

—No, no: seré sincera, franca y me quitaré un peso que me sofoca el corazón —balbuceó la mujer enjugándose los ojos y mirando por primera vez el rostro de su tía—. Créeme, créeme: estoy en tus manos y no trato de escapar: con mi confesión, me pongo enteramente en tu poder y denuncio a quien me ha hecho bien...

Ghita desconfiaba. De pronto, como si tomase una resolución, dijo:

—Siéntate y habla, pero recuerda y te lo juro por mi honor, que si descubro una sola mentira en tu relato, te aplastaré como a un gusano, dejándote en estado de que no puedas perjudicar a nadie.

Sin ninguna excitación, exclamó impetuosamente Rosa:

—Si miento, obra como quieras, que no tendré razón para quejarme, ni para llorar.

Y la joven relató a Ghita la historia de su infamante vida, su encuentro con Jack y todo lo que ya conocemos.

—¿No verás más a ese hombre? —exclamó al final Ghita.

—¡Perdón, perdón! —repitió con voz suplicante Rosa—. Ya no lo veré más.

—No lo verás, pero debes darle noticias: siéntate en aquella mesita y escribe; yo me encargo de hacer llegar la carta a sus manos. ¿Vacilas?

—No tía, no vacilo —exclamó Rosa—. Consiento en todo, porque tú me perdonas y me devuelves tu cariño.

—Trata de merecerlo y demuéstrame tu arrepentimiento, obedeciéndome.

Fue entonces cuando la sobrina de Ghita dijo a Jack, que en casa del conde, no habían estado ni Natalia ni su hija, que nadie se acordaba de ellas, y que Ghita misma, que antes hablaba con cariño de ella, ahora no se cuidaba de la falsa sobrina.

Será difícil —terminaba la carta—, que nos podamos ver, porque mi tía me quiere constantemente a su lado; pero si los propósitos que me has expresado son sinceros, preséntate a ella, que sería feliz viéndome casada con un hombre honrado y que me señalará una regular dote, puesto que no tiene más pariente que yo.

Ghita llevó esta carta al conde al que no ocultó lo ocurrido.

Este la escuchó atentamente con el corazón angustiado.

—¡Pobre vieja mía! —dijo con mucha dulzura—. Tú también has sufrido mucho: pero el mal no es tan grave que no se pueda remediar. Tu sobrina puede ser el hilo conductor, que nos ayude a desenredar esa madeja de intrigas, urdida por aquel

miserable, contra Natalia y su hija. Tú obraste bien, y yo creo sincero el arrepentimiento de Rosa. Sin embargo, no dejes de vigilarla, que yo con mis amigos usando de paciencia y astucia como el duque, lograré descubrirlo todo y poner al miserable en nuestras manos.

Al siguiente día por la tarde, un recadero entregaba la carta a Jack que esperaba en el café de costumbre a la sobrina de Ghita.

—¿Quién te la ha dado? —preguntó Jack.

—Una mujer joven aún —respondió el recadero—, que estaba en compañía de una vieja.

La misma tarde Ghita decía a su sobrina:

—Aquel hombre es el cómplice de un miserable que quiere poseer a Natalia valiéndose de su hija, y que se servía de ti como de un instrumento para lograrlo, salvo que después, hiciese recaer la culpa sobre ti.

—¡Oh! ¡Dios mío! —balbuceó Rosa con espanto.

—Cálmate; si sigues mis consejos no podrá hacerte daño. Y tendrás una prueba de que te engaña, viendo que no viene a pedir tu mano.

Ghita tenía razón. Jack se guardó bien de presentarse, pero aunque deseaba hablar otra vez con Colomba. El coloso que no amó a ninguna mujer, que no sentía otra adoración que la que tenía por el duque, se sentía atraído a Colomba como él la llamaba, y bastaron pocos días de convivencia con ella para ganarle el corazón.

Jack no descubrió al duque su amor como tampoco le dijo que no tenía ya relaciones con la sobrina de Ghita, limitándose a manifestarle simplemente que ella en una carta le advertía que no había logrado nada.

El coloso continuó por costumbre yendo todas las tardes al café, donde permanecía un par de horas; pero Colomba no comparecía ni le escribía más.

La noche que el duque fue al teatro, Jack esperaba en la quinta donde murió la duquesa y a donde iba Mauro cuando quería transformarse o aislarse con su fiel criado.

En la quinta no habitaba más que el guardacaza, que servía de jardinero y de cuya fidelidad podía estar seguro el duque.

Tanto aquel hombre como su esposa, ignoraban la parte oscura de la existencia del duque y la de su hijo.

Jack aquella tarde hizo una visita a sus padres.

Su madre le dijo:

—Me parece que estás muy serio. ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro buenísimo y me parece que estoy siempre lo mismo.

—No, no, desde hace algún tiempo has cambiado de fisonomía; no te veo nunca reír.

—Yo no he sido nunca de carácter alegre —respondió Jack enrojeciendo ligeramente—, y cuando veo triste al duque, lo estoy también yo.

—¿Pero qué motivos tiene de tristeza? —rebatía la madre de Jack—. Es verdad

que se le ha muerto la suegra, pero no la amaba hasta ese punto. ¿Es que su esposa le da disgustos?

—No, no, la duquesa después de la muerte de su madre, es aún más buena que antes para su marido. El duque está triste, porque la mujer que le intentó asesinar ha salido de la cárcel y como no hemos podido descubrir dónde está escondida, teme que esté ideando otro delito.

El guardacaza sonrió:

—¿El duque teme a una mujer? No me lo harás creer.

—Son mujeres más peligrosas que los hombres.

—No tratará de herirle por segunda vez. Será más bien ella la que tenga miedo si se esconde.

—Sí, lo digo yo también —exclamó la madre de Jack—. El duque hace mal en preocuparse, y tú en estar triste y en enflaquecer por esto.

Jack se esforzó para sonreír, pero no tardó en separarse de sus padres para dirigirse al departamento de Mauro, en cuya salita se sentó.

«Tengo el presentimiento de que va en busca de un peligro», pensaba Jack, «pero si se lo dijese, no me escucharía y se reiría de mí».

De repente le pareció oír ruido de pasos en la habitación contigua.

—¿Será él? —dijo poniéndose en pie y cogiendo una luz se preparó para salir a su encuentro.

Mas la habitación contigua estaba vacía.

«Me he engañado», pensó Jack. «En efecto, no he oído el ruido del coche que debe conducirlo».

Dejó la luz sobre la mesa y volvió a sentarse, reanudando el curso de sus pensamientos.

Pero poco después llegó a sus oídos un suspiro.

El coloso que a pesar de que no conocía el miedo, sintió un estremecimiento, se levantó de nuevo, abrió la puerta de la habitación, y preguntó en voz alta:

—¿Quién hay?

Nadie le respondió, pero a Jack le pareció que en la sombra de la habitación se agitaba una cosa blanca.

Jack no creía en la aparición de los muertos. Sin embargo, un frío sudor corrió por su frente. Fue por la luz, regresó a la habitación y examinó todos los rincones: la estancia estaba desierta.

En aquel momento, percibió el ruido del coche que conducía al duque.

Jack sintió un verdadero consuelo.

—No le hablaré de mis alucinaciones —se dijo a sí mismo—, se reiría de mí.

Salió al encuentro del duque que ya había despedido el coche.

Jack comprendió al ver a Mauro que estaba muy sombrío, irritado.

—¿Hay fuego en el salón? —preguntó el duque.

—Sí.

—¿Preparaste mi ropa?

—Sí, pero ¿no se acuesta?

—No; tenemos que hablar; mientras que yo me cambio de traje, ve a buscar una botella de Jerez.

Jack obedeció. A su regreso encontró al duque en su verdadero estado, sentado junto a la chimenea, con la cabeza echada atrás, pálido, convulso.

Jack se impresionó.

—¿No se encuentra bien? —le preguntó.

—Estoy un poco cansado nada más —respondió el duque—. Dame un vaso de Jerez; después siéntate a mi lado.

Aquel vino generoso pareció reanimarle.

—¡La he visto! —exclamó con acento vibrante.

—¡Al fin! —respondió Jack serenándose también.

—¡Oh! no puedo cantar victoria —agregó el duque—. He tenido un disgusto que aquel hombre me pagará bien caro; dame otro vaso de Jerez.

Lo bebió de un trago igual que el primero y prosiguió:

—Ahora se trata de obrar en serio, porque todo lo que sucede es muy extraordinario, y me parece que voy a perder la cabeza.

Y relató a su confidente cómo y dónde había visto a Natalia.

—Tú creerás —agregó—, que ha envejecido en esos tres años. No, soy yo quien me he gastado el alma y el físico por ella. Su hermosura, no ha hecho más que acrecentarse, y su hija promete ser admirable.

—¿Lleva consigo a su hija?

—Y al amante —pronunció rabiosamente el duque—. ¡Ah! nunca habría creído que Natalia tuviese tanta audacia, tanta destreza. ¡Y conmigo se ha mostrado siempre altiva, desdeñosa! Aquel hombre debió conocerla antes que el conde De Malin y si le ha confiado la niña, es porque tendrá gran intimidad con él. Pero continúo.

Mauro expresó al fiel agente sus sufrimientos al ver el abandono con que Natalia hablaba a su compañero: aseguró que ellos no sospecharon su presencia, que no se cuidaron de él; dijo como los había seguido al salir del teatro, y el nombre que pronunció el desconocido para despertar al cochero del carruaje en que Natalia y su hija habían subido.

Jack hizo un brusco movimiento.

—Esto es grave —murmuró—. El nombre de «Ginepro» no es común... Pero ¿no siguió al desconocido, para tratar de saber quién era?

—Lo he intentado; pero desapareció a mi vista, y a pesar de todas las pesquisas que hice en la calle, no pude encontrar sus huellas.

—Ahora que tengo indicios, no se me escapará.

—No te alabes demasiado. Natalia debe haber urdido alguna intriga en contra mía para vengarse, y es necesario usar de la misma prudencia que ella; pero no me importaría morir, si pudiese tenerla en mis manos solo una hora.

Bebió otro vaso de Jerez y sus ojos brillaron.

—Es bella... es bella... y yo la amo como un loco y la quiero: ¡ella... y los millones de mi esposa!

—Pero usted lo ha dicho: es necesario obrar con gran precaución; aquella mujer me da miedo; el nombre que su amante ha pronunciado me inquieta; sí, veo alguna cosa misteriosa en todo esto... un peligro para usted.

El duque bajo la influencia del Jerez, se burló de los temores de Jack.

—¡Qué me importan los peligros! —dijo riendo—. Tomaré mis precauciones y por poseerla un instante, descenderé hasta el crimen, si es preciso. Dame de beber.

—Le hará daño.

—No, me hará dormir, olvidar...

En efecto, cerró los ojos.

Jack lo levantó como a un niño y lo tendió sobre un diván.

Después añadió leña al fuego para que el duque no sintiese frío y volvió a su sitio junto a la chimenea.

Así pasaron la noche.

Por la mañana el duque, después de dar algunas órdenes a Jack, abandonó con este la quinta, para volver al palacio de su esposa.

Por la tarde el coloso atravesaba el corso Regina Margerita, cuando un hombre con traje de obrero, con espesa barba rubia, y con el sombrero echado hacia los ojos, se plantó delante de él, diciéndole en perfecto inglés.

—¡Por fin te encuentro, *Clau*!

Jack se desconcertó. El nombre de *Clau* fue el que él tomó para entrar en la terrible asociación, y el hombre que lo paraba no podía ser más que uno de los afiliados.

No reconociendo la fisonomía de aquel hombre, Jack no tardó en recobrar su sangre fría.

—¿Es a mí a quien hablas? —preguntó en italiano.

—Sí, a ti es —respondió el obrero en tono burlón y aún en inglés—. Me has comprendido *Clau*, no hagas el tonto: se trata, no solo de tus intereses, sino de los de Walter, de nuestro exjefe del cual tú eres el brazo derecho. Ambos desaparecisteis sin dar las satisfacciones que nos correspondían a los afiliados.

Jack se descubrió, o más bien cayó en el lazo hábilmente tendido por el otro.

—¡Cómo! —exclamó también en inglés y con acento indignado—. ¿No ha sido pagado hasta el último céntimo?

El obrero sonrió mostrando sus blancos dientes.

—No hablo de dinero, mi querido *Clau* —exclamó—. Pero no creo prudente, hablar en medio de la calle; retirémonos a un sitio seguro, si bien creo que pocos o ninguno, pueden entendernos y conocernos.

Jack tomó enseguida su resolución. Pensaba que desde el momento que el peligro se presentaba de frente, era mejor arrostrarlo, de frente también.

La fatalidad se mezclaba en todos sus actos.

—Pues bien, sígueme —dijo secamente.

Jack se decidió a conducir al obrero, a la habitación que alquiló para la sobrina de Ghita, y que conservaba aún, como si tuviese el presentimiento de que le sería útil.

Cuando se encontraron solos en la habitación donde nadie podía verlos ni oírlos, Jack recobró su aire de policía, y con tono áspero, exclamó:

—Ahora me dirás quién eres.

—Soy *Pert il Rosso* —respondió con no menos audacia el obrero quitándose el sombrero y mostrando una espesa cabellera rubia—. Hace diez años que formo parte de la sociedad en la cual estaba tu amo y la que yo estoy aún. Para que te convenzas, te diré que nuestras reuniones tienen lugar en la abadía de Nisfail y que la contraseña es Caldonack.

Jack no podía dudar, pero su rostro no cambió de expresión.

—¿Y a qué vienes a Torino? —preguntó secamente.

—Vengo con Almach, nuestro nuevo jefe, en busca de su antecesor —respondió alterado Pert—, y si tienes la paciencia de escucharme, te lo explicaré todo.

Jack respondió:

—Adelante, habla.

*Pert il Bosso* parecía no tener prisa y con voz gutural, mirando fijamente a su compañero, dijo:

—La última vez que tú liquidaste los negocios de la sociedad, anunciando que te retirabas con nuestro jefe pero prometiéndonos volver de un momento a otro, nosotros, los de las Islas británicas, pensamos en sustituir a Walter con otro que había ganado nuestras simpatías y obtenido el sufragio de todos por su audacia, su desinterés y su serenidad ante cualquier peligro.

—¿Y el hombre que ambicionaba tal puesto, es ese Almach, que dices viaja contigo y al que yo no conozco, como tampoco recuerdo tu nombre? —observó el coloso.

—Tienes bien poca memoria, *Clau* —respondió *Pert*, fijando en Jack sus ojos, que relucían como brillantes—. Almach es el hermano de aquel socio que se mató en Marsella después de asesinar y robar a una cortesana y que era el amigo íntimo de Vital el guillotinado en París.

Jack experimentó un brusco sobresalto y su rostro se inflamó.

—¿Y conoce a la viuda? —preguntó.

—Es él, quien la mantiene.

Si el coloso hubiese recibido un fuerte golpe en la cabeza, no habría quedado más aturdido. Quiso permanecer tranquilo, y para lograrlo, sacó de un armario una botella de Jerez y dos vasitos que llenó hasta el borde.

—Bebe, *Pert* —dijo gentilmente al obrero—, después continuarás hablando, si bien hasta ahora he comprendido bien poco.

*Pert* vació el vaso de un trago y castañeteando la lengua murmuró:



—Excelente.

Después lo puso sobre la mesa, diciendo:

—Si no me das tiempo a explicarme con tus interrupciones...

—Adelante, te prometo no hablar, hasta que tú hayas terminado.

—En buena hora. Nosotros nos confiamos en Almach que suplía dignamente a Walter y yo tomé tu puesto junto a él, porque se sabía que estaba pronto a mover las manos, a desafiar cualquier peligro y que era honrado hasta el escrúpulo al repartir lo ganado.

»Olvidaba decirte que el primer año, llegó a oídos de Almach, que la esposa de Vital había sido presa por haber robado los documentos a otra mujer para casarse con un conde y después, que intentó asesinar a un duque porque la reconoció y la amenazó con descubrirla.

»Almach, que es en el fondo generoso, se dispuso enseguida a venir en auxilio de la viuda y a castigar al duque.

»La Sociedad aprobó su idea y le dio el pleno consentimiento. Almach vino conmigo a Torino y listo como es encontró el modo, de tener una entrevista con ella. No sé lo que hablaron entonces, pero aquella misma tarde, dejamos Torino, llevando con nosotros a la hija de Natalia.

Jack hizo un gesto de vivo estupor. Escuchaba con una curiosidad ardiente, emocionado, sin respirar.

Pert continuó:

—La niña quedó con Almach en Londres hasta que su madre salió de la cárcel. Yo creía que él hablaría a Walter de esto, mas por el contrario, nos recomendó a todos el silencio, diciendo que en esta obra saya no respetaba a la Sociedad. Almach tenía tal poder sobre nosotros, que todos callamos.

»Dos meses después, volvimos a Torino y Almach buscó la habitación que habían de habitar Natalia y su hija.

—¿Así la madre es la amante del nuevo jefe?

Pert dejó escapar una exclamación gutural.

—No seas loco. Almach no es más que un amigo que ha jurado vengarla del duque. Imagínate la sorpresa del jefe, cuando descubrió lo que Natalia le había callado, o sea que el duque no es otro que Walter o Ginepro como se hacía llamar por Vital.

Jack creyó que le tendían un lazo para hacerle confesar.

—¡Aquella mujer, está loca y miente! —exclamó—. Quiere servirse del nombre de Walter, para azuzar a Almach contra el duque de Vulman; pero este no tiene nada que ver, con nuestro jefe Ginepro.

Pert lanzó un silbido extraño que hizo enrojecer a Jack hasta las orejas.

—Camarada —agregó acariciándose su rubia barba—, ¿te has vuelto aristocrático porque tienes la confianza del duque? Y si este no fuese nuestro antiguo jefe, ¿cómo estarías junto a él? Lo sabemos todo, comprendes, y yo podía haberme presentado en

el palacio y preguntar por ti; pero no cometo nunca imprudencias; he preferido buscarte en la calle, llamarte con tu nombre de bautismo, aunque conozco el otro, hablarte un poco para verte desconcertado, para hacerte comprender, que con toda tu granjería de viejo polizonte, traicionas inconscientemente a tu amo y a la Sociedad, como si en vez de un buen camarada, tuvieses delante a un enemigo.

Pert se interrumpió para reír y el coloso, lívido, apretaba los puños.

—¡Tú no eres camarada mío! —dijo entre dientes.

Los ojos de Pert, brillaron ferozmente.

—¿Cómo, renegarías ahora de mí? —exclamó—. Y quizás Walter hará lo mismo mientras que nosotros hemos para ayudaros, ya que los amigos no deben traicionar a los amigos, y los intereses de la Asociación están por encima de todos los odios. ¿Te habría yo abierto mi corazón, relatándote la verdad, hablando de Almach, si fuese nuestra intención haceros daño?

—¿Entonces qué quieres de Walter y de mí? —balbuceó el coloso desconcertado.

—Me explicaré. Almach sabe que Walter está enamorado de Natalia y que vendería su alma al demonio por poseerla: él está dispuesto a cedérsela o proporcionarle los medios de obtenerla, siempre que a su vez, lo presente a la duquesa, a la cual tuvo ocasión de conocer.

El sudor bañaba la frente de Jack; habría querido en aquel momento estrangular al hombre que tenía en su presencia.

—No hago de intermediario en tales pactos —dijo con voz sombría—, y lo repito: tú no puedes ser camarada mío, como tampoco reconozco otro jefe que Walter, el cual no es el que tú crees; y aquí no tengo nada que hacer contigo.

Y diciendo esto, se levantó indicando la puerta a Pert.

Este dirigió a Jack una mirada de piedad.

—*Clau*, tú te arrepentirás de haberme echado —dijo—. Tú no sabes conocer a los verdaderos amigos, ni cumplir con tu deber, pero peor para ti.

Cogió el sombrero que había dejado sobre una silla y se dirigió hacia la puerta.

Jack se puso delante.

—¿Dónde vas?

Pert fijó en él una mirada de desprecio.

—Donde quiero —respondió—. ¿Qué te importa a ti?

—Me importa tanto, que si ocurriese alguna cosa al duque por causa tuya o de Almach, no saldríais vivos de mis manos.

—Tus amenazas me hacen reír: tú eres un tonto; prueba de decir al duque nuestra conversación y te dirá otro tanto.

Riendo aún, abrió por sí mismo la puerta y se lanzó fuera, dejando a Jack convulso, irritado, incapaz de pronunciar ni una palabra.

## XII

Avanzaba la noche. El reloj había tocado hacía poco las diez. Blanca se hallaba sola en un elegantísimo salón contiguo a su alcoba, recostada en una butaca y parecía embebida en profundas reflexiones.

Y debían ser estas dolorosas, a juzgar por la palidez de su rostro y la contracción de sus labios en señal de cólera.

Aquel día el duque se despidió de ella, diciéndole que estaría ausente una quincena de días, que iba a Londres a arreglar unos negocios y que se llevaba consigo al fiel Jack.

—Muy bien —respondió Blanca—. Tú puedes ir y venir a tu placer sin necesidad de avisarme, ni de pedirme permiso. Por mi parte, no tengo otra ocupación que visitar la tumba de mi madre.

—No haces más que cumplir con tu deber de hija —le respondió fríamente el duque.

Blanca no agregó más palabras porque no creía en el viaje de su marido; mas una carta recibida por la tarde, la convenció de que Mauro había marchado con su criado por la vía de Londres.

La carta firmada con una simple M. agregaba: «Esta noche sabrá el objeto del viaje si quiere recibirme a las diez y media».

La duquesa dio órdenes a la camarera, comió sola y sin apetito y ahora esperaba la anunciada visita.

La muerte de su madre no le hizo sufrir tanto, como el descubrimiento de que estaba ligada a un vulgar asesino, al jefe de una terrible asociación de ladrones y criminales.

Fue el conde Pedro quien quiso que conociese aquel terrible secreto y escogió a Moran para que se lo revelase, sabiendo el poder que en lo sucesivo tendría el joven en el corazón de Blanca.

La historia de Fausto y de su pobre hermano le hizo temblar de terror, y derramar dolorosas lágrimas: la de Vital y Natalia le dieron frío en el corazón.

Y pensar que el verdugo de tantos inocentes, la cabeza directora de todos aquellos horribles crímenes era su marido el hombre por todos estimado, el último descendiente de una raza distinguida por su rígida honradez. La duquesa madre tan altiva de su nombre, ¿murió ignorando la verdad o el descubrimiento de esta la mató? ¡Oh! cómo agradecía Blanca al cielo no ser madre de un hijo de aquel hombre, al que en su indignación, habría querido castigarlo enseguida vengando tanta víctima...

Pero Moran le dijo:

—No, no precipitemos nada. Nuestra venganza no es de las que se pueden tomar a la faz del mundo entero; nosotros debemos tratar de escapar a los ojos de nuestra

sociedad, empleando las mismas armas del asesino. Es necesario, que ni él, ni nadie, sospechen nada; su honor debe permanecer intacto: su nombre sin una mancha.

—¿Qué he de hacer?

—¿Tiene confianza en Pedro y en mí?

Blanca fijó su mirada en la de Moran.

—Ustedes son los verdaderos amigos que me quedan.

—Pues bien, escuche nuestros consejos.

Y le explicó cómo debía conducirse con el duque.

Blanca aceptó aquella farsa si bien odiosa, y a Mauro le habría sido imposible sorprender ningún indicio de la verdad, en la máscara fría, melancólica, altiva de su esposa.

Pero la joven sufría frente a él y habría querido que fuese castigado en breve, aunque ignoraba aún en que consistía el castigo.

Mientras reflexionaba, las lágrimas se desprendían de sus ojos rodando por sus pálidas mejillas. Cuando su fiel camarera anunció al señor Moran, el rostro de la duquesa cambió enseguida de expresión. Y cuando el joven entró en el salón, Blanca estaba serena.

—Buenas noches —dijo la duquesa tendiéndole la mano—. ¡Si supiese con qué impaciencia le esperaba!...

Moran que estaba muy conmovido, tomó aquella mano y la llevó a sus labios.

—Gracias —respondió con inmensa dulzura—. Perdóneme, por haber escogido esta hora para venir, pero no he podido hacer otra cosa.

—Yo soy libre para recibir a cualquier hora —dijo vivamente Blanca—. Siéntese, se lo ruego, y dígame si es verdad que ha marchado.

—Sí —respondió el joven sentándose en la butaca indicada por Blanca y en voz baja—. Esté tranquila: ha tomado el camino de Londres para asegurarse con su fiel Jack de si Almach y Pert il Rosso se encuentran en Torino, y si forman verdaderamente parte de su formidable asociación. Nuestro agente le sigue con todas las instrucciones necesarias. No volverán antes de una semana.

La duquesa suspiró.

—¡Ah! quisiera que no volviese más —murmuró—. Cuando pienso que aquel descendiente de una raza noble y pura, el hijo de aquella santa que yo adoraba como a mi madre, se ha arrastrado por la sangre y el fango, ha descendido todos los peldaños de la ignominia, no puedo menos que desearle la muerte. ¡Pensar que de las personas honradas la gente sospecha, y las calumnia, y que aquel miserable es admirado y estimado por el mundo como el más perfecto, el más leal de los aristócratas!...

Fausto la miraba con ternura y emoción.

—No se lamente, duquesa —dijo—. Si lo que piensa es injusto y cruel por la humanidad, en cambio, es para usted inocente, necesario. No, no augure para aquel hombre una muerte deshonrosa, lejos de aquí, una muerte que revele al mundo todas sus infamias, que caerían sobre usted y mancharían la memoria de aquella santa, a la

que ahora el mundo respeta y bendice. El castigo del duque debe ser secreto, como fueron sus crímenes.

—Pero entonces —prorrumpió con energía la duquesa—, Natalia no tendrá la rehabilitación que merece y su inocente criatura, tendrá algún día que enrojecer por su madre. Esto es injusto.

Los ojos de Moran se fijaron con los de la joven con admiración.

—Si estuviese aquí la condesa De Malin le agradecería de rodillas sus generosas palabras —dijo—. Pero le aseguro, que el duque mismo hará resplandecer la inocencia de Natalia.

—¿En qué forma?

—En breve lo sabrá. Entretanto voy a pedirle que nos autorice a Pedro y a mí para visitar la quinta del duque, durante su ausencia.

—Yo misma iré con ustedes. ¿Qué día han escogido?

—Mañana a la tarde.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—Pues bien; a las cuatro haré preparar un coche y les esperaré. Y ahora Moran, deme nuevas de su enferma.

La duquesa supo por boca de Fausto, cuando este le relató su dolorosa historia, sus relaciones con la hermana de Natalia, el amor de la joven por él, su promesa de casarse y la desgracia ocurrida que destruía todas las esperanzas de la infeliz muchacha.

Tanto Moran como Pedro, por un sentimiento de delicadeza hacia Blanca y de respeto para la infeliz joven condenada a morir, se guardaron bien de decir que Catalina, la hermana de Natalia, era la cortesana para ella desconocida, que ignorando que la condesa De Malin fuese su hermana, la perdió a los ojos de ella, entregándole el pañuelo olvidado en el coche y haciendo creer que Natalia era la amante del duque.

Blanca sintió una penosa impresión al saber que Moran estaba ligado por una sagrada promesa a otra mujer, pero comprendió que el amor de él a la enferma era hijo de la gratitud y del deber.

Y como su cariño al joven era demasiado elevado para descender a mezquinos celos, en su corazón se despertaron los sentimientos nobles por tanto tiempo dormidos, y Blanca se interesó por la desventurada y siempre pedía noticias de ella.

A la pregunta de la duquesa, el rostro de Moran se ensombreció.

—Va de mal en peor —respondió—, a pesar de los esfuerzos desesperados que hace para sustraerse a la muerte. ¡Pobre muchacha! ¡Es triste, muy triste, extinguirse tan lentamente, contar los días que le quedan de vida, no tener ninguna esperanza!

—La desgraciada sufrirá más que por nada, por tener que abandonarle.

—Es verdad —respondió con franqueza el joven—. Y siento en algunos momentos, remordimiento por no pensar en ella como sería mi deber, ni consagrarme a su persona con el cariño que merece.

Mientras que hablaba sus ojos permanecían fijos en los de la duquesa con tal expresión de ternura y de humildad, que Blanca sintió latir su corazón de orgullo y un leve rubor salió a su pálido rostro.

Moran agregó con gravedad:

—Catalina ha pensado siempre, que antes que el amor, era la rehabilitación de mi pobre hermano, la venganza. Y en todo lo que sucede, trata de no alejarme del objeto perseguido. Por esto la compadezco y quisiera evitarle el más ligero dolor. Pero Catalina no ha sido nunca para mí, ni podría serlo, el ideal que sueña todo hombre en su existencia y al cual entrega y consagra para siempre sus facultades y su vida.

Mientras que Fausto hablaba, la duquesa sentía en su alma una sensación de bienestar, de paz nunca experimentada. Olvidaba que estaba ligada a un miserable digno del patíbulo, olvidaba las ilusiones perdidas, los dolores sufridos y sentía su alma transportada hacia el joven, que descubría sus pensamientos, su amor, sin ofenderla y por el cual también estaba pronta a cualquier sacrificio, a cualquier sufrimiento, por verlo contento, feliz.

—Aprecio su abnegación —respondió con dulzura—, como comprendo la rendición de aquella niña, que por usted desea la vida y que cerrará los ojos feliz.

Fausto le dirigió una mirada de reconocimiento. Después de un instante de silencio grave, la duquesa preguntó conmovida:

—¿Con que mañana vendrá a buscarme con Pedro?

—Sí, esté segura.

—Bien; ojalá nuestra visita no sea inútil.

Fausto comprendió que era necesario marcharse, porque permanecer más tiempo allí sería embarazoso para los dos.

Al día siguiente, a la hora convenida, el coche de la duquesa condujo a esta, a Pedro y a Moran a la quinta.

En el pescante, junto al cochero, iba el criado de Fausto, un hombre que hablaba el italiano con la misma facilidad que el turco y el inglés.

Aquel hombre era Franz, el camarero de confianza del duque, cuando vivía la madre de Mauro.

Franz era un huérfano recogido por la vieja duquesa, e instruido por ella. La anciana lo puso al cuidado de su hijo, al que Franz era muy cuidado por reconocimiento a su protectora.

El huérfano era un buen muchacho, inteligente, simpático, que habría dado su vida por el duque, que seguía sus órdenes sin mostrarse desconfiado, y creía en la lealtad de él, como en la bondad celestial de la duquesa.

Solo un defecto tenía Franz, un defecto que no pudo vencer: unos celos extraños, feroces, que le hacían odiar a cualquiera que tratase de acercarse al duque y de conquistar su confianza. Empezó mostrándose poco benévolo con el guardacaza y con su esposa, cuando estos fueron a habitar en la quinta del duque y su disgusto se trocó después en odio sordo contra Jack, cuando este llegó al palacio y era casi el

apéndice del duque. ¿Cómo podía el aristócrata rebajarse hasta el punto de dar confianzas a aquel coloso grosero encerrándose horas enteras con él en su alcoba, para hablar?

Esto pensaba Franz, acrecentando su irritación.

Entonces el joven no conocía ni una palabra de inglés, no hablaba más que el alemán y no pudo comprender el secreto de aquellos coloquios.

Franz se quejó a la duquesa madre de aquel intruso, que parecía querer su puesto junto al duque; pero la buena señora trató de tranquilizarlo diciéndole, que Jack volvería a Londres y que si su hijo se interesaba por el pobre joven y su familia, era por una injusticia que habían sufrido y por los dolores que turbaban su vida.

Franz no se persuadió, ni su rencor se extinguió. Cuando el duque herido fue transportado a la quinta y no quiso ver más que a Jack, Franz fue presa de una rabia intensa, tanto más cuanto no podía demostrarla.

Culpó al coloso inglés de ser la causa de todo y se decía que entre Jack y el duque debía de haber un tremendo secreto. Si escuchando en la puerta no pudo comprender cosa alguna porque hablaban en inglés, los ojos le sirvieron mejor. Franz vio al coloso inclinarse junto a la chimenea y poco después levantarse, llevando en las manos una cajita de hierro que entregó al duque.

Después vio a este abrirlo con una llave que llevaba en el cuello y sacar una carta que entregó a Jack. Luego el coloso hizo desaparecer de nuevo la cajita.

Desde aquel momento Franz no tuvo otro pensamiento que saber qué otras cosas misteriosas contenía la cajita; pero la muerte imprevista de la duquesa le desconcertó hasta el punto de que también olvidó aquella circunstancia. Franz también atribuía aquella muerte a Jack, porque este condujo a la duquesa junto al lecho de su hijo y se puso en la puerta para que nadie pudiese escuchar lo que el duque decía a su madre.

Para Franz, Jack era su pesadilla, su tormento: lo habría matado, si hubiese sido capaz de verter sangre, pero lo odiaba a muerte y lo maldecía cien veces al día. Cuando Jack se marchó, quedó tranquilo.

Pero su alegría no debía durar mucho, porque al regreso de Jack, el duque le dijo fríamente que en lo sucesivo el hijo del guardacaza sería su camarero y que él podía permanecer si quería con la otra servidumbre del palacio.

El rostro de Franz se coloreó por la rabia y con voz áspera respondió:

—No, yo no me quedaré en una casa donde soy inútil. La duquesa me puso junto a usted, pero ya que prefiere a un miserable que será la causa de su ruina, quizá la de su muerte, como lo fue de la duquesa, yo me voy.

—Es lo que deseo —respondió secamente Mauro—, porque no me gusta tener locos ni envidiosos a mi alrededor. Por fortuna tus calumnias contra Jack, no pueden mancharlo. Él tiene mi estimación, como tuvo siempre la de mi pobre madre. Tú eres un ingrato: ¡vete!

Franz no replicó: pero si el duque lo hubiese observado, se habría estremecido al ver la expresión de odio que revistió su rostro.

Franz dejó el palacio del duque y fue al del conde De Malin solicitando de este una colocación y relatándole la causa de su separación del duque.

Pedro le escuchó sin mostrar la emoción que sentía, y cuando terminó de hablar le dijo:

—Por ahora, permanecerás aquí: después te colocaré en un sitio que te convendrá, y, te dará ocasión de vengarte de Jack.

—Si fuese verdad —exclamó Franz en el colmo de la alegría—, le juro que daría a la persona que me ayudase en mi venganza, mi sangre, mi vida.

Tres meses después, Franz era criado de Moran el cual le dijo:

—Yo soy el hombre que tú buscas; pero si quieres lograr lo que deseas, es necesario que tengas prudencia, destreza y sobre todo, fuerza de voluntad.

—Nada de esto me falta; mándeme, que estoy pronto a todo.

La primera cosa que hizo Moran, fue hacerle aprender italiano e inglés. Franz estudió con tanto afán e hizo tales progresos, que a los seis meses se habría jurado que había nacido en Italia o en Inglaterra.

Además el joven se encariñó con Moran, más aún que con el duque, y aquel comprendió que tendría en Franz no solo un leal criado, sino un verdadero esclavo, fiel hasta el crimen, hasta la muerte.

Entonces le relató su dolorosa historia y el motivo de su venida a Torino: Franz supo con horror que el duque tan estimado por él, era el jefe de una asociación de malhechores y Jack su brazo derecho, el instrumento de su voluntad.

—Cuando tengamos en nuestras manos todas las pruebas contra el duque ni él, ni Jack se nos escaparan —le decía Moran.

Franz había dado un gran paso en el camino de su venganza; lo comprendía y su corazón latía de alegría.

—No, no es venganza solo, sino también justicia —exclamaba—. Ahora comprendo la muerte de mi bienhechora: ella supo la verdad.

Franz viajó con Pedro, recogiendo muchas pruebas contra el duque, descubriendo donde tenían lugar las reuniones de la famosa asociación, y los nombres del antiguo y del nuevo jefe. Fue Franz quien se presentó a Jack, disfrazado, de Pert il Rosso, uno de los afiliados que había traicionado a la asociación, arrancándole importantes detalles que comunicó a Pedro y a Moran.

Ahora Franz acompañaba a Moran a la quinta, para indicarles el sitio de donde vio sacar la cajila, de la cual el duque extrajo las cartas.

Cuando el coche se paró a la verja de la quinta y antes de que Franz bajase para abrir la portezuela del coche, un hombre apareció en la puerta de la caseta del jardinero, situada a la derecha de la verja. Era Dick.

Este no reconoció al excamarero del duque, porque lo vio pocas veces. Además Franz cambió tanto en aquellos tres años, y sabía transformarse tan hábilmente, que el duque mismo no le habría reconocido.

—El señor duque está ausente —dijo de mal humor y en pésimo italiano.



Franz sin responder, abrió la portezuela del coche para que bajase la duquesa Blanca.

—Lo sé —dijo la joven con su fría altivez—. Pero creo que no será impedimento, para que yo y mis amigos entremos en la quinta.

El rostro de Dick se coloreó.

—Dispéñeme —respondió—, no sabía que fuese usted; no he reconocido ni al cochero, ni al lacayo; espere que abriré la verja.

—Tengo la llave —dijo la duquesa entregando esta a Franz, para dar a entender a Dick que no quería su intromisión.

El guardacaza vio con sorpresa bajar del coche al conde Pedro y a Moran.

Y pensó:

«La señora duquesa, a pesar del luto, aprovecha la ausencia de su marido para venir a distraerse. ¡Oh, las mujeres!».

Y en voz alta dijo:

—¿Tiene la señora duquesa alguna orden que darme?

—Sí, quédate con el cochero porque no permaneceremos aquí mucho tiempo.

—¿Aviso a mi esposa?

—No: ¿quién más hay en la quinta?

—Nadie: mi esposa está en la caseta, yo vengo aquí algunas veces al día, porque el duque me ha encargado que vigile, por si viene algún visitante.

—¿En esta estación, no serán muy frecuentes?

—No; mas como tengo poco que hacer en el jardín, puedo permanecer de guardia algunos ratos.

—Haces bien: a mí me basta con mi criado.

Franz abrió la verja y después que pasaron la duquesa y sus amigos, cerró y les siguió. Blanca llevaba la llave de la puerta de entrada a su departamento.

—Veremos si Mauro no tiene cerrado el suyo —observó mientras subían las escaleras.

—Lo hemos previsto todo —dijo Moran—. Franz lleva consigo un arsenal de llaves; si lo arrestaran, lo tomarían por un ladrón peligroso.

Blanca quiso reír, pero no pudo: sus ojos se llenaron de lágrimas.

—He aquí a lo que hemos llegado por culpa de él —dijo—. ¡Y pensar que su pobre madre le creía el digno descendiente de una raza gloriosa y honrada!

Pedro y Moran movieron la cabeza tristemente.

La duquesa quiso reposar en su habitación, mientras que se desembarazaba del sombrero y del abrigo.

El departamento de Blanca como ya sabemos, estaba contiguo al de la difunta duquesa; el de Mauro estaba en el lado opuesto de la quinta; para llegar a él, era necesario atravesar dos largas galerías, a menos que se entrase por el parque, donde había una puertecita cuya llave tenía el duque.

Pasaron por las galerías; la puerta de comunicación como esperaban estaba

cerrada.

Franz sacó sus herramientas y con la habilidad de un cerrajero logró abrirla.

La oscuridad en el interior del departamento era intensa.

—No abra más que los postigos —dijo vivamente la duquesa—. Dejaremos cerradas las persianas, y así, si Dick mira por este lado cumpliendo alguna orden de Mauro no sospechará que hemos entrado aquí.

—Lo apruebo —dijo Pedro que ahora no trataba a la duquesa con la familiaridad de otras veces—, como también el que se haya abierto las ventanas de su alcoba.

Aun cuando el sol no podía entrar en el departamento del duque, había luz para distinguir el más pequeño objeto.

Pedro, Moran y Blanca, palidísimos, siguieron a Franz a la habitación del duque, donde les sorprendió al entrar el retrato del difunto padre de Mauro.

—¿Cómo tiene valor para levantar los ojos hasta esta noble imagen que lleva impresas las huellas del honor y de la lealtad? —observó Moran—. ¿No tiene ese hijo culpable la noción de las infamias cometidas y que quisiera aún cometer? ¿Es un delincuente nato, o es un inconsciente?

—Esto es lo que me preguntaba también yo —murmuró Blanca.

—Demuestra demasiado cinismo en sus delitos, para que sea inconsciente —observó el conde—. ¿Usted y yo, Blanca, habríamos nunca imaginado tal perversidad, cubierta por tanta hipocresía?

—Yo adiviné enseguida, que él engañaba al mundo y a su madre —respondió la duquesa—. Comprendí desde la primera vez que le vi, que no era sincero, y que no lograría tener confianza en él; a pesar de eso me casé, y ahora no tengo derecho a lamentarme por muy atroz e imprevisto que sea el descubrimiento.

Fausto le dirigió una profunda mirada de amor y Pedro otra de conmiseración, que aliviaron su alma.

—Si no tuviese a ustedes, amigos míos —dijo—, me habría matado.

Franz entretanto se había inclinado hacia la chimenea y decía:

—Vean: aquí fue donde vi amagarse a Jack y sacar la cajita; pero por más que miro, no veo nada.

—Déjanos mirar a nosotros —dijeron Pedro y Moran.

Pero tampoco fueron más afortunados.

Blanca que los observaba ávidamente, notó que la tapicería del lado derecho de la chimenea estaba separada de la pared.

—Ustedes buscan inútilmente en el suelo y en el hueco de la chimenea —dijo vivamente—. Levanten la tapicería y examinen la pared.

Moran obedeció y no tardó en lanzar una exclamación de alegría.

—¿Qué hay? —preguntó la duquesa.

—Un botón metálico —respondió Moran.

—Prueba a apretarlo fuertemente —dijo Pedro.

Franz sostenía la tapicería; la duquesa y el conde se inclinaban sobre los hombros

de Moran.

Un grito de alegría escapó de todos los labios, al abrirse un pequeño armario que mostraba un profundo hueco.

—Pronto, pronto —dijo Blanca—. Miren lo que hay dentro.

Moran buscó por todos lados, pero inútilmente; el hueco estaba vacío.

—Si aquí dentro estaban las cartas comprometedoras, el duque las ha destruido, o las lleva consigo.

—Y también la cajita —murmuró Franz desilusionado.

—¿Y no hay nada? —exclamó Blanca.

—Nada —repitió Moran cerrando el armario de un golpe seco—. Y no es probable que él haya escondido los documentos en otro sitio.

—Quien sabe —dijo vivamente Blanca—, busquemos aún. Franz, ¿no has observado ningún otro escondite en el tiempo que fuiste su camarero?

—Una sola cosa puedo decirle: lo vi entrar algunas veces en su tocador y puedo jurar que no lo vi salir. Y cuando cansado de aguardar abrí la puerta para llamarlo en la habitación no había nadie.

—El tocador tendrá otra puerta que comunique con la alcoba —dijo Moran.

—Nada más hay una comunicación con el cuarto del baño; pero de este no se puede salir más que por el tocador.

—Veamos.

La disposición de las dos habitaciones era como dijo Franz: en el tocador había un armario de tres lunas que llamó la atención de Moran.

—¿Y si mirásemos el interior de este armario? —exclamó el joven—. ¿No podría ser uno de aquellos muebles cuyo fondo se abre y aparece una puerta secreta?

—Si fuera así —dijo Pedro—, el duque no se habría olvidado de quitar la llave.

—Él no puede pensar que nosotros pasemos revista a sus muebles —agregó Blanca—. Pero ya que estamos aquí, es mejor no dejar nada por mirar; abrid.

Apenas abierto, Moran se inclinó para examinar el fondo; no se había engañado: dos gruesos goznes sujetaban los tableros que se abrían como las hojas de una puerta.

Era una habitación con una ventana que cubría un espeso enrejado pero que dejaba entrar el aire y la luz.

Aquella habitación, se habría dicho que era un pequeño almacén de trajes para teatros. En gran número se encontraban trajes de hombre y de mujer de todas formas y colores; una gran cantidad de sombreros, pelucas, barbas, y bigotes; zapatillas, zapatos, polainas, cajitas de ungüentos, de pomadas, bastones, cuchillos y pistolas.

Si Blanca hubiese tenido alguna duda sobre la culpabilidad de su marido, se habría desvanecido ante aquel descubrimiento.

—Aquí es a donde viene a disfrazarse, a meditar sus crímenes —dijo la duquesa—. Pero en lo sucesivo, nada puede sorprenderme, nada me hará sentir una emoción más cruel que la que ya he sentido. ¿No hay nada más que ver?

—Esta es la puerta de una escalera que debe descender al parque —dijo Moran—.

¿Quiere que bajemos?

—No, no, es inútil; no sabremos más de lo que sabemos. Nuestra visita no ha sido muy afortunada, pero me confirma la fatal carrera de mi marido, su pasión por la sangre y el oro y reconozco que es necesario un castigo, y si nosotros no obramos enérgicamente terminaremos por ser sus cómplices.

El rostro altivo de Blanca era duro, amenazador. Pero fue cosa de un instante.

Se volvió a Pedro y a Moran que la miraban turbados y conmovidos, y agregó con gracia encantadora:

—Marchemos.

FIN DE LA CUARTA PARTE

# PARTE QUINTA

## LA CONDENA

## I

Recostada sobre un diván, con la cabeza incorporada sobre las almohadas, envuelta en una bata blanca y al lado de la ventana abierta, estaba Mugheta, a la que quedaban pocos días, pocas horas de vida.

Sus bellísimas facciones coloreadas por la enfermedad, tenían la rigidez del cadáver; en aquel rostro solo vivían los ojos, ojos grandes, sublimes, que aún expresaban la pasión, la amargura, la cólera, la compasión.

Sentado junto a ella, teniendo entre sus manos una mano de Mugheta, mano cubierta por un frío sudor, estaba Moran, cuyo rostro llevaba impresa una profunda preocupación.

Mugheta alzó sus grandes ojos hacia él con una sonrisa que infundía compasión.

—¿Me amarás siempre, Moran?

—Sí, siempre —respondió él—. ¿Aún no estás convencida?

—Sí, lo estoy, como también de que soy indigna de tanto sacrificio, de tanta abnegación por parte tuya. Pero no durará mucho esto, y pido a Dios fuerza para sostener el papel que he de representar antes de morir.

—No te canses ahora hablando tanto.

—Deja que me desahogue: ¡he de estar tan poco tiempo contigo!

—No hables así: aún has de vivir mucho.

Algunas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Puedo desearlo? —murmuró—. Dios me ha concedido demasiada felicidad. Fui muy mala en el pasado, y cuando pienso que hice daño a Natalia y a la duquesa...

Moran se inclinó para besarla en la frente.

—Cálmate; ellas, lo han olvidado, lo han perdonado.

Los ojos de la enferma brillaron.

—La duquesa ha sido muy buena para mí —dijo—, no puedo olvidar su visita, sus dulces palabras de consuelo: ¡ah! merece ser amada.

El corazón del joven latía con violencia.

—Cálmate —repitió—, si quieres tener energía para hablar al duque: dentro de poco estará aquí.

—¡Oh! ya verás Fausto, cómo se engañarlo —dijo Mugheta incorporándose aún más sobre las almohadas, mientras que sus ojos relucían como espejos—. Será mi último esfuerzo: me convertiré por un instante en la muchacha audaz de otros tiempos: tú estarás contento, orgulloso de mí.

Una ligera sonrisa contrajo sus labios descoloridos.

En aquel momento llegó a sus oídos el sonido de una campanilla.

—Es él —dijo Mugheta—. Vete: pero no; antes dame un beso.

Moran le echó los brazos al cuello y la besó en los labios.

—¡Valor! —le repitió conmovido.

Apenas desapareció este en una habitación inmediata, cuando entró la camarera.

—El duque de Vulman, pregunta si puede recibirlo —dijo.

—Sí, cierra la ventana y pon al alcance de mi mano aquella mesita. ¿Le has dicho que estaba sola?

—Sí, señora.

—Introdúcelo, y no estoy para nadie más.

Mugheta tomó de la mesita un vaso con una bebida de un color gris oscuro y bebió algunos sorbos. Después sus ojos se volvieron hacia la puerta por donde debía entrar el duque.

La cortina no tardó en levantarse y Mauro apareció en la puerta con el sombrero en la mano. Al contemplar aquella figura cadavérica, el duque se puso serio y avanzó hacia ella lentamente.

—¿Mugheta, eres tú? —dijo en apariencia muy conmovida.

—Sí, yo soy, amigo mío —contestó la joven tendiéndole una de sus manos demacradas—. Estoy muy cambiada, ¿verdad? A los veinte años, parezco una vieja de cincuenta.

—No, no —la interrumpió el duque—, te encuentro aun más bella que antes: solo que se comprende que sufres.

—Querido mío, puedes decir que soy una moribunda a la que no quedan más que algunos días de vida: no me hago ilusiones. Mas no quiero morir sin prestar a usted el último servicio, a usted, a quien he desconocido y traicionado. Y eso que es el único hombre que he amado verdaderamente.

El duque la escuchaba entre sorprendido y desconfiado.

¿Era posible que una joven próxima a la muerte, porque él no se hacía ilusiones sobre el estado de Mugheta, podía aún engañarlo, mentirle?

—Siéntese —agregó Mugheta sonriendo melancólicamente e indicándole una butaca que Mauro se apresuró a acercar al diván—, tenemos que hablar.

La joven bebió algunas gotas del líquido de la botellita y ello pareció reanimarla: el color de sus mejillas se acentuó y sus ojos brillaron.

—¿Recuerda Mauro, cuando vino a verme —dijo—, y me pidió que le enterase del lugar donde estaba la hija de Natalia?

—No lo olvido —respondió el duque con amargura—, tú, después de prometer que serías mi aliada, no solo no me auxiliaste sino que te burlaste de mí y me mandaste el contrato de compra de la quinta que adquirí para ti junto con un billete insolente que guardo aún. Desde entonces no te he visto más.

—Dejé Torino —respondió tranquilamente Mugheta—, con la hija de Natalia y el hombre que estaba encargado de salvarla.

—¿Quién es ese hombre? ¡Dímelo! —exclamó el duque con una indignación mal reprimida.

—Si le he llamado aquí, ha sido con intención de revelarle su nombre y toda la

verdad —exclamó Mugheta con acento sombrío e irritado—. Pero no puedo explicarle todas las cosas a un tiempo; me mataría por el esfuerzo tan violento, y no sabría usted nada.

Mugheta dejó caer la cabeza para atrás como rendida por la violencia de sus sentimientos. Mauro se asustó.

—Perdóname —dijo—, tú sabes que mi carácter es así, pero ahora estoy tranquilo y te prometo no molestarte y escuchar pacientemente lo que quieras decirme.

Mugheta pareció satisfecha con aquellas palabras, e incorporándose de nuevo, prosiguió:

—¡Ah! así muy bien, es necesario que me inspire valor y confianza.

»Cuando fui al hospital a ver a mi hermana Natalia esta me dijo:

»“¿Quieres prestarme un servicio que te agradeceré toda mi vida?”.

»“¿De qué se trata?”, pregunté con viveza.

»“Esta tarde, un hombre, un extranjero, se te presentará bajo el nombre de Moran. Es un amigo de mi pobre Vital y ha venido a salvar a mi hija; nadie creerá que la niña haya sido confiada a él. Tú acógelo como a un hermano, y si me amas, deja creer al mundo que es un americano protector tuyo; por ahora no puedo decirte más. ¿Aceptas?”.

»“Sin vacilar”, exclamé, “y puedes confiar enteramente en mí”.

»Me encontraba en plena novela y esto bastaba para exaltar un carácter como el mío.

»Las extrañas desgracias de mi hermana, su audacia, su delito, su proceso, la llegada de aquel misterioso personaje, todo esto me producían emociones alegres, violentas, que debían modificar mi vida.

»El extranjero llegó: era guapo y de aspecto sombrío.

»“Entre usted y yo, no hay necesidad de largas explicaciones”, me dijo secamente, “soy enviado por su hermana: esperaré en su casa el resultado del proceso: sé que usted en estos momentos es libre y busca un protector. Lo seré yo, y no le faltará oro; en cambio solo quiero que guarde silencio y sea obediente a mis órdenes y a las de su hermana”.

»Yo lo miraba extasiada, a pesar de que en aquella fisonomía no podía leer nada.

»“Le obedeceré”, respondí.

»“Nosotros no tendremos otras relaciones”, prosiguió, “que las de la más estrecha amistad; seré para usted un hermano y no se asuste, si alguna vez, ve transformado mi rostro, mi persona”.

»“¡Como un cómico!”, exclamé riendo.

»“Precisamente”, respondió. “Solo que mi palco escénico es muy vasto, porque comprende el mundo entero”.

»He aquí cómo conocí a aquel hombre.

Mugheta calló un instante para beber.

El duque no pronunció ni una sola palabra, mas se comprendía que su curiosidad



estaba vivamente excitada.

—Moran —continuó Mugheta que parecía de nuevo reanimada—, estaba conmigo en la Audiencia el día del proceso. Cuando usted entró en la sala, me cogió una mano y la estrechó con tal fuerza, que creí que me la destrozaba.

»“¿Quién es aquel hombre?”, me preguntó en voz baja.

»“El acusador de Natalia; el que ella ha intentado matar: el duque de Vulman”.

»No preguntó más, permaneció con la mirada fija en usted: sus ojos despedían llamas, su frente se arrugó, sentí su aliento quemarme el rostro y le vi estremecerse como si tuviera convulsiones.

»Cuando se pronunció el veredicto, se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse sangre.

»Al día siguiente, partió para Londres con la pequeña Teresa.

»Mi sobrina fue puesta en un colegio: yo me junté con Moran en Inglaterra, porque él necesitaba de mi algunas explicaciones.

»“Nosotros volveremos más tarde a Torino”, me dijo una noche, “y si no está cansada de mí, continuaremos viviendo juntos; tengo aún necesidad de usted”.

»Aquel hombre me dominaba; respondí que sí.

»Mas empezaba a estar triste, porque me parecía imposible que él pudiese permanecer insensible a mis caricias, a mis halagos.

»Tuve una sospecha, que no pude menos que descubrir un día.

»“Diga la verdad” le pregunté. “¿Usted ama a mi hermana Natalia?”.

»¡Nunca lo hubiese dicho! Se puso furioso, amenazador.

»“¿Cómo puede pensar así de su hermana?”, exclamó. “Está enferma o loca. Yo soy para Natalia, lo que soy para usted; nada más”.

»Su cólera, lejos de ofenderme me complacía, porque no dejaba abrigar la esperanza de que algún día llegase a amarme.

»“¿Quién es usted?” le pregunté una vez que vino a casa transformado de un modo imposible de reconocer.

»Permaneció un instante con los ojos bajos; después mirándome fijamente exclamó:

»“¿Si le dijese que formo parte de una sociedad de ladrones y asesinos, me despreciaría?”.

»“No”, respondí con tono resuelto. “¿Mi hermana no ha amado también a un héroe del patíbulo?”.

»“¡Miserables héroes!”, prorrumpió amenazador. “Y aun más quien los llevó por el camino de la sangre y de los crímenes; no hablemos más”.

A este punto, el duque interrumpió a Mugheta.

—Hasta aquí —dijo malhumorado—, no veo que todo esto pueda interesarme.

La joven cogió el vasito, tomó dos sorbos de la bebida y dijo con dulzura:

—Me ha prometido tener paciencia. Lo interesante para usted vendrá; no lo dude.

—Adelante pues, si el relato no te cansa y martiriza.

—Así me consuelo: ¡tendré después tanto tiempo de reposar, de permanecer en silencio!...

El duque se estremeció. A él que tenía tanto miedo a la muerte, le parecía imposible que se pudiese hablar de ella con tanta tranquilidad, tanta indiferencia.

Mugheta prosiguió:

—Volvimos a Torino y yo empecé a sentir los primeros síntomas de la enfermedad que me conduce a la tumba. Pero no me cuidaba: tenía demasiada sed de placeres, de diversiones. Moran se mostraba espléndido conmigo; yo tenía oro, alhajas y trajes a montones, además disfrutaba de completa libertad de acción. A menudo se ausentaba semanas enteras y volvía cargado de regalos, que empezaban a serme indiferentes. Llegué al punto de no desear otra cosa que su amor; pero no conseguí nada de él; fui rechazada con indignación.

»“Estos no son nuestros pactos”, me dijo. “Yo no la amo, ni puedo amarla: usted me ofende con sus transportes, y como no quiero hacer un papel ridículo, la dejo”.

»El temor de perderle junto con el bienestar de que disfrutaba y que no volvería a encontrar dado el estado en que yo estaba, me obligó a ser vil. Le pedí perdón, prometí no hablarle nunca más de amor y ser para él una hermana.

»Me creyó, y se condujo conmigo tan bondadosamente como antes.

»Pero yo estaba en un estado de exasperación nerviosa imposible de describir, que aumentaba mi mal físico, y despertaba en mi espíritu sentimientos de odio, de venganza.

»No, yo no podía creer que él no tuviese una amante y una voz interna me repetía el nombre de mi hermana.

El duque estaba pálido; por sus azules ojos, cruzó un relámpago feroz y sus dedos crujieron; mas no dijo ni una palabra.

Mugheta continuó:

—Mi inmensa pasión se convirtió en celos furiosos, mas era yo demasiado astuta para demostrarlos delante de él.

»El tiempo corría; mi hermana iba a salir de la cárcel.

»Pregunté a Moran:

»“¿Natalia vendrá conmigo?”.

»“No”, me respondió, “está ya todo dispuesto para su alojamiento; pero vendrá a verla recientemente y ella le explicará, porque deben vivir separadas. Dentro de algunos días, yo iré a recoger a su hija”.

»“¿La traerá aquí?”.

»“No, es mejor que no la vea”.

»Yo temblaba, pero tal era el poder que Moran ejercía sobre mí, que no osaba revelarme en su presencia. Después empezó a faltarme las fuerzas; tenía continuas hemorragias y me veía rodar hacia la negra tumba, de donde nadie escapa y en la cual sepultaría en breve mi juventud, mis ardores, mi pasión.

»Pero no quería morir sin tener por un instante su amor o sin vengarme.

»Moran en aquella época se ausentaba frecuentemente y pasaba semanas sin verle.

»“¿Ha llegado mi hermana?”, le pregunté un día no pudiendo ya casi moverme y debilitándome más cada instante.

»“No”, me respondía.

»Pero yo notaba en él una transformación. Parecía feliz de vivir: su persona parecía más esbelta y su rostro más hermoso. Mis sentidos y mi alma se embriagaban a su vista, reconcentraba en él todos mis deseos y no me habría nunca cansado de contemplarlo. Aunque él tenía para mí dulces palabras, frecuentemente le veía impaciente por marcharse y comprendía que deseaba que muriese pronto para desembarazarse de mí; me conservaba a su lado solo por consideración a mi hermana y para impedir que me acercase a Usted.

»Los celos me mataban; confié mis cuitas a la camarera y convinimos que ella seguiría al joven cuando saliese para saber a dónde iba.

»¡Ah! duque, nunca adivinaría lo que descubrí entonces. Moran iba al cementerio, donde una dama le daba cita. Y aquella dama que lleva una corona ducal, ¿sabe quién es?

Una especie de rugido salió de la oprimida garganta del duque, y por sus ojos cruzó un relámpago feroz.

—¡No es verdad, tú mientes! —exclamó.

Una horrible contracción torció la boca de Mugheta.

—¡Bien sabe que no! —respondió—. Pero tiene razón para estar celoso, como lo estuve yo en aquel momento, tanto que juré vengarme horriblemente. Oiga, duque... una mujer que muere dice la verdad...

—Termina, pues, termina...

—No tema; estamos en el epílogo.

Y sus ojos centelleantes se fijaron ardientemente en Mauro.

—Todo lo habría esperado menos aquel descubrimiento. ¿Era su esposa la gran dama que se interponía entre Moran y yo, y por ella él me desdeñaba? Pero cosa extraña. A pesar de que mi camarera después de seguirlo otra vez, me dijo que tenía relaciones íntimas con la duquesa, cuya casa frecuentaba a escondidas de usted, no podía decidirme a creerlo.

»En mi lecho de dolor, pensaba en la venganza, cuando Moran llevó a casa a mi hermana, la cual hacía algún tiempo que estaba en Torino sin que yo lo supiese. Recibí a Natalia con alegría, rabia y celos. Frecuentemente había pensado: “¿Cómo estará después de tres años de cárcel? ¿Su salud no estará resentida? ¿Las continuas emociones, no la habrán envejecido?”.

»No, el destino solo a mí me fue adverso. Natalia me pareció más joven que antes, y leí en sus ojos un ardor, que no tuvo nunca.

»“Ahora he pagado mi deuda a la justicia”, dijo, “y con ayuda de Moran espero vengarme”.

»No sé si por la emoción sentida a su vista o por la rabia intensa que experimentaba, lo cierto es que una oleada de sangre subió a mi garganta.

»Natalia se asustó y quiso que se avisase al médico; yo me opuse.

»“No es nada”, balbuceé, “me sucede a menudo; ya pasará”.

»En efecto, poco después cesé de arrojar sangre; mas quedé tan débil, que apenas podía pronunciar una palabra, ni hacer un movimiento.

»“Dejémosla tranquila”, dijo Natalia a Moran, “está fatigada. Pero como no es conveniente abandonarla en ese estado, pasaremos la noche aquí”.

»Yo hice un signo negativo, y entonces Moran se inclinó dulcemente hacia mí, agregando:

»“Sí; su hermana tiene razón; nosotros nos quedaremos, y usted trate de reposar”.

»Me puso una mano en la frente y con aquella dulce presión cerré los ojos y me dormí.

»Ignoro lo que duró mi sueño.

»Cuando abrí los ojos, me encontré sola en la habitación; mas con ese oído tan fino que tienen los enfermos, percibí murmullo de voces en la habitación inmediata.

»Tuve una horrible sospecha. ¿Cómo se me ocurrió? No puedo aún explicarlo. Lo cierto es que me dejé caer del lecho a la alfombra y arrastrándome sin hacer el más ligero ruido, logré llegar a la puerta, cuya cortina corrida dejaba un claro por donde mis ojos pudieron ver a Moran y a Natalia sentados juntos en un diván. Él le enlazaba con un brazo la cintura, y ella tenía su cabeza apoyada en el hombro de él.

—¡Con que no me he engañado! —interrumpió el duque fuera de sí—. Natalia es su amante...

—Sí, y los dos lo negaban y lo niegan aún —respondió Mugheta.

—¡Ah! pero ellos no se imaginan que yo ahora lo sé todo: sus propósitos de venganza, sus planes para el porvenir; ellos no saben que también yo estoy dispuesto a tomar venganza.

Mugheta apuró la bebida que quedaba en el vaso y continuó:

—¡Cuán tonta fui al creer en la honradez de mi hermana y al suponer que Moran estaba seriamente enamorado de la esposa de usted! ¡No hay palabras para expresar la rabia que llenaba mi corazón mientras oía hablar al joven! ¡Ah! duque, usted debe acordarse de mí frecuentemente, ya que le doy la mejor prueba de amor que una mujer puede dar, confiándole un secreto de muerte, poniendo en sus manos a mi hermana Natalia y a Moran...

—¡Oh! si es verdad, pídamme en cambio todo lo que quieras —dijo con efusión el duque, cogiendo una mano de Mugheta y cubriéndola de besos.

Las mejillas de la joven se colorearon por un momento; pero enseguida separó su mano de las de Mauro y respondió:

—Si nos encontramos en el infierno, duque, nos consolaremos, pensando que los otros no estarán mejor que nosotros. Ahora no aspiro más que a ser vengada, para después reposar tranquila.

—Dímelo todo, todo.

—Moran, repito, tenía abrazada a Natalia y su voz llegaba perfectamente a mis oídos.

»También veía todos sus ademanes en el espejo. Él decía: “Natalia, yo sé que mi decisión no te espanta, y lo que no pudiste hacer cuando eras esposa del conde, a causa del duque o mejor dicho de Walter, que en vez de ayudarte te perdió, lo podremos realizar ahora. Yo no dudo de tu valor, del cual diste una prueba en vida de Vital y sé que nada te asusta, cuando quieres lograr un objeto. Hemos nacido el uno para el otro; nadie sabrá nunca lo que se agita en el fondo de nuestra alma, que en los más crueles tormentos han sabido mostrarse iguales. Si Walter te hubiese comprendido mejor, te habría hecho nuestra reina”. “Yo le he odiado siempre, tanto como te amo a ti”, dijo mi hermana. “Cualquier cosa que me propongas la acepto de antemano; ya sabes que la sangre no me asusta”.

»“Entonces escúchame”, replicó el joven al que por primera vez oí a mi hermana llamar Almach: “La duquesa está en mi poder; se doblega a mi voluntad, consiente en recibirme secretamente por la noche, en su casa y no me ha ocultado dónde tiene sus valores y sus joyas. Comprenderás que me será fácil desembarazarme de ella, y apoderarme de todo, dejando pruebas de que el ladrón, el asesino, es su marido, el duque. Una carta a la policía con escritos auténticos, probará que él ha sido por espacio de diez años, jefe de una terrible asociación de malhechores internacionales”.

Mauro tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no demostrar su espanto.

—¿Ha dicho eso? —murmuró fijando en la enferma sus ojos ardientes.

—¿Cómo podía inventarlo yo? —dijo con acento tan conmovido Mugheta que Mauro no dudó de la verdad de sus palabras.

—¿Y después? ¿Y después?

—Natalia dijo: «Apruebo tu plan, Almach; ¿pero cuándo piensas ponerlo en ejecución?».

»“Espero la muerte de tu hermana, que empieza a ser para nosotros un estorbo”, respondió bruscamente Moran.

»“¡Oh! esa tísica durará aún a menos que tú pongas remedio”, replicó Natalia sin sombra de piedad y con una sangre fría espantosa. “Ansío el momento de dejar Torino contigo y con mi hija, de vivir en el lugar que tú has escogido para nosotros, felices y riquísima”.

»No puede imaginarse duque, lo que sentí en aquel momento. No sé cómo no grité, cómo no me descubrí.

»Moran continuó:

»“Entonces, Natalia, debes empezar tu farsa con el duque. Es preciso que la noche que la duquesa sea asesinada y robada, tú estés en la quinta con él, después de inducirle a dejar creer que se encuentra a aquellas horas con su esposa”.

La mirada de Mauro que hasta entonces tomó una extraña fijeza, se iluminó: el temblor nervioso de sus labios se calmaba y la sombra de una sonrisa pasó por su

boca.

—¿Y después? ¿Y después? —repitió.

—No entendí lo demás: los vi abrazarse y creí morir. Me volví al lecho, sofocando los sollozos sobre las almohadas no pudiendo contenerme. Escribí a usted aquella carta rogándole que viniese, para enterarla de todo, para que nos venga a los dos.

Mugheta parecía rendida por el esfuerzo hecho y sus últimas palabras apenas se oyeron. Dejó caer la cabeza sobre las almohadas; su rostro tenía un color cadavérico, sus pupilas permanecían fijas en las del duque.

Mauro sentía terror. Se inclinó sobre Mugheta llamándola por su nombre.

Esta sonrió, y le indicó con un ademán que se marchase.

Mauro sobreponiéndose a su temor, la besó en la boca murmurando:

—Gracias, gracias, no olvidaré nunca lo que has hecho por mí, y te juro que tomaré venganza sobre aquel traidor.

Apenas salió el duque de la casa de la joven, se levantó y dio una sonora carcajada.

—¡Cómo la ha tragado! —exclamó.

En la habitación entraron Natalia, Pedro y Moran que lo habían oído todo.

El joven cogió las manos de la enferma que besó con efusión, mientras Natalia decía:

—Has estado verdaderamente sublime.

Las mejillas de Mugheta se colorearon y sus ojos brillaron de alegría.

—¡Ah!, ¿veis —dijo sonriendo dolorosamente— cómo una moribunda es buena para cualquier cosa?

—No hables ahora de morir —dijo Natalia con tristeza—, tú vivirás para vernos contentos a todos.

—Cuando estéis vengados, cerraré los ojos tranquila. ¿Qué es el sacrificio de mi mísera vida en comparación con vuestra felicidad? Y si la tenéis por obra mía, seré aún más feliz que vosotros.

Miraba a Moran temblorosa, estática, mientras que el joven como los restantes sentía llenarse ojos de lágrimas.

## II

Al salir de la casa de Mugheta, el duque no veía por donde caminaba, tan ofuscado tenía su cerebro. Sentía arder la cabeza y oprimírsele el pecho. No podía dudar de las revelaciones de aquella joven moribunda; estaba persuadido de que Mugheta quería vengarse de Natalia, que más lista que ella, después de quitarle el amante, soñaba con disfrutar los millones de la duquesa.

—Se ve que Almach es de mi escuela —pensaba el duque caminando al azar—. Ha concebido el mismo plan que yo. Solo que soy yo, y no él, quien ha de llevarse a Natalia. ¡Cuánta doblez en aquella mujer! Nunca ha dejado sospechar sus relaciones con Almach; y es a él a quien se ha dirigido para salvar a su hija y vengarse de mí. Ahora que mi secreto está en manos de mi sucesor, es de temer todo; es extraño que aquella tarde, yo no lo reconociera.

El viaje a Londres del duque con Jack, tuvo por objeto saber la verdad acerca de aquel individuo que se había presentado al hijo del guardacaza diciéndole que el nuevo jefe se encontraba en Torino para vengar a Natalia.

En Londres, Mauro se quedó en la fonda, mientras que Jack iba en busca de Greinord, uno de los miembros más influyentes de la Sociedad, y el cual ocupaba uno de los puestos más distinguidos en el comercio.

Greinord vivía en un suntuoso palacio, donde tenía sus despachos y almacenes. Inspiraba admiración y miedo a primera vista. Tenía cuerpo de gigante, cabeza de león y un rostro grave, severo. Hablaba poco, no reía nunca; trabajaba de mañana a la noche sin descansar; a la noche era un hombre de mundo y demostraba su pasión por el juego, la cerveza, las mujeres y su mirada imperiosa, dominadora, se cambiaba en una mirada burlona como su sonrisa.

Cuando Jack lo hizo pasar su tarjeta con una señal particular que indicaba claramente quién era, Greinord frunció las cejas y dijo a su dependiente:

—Hágalo pasar al saloncito verde.

Este saloncito, tenía las paredes forradas y estaba destinado a recibir los clientes que tenían, decía él, intereses comerciales y de bolsa que comunicarle, y se podía aplicar el oído a la rendija de la puerta; era imposible percibir la más pequeña palabra, aunque fuese pronunciada en alta voz.

Jack estuvo otras veces en aquel gabinete para comunicaciones importantes de la Sociedad, siendo la última vez cuando fue a anunciar su retiro y el del duque, por algunos años.

Greinord le había recibido mal.

—Walter descuida desde algún tiempo los negocios de la Sociedad —le había dicho—, y sus pretextos pasan ya de los límites; adviértale que empezamos a cansarnos y a dudar de él. Han escrito a Italia, su nombre de *Ginepro* y no se tuvo

respuesta: ¿dónde está ahora?

—En Francia —respondió Jack evasivamente—, tuvo un duelo por una cuestión política y fue herido gravemente; de aquí su deseo de restablecerse, antes de comparecer. Además, su partida está en orden: no debe nada a la Sociedad y esta, puede elegirle un sucesor, cosa que a él no molestará conociendo que no puede sostener dignamente su puesto. El jefe siempre estará dispuesto a dar consejos, a sostener, a ayudar a sus compañeros.

—Tus razones son buenas para él —dijo Greinord—, pero se cree que Walter busca el medio de desaparecer para siempre, disfrutando sin molestias las riquezas acumuladas por otros.

—¡Walter no lo necesita! —rebató Jack con aspereza—. No fue él quien pidió ese puesto: lo eligieron por su común inteligencia, por su audacia, porque lo consideran como uno de los delincuentes más peligrosos y feroces, a pesar de su aire dulce y femenino. Y juraron no meterse nunca en su vida privada, ni tratar de saber cuál es su nombre.

—Y nadie se ocupa de ello —agregó Greinord—, pero que trate de traicionarnos.

Ahora Jack al volver a casa de Greinord, no estaba seguro de sí mismo para defender al duque, y esperaba con un estremecimiento interno la aparición del gigante.

Greinord apareció muy irritado y apenas se cerró la puerta del gabinete, dijo cruzando los brazos sobre su enorme pecho:

—¿Ves cómo he adivinado que Walter era un traidor?

—¡No es verdad! —respondió Jack tratando de hacerle frente.

Greinord dejó escapar una horrorosa blasfemia.

—¡Ah!, ¿no es verdad? ¿Qué nombre darías a un hombre, que en vez de sostener a la viuda de un compañero nuestro, y ayudarla a ocultar su identidad, la denuncia, la pierde? Lo sabemos todo, ¿comprendes? Es verdad que a ninguno le habría pasado por la imaginación que el duque acusador fuera Walter, si la viuda no hubiese implorado nuestra ayuda, relatando la verdad. Y ahora, ¿a qué te envía a aquí, ese miserable de quien yo el primero reniego y al que los otros compañeros quieren castigar?

Jack estaba rojo.

—La viuda ha mentido —balbuceó—. Walter no tiene nada que ver con el hombre a quien ella ha herido, creyéndolo nuestro jefe.

—Basta de imposturas —interrumpió Greinord—. Hace años que sé yo quién es Walter; pero no soy traidor, y no denuncio a nadie. Vuelve a él, si es quien te ha mandado, y dile que procure salvar su piel, que la segunda vez no será tan afortunado como la primera, y recuérdale el capítulo tercero de nuestro estatuto, que él mismo ha confeccionado: «Quien traicione a alguno de los pertenecientes a la Sociedad, será condenado a muerte sin apelación». Y procura también por ti, Clau, porque te creemos un espía.



—Pero si le juro...

—Son inútiles los juramentos conmigo: me atengo a los hechos; vete, y procura guardar a tu amo si puedes.

Cuando supo el duque esta conversación, pensó en ver a Greinord. Pero dominaba en él tal orgullo, que no quiso entrar en explicaciones, con el que fue su subordinado y el cual era inflexible e inexorable cuando se trataba de los intereses de la Sociedad, en la cual ejercía, una influencia, aún mayor que la del jefe.

Desde que supo esto, creyó que el «Pert il Rosso» no engañaba a Jack y que su sucesor estaba en Torino en busca de él para vengar a Natalia. Pero ¿por qué le dijo que le cedería a Natalia o que le proporcionaría los medios de obtenerla, si a su vez lo presentaba a la duquesa?

¿Era un engaño, o Almach quería estar de acuerdo con él sin cuidarse de los intereses de la Sociedad?

Muchos días después de su regreso a Torino, el duque había pensado en esto, y Jack iba inútilmente en busca de «Pert il Rosso» y de Almach.

Aún no habían descubierto, ni decidido nada cuando Mauro recibió el billete de Mugheta y supo por esta la trama urdida por su sucesor y el género de venganza ideado.

«Pero ahora, seré yo quien la tendré en mis manos» pensaba andando siempre de frente y sin ver a nadie. «¡Ah! Mugheta, tu sinceridad, te hace perdonar todo. Ahora Natalia vendrá a buscarme para que caiga en el lazo tendido; mas será ella la que caiga».

Ante la idea de tener algún día entre sus brazos a aquella mujer que tanto le hizo sufrir, su corazón latía con violencia.

¡Era inútil! El tiempo no había sofocado su amor y sentía que nunca la había amado como entonces; no pensaba más que en ella, no vivía más que para ella.

Al sustraerse un momento a sus pensamientos se dio cuenta de que había seguido una dirección distinta a la de su casa.

Entonces tomó un coche de plaza y se hizo conducir al palacio. No tuvo valor aquel día, para ver a Blanca, para afrontar sus miradas. Aun cuando era cínico, la idea de que su esposa tenía que ser asesinada, le daba un poco de frío en el corazón.

Advirtió a la camarera de la duquesa que no comería en casa, y pasó a su habitación.

Jack esperando a su amo, fantaseaba.

Desde su regreso de Londres, estaba preocupado y grave. El peligro que corría el duque le preocupaba, máxime viendo que su amo parecía no tener conciencia de nada y soñaba aún con la posesión de Natalia. ¿Era posible que una mujer bastase para hacer perder la cabeza a un hombre como el duque, ante el cual se había doblegado la voluntad de tantos seres audaces, que había inspirado espanto a consumados bribones, y que había poseído por muchos años el cetro de un poder que habría espantado a cualquiera?

Jack no aprobaba la conducta del duque, porque a su temperamento repelía la violencia y la sangre.

Pero era incapaz de traicionarlo, de desertar de su bandera, de olvidar el juramento que le hizo un día, de obedecerle en todo, de estar dispuesto a dar por él su vida, como ya le había dado su honor, al formar parte de aquella terrible Sociedad.

Cuando el duque se ausentaba, Jack estaba en ascuas. Tenía miedo de que Almach o «Pert il Rosso» ocultos en la sombra, le hiciesen caer en algún lazo.

Jack sabía que aquel día, el duque iba a una cita, pero ignoraba dónde y con quién. Antes de que se marchase, le rogó que fuese prudente.

El duque se echó a reír.

—Tú sabes —le respondió—, que desde el atentado en el cual por poco no dejé la piel, llevo una sutil malla de acero que me pone al abrigo de ciertas agresiones. Y no olvido nunca en mis bolsillos el revólver que adquirí en Inglaterra y que me sirve de talismán...

—Como su anillo...

—Precisamente, el día que fui con Natalia en el automóvil no lo llevaba.

A pesar de estas seguridades, Jack, durante su ausencia, estaba muy inquieto; ideas muy confusas turbaban su cerebro y le inspiraban una tristeza profunda.

Cuando el duque entró, Jack por la expresión de su rostro comprendió que estaba muy contento y su fisonomía también se alegró.

—¿Ha tenido alguna buena nueva? —no pudo menos que preguntarle.

—Buenísima; tú mismo juzgarás —respondió Mauro sonriendo—. Espera a que me cambie de ropa, y después hablaremos; esta tarde como fuera, y puedo entretenerme un poco contigo.

Un momento después, el duque se sentaba delante de su confidente, en el salón de fumar.

—¿Sabes de dónde vengo? De hablar con una joven moribunda, con la cual en un tiempo, tuve relaciones. La infeliz ha querido, antes de cerrar los ojos, prestarme un importante servicio, que tú puedes apreciar. Me ha revelado un «complot» urdido contra mí por Natalia y Almach.

Jack abría los ojos entre la sorpresa y el temor.

—¿Cómo ha podido saberlo? —exclamó.

—La moribunda es una protegida de Almach y hermana de Natalia, pero ambos han traicionado su amor y su confianza: por esto se venga.

Jack dudaba como siempre.

—¿Está seguro de su sinceridad?

—Lo estoy. En el estado en que se encuentra, no puede tener ningún interés en mentir.

—¿Y qué le ha dicho?

El duque repitió casi por entero la confesión de Mugheta.

Jack escuchaba con un interés y una curiosidad intensa, dejándose vencer en

algunos momentos por la emoción, y en otros animado por una cólera mezclada de sufrimiento.

—¡Pobre Mugheta! —balbuceaba—. ¿Y aquellos dos están de acuerdo para asesinar a la duquesa y hacer creer que es usted el asesino? ¡Ah!, ¡infames, traidores!

El duque lo dejó desahogarse, y después se levantó implacable, amenazador.

—Su plan es superior —exclamó—, pero será modificado por mí en perjuicio suyo.

Instintivamente Jack se estremeció y su voz tembló al preguntar:

—¿Cómo?

El duque fijó en él una de aquellas miradas que conmovían siempre al coloso.

—¿Tú me amas?, ¿tú quisieras verme feliz a costa de todo?

—Sí, duque.

—Tú no has olvidado lo que he hecho por ti y por tus padres, y serás incapaz de traicionarme.

—Perderé antes la cabeza.

—Pues bien; de ti solo depende que yo sea feliz y vengado.

Jack se sentía intimidado, conmovido por aquellos ojos azules, lánguidos, humildes, por aquellas miradas que contenían una súplica, un ruego y respondió:

—Si no depende más que de mí, hable; yo estoy pronto a sacrificarme.

—Gracias, gracias.

Mauro se sentía dueño de la vida, de la voluntad de aquel coloso, que era su fuerza.

Cogió una de las gruesas manos de Jack y la estrechó entre las suyas, blancas y delicadas.

—Escúchame —dijo—. Nosotros no hemos de cambiar en nada el proyecto de Almach: solo que la noche escogida para el crimen y el robo, no saldrá él vivo de la habitación de la duquesa. Serás tú quien lo matarás, sin escándalo, sin ruido. Yo mismo, te proporcionaré el medio de entrar en la alcoba de mi esposa, porque yo no puedo estar en tu puesto; he de permanecer con Natalia en la quinta.

Hablando así, el duque no quitaba sus miradas del rostro de Jack, y su respiración entrecortada, anunciaba la ansiedad, la agitación de su ser, ante el temor de una negativa.

Pero el coloso, permanecía tranquilo.

—Yo nunca he vertido sangre —dijo—, pero esta vez, heriré sin compasión. Usted avisará a la duquesa, para que no se espante, para que no grite.

—¿Qué te importa la duquesa? —respondió secamente Mauro—. Ella merece su suerte y la sufrirá de manos de su amante, en vez de las de su marido; tú no tienes que cuidarte más que de Almach, cuando este termine su obra y se disponga a recoger el botín en los bolsillos del muerto, ¿comprendes? meterás todas las cartas que yo te daré, las cuales le harán pasar por ese Walter al que él trata de perder, de aniquilar.

El duque reía, mostrándose animado, mientras que el coloso estaba más pálido

que un cadáver; la respuesta del duque le había impresionado terriblemente.

—¿Qué me dices? —preguntó Mauro sorprendido de su silencio.

—Digo que me parece horrible dejar que asesinen a la duquesa —balbuceó Jack.

—¿Si tú le dejas defenderse, qué ventaja tengo yo? —prorrumpió casi brutalmente Mauro—. Mi esposa no me ama, yo la odio y es un estorbo para mí; ella es rica y sus millones pasarán a mi poder después de su muerte, y ya está todo dispuesto para eso; en fin, yo amo a Natalia, quiero que sea mía para siempre, y no podré realizar mi deseo si la duquesa vive, ¿me comprendes?

—¡Señor! A mí me parece que el asesinato de su esposa le traerá desgracia.

—Tú eres un tonto: su muerte y la de Almach, aseguran mi fortuna y mi venganza.

Jack permanecía con la cabeza baja y el rostro descompuesto. El duque lo miraba con rabia.

—¿Vacilas? ¿Has olvidado los beneficios recibidos de mí y tus juramentos? Recuerda lo que habría sido de tus padres y de ti, sin mí...

Su voz era amenazadora, sus ojos azules madreperláceos, tenían aquellos reflejos feroces, crueles que espantaron a Natalia.

—Señor, le obedeceré, soy su esclavo —dijo con voz sobria Jack—. Pero lo repito; usted se forja ilusiones: la muerte de la duquesa no servirá de nada, y veo con angustia que usted corre a su ruina.

El duque se encogió de hombros.

—Tú piensa en seguir mis órdenes, y no te preocupes de lo demás. Suceda lo que sea, con tal de que yo me vengue, y pueda tener por un instante entre mis brazos a aquella hermosa beldad que me ha despreciado.

Los buenos consejos de Jack, eran inútiles; el duque se reía de sus presentimientos.

Cuando iba a salir Mauro se encontró a su esposa que entraba. La duquesa estaba adorable con el traje de luto. El velo levantado mostraba su rostro pálido, pero tranquilo: sus labios rojos estaban ligeramente contraídos por una sonrisa singular, entre burlona y triste, que turbó a Mauro y lo irritó.

—¿Sales? —preguntó la joven parándose y con un acento que parecía de sorpresa.

—Estoy invitado a comer por un amigo —respondió el duque esquivando las miradas de su esposa—. He venido al palacio, para decirte que no me esperases. ¿Y tú vienes de dar un paseo por el cementerio?

—Es el solo lugar donde me encuentro tranquila —agregó en tono grave la duquesa—. Me parece estar junto a mi madre y a la tuya.

—En el cementerio se tienen a veces amables encuentros, alegres conocimientos —rebatía Mauro con un acento ligeramente irónico.

Blanca levantó su hermosa cabeza con un movimiento de orgullo y en sus ojos brilló un relámpago de desdén.

—No comprendo lo que quieres decir —exclamó—. Y te ruego que no bromees con las cosas sagradas; no turbar la paz de los muertos.

—Me parece que la turban mucho más, aquellos que en el cementerio se dan citas amorosas —respondió el duque no pudiendo ya contenerse.

Casi se arrepentía de sus palabras temiendo que estas diesen lugar a una violenta escena que podía perjudicarle.

Pero Blanca permaneció tranquila, con su singular sonrisa en los labios.

Lo miró sin ruborizarse, despreciativamente.

—Quien sueña amores junto a una tumba —dijo— es porque tiene la conciencia tranquila y los muertos nada pueden reprocharle; la audacia proviene de la lealtad de los sentimientos. Tú esta audacia no la tendrás nunca: los muertos te infunden miedo.

—No; temería que un amor nacido sobre una tumba me fuese fatal —respondió el duque sombríamente.

—También aquel que ha nacido entre fiestas, puede terminar lúgubrementemente —rebatía Blanca—. Pero basta de esto; diviértete y buenas noches.

Y le hizo un ademán familiar con la mano, porque en aquel momento pasaba ante ellos un criado.

El duque salió del palacio irritado y confuso.

Su esposa lo desafiaba. ¡Ah!, ¡si ella supiese que su sentencia de muerte estaba firmada; que el soñado junto a una tumba terminaría de un modo trágico para ella; que el hombre, en el cual creía tener un alegre porvenir, la asesinaría!

Un frío mortal, recorrió sus venas.

¿Qué le importaba el fin de Blanca? ¿Él mismo no tenía ya ideado desde hacía tiempo el modo de desembarazarse de ella, de ser el dueño de todo y de poder disfrutar de las riquezas con Natalia?

La ocasión era superior, Almach sería el ejecutor de sus proyectos: solo que el traidor, perdería también la vida.

Jack cumpliría sus órdenes, no lo dudaba. Mas ¿cuándo sucedería esto? Natalia tenía que darle la señal; pero ¿dónde podía encontrarla? ¿Por qué intentaría acercarse a él después de haberle demostrado su odio maldito? ¡Ah!, ¡que ella fingiese amarle, poco le importaba, con tal de poder verla, de oír su voz, de embriagarse en sus perfumes, de estrecharla siquiera una vez, entre sus brazos!

Y cuando Natalia supiese que Almach había caído en un lazo, cuando pudiera demostrarle que en lo sucesivo solo con él podría disfrutar la vida, la riqueza y la libertad, se declararía al fin vencida.

Los millones de la asesinada no se le escaparían.

El duque estaba dispuesto a falsificar el testamento de Blanca, presentando uno en el cual esta lo dejara heredero de todos sus bienes.

La imagen de su madre cruzó por su cerebro. ¡Un fantasma! Mauro la expulsó con desprecio. Ni aun aquella memoria otras veces adorada, era sagrada ya. ¿A qué mirar atrás? Era adelante a donde quería mirar en aquel momento; su fantasía

excitada le hacía soñar embriagueces nuevas, desconocidas, un porvenir de alegría y de triunfo.

Algunos días más y nada se interpondría entre él y Natalia. En Pedro no pensaba: el amigo había repudiado a su esposa. ¿Qué le importaba que fuese de otro?

Antes de que el conde le tratase de traidor, estaría con Natalia muy lejos de él.

Así pensando, sonreía entre sí, miraba con frío desprecio a los transeúntes y se decía con orgullo, que el mundo continuaría inclinándose a sus pies.

Nunca como en aquel momento, sentía su fuerza dominadora.

De repente el duque cayó de sus sueños, por un golpe que le dieron en el brazo.

Un criado, que se quitó respetuosamente la gorra, diciendo:

—Usted dispense; si no me engaño es el señor duque de Vulman...

Una especie de temor invadió el corazón de Mauro: las imágenes de Almach y de «Pert il Rosso» se le aparecieron.

Fijó su ardientes ojos en el desconocido.

—¿Y usted quién es? —interrumpió con tono brusco. mientras miraba a su alrededor, viéndose en un sitio bastante desierto de la calle que recorría en aquel momento.

—Soy el criado de *mistriss* Natalia —respondió el hombre respetuosamente.

El duque desconfiaba.

—¿Cómo me ha conocido?

—*Mistriss* Natalia, me indicó al señor ayer, cuando pasábamos con el coche por la carrera del Rey Umberto.

—¿Qué quiere de mí?

—Entregarle esta carta.

El rostro de Mauro se alegró, y su corazón latió con violencia.

Tomó con mano temblorosa la pequeña carta que el criado le entregaba y preguntó:

—¿Tiene respuesta?

—Sí, señor duque.

Mauro se retiró un poco, abrió con dedos convulsos el sobre, y sacó una pequeña tarjeta donde había escritas estas palabras:

Una mujer que le ha hecho mucho daño y que hoy se arrepiente, quiere pedirle perdón. ¿Puede esperar su visita? Si la respuesta es favorable, diga al criado a qué hora y en qué sitio, tiene que estar esta noche con el coche, para recogerlo.

En la mente del duque, apareció la imagen de Jack: le parecía ver el rostro sombrío y abatido de su fiel esclavo, y oír su voz que le decía:

—Cuidado: usted está para caer en un lazo... no se fíe...

Pero otra voz, la de la moribunda Mugheta, le repetía:

—Ahora ya está advertido del peligro que corre y en situación de tener en sus manos a nuestros enemigos. Ríase de ellos: vénguese y vénguese...

Además, como una visión burlona, se le apareció el lindo rostro de Natalia y le pareció que los altivos ojos de esta lo miraban con ironía, que sus rojos labios, se contraían por una sonrisa insultante que podía traducirse en:

—No vendrá; tiene miedo...

Entonces se volvió al criado diciéndole:

—Dentro de dos horas y en este mismo sitio.

—Está muy bien, señor duque.

Mauro quiso recompensarlo; pero mientras sacaba la cartera, el hombre se alejó.

Una verdadera fiebre se apoderó en aquel instante del duque.

Con la cabeza alta y sonriendo, se dirigió al restaurant, y se puso a comer con un apetito excelente, encontrando los manjares exquisitos y bromeando con el camarero que le servía para entretener el tiempo.

Su impaciencia llegó al colmo. ¿No soñaba? ¿Volvería a ver a Natalia?

Una fuerte emoción le invadió de nuevo, cuando llegó al lugar de la cita y vio el coche que le esperaba.

Se metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que no había olvidado el revólver. El criado que le entregó la carta, estaba sentado al lado del cochero y cuando lo vio, bajó del pescante y abrió la portezuela.

—¿Podemos marchar, señor duque? —preguntó.

—Sí, vamos —respondió Mauro.

El coche se puso en marcha pero los cristales esmerilados le impedían ver a dónde se dirigía.

—Me dejo llevar con los ojos cerrados si tengo por recompensa a Natalia: ¡ah! veré cómo sostiene su farsa sin descubrirse; yo no le iré en zaga, porque solo con el fingimiento puedo llegar a poseerla.

¿Pero y sí en vez de Natalia, se encontrase enfrente de Almach? ¿Y si con aquella excusa le hacían caer en un lazo? Él no tenía miedo de nadie, armado de su precioso revólver. Recobró su entera libertad de pensamiento, su audacia de otras veces, su sonrisa escéptica y burlona.

El trayecto no duró más de veinte minutos, después de los cuales el coche se paró; Mauro abrió la portezuela del carruaje pero antes de que pudiese mirar a su alrededor, se abrió una puerta y una voz de mujer dijo con amabilidad:

—Entrad.

Mauro obedeció y se encontró en un vestíbulo en el cual una camarera le esperaba.

—Por aquí, señor duque —exclamó la joven.

Y después de hacerle atravesar dos salas, levantó una cortina de terciopelo, agregando:

—Pase, señor duque, voy a avisar a *mistriss* Natalia.

Mauro se encontró en un pequeño salón circular, amarillo y oro, iluminado con electricidad. Nada había de maravilloso en aquel salón, pero la mano de un artista

debió presidir su adorno, tanto era el gusto y la armonía que en él se observaba.

El rostro de Mauro se animó.

—Mi sucesor sabe hacer las cosas espléndidamente —murmuró Mauro—. ¿Si no fuese su amante le habría buscado un nido tan lindo?

El pensamiento de que Natalia pertenecía a otro, bastó para enturbiar la alegría sentida ante la idea de ver a la mujer tantos años adorada.

—No, no he logrado aún mi objeto acercándome a ella —decía—. Ni de este modo puedo verla, oír su voz...

Un vago perfume de violetas llegó a su nariz, al mismo tiempo que la cortina de una puerta lateral se levantaba para dar paso a Natalia.

La viuda del ajusticiado, la esposa del conde De Malin, aparecía con todo el esplendor de su hermosura.

El duque quedó un instante como extasiado delante de ella. Gustosamente habría dado sus riquezas y su honor por tener el derecho de estrecharla un solo instante entre sus brazos, por oírle pronunciar una sola palabra de amor.

Natalia conservaba su gracia altiva, pero acercándose al duque se inclinó con cierta humildad.

—Gracias, por su venida —dijo—. ¿Puedo esperar su perdón?

—Bien sabe Natalia —dijo el duque—, que yo no puedo nunca ocurra lo que ocurra, estar disgustado con usted.

Los ojos de la joven se velaron. Separándose dulcemente, se llevó a los ojos el pañuelo de seda, y con acento que en otros momentos el duque habría creído sincero, dijo:

—Yo fui una loca, pero los tres años vividos en la soledad, en el olvido, han aclarado mi inteligencia, me han hecho comprender la verdad. Siéntese, duque: yo le he hecho venir, para explicarle todo lo que ha pasado en mí, para demostrarle que todo el odio, todo el desprecio que sentí un día por usted, se han transformado en admiración, en respeto, en ternura... Pero siéntese, duque...

Mauro escuchaba pálido, conmovido, sin poder separar su mirada de aquel rostro adorable, que aun en su fingimiento tenía una fascinación irresistible.

«Va a urdir la mentira que me hará caer en el lazo», pensaba el duque.

Pero en su rostro no indicó sus pensamientos.

Natalia prosiguió:

—Cuando vivía aún mi pobre Vital, conocí a un tal Almach, que formaba parte de la Asociación; era hijo de madre italiana y vivía en Londres, pero iba frecuentemente a Marsella donde tenía un hermano.

»Cuando el pobre Vital fue condenado a muerte, yo logré hablar un momento con él, y antes de que fuese ajusticiado, me dijo estas palabras:

»“Si algún día encuentras a aquel hombre que te presenté como mi principal y de quien no conozco ni el nombre ni la patria, véngame, porque a él debo mi muerte infamante”.



El duque que escuchaba mordiéndose los labios, interrumpióle:

—Su marido hablaba como un insensato... Yo no le obligué a entrar en nuestra Sociedad... fue él, quien me suplicó que lo admitiese. No tenía medios de subsistencia, la amaba, era ambicioso, y escogió el único camino que encontró para poseerla. Las alegrías que usted le dio las habría pagado yo, con mi cabeza, ¿y el ingrato se quejaba?

Con un gracioso ademán, Natalia le hizo señal de que callase.

—Vital ha expiado sus culpas —dijo sonriendo tristemente—. No soy yo quien le juzgue.

»Yo le amaba, y sus palabras en aquel momento, eran sagradas para mí. También me dijo: “Si tienes necesidad de un hombre fuerte, de un verdadero amigo, dirígete a Almach, un desgraciado como yo, que por tristes circunstancias ha aceptado el apoyo de los malvados; confía en él, y tendrás consejos y ayuda”.

»Prometí hacerlo, pero después quise ser esposa del conde De Malin y olvidé enteramente a Almach. Me acordé de él en el hospital cuando me hallaba sujeta al proceso, y mi corazón estaba lleno de odio contra usted. Le escribí y fue a llevarme la respuesta en persona. Disfrazado, haciéndose pasar con una audacia singular por un agente de policía, pudo verme y tener conmigo un largo coloquio. Almach se puso a mi disposición para cuanto pudiese ocurrirme y en nombre de la Sociedad, de la cual formaba parte Vital, agregó que estaba pronto a vengarme de aquel que trataba de perderme. Fue entonces cuando revelé quién era usted.

El rostro de Natalia tenía una expresión de arrepentimiento y sus ojos se velaron.

El duque la devoraba con las miradas. ¡Cómo sabía mentir! Pero ¿qué le importaba a él, en aquellos instantes? Él no escuchaba tanto sus palabras como la dulzura de aquella voz que no tuvo para él más que inflexiones de desprecio, de odio, y que ahora resonaba tranquila y humilde. Estaba dominado por la idea de tener a aquella mujer para él en la soledad de la quinta y poderle decir con acento de triunfo: «Eres mía, porque te he conquistado con mi constancia, con mi amor, con mi fuerza: yo no me doy por vencido, más que delante de ti».

Natalia prosiguió con ímpetu febril:

—No puede imaginarse la sorpresa de Almach, cuando supo que mi acusador era el jefe por todos temido y del cual nadie pudo hasta entonces conocer la identidad...

»Después me dijo que no tomaría ninguna medida contra usted, hasta mi salida de la cárcel y eso después de consultar con sus otros compañeros. Interinamente se ocuparía de mi hija, para que usted no supiese en qué colegio se ocultaba: mi hermana sería la encargada de darme noticias de la salud de Teresa.

»En efecto, durante mi prisión, continuamente tuve noticias de mi hija. Y le parecerá extraño, pero en la soledad de mi reclusión, todos los sentimientos de odio, de rencor, de desprecio, que sentía contra usted, se iban modificando. En fin, yo me decía, que su falta más grave, era la pasión que yo le había inspirado, y le veía a través de un prisma bien diferente del que le había visto hasta entonces.

»¿Por qué no acepté su apoyo cuando llegué a Torino después de la muerte de mi pobre Vital? Me habría evitado muchos dolores y graves remordimientos. ¿No me he rebajado después a pedir la protección de aquella Sociedad, que me inspiraba horror igual que su jefe?

»También el amor por Pedro, empezaba a desvanecerse frente al amor ardiente, terrible, que me manifestó usted y que yo por loca desprecié. Y además, ¿el conde De Malin no ha renegado de mí? ¡Oh, volubilidad del corazón femenino! Después de mi condena debía odiarle más, buscar otros medios para vengarme de usted, para castigarle, y sin embargo, toda mi indignación desaparecía, y me repetía a mí misma las frases pronunciadas por usted que repercuten dulcemente en mi alma.

Natalia calló y se llevó las manos al corazón como si la doliese.

En los ojos de Mauro, brilló un fuego sombrío.

¡Ah! cómo habría querido gritarle:

—¡Infame, infame, tú mientes para atraerme, para perderme!

¡Habría querido agarrarla por la cintura, y antes de que tuviese tiempo de lanzar un solo grito, besarla con violencia aquella boca que profería tantas mentiras!

Pero ¿y después? ¿Estaba seguro de que no había alguien escuchando y pronto a salir al primer acto de violencia? No, no era el momento de cometer una imprudencia, sino de fingir, de creer todo lo que quisiera ella.

Así pues, dijo con seriedad:

—Ya sabía yo que llegaría el día que me haría justicia, al apreciar la sinceridad de mis sentimientos y me hablaría como ahora lo hace, dándome una de aquellas alegrías divinas que se pagan con la vida. Repítalo, Natalia. ¿Ya no me odia usted?

—No, duque; el pensamiento de ser para usted la sola mujer adorada, ha concluido por cambiar todos mis sentimientos, y ha hecho latir mi corazón de orgullo ante sus miradas. Y estaba decidida cuando saliese de la cárcel, a ver a usted y a pedirle perdón del daño que le he hecho del cual estoy sinceramente arrepentida.

Mauro le cogió una mano y la llevó con pasión a sus labios fingiendo no notar la impresión desagradable que experimentó Natalia.

—Yo lo perdono, lo olvido todo —exclamó el duque—, y me pregunto aún si no sueño, si soy juguete de una pesadilla, tal es la alegría inefable divina que me han producido sus palabras.

Natalia desasíó su mano de las de él.

—Tengo más que decirle —agregó tímidamente.

»Cuando hice mi completa confesión a Almach, este me dijo:

»“Yo sabía que Walter, no podía ser un traidor; he venido para unirme a usted, para, castigarlo en nombre de la Sociedad, que está encolerizada con él; pero ahora creo que podemos ponernos de acuerdo y si él la ama realmente, debe darnos una grande, una terrible prueba”.

»“¿Cuál es?”, pregunté presa de una viva emoción.

»Almach me miró fijamente un instante, y después agregó:

»“En los años que usted ha estado en la cárcel, el duque, o mejor dicho Walter, abandonó la Sociedad, que después de elegirme su jefe, me encargó de una importante y delicada misión”.

»Sabido que quién era el misterioso personaje que por tantos años nos había dominado, debía antes de castigarlo, indagar todos los misterios de su vida privada y la razón que tuvo para perseguir a usted.

»Y la supe, como conocí bajo el nombre de Vulman a la esposa del duque. Ahora si él la ama, debe sacrificar a la duquesa.

Natalia se calló, estaba pálida, parecía fuertemente conmovida y esquivaba las miradas de Mauro.

Este pensaba que Mugheta no le había engañado. En la comedia que representaba Natalia, era el objeto principal, el asesinato de Blanca, la posesión de sus riquezas y la perdición de él.

La muerte de su esposa, le era indiferente, porque él disfrutaría las riquezas, perdido a Almach y poseería a Natalia.

Así pues, con voz vibrante, exclamó:

—Yo sacrificaría al mundo entero, por una palabra de amor.

Natalia sacudió la cabeza en señal de duda.

—Cuando sepa cuál es el sacrificio que se quiere de usted, se negará a realizarlo.

—¡No, jamás! —prorrumpió el duque—. Ya lo he comprendido. Almach desea que yo le ceda a mi esposa a quien él ha enamorado en el cementerio.

Natalia lo miró con espanto.

—¿Quién le ha dicho eso?

Él comprendió que se descubría, pero se repuso enseguida.

—He hecho seguir a la duquesa —respondió—, y sé sus citas con un tal Moran.

Natalia respiró.

—Pues bien, entonces la cosa es más fácil, porque usted fingiendo ignorar sus relaciones, presentará Almach a la duquesa, para que no extrañe que él frecuente la casa.

—Y yo veré a usted.

—¡Oh! no; no puedo recibirle aquí, donde no soy libre —respondió vivamente Natalia—. Cuando usted convenga con Almach la noche en que se ha de sacrificar a su esposa...

—Estoy dispuesto a sacrificarla enseguida.

—No, no se comete un asesinato y un robo, sin tener antes un plan seguro.

Esta vez el duque fingió espanto y emoción.

—¿Un asesinato? ¿Un robo? No la comprendo...

Natalia bajó la voz.

—Almach no desea a su esposa, sino la mitad de sus riquezas; la otra mitad está dispuesto a cedérsela... Ahora, si ama a su esposa, si no quiere su muerte, él lo considerará como un traidor y yo no creeré en su pasión por mí...

Natalia al hablar en esta forma parecía tan tranquila que a pesar suyo, el duque sentía oprimirse su corazón. Sabía que la suerte de Blanca estaba decretada, pero se negaba a creer que Natalia tan sensible, tan altiva, tan honrada, pudiese hablar de aquel asesinato con tanta tranquilidad.

Así es que no pudo menos que decir:

—¿Usted que ha luchado tanto en contra mía, que si fui la cabeza directora de tantos delitos, nunca vertí sangre, no se espanta a la idea de semejante crimen?

Natalia hizo un gesto de desprecio; miró al duque con una expresión hasta entonces desconocida, y con voz que vibró sino en el fondo, en todo su ser, dijo:

—Mauro, usted no me conoce aún, ni nunca me ha adivinado. Si yo hubiese obrado en vez de mi marido, este no habría muerto guillotinado. Si un día le herí, no fue por la rabia de ser reconocida por usted, sino porque deshizo mis proyectos. Si entonces le hubiese amado, si no hubiese sido loca hasta el punto de despreciarle, podría demostrarle que nada me espanta. ¿El peligro qué importa? Cuando se quiere llegar a la meta, no se retrocede aunque se tenga que dejar algún cadáver en el camino. En fin, ¿qué es la vida de una mujer que no se ama, que se desprecia, fren tra felicidad, a nuestro bienestar futuro? La duquesa morirá sonriendo a manos de su amante y usted y yo, esperaremos la conclusión del drama, para huir lejos, donde la justicia no pueda encontrarnos...

Natalia se animó, vibraba de pasión, de impudicia, mostrándose feroz, sin piedad para la duquesa, irritando los deseos de Mauro, hasta el extremo de que cuando se inclinó hacia él, murmurando:

—¿Lo quiere?

—¡Sí, lo quiero! —pronunció el duque fuera de sí.

E iba a abrazarla en un arranque de locura, cuando un ligero ruido oído a sus espaldas le hizo volver la cabeza, y sofocar un grito.

Almach estaba a la puerta del salón.

### III

El joven se acercó a Mauro que estaba pálido como un espectro, y le tendió cordialmente una mano, sonriendo.

—Walter te doy las gracias —dijo con voz timbrada, que produjo a Mauro un singular efecto.

Este no tardó en recobrar su sangre fría. ¿No debía jugar con audacia y con astucia, para vencer a su enemigo? ¡Ah! cómo agradecía de todo corazón a Mugheta el aviso que le dio sin el cual habría caído como un tonto en el lazo que le tendían.

Y cambiando el apretón de manos, respondió:

—Tú no tienes nada que agradecerme, porque este es un negocio que concluiremos juntos. Pero es extraño que tu rostro me sea desconocido; creo que hemos estado juntos...

—Nosotros no nos hemos visto más que una vez y ligeramente —respondió Moran—, pero tú conociste íntimamente a mi hermano Enrique Dalma.

—¿Tú eres hermano de Enrique? —balbuceó el duque sofocando un grito—. ¿No es tu nombre Almach?

—Como es el tuyo Walter —agregó riendo Moran—. Pero como ves, ahora estamos en familia y podemos hablar libremente.

—Si se me permite, yo me retiro —dijo Natalia envolviendo al duque en una mirada irresistible—. Hasta la vista.

—En efecto, podemos entendernos sin ella; siéntate Walter.

Y antes de que el duque tomase la palabra, Moran continuó:

—¿Te acuerdas de mi pobre hermano que se suicidó en Marsella? Era un desgraciado, un tonto: si él me hubiese dicho del modo que adquiriría el dinero que me mandaba, habría yo ocupado su puesto, porque no tengo escrúpulos y me ha gustado siempre vivir con holgura. Recuerdo ahora que te he visto varias veces en casa de mi hermano, mas entonces llevabas barba y no te fijabas en mí que era demasiado joven para tu atención. Sin embargo, ya entonces no me faltaba astucia. Cuando supe por la carta que mi hermano me escribió antes de matarse el secreto que le atormentaba, quise ir en tu busca para saber si Enrique había matado a la vieja Laclaire, cosa que dudaba porque en casa de mi hermano, no se encontró un solo céntimo de la víctima.

El duque que a pesar de su firmeza estaba impaciente, respondió con voz alterada:

—No sé, no recuerdo; han pasado algunos años y no tengo más que una idea vaga de tu hermano, un espíritu débil que no rehusaba el dinero, pero que no quería comprender que quien se lo daba pretendía que mantuviese los pactos hechos: no, él no era apto para nuestra carrera.

Moran se estremeció, pero en su rostro no mostró, no se reflejó, emoción alguna.

—Era demasiado tímido —dijo—, no creía correr a su trágico fin. Mas por los

detalles que me han dado, comprendo que lo que a él no convenía, a mí se me adaptaba perfectamente.

»Yo hice amistad con Vital y por mediación suya y de otros, entré en relaciones con Greinord, comprendiendo que si yo quería podía dominar en aquella formidable Sociedad, donde no solo faltaban hombres fuertes y audaces, sino llenos de inteligencia, de voluntad, de astucia.

»Lo demás ya lo sabes, como también el motivo que me entretiene en Torino. Tú puedes dar una prueba de adhesión a la Sociedad y al mismo tiempo hacernos ricos a los dos, solo con sacrificar a una mujer que no amas y con la que te has casado por miras interesadas...

—Tienes razón. Pero ¿cómo has podido conquistar a mi esposa?

—No me fue difícil, dado su temperamento romántico. Ya ves que no soy de aquellos hombres que como tú, ocultan sus pensamientos. Voy derecho a mi objeto sin ambages. Tu esposa era la víctima designada por nuestro común interés y yo no tenía tiempo que perder para hacer la conquista; por eso escogí un lugar adecuado para un negocio que debía tener una triste solución: el cementerio.

Moran hablaba con desenvoltura y con ademanes que sorprendían y espantaban al duque.

Pero al pensar que aquel hombre soñaba su perdición y la posesión de Natalia, Mauro desechó sus aprensiones mostrándose audaz y desenvuelto.

—Mañana te presentaré a mi esposa —dijo—, y suceda lo que deba suceder.

Le pareció al duque ver un relámpago de triunfo en los ojos de Moran y pensó entre sí:

«Cree hacerme caer en el lazo y no sabe que quien caerá es él, igual que cayó su hermano».

—Te doy las gracias —dijo Moran—. Y ya que estamos de acuerdo, podemos marchar juntos; tiempo tendrás de estar con Natalia.

El duque le siguió dócilmente, mas con el espíritu y el corazón agitados.

Cuando los dos hombres salieron del saloncito entraron en él Natalia y Blanca, unidas ahora por una verdadera amistad.

—Ya ves con qué tranquilidad habla de mi muerte, ante la idea de poseerte —dijo sonriendo tristemente la duquesa—. ¿Y con tanto amor, no se conmueve tu corazón?

Lágrimas de vergüenza y de rabia brotaron de los ojos de Natalia.

—Lo odio cada vez más —exclamó—, y me avergüenzo de la farsa que tengo que representar para vengarme y vengar a las otras víctimas. Cuando sus labios se posaron en mi mano, creí morir de emoción. Afortunadamente nuestro suplicio tendrá término en breve.

—Pero ¿tú crees que yo pueda librarme de él? —dijo Blanca—. Es un vil y se rebajará a todas las humillaciones para que le sea respetada la vida. ¿Y tú no me has prometido que no se verterá sangre y que mi nombre quedará, sin mancha?

—Te lo prometo aún.

—¡Oh!, ¿quién habría nunca pensado el día en que llena de orgullo entregaba mi mano al duque que su diestra estaba manchada de sangre, y que iba a ser la esposa de un jefe de asesinos?

—La juventud se engaña fácilmente con las apariencias —agregó tristemente Natalia—. Y si las jóvenes en vez de entregarse sin reflexionar al primero que les susurra unas palabras de amor, si en vez de seguir los impulsos del corazón, escuchasen las razones y los sabios consejos de sus madres, ¡cuántos desengaños menos habría en el mundo! Pero ahora es inútil pensar en eso y yo seré feliz si a cambio de los dolores sufridos, puedo hacer brillar mi inocencia y juntarme con mi hija y con mi marido para no separarme más de ellos.

—¡Cómo te ama Mauro! —murmuró Blanca—. ¡Y con cuánta indiferencia me condena a muerte y espera disfrutar contigo, el fruto del crimen!

Y con un arranque que recordaba en ella a la joven altiva y violenta de otras veces, exclamó:

—Yo no soy menos hermosa que tú, y no he podido inspirar las pasiones que tú has sabido inspirar. Vital dio por ti, la honra y la vida.

—No me lo recuerdes —interrumpió con terror Natalia—. Creí enloquecer el día que supe su horrible profesión. Sin embargo, no renegué de él, y tuve valor para asistir a su suplicio.

Blanca animada prosiguió:

—El conde De Malin ha olvidado, por tu amor, que eras la viuda de un ajusticiado.

—Pero tiene el alma de un héroe... Preferiría cometer un delito, antes de perderle, de faltarle.

—Te ha sido fiel a pesar de tu condena. Mi marido por ti, desafía todo peligro, no ve los lazos que le tienden, no tiene ni una sombra de piedad para mí, no sueña más que con poseerte.

Natalia fijó en la duquesa una mirada suplicante.

—Sé generosa —murmuró—, compadéceme. ¡Si tú supieras cuántas veces he maldecido esta hermosura que fue causa de faltas y delitos! Pero tú también eres amada, amada noblemente por un hombre, que teniendo el sagrado deber de vengar a su hermano, se preocupa de tu honor, de tu salvación y daría sin vacilar la vida, por evitarte un disgusto.

Un ligero rubor, que enseguida desapareció, coloreó las mejillas de Blanca.

—Tienes razón —dijo—. Fausto me ofrece una prueba grande de su pasión y yo no tengo derecho a lamentarme; perdóname.

Las dos mujeres se abrazaron como hermanas.

## IV

Dick se guardó muy bien de enterar al duque de la visita de su esposa durante su ausencia comprendiendo que daría un disgusto al duque y perjudicaría a la duquesa. Pero una tarde que Jack fue a verle, no pudo por menos que contárselo a este todo.

—Comprendo —agregó—, que la duquesa sea dueña de venir aquí cuando quiera, pero desde que se ha restablecido con el duque en Torino no la había visto.

—La duquesa debe de estar poco de acuerdo con su marido —dijo la madre de Jack—. Y no comprendo qué ha venido a hacer con aquellos tres hombres que Dick me ha dicho que traía consigo.

Jack miraba a su padre con inquietud.

—¿Tres hombres? —repitió.

—Sí —respondió Dick—, en uno de ellos, me pareció reconocer a un amigo del duque, el otro era un aristócrata para mi desconocido, el tercero que entró con ellos en la quinta no podía ser más que un criado porque a su venida iba sentado al lado del cochero. La duquesa tenía la llave de la verja y la de la quinta; no quiso que la acompañase y me ordenó que me quedase al cuidado del caballo.

Jack escuchaba con ansia.

—¿No intentó interrogar al cochero?

—Lo hice y me respondió con un gruñido; estoy seguro de que no me entendía.

—¿Estuvieron mucho tiempo en la quinta?

—Media hora y solo en las habitaciones de la duquesa, porque abrieron las persianas mientras que las del duque permanecieron cerradas.

—En aquellas habitaciones no podían entrar, porque el duque tenía la llave —dijo Jack.

—Escúchame, hijo mío —dijo gravemente Dick—. Yo debo mucho al duque, porque sin él me encontraría con tu madre en medio del arroyo, y tú mismo no tendrías una colocación tan ventajosa; pero mira, tu madre y yo no estamos tranquilos; nos parece que sobre esta casa pesa un misterio doloroso: tú mismo, no eres el hijo de otras veces, y me parece que desde hace algunos días estás triste y preocupado. ¿Qué es lo que sucede? ¿No tienes confianza en mí?

—¿Ni en tu madre? —agregó con voz conmovida la esposa de Dick.

Jack escuchaba nervioso y procuraba esquivar las miradas de sus padres.

Hizo un esfuerzo y sonrió.

—Viven ustedes en tal soledad —dijo—, que todo se les ensombrece y creen en fantasmas imaginarios. El duque y su esposa no son por cierto la pareja mejor avenida, pero esto sucede en todas las grandes casas. El marido goza de su libertad, la mujer hace otro tanto, y solo delante de los criados, sostienen su decoro. Pero no veo nada de triste, ni de misterioso en todo esto. He venido a avisarles que el duque



vendrá a pasar unos días aquí y hay que ventilar las habitaciones y limpiarlas, porque no conducirá consigo ningún criado.

Jack trataba de parecer desenvuelto, aunque estaba triste y oprimido.

¡Ah!, ¡si sus padres tan rectos, y escrupulosos lo hubiesen sabido todo se horrorizarían de servir a tal duque, y maldecirían el día en que habían aceptado aquel pan bañado en sangre!

Lo que pretendía el duque de él era horrible.

¡Tener que asistir al asesinato de la duquesa y asesinar a Almach!

El duque le había confiado su coloquio con Natalia, la compañera de Almach, que no era otro que el hermano de aquel Enrique Dalma, creído el asesino de la vieja Laclaire.

Estos detalles sorprendieron a Jack.

—¿Almach sabe —dijo temblando— que su hermano era inocente, y que el asesino fue un compañero suyo de la fábrica?

—Si lo hubiese sabido —respondió el duque encogiéndose de hombros—, no habría entrado en nuestra Sociedad. Almach no sueña ahora más que con los millones de mi esposa y la posesión de Natalia, y persuadido de que yo ignoro sus planes caerá en el lazo que le he tendido. Siguiendo su deseo, lo presenté yo mismo a la duquesa.

Jack se estremeció. Su principal tenía el alma de un demonio. ¡Ah! no, Jack no creyó nunca que tan horribles acontecimientos turbarían su vida; y su carácter en el fondo dulcísimo, se espantaba ante tanta monstruosidad. Mientras se trataba de seguir una pista, de indagar la vida privada de una persona, de ser el cajero de la Sociedad, Jack cumplió sus encargos, tranquilo, altivo, desafiando todos los peligros sin que su paz fuese turbada; pero tener que asistir impasible al asesinato de un inocente, tener que herir él de muerte, esto lo llenaba de terror, le infundía una especie de desesperación.

Jack sentía disminuir sus energías, no dormía por las noches y cuando el duque lo llamaba, temblaba como un niño, sintiéndose desfallecer de angustia y pareciéndole siempre que le oía decir:

—Es para esta noche.

Quiso persuadir al duque para que desistiese de su idea y se contentase con el castigo de Almach, dejando tranquila a la duquesa.

El duque se había reído en su cara.

—Si tienes miedo —le decía—, vete, pero piensa lo que me debes, recuerda tus juramentos.

Jack bajaba la cabeza repitiendo:

—Yo soy su esclavo: mi vida, mi honor, todo es suyo: mandad y obedeceré.

Una mañana pasaba Jack por el Pó, cuando del palacete del conde De Malin salió la sobrina de Ghita.

La mujer iba sola a cumplir un encargo de su tía. La vida regalada y tranquila, los alimentos sanos y sustanciosos, la habían rejuvenecido y Jack se conmovió

dulcemente al verla.

Ana también lo conoció, y se ruborizó; pero alargó el paso para huir de su encuentro.

Jack se acercó a ella.

—Colomba —dijo con dulce acento, llamándola con el nombre con que la había conocido—. ¿Tiene miedo de mí?

Ella fijó en él una mirada de tristeza y de reproche.

—Sí —respondió con franqueza—, porque después de salvarme la vida, quiso hacerme cometer una acción mala, infame, de la cual habría tenido que dar cuenta a la justicia humana y a la divina.

Repetía las palabras de su tía, con una expresión dolorosa, que sorprendió al coloso, lo turbó.

Pero este quiso sobreponerse a su sentimiento, y apelando a todos los recursos de su hábil elocuencia para con Coloma exclamó:

—Su acusación es injusta. Yo obré con buen fin.

—¿Llama buen fin a querer arrancar a una madre inocente, honrada, su hija única, por complacer a su dueño miserable vil? —dijo Colomba resueltamente mirando sin temor al pobre Jack.

—¡Colomba! —balbuceó este aturdido.

—¡Déjeme! —continuó la sobrina de Ghita—, no quería escucharle más porque me haría cometer otras locuras. Y yo he resuelto mantenerme honrada. Usted me engañó, puesto que desde el momento en que yo le escribí diciéndole que podía presentarse a mi tía a pedirme por esposa, si los sentimientos de usted eran sinceros, desapareció y hasta ahora no ha reaparecido.

Jack balbuceó:

—No ha sido culpa mía; no he podido.

Colomba no quiso escuchar razones.

—No, no puedo creerle —dijo—. Usted temía ser reconocido. Yo ya tenía tanta confianza en usted, y habría sido tan feliz demostrándole mi reconocimiento, dedicándole mi vida entera...

El coloso estaba aturdido, embriagado. En su existencia de dolores, de devociones, no había oído nunca una palabra dulce de una mujer. Amaba a su madre, pero esta parecía haber perdido su ternura desde que murió de modo infamante su única hija. Así que las frases de Colomba produjeron en él una sensación deliciosa, a la vez que causaron remordimiento por no poder contestar como habría querido.

Y tan solo murmuró:

—¿Usted me habría amado, consintiendo en ser mía para siempre?

—Sí —respondió con franqueza la mujer—. Yo no me creía digna de usted; pero tenía la certeza de que podía ser aún una compañera fiel, honrada; y mi tía, habría bendecido nuestra unión. Pero usted no lo ha querido: déjeme proseguir mi vida en paz. Olvide que me ha conocido que yo haré lo mismo.

Escuchándola, sentía en su corazón una emoción extraordinaria: sus ojos estaban llenos de lágrimas.

No, la felicidad no estaba hecha para él: ¡él no sería nunca marido, ni padre!

Aun cuando su asesinato no fuese descubierto, no osaría ofrecer una mano manchada de sangre, a una mujer que lo amase sinceramente.

No, él no traicionaría al duque, pero renunciaba a todas las alegrías puras de la existencia. Y luchando contra las tentaciones dijo en tono grave:

—Usted tiene razón: yo no merezco ser feliz; pero créalo, Colomba, soy más desgraciado que culpable... y cuando dije que la amaba era verdad; no me maldiga.

Y antes de que la mujer tuviese tiempo de responder, Jack la estrechó entre sus robustos brazos, la besó en la boca y huyó dejándola vacilante, desconcertada.

Aquella misma tarde cuando aún se hallaba Jack preso de una grande desesperación, el duque le dijo:

—Entre Almach y yo lo hemos preparado todo, para la noche del sábado. Es necesario que me disponga a recibir a Natalia en la quinta y a entregarte los documentos que has de poner en la ropa de mi rival. Es necesario acabar, porque mi amor por Natalia no admite más dilaciones.

Jack no respondió: la cabeza le pesaba y sentía oprimirse su corazón.

—¿Me has comprendido? —prorrumpió irritado Mauro.

Jack se estremeció.

—Sí, duque.

—¿No temblarás en el momento oportuno, y sabrás desempeñar el encargo que te he confiado?

—Lo he prometido, y sostendré mi palabra.

—¡Bien, piensa que de ti solo depende mi riqueza, y mi felicidad futura!

—La tendrá, aun cuando haya de pagarla con mi sangre y con mi condenación eterna.

—Tú eres un criado fiel: ¡gracias! —exclamó el duque radiante, estrechando la callosa mano de Jack.

Pero aquel apretón de mano que otras veces habría llenado de placer al expolicía, ahora le producía un amargo sufrimiento, porque le firmaba su sentencia de muerte; Jack había decidido no sobrevivir a su crimen.

Conforme a lo convenido Mauro presentó a Moran a la duquesa; Blanca dio muestras de una ingenuidad encantadora, y dijo que había conocido al joven en el cementerio, a donde él fue a contemplar los monumentos. Añadió que Moran se había emocionado ante la tumba de la duquesa y que le dijo que había conocido a la difunta en Alemania y que era amigo de su hijo.

Moran por su parte agregó que viendo a la joven de luto por la reciente muerte de su madre, no se atrevió a pedirle que le presentase en el palacio y que se decidió a esperar una ocasión más favorable para acercarse al duque y reanudar con él su antigua amistad.

Y la ocasión llegó.

El duque manifestó que había encontrado a su amigo en un paseo, que se reconocieron, felicitándose de encontrarse en Torino, después de algunos años de separación y que habiéndole hablado el joven de la casualidad que le hizo conocer a la duquesa, él se ofreció a presentársela.

Quien hubiese oído y visto a aquellas tres personas hablar con tanta ingenuidad en el saloncito de Blanca, no se habría imaginado nunca el íntimo drama que se desarrollaba en sus corazones, en sus cerebros.

El duque pensaba que la suerte de su esposa y la de Almach ya estaba decidida y que Natalia al final sería suya, lo mismo que los millones de la duquesa. Blanca creía llegado el momento de desenmascarar a su marido, el cual si no era un vil, debía hacerse justicia con sus propias manos. La joven sentía un gran reconocimiento hacia Moran, quien le prometió que ningún escándalo envolvería su nombre, añadiendo que tenía el medio de rehabilitar la memoria de su pobre hermano y de hacer justicia a Natalia, sin que el honor de la casa del duque se comprometiese. Moran sentía ansias de acabar con aquella farsa, librando a Blanca y a Natalia de una terrible pesadilla.

El joven desde aquel día, se dedicó a frecuentar el palacio y a ganarse las simpatías de los criados. El duque lo dejaba obrar riéndose enigmáticamente. Mauro se ausentaba muy a menudo por ver a Natalia, cada vez más enamorado de ella, y en cuyas palabras fingía creer mientras aguardaba el momento de tomar el desquite...

Era una espléndida noche la señalada para acabar con la duquesa y con Almach.

El duque que desde hacía algunas semanas iba todas las mañanas a la quinta con el fin de que todo estuviese en orden aquella noche para recibir a Natalia; la misma mañana del citado día habló con el guardacaza y con su esposa que debían recibir a la joven y hacerle compañía, hasta la llegada de Mauro.

Después volvió a la ciudad, se encerró en su habitación con Jack, y dio a este las últimas órdenes entregándole las cartas que debía meter en los bolsillos de Almach, después de matarlo.

—Cuando todo esté concluido —dijo el duque—, irás a la quinta donde estaré yo con Natalia.

»Esta noche, mientras yo entretengo a la duquesa te encargarás de verter en las botellas que ofrecerás a los criados de la duquesa después de la cena, los polvos que nos han servido otras veces para adormecer a las personas que podían estorbarnos.

Jack escuchaba lívido como un cadáver y temblando de pies a cabeza.

—Sí, duque, le obedeceré —dijo en voz baja.

Mauro le miraba fijamente.

—Se diría que te disgusta el encargo, o que tienes miedo —observó con aspereza.

—Se engaña —respondió Jack—. Yo no tengo más que una palabra y haré todo lo que manda; recuerde tan solo que he pagado bien cara mi deuda de gratitud con usted.

—¿Un reproche?

—No, duque; simplemente un recuerdo. ¡Qué quiere! Si se tratase solo de Almach no tendría el más pequeño escrúpulo; pero asistir al asesinato de la duquesa me turba, y siento en mi corazón un estremecimiento de horror.

—Eres un tonto; no te creía tan débil para las mujeres; pero tanto me has prometido, que creo poder confiar en ti.

—Puede confiar duque, porque mi vida y mi honor son de usted.

Mauro le estrechó la mano, y fue a cambiarse de ropa, para unirse a la duquesa en el comedor.

Conforme se acercaba la hora del crimen, más recobraba el duque su terrible sangre fría.

La duquesa estaba hermosísima, con un vestido blanco descotado, y un ramo de rosas blancas puesto en el pecho; recibió a su marido sonriendo.

—¿Tienes pensamiento de salir esta noche? —dijo el duque sentándose a la mesa.

—No —respondió Blanca—, no me muevo de casa. ¿Y tú?

—Si me lo permites, me quedaré a hacerte compañía.

—Ya sabes que acostumbro a acostarme temprano.

—Yo no te lo impediré tampoco.

Después hablaron de otras cosas. El duque no estuvo nunca tan alegre como aquella noche.

—¿Has visto hoy a Moran? —preguntó a Blanca.

La duquesa se ruborizó y movió la cabeza negativamente.

Después de la comida, se retiraron a un saloncito para tomar el café. El duque tuvo tentaciones de verter en la taza de su esposa el narcótico de la cajita que llevaba en el bolsillo. Pero una reflexión lo detuvo. Si la duquesa se dormía, todo el plan formado con Almach se deshacía. El joven le dijo que aquella noche tenía una cita con Blanca, a una hora en que todos durmiesen y el palacio estuviese cerrado. Almach tenía la llave de entrada y Blanca abriría la puerta de su habitación.

Era necesario que estuviese despierta.

Mauro no se estremeció ante la idea de que dentro de pocas horas aquella mujer sería cadáver, y sonreía pensando en la promesa hecha por él a Almach de permanecer en el palacio hasta que todo estuviese terminado para juntarse después con Natalia. Almach tenía concebido el pensamiento de hacerlo pasar por el asesino de su esposa, en tanto que sería él quien huiría con la viuda de Vital.

El duque y su esposa, después de tomar el café, permanecieron algún tiempo silenciosos, abismados en sus pensamientos.

Un reloj tocó las diez.

—¿Tan tarde? —exclamó Blanca—. No lo habría creído.

—Desde que se cena a la hora en moda —respondió Mauro riendo—, las noches pasan como un relámpago.

—Yo me siento cansada y me retiro.

—Te acompaño hasta tu alcoba.

—No, gracias —respondió Blanca tomando otra vez su acento burlón—. Mis concesiones no son hasta allí.

Tocó la campanilla y compareció una camarera que parecía medio dormida.

El duque se sonrió entre sí.

«Jack ha empezado bien» pensó.

Y tendiendo la mano a su esposa, dijo:

—Entonces, buenas noches, Blanca.

—Igualmente, Mauro.

—Hasta mañana.

—¿Permanecerás aquí?

—No, me retiro también a mi alcoba.

Blanca le hizo un gracioso ademán con la mano y salió del salón con su camarera.

De pie a la puerta, Mauro la vio alejarse sin estremecerse; después pasó a su alcoba.

Allí permaneció un rato hasta que, devorado por la impaciencia, tomó el sombrero y los guantes y salió por la puerta secreta.

Pensaba en aquel momento que Natalia lo esperaba.

Tomó un coche de plaza y se hizo conducir a la quinta. La noche era templada y el cielo estaba límpido. La luna brillaba iluminando las calles como en pleno día.

«Morir cuando se es joven, cuando se presenta tan bella la vida» pensó el duque.

Un temblor le invadió pensando en Blanca. Pero ¿merecía ella su compasión? ¿No se entregaba al primer hombre que se le puso delante con la seducción del misterio? ¿No estaba en su derecho de matar a los dos?

Blanca le odiaba; estaba seguro.

Muerta Blanca, él sería dueño de todo, merced a su falso testamento; Almach sería reconocido como el formidable Walter, jefe de la Sociedad de ladrones y asesinos internacionales; Jack pasaría por héroe, porque diría que habiendo oído un grito que partió de la habitación de la duquesa, a tiempo de levantarse él para unirse

al duque en la quinta donde tenía que hacer algunos trabajos, entró en la alcoba y mató al asesino. Y Natalia, abandonada por todos, caería vencida entre sus brazos.

Sí, todo estaba dispuesto perfectamente y no sentía el más pequeño remordimiento.

El coche corría, y el duque continuaba fantaseando sin avergonzarse de sus pensamientos, sin tener la clara percepción de su degradación moral. Ni la memoria de su adorada madre le causaba la más pequeña turbación. Solo la imagen voluptuosa de Natalia se le aparecía acrecentando su fiebre de amor, de deseo.

El coche se paró a la verja de la quinta. Dick salió a abrir.

—¿La señora ha llegado? —preguntó el duque.

—Sí —respondió brevemente Dick—, y mi mujer está a su lado.

El duque pagó al cochero y lo despidió y siguió a Dick, el cual cerró la verja y preguntó:

—¿Y mi hijo?

—Lo he dejado en el palacio, y vendrá por la mañana; pero como tiene llave, tú y tu esposa podéis ir a descansar.

Dick no respondió. Si el duque hubiese podido observarlo bien, se habría sorprendido espantado al ver la expresión de su fisonomía. Tenía el entrecejo fruncido, los labios apretados y los ojos brillantes, y de una mirada siniestra.

Mientras subían la escalera que conducía al vestíbulo, el duque preguntó:

—¿A qué hora ha llegado la señora?

—Cerca de las ocho.

—¿Os ha hecho alguna pregunta?

—No; solamente me ha dicho que no la condujese a las habitaciones de la duquesa madre, porque tendría miedo. Le respondí que tenía orden de conducirla a las habitaciones del señor duque. Entonces me siguió.

—¿Ha llegado sola?

—Sí: ¿debían venir otros con ella?

—No, no, preguntaba...

Estaban en la galería que conducía a su habitación y el duque se paró un instante porque sentía el corazón oprimido.

En la galería, entre las plantas, había diversas estatuas de mármol que iluminadas por la luna parecían fantasmas.

El duque sintió un estremecimiento singular y para substraerse a su impresión, dijo en alta voz:

—¡Vamos!

—La señora ha querido permanecer en el salón amarillo —observó Dick.

—Está bien, déjame; ahora vendrá tu esposa y podréis retiraros a vuestra casa.

Dick no respondió. Mauro entró apresuradamente en sus habitaciones. Al pasar al saloncito, oyó la voz suave de Natalia que decía.

—Ya tarda.

Su corazón latió con violencia, todo su ser se conmovió y su excitación desapareció completamente.

Abrió la puerta y entró. Natalia lanzó un ligero grito que parecía de alegría y se levantó de la butaca en que estaba sentada.

Vestía un traje de viaje de corte inglés, que le sentaba perfectamente y la hacía parecer más joven. No llevaba sombrero y su espléndida cabellera estaba artísticamente recogida sobre la nuca.

—¡Por fin! —dijo ella tendiéndole la mano que el duque llevó a sus labios.

Mauro se volvió a la esposa de Dick, diciéndole:

—Puedes marcharte; tu marido te espera y la señora no necesita de tu compañía.

La mujer se inclinó y salió sin responder.

Natalia y el duque quedaron solos. Ella se sentó en el sitio de antes y Mauro quiso poner un cojín de terciopelo en el suelo y sentarse a sus pies.

Natalia no se opuso, pero parecía muy conmovida.

—¿Irá todo bien? —preguntó con voz trémula.

—He dispuesto todas las cosas, de modo que nuestros planes no puedan resultar fallidos: puedo asegurártelo —murmuró el duque—. Almach estará aquí antes de ser de día, y repartiremos el botín, antes de la partida; pero no nos ocupemos ahora de esto; hablemos de nosotros; aquí nadie nos estorbará ni nos escuchará.

Sus ojos la miraban con una ternura inexplicable. Trató de cogerle una mano: Natalia la retiró haciendo un gesto de terror.

—No quiero —murmuró con acento entrecortado— hablar de amor en este momento... Sabe que yo no soy débil; desafío impasible cualquier peligro, y lo he demostrado; pero soy supersticiosa y no podría oír pronunciar una palabra de amor mientras que la muerte vuela a nuestro alrededor. Piense que quizá en estos momentos están asesinando a su esposa... ¿No la ve allí luchando, queriendo escapar a su asesino?... Déjeme... Déjeme...

Natalia se levantó y se puso a pasear por el saloncito como presa de una grande agitación.

El duque sintió una sensación extraña. Se decía que aquella mujer no temía por ella ni se horrorizaba por el asesinato, sino por el peligro que corría Almach, por miedo a que fallase el golpe y él fuese descubierto.

—¿Y es este todo el valor de que se alaba? —exclamó—. ¿No me ha dicho que la vida de la duquesa no vale nuestro amor, nuestro bienestar venidero? ¿Qué teme? —prorrumpió el duque levantándose.

—Yo temo ahora —respondió Natalia parándose delante de él—, que un día, cansado de mí, me haga sufrir el mismo destino... de su esposa. Y yo deseo vivir para mi hija.

—¡Usted nada tiene que temer! —exclamó en un arranque de pasión el duque—, sabiendo como la amo yo; lo que por usted siento, no es un capricho pasajero, sino una pasión que inflama mi sangre, mi alma. Por poseerla, pasaría no solo sobre el



cadáver de mi esposa sino sobre el de todos aquellos que se me opusieran. Natalia olvide lo que está lejos de nosotros, deme al menos un instante de felicidad, de ilusión.

El rostro de la joven sufrió una contracción repentina.

—No, no... déjeme... más tarde... —murmuró.

El duque a pesar de sus violentos deseos, no quiso insistir, sabiendo que de ningún modo sería suya la victoria.

¿Natalia no sería suficientemente castigada con la noticia de que su amante a quien esperaba, había caído en el lazo tendido por él?

—Pues bien, esperemos —dijo con acento resignado—. Pero no se agite así, vuelva a sentarse.

Natalia obedeció dulcemente; él volvió a sentarse a sus pies, preguntándole:

—¿Dónde dejó a su hija?

—La he entregado a mi hermana Gemma, esposa de un hombre honrado y la cual la quiere como si fuera su hija. No quiero llevarla conmigo, ni que ella tenga algún día que avergonzarse de su madre si sabe que se ha entregado al «hombre malvado» que empezó a odiar desde niña y al que odiará siempre.

Los ojos de Mauro brillaron.

—¡Es verdad —dijo—, que los beneficios hechos, no han sembrado más que ingratitudes! Su marido murió maldiciéndome y yo no le hice más que bien, mostrándome con él demasiado generoso; he tratado de sacar a su hija de la miseria y me ha odiado; ¿y quién no dice que usted misma que antes me ha herido a muerte, no medite una traición contra mí?

Natalia experimentó un brusco sobresalto.

—No, no lo pensó, ¿verdad? —balbuceó.

Mauro rompió en una ruidosa carcajada y miró el reloj.

—¡Se aproxima la hora... la hora de la victoria! —exclamó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Natalia cuya agitación pareció cesar.

Pero Mauro que la miraba fijamente dijo con voz lenta:

—Quiero decir, que a estas horas, habrá terminado todo, y dentro de poco usted misma caerá en mis brazos pidiéndome que la salve.

—¿No estamos ya de acuerdo, respecto a partir juntos?

—¡Qué hábil es para mentir, Natalia! Si yo le hubiese creído, me habría echado en el seno de la muerte sin defenderme después de haberme deshonrado. Pero la farsa cruel herirá a mi rival, que me precederá a la tumba, llevando consigo mi secreto.

Natalia se levantó de nuevo y fingió un gran espanto.

—No le comprendo, Mauro... —balbuceó—. ¿Qué no cree en mi amor?

—¡No! —prorrumpió el duque exaltándose y acercándose a ella con violencia—. Lo sé todo, entiende, todo... Tú me odias como antes, más que antes... Tu amante es Almach... con él lo combinaste todo para perderme... pero una persona supo advertirme a tiempo del peligro que corría, y tomé mis medidas, ¿comprendes?... Sí,

la duquesa morirá a manos de Almach; pero este no escapará de las de mi fiel Jack...

—¡Usted quiere espantarme, duque!

—No, Natalia; pero creo inútil prolongar más esta siniestra comedia que ambos representamos. No lo niegue —agregó tratándola otra vez de usted—. Almach es su amante...

Natalia se sonrió; permanecía delante de él, altiva, audaz.

—Yo nunca he tenido amantes —respondió—. No he tenido más que dos maridos: el primero fue su víctima; al segundo he podido salvarlo de usted. Sí; quitémonos la máscara tenida hasta ahora y cesemos de engañarnos a sabiendas; el drama, no la comedia, ha durado demasiado; pero ¡si Dios quiere, habremos llegado al último acto!

—¿Y cuál cree que será el argumento? —interrumpió el duque—. Ya se lo he dicho: usted me ha tendido un lazo. Almach, después del asesinato de mi esposa, vendría aquí y yo sería otra víctima; ustedes habrían huido con el dinero robado; pero yo he deshecho sus planes: será él quien morirá, y usted Natalia, quedará en mi poder.

—No lo estoy aún, y puedo repetir que le odio.

Él sonrió amargamente.

—Su odio cesará cuando se vea abandonada de todos, privada de recursos y en peligro de ser nuevamente encarcelada. Natalia, su altivez ahora está fuera de lugar; usted misma ha venido a ponerse en mis manos: ha irritado mis deseos, acrecentando la pasión insensata que siento por usted y que nunca me ha abandonado. ¿Quiere que yo sea tan loco que la deje escapar? Vea que no se lo mando, se lo ruego; no trato de obtenerla por la fuerza, sino por la persuasión. Lo repito Natalia: dentro de poco tendrá la prueba de que no miento, de que todos sus planes están deshechos, de que yo solo le resto: resígnese y tiéndame la mano.

Natalia tuvo miedo al verlo junto a ella exaltado, con los ojos brillantes y la mano tendida.

Pero no quiso demostrarlo, y retrocediendo un poco, dijo audazmente:

—Antes quiero estar persuadida de que no me engaña, de que he caído inocentemente en un engaño; de que Almach no sostiene su palabra.

Se oyó en aquel momento el lejano ruido de un coche que se iba acercando.

—¡Ah! ya está ahí —exclamó Natalia, dirigiéndose hacia la puerta por la cual había entrado.

—Espérese —dijo el duque sin moverse—. No es él quien viene; mire como yo estoy quieto en mi sitio; no es necesario que vaya a abrir.

—¿Quién viene pues? —preguntó Natalia.

—Ya lo verá; pero puede empezar a rezar por su amante.

—Y usted por la duquesa, ¿no es verdad?

Diciendo esto, Natalia batió palmas en son de burla. El salón amarillo tenía tres entradas: una comunicaba con la habitación que daba a la galería, la otra con la alcoba de Mauro y la tercera con un gabinete, desde el cual se podía pasar por medio

de un corredor a la habitación de la difunta duquesa.

A las palmas de Natalia, las tres puertas se abrieron y en cada una de ellas apareció una pareja que espantó y dejó ciego de cólera al duque. ¡Eran su esposa con Moran, el conde Pedro, con la hija de Natalia y Franz con Mugheta!

## VI

Jack volvió a la alcoba del duque después que este partió presa de una crisis nerviosa, que se resolvió en sollozos.

Infundía piedad, aquel coloso abatido, sollozando como un niño.

Sufría grandes tormentos al pensar que tenía que dejar asesinar a la duquesa y que después había de matar a Almach. No podía ocultar su horror, pero tenía que obedecer. Era necesario: la felicidad del duque lo exigía.

Pero Jack no podía soportar, después de aquel crimen, las miradas de sus padres: debía morir... Y moriría sin revelar su terrible secreto a sus padres, para que la maldición de ellos no le siguiese a la tumba. ¿No bastaba a los infelices viejos con la muerte de su hija deshonrada?, ¿debía correr la misma suerte el hijo que ellos creían honrado, al servicio de un aristócrata, cuyo apoyo habrían despreciado, al saber lo que este les costaba?

La hora se acercaba.

Jack enjugó sus lágrimas y recobró un poco de calma. Todo ruido en el palacio había cesado: los criados bajo la potencia del narcótico vertido por él en la botella que les regaló, dormían profundamente y hasta la mañana ninguno despertaría.

Jack bebió un vasito de cognac y siempre triste, pero en plena posesión de sus fuerzas, metió en sus bolsillos las cartas que le entregó el duque, cualquiera de las cuales habría bastado para perder a Mauro y a su cómplice; cogió un grueso bastón que en sus manos, sería una formidable maza y le serviría para aturdir a Almach y hacerle rodar por tierra; llevó consigo un cuchillo y con las mayores precauciones pasó a las habitaciones de la duquesa, por un corredor, cuya puerta había dejado abierta.

Escuchó con atención, pero no oyó ruido alguno; la luz que llevó consigo alumbraba la oscura antesala.

La habitación de la duquesa, parecía estar en tinieblas.

Jack había puesto un pie en el cuarto tocador con ánimo de pasar a la alcoba de la duquesa, cuando de pronto, se sintió agarrado, tendido en el suelo y ligado sólidamente, mientras que un pañuelo de seda le tapaba la boca.

El desgraciado no lanzó ningún grito; parecía que presentía aquella agresión y si sintió terror fue por el duque.

«Es él, quien se ha perdido», pensaba, «no ha querido escucharme... ¡Ah, mis presentimientos!».

Unas manos robustas lo levantaron, y poco después se encontró sentado en una butaca de un saloncito espléndidamente iluminado y en presencia de la duquesa, de Moran, de la hija de Natalia, de Mugheta, del conde Pedro y de Franz.

El primer pensamiento que cruzó por la mente de Jack fue de consuelo al ver que

la duquesa estaba viva. ¿Qué le importaba su vida, si moría con las manos limpias de sangre humana?

Estaba resignado a todo y solo pensó con dolor, en el duque.

—¿Por qué no ha querido escucharme y renunciar a aquella mujer?

—¡Regístralo, Franz! —dijo Moran en alta voz.

Los ojos de Jack encontraron los del antiguo criado del duque, que lo miraba con ojos brillantes de satisfacción, pero no pudiendo hablar el coloso a causa de la mordaza se limitó a pensar:

«¡Traidor!».

En un momento, Franz le desembarazó los bolsillos. Cuando pasaron las cartas del duque a poder de Moran, Jack sintió un frío mortal, mientras que el joven después de pasar rápidamente la vista por ellas, dijo con acento de triunfo:

—Veo que he adivinado: estas cartas atestiguan lo que era el duque; tratan de la terrible asociación que le eligió por jefe. Están en poder de este, porque el duque le había ordenado matarme y colocarlas en mis bolsillos para infamar mi memoria. Así podía gozar él en paz del fruto de sus crímenes. La prueba es que este miserable ha narcotizado a toda la servidumbre, no pensando que esto nos ayudaba a nosotros, porque cuando despierten los criados, nuestra obra de castigo ya estará realizada y nada sabrán de lo ocurrido esta noche. Franz, quítale la mordaza: él confesará.

—No tengo nada que confesar —pronunció Jack cuando tuvo la boca libre—. Estoy en sus manos; mátenme.

—Nosotros no somos asesinos —dijo gravemente Moran—. Mira, aquí junto a mí están la duquesa Blanca de Vulman, el conde Pedro De Malin, y la hija de Natalia. Debes, pues, comprender que el nombre de Almach es falso, y que delante de ti, no está más que el hermano del infeliz Enrique Dalma, el que prefirió matarse antes que cometer un asesinato. Pero su memoria ha sido infamada, y tú puedes ayudarme a rehabilitarla.

Jack permaneció en silencio; una lividez mortal corría por su rostro.

La hija de Natalia se acercó al coloso.

—Tú que pretendías robarme por orden del hombre malvado que ha hecho tanto daño a mi pobre mamá, ¿no quieres venir en mi ayuda para vengarla? ¡Mira que Dios no perdona a los que desoyen las súplicas de los inocentes!...

Jack fijó su mirada en aquel rostro adorable de niña que expresaba una profunda tristeza y una sombra de terror veló sus ojos; pero nada dijo.

Llegó a su vez a la duquesa.

—Tú que ibas a presenciar mi asesinato —dijo—, y a matar luego al asesino, confiesa ahora todo lo que te ha ordenado el duque, si quieres salvar tu vida.

—No me importa la vida —murmuró Jack—, mátenme y moriré contento de no haber derramado sangre, ni traicionado al duque.

Pedro que lo miraba con sincera piedad, tomó la palabra en medio de un profundo silencio.

—Jack —dijo con voz conmovida—. ¿Tanto amas al duque, para sacrificar por él a tu padre y a tu madre, dos personas honradas, que enteradas esta misma noche del precio a que su hijo ha pagado los beneficios del duque, no sobrevivirán a la vergüenza y al deshonor?

De los labios del coloso escapó un aullido y sus cabellos se erizaron.

—¡Piedad, piedad, no digan nada! —balbuceó—. ¡Dios mío, sería demasiado terrible! ¡Piedad!, ¡mátenme!

—Lo repito, no somos asesinos —agregó Pedro—. ¿Y tú, has tenido piedad de aquellos que te imploraron ayuda para vengar el uno a su hermano y la otra a su madre? Jack, yo conozco minuciosamente tu vida, y sé que eres más desgraciado que culpable. Cierto que tú no pensabas, al ponerte a las órdenes del duque, que este haría de ti un asesino, y que el pan asegurado a tus pobres padres, sería empapado en sangre. ¿Quieres que mueran maldiciéndote por no haberles revelado antes quién era el miserable que los beneficiaba?

El rostro de Jack se contrajo horriblemente: hacía esfuerzos sobrehumanos para contener los sollozos, sin lograrlo.

—No, no —dijo haciendo un esfuerzo—. ¡Perdón, perdón! Les juro que nunca hice daño a nadie, pero sufrí en el pasado una grande injusticia y un dolor sobrehumano...

Su voz se serenaba. Franz a una señal del conde le dejó libres las manos, que el coloso llevó enseguida a sus ojos; después Jack prosiguió:

—Mi única hermana, fue deshonrada y murió de vergüenza, de espanto; mis padres se encontraban en la calle; yo sentía el alma llena de hiel, porque pedí justicia y se rieron en mi cara. En aquel tiempo tuve orden de buscar al jefe de la terrible asociación de ladrones y malhechores que infestaban no solo Inglaterra, sino todos los Estados europeos. Lo descubrí: pero en vez de denunciarlo, me presenté a él y le pedí su ayuda para asegurar el pan a mis padres y para vengar si era posible a mi hermana. El duque me acogió como a un hermano, y aseguró la suerte de mis padres. Desde aquel instante, fui su esclavo más sumiso.

—¿Y fuiste vengado? —preguntó el conde.

Jack se estremeció.

—No —respondió—, porque yo no quise derramar sangre, y Dios se encargó de castigar al hombre que deshonró a mi hermana, y martirizó a dos viejos inocentes.

—Así —rebatía Pedro—, todos los beneficios del duque se redujeron a dar un empleo a tus padres, que ignoraban qué manos los beneficiaba. Tú que permaneciste hasta entonces honrado, serviste de intermediario entre el duque y sus horribles compañeros, fuiste su cajero, el ejecutor de su voluntad, y después de arrastrar el honor tuyo y el de tus padres ibas a convertirte en asesino...

—No lo niego —respondió Jack—, pero le juro que estaba decidido a matarme, después de cumplir mi encargo.

—¿Y no pensaste que sería mejor salvar a las víctimas designadas? —interrumpió

Moran.

—¿Cómo lo podía pensar, creyendo que usted era de la misma ralea que el duque? ¡Ah!, ¡yo tenía el presentimiento de una desgracia!

—Una desgracia que puede ser tu salvación —respondió Pedro—. Si te queda un sentimiento de honor, un poco de corazón, si no quieres que tus padres mueran maldiciéndote, confiesa la verdad, responde a las preguntas que te hacemos: aquí no estás delante del juez inexorable, pero tu sinceridad puede servir para rehabilitar a dos inocentes.

Jack recobró poco a poco su franqueza. La presencia de la hija de Natalia, las miradas piadosas, de la duquesa, la bondad que le demostraban el conde y Fausto, lo conmovían tocando las fibras más ocultas de su corazón.

Jack se volvió.

—Pregunten —dijo con voz más firme—, y responderé.

—¿Quién mató a la vieja mundana Laclaire? —preguntó conmovido Moran—. ¿Quién le robó?

—Un compañero de fábrica de su pobre hermano —respondió Jack—, un tal Langon, que se le parecía mucho, y del cual nunca ha sospechado nadie. Pero yo tengo una carta de él, que describe el asesinato de la vieja, el robo, del modo que fue consumado el crimen y los medios adoptados para presentar como culpable a Enrique Dalma.

Moran lanzó un grito ahogado.

—¿Tú? ¿Tú posees tal prueba de la inocencia de mi hermano? —exclamó convulso.

—Sí —respondió Jack—, está entre otras que me dio el duque para quemar, y no sé qué presentimiento me indujo a guardar.

—¡Dios te inspiraba! —exclamó Fausto—. Y yo prometo salvaros de la deshonra y de la vergüenza a tus padres y a ti, si me las das.

—Se las daré.

—¿Y qué ha sido del asesino Langon?

—Lo ignoro, porque ha dejado la Sociedad.

—¿Puedes tú probar también la inocencia de la mamá? —preguntó con tono conmovedor la hija de Natalia.

—Sí —respondió con franqueza Jack—, el duque me daba todas las órdenes por escrito, cuando se trataba de Natalia y ninguna de aquellas cartas ha sido destruida.

—¿Dónde están?

—En una cajita de hierro que tengo en un baúl, en casa de mi padre —respondió Jack—. Aquella cajita encierra otros documentos importantes que le entregaré.

—Tú no tratas de engañarnos, ¿no es verdad? —preguntó la hija de Natalia—. Piensa que Dios te castigará.

Los ojos de Jack se llenaron de lágrimas.

—No —respondió—, porque quiero el perdón de Dios, el de ustedes, y el de mis

padres.

—¿Y qué debías hacer esta noche? —preguntó el conde Pedro—. No nos ocultes nada.

—Ahora sería inútil, y me parecería cometer un nuevo delito —respondió Jack—. Yo tenía orden de narcotizar a los criados, de esconderme y de dejar al señor Almadi que asesinase a la duquesa. Luego, en el momento oportuno debía caer sobre él, matarlo y meterle en los bolsillos los documentos de mi amo. Después había de declarar que oí un grito que partió de la alcoba de la duquesa, que acudí en auxilio de esta y maté al asesino. Además, tenía que decir que mi amo estaba en la quinta donde me aguardaba para ir a cazar. Yo había formado otro proyecto. Cometido el delito me retiraría a mis habitaciones para matarme castigando mi falta sin descubrir a mi amo por el que sentía verdadera adoración.

—Pero tú debes comprender —exclamó el conde—, que no vale la pena de morir por él, y que has pagado bastante caro tu deuda de reconocimiento. Nosotros te dejaremos en libertad si tú nos das tu palabra, porque queremos creer en ti, de no moverte de la habitación del duque, hasta que vaya Franz a darte órdenes nuestras. Nosotros vamos a la quinta y te prometo obtener para ti, el perdón de tu padre, cuando sea castigado el duque.

—¿Lo matarán? —preguntó Jack estremeciéndose.

El conde lo miró con aire de reproche.

—Te he dicho que no somos asesinos —respondió—. Franz, déjalo libre y vámonos.

Un coche cerrado del conde esperaba a pocos pasos del palacio. El cochero cedió su puesto a Pedro, Franz saltó al pescante y en el interior entraron la duquesa, Mugheta, la hija de Natalia y Moran.

Nadie pudo hacer desistir a Mugheta de su empeño de acompañarles.

—Yo moriré más tranquila cuando vea a todos vengados —dijo.

Y acudieron.



## VII

El duque se repuso algún tanto del aturdimiento sentido a la vista de su esposa y de los otros y loco de cólera y de terror al comprender que había caído en un lazo, trató de sacar del bolsillo un revólver, con intención de hacer fuego sobre Natalia.

Pero Pedro y Moran que habían comprendido su pensamiento, no le dieron tiempo, y de un salto estuvieron sobre él, desarmándolo.

Mauro los miró con ojos encendidos, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

—¡Vencido por un amigo y por un colega! —silbó entre dientes.

—Yo no soy amigo de un jefe de asesinos —dijo con voz sombría el conde.

—Y yo —agregó Moran—, no soy su colega, sino su juez. A su alrededor no veo más que víctimas que piden justicia.

El duque pareció recobrar su acostumbrada serenidad; comprendiendo que no podía escapar a todas aquellas pruebas, se dejó caer en una butaca y dirigiendo a su alrededor una mirada feroz dijo cínicamente:

—Oigamos: ¿de qué se me acusa? Yo estoy aquí para rendir justicia a todos, si bien, comprendo que he sido traicionado por un hombre al que he colmado de beneficios.

Moran avanzó el primero.

—Nadie le ha traicionado, duque —dijo—. Jack, el hombre que debía asesinarme esta noche cumpliendo sus órdenes, y no solo asesinarme, sino infamar mi memoria, acumulando sobre mí todas sus culpas, todos sus crímenes, Jack es una víctima al par que los demás. Era un hombre honrado, y usted le hizo ladrón y asesino: le pedía pan para sus viejos padres y usted quiso que este pan fuese bañado de lágrimas y de sangre. ¿Son estos los beneficios de que usted se envanece?

—No creí oírme predicar moral por un colega mío —repitió sonriendo el duque.

—¡Ah!, ¿me cree de verdad Almach, un sujeto igual que usted al que irá a parar a las garras del verdugo? —prorrumpió Moran—. Duque, usted palidece porque lo ignoraba. No, no soy Almach, su sucesor, soy Fausto Dalma el hermano del hombre que usted obligó a matarse infamando después su memoria y al que juré vengar. Ahora sé quién fue el asesino de la vieja Laclaire, como también tengo todas las pruebas de los crímenes de usted.

El duque se retorció las manos con rabia.

—Jack... —balbuceó con furor—, Jack...

—¡Oh! no es por boca de Jack por quien hemos sabido todas sus obras —prosiguió Moran—. Hace tres años que el conde Pedro y yo vamos en busca de todas las pruebas de los delitos cometidos y hechos cometer por usted y tenemos unos documentos, que puestos en las manos de un juez instructor de Francia, de Londres, o

de Alemania, lo mandarían enseguida al patíbulo. Yo le acuso de la muerte de mi hermano y de haber infamado su memoria.

El duque se sonrió espantosamente.

—Cuando su hermano necesitaba dinero para mandárselo a usted —dijo—, no reparaba en los medios; no clamaba contra mí.

—¡Cállese, miserable! Usted hizo en todo, pacto con el demonio —rebatía Fausto—. Se aprovechaba de la miseria para atraerlos, y los desgraciados no sabían que a precio de crímenes, tenían que pagar sus beneficios... Pero mi pobre hermano prefirió morir a obedecerle...

El duque permaneció mudo; el conde avanzó.

—Mauro —dijo—, yo le acuso de haber traicionado la amistad, de haber matado de dolor y de vergüenza a su madre, de engañar a Blanca, de herir a mi esposa, en sus más íntimos afectos, agobiándola de dolores, destrozando su honor y haciéndola condenar a una pena infamante. Y como si esto no fuese bastante, también trató de separarla de mí y de arrebatarle su hija para hacerla sucumbir a su poder.

El duque se estremeció; sus ojos madreperlaceos se fijaron intensamente de una manera singular en Natalia, y sus puños se cerraron.

—Es por ella —pronunció con voz convulsa—, por quien también me he perdido yo, por ella he caído en un vulgar engaño. La amaba como un loco, la he amado siempre, habría dado mi vida y daría aun más de mi sangre, más de mi honra, por atraerla a mí, por conquistar su amor.

—La mamá te odia, como te odio yo —interrumpió la hija de Natalia, erguida delante de él, con una hermosura altiva como la de un ángel vengador—. Tú eres quien me has privado tanto tiempo de sus besos, tú, quien mandaste al patíbulo a mi pobre padre; tú, el hombre malvado, que yo siempre he maldecido.

El duque perdía su fría tranquilidad: gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

—Todos estáis contra mí... —balbuceó—. ¡También tú, Mugheta, a quien he colmado de beneficios!...

—Cuando pienso que los he aceptado, siento horror —interrumpió la joven—. Y ya ve, he venido para asistir a su castigo y gozar de la victoria, a la cual he contribuido. Pero ahora, viendo juzgar a usted, me juzgo a mí misma y digo, que yo no soy menos culpable; pero mi arrepentimiento, mi muerte, purgarán mis pecados. Arrepiéntase también usted antes de que sea llamado al tremendo e inexorable tribunal de Dios, donde encontrará a todas sus víctimas, que le han precedido.

El duque sintió un frío mortal al oír estas palabras. ¿Qué pensaban hacer de él? ¿Pretenderían que se matase, o le matarían ellos mismos?

—¡No quiero morir por ahora! —prorrumpió con aspereza—. Denunciadme si queréis: sabré defenderme con todas mis fuerzas... ¡No, no se me condenará!

—¡Tan vil, como infame! —exclamó Blanca con desprecio—. Mientras que su mano decretaba la muerte de tantos inocentes no se estremecía, y ahora tiembla, a la sola idea de que la tumba se pueda abrir para usted. Para huir de ella no le importa

cubrir de infamia la memoria de su madre y la de sus nobles antepasados, provocando el escándalo a mi alrededor. ¡Vil, repito, vil; maldigo su miserable vida! Pero ¿no sabe, que las pruebas que tenemos contra usted, pueden llevarle a la muerte más abyecta e infamante?

El duque estaba lívido, vencido; sin embargo, miró con ojos feroces a su esposa y respondió:

—¡Ah! quisieran que me hiciese justicia a mí mismo; usted, para recobrar su libertad; Natalia, para ser de otro; Dalma, para vengar a su hermano; Pedro, para castigarme porque perseguía a su esposa, los otros por odio. ¡Pues bien, no, nunca! Mi muerte sería el triunfo de todos, y yo no quiero morir, a menos que me asesinen.

—¡Nosotros no somos asesinos!

El duque se incorporó con la cabeza alta, los ojos fieros, la voz entrecortada.

—Entonces id a denunciarme —dijo—, yo espero y nada temo. Perdiéndome a mí, os perdéis vosotros sin contar con la responsabilidad que asumís con la sociedad. ¿Creéis que bastan las pruebas entregadas por un miserable como Jack, que, aprovechando la confianza con que yo le honraba, pudo haberlas falsificado? Si el duque de Vulman se hubiese metido en política, si quisiera derruir los cimientos de las instituciones, la policía se ocuparía de mí, pero ¿quién se atrevería a molestar a una persona tan poderosa como yo, estimada por todos, por la acusación de la viuda de un guillotinado, que ha sufrido una condena por haber intentado matarme, para que yo no hablara; de un hombre cuyo hermano se suicidó para escapar a la justicia humana; de un conde, que para satisfacer su pasión no vaciló en aconsejar la usurpación de un estado civil; de una cortesana, de un criado, de una niña? Denunciadme, os lo repito, seréis vosotros los que pagaréis por mí.

El cinismo del duque desconcertó a aquellos inocentes que lo miraban con aire de sorpresa, de cólera, de espanto.

Pero antes de que se repusieran de su sorpresa, un hombre apareció en la puerta del salón y avanzó hacia Mauro que retrocedió instintivamente hasta la pared.

Este hombre, era Dick el guardacaza.

En las miradas, en las palabras de su criado, conoció el duque en vez de un socorro, una amenaza de muerte.

—Usted pagará por todos, duque —dijo el guardacaza con un acento que conmovió e hizo temblar a todos—. Usted que aún se mofa de aquellos que fueron sus víctimas. Lo que aquellos no tuvieron valor para hacer, lo haré yo, vengando su honor ultrajado, el de mi hijo, y el mío.

Sacó la mano derecha que llevaba en el bolsillo, extendió el brazo repentinamente y antes de que nadie adivinase lo que iba a hacer, antes de que el duque pudiera sustraerse, se oyó una detonación seguida de algunos gritos de terror, y el cuerpo del duque cayó sobre la alfombra, donde permaneció inmóvil.

Una bala de revólver en la frente, le produjo la muerte instantánea. La justicia estaba hecha.

El guardacaza, después de asegurarse de que el duque no daba señales de vida, se volvió a los presentes.

—Lo mejor que podrán hacer —dijo con voz tranquila—, es marcharse enseguida. Yo colocaré el cuerpo del duque, de modo que se crea en un suicidio; haré desaparecer todas las huellas del justo castigo que aquí se ha aplicado. Vean, este revólver es suyo: lo tomé de su alcoba... y aunque no había servido nunca, ha herido maravillosamente. No tiemblen: yo no tengo remordimiento. Cuando supe quién era, lo que había hecho de mi hijo, le he condenado. Estén tranquilos.

—Nos salvaste a todos —exclamó la duquesa con ímpetu—. Porque el miserable estaba dispuesto a perdernos, a arrastrar consigo el honor de su casa, de su nombre, sin piedad ni respeto para nadie.

—A su hijo lo debemos todo —agregaron Fausto y el conde—. Le hemos jurado, que obtendrá su perdón y el nuestro.

—¡Yo no tengo el derecho de juzgarlo, pobre Jack! —respondió el guardacaza—. Díganle que vuelva aquí, que no se verá despreciado por su madre, ni por mí.

—Ustedes permanecerán todos a mi servicio, no me dejarán más —dijo la duquesa—. Y pueden aceptar mi protección sin sonrojarse.

Ninguno tuvo una palabra de compasión, ni una lágrima para el muerto.

Media hora después, todos estaban lejos de la quinta.

La duquesa Blanca volvió al palacio sin que nadie advirtiese su ausencia y tuvo un largo coloquio con Jack antes de que los criados se despertasen.

Después se retiró a su alcoba para acostarse.

Pero no pudo dormir: su pensamiento, reconstruía toda la escena ocurrida en la quinta. Veía a su marido mirarla con ojos feroces, mientras que no tenía más que expresiones de amor para la mujer que había sido la causa de su entera. ¿Así es verdad que una insensata pasión puede arrastrar a un hombre hasta la ruina, como puede elevarlo a la sublimidad? Si Natalia hubiese querido, el alma del duque se habría purificado y él se habría hecho digno de la misericordia divina y humana. Pero ¿el amor se puede imponer a un hombre o a una mujer?... ¿Natalia habría podido nunca sentir amor por quien le hizo tanto daño y fue la causa de sus desventuras? Si el duque se hubiese mostrado generoso con ella no acusándola como lo había hecho, si hubiese dicho que intentó suicidarse cuando ella lo hirió, Natalia se habría conmovido y aunque no le amaba le habría tendido una mano amiga, incitándolo al bien...

Mauro habría muerto la rabia de su derrota pero buscando aún los medios de vengarse.

Era un hombre, en el cual nadie en aquel momento pensaba, el que le había hecho justicia, un padre herido en el corazón y en el honor; una pobre criatura que había sufrido mucho, y que vivía en la creencia de que el duque la protegía compadecido de sus desventuras.

Natalia se lo había revelado todo a Dick y a su mujer. El duque había hecho

participar a su hijo de sus infamias, obligándole aquella noche a asistir al asesinato de la duquesa y a matar a Dalma al que creía un miserable como él. El guardacaza experimentó un dolor inmenso. ¿Había tantas infamias en el mundo? ¿No había ya corazones honrados y generosos? Y oyendo al duque confirmar por sus labios toda su podredumbre moral, viéndole aún dispuesto a sacrificar seres inocentes había comparecido y castigado.

Y la duquesa veía caer a su marido sobre la alfombra, muerto instantáneamente, sin la menor convulsión. Y aquel espectáculo atroz parecía aligerar de un peso a los que lo presenciaban. ¡Estaban a salvo!

Había bastado un disparo para hacer callar para siempre aquella boca que les amenazaba, y salvar el honor de su casa y de tantas personas honradas. ¿Debía alegrarse por sí y por los demás? ¿No debían estar todos agradecidos a Dick? Natalia podía olvidar el pasado y encontrar la paz y el amor al lado de Pedro; Fausto Dalma había rehabilitado a su hermano sin comprometer al muerto.

¡Fausto! el nombre del joven que amaba bastó para borrar de su mente la imagen atroz que la atormentaba, para hacerle olvidar la escena a que había asistido.

Era feliz pudiendo pensar en el joven sin sufrir, sin remordimiento, ni vergüenza. Aun sabiendo que él había estado ligado a Mugheta no sentía celos; su amor era demasiado elevado para que pudiese ofenderse con aquel lazo que la muerte había roto.

Blanca se durmió al amanecer, olvidando la tragedia a que había asistido y que tan íntimamente le concernía.

La camarera la despertó cerca del mediodía.

—Señora duquesa, señora duquesa...

Blanca abrió los ojos asustada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas?

—Perdóneme si la he despertado, no quería... dormía tan profundamente, como he dormido yo esta noche, que aún tengo la cabeza pesada.

La duquesa se incorporó sobre el lecho.

—¿Y me has despertado para decirme eso? —exclamó con acento irritado.

—No... dispéñeme... quería decirle que ha venido de la quinta Jack a decir que el señor duque no se encuentra bien, y que es necesario que usted vaya.

Blanca sintió un ligero estremecimiento.

—¿El duque no ha dormido en el palacio esta noche? —dijo con el tono tranquilo de una mujer que se sorprende de una noticia sin darle ninguna importancia—. Ayer tarde, al separarse de mí, dijo que iba a acostarse.

—No sé, señora duquesa, y tampoco los otros criados podrán dar ninguna explicación, porque ayer aprovechando su permiso, nos acostamos más temprano que de costumbre.

—¿Dónde está Jack?

—Ha marchado enseguida.

La duquesa saltó sobre la alfombra.

—Prepárame pronto el baño.

—Ya está preparado.

—Entonces, ordena que preparen el coche; después vuelve a vestirme.

Cuando la camarera volvió, Blanca había salido del baño, y terminaba de peinarse.

—Señora duquesa, el conde De Malin espera en la sala.

—¿A estas horas? ¿Qué quiere?

—Dice que ha venido a buscar a la señora duquesa para acompañarla. El señor duque no se encuentra bien...

—¿Así la cosa es más grave de lo que pensaba? Ve, dile que tenga la bondad de esperar algunos minutos; tú, vuelve enseguida.

Blanca no sentía ninguna turbación; solo delante de la camarera mostraba cierta inquietud para alejar cualquier sospecha.

En un momento estuvo vestida y pasó a la sala donde Pedro la esperaba.

—Su visita matutina no me anuncia nada bueno —dijo—. ¿Qué ha sucedido a mi marido?

—Sé lo mismo que tú, hija mía —dijo el conde que había adoptado con la joven, la familiaridad de otros tiempos—. Jack ha venido a decirme que el duque estaba enfermo y que necesitaba de tu presencia y de la mía; sus reticencias me han espantado.

El conde habló delante de la camarera y del criado que iban a decir a la duquesa que no habían preparado el coche porque estaba allí el del conde.

Cuando Blanca y Pedro se encontraron solos en el coche, el aristócrata estrechó una mano de la duquesa.

—Todo va bien —dijo—. Dick ha hecho las cosas perfectamente; Jack le ha ayudado. Cuando todo estuvo dispuesto para la escena, telefonearon a la Jefatura de policía, diciendo que había ocurrido una desgracia al duque al examinar un revólver. También han avisado a un médico. Creo que encontraremos a todos en la quinta: ten valor y no te descubras.

—No tema.

Luego se pusieron de acuerdo sobre lo que debían de decir. Cuando llegaron a la quinta, Blanca dio muestras de sorpresa al ver la puerta cerrada y custodiada por dos guardias y algunos curiosos y preguntó con ansiedad:

—¿Pero qué sucede? ¿Dónde está mi marido?

Sus ojos se llenaron de lágrimas dándole un aspecto conmovedor.

En aquel instante salió a su encuentro la mujer del guardacaza. Estaba muy pálida, y con voz trémula dijo:

—Señora duquesa, señor conde, vengan: son esperados...

Era un comisario de policía quien los esperaba el cual salió presuroso a su encuentro.

—¡Dios mío!... ¿Pero qué es lo que ha ocurrido? —exclamó con acento angustioso Blanca—. ¿Qué significan estos guardias? Mauro... ¿Dónde está Mauro?

—Ahora lo verá, señora duquesa —dijo el comisario haciendo una seña con los ojos al conde—. El duque probaba un revólver, y ha tenido la desgracia de que se le disparase.

Blanca lanzó un grito, que una actriz habría envidiado.

—¿Está herido? —balbuceó.

—Sí; tenga la bondad, duquesa, de esperar un momento en el saloncito; ahora no puede pasar.

—¿Por qué? Es mi marido. Mi sitio está junto a él.

—Blanca, hija mía, cálmate —intervino el conde—. Espera aquí con esta buena mujer; iré yo y te prometo venir a buscarte en breve.

Blanca se dejó caer en una butaca, tapándose el rostro con el pañuelo.

El comisario dijo en voz baja algunas palabras a la mujer del guardacaza, y después siguió al conde, dejando a las dos mujeres solas.

—Señora duquesa —murmuró la mujer del guardacaza—. El comisario me ha dicho que la entere poco a poco de la desgracia.

La duquesa se descubrió el rostro y tomó entre las suyas una mano de la pobre mujer.

—Él merecía ese fin —murmuró—. Y por horrible que sea la comedia que tenemos que representar es necesaria para la tranquilidad de todos.

—Tiene razón la señora duquesa. ¡Ah!, ¡si hubiese visto a mi pobre hijo cuando llegó a casa! Creí que se moría; habría conmovido las piedras; lo ha confesado todo, y no hemos tenido fuerza para reprenderle; la justicia estaba hecha y solo pensamos en disponer las cosas, de modo que la memoria del duque no quede manchada. Así creerán en una desgracia y no en un suicidio; pero nosotros estamos vengados.

Blanca empezó a sollozar; entraban el conde y el comisario.

—La señora duquesa lo sabe todo —dijo la mujer del guardacaza.

Blanca estaba en pie.

—¿Muerto? ¿Es verdad que está muerto? Dejadme al menos que lo vea.

—Ven, Blanca —dijo el conde cogiéndole el brazo.

Entraron en la habitación del duque.

Mauro fue puesto sobre el lecho, y a no ser por la venda de la frente y por su color marmóreo, se habría dicho que dormía. Ninguna contracción había en su fisonomía; su boca entreabierta parecía sonreír.

Blanca lanzó un grito de dolor, y cayó de rodillas murmurando:

—¡Dios mío... Dios mío!

Pero no tardó en reponerse de aquella dolorosa postración. Se levantó y volviéndose hacia el comisario, sin fijarse en las otras personas que había en la habitación dijo:

—Yo no sabía que mi marido se encontraba aquí; nos separamos ayer a las diez,

porque yo me encontraba cansada, me dolía la cabeza y deseaba acostarme. Él estaba muy contento y me dijo que también se retiraba a su alcoba.

—En efecto, señora duquesa —dijo Jack acercándose—, el señor duque quería acostarse, y yo me disponía a desnudarlo, cuando cambió de idea. «No tengo sueño», me dijo, «y quiero estar al amanecer en la quinta para ejercitarme en el tiro al blanco. Yo me marcho; tú vendrás mañana; basta que a mi llegada esté allí tu padre». Me parecía tener el presentimiento de una desgracia, y le rogué que esperase a la mañana para marchar; no quiso escucharme; ¡oh, mi pobre amo, mi pobre amo!

La emoción del criado pareció invadir a los demás; no se oían más que sollozos, frases de dolor y de consuelo. El cadáver parecía contemplar esta escena, con los ojos entornados y sonriendo.

Un interrogatorio rápido, para no aumentar el dolor de la duquesa, confirmó que la muerte fue debida a un desgraciado accidente. El médico y el comisario sospecharon de un suicidio, pero no lo dijeron. ¿A qué dar un escándalo inútil no pudiendo saber la causa de aquella extraña resolución, que solo se podía atribuir a un momentáneo acceso de locura, ya que el duque no había dejado ningún escrito que hiciese suponer la intención de matarse?

La sospecha de un crimen no pasó por la mente de nadie. Los diarios dieron la noticia bajo los títulos: «Imprudencia fatal. El fin trágico de un duque». En un largo artículo necrológico hablaban de la virtud, el honor del duque, la integridad de su carácter, la dignidad con que llevaba su nombre y el grato recuerdo que dejaba tras sí.

Alguno también habló del «dolor de la viuda», ya resentida por la reciente muerte de su madre.

Los funerales del duque fueron imponentes, asistiendo a ellos toda clase de ciudadanos y casi toda la aristocracia torinense. Los restos fueron depositados junto a los de la duquesa y la misma losa cubrió a la dulce víctima y al culpable, cuyos crímenes quedaron sepultados con él, para siempre.

Todo acabó; nadie concibió sospechas; los inocentes podían vivir tranquilos.



## VIII

Mugheta fue empeorando después de aquella noche trágica a cuyos sucesos quiso asistir. Fue presa de alucinaciones terribles. La parecía ver a cada instante en su presencia al duque con su aire feroz, que la miraba sonriendo, repitiéndole:

—Primero a mí, luego a ti: después de enterrados, nos volveremos a encontrar.

—No... no... —gritaba Mugheta en el colmo del terror—. No quiero morir: ¡atrás, atrás!... ¡Natalia, Gemma, Moran, salvadme, salvadme!...

Sus hermanas se acercaron al lecho con Moran, pero ninguno logró calmarla.

—¿Por qué me miras con ojos compasivos? —dijo presa de un acceso de rabia—. No estoy moribunda; no, no quiero irme, porque él me espera y... ¡Miradlo, miradlo!

...

Se levantaba sobre el lecho con ojos de espanto de terror.

Al médico le dijeron que Mugheta estaba impresionada a causa de haber leído la trágica muerte del duque, a quien había amado. Pero el doctor también fue impotente para calmarla.

Natalia se dirigió entonces al párroco de la iglesia próxima; un santo varón, a quien ella abrió otras veces su alma, recibiendo consuelos inesperados y sanos consejos.

Cuando llegó este junto al lecho de la enferma, los ojos de Mugheta se llenaron de lágrimas. Las palabras del sacerdote animaron su corazón, y calmando su miedo, se desvanecieron sus visiones terroríficas.

Desde aquel momento cesó el delirio; la joven quedó tranquila, resignada, esperando su perdón, de la misericordia de Dios; recibió los sacramentos con gran fe y tuvo palabras de consuelo para cuantos la rodeaban.

Una tarde comprendieron que llegaba su último momento.

Alrededor de su lecho estaban Natalia, Gemma, León, Fausto, Dalma y el conde Pedro.

Mugheta, que decía sentirse mucho mejor, se hallaba incorporada sobre las almohadas.

Parecía una niña: sonreía a todos, y dijo juntando las manos:

—¡Qué feliz soy! Quiero levantarme mañana, ponerme el vestido blanco y bajar al jardín. Fausto, dame aquellas violetas que me has traído: ¡tengo tanto deseo de flores, de perfumes!...

Levantó un poco las manos para cogerlas y las dejó caer.

—Aún tengo poca fuerza —añadió sonriendo—; pero ya vendrá. Sí, son muy bellas las flores en la tierra; pero lo son más las de los jardines del cielo; ya las veo: ¡qué esplendorosos colores! Los ángeles hacen guirnalda que colocan a los pies de la Virgen: yo también haré.

Y con sus dedos arrollaba las sábanas.

El párroco, que aquel día le había administrado el santo óleo, pedido por ella, llegó en aquel momento, y apenas hubo dirigido una mirada a Mugheta, comprendió que esta estaba en sus postrimerías.

Solamente la moribunda no lo comprendía: continuaba hablando.

—Fausto, yo sueño contigo cada noche; tú debes ser feliz, porque eres bueno. Pedro, León, amad mucho a mis hermanas: ellas no tienen el alma corrompida como la mía: antes de que Dios me perdonase. ¿Dónde estáis? No os veo... Los ángeles vienen a cogerme...

Hizo un esfuerzo como si quisiese levantarse y balbuceó, sonriendo:

—¡Cogedme, cogedme!...

Después su cabeza cayó sobre las almohadas: no se movió más.

La desventurada estaba muerta. La lloraron mucho, pero con un llanto casi de alivio, pensando que había cesado de sufrir. La muerte pasó inadvertida para los extraños a su familia: desde que su enfermedad la hizo desaparecer del mundo, este no se acordaba de ella, ni su nombre publicado, entre los de otros muertos, por los diarios llamó la atención de nadie.

Una conmoción bien grande despertó un artículo publicado por los diarios algunas semanas después. Tenía por título: «Por deuda de justicia» y estaba concebido así:

Revisando los papeles de su difunto marido, la joven duquesa Blanca de Vulman, encontró algunas cartas y una declaración escrita por el duque que demuestra que acusó falsamente a la condesa de Malin, impulsado por una pasión insensata que no pudo satisfacer por la oposición de la honrada mujer.

Las cartas demuestran, entre otras cosas, que si ella hirió al duque, no fue por el temor de ver descubierta su identidad; el cambio de nombre no constituía en tal caso un delito, puesto que el nombre asumido le fue transmitido por una parienta muerta, sino para defender su honor ultrajado; y si generosamente se dejó acusar y sufrió una condena infamante, fue por temor a comprometer a su marido y turbar la felicidad de la duquesa Blanca, de quien era íntima amiga y a la que amaba como a una hermana.

Y ahora, para rendir justicia y cumplir una súplica de su difunto marido, la duquesa Blanca, que nunca creyó culpable a la condesa, hace pública la verdad, proclamando la inocencia.

Declara además que todas las habladurías de la desaparición de la hija de la condesa eran falsas: la niña fue retirada por una hermana de Natalia, y tanto el conde como el duque y la duquesa, sabían dónde se encontraba, e iban a menudo a visitarla. Así, pues, podían considerarse como un cuento la separación del conde Pedro de su esposa después de los hechos ocurridos. Su unión, después de las desventuras inmerecidas de la condesa, se consolidó más aún.

La opinión pública fue favorable a la duquesa por hacer estas declaraciones que podían oscurecer la memoria de su difunto marido; pero Blanca se consideraba indigna del nombre que llevaba si no hubiese rendido justicia a Natalia.

El duque fue culpable, pero se arrepintió, llevando el martirio dentro de sí, hasta que su trágica muerte le hizo alcanzar el perdón de los otros.

Tanto los amigos de la duquesa, como los del conde, quisieron conocer mayores detalles de aquella historia; pero Blanca, Pedro y Natalia habían dejado Torino, y ni los criados pudieron decir cuándo volverían.

Jack entregó a Fausto la cajita que contenía las pruebas de la inocencia de su hermano y la de Natalia.

Después que la pobre Mugheta fue enterrada y la duquesa hizo publicar aquellas declaraciones, Fausto, con la carta de Langon en su poder, partió para Marsella, después de telegrafiar a su tío su regreso, habiendo llegado en el momento de la rehabilitación del pobre Enrique.

La carta del asesino Langon decía así:

Querido principal:

Le escribo para informarle minuciosamente de lo ocurrido, que ha correspondido a nuestras esperanzas. La otra tarde, al salir de la fábrica, dije a mi compañero:

«Es para esta noche, recuérdalo».

Enrique me miró con una expresión de altivez desdeñosa, respondiendo:

«No lo olvido».

Como dudaba de él, seguí vuestras órdenes, y apenas llegó la noche, me dirigí hacia las habitaciones de la Laclaire. Vestí un traje igual al que acostumbraba llevar Enrique cuando iba a visitar a la vieja cortesana, poniéndome un sombrero color gris, igual en todo al de mi compañero.

Usted conoce la casa de la Laclaire. Está en una calle muy frecuentada, especialmente por trabajadores; pero por el otro lado las ventanas dan sobre un terreno inculto y abandonado. La ventana de la alcoba de la Laclaire está en este lado y a una altura de unos tres metros.

Yo sabía que la vieja se hallaba indispuesta; pero como era tan original, no quería junto a sí ninguna criada, especialmente por las noches; según se decía, a pesar de su edad, la vieja aún tenía amantes.

Hice desaparecer por algunas horas la llave de la casa, que la Laclaire dio a Enrique, e hice otra igual. De este modo pasé por delante del kiosco del portero y me dirigí a las habitaciones de la Laclaire, como si estuviese acostumbrado. Mientras abría la puerta, sin hacer ruido, descendían las escaleras dos mujeres que pasaban por el rellano; yo las saludé y ellas respondieron a mi saludo sonriendo.

Apegas entré, volví a cerrar con gran precaución y estuve un momento escuchando. El silencio era tan completo como la oscuridad.

Yo conocía perfectamente la disposición de la casa; sabía que a la derecha de la antecámara había una salita; enfrente un corredor que comunicaba con la alcoba y con un gabinete contiguo a esta; a la izquierda había otras dos habitaciones y la cocina.

Después de esperar algunos minutos, me fui acostumbrando a la oscuridad, y mirando a mi alrededor vi un hilito de luz que salía de la alcoba, dando en el pavimento. Tuve la precaución de ponerme unas botas de paño con suela de cáñamo, y así pude llegar hasta la puerta de la alcoba, sin producir el más pequeño ruido. Por la rendija pude ver claramente a la vieja, incorporada sobre las almohadas y leyendo un libro a la luz de una lámpara de petróleo que tenía sobre la mesita de noche.

Habría podido dar el golpe enseguida, pero pensé que aún estarían todos levantados y bastaría un solo grito para esparcir la alarma; además, Enrique no tardaría en llegar.

Entré en el gabinete que servía a la vieja de tocador y que comunicaba con la alcoba por una puerta de escape.

No podía escoger mejor refugio; desde allí podía verlo y oírlo todo, e ir en ayuda de mi compañero si al obedecer las órdenes de la Sociedad le sucedía algún peligro.

Senteme en una silla, junto a una percha llena de ropa, y esperé.

Entretanto miraba la fisonomía de la Laclaire y me decía a mí mismo que de joven debió de ser muy bella y despertar muchas pasiones, porque a pesar de sus sesenta años cumplidos, conservaba los brazos blancos y mórbidos, un cuello sin arrugas, cabellos abundantes, ojos vivos y dientes hermosos.

Parecía que la lectura la conmovía, porque la vi dos veces llevarse el pañuelo a los ojos; después dejó caer el libro y sonrió.

Había oído el ruido de la puerta al abrirse, como yo también lo oí, y adivinó que llegaba Enrique.

«¿Será su amante?», pensé. «Aquel bribón hizo suya a la vieja».

Enrique entró en aquel momento en la alcoba: estaba pálido como un muerto, y al acercarse al lecho, me pareció que se tambaleaba.

«¿Habría bebido para darse ánimo?», pensé.

La voz de la Laclaire llegó a mi oído.

«Buenas noches, hijo mío», dijo tendiéndole una mano, que él besó como si fuese la mano de una santa. Faltó poco para que me descubriera dando una carcajada; no sé cómo me contuve.

Enrique se quitó el sombrero y se arrodilló junto al lecho. Entonces, a mi hilaridad sucedió el estupor.

«¿Qué quiere hacer?», pensé, abriendo los ojos desmesuradamente.

Oí su voz que decía:

«He tardado un poco esta noche porque he querido tranquilizar mi conciencia; he ido a confesarme y vengo a darle el último adiós; no nos veremos más».

«¿Qué me dice, Enrique?», exclamó la vieja. «¿Quiere usted partir?».

«Sí, pero al otro mundo».

«¿Habla usted en serio, hijo mío? ¿Ha tenido algún grave disgusto? Confíe en mí, que le amo como una madre, que he puesto en usted todo mi cariño y estoy segura de ser correspondida».

«Por eso, porque la amo y la respeto como un hijo», respondió Enrique, «sacrifico mi vida a la suya».

«No le comprendo, Enrique; explíquese».

Entonces, con una rabia que no podría describir, oí que mi compañero revelaba a la vieja toda la verdad, sin acusar a nadie ni descubrir vuestro nombre ni el de los otros; pero probando que era víctima de un fatal destino, del cual le era imposible sustraerse.

«O usted, o yo», repitió al terminar. «Como mi mano no la herirá nunca, porque yo no soy asesino, lo pagaré con mi vida».

«Pero yo no quiero», gritaba la vieja sujetando a Enrique. «No, usted vivirá, hijo mío, y nos salvaremos los dos; usted denunciará todo al comisario de policía».

«No puedo, no puedo; no soy espía, como no soy asesino: adiós, señora, no me maldiga».

Y trataba de separarse de ella, que lo retenía.

Hubo una breve lucha entre ellos, pero Enrique venció, y soltándose de las manos que lo retenían huyó a la carrera.

Oí el ruido de la puerta, que se cerraba tras de él, y vi a la vieja saltar del lecho, como si quisiese seguirlo.

Entonces, saliendo del gabinete, exclamé:

«Si Enrique te ha respetado, no te respetaré yo».

Mi imprevista aparición la espantó; me miró con ojos de loca y abrió la boca para gritar.

Pero, arrojándome sobre ella con el puñal en la mano, la herí sin pronunciar más palabras, ahogando el grito en su garganta. Temiendo que no estuviese muerta, saqué el puñal de la herida y lo clavé de nuevo en su pecho.

Cuando estuve seguro de que no me molestaría, levanté el cadáver, poniéndolo sobre el pecho, me lavé las manos y fui en busca del dinero.

Yo ahora me río, pensando que Enrique creyó que con su muerte evitaría el crimen y sería considerado como un hombre honrado. Será lo contrario, él es el asesino, el ladrón; tomé bien mis medidas para que nadie pueda sospechar de mí. Creo que estará contento de mi obra y que será recompensado como merezco. Le aseguro que no siento ni el más pequeño remordimiento.

*Langon.*

Esta carta era la plena justificación de Enrique Dalma y la perdición del malvado, que en prisión por otro delito, se guardó muy bien de confesar este.

Fausto, dueño de aquel precioso documento, se presentó al juez que instruyó el proceso por la muerte de la Laclaire.

El juez era un bello sujeto, y recibió al joven en su despacho, dando orden que nadie entrase.

Fausto hizo el relato sincero de lo ocurrido, evocando el pasado de su hermano, su credulidad en la historia que le relató el hombre que le prestó el dinero, su horror cuando supo del modo que tenía que pagar el favor y su firmeza para quitarse la vida antes que cometer un crimen. Terminó entregándole la carta de Langon.

El juez, que escuchó con benevolencia al joven, leyó la carta, pareciendo pesar cada palabra, cada frase.

Cuando concluyó, tomó de un estante un paquete de cartas, lo desenvolvió, y después de recorrer algunas con la mirada, dijo:

—Este Langon es un mal sujeto, que ya ha dado qué hablar de él, aquí en Marsella; ahora se halla en la cárcel de Londres...

—Sí, señor, en espera de otro juicio por homicidio —respondió Fausto—. ¿No cree que con esta carta se logre que se confiese autor del crimen que se imputa a mi pobre hermano?

—Lo espero —agregó el juez—. Me lo decía el corazón. A pesar de las diferentes pruebas que había contra su hermano, entre ellas la de haberle visto la noche del crimen entrar y salir de casa de la Laclaire y el hallazgo de su gemelo junto al lecho, aún existía en mí la duda. Pero, lo confieso, que las sospechas recayeron también sobre usted: se le creía cómplice de su hermano. Mas después de numerosas averiguaciones, se supo que usted estaba junto a Moran, de quien se recibieron los mejores informes, que destruyeron hasta la más mínima sospecha. ¡Ah!, ¡si pudiese tener en mis manos al otro Langon, al individuo misterioso, jefe de esa vasta asociación de malhechores que por desgracia en Marsella tiene muchos prosélitos!...

Fausto sintió un imperceptible estremecimiento; pero respondió con tranquilidad:

—Si lo hubiese encontrado, le habría hecho pagar, yo mismo, el miserable fin de mi infeliz hermano.

El juez le prometió escribir a su colega de Londres. Llegó también a Marsella el viejo Moran, siempre enfermo, pero con el corazón lleno de júbilo, ante la idea de que se rehabilitaba la memoria del pobre Enrique.

—Cuando se reconozca la inocencia de mi pobre hermano —le dijo Fausto—, y yo pueda llevar mi nombre sin enrojecer, me entregaré al sueño de mi corazón y seré aún feliz.

—¿Estás seguro de que la duquesa te ama? —preguntó el viejo.

—Lo estoy. Cuando Blanca termine el luto, nadie le impedirá casarse. Lo único que me atormenta es no poder ofrecerle una riqueza igual a la suya.

—¿Es muy rica la duquesa?

—Se dice que heredó de su madre tres millones.

El viejo Moran sonrió.

—Pues bien, hijo mío, tú tendrás el doble, porque toda lo que yo poseo es tuyo, y nadie, después de mi muerte, vendrá a disputártelo.

Fausto se echó en sus brazos, llorando.

El viejo lo acarició como a un niño, mientras que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Basta ya de sentimentalismos —dijo esforzándose por reír el anciano—. Dime si el duque ha hecho testamento.

—No; pero se creyó que en poder de los parientes que tenía en Alemania se encontraba su riqueza. Lo había gastado todo... y esperaba ansiosamente la muerte de su esposa. Lo único que quedaba fue la quinta, que Blanca adquirirá por su cuenta y

la convertirá en asilo gratuito para pobres huérfanos y viudas que no tengan medios de subsistencias.

—Veo que la duquesa tiene un corazón grande, generoso.

—Cuando la conozca, no podrá menos que amarla.

Transcurrieron más de dos meses antes de que llegase una respuesta de Londres. Fausto empezaba a desesperar y el viejo Moran a impacientarse. Finalmente, una mañana fueron a buscar al joven de parte del juez.

El magistrado parecía muy contento.

—Todo marcha bien —dijo a Fausto—. Langon, que en un principio negaba haber escrito la carta, ha concluido por confesar la verdad. Entró en detalles minuciosos sobre el engaño de que fue víctima el desgraciado Enrique Dalma, detalles que la carta no contiene; pero que demuestran aún más la inocencia de su hermano. Langon se prestó a firmar su declaración que en breve será publicada por todos los periódicos.

A la mañana siguiente, un largo artículo, que era una verdadera rehabilitación del inocente suicida, se publicaba en un diario de Londres, y en otro de Marsella, y era reproducido por todos los periódicos de Italia.

Cuando la duquesa Blanca leyó aquella información, lloró de alegría. Con la rehabilitación de Enrique, su sueño amoroso era realizable, y podía, sin ningún escrúpulo, pensar en el hombre que había ocupado en su corazón el lugar de Pedro: en el hombre que sería siempre amado.

El duque estaba enteramente olvidado.

## IX

La muerte trágica del duque y el fin de Mugheta, abatieron tanto a Natalia, que ni aun las declaraciones que hizo publicar Blanca realzándola nuevamente a los ojos de la sociedad, lograron reanimarla.

Una terrible idea la dominaba.

—Por mí, por mí sola ha ocurrido todo —pensaba—. Soy yo la responsable de todo.

El conde Pedro trataba de distraerla de aquella idea, y quería llevarla a su lado para hacerle reconquistar la calma y la tranquilidad.

Pero Natalia se opuso.

—Es inútil —dijo—; no soy digna; déjeme con mi hija, junto a mi hermana.

—Tú eres siempre mi esposa; tu hija es la mía, y por ella no debes rehusar —le dijo el conde—. Después de tantos dolores, de tanta amargura, ¿no tengo derecho a un poco de felicidad?

—Ya no puedo yo hacerte feliz, Pedro.

—¿Por qué me hablas así, Natalia? ¿Qué piensas? ¿No me amas ya?

—Le amo demasiado —murmuró Natalia con voz débil—, pero pienso que he sido una gran culpable, porque después de herir yo al duque, no debí permitir que nadie le castigara.

—Me asustas, Natalia. ¿Lo compadeces ahora?

—No, no; pero me parece que con aquel cadáver entre nosotros es imposible la felicidad; véalo: estas palabras brotan a pesar mío de mis labios, porque me parece que le ofendo. He sufrido tanto, que quisiera morir también yo...

El conde lanzó un grito.

—Natalia —dijo con acento severo—; si yo no soy nada para ti, piensa en tu hija.

Iba Natalia a responder, cuando entró la niña en el saloncito donde se encontraban su madre y Pedro.

A primera vista, Teresa comprendió que ambos estaban turbados, conmovidos.

—¿Qué sucede? —preguntó, fijando sus inteligentes ojos en Natalia—. ¿Ha ocurrido alguna nueva desgracia?

—No, querida —balbuceó su madre estremeciéndose—, no es nada.

—Tú no dices la verdad —interrumpió la niña—, no me conformo. El papá será más sincero que tú.

Teresa se acercó al conde, que la estrechó entre sus brazos.

—Yo rogaba a la mamá —dijo él—, que volviera a nuestra casa...

—¿Y ella se niega? —exclamó la niña.

—Sí, y tú puedes juzgar si tiene razón.

La niña se puso muy seria.

—Para responderte —dijo—, es necesario que no me ocultes nada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sobresaltado el conde.

—Tú te has casado con la mamá, ¿no es verdad?

—Ciertamente.

—¿Y por qué cuando la mamá se rompió la pierna la mandaste al hospital?

—Fui yo quien lo quiso —dijo vivamente Natalia.

—¿Y fuiste tú también la que no quisiste que el papá fuera a verte?

—Sí.

—Entonces, si tú no lo querías, ¿por qué te has casado con él?

—¿Quién te dice que yo no lo quiero? —dijo Natalia enrojeciendo.

—Lo demuestras tú misma, no queriendo volver a su lado. Comprendería tu conducta si viviese aquel hombre malvado y tú quisieras hacerle perder tus huellas y las mías; pero ahora que está muerto, no veo la razón de que estés separada del papá.

No era posible discutir contra la lógica de aquella niña.

El conde, que sonreía, la abrazó.

—Vamos, decídate, mamá —agregó Teresa—; me harías sufrir si dices un disgusto a papá, que tanto ha hecho por nosotras.

—Querido ángel, yo estoy pagando con usura por ti —dijo el conde con lágrimas en los ojos.

Natalia estaba palidísima.

—Aléjate por unos minutos —dijo a su hija—; necesito hablar con el papá y procuraré complacerte.

—¡Ah! así está bien.

La niña corrió a besarla, marchándose después alegremente.

Siguió un breve silencio.

—¿Qué quieres decirme, Natalia? —preguntó dulcemente Pedro.

—Quiero decirle —respondió ella con voz sofocada— que al lado de usted hay una mujer que se llama Ana Malvan, la verdadera sobrina de Ghita, y que no quiero tener que avergonzarme de ella, ni que se avergüence tampoco mi hija.

El rostro del conde se había serenado.

—Si es solo por esto, yo puedo tranquilizarte, amor mío. Ana no estará mucho tiempo en mi palacio: ella ama y es amada por Jack, y Ghita y yo hemos pensado unirlos; además, la duquesa ha prometido a Dick la administración de su quinta en Langhe, donde será difícil que tú tengas ocasión de encontrarlos. Blanca no se ha cuidado nunca de aquella posesión, heredada de su madre y a la que difícilmente irá. Para Dick, su esposa, Jack y la sobrina de Ghita, será una verdadera fortuna, porque serán los amos de ella, y la duquesa no tendrá nunca administradores mejores, ni más honrados.

Natalia resistía aún.

—Pero ahora Ana está al lado de Ghita.

—Y Teresa, tú y yo, mientras que se efectúa el matrimonio de ella, residiremos en



Riviera, o, si quieres, partiremos por algún tiempo al extranjero. ¿Me dirás aún que no?

Natalia rompió a llorar y cayó en sus brazos.

Al día siguiente los condes dispusieron todo para su partida. León, su madre y Gemma estaban muy tristes, ante la idea de separarse de la hija de Natalia.

Teresa no demostraba su emoción.

—Pronto nos volveremos a ver —decía—; yo quiero veros muy a menudo. Siempre, siempre os amaré lo mismo que ahora.

Los esposos se trasladaron a Pegli, donde recibieron la noticia de la rehabilitación de Enrique. Era Blanca la que lo escribía a Pedro, agregando:

Fausto acompañará a América al señor Moran, quien ha resuelto liquidar sus bienes y venir a Turín a acabar sus días. Como hasta dentro de un año no volveré a ver a mi bien amado, estos doce meses los pasaré en mi quinta de Langhe, que hasta ahora no he conocido y a la cual Jack conducirá a sus padres y a su esposa.

He ido con estos a visitar la propiedad, con el objeto de ver los trabajos que han de hacerse y arreglar cuentas con los anteriores arrendatarios, a quienes despedí al terminar el contrato que con ellos tenía. Le aseguro que de la finca podría hacerse un convento de trapenses, pues está solitaria y en medio de bosques inaccesibles.

La casa es muy grande, y consta de dos pisos, en los cuales hay que hacer algunas reparaciones. Escogeré para mí las mejores habitaciones e iré a ocuparlas enseguida.

Pasaré los meses de espera en aquella soledad, pensando en la felicidad futura que a la postre he podido conquistarme.

Además, los dolores sufridos han ejercido una gran influencia sobre mi carácter. Yo no soy la Blanca de antes, despótica, caprichosa, intolerante, mala, entregada a toda la violencia de sentimientos, Fausto ha modificado todo mi ser; ahora deseo bondad, dulzura, virtud, honradez; ya no deseo placeres ni diversiones, y me siento elevada a una esfera más pura. Le abro sinceramente mi corazón; los horribles fantasmas se disiparon para siempre de mi mente; me pregunto a veces si he sido juguete de una pesadilla; gozo de la alegría de vivir, de amar, de ser amada.

¿Y usted, amigo mío, ha recobrado su felicidad? ¿Han olvidado usted y Natalia los tristes días pasados al recobrar su vida feliz, tranquila? Ustedes son dos seres superiores que saben despreciar las murmuraciones de la gente... y encuentran en su recíproco amor toda la felicidad de la tierra.

Yo les he envidiado siempre, y por eso he querido imitarles, para poder saborear la felicidad, que solo puede dar un amor verdadero y eterno.

Además, tengo junto a mí quien puede darme un ejemplo de lo que puede el amor. ¿Si viera a Jack cómo ha cambiado desde el momento en que supo que Ghita no le negaba su sobrina, y que Colomba, como él la llama, será su esposa!... Tiene expresiones, miradas, que me conmueven.

En sus proyectos de felicidad hay tanto ardor, tal fuego, que sugestiona. Estoy segura de que Colomba será muy feliz con él.

Escríbame pronto; dígame a Natalia que no la olvido; bese por mí a su querido ángel, que es bien digno de llamarle padre y de llevar algún día su nombre. Reconozco en usted al aristócrata grande, generoso, que todos admiran y respetan, y de cuyo cariño yo estoy orgullosa.

*Blanca.*

Natalia leyó también la carta, sentada junto a su marido y con su hermosa cabeza apoyada en el hombro de él.

Estaban solos en una terraza llena de flores, desde donde se veía el mar.

—Blanca merece ser feliz —dijo Pedro cuando terminó de leer.

—Tienes razón —respondió dulcemente Natalia—. Dios ha sido justo con ella, como con todos.

El conde la estrechó contra su pecho.

—¿Eres tú feliz, Natalia?

En los ojos de esta brilló un relámpago. Sus labios temblaron y con acento profundo y apasionado, dijo:

—¿Y tú me lo preguntas, Pedro? A tu lado comprendo a aquellos seres que han muerto por la fe y el amor, porque yo desearía sufrir aún, morir por ti.

—No, tú debes vivir para mí, para gozar de la felicidad con nuestro querido tesoro, con *nuestra* Teresa...

Natalia permaneció un momento sin hablar, como oprimida por la emoción, por el remordimiento de haber olvidado a su hija; después, echándole los brazos al cuello, le susurró con un beso:

—¡Tú eres más bueno que yo!

FIN DE LA QUINTA PARTE

## EPÍLOGO

Era uno de aquellos días serenos, alegres, en los cuales el hombre siente ansia de vivir, de amar, de disfrutar de la existencia.

Jack, en compañía de su padre, recorría un camino de flores que conducía a la quinta. Los dos hombres partían para Torino, porque era la víspera del casamiento de Jack con Colomba, como este se obstinaba en llamar a la sobrina de Ghita.

El joven creía soñar. Pensaba antes que faltándole el duque acabaría para él todo, y que nada habría en el mundo capaz de hacerle feliz.

Pero había pasado un año o poco más de la muerte de Mauro, y Jack no pensaba en él, ni lo recordaba, por no disgustar a su padre, el cual no quería oír hablar de él, a pesar de no sentir remordimiento alguno por haber hecho justicia a las víctimas.

Pero en aquel paseo matutino, cuando el sol despuntaba en el horizonte irradiando luz en la naturaleza adornada con las galas de la nueva primavera, Jack se atrevió a decir:

—¿Quién habría pensado, hace un año, que hoy se efectuaría mi boda y que sería feliz?

—Y yo —respondió el guardacaza—, ¿podría imaginarlo, cuando antes de matar al duque acaricié la idea de suprimirte primero a ti?

—¡Padre mío! —interrumpió Jack estremeciéndose y mirando el rostro serio y rudo del guardacaza.

—Sí, es verdad; ahora puedo confesártelo —dijo Dick—. Cuando la desventurada condesa de Malin me dijo quién era el duque y me dio las pruebas de su delito sin ocultarme que tú eras su cómplice, no por tu voluntad, sino sugestionado por él, sentí como si me abriesen todas mis venas; me sentí morir. Tu madre y yo, honrados, de principios rígidos, patriarcales, ¿debíamos ver a nuestros hijos en el fango, en la vergüenza?

»Teníamos siempre delante de nuestros ojos la imagen de la pobre Mary, arrastrándose a nuestros pies moribunda, llena de ultrajes, pidiendo su rápida muerte, pidiendo venganza contra el infame que la había deshonrado.

»¿Y tú debías, por aquel ladrón, por aquel asesino, terminar tus días en presidio? No; ¡antes te habría matado, aunque después tu madre y yo te hubiésemos seguido a la tumba!

Jack sintió un violento estremecimiento.

—¡Calle, padre mío!

—No: quiero decírtelo todo, porque nunca te podrás imaginar cuánto sufrí al escuchar aquella terrible confesión. Cuando vi otras personas honradas al par que nosotros, envueltas por aquel miserable en sus infamias; cuando le oí cínicamente declarar que continuaría haciendo daño a los inocentes, entonces todo mi furor se

despertó contra él y la compasión fue para sus víctimas y para ti: herí y perdoné.

—Padre mío, no olvidaré nunca su generosidad, que me liga aún más a la vida; sin su perdón y el de mi madre, habría muerto.

El sol continuaba radiante, bañando de luz el espacio.

—¡Bueno, bueno! basta ya de melancolías —exclamó el guardacaza, que se había enjugado furtivamente una lágrima—. Los malos días ya pasaron. Tú te has redimido a la faz de todos con tu conducta, y una prueba de ello es la estimación del conde De Malin y la solicitud que tiene para ti, y aun más para nosotros, la duquesa Blanca. ¡Qué buena señora; no la conocíamos! ¡Oh! también merece ser feliz. Pero mi justicia no ha sido completa, y espero que Dios haga lo restante.

—¿Qué quiere decir? —preguntó vivamente Jack.

—Quiero decir que al fin el duque ha muerto con la estimación del mundo, mientras que tantos seres perdidos por él han acabado y acabarán sus vidas, maldecidos, execrados.

El guardacaza calló, porque habían llegado a la estación. Al tomar los billetes, un silbido sonoro y prolongado anunció la llegada del tren *ómnibus*. Padre e hijo subieron a un vagón de tercera, y como iban solos, continuaron hablando. La conversación era menos lúgubre.

—¿Cuándo llegará el señor Fausto? —preguntó el guardacaza.

—A fin de mes —respondió Jack—, y la duquesa creo que para entonces volverá a Torino. Pero nosotros no iremos a la ciudad, ni yo lo deseo; ¡somos tan felices en nuestro retiro...!

—Y lo seremos aún más cuando dos o tres pequeñuelos lo alegren —exclamó el guardacaza, cuyo rostro se iluminó y su boca se abrió con una sonrisa.

Jack se ruborizó como un niño.

Siguió un breve silencio.

—¿El conde De Malin y su esposa estarán ausentes de Torino por mucho tiempo aún? —preguntó Dick.

—Me parece que sí: la condesa está muy bien en Riviera, según ha escrito a la duquesa, y su hija y el conde están encantados con el mar. Yo creo que acabarán por establecerse en Pegli una gran parte del año.

El tren se detenía y volvía a partir después de una parada, no siempre corta, que acrecentaba la impaciencia de Jack.

En Torino, en el palacete del conde Pedro, Ghita y su sobrina los esperaban. A Colomba le parecía imposible llegar a ser la esposa de Jack. Cuando el joven se decidió a hacer la demanda a su tía, Colomba lloró de alegría.

Él la amaba verdaderamente, a pesar de la vida relajada, y a pesar de sus culpas.

¿Pero no fue él quien la separó del vicio? ¿No fue Jack quien le aconsejó que olvidara el pasado, como él trataba de hacer?

—Ámame mucho, sé una buena hija para mi madre y yo te bendeciré.

A Ghita la parecía un sueño el casamiento de su sobrina.

El conde de Malin le señaló una dote de diez mil liras que Colomba podía unir a lo que heredara de su tía. Era un buen partido que los criados del conde envidiaban a Jack.

Ellos no conocían la historia de aquellos dos seres que podían unirse sin avergonzarse.

El conde De Malin, por miramiento a Ghita y a su sobrina, no reveló la verdadera causa de que la condesa no permaneciera en Torino; solo dijo que la salud de Natalia y la de su hija exigían un cambio de aire, y que no duraría mucho la ausencia.

Colomba, el día de la llegada de su prometido, estaba muy impaciente. A cada instante se miraba al espejo; después consultaba el reloj o abría el balcón para mirar a la calle.

—¿No te parece que tardan? —dijo a su tía.

—No —respondió Ghita sonriendo con indulgencia—, el tren no llega hasta el medio día.

—Hemos hecho mal en no ir a la estación.

—No es conveniente. Además, tiempo tendrás de verlo. A mí no me parecerá verdad hasta que no esté la ceremonia consumada.

Colomba sonrió y no replicó; sabía que su tía era muy metódica, y no quiso disgustarla.

Se marchó al balcón y se puso a mirar a la calle. El tren que iba a la estación pasaba por delante de la casa, y al medio día vio descender a Jack con su padre.

Su corazón latía con violencia.

—¡Ya están aquí, ya están aquí! —gritó corriendo hacia la alcoba de su tía.

Ghita se encogió de hombros sonriendo.

—¡Cuánto fuego! —exclamó—. Y eso que hace ya quince años que has probado lo que es el matrimonio.

Colomba no la escuchaba: había marchado al encuentro de Jack que estaba no menos conmovido que ella.

Dick saludó a Ghita, la cual, después de estrecharle la mano, le dijo:

—¡Cuánto me ha dado que hacer su hijo!... ¡Ah! ¡Dios mío!... Pero está bien todo lo que bien concluye...

El matrimonio tuvo lugar a la mañana siguiente, sin ruido alguno. Los criados del conde fueron testigos y a la comida se reunieron todos en la habitación del personal de servicio en el palacete de Pedro.

Si Ghita hubiera querido, lo habrían puesto en el salón, pues el conde no habría reñido, porque usasen su vajilla; pero Ghita era una de aquellas mujeres, rarísimas en el día de hoy, que tienen culto y respeto a sus amos, y antes que faltar a su deber, perderían la vida.

La comida fue alegre, cordialísima, y los dos esposos debían conservar de ella un dulce recuerdo. A la tarde partieron estos para la quinta, acompañados de las bendiciones de Ghita.

Durante el viaje, Colomba no tenía más que una aprensión.

—¿Gustaré yo a tu madre? —preguntaba a Jack.

Ella no conocía aún a la esposa de Dick.

—Sí, querida mía; te lo aseguro —respondió Jack—. Ella te ama como si fueses su hija, y estoy persuadido de que viviréis en perfecta armonía.

—Veremos; he sufrido tanto en mi vida que un mal gesto me haría desgraciada para siempre. La primera vez que me casé, mi suegra me fue contraria; no sé cómo pude estar un año a su lado. Esta había soñado para mi marido una mujer más rica, la hija de un vecino suyo, que poseía algunas tierras; mientras que yo no tenía más dote que mi juventud y un centenar de liras reunidas a fuerza de economías. Además, su hijo me escogió porque estaba enamorado de mí. Mi suegra dio su consentimiento por fuerza; el mismo párroco se lo impuso; pero ¡cómo me hizo pagar su condescendencia! Desde el primer día me dio a comprender que yo era una intrusa en la casa, y cuando mi marido no estaba, llovíanme los improperios, los malos tratos, las injurias: bástete saber que por causa de ella mi marido y yo nos decidimos a emigrar, y la hija que tuvimos murió a causa de los padecimientos sufridos por mí. En fin, yo la he perdonado, y Dios la tenga en su santa paz.

—Sería una mala mujer —replicó Jack estrechando contra sí a su esposa—, y no amaría a su hijo. Mi madre no es capaz de disgustar a la persona que yo escoja. Es una santa a la que los dolores han entristecido; pero su tristeza no la hace cometer ninguna injusticia.

Dick, sentado en la otra parte del vagón, no comprendía lo que hablaban los esposos; pero pensaba entre sí que también en su día fue él, y que aquella felicidad no tardó en desaparecer, quedando solo el amor.

La tarde era hermosísima. Cuando llegaron a la quinta, todo estaba preparado para recibirlos, porque Blanca deseaba que se hiciesen honores a los esposos, y prometió asistir al final del banquete, en el que tomaban parte todos los criados de la duquesa y dependientes de la casa, con sus familias.

Se hicieron disparos de morteros y se quemaron fuegos artificiales.

Colomba no esperaba aquel recibimiento: lloraba entre los brazos de su suegra que la acogió como a una hija.

Las dos mujeres quedaron un momento solas.

—Espero que este retiro te gustará —dijo la vieja, hablando el piamontés—, aunque está muy solitario. Pero si amas a mi hijo, como yo he amado siempre a mi marido, aunque sea pequeño y remoto el sitio, te parecerá un paraíso.

—Tiene razón, señora.

—Llámame mamá, ¿hace mucho tiempo que has perdido la tuya?

—¡Oh, sí!

—Mi hijo me ha dicho que eras viuda, y que después de muerto tu marido y una niña que tenías, te retiraste con tu tía.

Un rubor intenso asomó a las mejillas de Ana: toda la vergüenza de su vida

pasada aparecía ante su vista, escuchando por primera vez el grito de la conciencia que le reprochaba el no haber revelado a Dick y a su esposa su pasado.

Su silencio no le quitaba su culpa y Colomba se sentía casi tentada de hablar, de revelarlo todo. ¡Qué dolor para aquella anciana tan ufana de su honradez! Colomba se veía arrojada de aquella casa, que la acogía con tanta cordialidad; oía las voces que ya la habían aclamado dirigirle las palabras más soeces, las ofensas más terribles, y veía a su Jack vencido por el dolor y la vergüenza, sintiendo horror de ella.

Colomba hizo un esfuerzo sobrehumano y respondió, tratando de sonreír:

—Sí, es verdad.

—¡Pobrecita, cuánto habrás sufrido! —agregó la vieja—. Pero ahora, con el cariño de mi Jack, recobrarás la paz, la felicidad.

—¡Oh! sí, mamá, ¡seré tan feliz aquí!...

Pero las preguntas de aquella honrada mujer enturbiaron su alegría. El banquete estaba animadísimo, mas Coloma, vanamente, trataba de tomar parte en aquella alegría: estaba abatida. Y mientras que los comensales la elogiaban, ella permanecía silenciosa, haciendo examen de conciencia y pensando en los pecados cometidos.

Recordaba la noche en que Jack la encontró en la calle casi desnuda, maltratada por un apache, que le exigía dinero después de haberla ultrajado. ¡Oh!, ¡cuánto horror!

—¿Qué tienes? —le preguntó Jack—. ¿No te encuentras bien?

—Me encuentro buenísima; gracias...

—Me parece que estás muy triste...

—No, no... estoy contentísima, te lo aseguro.

Sus labios temblaban y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Destaparon las botellas de champaña que la duquesa regaló a los esposos.

—Bebe... y te pasará todo... —dijo Jack dulcemente.

Fue la primera en alzar la copa espumeante que llevó a sus labios apurándola de un trago. Después la segunda, y la tercera.

Se animaba: su rostro se coloreó y sus ojos brillaron.

—¡Vivan los esposos! —se gritó—. ¡Vivan!

—Sí, sí... una bella pareja... es verdad... ¡Ah!, ¡ah!... ¡justo, una bella pareja! —exclamó Colomba, a la que el vino empezaba a turbar el conocimiento—. Sí, podéis decirlo... sí, sí... el uno es digno de la otra... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!...

Bebió de un trago otro vaso.

Jack se asustó de aquella exaltación.

—Colomba —le dijo cogiéndole una mano y estrechándola con toda su fuerza.

Ella lo miró con ojos extraviados, brillantes.

—No me hagas daño... ¿Qué quieres?... ¿El dinero?... Hoy... no he ganado... No me maltrates... déjame —balbuceó—. A aquel viejo... no lo quiero...

—La pobrecita no está acostumbrada a beber... el vino la hace delirar —dijo Jack, resuelto, levantándose de la mesa—. Ven, Colomba, un poco de aire te

tranquilizará.

—Déjame, te digo, o llamo a los guardias... ¡Ah!, ¡ah!, ¿no estoy acostumbrada a beber... gracioso? Dame champaña... y verás...

Los comensales se miraban los unos a los otros, asombrados. Dick frunció las cejas. Sabía que al final del banquete comparecería la duquesa, y veía a su esposa asustada por lo ocurrido: ambos esposos ignoraban la horrible verdad.

—Jack, sácala fuera —dijo con voz imperiosa el anciano.

Jack obedeció. Cogió a su esposa por la cintura y dijo a los comensales:

—Colomba se siente mal; pero es cosa de pocos minutos; volveremos.

A pesar de los esfuerzos y de los gritos que ella daba, la transportó a su alcoba, la dejó caer como un saco sobre el lecho. Después cerró la puerta y volvió junto a ella, amenazador, terrible.

—Desgraciada —dijo entre dientes—, ¿quieres perderte y perderme a mí delante de todos? ¿No sabes que si mi padre sospechase lo que has sido, te arrojaría enseguida de esta casa y yo me mataría? ¿Me comprendes, Colomba?

—Déjame, te digo... estoy cansada —balbuceó ella—. ¡Si supieras lo que me disgustas!... ¡Ah!, ¿conque no bebo?... ya verás... Creer que te entregaré lo que he ganado... ¡Ah!, ¡ah!...

Jack se apretaba las sienes con los puños; sufría en aquel momento las torturas del infierno... toda la felicidad de aquel día se había desvanecido en un momento.

—Sí... sí... una bella pareja... —balbuceaba Colomba—. Un ladrón y una prostituta...

—¡Calla! —gritó Jack con voz sofocada.

Y poniendo su mano en la boca de Colomba, apretó con toda su fuerza, hasta hacerle sangre.

Ante aquel acto de violencia, la mujer pareció comprender, y dirigió sus ojos hacia Jack, y al ver su rostro descompuesto por el dolor, rompió en llanto.

—¡Perdón, perdón! ¿Qué he hecho?, ¿qué he hecho? —balbuceó.

Él pareció conmovido por aquella voz sumisa, suplicante, que hacía vibrar todas las fibras de su corazón. Y presa de una súbita piedad, se sentó junto al lecho, murmurando:

—¡Nada... nada... es el castigo!

\* \* \*

Ghita, tranquila por la suerte de su sobrina, esperaba de un día a otro la llegada del conde y de la condesa que volvían a Torino para asistir al matrimonio de Blanca. La hija de Natalia, que les acompañaba, deseaba abrazar a la vieja, a quien amaba y continuaba llamando tía.

Los esposos y la niña llegaron una tarde. La niña saltó al cuello de la vieja que no se cansaba de besarla, llorando de alegría.



—¡Qué alta y qué hermosa estás! —dijo Ghita, pasada la emoción—. Ahora es necesario llamarte señorita.

—¡Quisiera ver si lo haces tú! —respondió alegremente la niña—. Para ti soy yo siempre tu pequeña Teresa...

La volvió a besar, y después tuvo una palabra, una gracia para todos los criados, que la miraban encantados.

Natalia estaba rejuvenecida por la felicidad, y sus labios rojos se abrían gustosos a la sonrisa.

—¡Ah! tú eres siempre mi querida sobrina Ana —le susurró Ghita abrazándola—. No, no podré nunca amar a la otra como te amo a ti. Pero he cumplido con mi deber respecto de ella y estoy tranquila.

—¿No me ha maldecido? —le preguntó dulcemente Natalia.

—¿Qué razón tendría para hacerlo, cuando eres tú quien le ha dado la fortuna? No, no puedo asegurarte que te ha compadecido mucho por las desventuras que has sufrido, y que su nombre le importa poco, porque el hombre que se ha casado con ella la llama Colomba, y yo no he podido pronunciar nunca su nombre de Ana.

—Estoy muy contenta —dijo Natalia sonriendo—; pero no deseo encontrarme con ella, porque sentiría vergüenza.

—No la verás, porque vendrá poco a verme —respondió Ghita—, y cuando venga, la recibiré yo sola.

Natalia sonrió de nuevo, agradecida.

Al siguiente día, León y Gemma, enterados de la llegada de sus cuñados, fueron a abrazarles. Los dos cónyuges eran cada vez más felices; su unión fue santificada por el nacimiento de un niño, lindo como un amor. León a veces pensaba si no fue un sueño su pasión por Natalia. A Gemma, que era la más feliz de las esposas, su maternidad la había embellecido, acrecentando su parecido con su hermana.

El pintor quedó entusiasmado de la hermosura de Teresa, y más aún de encontrarla tan cariñosa como antes.

—Cuando tenga que pintar la cabeza de un ángel —dijo abrazándola—, tomaré la tuya por modelo.

—Sí, y antes me decías que era un diablillo.

—Entonces aún no habían despuntado las alas.

Los dos reían como niños.

La duquesa Blanca hacía algunos días que había llegado a su palacio, en espera de Fausto y de su tío, que debían llegar de París, a donde habían ido para liquidar los últimos negocios. Les hicieron las amonestaciones y se señaló el día de la boda; pero Blanca repartió pocas invitaciones para la ceremonia, deseando igual que Fausto evitar la publicidad; se contentaban con la alegría íntima de sus almas.

Un sábado por la tarde recibió un telegrama de Fausto anunciando su llegada. Blanca hizo preparar el coche para ir a la estación, a la llegada de los viajeros. Fausto y el viejo Moran serían alojados en el palacio, en el departamento destinado a los

forasteros.

Durante el retiro de la duquesa en la quinta, un hábil tapicero cambió todos los muebles y restauró las habitaciones del palacio Palma, porque Blanca no quería nada que pudiese recordarle al duque: solo la alcoba de su madre debía conservarse en su actual estado.

Sentada en el coche que la conducía a la estación, Blanca recordaba el pasado. Su rostro adquiriría una expresión de dolor y la joven preguntaba si tenía derecho a la felicidad.

«No he cometido nunca malas acciones», pensaba. «Sin embargo, otras veces he sido mala; me complacía en hacer sufrir, deseaba hacer daño. ¿Podrá Dios perdonarme? ¡Oh! sí. ¡Sé que estoy arrepentida!».

Una sonrisa se dibujó en sus labios, dando a su rostro una expresión infantil.

El coche se paró. El lacayo abrió la portezuela y Blanca saltó a tierra.

Tenía que esperar más de un cuarto de hora, el tren llegaba con retraso. Blanca recorrió el salón de espera, y para entretener el tiempo, se puso a contemplar las maniobras de las máquinas, los viajeros que descendían de los trenes que llegaban y el ir y venir de los empleados y mozos de cuerda.

Finalmente, un silbido agudo señaló la llegada del expreso de Francia. Blanca quedó pensativa, ¿cómo lograría distinguirles entre aquella multitud de viajeros?

Afortunadamente para ella, el lacayo que la seguía le indicó un lugar desde donde podría verlos.

En efecto, cuando el tren se detuvo, Blanca estaba enfrente de un vagón de primera cuya puerta, al abrirse, mostró a Fausto. El joven descendió del coche de un salto y después ayudó a bajar al anciano Moran, que parecía muy enfermo.

Blanca corrió hacia ellos. Fausto, al verla, se olvidó de todo y la estrechó en sus brazos, besándola.

La dicha que los dos amantes experimentaron es indescriptible.

Después Fausto presentó a Blanca al viejo, que le tendió las manos. La joven le ofreció la frente que el anciano rozó con sus labios, mostrándose hondamente conmovida.

Con la ayuda de su sobrino y del lacayo, el señor Moran subió al coche. El viejo estaba extenuado. Creía no poder soportar el viaje hasta Torino. Lo decía en el coche, y sonriendo agregó que a la vista de Blanca recobraba sus fuerzas perdidas.

—Hija mía —dijo con dulzura—, usted habrá de tener mucha paciencia con un pobre enfermo como yo, regañón, molesto...

—¡Oh! no lo creo —exclamó galantemente Blanca—. Además, le amo como a un padre y tendré para usted toda la ternura de una hija.

—Fausto tiene razón al decir que es un ángel...

En el palacio, el viejo no quiso tomar más que una taza de caldo y un vasito de Jerez y ron, acostándose enseguida.

Blanca y Fausto permanecían en el comedor, pero sin probar bocado, tal era la

emoción de ambos. Cambiaron algunas frases sin cesar de mirarse. Él la encontraba más hermosa que nunca: su rostro, adornado por el sombrero, parecía el de una virgen, sus ojos azules tenían una mirada celestial que Fausto aún no conocía. A Blanca le parecía que el joven tenía un aspecto más varonil y que las líneas de su rostro expresaban una gran bondad, una firmeza de carácter poco común.

Terminada la comida, se hallaron solos en un pequeño saloncito. Entonces, después de contemplarse otra vez, profundamente conmovidos, encantados, desahogaron sus corazones.

—Si tú supieras cómo soñaba este momento —dijo Fausto asiendo por la cintura a la joven, que apoyó dulcemente la cabeza en su hombro—. Me parece un sueño.

»Si no hubiese sido por ese pobre viejos al que no podía abandonar, no habría estado lejos de ti tanto tiempo.

—También yo te deseaba —murmuró Blanca— pero era necesaria la separación, no solamente por el mundo, sino por nosotros. ¿Cómo habríamos podido entregarnos a la felicidad después de tanto luto? Pensé refugiarme en un convento, pero me parecía cometer un sacrilegio: yo no veía otra imagen que la tuya, no pensaba más que en ti, y la oración huía de mis labios para dar paso a tu nombre...

—¡Querida! ¡Adorada!

—Me retiré a la quinta que ya conocerás y que es más solitaria que un convento. Y desde que apuntaba el día, hasta que la noche me cubría con su negro manto, yo no pensaba más que en ti, no soñaba más que contigo.

—Yo hacía lo mismo: mi pensamiento surcaba el espacio para acercarse a ti. Me pareció en algunos momentos verte junto a mi lado; te susurraba miles de palabras de amor, que el aire debía traerte. Pero ya no nos separaremos nunca más, ¿no es verdad? Dentro de dos días más, Dios bendecirá nuestra unión, y las leyes la sancionarán para siempre.

Cogió la mano de Blanca y la llevó a sus labios, depositando en ella un beso.

Aunque se hallaban solos, Fausto no era capaz de abusar de la confianza de ella con un acto que traspasase los límites del más profundo respeto.

Blanca lo comprendía y su amor aumentaba: estaba segura al lado de él.

Los dos enamorados hicieron miles de proyectos para el porvenir, y únicamente al separarse cambiaron un casto beso.

—Buenas noches, Blanca. ¡Hasta mañana! —dijo Fausto acompañándola hasta la puerta de la habitación, donde la esperaba una camarera.

—¡Hasta mañana, Fausto! Buenas noches.

El joven, acompañado de un criado, pasó a su habitación, que se comunicaba con la del anciano Moran.

—¿El señor manda alguna cosa? —preguntó el criado.

—No, gracias —respondió Fausto—; tan solo deseo que me despiertes temprano.

—Sí, señor; buenas noches.

Fausto, que no había sido nunca tan feliz como entonces, deseaba comunicar al

viejo su felicidad. Creía encontrar al señor Moran despierto, pues este dormía poco por las noches; se acostaba temprano para reposar; pero no podía cerrar los ojos hasta muy tarde, cosa que satisfacía a Fausto, porque pasaba con él algunas horas.

Cierto que le esperaba, porque la lámpara eléctrica estaba aún encendida.

Fausto entró en la alcoba y vio al señor Moran incorporado sobre las almohadas, con las manos juntas sobre el pecho, la cabeza inclinada y los ojos cerrados.

—Duerme —pensó acercándose poco a poco para no despertarle, y con ánimo de apagar la luz eléctrica.

Cuando llegó junto al lecho, se sorprendió de no oír la respiración del viejo: respiración fuerte, fatigosa.

Presa de una gran inquietud, se inclinó al lecho: la inmovilidad del señor Moran era completa. Fausto le besó la frente y lanzó un grito.

Aquella frente era de hielo.

Rendido a la evidencia, el joven comprendió que estaba muerto.

—¡Dios mío!, ¿no hemos expiado bastante? —gimió.

Pensó que su matrimonio se tendría que aplazar, que la felicidad soñada para el siguiente día se le escapaba.

Inclinó la cabeza y rompió en llanto.

Dios no le perdonaba aún que se hubiese constituido en juez de las culpas de sus semejantes.

FIN